



CÉCIL SAINT-LAURENT

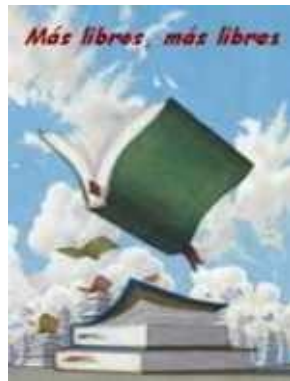
# Lucrecia Borgia



# Lucrecia Borgia

Colección RENO nº 82

Cécil Saint-Laurent



Título: Lucrecia Borgia

© 1970-01, Cécil SaintLaurel

Título original: *LUCRECE BORGIA*

Traducción de Angel Cuesta

Ilustración de cubierta: R. Cobos

Editorial: Plaza y Janés

ISBN: 9788401300578

Maquetación ePub: teref

Agradecimientos: a los ratones correctores...



## **Reseña:**

**Lucrecia Borgia cuenta a Alfonso de Aragón, que está a punto de ser su segundo marido, cómo han sido los hechos que han llevado a todo el mundo a pensar que es un monstruo, desde su punto de vista. Cécil Saint-Laurent deja que sea la hija, hermana, amante y esposa la que cuente cual ha sido la realidad de los hechos, y así todos comprobamos que su versión es muy diferente**



Este fichero ePub cumple y supera las pruebas  
epubcheck 3.0b4 y FlightCrew v0.7.2.

Si deseas validar un ePub On Line antes de  
cargarlo en tu lector puedes hacerlo en

**<http://threepress.org/document/epub-validate>**



"Un libro abierto es un cerebro que habla;  
cerrado un amigo que espera;  
olvidado, un alma que perdona;  
destruido, un corazón que llora."

**Proverbio hindú**

## **ADVERTENCIA**

**Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos DEBES SABER que NO DEBERÁS COLGARLO EN WEBS O REDES PÚBLICAS, NI HACER USO COMERCIAL DEL MISMO. Que una vez leído se considera caducado el préstamo del mismo y deberá ser destruido.**

**En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.**

**Queremos dejar bien claro que nuestra intención es favorecer a aquellas personas, de entre nuestros compañeros, que por diversos motivos: económicos, de situación geográfica o discapacidades físicas, no tienen acceso a la literatura, o a bibliotecas públicas. Pagamos religiosamente todos los cánones impuestos por derechos de autor de diferentes soportes. No obtenemos ningún beneficio económico ni directa ni indirectamente (a través de publicidad). Por ello, no consideramos que nuestro acto sea de piratería, ni la apoyamos en ningún caso. Además, realizamos la siguiente...**

## **RECOMENDACIÓN**

**Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.**

**Usando este buscador:**

**<http://books.google.es/>**

**encontrarás enlaces para comprar libros por internet, y podrás localizar las librerías más cercanas a tu domicilio.**

**Puedes buscar también este libro aquí, y localizarlo en la biblioteca pública más cercana a tu casa:**

**<http://lix.in/-a1ff6f>**

## **AGRADECIMIENTO A ESCRITORES**

**Sin escritores no hay literatura. Recuerden que el mayor agradecimiento sobre esta lectura la debemos a los autores de los libros.**

# PETICIÓN

**Libros digitales a precios razonables.**







# CAPÍTULO PRIMERO

## EL TRAJE DE BODAS

oy a estar muy hermosa!

—¡**V** Lucrecia se calló bruscamente. Su mirada se apartó de los vestidos. Incluso enrojeció. Después sus labios, muy bien dibujados, llenos de lozanía infantil, se entreabrieron en una leve sonrisa burlona. Se burlaba de ella misma, de la confusión que había experimentado al anunciar que iba a estar muy hermosa. Durante largos años había oído casi cada día, en la calma del convento de San Sixto, cómo la hermana Angela dirigía vivas reprimendas a una de las niñas por su coquetería.

—No es a los otros a quienes tenemos que agradar, sino a Dios —decía sor Angela con su voz monótona, un poco triste, levantando el cuello de su esclavina con un movimiento nervioso que era casi un tic y hacía reír a las muchachas.

Lucrecia había sentido un poco de remordimiento, en el momento de abandonar San Sixto, al pensar que una de las últimas frases que había pronunciado en aquel lugar, se oponía a las intenciones de las que le habían educado. También es verdad que desde que había nacido, hacía trece años, la habían sacado a menudo del convento y que incluso había vivido años seguidos en casa de su madre, Vanozza, en una extraña mansión llena de ruidos, de música; de gritos de cólera, de golosinas extendidas por todas partes y de restos de vino abandonados en el fondo de los vasos. Cuando allí se decía de Lucrecia: «Más adelante será hermosísima», se trataba de un verdadero cumplido.

Pantasilea extendió sobre la pesada silla negra de patas labradas en espiral, los trajes que habían motivado la exclamación de Lucrecia.

—Desde luego estaréis hermosa —aseguró Pantasilea con aquella voz ronca que se quebraba al final de las frases y a la que Lucrecia todavía no había tenido tiempo de acostumbrarse.

El acontecimiento había llegado como una tormenta. Lucrecia había salido del oficio a las ocho, y hasta las nueve había estudiado gramática griega en una habitación circular, que le gustaba por su blancura y por el cuadro que representaba a Aristóteles y estaba colgado sobre la cabeza de la religiosa.

Era un día completamente normal. La campana de las nueve había sonado con un poco de retraso, venganza cotidiana de Giuseppe, que, cansado de las burlas que le hadan las niñas por su joroba, aumentaba imperceptiblemente sus horas de

clase en perjuicio de sus recreos.

Desembocaron gritando en la alameda principal del jardín, como una carga de caballería en la que se mezclaban muchachas mayores de pesados senos y caderas redondas, con niñas de siete a ocho años, según exigía la disciplina del convento como aplicación de aquel pasaje del Evangelio en el que se dice que los primeros serán los últimos.

Lucrecia había intentado quedarse bajo las arcadas del claustro, por donde se paseaban lentamente las religiosas y unas cuantas alumnas mayores. Pero sor Girolama Pichi, la priora, la había descubierto.

—¡Id a jugar, Lucrecia! — le había gritado con cierta cólera.

Un limpio sol de junio salpicaba las alamedas, reforzando el oscuro alineamiento de los macizos de boj y coloreando los rosales abarrotados de flores.

A la vuelta del sendero que conduce a las cocinas empezaban a jugar unas quince niñas al juego de la oca. Habían colgado al pájaro por la cabeza a la rama de un arbusto. La oca batía las alas. Las hojas se arremolinaban como cuando hay tormenta. La hermana tornera reía con las manos cruzadas sobre el vientre, y la niña que ocupaba el primer puesto en el juego avanzaba con los ojos vendados y un cuchillo en la mano. Lucrecia hizo un gesto de desprecio: a no ser que la pequeña Lucía hiciera trampa mirando por debajo de la venda, no llegaría a cortarle ti cuello a la oca. Estaba demasiado aturdida.

Lucrecia sonrió a las pequeñas que, sentadas en un banco, jugaban con sus muñecas. Sonrió con el aplomo de una personita que había abandonado ya sus muñecas hacía más de un año.

Tres grupos de mayores maniobraban alrededor de un surtidor. Jugaban al Paraíso y al Infierno. Dos rubias de dieciséis años, primas, representaban una al Paraíso y otra al Infierno, y les hacían preguntas a las niñas que pasaban entre ellas. Eran preguntas inesperadas y a veces absurdas, como lo exigía el juego. Según la respuesta se iba a la derecha o a la izquierda, al paraíso o al infierno

—¿Es Dante o Petrarca — canturreó la primera rubia— quien ha escrito *L'Innamoramento*?

Lucrecia, atraída por el juego, permaneció indecisa. La otra rubia se le echó a reír.

—Has perdido, Lucrecia, y vas al infierno.

Sin embargo, Lucrecia sabía muy bien que había sido Petrarca y además le daba horror estar en el infierno. ¿Por qué había dudado? Llena de superstición, se apretujó en medio de las otras réprobas. Un rayo de sol le quemaba la nuca a través de la masa de sus cabellos rubios. Esta sensación tenía algo de infernal que aumentaba su mal humor. Se consoló al ver en los ojos de su vecina, que la contemplaba, que el resplandor del sol aumentaba ti de sus cabellos.

El infierno comenzó a dispersarse. Se había cambiado de juego. Ahora era el juego de la embajada, el preferido por Lucrecia. Había un castillo imaginario y era

preciso dividirse en dos grupos. «Abre, abre, castellano, que aquí está el caballero», exclamaban las embajadoras. Después, la salmodia del castellano y de sus mujeres. «Entrad, entrad, que la puerta está abierta... Entremos, entremos, que venimos a pedir la mano de la joven... Entrad, entrad, y decid por qué y para quién queréis su mano.»

En aquel momento había sonado el trueno. Dejando de recitar los versículos alternados, las niñas volvieron la cabeza hacia la priora, que avanzaba hacia ellas.

—Lucrecia.

Detrás de la priora, Lucrecia volvió a atravesar el jardín en sentido inverso. Al dar la vuelta a la alameda se volvió a encontrar con las damitas del juego de la oca, esta vez silenciosas. La oca seguía colgada, con el cuello cortado, por donde manaba la sangre a borbotones.

Ya no se oyó otra cosa que el bordoneo de todos los insectos de jimio. Después Lucrecia respiró el aire fresco bajo la bóveda del claustro.

—Os he obligado a jugar porque estaba avisada desde ayer —dijo la priora volviéndose hacia ella—. Ha sido vuestro último juego infantil. Vuestro hermano Juan de Gandía ha venido para llevaros a Roma. Os vais a casar mañana.

En vista del silencio de Lucrecia, añadió:

—Ya lo sabíais. Hace tres meses, un enviado del señor Juan Sforza concertó los esponsales.

—¿Así es con Juan Sforza con quien me caso? —preguntó Lucrecia con voz débil.

Al ver que la religiosa no le contestaba, Lucrecia se preguntó, mientras subía por la tortuosa escalera, si habría hablado alto o pensado bajo. Después se asombró de su propio asombro. Desde hacía tiempo sabía que se iba a casar con Juan Sforza. Lo sabía, pero nunca lo había creído.

—Aquí la tenéis — dijo la priora sin una sonrisa.

En la sombra violeta del locutorio divisó a su hermano Juan apoyado en su sillón, resplandeciente de lujo, como de costumbre, y con su pálido rostro destacando entre su atuendo gris-oro. Reía mostrando sus blancos dientes y tenía sus cabellos casi tan rubios y finos como los de Lucrecia. Pero este «casi» era una victoria muy importante para ella, ya que todavía estaba en la edad en la que una muchacha compara celosamente sus encantos, no solamente con los de sus compañeras, sino también con los de los jóvenes.

Él seguía riendo y pudo observar con satisfacción que sus dientes eran todavía más luminosos. Era más alto que ella, pero con sus trece años aún le quedaba tiempo para crecer. Además los zapatos altos no eran un invento para perros.

Ella también rió, pero se detuvo al divisar dos rostros extraños.

Juan de Gandía se los presentó. La mujer joven se llamaba Pantasilea, y sería

la primera dama de honor de Lucrecia. La otra era una muchachita mora de trece años, llamada Caterinella.

—Es una esclava — explicó Juan —. Estará a tu servicio e irá contigo a todas partes. En tu boda te llevará la cola.

Fue entonces cuando Pantasilea abrió un cofre de cuero y sacó las prendas: una túnica de tela argentada y otra ligera, de tonos violeta. Había también un cinturón de cuero adornado con pesadas medallas de plata y el velo blanco, transparente, que habría de cubrir la cabeza de la niña.

Lucrecia, después de haber sentido remordimientos por haberse imaginado enseguida tan hermosa con aquellas pesadas vestiduras, dijo con pesar:

—¿Y la cola?

—Para ir a Roma sobre una mula —contestó Juan riendo— una cola no te ayudaría mucho, Lucrecia.

—Éste no es vuestro vestido de novia —explicó Pantasilea, que había adivinado su tono de desprecio.

—No temas —concluyó Juan—. No te faltarán trajes. Durante los tres próximos días te pasarás la vida vistiéndote y desvistiéndote. Te dejo para que te entrenes, pero date prisa.

Mientras la negra ayudaba a Lucrecia a quitarse su túnica de paño, Pantasilea manifestaba su sombro. ¿Es que no había espejo? Lucrecia se echó a reír, dominada tanto por el amor al convento como por el desprecio de los ciudadanos. Su doncella se rió por cortesía, pero no pudo evitar insistir.

—¿Y no lo echabais en falta?

Su voz resonó con un registro más bajo.

—Daos prisa — ordenó Lucrecia—. Tengo frío.

Sabía que esta razón era absurda, porque a pesar de tener los postigos cerrados el calor en la habitación era intenso. Y Pantasilea veía seguramente cómo el sudor perlaba su torso desnudo. Sea como fuere no se daba ninguna prisa en ponerle su nueva camisa. Con una voz que no era más que un murmullo preguntó:

—¿No conocéis el proverbio de los florentinos? ¿Aquél que dice que una joven es a la vez el jardín y el jardinero?

—Es estúpido — murmuró Lucrecia.

Pantasilea explicó pausadamente:

—Es el jardín porque es ella quien florece, se abre y fructifica. Y el jardinero porque es ella sola la que se puede maravillar con esta floración... si es que tiene un espejo. He aquí por qué me asombraba de que no lamentarais no poseerlo. Pero en Roma tendréis los más hermosos espejos del mundo... y el cuerpo más hermoso para poner delante.

«Me está haciendo un cumplido, pensó Lucrecia. Y no está mal del todo.»

La certeza de que el cumplido de su doncella se debía a su espíritu de sumisión, amainó el impulso vanidoso de Lucrecia. Sin embargo, al tropezarse con la mirada de la pequeña Caterinella quedó impresionada por lo que en ella leyó de sincera admiración. La mirada de la joven era suntuosa. Sus ojos biselados parecían un cuerno de la abundancia por el que salieran racimos negros y dorados. El abultado mohín de la boca rosada, el arco demasiado perfecto de las cejas, el dibujo demasiado fino de la nariz con pequeñas aletas vibrantes como alas, llenaron a Lucrecia de una admiración tanto más plausible cuanto que la negrita era todo lo contrario de ella misma.

«Es el contraste entre la noche y la aurora», pensó Lucrecia, muy orgullosa de este hallazgo poético que no hubiera desagradado a Petrarca.

Pero la atención que le prestaban Pantasilea y Caterinella, acabó por turbarla completamente. Se dobló, ocultó con un movimiento de hombros su pecho apenas formado a la doble mirada femenina y tendió las manos hacia la camisa que seguía sosteniendo Caterinella.

Al mismo tiempo volvió la cabeza y exclamó:

—¡No entréis!

Había creído que era su hermano, impaciente por partir, pero allí estaba la priora empujando suavemente la puerta.

—Lucrecia — dijo con su voz demasiado dulce y atrayente que escondía siempre una amenaza—. ¿Has visto alguna vez una cebolla?

—Sí, señora.

—Entonces has podido observar que la cebolla tiene un corazón y que a su alrededor tiene varias telas que se enrollan para esconderlo y conservarlo caliente. Nuestras prendas de vestir tienen este fin, y no otro. Los que quieren deslumbrar al prójimo con su atuendo, son cebollas deleznable que pronto se pudren. ¿Y tú sabes por qué se pudren pronto?

—Porque no son del agrado de Dios y de nuestra Santa Madre la Virgen — declaró Lucrecia, muy habituada a esta fórmula que ponía punto final a cada parábola.

Acabaron de vestirla en silencio. La presencia de la priora había roto el encanto. Lucrecia estaba enojada y al mismo tiempo se sentía aliviada. No se atrevió a preguntar a Pantasilea si el velo le sentaba bien. En la escalera pasó detrás de la priora. Sus paseos sonaron sobre las losas de la entrada. El sol le dio en plena frente. Sonó una campana al fondo del edificio. Al avanzar su rostro hacia la priora, Lucrecia podía escuchar ya las pisadas de las mulas delante de la verja y la baraúnda de sus cascabeles. La priora le besó rápidamente con sus delgados labios metidos para dentro, como si se los quisiera comer.

También hubo otro beso, dado con más fruición: el de Antonia, la vecina de Lucrecia, que la priora había permitido salir a la verja.

—Estás muy hermosa — le cuchicheó Antonia —. Pronto volveremos a vemos en Roma.

Lucrecia se volvió, después de dar unos pasos hacia el cortejo que la estaba esperando. La priora trazó sobre ella el signo de la cruz y desapareció después.

—Aquí tienes tu mula — dijo Gandía —. Gris y enjaezada de rojo, tu color preferido.

Un viento cargado de polvo pasaba sobre el camino e iba a posarse como sobre un velo en las colinas. Pero una muralla de cipreses protegía a los animales y a la escolta. Sobre el negro tapiz de los árboles, Lucrecia veía el remolino gris de las mulas y el blanco y negro de los caballos sobre el que destacaban las calzas amarillas y rojas de los lacayos.

El oficial se inclinó delante de ella. Tenía la piel oscura, anchas las espaldas y el mentón saliente. Llevaba un traje a la moda española, con un jubón estrecho en el cuello que lo mantenía derecho. Era Pedro Caldés, el jefe de la escolta. Apartó a los dos pajes y se arrodilló para ayudar a la niña a subir a la silla. La línea recta del camino deslumbraba a Lucrecia. Había aflojado las riendas y la mula trotaba. Su hermano la seguía con aire negligente. Detrás de ellos tintineaban los cascabeles de la escolta.

—¡Tintinabulum! — gritó Lucrecia volviéndose hacia su hermano.

—¿Cómo?

—¡Es el ruido de los cascabeles! Es así como suenan, si se pronuncia bien.

Se irguió sobre su silla y, con un dominio seguro de su voz, la hizo sonar gritando «tintinabulum», tratando de rivalizar con las campanillas de su mula, que, alterada con los gritos y los zarandeos de la muchacha, se puso a caracolear haciendo sonar aún más sus cascabeles.

—Entonces ¿no sabíais lo que quería decir tintinabulum? — volvió a decir Lucrecia, sin aliento —. Es latín.

—Decididamente voy a tener una hermana muy sabia..., pero no seas demasiado pedante. En Roma, una mujer debe esforzarse tanto en saberlo todo como en hacer creer que no sabe nada.

—Es verdad — murmuró Lucrecia bajando la voz —. Es a Roma adonde voy. Y me voy a casar. ¿Tú lo conoces...? ¿Cómo es?

—He visto medallas de Juan Sforza. Tú también. Bien puedes hacerte una idea. Para mí un hombre vale tanto como otro.

—No sé mirar medallas... ¿Sabes? Yo no creía en absoluto que iba a casarme con él. Creía que aún cambiarían de idea... Me alegra casarme, pero...

—Pero ¿qué? — preguntó Juan de Gandía guiñando los ojos a causa del sol.

—Me pregunto por qué este y no otro. ¿Quiere él casarse conmigo?

—Todo el mundo está de acuerdo.

—Tal vez le hayan dicho que tengo hermosos cabellos. Y es cierto, ¿no crees? Antonia, mi vecina, los comparaba a una mina de oro. Y yo no me los tiño como esas romanas que quieren ser rubias a pesar de su tez morena. Los míos son naturales.

—¡Tú, tú! ¿Cuándo dejarás de hablar de ti misma, Lucrecia?

—Ahora empiezo. Todo el mundo debe hablar de mí en Roma. Es natural, siendo la víspera de unos esponsales tan importantes.

Su rostro se ensombreció.

—Pero sigo sin comprender por qué me caso con Juan Sforza y Juan Sforza se casa conmigo.

—No le des más vueltas, querida hermana. Toda esa política también me aburre a mí.

—¿Política? ¿Es que me caso por política?

—Así es. Te casan con él por odio a Nápoles y no por amor a tus cabellos. Espero que no me obligarás a explicarte por qué nuestro padre necesita la alianza de Ludovico el Moro, el príncipe de Milán, en contra del rey de Nápoles. Juan Sforza es el sobrino de Ludovico el Moro. En resumen, no tienes necesidad de saber más. Y no te quejes. Dentro de unos años serás tal vez una princesa en plena soberanía.

Juan había detenido su caballo y sonreía con aire soñador.

—No, no te quejes —volvió a decir lentamente—. Ninguno de nosotros tiene derecho a quejarse, ni tú ni yo, ni tu hermano César ni tu hermano Joffré. El viento hinchó nuestras velas. ¿Qué éramos hace unos años? Bastardos sin importancia. El primer milagro ha sido que nuestro padre abandonara España y llegara a ser papa. Después de su elección éramos más bien una molestia para él y hubiera podido repudiarnos. El segundo milagro es que nos haya conservado a su lado, nos haya dado su nombre y nos haya impuesto a esa sociedad romana que nos detesta. De bastardos sin importancia nos ha convertido en hijos de príncipe. ¿Y sabes que un astrólogo le ha predicho que uno de sus hijos llegará a ser rey?

—¿Crees que serás tú?

—César opina que será él y hace todo lo posible por conseguirlo, incluso demasiado. Quiere imponerse por el miedo. Yo practico la seducción. Ya veremos.

—Y mi vestido de boda, el que tiene cola —preguntó Lucrecia—, ¿lo has visto?

Juan volvió a ponerse en marcha.

—¿Y los regalos? Porque voy a tener cientos de regalos. ¿Han traído ya alguno?

La risa de su hermano la impacientó, y lo amenazó con dejarlo para irse a cabalgar en compañía de Pantasilea y Caterinella. Eran mujeres y demostraban interés por los trajes y regalos.

—En realidad, Caterinella es tu primer regalo. Pertenece a Djem. Cuando supo que la compraba para ti me la dio.

Lucrecia se estremeció. Djem le había inspirado siempre miedo. Aquel gran señor turco hermano de Bajazet, que el Papa conservaba como rehén lejos del Bósforo, la había asustado siempre con su turbante de muselina, su único ojo de color claro y sus ropajes melancólicos.

Se acercaban a Roma. Las colinas se iban redondeando como la palma de la mano. Lucrecia adivinaba la curva del Tíber y podía divisar el contorno umbroso del Palatino. Las murallas tenían una tonalidad clara como de piel suave, y por encima de ellas ondulaban los techos. Saboreó los tonos rosados del Coliseo, el terciopelo azulado del Vaticano, las torres puntiagudas del castillo de Sant Angelo.

A ambos lados del camino, tumbas antiguas y trozos de pilares de piedra color malva rodeadas por zarzas y ortigas, servían de trampolín a las cabras.

Los hombres de la escolta apartaban a los bueyes de arqueados cuernos de un interminable rebaño que volvía a Roma. Otros arrastraban carretas llenas de sedas y de palmas. A lo lejos aparecía ya la puerta de Roma, cubierta de banderolas doradas, tapices de terciopelo y arcos de flores.

—¿Es que hay una fiesta? — preguntó Lucrecia.

Juan se echó a reír.

—¡Es tu fiesta! Por ti... y por Juan Sforza. Hará su entrada mañana. Ya verás. Y dos días después os casaréis.

—¡Y dos días después nos casaremos! — exclamó Lucrecia irguiéndose en su silla.

Pero no era en Juan Sforza en quien pensaba, sino tan sólo en los arcos de triunfo que ostentaban el toro de los Borgia, en las flores que caerían de las ventanas cubiertas de tapices, en las volutas de incienso y en el sonar de las trompetas.



# CAPÍTULO III

## LAS BODAS DE LA JOVEN LUCRECIA

Lucrecia avanzaba animosamente por la oscuridad del corredor, con las manos delante como si fuera ciega.

—Haces tanto ruido como un navío avanzando a toda vela —observó Gandía con la voz apagada, debido a las paredes abovedadas del corredor.

Era verdad. Su inmenso traje de raso rojo en el que serpenteaba el oro, se deslizaba paso a paso susurrante, y la cola resonaba como un eco, a pesar del cuidado de la pequeña Caterinella. Las mangas de muselina añadían un murmullo entrecortado a los chasquidos del raso. Los altos tacones de los zapatos sonaban sobre el mármol. Lucrecia respiraba a un ritmo rápido y a cada movimiento de sus hombros el tintineo de su collar de rubíes cadenciaba el tumulto de toda aquella artillería femenina.

—¡Ay, me he dado un golpe! ¿Qué ha sido?

—La puerta —dijo Gandía—. Tienes que inclinarte para entrar. Se te ha reservado una puerta de conspirador. ¿Puedo abrir? ¿Estás, de verdad, preparada? Atención, es la entrada en el circo. Están todos esperándote.

—No me dan miedo — repuso Lucrecia con voz temblorosa.

Dos días antes había pasado por la prueba del fuego. Había tenido que esperar en su «loggia», ante las ovaciones de la muchedumbre romana, la llegada de Juan Sforza, quien después de entrar por la puerta del Pueblo, acababa de atravesar la ciudad al son de las trompetas. En medio de todos los caballeros había distinguido vagamente uno que saludaba. Pantasilea le indicó con el codo que había llegado el momento de sonreír, y así lo hizo, con bastante languidez y picardía. Después la felicitaron por su sonrisa. Sobre las calles había caído una lluvia de confeti. Había vuelto a su habitación de niña sin poder acordarse de si su casi marido era rubio o moreno.

Al cabo de unos segundos iba a verlo otra vez. Parece que sobre ella tenían que colocar una espada, con el fin de recordarle el peligro al cual se expone la esposa que no es fiel. Era la espada lo que la divertía y exaltaba su imaginación, y no la fidelidad. Esta palabra se le aparecía vacía de sentido, pura retórica, un término de compromiso como los que acostumbran a usar los adultos en sus discursos.

—Así pues — dijo impaciente Gandía —, ¿estás dispuesta?

Lucrecia se volvió hacia Caterinella. La señorita agarraba tenazmente la cola. Iba vestida al modo berberisco, con una rígida túnica blanca satinada. Tenía la cabeza rodeada por un gracioso turbante rosa. Como le costaba esfuerzo hablar italiano, articulaba cada palabra cuidadosamente, separándola de la anterior.

—Está oscuro —le dijo—. Pero estáis muy hermosa.

—Vamos, pues.

Juan de Gandía empujó la puerta y entró en la gran sala iluminada. Al principio, Lucrecia no pudo ver más que la espada de su hermano, resplandeciente en su traje de oro estampado. Al hacer Juan un movimiento con la mano pudo ver cómo le brillaban las mangas, que estaban totalmente guarnecidas de perlas, con más perlas que las suyas. Se elevó un murmullo de todos los asistentes. Los invitados estaban tan adornados y apretados, que en el primer momento le pareció a Lucrecia imposible poder penetrar en aquella masa de oro y terciopelo. Se alzó sobre sus tacones y vio al fondo de la sala a unos cuantos magnates que, para poder verla mejor, se empinaban en la inmensa chimenea. Felizmente Pantasilea estaba a dos metros de ella. Con un movimiento le señaló que era al otro lado de la sala donde tenía que mirar. El papa Alejandro estaba sentado sobre su trono dorado, que no conseguía brillar más que los jubones de los invitados. Sonreía con sus gruesos labios y tenía el entrecejo fruncido y la mirada viva y sombría. Entre aquel tropel de gente se abrió un camino que conducía hasta él.

Lucrecia atravesó la sala sin saber cómo, entre aquellos hombres y mujeres demasiado perfumados. El aposento era demasiado estrecho y el olor tan sofocante, que la niña se puso a toser.

Un hombre alto le ofreció un pañuelo. Iba vestido de rojo, sin una joya, y tenía los cabellos tupidos y rojos, los labios apretados, vagamente sonrientes y la mirada clara y fría. Al coger el pañuelo, Lucrecia reconoció a su hermano César.

—Tengo mucho calor —le dijo.

—Tendrás todavía más —contestó soñador César Borgia, retrocediendo un paso.

En aquel momento se le unió Gandía y los dos se dirigieron hacia la puerta, tratando de apartar a las mujeres multicolores que no dejaban de hablar de Lucrecia.

—¡Qué pequeña es!

—¿Es realmente rubia?

—¡Qué poco pecho tiene!

—¡Qué ojos!

Un oficial, en el que reconoció a Pedro Caldes, le llevó un vaso de agua; pero pronto se oyó una voz autoritaria. Lucrecia volvió la cabeza a derecha y a izquierda como un pájaro. Por fin reconoció al obispo de Concordia, que era quien había de bendecir su unión. El vaso de agua se alejó, ya que el obispo lo había juzgado contrario a la etiqueta. Después volvieron a chirriar las puertas.

—No sueltes mi cola — le recordó Lucrecia a la mora.

Los asistentes se apartaron otra vez. César y Gandía reaparecieron. «Esta cara la he visto en algún sitio», pensó Lucrecia al ver al hombre que les seguía. Una nariz recta, ojos distraídos y un gesto de altivez en la boca. Era Juan Sforza. Llevaba un traje de oro estampado, aunque menos rico que el de Juan de Gandía. En varias ocasiones se llevó la mano a su collar, una pesada y larga cadena de oro, como si temiera perderlo.

Lucrecia deseaba intensamente que este marido le gustara, y al ver que, con una expresión indecisa, dudaba a cada instante, se persuadió de que debía de ser poeta.

Y como no miraba a nadie de frente y esquivaba los abrazos, creyó que se sentía tan ajeno como ella a todo aquel gentío.

Se atrevió a levantar los ojos, contra lo que exigía la decencia, tan fuerte era el deseo que sentía de hacerle comprender que participaba de su malestar, puesto que se consideraba ya su mujer. Las jóvenes son maestras en el arte de persuadirse a sí mismas de que adoran, y hubo verdaderamente un resplandor de fuego amoroso en la mirada transparente de Lucrecia.

Mientras la conducían a través de la sala se iba preguntando si los asistentes no se darían cuenta de lo fuerte y deprisa que le latía el corazón. Después se sorprendió del silencio que había. La arrodillaron sobre un cojín de terciopelo. Después, unas palabras latinas pronunciadas delante de ella con voz sepulcral, le hicieron levantar la cabeza. Entonces comprendió que aquel orador solemne era el notario y trató de recordar la lección. Era sencilla, bastaba con responder en latín: «Sí, lo quiero.»

—La quiero y de buen grado — articuló con bastante firmeza Juan Sforza, cuando el notario recuperó el aliento, después de haber enumerado los deberes a los que obliga el matrimonio y preguntado a los esposos si estaban dispuestos a cumplirlos.

—Sí, lo quiero-repitió Lucrecia.

Beneimbene, el notario, siguió hablando. Juan Sforza y Lucrecia dijeron una vez más que sí querían. Después se les hizo levantar. Lucrecia pensaba: «¿No es más que esto?» Y se acordó de la espada.

—¿Y la espada? — preguntó.

Había hablado más fuerte de lo que creía y con una vivacidad tan infantil que las damas que la rodeaban se echaron a reír. Se extendió por la sala un creciente rumor. Todos se repetían la pregunta de Lucrecia. ¡Había preguntado por la espada! Era la primera muchacha de Roma que se preciaba de conocer el castigo contra la infidelidad. Juan Sforza había fruncido el ceño y a Lucrecia le sentó mal su aspecto ofendido. Hubiera podido hacerse cargo de que ella estaba todavía en la edad de jugar y que bien se le podía escapar cualquier niñería. Furiosa, estuvo a punto de declarar que ya no quería la espada, como si el arma que el capitán general de la Iglesia tenía suspendida sobre ella no fuera más que una

advertencia que ya no le importaba.

—No olvidemos lo principal.

Era Juan de Gandía, que apareció con una taza de miel.

Un nuevo rumor se extendió por la sala. La prueba de la miel era una originalidad practicada sobre todo en las bodas de los alrededores de Roma. Consistía en ofrecer miel a los dos esposos y en hacer augurios acerca de su matrimonio según la manera cómo ingerían su cucharada.

—No me gusta la miel así—protestó Lucrecia.

No podía más. Se sentía a punto de llorar. Detrás de ella oyó una voz burlona que imitaba la de Gaufron, uno de los astrólogos de Roma, y que decía ceceando:

—Este signo es fácil de interpretar, mis señores. La novia es partidaria del matrimonio, pero no así, es decir, no con Juan Sforza.

Sin embargo, tuvo que ceder y con la boca llena de miel se arrodilló delante del obispo de Concordia. Los anillos brillaron en la gruesa mano del prelado. Uno se *deslizó* por el dedo de Juan Sforza, el otro cayó en la mano desnuda de Lucrecia, que no escuchaba el discurso del obispo de Concordia, sino que pensaba: «Ya estoy casada.» Una de las frases latinas que había oído le daba vueltas por la cabeza como una melodía obsesiva: *Quod Deus conjunxit homo non separet*. Sí; pero, ¿era verdaderamente Dios quien los había unido, a este desconocido y a ella, o el azar?

Se atrevió a volver su rostro hacia Juan Sforza. Su perfil era desagradable. Se pasaba la lengua por los labios, nervioso. Esta falta de emoción le gustó. La alegría le volvió bruscamente. ¿No era algo maravilloso un marido desconocido?

Se puso de pie, feliz. Dirigiéndose al otro extremo de las habitaciones para asistir a una representación. Como había llegado el momento de las diversiones tenía derecho a levantar los ojos. Los rayos de sol que entraban por las estrechas ventanas atravesaban la penumbra, para ir a reflejarse sobre el oro de los trajes de los invitados, que se daban prisa, a pesar de la etiqueta, por tener los mejores puestos en la sala donde el teatro se había organizado. El bullicio que se produjo hizo gruñir al maestro de ceremonias, Burkhart, un alemán con voz ronca y rostro pálido que escuchaba tristemente las conversaciones y levantaba de vez en cuando los ojos al cielo para ponerlo por testigo del desorden de la Roma de los Borgia. La comedia aburrió a todo el mundo, excepto a Lucrecia. Las alusiones a la mitología le recordaban el convento. Era feliz de poder comprender hasta en los menores detalles el pensamiento del autor. No podía evitar reírse y aplaudir, admirando la hermosa decoración en la que la perspectiva del palacio estaba rematada por una línea azul que imitaba maravillosamente el mar. Había acercado su taburete al de Juan Sforza, pero él tenía la misma expresión grave y contenida que guardó durante el discurso del obispo. Distinguió a Pantasilea. La joven le dirigió una mirada que parecía significar:

—Tened ánimo, que va a acabarse pronto.

Pero Lucrecia no sentía ningún deseo de que terminara. Se divertía enormemente y detestaba a todas las damas romanas por sus bostezos. Apareció una nube en el cielo del teatro. De la nube surgió, sostenido por un hilo imperceptible, un Apolo casi desnudo que llevaba una lira. «Es hermoso y noble», pensó Lucrecia. Pero se censuró el final de su pensamiento, que era el siguiente: «Es con éste con quien hubiera querido casarme.» Apolo puso pie a tierra, pronunció algunas palabras acerca de Venus, inclinó su lira...

—Vamos, vamos, ya está bien.

El papa Alejandro acababa de hablar. Se levantó y todos hicieron lo mismo. Los obreros se dieron prisa en quitar los decorados. Apolo y su lira desaparecieron bajo una columna de polvo espeso, cayó la hermosa nube y se detuvo el mar.

Lucrecia no tuvo tiempo de lamentarse. Unos criados traían enormes mesas cargadas de pasteles. Las fuentes, abarrotadas de golosinas, pasaban de mano en mano. Lucrecia bebió un vaso de vino añejo.

—¡Saboreadlo! — le dijo el obispo de Concordia —. Es de mi bodega y procede de Grecia.

Lucrecia lo saboreó, como todo lo que venía de Grecia. Las bellas estatuas de adolescentes mutilados por el tiempo y los versos que regalan los oídos.

—¡Come! Recréate...

Catarinella no necesitaba que la animaran. Comía y bebía tanto como su dueña: «Es cierto que tengo un marido — pensó Lucrecia —. ¿Dónde está?» Lo vio en el hueco de una ventana hablando con César. Eligió un impresionante pastel con almendras y se lo llevó.

—No lo han hecho mis manos, pero ellas os lo traen. Es el primer regalo que os ofrecen.

Se dio cuenta de que sus palabras habían sonado bien. Su pecho infantil se alzaba, casi descubierto bajo el escote de su traje rojo.

—Os lo agradezco — dijo Juan Sforza.

Ella lo escuchaba y buscaba en su voz cualquier particularidad que pudiera serle agradable. Era una voz más bien lenta, bastante clara y sin mucho carácter.

—Muchas gracias, Donna Lucrecia, pero estoy fatigado. ¿Me perdonaréis si, en vez de comerlo, lo ofrezco al pueblo de vuestra parte?

Se asomó a la ventana. Lucrecia era demasiado pequeña para poder ver el oleaje de la muchedumbre romana junto a los muros del Vaticano, pero podía oír su clamor, semejante al del mar.

—¡De parte de Lucrecia! —exclamó Sforza —. Que lo coja el más afortunado...

Se disponía a lanzar el pastel cuando César, con expresión fría como de costumbre, lo detuvo con un gesto ligero del índice.

—No habéis hablado bastante fuerte, Juan Sforza. No se han enterado de que era un regalo de Lucrecia. Cuando se le habla a la muchedumbre hay que hacerlo

con voz de trueno.

Y así lo hizo. Le arrebató el pastel a Sforza y se inclinó sobre Roma.

—¡De parte de Lucrecia Borgia!—gritó a pleno pulmón.

El pastel describió una elipse. Una ovación estremeció las calles. La frase «¡Viva Lucrecia!» iba y venía, deformada por el gran número de bocas que la pronunciaban.

Un rumor casi tan violento estremeció la sala. Poseídos de un idéntico frenesí todos los invitados se abalanzaron sobre las otras ventanas. Comenzó a caer sobre la muchedumbre romana una lluvia de pasteles, e incluso un mantel de oro. Se vaciaron las bolsas en el aire. Un ánfora estalló sobre el pavimento como una bala de cañón, y el nombre de Lucrecia subía y bajaba cadencioso en el cielo transparente, semejante al chocar de las olas en un puerto.

Lucrecia encontró a Juan Sforza en el rincón desierto de la gran sala. Estaba solo y apoyado en el muro. Detrás de él se extendía un jardín pintado por Pinturicchio. Su cabeza llegaba exactamente a la altura de la cadera vestida de un flautista, que escoltaba a un buey Apis prisionero en un esbelto altar, con la cabeza vuelta como el toro de los Borgia.

La joven se detuvo delante de Juan Sforza. Tímidamente apoyó la frente en su hombro, como un cabrito. Después alzó los ojos hacia los de su marido. La letanía de la muchedumbre continuaba: «¡Viva Lucrecia!»

—Viva Lucrecia y Juan Sforza—dijo ella.

Por primera vez solicitaba su protección:

—Viviremos felices y mucho tiempo, ¿verdad?

Su mirada significaba: «No cuento más que con vos.» Juan Sforza sonrió. Abrió incluso la boca para contestar, pero bajó la cabeza bruscamente.

—Nos están mirando—murmuró.

El torrente de invitados volvía ya hacia ellos, cansado del juego de la ventana. Volvían a agruparse los embajadores de Venecia, Nápoles y Milán, con las manos todavía pegajosas por las golosinas. Burkhart, con expresión sombría, desaprobaba la ceremonia en su conjunto: las damas, al entrar, no se habían inclinado delante del Papa; no estaba bien que se hubiera aclamado a Lucrecia bajo el nombre de Borgia, ya que estaba casada y era la condesa de Pesaro, y, por último, se habían dado demasiada prisa en distribuir los alimentos al pueblo. Julia Farnesio y algunas damas que rodeaban a Burkhart se reían locamente burlándose del gran ceremonial. En Roma, las campanas se habían puesto a tocar.

Los invitados se habían diseminado por las estancias del Vaticano. No volvieron a reunirse hasta que Burkhart dio, con bastante torpeza, la señal del festín.

Los taburetes estaban colocados alrededor de las mesas formando una especie de banco uniforme. Enormes candelabros habían sido encendidos, a pesar de que

todavía no era de noche. Del otro lado del palacio llegaban acordes musicales dominados por las exclamaciones de los comensales.

—Me divierte verlos tan contentos —murmuró César, que estaba sentado sobre un taburete próximo al de Lucrecia—. Sin embargo, entre ellos, que el diablo me lleve si una media docena no mueren este mismo año por una pelea en la plaza pública o en la taberna. Añadamos dos o tres maridos que serán envenenados por sus mujeres y dos o tres mujeres a quienes sus maridos o sus amantes harán morir de parto. Además, me extrañaría que no tuviéramos una guerra en algún sitio este año, lo que, bien calculado, nos da uno o dos capitanes y una decena de jovencitos de menos. Olvidaba las dos o tres damas que serán metidas en la cárcel o en el convento por libertinaje, el imbécil que será sometido a suplicio por traición y los dos desgraciados que morirán en una epidemia. Precisamente hay peste en Constantinopla y Marsella. Todo esto está muy bien, ya que sería aburrida la inmortalidad, ¿no es cierto, mi pequeña Lucrecia? Me gustan las fiestas. Siempre me imagino que aquella a la que asisto es la última, lo que me da más bien risa. ¿No te hace reír a ti?

—¡Es mi primera fiesta! —dijo Lucrecia.

—Que ha sido un acierto, reconócelo. Hay vidas llenas de fiestas fracasadas. Juventud, festejos espléndidos, luna, oro, sol, caza. ¿Por qué no morir después? ¿Qué puedes esperar de la vida? ¿Que tus senos se vayan ablandando?

Sonrió, contempló a la concurrencia con una mirada crítica y dijo con voz tranquila:

—Hay algo que siempre me pregunto... ¿Qué espera la vida? Hay que vivir, dicen. Pero ¿para qué?

—¡Bonito sermón! ¿Te lo has aprendido de memoria?—preguntó Gandía—. Me parece haber leído un discurso parecido de Herodoto.

—¡La gente!—dijo Lucrecia—. Vos también vivís, César, y se os puede preguntar para qué.

—¡Para hacer grandes cosas! —repuso suavemente César.

Se oyó la risa del duque de Gandía.

—¿No sabías, Lucrecia, que nuestro querido hermano no vive más que para lo grande? Su nombre se le ha subido a la cabeza. Apuesto que sueñas con conquistar las Galias, en vez de rogarle a Dios que las Galias vengán a conquistarnos... antes de que se nos haya vuelto blanco el cabello. Yo no deseo nada mejor.

Mientras hablaba, Gandía se había vuelto hacia Juan Sforza.

—¿Qué se dice de los franceses en Milán?

Sforza sonrió:

—Que son unos bárbaros.

—Así y todo, ¿no tendrá su pequeño Carlos la intención de venir a respirar

nuestras flores y escuchar nuestra música? A los bárbaros les gusta la civilización. Al contrario de aquella gente civilizada que se maravilla ante la barbarie, yo pretendo...

Una mirada de César le hizo callarse. Se encogió de hombros y prestó atención a un joven esclavo de doce años, moreno, casi desnudo, cuya cintura estaba rodeada de doradas volutas. Unos criados corpulentos le ayudaban a llevar un mantel de oro. Al tenderlo sobre la mesa, anunció que era Jason y preguntó por qué.

Respuestas contradictorias brotaron de todos los lados. Lucrecia, a la que estas adivinanzas eruditas recordaban el convento, se mordía los labios, impaciente por encontrar la respuesta exacta. Por fin, exclamó:

—Porque este mantel es el Toisón de Oro y es Jason quien lo conquistó.

La aplaudieron. Buscó la admiración en la mirada de Juan Sforza, pero él miraba el techo. César se burlaba. Juan de Gandía, inclinado sobre el cuello de su vecina, le murmuraba algo. Jason cantaba. Hacía calor. Lucrecia sentía cómo le corría el sudor bajo sus pesados ropajes rojos y metió las manos en los cuencos de agua de rosas que circulaban alrededor de la mesa. Picaba en las bandejas de pasteles, que también daban la vuelta, llenas de bollos y palomas de azúcar.

El actor que había representado en el teatro el papel de Apolo reapareció delante de una inmensa fuente en la que había un ternero cortado a trozos rodeado de espárragos. Una vez más preguntó por qué era Apolo el que llevaba la ofrenda, y sin esperar la respuesta recitó un poema de Bembo que recordaba cómo Apolo, que viajaba por la tierra, llegó por amor a guardar el ganado.

—Este ternero es bueno — dijo César —, pero ese griego me aburre.

Hubo protestas. Nadie en Roma se hubiera atrevido a atacar la antigüedad.

—Nosotros disfrutamos de grandes ventajas en comparación con los griegos y los latinos —continuó César sin alterarse.

—De una sola, pero importante —interrumpió Gandía—. Ellos están muertos y nosotros no.

—Pequeña ventaja. Pronto lo estaremos también.

El obispo de Concordia intervino con la boca llena:

—César quiere decir que tenemos sobre los antiguos la inapreciable ventaja de conocer por la revelación la palabra divina, lo que nos permite avanzar en el camino de la santidad.

Y después de haber dicho esto el obispo volvió a comer sin esperar aprobación, visiblemente satisfecho de haber hecho con oportunidad unas manifestaciones que estaban muy de acuerdo con su ministerio. Pero César, sin hacer caso, prosiguió con aplomo:

—Grecia no era más que unos cuantos pueblos de claro espíritu, pero tan limitado como el pequeño trozo de mar conocido entonces. Nosotros somos más



grandes que los griegos porque hemos llegado más allá de la puerta de las Hespérides. Mis hermanos españoles han encontrado inimaginables tierras al final de océanos sin fin. Cada día sabemos cosas más extrañas sobre el cielo. Pronto la tierra entera no nos bastará, pero a los griegos les bastaba su pequeño territorio. Nosotros queremos conocer a fondo los secretos de la naturaleza, del alma, de Dios. Nosotros construimos más alto, pintamos mejor, nuestras conquistas llegan más lejos. ¿Qué tenemos que ver con la solemne placidez del mundo griego ni con la orgullosa quietud de Roma? Solamente... que cuando digo nosotros me refiero a un corto número de hombres. El corazón del mundo está aquí. Fuera no hay más que bárbaros paseando sus vísceras y sus rostros vulgares. Nosotros tenemos deberes terribles.

Sonrió y ofreció vino a Lella Orsini, su vecina.

—Vais a ver cómo César le declara la guerra a alguien

Y zumbó Gandía—. Es un terrible capitán sin soldados.

—Necesitaremos poderosos ejércitos —continuó César, soñador—. Los bárbaros acechan los lugares privilegiados en los que se cumple el destino de los hombres. No tienen otro deseo que caernos encima para hacer el amor con nuestras mujeres y llenar sus bolsas, lo que todavía no tendría mucha importancia, pero sobre todo para destruir todo aquello que serán incapaces de comprender. Y nada nuestro podrán comprender. Los turcos están ahí mismo, a orillas del Adriático. El reino de Polonia desciende hacia

Occidente como un río. Moscovia nos vende sus esclavos en espera de poder enviarnos soldados armados. Y ante estos peligros Italia no es más que una polvareda de Estados. Mi opinión es que le queda escasamente tiempo para unirse.

El obispo de Concordia decidió meter baza.

—Pero esta boda — dijo con grave semblante —, ¿no es una prueba de la unión de los Estados italianos? ¿No es una señal de aproximación del Estado de nuestro Santo Padre el Papa al de Milán?

Buscó la mirada de Juan Sforza y se inclinó.

—Soportad — prosiguió — que os tratemos a vos, el sobrino de Ludovico el Moro, como al propio Estado de Milán sentado a nuestra mesa y dispuesto a abrazar a la hija de Roma.

La redundancia de las imágenes hizo reír. Seguramente que el obispo había puesto cierta malicia en su comentario, porque se rió también. Lucrecia no escuchaba, sino que admiraba a Diana.

Diana era una soberbia mujer de color lechoso, de un rubio veneciano, vestida con una faldilla hasta media cadera y los senos desnudos. Hacía la presentación de un ciervo entero colocado sobre un tablado, precisando que se trataba del desgraciado Acteón. Se inclinó delante de Lucrecia:

—Acteón no puede tener una sepultura más agradable, señora, que el cuerpo

de una recién casada.

Sonaron risas. Lucrecia se sonrojó, no tanto por la broma, que no había comprendido, como por el interés con que en un segundo se habían dirigido todas las miradas hacia ella. Para rehacerse fingió que prestaba atención a la conversación, que César había iniciado de nuevo, en voz más baja, con Juan Sforza.

—No os entiendo — murmuraba Sforza—. Hace un instante decíais que Italia debía unirse contra los bárbaros extranjeros...

—¿Y qué?

La voz de César era sorda. Masticaba distraído. Tenía semicerrados los ojos, pero a pesar de las tupidas pestañas, Lucrecia adivinaba el brillo de sus calientes pupilas. Se imaginó dos fieras en el fondo de su guarida.

—Creo que no estáis de acuerdo con vuestros principios —balbuceó Juan Sforza—, porque después me habéis pedido que le insista a mi tío para que los milaneses vayan a la guerra lo antes posible unidos a Roma contra Nápoles.

—Me agrada a menudo contradecirme —murmuró César suavemente—, Pero en asuntos de poca importancia. Por ejemplo, soy capaz de anunciaros mi amor exclusivo por las rubias, en el momento en que ya he elegido la morena con la que iré a acostarme. Sin embargo no me contradigo jamás cuando se trata de Italia. Los ejércitos de Ludovico el Moro y del Papa deben aplastar a Nápoles porque Nápoles es una ventana abierta al enemigo. Hay que ir a cerrarla. Colocaremos allí un príncipe de los nuestros. De esta manera seremos un bloque desde los Alpes hasta Sicilia. Y a los bárbaros se les partirán sus sucias uñas sobre nuestro mármol. Pero primero, vencer a Nápoles...

Estaba en apariencia tranquilo, pero una sorda cólera distendía las aletas de su nariz y su mano izquierda trituraba el pan sobre la mesa.

—Para vencer a los bárbaros hay que vencer primero a Nápoles — repitió con expresión ausente —. Para vencer a Nápoles hace falta la alianza de los Borgia y de Ludovico, de Roma y de Milán. No oculto mi juego. Ha sido para poder realizar esta obra necesaria por lo que he aconsejado al Papa vuestro matrimonio con Lucrecia.

Lucrecia había seguido escuchando, sorprendida por la elocuencia de César que generalmente hablaba poco y a base de sentencias cortas y frías. Su animación tampoco le había pasado por alto. La última frase que oyó la dejó sin aliento. Así, pues, era verdad que su matrimonio era el resultado de un contrato. Juan se lo había dado a entender, pero ella no había comprendido. Se casaba con Juan Sforza para que César pudiera permitirse su pequeña y querida guerra contra Nápoles. Volvió a sentir la inquietud que la asaltó en aquel momento de la ceremonia en que se hablaba de «lo que Dios ha unido». Así, no era Dios quien la había unido a su esposo, sino César Borgia. Miraba a Sforza con temor, fascinada por aquel rostro sin expresión. Era el rostro del compañero y el dueño al que acababan de unirla con engaños.

—Si estáis de acuerdo-prosiguió César—, continuaremos nuestra conversación a solas. Después del festín tendréis pocos deseos de dormir y será casi el alba. Podemos encerrarnos con una botella de vino de Ciro y...

—¿Es tan urgente?

—Quisiera que mandarais mañana un correo a Ludovico el Moro. Se creerá que le enviáis el relato de vuestra boda...

—¡Cómo es posible! —exclamó Lucrecia indignada.

Sus labios se contrajeron en un gesto de cólera y su pequeño pecho se alzó tumultuosamente bajo su vestido.

—¡Vaya!—bromeó César—. La pequeña no está contenta.

—Creía — manifestó Lucrecia — que terminada la cena el marido y la esposa eran conducidos juntos a sus habitaciones. Pero sois vos quien queréis encerraros con mi marido.

César apartó el vaso de leche que le ofrecía un criado disfrazado de pastor de la Arcadia y eligió tranquilamente un melocotón en las fuentes que le presentaban Vertumna y Pomona, coronadas de follaje. Después, con la boca llena, contempló riendo a Juan Sforza.

—Ésta es vuestra primera escena de celos.

La palabra «celos» despertó la atención de Juan de Gandía.

—¿De quién está celosa Lucrecia? — preguntó.

—De mí. Protesta porque le acaparo el marido

Gandía se levantó y se dirigió hacia Sforza con aire burlón.

—Mi apreciado Sforza, parece que os habéis casado a la ligera y sin haber leído al Petrarca.

—Lo he leído — repuso sin entusiasmo Sforza, enrojeciendo molesto.

—Entonces, tal vez hayáis olvidado su *De remediis utriusque fortunae* y las observaciones que le hace al amigo que ha tomado mujer. «Es bastante enojoso soportar una invitada no un día, sino la vida entera. Con ella se instalan en la casa los celos y las sospechas. Tendrás que rendir cuentas cada noche a un juez insoportable acostado contigo. Si a vivir de esta manera le llaman vida, ya no sé en qué consiste la muerte.»

—¡Oh, no lo creáis! —exclamó Lucrecia dirigiéndose a Sforza—. Yo no seré así. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Juan de Gandía la abrazó cariñosamente.

—¡No llores, tonta! Petrarca escribió eso en broma, y, además, no te conocía.

—No, yo no seré así —repitió Lucrecia en tono más bajo.

Gandía cogió su pañuelo y le enjugó los ojos. Ella se desahogó conmovida:

—Compréndeme, no puedo estar contenta. César quiere pasar la noche con mi marido.

—¿Es por esto que estás celosa?

—¡Claro! Yo sé en qué consisten los esponsales. Un esposo y una esposa tienen su noche de bodas.

—Está bien, pero mientras esperas tu noche de bodas mira lo que llega.

Iban llegando los regalos. Pasaban los criados con las libreas de los donantes y los rostros groseros empapados de sudor. Lucrecia permaneció petrificada y con la boca abierta durante todo el tiempo que desfilaron las cajas de brocado de oro, de brocado milanés, los servicios de mesa de plata maciza, los cubiletes de plata dorada, las copas de jaspe y las vasijas de oro bajo la claridad redoblada de los cirios. Gandía, que seguía teniendo su mano sobre el hombro de la joven, le señaló un hermoso vaso dorado.

—Éste es mi regalo.

Ella le dio las gracias con un movimiento de cabeza. Entonces le presentaron las sortijas en un estuche de terciopelo color púrpura ante cuya vista sintió un estremecimiento. No pudiendo contenerse más, se levantó con infantil alegría y, a pesar de la tos reprobatoria de Burkhart, se puso uno de los zafiros en el dedo.

Pero ya las flautas preludiaban el concierto.

Lucrecia echó deslumbrada la cabeza hacia atrás. La sala entera, los convidados, los cantores, los músicos, todo le parecía de oro, de plata y de púrpura. Respiraba el perfume de la cera quemada y la música penetraba en ella dulcemente.

Al final de un fragmento se mezclaron todos los instrumentos, los laúdes, las violas, los oboes. Los cantantes se respondían alternativamente.

«Estoy asistiendo a mi boda —pensaba Lucrecia—. ¡Ah, qué hermoso es el mundo!»

Sonoras carcajadas la sacaron de su ensueño. Acababa de hacer su entrada, dando volteretas, una pandilla de bufones, enanos españoles con gorros en punta y cascabeles cosidos a sus jubones. Para que el efecto fuera más cómico una música grave acompañaba en sordina sus extravagancias.

El jefe de la banda se detuvo a unos pasos de Lucrecia y la señaló con el dedo.

—¡Es hermosa! —exclamó—. Pero ¿lo sabe?

Los otros enanos se cogieron el mentón con la mano y repitieron a coro, con preocupado aspecto:

—Sí, pero ¿lo sabe?

—¿Sabéis vosotros —continuó el bufón—, lo que necesita una muchacha para ser muy hermosa? Hacen falta quince.

—¿Quince qué?

—Quince quiere decir tres veces cinco.

—Tres cosas largas.

—¡Las manos!

—¡El cuerpo!

—¡Los cabellos!

Los enanos saltaron en el aire y se reunieron como un enjambre alrededor de Lucrecia. Uno aparentaba examinar su cuerpo, otro sus manos, otro sus cabellos. Concluyeron que reunía las condiciones. Ella se había ruborizado intensamente, pero sonreía para hacer como todo el mundo.

—Después — siguió diciendo el capitán de los enanos —, hacen falta tres cosas dulces.

—¡Los cabellos! — exclamó el más grueso de los enanos precipitándose sobre Lucrecia.

Ella hizo un gesto de disgusto, pero él, que había comenzado a acariciarle un mechón, se lo estiró violentamente.

—¡Los dedos! — declaró otro enano arrojándose sobre la mano de Lucrecia.

Ella había lanzado un primer grito, después el segundo y por fin un tercero, cuando el que dirigía el juego le saltó sobre las rodillas gritando:

—¡Los labios!

Se levantó al punto. Lucrecia se limpió la boca en la que todavía le parecía sentir el repugnante contacto del temible dedo.

—Todavía hacen falta otras tres cosas que sean rosas... Las mejillas...

Por todas partes se oyó un grito de aprobación, lo que era comprensible, porque Lucrecia se iba ruborizando cada vez más.

—Los labios...

El que le había tocado la boca simuló que miraba su dedo y que en él había quedado pintura.

—¡No es cierto! — exclamó Lucrecia.

El jefe del enojoso grupo se acercó a ella.

—También han de ser rosas las dos pequeñas...

Se volvió hacia los asistentes.

—En vez de escucharme, ¿no podéis tratar de adivinar?

Su invitación fue acogida por risas complacientes.

—¡Las dos pequeñas cerezas! — dijo una voz.

Lucrecia se preguntaba de qué estarían hablando.

—Las dos pequeñas cerezas que apuntan —insistió el enano— que apuntan al borde del vestido... de la señora Lucrecia.

Y de un salto se volvió a poner sobre sus rodillas. Con un gesto rápido ensanchó el escote, ahogando el grito de Lucrecia, y después fue a dar una

voltereta sobre el tapiz oriental. Se levantó trabajosamente y después de pasarse la mano por el rostro declaró con fatigado acento:

—¡Oh, son de un rosa muy intenso!

Pero interrumpió las risas diciendo que hacían falta todavía tres cosas.

—¡Tres cosas estrechas!

Los asistentes se pusieron a buscar.

—¡La cintura! — exclamó Julia Farnesio.

Las miradas se dirigieron a la cintura de Lucrecia.

—Por mi alma, hemos de reconocer que es estrecha— opinó gravemente el bufón—. Pero aún queda algo...

—¡La boca! — exclamaron varias voces.

Lucrecia hubiera querido desaparecer. Sin embargo, las miradas que le dirigían los hombres no le desagradaban. Examinaba con disimulo a las otras mujeres y se decía: «¡Es verdad que soy hermosa!»

—Y bien —preguntó el bufón con desgana—, ¿no encontráis la tercera cosa que debe ser estrecha?

Algunas voces indicaron el dedo pequeño, el cuello, pero el bufón negaba maliciosamente con la cabeza. Empezaron a comprender. Se oyeron algunas risas furtivas. Lucrecia, abrió sus ojos con asombro.

—¿Cómo podría explicar un lugar que la naturaleza ha llenado de dulzura? Deberíais haberlo encontrado.

Todo el mundo, en efecto, lo había encontrado, a juzgar por las risas, entre las que era posible reconocer la voz más aguda de las mujeres. Solamente Lucrecia buscaba todavía. El duque de Gandía tuvo piedad de su confusión y le hizo un gesto imperioso al bufón, que terminó su número yendo a inclinarse delante de Juan Sforza.

—Sobre este último punto — concluyó —, es vuestro señor quien nos informará mañana.

La música amortiguó el murmullo de los invitados. César dio la señal para el baile. A Lucrecia se le designó como caballero a su hermano, el pequeño Joffré, un año más joven que ella. Bailaba mal, con pasos atropellados, echando la cabeza hacia atrás y tan intimidado como la muchacha.

Después las mujeres ofrecieron un espectáculo bailando entre ellas. Entre dos acordes se bebían una copa de vino. Más allá de las ventanas, completamente abiertas, palpitaba el cielo transparente y azul de las noches romanas. Había un vaivén de criados que renovaban los candelabros. La fatiga y la oscuridad intensificaban los perfumes. Eran las tres de la mañana cuando se calló la orquesta.

Julia Farnesio cogió a Lucrecia de la mano. La niña había bebido demasiado y

el sueño le producía vértigo. En la oscuridad del corredor por el que se había metido volvió a encontrar a su morita, con un candelabro en la mano, y a Pantasilea, que le dijo:

—Venid deprisa...

Lucrecia no hizo ninguna pregunta. Sabía que su noche de bodas iba a tener lugar.

Ignoraba completamente en qué podía consistir una noche de bodas. Había oído esta expresión de boca de sus compañeras, en el convento, y en las conversaciones del palacio Venozza, tan libres que llegaban a serle incomprensibles. Había leído también poemas italianos o franceses. En una canción española había seguido las emociones de una bella y un caballero que se preparaban para esta noche especial. De sus versiones latinas había sacado algunas nociones confusas que conducían a una única certeza: después de la boda el marido y la mujer iban a encontrarse en el mismo lecho. Unos meses más tarde la mujer aumentaba progresivamente de peso y era así como nacían los hijos.

—No hay que temblar — dijo Pantasilea.

Esta hermosa mujer de ojos apasionados, nariz arqueada y boca de águila daba la impresión de reír siempre cuando hablaba:

—Todo acabará pronto —volvió a decir—. Después dormiréis como un plomo.

La condujo a una habitación que Lucrecia no conocía. Las paredes y los techos estaban pintados en tonos dorados, hasta donde Lucrecia pudo darse cuenta, temas de caza y escenas de la Historia Sagrada. Brillaban los muebles negros y las sedas extendidas bajo los frescos. La niña sintió bajo sus pies la blanda suavidad de un tapiz.

—¿Por qué me desnudáis? — preguntó.

Por la puerta entreabierta entraron de puntillas algunas jóvenes cuchicheando.

—Tira, tira hacia ti — ordenaba Pantasilea a la morita.

Después de muchos esfuerzos consiguieron quitarle el traje. Lucrecia, sin comprender, pero resignada, les ayudaba a desatar el corpiño y los cordones de las mangas. Se sentó en un taburete y se quitó ella misma las medias bajo las miradas de las visitantes. Una de ellas ayudó a Pantasilea a acercar un pesado cuenco lleno de agua de rosas tibia. Después todas las mujeres se disputaron las toallas, que metieron en el agua antes de enjugar el cuerpo de Lucrecia, que estornudó.

Quisieron cerrar las ventanas.

—Dejadlas —pidió la joven—. Hace una noche tan hermosa...

Caterinella le deshizo la redecilla. Una multitud de dedos le iba quitando las perlas de su cabellera. Cuando estuvo desnuda, se oyó un prolongado murmullo que comentaba los encantos particulares de su cuerpo: el pequeño e infantil

tamaño de su pecho, el suave bombeado de su vientre, la redondez de sus muslos, la línea derecha de sus hombros.

—Y a pesar de todo — decía una de ellas —, tiene ya las caderas llenas.

—¡Es una niña, pero tiene toda la belleza de una mujer!

Se pusieron a empolvarla. La gruesa borla pasaba por su espalda, acariciaba sus muslos. Caterinella aplastó la brocha sobre el vientre de Lucrecia, dejando allí los polvos que quedaban.

La joven notó que todas las mujeres habían enrojecido e intercambiaban secretos en voz baja.

Lucrecia había estado ya desnuda, en las termas, entre otras muchachas. Lo que le causaba confusión era el estar sola desnuda. Además se preguntaba lo qué quería decir todo aquello. Cuando Pantasilea le dio la larga camisa blanca bordeada de oro, se metió en ella con alivio. Pantasilea retuvo su mano entre las suyas y la condujo hasta el lecho. Todas las damas se hicieron lenguas de lo bonita que estaba Lucrecia. Una de ellas observó a media voz que si ella fuera Juan Sforza no esperaría más, pero hubo un murmullo de reprobación más o menos fingido. ¿Esperar qué?, pensaba Lucrecia. Mientras tanto las cortinas de la cama habían sido levantadas. Las sábanas, bordeadas de raso rojo, brillaban en la penumbra intensamente blancas.

Se oyeron unos golpes en la puerta y las mujeres exclamaron: «¡Enseguida, enseguida!» Caterinella ayudó a Lucrecia a subir al lecho. Se le cubrió con las sábanas. La puerta se abrió y apareció Juan Sforza. En la antecámara Lucrecia distinguió al notario que les había casado y, detrás de él, el colorido de los trajes de los dignatarios.

Juan Sforza se detuvo cerca del lecho. Su actitud era rígida y cohibida la expresión de su rostro. «Va a ocurrir algo», se dijo Lucrecia.

Con unos gestos meticulosos y mezquinos Sforza levantó su túnica a la turca y deshizo la jarretera que unía el calzón a la media dorada. El diamante que llevaba en la jarretera brillaba tanto como la cadena que colgaba de su cuello. Dejó al aire unas pulgadas de piel, por encima de la rodilla, y apartó la sábana con gesto rápido.

Lucrecia retrocedió instintivamente y se acurrucó contra la pared. Más que lo que hacía su marido, le impresionaba el silencio de los asistentes, pero una mirada de Sforza le hizo acercarse a él y tenderse a su alcance.

El puso una rodilla sobre el lecho y alargando la mano levantó la camisa, desnudando a Lucrecia hasta el vientre. Avergonzada, ella cerró los ojos, exhalando un pequeño y entrecortado suspiro. Inmediatamente sintió que Sforza la besaba en la frente. Volvió a abrir los ojos. El rostro de su marido estaba tan próximo al suyo que le ocultaba el espectáculo del cuarto. Sus bocas se juntaron y Lucrecia, que había iniciado mal la respiración, se ahogaba. Abrió los labios. Inesperadamente una lengua acarició la suya. Sorprendida, asustada y con la nuca envarada intentó desasirse, pero ya Sforza había levantado la cabeza.



Introdujo una pierna en la cama, cogió con toda la mano el muslo de Lucrecia y lo apretó contra su pierna, de forma que tocara el pequeño trozo de piel que había dejado al descubierto. Después saltó de la cama y atravesó la habitación con paso más seguro y abombando el pecho como si hubiera llevado a cabo una gran hazaña.

Lucrecia volvió a echar la sábana sobre ella. Se le ofreció una pluma y el notario le tendió un documento a cuyo final firmó.

Otras personas firmaron también en las dos habitaciones. Los asistentes empezaron a salir lentamente hacia la escalera.

—Levantaos — dijo Pantasilea.

—¿Qué me van a hacer ahora? — preguntó Lucrecia.

—¡Nada en absoluto! Todo acabó. Os voy a llevar a vuestra habitación.

—¡No es posible! ¿A la misma de ayer?

—Ésta es para vuestro marido... Pero dentro de unos años, tal vez de unos meses, supongo que...

Había corrientes de aire por los corredores. Lucrecia entró en su cuarto de niña con las facciones crispadas. Cuando estuvo en su cama se echó a llorar.

—¿Estáis decepcionada? —preguntó Pantasilea medio sonriente—. Pensabais que ocurriría esta noche, ¿no?

Guiñó un ojo a la morita y las dos se echaron a reír abiertamente.

—No tenéis más que trece años. Sois demasiado pequeña.

Esto era exactamente lo que pensaba Lucrecia. No le había ocurrido lo que tenía que ocurrirle. Para quedarse tranquila preguntó:

—Ya lo habéis visto. Me ha tocado el muslo con su rodilla y me ha abrazado. Pero no es así como se hacen los niños, ¿verdad?

—Afortunadamente, no —repuso Pantasilea sacudida por la risa—. Es más complicado, pero más agradable.

—¿Es muy complicado?

—No os inquietéis. Es vuestro marido quien ha de saberlo y no vos.

—Pero ¿estáis segura de que él lo sabe?

—Por lo menos —continuó—, ha estado ya casado.

Lucrecia, horrorizada, había dejado de llorar.

—¿No lo sabíais? ¡Qué cara ponéis...! ¿Estáis celosa? ¿Celosa de una muerta?

Lucrecia lo lamentaba por las palabras sagradas, los anillos, la miel y la espada. Así, Juan Sforza había jugado ya con todo aquello.

—Tal vez es por esto por lo que no ha querido una verdadera noche de bodas — articuló con voz débil.

—No... Sois demasiado niña, ya os lo he dicho. Cuando la esposa no tiene más que trece años, como vos, el marido deja para más tarde la consumación del matrimonio. En su lugar se celebra una ceremonia simbólica a la cual asiste el notario. El marido os toca la frente, la boca y el muslo, de manera que el matrimonio ya no pueda ser deshecho. Un poco más adelante conoceréis a vuestro marido de veras. Y ahora, dormid.

Lucrecia no quería dormir. Para distraerla de su pena, Pantasilea y Caterinella abrieron los dos grandes cofres nupciales y le volvieron a enseñar su ajuar, que apenas había visto. Sobre el forro blanco de las tapas abiertas extendieron las dos mujeres las mangas de terciopelo, las mangas cubiertas de cintas y perlas, las faldas de armiño y las camisas de muselina. Pero Lucrecia, que no veía bien desde su lecho aquella abundancia de tesoros, ponía una cara hosca.

Pantasilea se impacientó, sopló las velas con brusquedad, dio las buenas noches a la muchacha y se retiró a la habitación de al lado. Solamente quedaba Caterinella. Se desnudó con rapidez y Lucrecia vio cómo el cuerpo desnudo y oscuro de la pequeña africana se deslizaba dentro de la estrecha litera que habían puesto para ella cerca de la puerta. Había bastante claridad y el cielo, sorprendido por la aurora, se iba volviendo rosa. Lucrecia cerró los ojos.

Trataba de repetirle que su marido era hermoso, que ella lo quería, que era feliz de estar casada, muy feliz..., pero él sueño no llegó.

Dudaba. Caterinella se revolvió en su pequeño lecho. Entonces Lucrecia le llamó en voz baja.

La pequeña esclava se incorporó como movida por un resorte y de un salto estuvo junto al lecho de Lucrecia.

—Yo no puedo dormir... ¿Y tú?

—Yo tampoco — dijo Caterinella.

—Pronto será de día.

—Si.

Permanecieron en silencio. A lo lejos, en Roma, aún se oía cantar y los fragmentos de música llegaban traídos por los intermitentes soplos del viento matinal.

—Quisiera ir con mi marido.

Caterinella contestó, a pesar de que era un consejo lo que Lucrecia solicitaba tácitamente de aquella niña de su edad, pero que los viajes y desgracias de la servidumbre habían llenado de experiencia. Además, buscaba su ayuda porque tenía miedo de aventurarse sola por los oscuros corredores del palacio.

—Como queráis.

Caterinella había contestado con una indiferencia de esclava.

Le dejaba a Lucrecia toda la responsabilidad de la empresa, a pesar de que la ayudó a bajar del lecho y a echarse sobre los hombros una capa de fieltro. Ella,

que estaba desnuda, se puso una túnica. Empujaron la puerta del corredor y echaron a correr descalzas. Detrás de Lucrecia flotaba su caballera y los faldones violáceos de su capa.

—¡Cuidado!

La pequeña esclava había comprendido que la empresa era clandestina, y señalaba con aguda perspicacia al alabardero soñoliento apostado delante de una puerta o a los escuderos que jugaban a las cartas en lo alto de una escalera, a la luz de una antorcha.

Lucrecia reconoció las pinturas murales que había antes de la habitación de su marido.

A tientas, y después de haber tropezado con un soldado que dormía en el hueco de una ventana, buscó Lucrecia el picaporte. Presionó suavemente. No estaba echado el cerrojo. La puerta cedió. Una ligera corriente de aire hinchó la camisa de la niña.

—Y ahora, ¿os dejo? — susurró Caterinella.

Lucrecia le tapó la boca con la mano. A través de la abertura distinguió un dorso, que no llevaba el traje de Juan Sforza.

—Esta carta me interesa. Haced que salga mañana por la mañana... Pero quisiera que le detallarais todavía algo a vuestro tío.

Lucrecia reconoció la voz de César. Se inclinó y vio a Juan Sforza que tenía el despacho en la mano y miraba a César con una expresión interrogativa y los ojos enrojecidos de sueño.

—Estamos en junio —prosiguió César—. El ejército de los Estados del Papa está preparado para la guerra. Tenemos una buena infantería y capitanes bastante buenos. El castillo de Sant-Angelo está lleno de municiones y podemos disponer en el plazo de algunas semanas de un ejército casi igual al del rey de Nápoles. En resumen, podríamos lanzarnos solos a esta aventura si estuviéramos seguros de que no hay otro ladrón de por medio. Yo hago todo lo posible por evitar la intervención de España, que tiene intereses en las Dos Sicilias. Hace tres días amenacé al embajador de Venecia, pero sigue siendo Francia la que me preocupa más. Se dice que Carlos VIII ha decidido hacer valer sus derechos de heredero de la casa de Anjou en Nápoles. Si el rey de Francia sabe que el duque de Milán es aliado nuestro, lo que ya debe temer a causa de esta boda, no se atreverá a pasar los Alpes. De esta manera, una alianza militar entre los dos países tendrá el mérito de incitar a los franceses a quedarse en su casa y poner a nuestra disposición todo el sur de Italia. Hay que actuar con rapidez para que esta alianza sea conocida antes del mes de agosto. ¡Quién sabe! Habrá de ser puesto un nuevo rey en el trono de Nápoles. ¿Por qué no vos, ya que sois Sforza y desde esta mañana también Borgia? Pero esto depende de vuestro celo. Preguntadle también a vuestro tío a cuánto ascienden sus tropas. Si acepta mi proposición podríamos comprar, dividiéndonos el gasto, algunas compañías de suizos. Todo esto corre prisa. ¡Quisiera tener tres años más! La unidad de Italia frente a los

bárbaros se realizará en el plazo de tres años.

—¿Queréis que añada unas líneas a mi despacho?

A pesar de que ya era día, todavía ardían las luces de los candelabros, reflejándose sobre los cubiletes dorados.

Lucrecia empujó la puerta, impulsada por la cólera de esposa cuyo marido prefiere la redacción de un despacho político a ella. Pasó una fuerte corriente de aire y una de las llamas se apagó. La niña trató de sostener la puerta, que rechinaba.

César dio un salto que hizo caer al suelo su banqueta. Permaneció frente a la puerta con el rostro impasible, la mirada penetrante y la mano sobre la daga.

Caterinella cogió a Lucrecia de la mano y las dos huyeron por los corredores. Las imprecaciones de César contra el soldado adormecido retumbaron bajo las bóvedas como si fueran tras ellas.

A la derecha de las jóvenes surgió una galería y quisieron seguir hacia allá, pero un ruido de armas las detuvo. Los alabarderos cayeron sobre ellas. Las rodearon y sujetaron por los hombros. Lucrecia perdió su capa. Se defendía todavía cuando César apareció.

Al ver a Lucrecia se aclaró su rostro.

—¡Eras tú!

Los guardias soltaron a la joven que, con el cabello revuelto, un hombro al descubierto y perdida en su gran camisa transparente, recogía precipitadamente su manto para envolverse con él. Caterinella afrontaba con descaro las miradas que los soldados dirigían a sus piernas desnudas. Se oyeron de nuevo pasos sobre las losas.

—Tranquilizaos, Sforza — dijo César volviéndose hacia su cuñado que avanzaba prudentemente, con la espada desnuda en la mano —. Os habéis perdido solamente la visita de una esposa demasiado cariñosa... Voy a llevarla a su cuarto, a ella y a su miserable mora.

Los soldados se alejaron silbando quedamente. Juan, Sforza sonrió a Lucrecia. El insomnio afilaba sus facciones. Ella trató de descubrirle cierta seducción y le devolvió la sonrisa.

—Id a dormir, Lucrecia — dijo él con dulzura.

Las dos muchachas se pusieron en camino hacia su cuarto seguidas por César, que, con una imperceptible expresión burlona, vio cómo su hermana se metía en la cama.

Después dijo:

—Y Pantasilea, ¿es así como te vigila?

Empujó la puerta de la habitación vecina. La cama no estaba desecha.

—Había olvidado — dijo con suave sonrisa — que Pantasilea pareció

interesarse por lo que decía a mi hermano, el duque de Gandía, después de la cena.

Se despidió de Lucrecia con un gesto, pero en cuanto hubo llegado al umbral se volvió.

—Yo me pierdo siempre por estas galerías... Como tú, negrita, recorres el palacio de noche como un ratón, bien podrías guiarme un poco.

La habitación estaba orientada a levante y recibía toda la luz. Lucrecia contemplaba desde su lecho el rostro de su hermano. Seguía sonriendo y tenía un intenso fulgor en las pupilas y los párpados entornados. Caterinella había bajado los ojos un tanto enojada. No se movía.

Lucrecia conocía el carácter de su hermano y creyó que iba a enfadarse, pero se quedó sorprendida de la dulzura con que trató de convencer a una muchacha de tan baja condición para que le acompañara. Dio un paso hacia ella, la contempló con avidez y le preguntó su nombre. Ella levantó los ojos. Lucrecia se extrañó del brillo que tenían. Caterinella se pasó la lengua por los labios, miró a César de pies a cabeza con insolencia y se decidió a contestarle entre dientes:

—¿Por qué no?

Cuando la puerta se cerró tras ellos, Lucrecia, sentada en medio de su cama, se quedó pensando en el gesto que César había hecho al salir. Había puesto la mano sobre la nuca de Caterinella, a la manera que tienen las aves de rapiña de posarse en una rama.

Hubiera querido que Juan Sforza le pusiera la mano en la nuca de la misma manera.

Deslizó la mano bajo sus cabellos y apretó fuerte. Inició una caricia, se volvió a apretar con fuerza la nuca y soñó.

Un día Juan Sforza la cogería de la misma manera y la llevaría a su habitación para realizar Dios sabe qué acto misterioso. Un día, pero ¿qué día? ¿Al cabo de cuántos meses, de cuántos años?

# CAPÍTULO III

## EN LOS JARDINES DE ROMA

Quince años más tarde, en el camino que unía Nápoles con Roma resonaban innumerables imprecaciones a lo largo de casi una legua.

Un agobiador sol de julio doraba las viñas que se extendían a derecha y a izquierda, quemaba los campos de maíz y las malezas y subrayaba las escasas zonas de sombra bajo los pinos, a lo largo de los cipreses, junto a los muros de argamasa de los rediles. La noche anterior, una de aquellas tormentas violentísimas que a veces se forman en los Apeninos y el viento del Este arrastra hacia el mar, había iluminado la campiña con interminables relámpagos arrojando torrentes de lluvia. La tima, sedienta hasta estallar, se había bebido toda aquella agua dejando surcos en un camino que la tormenta había acabado de destruir. Había comenzado a hundirlo, tres años antes, la artillería del rey de Francia, Carlos VIII, cuando iba hacia Nápoles después de la toma de Roma. Fue empedrado después de la retirada de los franceses, pero en aquel lugar, ya sea porque los galeotes la hubieran hecho defectuosa o porque así lo quiso la naturaleza del terreno, la célebre vía Apia parecía una trinchera.

Todos se disputaban el paso. Se mordían los mulos cargados de bultos, se atascaban los palanquines entre los pesados bueyes grises y también los carros llenos de grano, acabando de interceptar el paso.

A pesar de esto, tres jinetes remontaban rápidamente la corriente, deslizándose entre los carruajes y saltando los fosos. Cuando iban a llegar al otro extremo del trozo defectuoso, redoblaron las vociferaciones. Una treintena de jinetes que venían en sentido inverso apartaban a los muleros con la punta de sus lanzas para abrirse camino más fácilmente.

—¡Paso...! ¡Paso...! ¡Apartaos...!

A pesar de que llevaban la librea pontificia, color negro con rayas amarillas, los comerciantes y muleros protestaban. Entonces, su capitán gritó con fuerza y con más cortesía:

—Dejadnos pasar, por favor. Tenemos la misión de ir a recibir al príncipe Alfonso de Aragón en la frontera napolitana. Cuando vosotros hagáis la siesta, nosotros estaremos corriendo todavía. Tened, pues, un poco de amabilidad.

Al escuchar estas palabras, uno de los tres jinetes, que era delgado, con el cabello negro azabache, la mirada atrevida y el rostro regular, pero surcado por

las arrugas, se volvió hacia el capitán. El más joven de sus compañeros lo detuvo con la mirada.

Al mismo tiempo había hecho retroceder a su caballo para dejar paso a los guardias pontificios.

—Era inútil decirles quién soy — explicó el joven a sus dos compañeros cuando pudieron situarse otra vez en medio del camino, después que pasó la tropa—. Estos hombres encontrarán mi escolta, que debe estar a una hora de aquí. De esta manera podremos acabar el viaje en paz y entrar sin ceremonial en Roma.

Tenía diecisiete años y llevaba un discreto jubón gris con escasos adornos de plata y un bonete negro con una corta pluma blanca. Había hablado con una voz fresca, pero triste.

—Sí —continuó sosteniendo fuerte las riendas para calmar a su caballo—. Por lo menos, terminemos este viaje en paz... Después... Bueno, después que Dios nos ampare.

Pero su rostro no estaba hecho para expresar tristeza. Tenía buen color, labios gruesos que se curvaban espontáneamente para sonreír, ojos alargados, bordeados por unas tupidas pestañas negras, y su cabello, tan oscuro como el de sus compañeros, formaba unos bucles alrededor de su frente.

El de más edad, el que había estado a punto de revelar al capitán de la escolta que era precisamente al príncipe de Aragón a cuyo encuentro corrían, a quien habían estado atropellando a su paso, se encogió irrespetuosamente de hombros.

—¡Qué diablo! Casarse no es una catástrofe. Más vale ir al altar que al patíbulo. Y a fin de cuentas, la muchacha es hermosa, podéis creerme. Dios sabe cuánto malo se os ha dicho de ella, pero nadie se ha atrevido a dudar de la perfección de su cintura, de su cuello y de sus ojos. ¡Y su cabello! ¡Ah, su cabello! Os juro que es el más hermoso de Italia.

Se había ido entusiasmando al hablar. Sonrió vagamente, lo que podía significar: «Si se presentara la ocasión, yo no diría que no.» A esta expresión un tanto cínica y desenvuelta fue a la que contestó el joven Alfonso de Aragón.

—Sí, pero en mi caso no es para una sola noche, sino para toda la vida. Tal vez tenga los cabellos de oro...

—Tanto peor para ella si tiene el alma negra —concluyó alegremente su compañero—. A fe mía, monseñor, yo tengo veinte años más que vos, lo que no quiere decir que sea muy viejo, pero estos veinte años me han enseñado que un alma hermosa en una esposa fea no le acreditaba el paraíso al marido. ¿Qué opináis, Tomaso Albanese?

Tomaso Albanese tenía, tal vez, dos o tres años más que Alfonso de Aragón, pero era menos hermoso que su señor, con el mentón más cuadrado, la mirada más dura, la nariz más prominente. No se dio prisa en contestar.

—¿Queréis que os lo diga, Cervillón? No creéis ni una palabra, de lo que decís.

Sois amigo de los Borgia, pero vuestro corazón es de Aragón, y os desagradan tanto como a mí el ver que nuestro señor se casa con una mujer que... Ya veis, os habéis ruborizado igual que nosotros cuando aquel campesino que plantaba palmas en la plaza de su pueblo nos ha contestado: «Es para celebrar la boda de Alfonso de Aragón y Lucrecia, la mujerzuela de Boma.»

—Por favor, Tomaso — murmuró Alfonso de Aragón apresurando el paso de su caballo.

—Es verdad —continuó Juan Cervillón— que hubiera preferido otro enlace para vos. Pero ¿conocéis la diferencia que hay entre el pueblo y los grandes? Los de abajo son arrastrados por los acontecimientos y los de arriba por la razón de Estado. Esta boda era necesaria, esto es todo. El destino ha querido que Ludovico el Moro traicione al Vaticano y que los Borgia, abandonados por Milán, se alíen con Nápoles contra Francia. Vuestra boda pone punto final al acercamiento que vuestra hermana Sancha inició con Joffré Borgia. Por una razón política podíais veros obligado a casaros con una coja, una tuerta o una jorobada. Se os da la joven más hermosa del mundo. No os atormentéis por lo demás.

Alfonso de Aragón detuvo bruscamente su caballo y murmuró con la cabeza baja, casi sin mover los labios:

—Dos asesinatos y dos incestos, esto es lo que tú llamas lo demás. Y aún me callo que Lucrecia, al no poder asesinar a su primer marido, decidió deshonorarlo, sin que le diera miedo hacer un falso juramento ante el tribunal divino.

—El caso es —murmuró Tomaso— que una mujer de la reputación de Lucrecia necesita mucha audacia para jurar que es virgen ante el tribunal de cardenales.

—Era el único medio que tenía de hacer anular su matrimonio —observó soñador Cervillón—. La idea no debe ser suya, sino de César.

—O de Gandía —dijo irritado Alfonso de Aragón—, puesto que los dos eran amantes suyos. ¡Hermosa asociación! Se pusieron de acuerdo para arrojar a Juan Sforza. Después les atacaron los celos. Fue César el que tuvo más aplomo y Gandía el que apareció en el Tíber. Unos pescadores reconocieron a César y fueron asesinados para más seguridad. Por la noche, la que va a ser mi mujer cenaba con el hermano superviviente.

—A mi juicio —prosiguió Tomaso con brusquedad—, es mujer que necesita tener dos hombres al mismo tiempo. Después de muerto Gandía, eligió a uno de sus escuderos, un tal Pedro... Y César lo arrojó también al Tíber. Es un juego como cualquier otro...

Una mirada de Cervillón le interrumpió. No tenía sentido abrumar más todavía a Alfonso de Aragón, que hundía la cabeza entre los hombros y se mordía los labios.

—¡Qué época tan horrible! — murmuró por fin.

—Todos los hombres han dicho lo mismo de su época — replicó Cervillón.

—En otros tiempos...



—La única diferencia que existe entre nuestros tiempos y los pasados es que hoy sabemos lo que pasa. En cambio, no conocemos las épocas anteriores más que por poemas, leyendas, narraciones históricas que no valen mucho más.

Alfonso insistió:

—En tiempos de los caballeros...

—Habéis leído demasiados libros de caballería. Creedme, se ha traicionado y se ha asesinado en todas las épocas. Ha habido mujeres como Lucrecia y aventureros como César bajo todos los cielos. Dentro de un siglo los que lean a nuestros poetas o admiren nuestros cuadros, creerán que nos pasábamos la vida adorando a la Sagrada Familia o haciendo la corte a nuestras bellas.

—No importa, no me negaréis que nunca Roma...

—Nunca Roma ni Italia han trabajado tanto como hoy por la eternidad. Contemplad ese mármol que llevan esos carros. Con toda seguridad subirá pronto hacia el cielo. Nuestros edificios crecen tan deprisa como los monumentos de hace unos siglos. Nuestros navíos desafían a los mares desconocidos. Nuestros pintores transforman el mundo y nos dan el rostro del hombre con una precisión que los antiguos no habían alcanzado nunca. Ya no se puede decir de la empresa más disparatada que sea quimérica, ya que no hay quimera que no seamos capaces de convertir en realidad tangible.

—El precio es alto.

—Vale la pena arriesgarse. ¿Qué importa el esclavo aplastado por el bloque de Carrara, si el bloque es hermoso? El fin justifica los medios.

—No hay fin por noble que sea que no pueda ser corrompido por los medios, esto es lo que yo pienso.

Tomaso, que con esta discusión se aburría, había ido siguiendo el airoso paso de una campesina de redondas caderas que llevaba una vasija de aceite sobre la cabeza. Después se alzó sobre sus estribos y exclamó:

—¡Allí está Roma!

Era tan feliz como un grumete que anuncia: «¡Tierra!»

La mirada de Cervillón también se aguzó y Alfonso de Aragón volvió a levantar la cabeza a pesar de su pena. ¡Roma, la ciudad más hermosa del mundo! La forja que destilaba oro y sangre. El joven príncipe trató de distinguir a través de la bruma de calor, detrás de su halo azulado, el recinto de aquel prestigioso lugar que le hacía temblar y arder al mismo tiempo.

Pero el paisaje estaba obstruido por una perspectiva de barracas. Cervillón explicó que el papa Alejandro había dado asilo a los judíos españoles y les había señalado aquel alojamiento. Los franceses habían incendiado las casas y los judíos las estaban reconstruyendo. Hombres y mujeres andaban atareados transportando tablas. Una bonita muchacha morena de perfil oriental miró atrevidamente al joven príncipe y luego hizo un comentario con su compañera, en lengua desconocida. No obstante, por el tono se colegía que Alfonso le había

gustado. El joven se sonrojó.

En el fondo de sí mismo ocultaba una congoja que hacía más terrible aún su aproximación a Lucrecia. No se atrevía a confesar a sus dos compañeros que, a despecho de sus diecisiete años, era virgen aún, y se preguntaba angustiado lo que podía ocurrir la próxima noche en que se vería obligado a dominar aquella hermosa y demasiado célebre criatura. Porque lo cierto era que lo asustaba tanto por su reputación criminal como por su belleza y la aureola de amor y de fiebre que la envolvía.

El cielo enrojecía cuando los tres caballeros entraron en Roma. Empezaba uno de los crepúsculos latinos que parecen no acabar nunca, cálidos, acompañados aún por el zumbido de los insectos, impregnados del perfume de los frutos y el olor de los asados. El Tíber arrastraba sus aguas amarillas entre los muelles cubiertos de hierba, estrechándose de trecho en trecho bajo las bóvedas de los puentes, cuyas almenas se ofrecían anaranjadas al sol poniente, mientras las pilastras de sus arcos se sumían en una oscuridad malva. Los cristales de las fachadas, blancas o de color ocre, reflejaban el deslumbrante incendio del cielo en el horizonte. Pero las callejuelas angostas que parecían hundirse entre los palacios eran como sombrías gargantas por las que descendía el rodar de las carretas, el vocerío de los vendedores y, como una ahogada risa, el rumor del interior de las tabernas.

Pese a lo avanzado de la hora, la circunstancia de Roma en fiestas para celebrar el segundo matrimonio de Lucrecia, permitía a los vendedores seguir ensalzando hasta la noche sus cerámicas, sus pesadas y crujientes sedas y sus piezas de suave terciopelo napolitano que iluminaban con candelabros. Las mujeres ofrecían sus cestas en las que exhibían las frutas, las primeras uvas ya polvorientas y ennegrecidas, las peras de Viterbo estrujadas por el sol y asesinadas por enjambres de abejas doradas. Uno gritaba: «¡Vino del mejor!»; otro: «¡Aceite! ¡Miel!» Alrededor de unas mesas montadas sobre caballetes, soldados y pescadores jugaban a las cartas; se perseguían los niños de pies desnudos y rostros enmarañados, mezclados con gatos, en las sinuosas callejuelas que subían en peldaños; otros, armados con pedazos de carboncillo, dibujaban a capricho en los bloques de piedra amontonados en medio de una plaza, protegidos por las redes tras las cuales, de día, habían debido trabajar arquitectos y escultores; veíanse obreros ocupados en montar los estrados sombreados por laureles, destinados a los músicos para las fiestas de la boda; un surtidor de fuegos artificiales, encendido por descuido, surgió al paso del príncipe y sus dos compañeros, y se elevó palideciendo hacia el cielo verde; entre los bloques de nuevas casas, se extendían de trecho en trecho, declives cubiertos de hierba, sembrados de ruinas rosa, donde todavía pacían los rebaños; luego se abría otra calle animada por las voces de los vendedores de pescado, de cuero, de especias de Asia y reliquias para peregrinos, cada vez más numerosos en la ciudad santa, que podían reconocerse por sus rostros cansados, su atuendo teutónico o eslavo y sus ojos inquietos o extasiados.

A veces, Alfonso de Aragón se había entretenido siguiendo con la vista, entre

las orejas de su montura, el indolente contoneo de una pequeña vendedora de almoneda, el paso de las sirvientas con el pelo recogido por un pañuelo, con una mano sosteniendo las cestas que llevaban sobre la cabeza y la otra recogiendo la falda. Admiraba los blancos brazos de las jóvenes romanas surgiendo de sus mangas cortas y arrojando confeti para los clientes y se estremecía al ver, un instante, un pálido seno que escapaba de un corpiño demasiado escotado. Como Tomaso, había seguido disimuladamente el altivo porte de las cortesanas paseando con su velo de púrpura. Se alejaban, tan hieráticas como los inmóviles arcabuceros que se descubrían, de pronto, al volver la esquina de una callejuela, ante la majestuosa puerta de un palacio en cuyas ventanas se combaban las rejas.

En Nápoles el joven había conocido atardeceres semejantes, algo más sofocantes, en sus calles tan hormigueantes como éstas y más coloridas aún, pero en Roma le impresionaba por el exceso de su riqueza y los misterios que en su imaginación encerraba. Sabía, además, que tras las azuladas murallas del Vaticano vivía la mujer perversa y misteriosa a la cual estaba prometido. ¿Qué estaría haciendo en aquel instante? Se la imaginó bañándose y puliendo su cuerpo demasiado experto, perfumando sus cabellos demasiado célebres. Tal vez ella se estaba haciendo preguntas sobre el joven príncipe con quien, muy pronto, iba a compartir el lecho. Y Alfonso hundía las uñas en la palma de sus manos previendo anticipadamente la decepción y el afecto compasivo en que acabaría todo. Otro temor se añadía a los muchos que experimentaba. Tenía un año menos que Lucrecia.

Se despertó de su sueño bajo las bóvedas del Vaticano. Cervillón parlamentaba con un capitán. Apenas fue pronunciado el nombre De Aragón, el capitán se apresuró, un poco atolondrado. Atravesaron un inmenso patio, magnífico, ya sumido en la sombra. Alfonso de Aragón, que iba delante, se tropezó en una escalera, con un personaje no menos asustado, que se presentó él mismo. Era Burkhart, el maestro de ceremonias. Lo lamentaba, pero se permitía observar a Su Señoría que aquella llegada era poco protocolaria. Se atrevía a deplorar que Su Señoría hubiera abandonado la escolta y no se hubiese dado a conocer a la compañía de honor que se había mandado a recibirle en el camino. En resumen, era una lástima que Su Señoría hubiese hecho una entrada tan poco digna de su categoría en el recinto del Vaticano. Su Señoría César Borgia, indudablemente lamentaría no haber estado presente para recibirle.

—Está bien — dijo Alfonso altanero —. Esta noche sólo me hace falta una cena ligera en mis habitaciones y una buena cama se encargará del resto. Mañana, todas las ceremonias que queráis. Por hoy no deseo otra visita que la del sueño. Ya lo habéis oído.

Cuando se hubo retirado el maestro de ceremonias Burkhart, Cervillón felicitó al príncipe por su tono autoritario.

—Así hay que hablar. Y no olvidéis que el tono que habéis empleado con el servidor, conviene también para el dueño. Tratad a César Borgia tal como habéis

tratado a Burkhart. Esa gente os necesita. Su política pende de Nápoles como una tela de araña de una viga. Aprovechaos de ello para tratarles como un príncipe. No vayáis a tomar el sesgo de vuestra hermana Sancha que, apenas casada con el pequeño Joffré, se ha convertido en una Borgia. Seguid siendo Aragón... y cuidad Aragón.

—No tengo mucho apetito. Sólo deseo un baño y unas frutas. Y después, dormir.

—No es la forma más adecuada para reponerse de la fatiga —refunfuñó Cervillón—. Si no estuviera ocupado en la vigilancia de vuestras habitaciones, iría a cuidar mis agujetas de jinete en la taberna de la «Serpiente» o de la «Vaca». Hay vino blanco y muchachas negras y esta noche habrá en vuestro honor fiesta, música y aventuras.

Por un instante Alfonso estuvo tentado de levantarse y contestar: «¡Vamos los tres!» Bastaría un antifaz para sustraerse a la curiosidad de la policía romana. Al azar de la fiesta, podría encontrar una cortesana y aprender en sus brazos los secretos amorosos que permanecían ignorados para él. Pero acto seguido pensó que la presencia de sus dos compañeros le estorbaría. La verdad es que en presencia de ellos no se atrevería a escoger una mujer por miedo de que su inexperiencia fuese demasiado ostensible. Lo mejor era alejarles.

—No me haces falta, Cervillón. Ni tú, Tomaso. Podéis ir a divertirlos los dos. Bastantes guardias hay en palacio para defenderme.

Cervillón pareció tentado, pero pronto cambió de opinión.

—¿Y quién os defenderá contra los guardias? —preguntó gravemente.

—No creo que sea esta noche la indicada para buscarme pelea. Tú mismo lo has dicho. La fortuna de los Borgia depende de este matrimonio...

Unos instantes después, el príncipe estaba solo en la inmensa pieza de ventanas abovedadas, de deslumbrantes cuadros, de pesados tapices. Los criados habían dispuesto ya las frutas, el pescado frío y las botellas de vino que había pedido.

Delante de un estrecho espejo habían depositado un barreño de agua humeante, ropas tibias y perfumadas, frascos de aceite y perfumes. El joven dio una vuelta por sus dominios.

A pesar de su intensa fatiga y del horror que seguía sintiendo hacia aquel matrimonio y de las concretas inquietudes que le producía la perspectiva de sus deberes nupciales, se sintió, de pronto, de buen humor.

Empezó a desnudarse atropelladamente, arrojando su jubón como una pelota. De un puntapié mandó su camisa encima de un escabel. Luego, se sumergió en el barreño de agua caliente. Se sentía bien. «Si fuese un gato me pondría a ronronear», se dijo. La fatiga y el polvo de los caminos huían a la vez de su cuerpo.

Se friccionó, desnudo, con aceite, ante el espejo. Su torso sin grasa, sus

largos y musculosos muslos, sus brazos jóvenes y robustos, brillaban, acariciados por el oro vacilante de los candelabros.

Se acercó al espejo y contempló su rostro, todavía imberbe, que sonreía. Sabía que su sonrisa era sugestiva. Se lo habían dicho ya las españolas y las napolitanas. «Después de todo —se dijo—, puedo gustar.» Uno de los frescos representaba un adolescente casi desnudo armado de una daga con la que hendía unas ramas primaverales. Pensándolo bien, Alfonso se convenció de que no tenía nada que envidiar a aquel Adonis.

El tiempo era tan bochornoso que el joven no tenía prisa en volver a vestirse. Contempló aún sus ojos cálidos y sus frescas mejillas en el glauco espejo que fundía sus facciones, que ofrecían un contorno empeñado, suave, misterioso. Después corrió a sentarse a la mesa. La verdad es que se moría de hambre.

Partía los panecillos redondos, especialidad de Roma, probaba a la vez todos los platos, vaciaba su vaso y lo volvía a llenar, feliz de la libertad de que gozaba.

La cera de los candelabros se iba fundiendo. Fuera, el cielo conservaba el ardor que no disminuye con la noche, en verano, pero ya los edificios se recortaban en masas oscuras. Brillaban, ligeras, algunas estrellas. «La verdad es que no tengo ganas de acostarme», pensó. Trazó su plan. Los soldados lo conocían. Bastaría bajar por la escalera y atravesar al patio para franquear sin obstáculo la garita. Una vez fuera, se pondría un antifaz. La danza y las incidencias de la fiesta harían lo demás.

Se enfundó un traje de tela rojo oscuro, por encima de los calzones grises. Estaba satisfecho de las aplicaciones de oro batido que adornaban sus mangas y se deslizó por los corredores de palacio con aires de conquistador.

El patio se hallaba desierto. En la puerta fue reconocido y le fue ofrecida una escolta, que rehusó.

Roma se había transformado en pocas horas. La ciudad era un tenebroso laberinto. Aquí se encontraba una, inmensa, deslumbrante de luz, allá una callejuela en la que cada puerta era una taberna de la que brotaban reflejos de incendio. Algunas eran subterráneas, y de ellas, a través de los tragaluces surgían resplandores como de forja clandestina, efímeros fuegos artificiales que iluminaban los tejados. En algunas calles, hombres y mujeres bailaban en el arroyo. Había parejas que se entrelazaban en la sombra, bajo los emparrados de las casas. Unos músicos tocaban sentados en el reborde de mármol de una fuente. «Todo esto no me proporciona una mujer», pensó Alfonso al desaparecer la excitación que le había causado al principio la alegría popular. Se había cubierto el rostro con un antifaz y procuraba adoptar un aire de naturalidad.

Dos muchachas le arrojaron confeti que se pegó a sus bucles. Quiso seguir las, pero se asustaron sin duda porque su antifaz y los adornos de su capa revelaban su condición.

Renunció a deambular por las calles, entró en la primera taberna que se le ofreció y se sentó en el extremo despejado de una larga mesa.

Se hablaba fuerte. A pesar del chocar de los vasos, el rechinar de los taburetes y, sobre todo, las particularidades del acento romano, el príncipe seguía las conversaciones y se sentía aterrizado de su único tema: su matrimonio con Lucrecia.

Un hombrecito con un traje de terciopelo rojo ajado, que seguramente era el desecho de un gran señor, decía que si durante unos días el vino corría gratis en Roma para celebrar la boda, la pareja haría correr luego la misma cantidad de sangre.

—Están hechos el uno para el otro, Alfonso y Lucrecia. Los dos son españoles, acampados en Italia como piojos en el cuerpo del peregrino.

—¿Sabes algo de él? —preguntó un anciano con una barba que le tapaba hasta los ojos.

—Que se casa con Lucrecia y esto basta para retratarlo, ¿no lo crees así? ¿Te casarías tú con Lucrecia?

—Por un cuarto de hora, no digo que no — contestó un joven rubio con una mirada de paje —. Tiene la piel más suave que mi cama.

—Lo que se dice, lo sé muy bien — repuso el anciano —, es que se ha acostado con sus dos hermanos y que asesina a sus amantes, pero ¿de quién no se dice hoy algo parecido? ¿Es que no se puede oír cada día un nuevo horror de los Orsini, los Colonna, los Sforza, los de Mantua y los de Ferrara? Por lo que se refiere a muchachas secuestradas, hay reyes que lo prohíben. Y, no obstante, cada día hay algún secuestro. Os está hablando un patrón de pesca. Pues bien, os digo...

Bajó la voz:

—Os digo que muchas veces, más veces que beber gratis, he de volver la cara, santiguarme a la callada y soltar la red sin querer enterarme de la persona a quien pertenece la cabeza que se ha metido en ella. Antes, cuando era joven y las redes pesaban, los muchachos se reían. Tiraban del cabo cantando para dar gracias a la Virgen María. Ahora se miran unos a otros. Han comprendido y saben muy bien que no se trata de pescado. A veces, por la noche, se muestran más valerosos. Se sube el bulto a la barca y se le quitan los vestidos. En el estado en que se encuentran, ninguna falta les hacen los vestidos, ¿no es verdad? A veces se encuentra oro en los bolsillos. Esto prueba que los que han perpetrado el crimen no son ladrones. Antes se podían tener ideas claras. Los salteadores asesinaban a las personas. Si uno se encontraba con un moribundo, se podía llamar a la guardia. Ahora lo mejor es olvidar, lo más pronto posible. Si uno estima su piel, naturalmente.

Alfonso tosía, con la garganta irritada por el humo acre que se desprendía chisporroteando de las antorchas fijadas en las paredes. Había pedido vino y bebía maquinal, mente, a pequeños sorbos, sin atreverse a mirar a aquellos cuya conversación escuchaba con horror y curiosidad a la vez.

—Es verdad lo que dice el viejo — dijo un mocetón rubicundo de cabello

azafranado y con una cicatriz que le prolongaba la boca hasta la oreja —. Sin jactancia, puedo decir que hace veinte años que sirvo en el Ejército, hoy a unos y mañana otros. Aunque nací en Baviera, he sido soldado de caballería con los suizos, he saqueado Borgoña, he servido al rey de Francia en su cuartel de Lyon, he derrotado a los milaneses con las compañías francas de Ludovico el Moro. Esta herida que veis no es moco de pavo. La recibí en un combate naval, sirviendo a Fernando el Católico. Por fin, os diré que las he pasado de todos colores, pues incluso he sido prisionero en Argel. Bueno, esto no os interesa. Cada cual tiene interés en sus propias historias, ¿verdad? De todos modos, los días feriados son días feriados y en ellos se habla y se escucha. Se dicen tonterías, pero se oye con gusto. Probablemente os voy a decir una, pero, por mi cicatriz, que es verdad. He servido en Roma y he visto de cerca las personas de quienes estáis hablando. El día de sus primeras nupcias, este que os habla sujetó con sus propias manos a Lucrecia cuando huía por los corredores perseguida por su hermano. Esto fue la misma noche de su boda con Juan Sforza. El otro, como un ingenuo, hacía como el que no ve. César cogió a la pequeña debajo del brazo y adelante con los faroles. Si miento, así...

No se le ocurrió lo que el cielo debía hacerle si mentía, pero con un gesto amplio evocó todas las catástrofes posibles.

—Ya que os interesa —prosiguió—, debéis saber que más tarde pasé al servicio del duque de Gandia. Un buen muchacho, un mocetón que sólo pensaba en divertirse con bribonas, pero no tan malo como los demás. Sólo era molesto porque había que estar de plantón cada noche, delante de la casa donde había encontrado la suerte, nunca la misma, por supuesto... ¿Qué os estaba diciendo? ¡Ah, sí! Un día, yo estaba de guardia delante de la puerta de Gandia cuando entró César. Al cabo de un momento se pusieron a rugir como dos bestias de África. Agucé el oído, y ¿qué creeréis que oí? César estaba tratando de incestuoso a su hermano. El otro intentaba negar. «¡No es verdad — repetía —. La quiero como a una hermana, esto es todo.» «Lo sé cierto —vociferaba César—. Micheletto os ha seguido a los dos.» De pronto, he aquí que mi Gandia cambia de tono. Admite el hecho y añade: «En todo caso, si yo he cometido un incesto, es porque tú me has enseñado el camino. Tú te has acostado con ella antes que yo.»

Y entonces se enzarza la disputa para saber quién de los dos se había acostado primero con Lucrecia, pues, como podéis suponer, no podía tratarse de otra mujer. Ya conocéis lo que sigue. Un mes después yo estaba con el duque de Gandia...

Se interrumpió porque su vaso estaba vacío. Sus tres interlocutores se atropellaron para servirle. El de caballería hizo una pausa deliberada para darse mayor importancia y prosiguió:

—Un mes más tarde, Vanozza, la madre de Gandia, de Lucrecia y de César, esa madre que ellos ocultan porque es plebeya, invitó a los dos hermanos a comer en su villa de Coelius, allá por el lado de Suburre en medio de conventos y naranjales. Es una hermosa villa. La comida fue muy amena. Atardecía. Un

atardecer como cualquier otro. César y Gandia salieron bastante temprano. Un caballero enmascarado les esperaba en la avenida. No sé lo que diría Gandia, pero éste adoptó sus aires de conquistador feliz. Sin duda, creía que lo llevaban a una cita con una mujer. Después de todo, en mi país dicen que la muerte es mujer y no falta quien pretende haberla visto. Gandia nos despidió con un gesto. «No quiero escolta», dijo. Bajé por el Coliseo. Anochece. Yo tenía una noche libre. Bueno, lo que hice aquella noche no os interesa. Los pequeños sólo se interesan por los grandes. La cosa es que al día siguiente, Gandia no apareció. Yo pasé el tiempo jugando a las cartas con mis camaradas. Todos fuimos interrogados más tarde, cuando le pescaron en el Tíber, como ya sabéis, con las manos y los pies atados, siete heridas, la garganta cortada, degollado como un pollo de Borgoña. Yo, que no soy un tonto, dije: «Un caballero enmascarado.» «¿A quién se parecía?» «Pues, se parecía a un caballero enmascarado.» Me trataron de imbécil. Era lo que deseaba porque si llego a decir que se parecía a Micheletto, bueno, abuelo, seguro que me pesca en su red.

—¿Quién es Micheletto?

La pregunta se le había escapado al príncipe. Los cuatro hombres se volvieron hacia él.

—¡Lo sabe todo el mundo! —exclamó el muchacho—. Es el puñal de César Borgia, el hombre que...

El de caballería le hizo callar con un gesto.

—Y antes veamos quién sois vos, señor inquisidor enmascarado.

Al oír le palabra enmascarado, los tres compañeros del soldado quedaron como si les hubiera alcanzado un rayo. Hasta el viejo pescador se santiguó. Alfonso comprendió que, impresionados por el relato, los hombres se preguntarían si el desconocido que les había estado escuchando desde el extremo de la mesa no sería, precisamente, Micheletto.

—Camarada — dijo el soldado —, esta noche me he dejado llevar un poco por la bebida para celebrar la boda de nuestra Lucrecia con Alfonso. No hay que tomar mis palabras al pie de la letra. Nadie ignora que cuando el vino habla, la razón se calla. Pero me gustarla ver tu rostro.

El príncipe se levantó a su vez. Tiró una moneda sobre la mesa, pasó por entre la hilera de taburetes y avanzó un paso hacia la puerta del cuchitril. Un solo paso, pues el viejo soldado le cerraba silenciosamente el camino, sin un gesto agresivo, en silencio.

El pescador miraba al príncipe con un terror supersticioso. El hombre vestido de terciopelo rojo se levantó y fue a colocarse delante de la entrada de la taberna. El muchacho rubio, temblándole las manos, trataba de adoptar un aire arrogante.

El primer pensamiento de Alfonso fue descubrir su nombre. Pero no era posible después de haber oído lo que allí se habla dicho de él y de Lucrecia. El silencio que había mantenido se hubiera interpretado como el deliberado deseo de dejar hablar a los charlatanes para hacerles arrestar acto seguido.



—No me quitaré el antifaz —dijo—. Pero nada tenéis que temer. No voy a denunciaros. Los crímenes de que habláis me inspiran tanto horror como a vosotros mismos.

El viejo soldado no pestañeó. Alfonso respiraba su aliento avinado. Se contemplaron un instante todavía. Después salió a relucir un cuchillo. El príncipe se creyó alcanzado: la hoja había rozado su rostro. Dio un salto de costado, se llevó la mano a la frente, se sorprendió de no sentirla húmeda de sangre. Comprendió enseguida que el viejo soldado, hábilmente, se había limitado a cortar la cinta del antifaz.

Todo el mundo en la taberna había visto el destello de la hoja. Hubo taburetes por el suelo. Unos pescadores, temiendo las consecuencias de la pelea, se agolparon hacia la puerta. Aprovechando el tumulto, Alfonso se precipitó también hacia la calle. Escuchó la caída del soldado al tropezar con el taburete que él le había arrojado entre las piernas. En la entrada se erguía el hombre vestido de terciopelo rojo, con ademán resuelto. Alfonso se sacó el puñal del cinto. Tres días antes había practicado un asalto de esgrima con Cervillón y se sentía seguro de su muñeca. Un solo pensamiento le ocupaba: «¡Malos son mis primeros pasos en Roma!»

No tuvo necesidad de atacar, pues su adversario se hizo a un lado. La calle se abría ante él, poblada de gentes en fiesta. Esto era Roma, una mezcla de alegría y terror.

Corrió mucho rato, penosamente. Su larga capa le estorbaba. Cuando se detuvo a respirar, su alegría se había esfumado. En el murmullo de las calles le parecía oír el eco de la conversación que resonaba aún en sus oídos. Si una pareja hablaba cuchicheando, le parecía que hablaban de los crímenes de Lucrecia y sus hermanos. Incluso el amor le causaba horror, porque después de lo que había oído, el amor sólo era para él una mezcla de voluptuosidad, de vicio y de crimen.

Temía el contacto de Lucrecia hasta el punto que su propósito de hacer sus primeras armas con una cortesana le pareció infantil. Sólo podría enseñarle los más anodinos gestos del amor, una pobre ciencia que de nada le serviría para abordar a la que ya consideraba como un monstruo.

Como no daba con el palacio, preguntó el camino a un paseante solitario que bebía agua en una fuente. El interpelado se lo explicó en mal italiano y a su vez le preguntó:

—¿Sois también peregrino? Yo vengo de Valencia. Había hecho la promesa de ir a la ciudad santa si se curaba mi hija. Y aquí estoy alcanzando indulgencias para ella y toda mi familia.

Roma no era sólo la mezcla de alegría y terror que el joven príncipe había visto al principio. Había que añadir la piedad y la belleza, como tuvo que confesarse al contemplar la cincelada fachada de un elevado palacio.

Volvió a entrar, pensativo, en el majestuoso patio del Vaticano. Estaba triste, cansado, pero en el momento de volver a subir a su habitación, sintió que su

fatiga no iba a calmarla el sueño. Quiso andar un poco más. Atravesó un segundo patio y se adentró bajo unas bóvedas. Luego el cielo reapareció encima de él y se sintió envuelto por el perfume de la tierra y de las flores. Una luna tenue hacía resaltar las puntiagudas hojas de las adelfas, barnizaba los bosquecillos de naranjos y recortaba el encaje de los pinos. Alfonso andaba lentamente siguiendo una blanca avenida entre el murmullo de las fuentes.

Tanta serenidad hacía más amarga su pena. Aquel parque le recordaba el jardín de su infancia y el sabor de las ciruelas tibias aún del día que le gustaba comer por la noche, figurándose que era un viajero... Siempre le habían gustado los barcos. A los diez años con un simple cuchillo, construía minúsculas carabelas, inspirándose en los dibujos que le había regalado un viejo oficial de su padre, que había mandado galeras que llegaban hasta las costas turcas, había visto Jerusalén y había desembarcado en las costas de Argel. Los viajes de Cristóbal Colón habían estimulado su imaginación. Por la noche, le agradaba salir de su habitación por la ventana, hundirse en un macizo de boj y adentrarse en el jardín, como si estuviera en un país de indios. Se imaginaba desembarcando solo de su buque de alto bordo para explorar desconocidas tierras. Saboreaba el fruto de los ciruelos como si cada vez fuese la primera que lo comía. Imaginaba gritos salvajes para esconderse y arrastrarse por la hierba. Al crecer, sus sueños de muchacho aventurero se habían completado con la aparición de una princesa india. La encontraba. Ella exhalaba un grito. A veces era ella quien lo salvaba de los terribles indígenas. A veces, en cambio, era él quien arrancaba la muchacha de las garras de una tribu salvaje. Entonces ella posaba su cabeza en su hombro y lo contemplaba con admiración por haber ido desde tan lejos a bordo de un navío tan grande.

Alfonso se tendió en un banco de mármol que rodeaba una fuente y cerró los ojos. De la pequeña cascada se desprendía una frescura que atemperaba el bochorno de la noche.

Para cerrar el paso de la idea de su horrible boda, el joven se esforzaba en evocar las imágenes de sus sueños de niño... El pulgar ensangrentado manchando la pequeña carabela de velas cortadas de una camisa vieja, el ciruelo, las dulces caricias de la princesa exótica.

—¡Hablad! ¡Hablad, os lo ruego! ¿Os encontráis mal? ¿Estáis herido?

Estas preguntas, ansiosamente formuladas por una voz tierna, las oía Alfonso como en un sueño y se confundían con el de su imaginación. No se apresuró a abrir los ojos porque temía que, al hacerlo, el sueño se desvanecería. Pero al sentir que una mano se posaba sobre su frente y otra en su cuello, se sobresaltó, se incorporó bruscamente. Quedó mudo de asombro.

—¡Oh, perdonad...! Os he visto tendido en este banco. Vuestra cabeza colgaba y esto me ha hecho temer que estuviéseis herido.

Alfonso contempló la muchacha que estaba a su lado. Era de aventajada estatura y bajo la luna sus rubios cabellos brillaban como un casco adornado con millares de serpentinas.

Se dio cuenta que sus manos sujetaban las de la muchacha, que había cogido bruscamente al despertar cuando le rodeaban el cuello. Las soltó, se puso en pie y murmuró:

—Perdonad...

Crejó que la aparición iba a desvanecerse, pero no fue así. Aquella hermosa mujer estaba tan cerca de él, que algunos cabellos rubios llegaron a acariciarle el mentón, agitados por uno de estos hálitos nocturnos que dan la impresión de que un jardín se ha puesto a respirar.

Ella hizo el primer movimiento. Dio unos pasos alejándose de la fuente y Alfonso la siguió. Era evidente que la muchacha no intentaba romper la conversación, sino que, por el contrario, parecía querer que él la siguiera. Llevaba una camisa blanca muy liviana, que se transparentaba con la luz de la luna. De trecho en trecho la joven se recogía la volante falda de su capa oscura, con apagados reflejos de plata, que se deslizaba de sus espaldas.

Ella fue la primera en hablar.

—Me he asustado al veros tendido al borde de la fuente y también porque vuestro rostro me es desconocido.

Quedó pensativa.

—Pocos rostros me son desconocidos aquí.

—Es que acabo de llegar — balbuceó el príncipe.

—¿De dónde?

—De lejos.

Enseguida se dio cuenta que la vaguedad de su respuesta rozaba la descortesía. Parecía querer dar a la desconocida una lección de discreción contestando vagamente una pregunta que exigía el nombre de una ciudad o de un país.

—De Nápoles.

Estuvo a punto de añadir: «De Nápoles de Italia, del otro lado de los mares», pues ésta era la fórmula que de niño empleaba en sus respuestas a la princesa india.

La muchacha se había detenido. La luna iluminaba su rostro. Alfonso se quedó sobrecogido al ver el destello nocturno de sus ojos, la transparencia de su piel y la frágil nobleza de sus rasgos. Sólo después se dio cuenta de la emoción que traducían, sus labios entreabiertos.

—¿Formáis parte del séquito de Alfonso de Aragón?

Había contestado que sí, al azar. Después, vacilando, quiso rectificar.

—No tiene importancia —dijo ella—. Me da lo mismo que forméis parte del séquito de Aragón, del Gran Turco o del Viejo de la Montaña.

En la respuesta aparentemente desabrida había un destello de desesperación,

que impresionó al príncipe. Sin pensarlo, audaz como buen tímido, volvió a coger la mano que había soltado hacía sólo unos instantes.

Los dos habían reanudado la marcha. La mano suave no intentaba escapar a la presión de la otra. Al ritmo de la marcha, Alfonso sentía contra el dorso de su mano los helados pliegues de la capa y la tibia suavidad de la camisa bajo la que palpitaba a cada paso una cadera flexible.

Aquel contacto modificó el curso de sus pensamientos. Primero había intentado seguir su sueño dando rienda suelta a su imaginación. Después se sintió emocionado. El amor no se le ofrecía ya como un arrebatador intercambio platónico, ni como el ardiente fuego venenoso que evocaban en él las locuras de Lucrecia, sino que le parecía una tendencia natural e irresistible. La noche y el azar eran sus cómplices. De pronto dejó de pensar en el futuro. Existía la eternidad en los instantes que saboreaba y aunque la muerte le esperase al amanecer, ni siquiera se hubiera inquietada. Su único afán era perder su cuerpo como un río en aquel cuerpo tan próximo y tan lejano que andaba a su lado entre él susurro de la seda, el roce de los cabellos y el crujido de los guijarros.

Deseaba escuchar su voz, pero la muchacha permanecía callada. Intentaba recordar el acento de su voz. Buscaba una frase para darle ocasión de contestar. Luego se le ocurrió la idea de que si creía que él formaba parte del séquito de De Aragón, sabiendo que Alfonso iba a casarse con Lucrecia, podía creerle entregado a todos los horrores que habían formado la reputación de ella.

—No me gustan las cortes —dijo—. Las capitales me dan miedo. Las intrigas y los escándalos de palacio me causan horror. No quiero que creáis...

Se calló, comprendiendo que aquella declaración hecha a quemarropa era estúpida y preguntándose por primera vez quién era aquella muchacha. Las muchachas no surgen por generación espontánea en los jardines, como las abejas en las tripas de los toros o los ratones en la paja.

—Vais a preguntarme quién soy —murmuró la muchacha—. Lo queréis saber, ¿no es así?

Lo dijo con voz colérica. Y prosiguió más bajo:

—¡Queréis estropearlo todo!

Alfonso sintió una brusca alegría. Para que la muchacha tuviera miedo de estropear algo, era necesario que el anodino paseo significase también algo para ella. Tenía razón. ¿Para qué hablar? El milagro era haberse encontrado y que todo fuese maravillosamente posible sin explicación. «Voy a estrecharla entre mis brazos», se dijo.

Andaban a lo largo de un macizo de rosas cuya palidez hacía la noche transparente. Decidió que al llegar al quinto macizo le rodearía el talle. Pero las blancas constelaciones se mezclaban indistintamente y no era fácil numerar los macizos. Lo más sencillo era contar hasta veinte. No había llegado a doce cuando a causa de un paso en falso de la muchacha se cadera oprimió la mano de Alfonso. Ella levantó la cabeza sin duda para excusarse. Pero ya él, sin haber

tomado lúcidamente una decisión, posó la mano por debajo de la capa y atrajo a la muchacha hacia sí.

Los cuerpos seguían entrelazados. En el fondo del parque, en un silencio que los lejanos ecos de Roma habían dejado de alterar, yacían como dos náufragos privados de vida.

—Amanece — dijo ella por fin.

El cielo palidecía.

—Es terrible — añadió aún.

Él la ayudó a levantarse. La camisa no era más que un guiñapo a cuyo alrededor ciñó su pesada capa. Alfonso se apercibió que la tela no era negra como había creído, sino violeta oscuro. Los colores renacían a su alrededor. Él le cogió la cabeza con las dos manos aplastando la larga ola de sus cabellos.

—¡Tenéis los ojos azules! — exclamó.

—No me miréis.

Se había separado de él. Con un leve movimiento de cabeza se echó los cabellos hacia la cara, que quedó medio oculta bajo aquel oleaje rubio.

—Si me queréis...

El príncipe observó que, por primera vez, la palabra «querer» sonaba en la conversación y aún precedida de un «si» condicional. Hasta aquel momento, dominado por la turbación, no había pensado en el amor. Ahora, al mirar a la joven, envuelta en su amplio manto y con la cara oculta por los cabellos, retrocediendo a menudos pasos sobre un fondo de rosas, pensó: «La quiero, y nunca querré a otra.» A la embriaguez de la conquista, añadía el orgullo de haberse convertido en un hombre, el orgullo de haber sabido agradar y poseer. Al enloquecedor placer que había experimentado sucedía de pronto una carga terrible, la de querer.

Quiso hablar, pero ella terminó su frase con voz firme:

—Si me queréis, no debéis reconocerme jamás.

# CAPÍTULO IV

## CITA EN SANTA MARÍA DEL PUEBLO

El cortejo atravesó en silencio la Sala de los Santos. Los tiernos azules un poco verdes, los amarillos oscuros, rosas de las pinturas del Pinturicchio, quedaban apagados en la penumbra de las bóvedas, pero llameaban cerca de las ventanas, a la luz dorada de la tarde. Brukhart abría la marcha, seguido por algunos guardias pontificios con sus uniformes de franjas amarillas y negras.

Alfonso avanzaba acompañado por Cervillón. Les rodeaba una caterva de chambelanes que levantaba una estela rumorosa con sus trajes de tela rosa.

Pero nadie hablaba. Los labios contraídos y la sombría expresión del príncipe obligaban a su escolta a un silencio casi penoso. Daba la impresión de conducir al joven príncipe a una ceremonia fúnebre y no a la presentación de su prometida.

César Borgia hallábase apostado, inmóvil, a la entrada del salón. Esperaba, con los ojos entornados, pero vigilantes, mordiéndose el labio inferior. Detrás de él, de pie también, Sancha, la hermana de Alfonso, casada con Joffré, no paraba un momento. Agitábase dentro de su suntuoso traje de satén encamado, haciendo voltear sus mangas al mismo tiempo que su pesada cabellera de un negro azulado. Muy acicalada, de ojos rasgados y brillantes, son» rió burlescamente al ver a su hermano y le sacó la lengua.

Esta manifestación hizo aparecer la sombra de una sonrisa en el rostro de César, provocó una triste mirada de Bruchart y asombró a los dignatarios dispuestos en cuadro detrás de Sancha. Allí estaban el gobernador de Roma, el gobernador imperial y muchos cardenales. Y en el fondo del salón, sentados en taburetes, varios embajadores, entre ellos el de Nápoles, que se levantó envarado al ver a Alfonso de Aragón.

Este continuaba excitando el gozo de su hermana por su expresión de perro apaleado, que contrastaba con la clara elegancia de su traje. El diamante, la suave pluma blanca que adornaba su bonete, los rombos de oro de su jubón gris perla, los calzones blancos que dibujaban sus esbeltas piernas hechas para la danza y el salto, constituían otros tantos detalles que realizaban la gracia de un hombre joven y apuesto.

—¿Te has despertado por fin? — le reprochó Sancha—. ¿No sabes que esta mañana, sin poder esperar más, he querido dar los buenos días a mi hermanito y me han contestado que mi hermanito dormía? Perezoso eras en Nápoles, pero te has superado en Roma.

—Pues yo —repuso César Borgia, con el tono bonachón que sabía adoptar cuando quería—, he sido más dichoso que Sancha, puesto que me habéis recibido. No obstante, sería hacerme ilusiones pensar que conserváis alguna memoria de nuestra conversación. Por supuesto que la he abreviado en vista del esfuerzo que hacíais por tener los ojos abiertos.

Esta doble chanza no desarrugó el ceño de Alfonso. Se limitó a saludar ceremoniosamente y prosiguió su marcha hacia el centro del salón, con un aire que aproximadamente significaba. «Estoy aquí para un trabajo. Acabemos cuanto antes.»

Fue necesario el estallido de una carcajada para hacerle volver la cabeza. Dos enanos habían entrado burlando la vigilancia de los guardias, y uno de ellos, revolcándose sobre la alfombra, simulaba una crisis de risa. Habiéndole preguntando su compadre por la causa de su risa, se levantó con una agilidad de acróbata.

—¡Me río de mi locura! Sí, estoy todavía más loco de lo que creen. ¿Sabes qué estaba pensando? Pues pensaba que boy era hoy.

—Yo pienso lo mismo.

—Es que tú eres un asno como yo. Hoy es pasado mañana. Te lo digo y te lo voy a demostrar. Mañana doña Lucrecia se casa con nuestro galán señor De Aragón. Por lo tanto, pasado mañana el citado señor De Aragón habrá pasado su noche de bodas. Pues bien, mírala Tiene el labio caído, la pupila apagada, los párpados hinchados, el blanco del ojo más bien de color rosa y el rosa de las mejillas más bien blanco. Por lo tanto, hoy es pasado mañana.

Alfonso no había podido reprimir un gesto de cólera ni los dos locos un amago de fuga. Después, se contuvo, aflojó los puños y volvió la cabeza para no escuchar las excusas de Burkhart, que tras haber echado de allí a los dos infortunados graciosos, cargaba la responsabilidad de su intrusión sobre la decadencia de las ceremonias en Roma.

—Es aburrido como la peste — le sopló Sancha al príncipe —. No dejes que se te imponga. Haz lo que te parezca; yo he adoptado este partido y me va bien. ¿Tampoco me escuchas a mí? ¿Vas a decidirte de una vez a dejar esa cara de funeral?

Y por lo bajo, añadió:

—Lucrecia es una de mis mejores amigas. Es encantadora. Es un amor.

Pese a que el protocolo le fastidiaba, el joven fue a saludar, uno por uno, a los embajadores, únicamente para evitar las confidencias de su hermana sobre Lucrecia Se la iban a presentar. Tendría que inclinarse, sonreír, contestar a las enhorabuenas. Lo haría. Representaría su papel, pero que no le pidiesen demasiado.

—Sí —contestó a César—. Perfectamente. ¿Allí? Como queráis.

Con la misma docilidad hubiera accedido si le hubiesen pedido que anduviese

cabeza abajo o se acostase en medio del salón. No le exigían tanto. Sencillamente, puesto que los dignatarios se habían alineado de espaldas a la pared» Alfonso debía apostarse cuatro pasos delante de ellos, frente a la puerta central por donde César, que acababa de desaparecer, iba a volver acompañando a Lucrecia.

Después, el príncipe advirtió que le estaban dirigiendo unas palabras. El cardenal Juan López, como tenía por costumbre, había iniciado una especie de alocución en un tono que quería ser familiar y resultaba sencillamente incomprensible. Por lo que los espectadores pudieron colegir, se trataba de un ditirambo en latín con el que pretendía poner de relieve los méritos de la Casa de Aragón.

Eran precisamente estos discursos los que horrorizaban al joven príncipe. La menor arenga le daba deseos de irse de caza. En las ceremonias oficiales, dos o tres veces le había asaltado un acceso de risa. No obstante, se sintió aliviado por la confusa marea de palabras que salían de la boca del cardenal. Ello le dispensaba de conversar con Sancha o César y podía mirar tranquilamente sus pies pensando en los sueños que lo habían agitado mientras dormía y repitiéndose las mismas preguntas que se hacía desde que se había despertado.

La imagen de la mujer desconocida huyendo de su lado no se borraba de su mente. El había empezado a correr también y la fugitiva debió de haberle oído, pues sé había vuelto de pronto y le había detenido con un gesto. Un gesto breve, pues seguía apretando su manto contra su pecho. El solamente había entrevisto la mano y se había detenido. En un abrir y cerrar de ojos la silueta había desaparecido en la sombra de un alto bosquecillo de pinos. Alfonso había corrido en vano, como en una pesadilla. El parque se había convertido en un laberinto con sus avenidas desnudas y floridas.

Descorazonado, había subido a su habitación y se había echado en la cama vestido. Había pensado: «Hasta que vuelva a encontrarla no lograré conciliar el sueño», y extenuado se había dormido. El verdadero suplicio había empezado al despertar. Había tenido que soportar las explicaciones de Cervillón y Albanese sobre su noche en la Roma en fiestas, las cortesanas que habían encontrado, la pelea en que se habían metido y el bote de pintura que habían hecho caer desde un estrado sobre la cabeza de un oficial de vigilancia.

Entretanto, él rememoraba su aventura en sus menores detalles.

Le parecía casi imposible. Le asaltaba una sensación de irrealidad que desmentían su agotamiento y los arañazos marcados en sus flancos. Y le hostigaba como una irrisión la frase que se le había ocurrido cuando la muchacha se había separado de él: «La quiero y nunca querré a otra mujer.» ¿A quién quería? A una sombra que había huido, un rostro que se había ocultado, una boca que sólo le había pedido que olvidara. Y cuando la volviese a encontrar su suerte estaría ya echada. Tenía que casarse el día siguiente con aquel monstruo llamado Lucrecia. No podía evitar aquel matrimonio. Había dado su palabra al rey de Nápoles, que a su vez había empeñado la suya con Alejandro. Los dados estaban



echados. Sólo un día y una noche y otro día y tendría que repetir en el lecho de Lucrecia los mismos gestos que había prodigado bajo las estrellas a un cuerpo querido. «Solamente hay una vida — se dijo — y voy a pasar la mía al lado de un ser que voy a despreciar, mientras en esta misma ciudad respira la mujer que he elegido.»

A los criados que le habían ayudado a vestirse les preguntó, mintiendo, si conocían el nombre de una hermosa mujer rubia de ojos azules que había divisado desde su ventana la víspera, en los jardines. Los criados se interrogaron con una expresión ligeramente burlona. Había muchas rubias entre las doncellas, las damas de honor y las camareras, tanto más cuanto que los comerciantes de Roma hacían fortuna vendiendo frascos de «rubio veneciano».

El cardenal tosió deliberadamente. Alfonso salió de su sueño. Comprendió que debía haber seguido el discurso del prelado y que la concurrencia sufría porque él no había contestado. Balbuceó enseguida unas palabras y bendijo la gran puerta que se abría lentamente dispensándole de terminar su cumplido. Acto seguido murmuró: «¡Dios mío, es Lucrecia!»

Miró a su alrededor. El salón estaba lleno de tapices dorados sobre los que se recortaban la púrpura de los ropajes cardenalicios, el violeta de los obispos y el negro de los embajadores. Todas las miradas estaban fijas en la puerta. Alfonso encontró los ojos de Cervillón, que fruncía las cejas, sin duda invitándole a adoptar una actitud a la vez más noble y menos apenada.

El príncipe se crispó e hizo frente a los que llegaban, pero sus ojos no distinguían más que los destellos de los colores. Sin embargo, reconoció a César, que llevaba de la mano a una mujer joven. Vio un vestido azul celeste recamado de plata. Vio un manto de color oscuro violeta cuya cola se arrastraba. Vio una capa de cabellos de oro en los que relucían perlas.

Detrás de ella, un tumulto de figuras frescas y femeninas, de satén carmesí y brocado de oro. Dos pajes cerraban la marcha portadores de candelabros, cuando en el salón era aún día claro y el cielo que se divisaba a través de las ventanas estaba empavesado de azul, surcado por el estridente vuelo de las golondrinas.

Lucrecia se había adelantado inclinando la frente en la que brillaba una gran perla. Brukhart, según el protocolo, avanzó hacia ella, se inclinó y se apartó dos pasos a un lado con objeto de presentarle á Alfonso de Aragón.

La joven se inclinaba ya para iniciar la reverencia y Alfonso se disponía a arrodillarse para tributarle su homenaje, pero de pronto los dos se quedaron rígidos.

Lucrecia fue la primera en recobrar su sangre fría. Terminó lo mejor que pudo su reverencia y alzó hacia el príncipe sus ojos que la emoción agrandaba más aún.

En el salón había cesado el murmullo de los trajes. Sólo se oía el vuelo de las golondrinas y el crujido de un abejorro que tropezaba contra las sedas de las colgaduras.

Alfonso comprendió que por lo menos debía saludar. Se inclinó con rostro huraño.

Lucrecia, conducida por el maestro de ceremonias, se había dirigido hacia el extremo del salón que debía recorrer en sentido inverso acto seguido, saludando a los asistentes. Lo que mayor suplicio causaba al joven príncipe era haberse sentido invadido por una intensa ráfaga de felicidad al reconocer, en Lucrecia, a la mujer que adoraba desde hacía algunas horas. Pero bastó un instante para pasar del gozo al horror. | La mujer que había encontrado y querido la noche anterior era Lucrecia!

En su interior empezó a librarse una batalla. La revelación estropeaba definitivamente el recuerdo de su noche y devaluaba a su heroína. Probaba que, víctima de su fantasía, había construido un ser maravilloso que no tenía existencia real. Su boda con Lucrecia, pues, no constituiría ninguna traición al recuerdo ni a promesa alguna. Intentó pensar que era una mujerzuela, pero que, a pesar de ello, le gustaba. Pero no pudo lograrlo. En pugna consigo mismo, se daba cuenta de que, a pesar del descubrimiento, seguía queriendo a la mujer de la víspera. El problema, en resumen, era sencillo: quería a una mujer que era un monstruo.

Lucrecia iba saludando a los dignatarios, que seguían de espaldas a la pared. Después, acompañada por Burkhart y César, volvió al centro del salón. Había llegado el momento simbólico en que los prometidos debían darse la mano en prueba de indisoluble compromiso.

Alfonso tuvo un sobresalto al sentir el contacto de aquella mano. Era la misma mano hermosa, delicada y larga, que unas horas antes había cogido la suya para arrastrarlo a la aventura junto a un cuerpo suave y languidecente. Estuvo tentado de ponerse a gritar preguntando: «Señora, ¿tenéis la costumbre de perdonar cada noche por el jardín, o solamente las noches de luna?»

Sus manos se habían soltado. En vez de alejarse, Lucrecia permanecía delante de su prometido y lo contemplaba con un gozo que no trataba de disimular.

Al principio, Alfonso no comprendió aquella actitud, pues creía que ella experimentaría una sensación de vergüenza y de inquietud. Luego interpretó la ostensible dicha de la joven achacándola al desahogo adquirido en la práctica del vicio. Sin duda había temido un marido desagraciable y acogía con satisfacción la promesa de las noches de placer que le proporcionaría Alfonso, entre un abrazo de César y otro de algún desconocido elegido al azar, en cualquier parte.

Se volvió hacia César Borgia, en cuyos labios asomaba su eterno esbozo de sonrisa. La verdad era que debía divertirse el tal personaje, atareado en casar a su amante hermana con un hombrecito que por el momento le era útil y del que, llegado el caso, se desembarazaría, como había hecho con Sforza, quizá fundándose en la eterna virginidad de Lucrecia.

Burkhart intentaba discretamente indicar a la joven que el respeto de los usos exigía que se retirase. «En realidad, ¿qué esperamos? — pensó el príncipe —.

¿Qué le sonría guiñándole el ojo?» Le dirigió una mirada llena de odio. Ella palideció intensamente.

«Puesto que esa señora perdida, incestuosa, asesina, perjura, no se decide a romper la conversación por su propia iniciativa, no podrá quejarse de una afrenta que ella misma se habrá buscado», pensó Alfonso, dando dos pasos hada atrás para indicar que se retiraba.

La maniobra escandalizó a Burkhart y puso un destello de desagrado en los ojos de César, pero Lucrecia, adoptando de pronto una actitud alegre, preguntó al maestro de ceremonias con burlona sonrisa:

—¿Es que los usos, más respetables unos que otros, impiden de veras que los prometidos hablen un poco a solas cuando no tienen nada mejor que hacer?

—Sí, señora —contestó aterrorizado el maestro de ceremonias—. Los usos sólo os permiten, si así lo deseáis, bailar ante vuestro prometido para demostrarle que sois persona cumplida. Sin embargo, el rito no se practica cuando no existe duda alguna sobre la excelencia de una educación, lo que se da en vuestro caso.

Burkhart hizo una pausa hipócrita antes de añadir:

—Sin duda, he cometido el error de no haberos recordado las normas de una presentación. Creía que las recordaríais.

No se podía evocar en forma más pérfida el recuerdo del primer matrimonio de Lucrecia con Juan Sforza. César, sin pestañear, dio unos pasos hacia el maestro de ceremonias, amenazador, y éste, hurtando el cuerpo se volvió hacia el príncipe.

—¿No creéis que ha llegado el momento de poner fin a la ceremonia de presentación?

—Así lo creo.

Todavía se oyó la encantadora voz de Lucrecia.

—Pero, ¿no os parece que adelantaríamos algo hablando un poco los dos?

—No lo creo.

Al tiempo de contestar, Alfonso giró sobre sus talones, pasó bajo el fuego de la mirada de César y cogió familiarmente a Cervillón por el brazo.

—¿No os gustaría una partida de cartas, mi querido amigo?—preguntó de modo que todo el mundo pudiera oírle.

Entretanto, César había conminado a su hermana con objeto de que abandonase el salón antes de que lo hiciera el príncipe.

Los asistentes estaban tan cohibidos por la escena que se había desarrollado, que Burkhart se vio y se deseó para ordenar el cortejo que acompañó al príncipe de Aragón hasta sus habitaciones.

Apenas estuvieron solos, Cervillón preguntó irónicamente a su joven señor:

—¿De veras deseáis jugar una partida de cartas?

—No.

—Os habéis negado a hablar con Lucrecia... ¿Y por qué?

El tono del príncipe se hizo casi suplicante:

—Mucho os estimo. Si me estimáis vos, también, dejadme tranquilo.

Cervillón dio unos pasos en dirección a la puerta y cogió un boliche que había sobre un arcón. En vez de salir, se puso a jugar simulando que no lograba ensartar la bola. Al ver que Alfonso le dirigía una mirada de irritación de joven inexperto, que no ignora que su posición le confiere el derecho de ordenar, pero no sabe cómo imponer su autoridad, a veces demasiado débil, Cervillón preguntó con suavidad:

—¿Adónde queréis ir a parar?

Alfonso guardó silencio.

—Habéis afrentado inútilmente a vuestra prometida.

—No es la primera afrenta que sufre.

—Muy acertado. Pero yo he dicho «inútil». No me cuento entre los admiradores del señor Maquiavelo, pero sin duda tiene razón al decir...

—Tienes razón, por supuesto; todo el mundo tiene razón menos yo...

—De todos modos tiene razón al decir —prosiguió Cervillón, pacientemente— que en política todo acto inútil es fastidioso, como lo es en matemáticas toda proposición superflua. No os reprocho la insolencia que habéis mostrado al final de la ceremonia, sino que lo hayáis hecho sin finalidad alguna, a menos que tengáis intención de romper vuestro compromiso de boda. Incluso en este supuesto, debíais forzar a Lucrecia a afrentaros.

El príncipe le interrumpió:

—¿Y de qué me sirven vuestras frías razones? Se trata de algo muy distinto de la política. Me veo hundido en el fango. Pues bien, si me da asco y lo manifiesto, tanto peor para quienes me lo reprochen. Y según Maquiavelo, las muestras de asco son inútiles.

—¡Muy bien! ¡Bravo! — exclamó Cervillón agitando triunfalmente su boliche.

Volvió a dejarlo sobre el arcón y saludó ceremoniosamente a su joven señor.

—Sé ya lo bastante para estar casi tranquilo. No estáis tramando ningún alboroto. Lo esencial es que logréis dominar vuestros nervios. Dormid, y si no os veis con ánimos de dormir, os propongo que... Bueno, el papel no me seduce, pero puedo presentaros una cortesana que puede llenar esta noche...

Llamaban a la puerta y se interrumpió. Abrió, asomó la cabeza y reapareció con aire burlón:

—Precisamente una muchacha solicita audiencia. La habéis visto hace un momento, en la ceremonia de la presentación. Una pequeña morisca, doncella de Lucrecia, ¿recordáis? ¿No? Pues saltaba a la vista. Hermosa, arrebatadora como

todas las berberiscas jóvenes y muy incitante. Pero me temo que vuestra prometida no la haya mandado para distraeros, a pesar de que de ella se puede esperar lo más imprevisto... Tampoco creo que la pequeña Caterinella haya venido por su cuenta. Debe de traer un mensaje. ¿Queréis que le pregunte? Mirad, voy a hacerle entrar. Estáis con los nervios a flor de piel y cualquier acontecimiento, sea el que fuere, cambiará vuestras ideas.

Caterinella se detuvo a la entrada de la pieza y miró a su alrededor, como un gato. Llevaba un vestido dorado y se tocaba con un turbante. Contempló al príncipe, que permanecía echado en la cama volviéndole la espalda. Después su mirada se posó en Cervillón:

—Perdonadme, pero lo que tengo que decir...

—¿Queréis que me vaya? —dijo Cervillón, divertido—. Así, pues, no es un mensaje lo que traéis... Es una declaración, ¿no es cierto? Y confidencial, por supuesto. Adelante, pues... Los secretos me entran por los oídos, pero jamás se escapan de mi boca.

En vista de que Alfonso no se movía, Caterinella se decidió:

—Doña Lucrecia quisiera veros.

—¡Habrase visto prometida más impaciente! —observó Cervillón, irónico—. ¿Doña Lucrecia no teme que una entrevista privada en sus habitaciones, la víspera de su boda, pueda dar que hablar?

—Doña Lucrecia espera al príncipe de Aragón... no en sus habitaciones..., sino en otro sitio.

—¿Dónde?

—En otro sitio.

—Contestad a doña Lucrecia —dijo Cervillón apacible— que la cita es demasiado vaga para que mi señor pueda acudir a ella.

—Precisamente soy yo la encargada de acompañarlo.

—De acompañarlo, quizá; pero, ¿estáis segura de que os han encargado devolverlo?

Al oír las palabras de Cervillón, que indicaban sus temores, Alfonso se levantó de un salto.

—Bien... Iré.

—No veo la razón de que doña Lucrecia ni sus allegados quieran atraeros a una trampa..., a pesar de que vivimos en una época en que la vida humana poco cuenta. Las trampas están a la orden del día. ¡Quién sabe si vuestra boda echa por tierra ciertos proyectos, o contraría grandes intereses! En Roma, la gente acaba fácilmente en el Tíber. Esta muchacha debe ser encantadora en la cama, pero no me tranquiliza para una cita.

Sin prestar oídos a Cervillón, el joven se había ya encasquetado el bonete.

—Listo.

El rostro de Cervillón se alteró. Dejó salir a su dueño y Caterinella, se puso su bonete, se fue en busca de Tomase, al otro extremo de las habitaciones, y le ordenó que lo siguiera con tres escuderos.

En el patio pidieron tres caballos prestados, pues los suyos no estaban ensillados. Cervillón daba muestras de impaciencia. Al distinguir, en el centro de una encrucijada, al príncipe que cabalgaba solo, se tranquilizó. Veinte pasos más adelante, la pequeña mora trotaba sobre una mula gris.

—¿Por qué nos ha pedido que le siguiéramos?—preguntó Tomaso Albanese.

—No lo ha pedido. Ni siquiera sospecha que vamos detrás de él. Le han traído una cita insólita. No puede sufrir a quien se la propone, pero como tiene diecisiete años y he tenido la mala idea de decirle que corre peligro, se ha precipitado hacia él.

Roma ardía, a pesar del sol poniente. Los palomos, del mismo color que el pavimento de las calles, volaban pesadamente en bandadas, elevándose por encima de los edificios.

Al borde de las fuentes, las muchachas reían haciendo entrechocar sus cántaros.

Pasaron bajo un arco de triunfo elevado en honor de Lucrecia y Alfonso. Banderolas doradas se recortaban por encima del oscuro follaje de los laureles. Bajo la brisa se plegaba una luz escarlata.

El rostro de Cervillón se ensombreció a la vista del castillo de Sant Angelo. La enorme torre redonda que remataba un torreón cuadrado reforzado por almenas y buhardas, sólo podía inspirar los más siniestros pensamientos, a pesar de su alegre oriflama, amarilla y negra, que ondeaba al viento. Tras sus bellas piedras se sabía que no sólo había un arsenal, sino también unos profundos calabozos en los que, según el rumor popular, se mataba a los hombres, a veces sin juzgarles.

—Es muy sencillo —murmuró—. Si se dispone a franquear el puente levadizo, nos echamos encima de él y volvemos a palacio, aunque tenga que llevarle atravesado en mi silla.

Pero la pequeña mora, seguida siempre de Alfonso, dio la vuelta a las ruinas adosadas a la fortaleza y siguió a lo largo de las arenosas orillas del Tíber.

Unas embarcaciones de pesadas velas latinas descendían por el río. Tomaso empezaba a aburrirse de aquella persecución, cuando la morita se adentró en un puente. Su breve silueta se perfiló contra el cielo de oro, seguida de cerca por el príncipe.

Cervillón, al frente de sus hombres, espoleó su caballo con objeto de seguir el paso del De Aragón, que de pronto se había hecho más rápido aproximándose a Caterinella, temeroso sin duda de perderla entre la muchedumbre que se agolpaba a la entrada de la plaza del Pueblo.

El crepúsculo suavizaba la blancura de los edificios de nobles líneas que

contorneaban la plaza. Sobre los estrados, ya cargados de hojas y flores, se oía el golpear cadencioso de los martillos. Un borracho cantaba. La muchedumbre daba vueltas alrededor de las banderas.

—La mora está subiendo las escaleras. ¿Dónde está él?

Lo vieron delante de la iglesia de Santa María del Pueblo. Esperaba inmóvil, sin prestar la menor atención a la turbulenta multitud que lo rodeaba. La joven esclava descendía los peldaños corriendo. Alfonso se apeó de su caballo de un salto, le confió las riendas y subió con paso rápido los peldaños. Antes de que hubiera desaparecido en las tinieblas de la iglesia, Cervillón había descabalgado ya.

—Quedaos aquí con los escuderos —ordenó lacónicamente a Tomaso—. Si me veis reaparecer en la puerta y levantar una mano, precipitaos.


Esperó que Caterinella se fuese por una calle contigua, y penetró en la iglesia.

Al principio, perdido en la oscuridad, avanzó con prudencia, escrutando los altares, la nave, la sombría fuga de las bóvedas por encima de las losas en las que los ventanales de vidrio arrojaban las quebradas de sus colores. «Decididamente, Pinturicchio me persigue», se dijo al contemplar en las paredes los frescos del pintor que había decorado el Vaticano. Pero, con esto, no daba con el príncipe. Un paso joven e impetuoso que despertaba ecos en toda la iglesia, le interesó. Se ocultó tras una pilastra. En la oscuridad, Alfonso pasó rozándole sin verlo, a pesar de que andaba buscando a alguien por todos lados. Cervillón le vio detenerse detrás del púlpito, ante un confesonario, en el que penetró tras una breve vacilación.

Escuchó, sin oír ruido alguno. Un paso en falso le hizo derribar una silla que se cayó con estrépito. Alfonso escuchó su eco en el vibrante silencio del templo. También él esperaba. En la oscuridad le pareció que la cortina ante la cual se había sentado acababa de moverse. Llevó la mano a su puñal, pero se detuvo. Una voz apagada acababa de quebrar el silencio en la oscuridad.

# CAPÍTULO V

## HABLA LUCRECIA

—Estoy aquí porque os quiero —dijo Lucrecia— y porque creo que me queréis. — Sufrís porque os estáis debatiendo entre dos mujeres: la desconocida de anoche y la horrible Lucrecia Borgia. Al reconocerlos, creí enloquecer de dicha. Un momento me ha bastado para comprender que vos, en cambio, enloquecáis de desesperación. Entonces me he dicho que sería estúpido no hablar. No ignoro que mi reputación es atroz. Sólo tengo dieciocho años, pero las buenas almas de Roma me atribuyen más crímenes que a un viejo soldado de caballería.

Hasta hoy, la cosa casi me divertía. Caterinella me enseñaba las canciones alusivas a mí que se cantaban en Roma y las dos nos reíamos con un asomo de amargura apenas. Yo me decía: «No tiene importancia.» No os conocía aún.

Hasta puede que me haya causado un malicioso placer pasar por un personaje odioso. Siempre me han puesto nerviosa los convencionalismos y la hipocresía que ciertas gentes practican al cuidado de su reputación. Esto me da asco. Sin embargo, voy a tener que defender mi causa como un abogado, a través de esta rejilla que nos separa. Espero no haberos sorprendido al daros cita en una iglesia. Es porque me dispongo a haceros una confesión. No me interrumpáis, os lo ruego. He elegido un lugar que me obligue a decir la verdad, y la diré. Vos decidiréis después. Y si esta boda os repugna, yo lo arreglaré para romper el compromiso de manera que no se os pueda hacer ningún reproche.

¿Dónde empieza mi confesión? Voy a empezar por donde comenzó la calumnia. Hace cinco años contraí matrimonio con Juan Sforza.

Me habían sacado del convento. Nunca había visto a mi marido. Era feliz porque me abrumaban con las más ricas telas, unas más bellas que otras. Me trataban como una dama. El matrimonio me divertía al pensar en la simbólica espada, en los banquetes, en los discursos, en toda la concurrencia de dignatarios que me confería importancia. Aquel día, una ciudad entera estaba en fiestas en mi honor y un pueblo me aclamaba. Todavía me parece oír las voces de la gente.

Me cubrieron de regalos. La propia Caterinella es uno de los que recibí aquel día de mi hermano, de mi pobre hermano Juan. Hasta la noche no se apoderó de mí el deseo de llorar, o mejor dicho, hasta la mañana siguiente, pues la ceremonia había durado toda la noche. Fue cuando me encontré sola con Caterinella en mi cuarto de niña. Hasta que llegamos a hacer una calaverada a través del palacio.



Yo quería encontrar a mi marido. Del amor lo ignoraba todo y quería mi parte. Los alabarderos nos persiguieron. César me devolvió a mi habitación diciendo que era aún muy pequeña para conocer marido de otro modo que simbólicamente. De paso, se aprovechó para llevarse a Caterinella a su cuarto. La mañana siguiente, la pequeña se mostraba orgullosa, pero tenía los ojos arrasados en lágrimas.

He aquí como el día de mi boda fue sólo mi esclava la que perdió su virginidad. Yo le interrogué. Me contestó con medias palabras, que no logré entender. Todo lo que yo sabía era que mi marido no me trataba como una esposa. Esto fue para mí un tormento que duró meses enteros.

Y, no obstante, yo no quería a Juan Sforza. Y lo más grave era que me persuadía a mí misma de quererle. Vos sois hombre y no podéis comprender de qué fantasías es capaz una muchacha cuando se le mete en la cabeza que quiere a, alguien, aunque su instinto le esté repitiendo lo contrario.

Entonces yo tenía catorce años y mis sentidos se mantenían en una completa ignorancia. No había perdido mi pureza. Había leído mucho, sobre todo griego y latín.

Y pese a que los autores no se privan de tratar temas escabrosos, tienen una forma abstracta de relatar los hechos que mantenía mi casta ignorancia.

Lo que pasaba a mí alrededor me era igualmente incomprendible. Me sentía como el que ha recibido un mensaje cifrado cuya clave ignora y no sabe descifrarlo. Mi monta se limitaba a hablarme veladamente. Se sentía orgullosa de saber más que su señora y no quería perder esta ventaja dejándome beneficiar de su experiencia. En cuanto a Pantasilea, mi primera camarera, que tenía veinticinco años, me llevaba ventaja por el mismo hecho de mi ignorancia de la vida y se sentía superior por ello. De ningún modo quería perder su superioridad.

No obstante, al cabo de unos meses fue esta misma Pantasilea la que se puso a inquietarme con sus comentarios. Había empezado sosteniendo que era normal que no se consumase mi matrimonio por ser yo' demasiado niña. Contestaba a mis preguntas diciendo que incumbía a mi marido decidir el día de convertirme en su mujer de hecho.

Una noche se arriesgó a preguntarme:

—Pero, por lo menos, ¿os besa?

—No.

Enarcó las cejas y cambió de conversación. Durante una semana entera la pregunta me daba vueltas en la cabeza. Una noche en que yo volvía con mi marido en palanquín, tuve el valor de preguntarle bruscamente:

—¿Por qué no me besáis?

Era de noche. Estábamos atravesando la campiña de Roma. Sólo se oía el paso de los caballos en el camino y el chocar de las armas de nuestra escolta. Brillaba la luna. Por entre las aberturas de las cortinas yo veía los cipreses rectos como espadas y las plateadas hojas de los olivos. Os he dicho ya que no sabía

nada del amor. Sin embargo, aquella noche sentía un gran deseo de acurrucarme entre los brazos de mi marido. Después de mi pregunta se eternizó el silencio. Sforza se había apartado hacia el otro extremo del palanquín.

—¿No es correcto haberos preguntado esto? — murmuré.

Su respuesta llegó en la oscuridad:

—No, no hay nada de mal en ello. Sólo que sois demasiado niña.

Aquel año fue muy caluroso. Roma estaba abarrotada de peregrinos llegados de los cuatro puntos cardinales de Europa. También había muchos soldados. La guarnición del castillo de Sant Angelo había sido aumentada. Por las calles sólo se veían soldados que hacían espejear sus armaduras, y los andrajos, los sayales y las tocas extranjeras de los peregrinos en procesión, entonando cánticos a los que los soldados contestaban con canciones tabernarias.

En las afueras de Roma morían los rebaños. Al principio se dijo que era de sed; luego, por un castigo de Dios. Se oían repetir las horribles profecías de Savonarola. Jamás había visto tantas moscas como en aquella época. Luego empezaron a morir los hombres. Primero, los peregrinos. Después la epidemia llegó a la guarnición. Se hablaba buscando eufemismos para evitar la palabra exacta y terrible: la peste.

Apenas si veía a mi hermano César. Estaba de viaje por los Estados pontificios, escandalizando a la corte por los arreos militares que ostentaba. Mandaba las tropas mi hermano Juan, duque de Gandía, pero éste volvía a menudo a Roma, escurridizo como una anguila y, como ella, insaciable, siempre tras las mujeres.

El papa Alejandro me recibía cada vez más espaciada— mente. Estaba triste. Yo no cesaba de preguntarme en qué podría estar pensando. ¿En la desolación de la peste o de la guerra? Pues el rey de Francia, Carlos VIII, se había propuesto conquistar Italia.

Una mañana, me despertó Pantasilea en vez de Caterinella. Tenía una gran noticia que comunicarme: mi marido había desaparecido aquella noche. Un instante después, César entraba en mi habitación.

—Bueno — dijo —. Corría el rumor de que tú también te habías marchado.

Se sentó en un taburete. Por primera vez lo vi turbado.

—Claro que tú sabes adónde ha ido, ¿verdad?

—¿Quién?

—No te hagas la tonta. Tu marido.

Moví la cabeza denegando y César se puso fuera de sí.

—¡No me hagas comedia, por favor!

Se calmó enseguida gracias al maravilloso poder que ejerce sobre sí mismo. Me cogió la mano con mimo y empezó a mostrarse cariñoso. Dijo que los acontecimientos se precipitaban. La huida de Juan Sforza podía tener graves

consecuencias. Yo quería a Roma, claro, y no quería verla caer en poder de los bárbaros.

—¿De qué bárbaros?

¡De los franceses! — vociferó otra vez fuera de sí.

Yo levanté la voz, como las niñas que se ponen exigentes.

—¡Es un poco fuerte esto! —dije—. Con el pretexto de que soy una niña, no se me dice lo que pasa. Y luego, bruscamente, se me piden cuentas...

César había decidido tener paciencia. Como si no tuviese otra cosa que hacer, se dignó explicarme los entresijos de la política vaticana. Desde hacía muchos años, el Vaticano consideraba inevitable la agresión francesa. Nápoles, sobre el que el rey de Francia se jactaba de tener ciertos derechos, más bien confusos, era una presa apetitosa para él. Había que aprestarse a oponerse a su empeño. Por esto me habían dado en matrimonio a Juan Sforza, sobrino del duque de Milán, Ludovico el Moro. Con ocasión de mi boda se había concluido una alianza en virtud de la cual Milán y Roma debían conquistar el reino de Nápoles, unificando así una parte de Italia, lo que llevaría al rey de Francia a desistir de su empresa. Pero en Milán, Ludovico había prestado oídos a los emisarios del rey de Francia, Carlos VIII, sin dejar de simular que permanecía aliado de Roma. Luego, bruscamente, había dado paso franco a las tropas francesas a través de su ducado, y ahora era su aliado. Carlos VIII bajaba hacia el Sur. La marcha hacia Nápoles pasaba por Roma, y la única oportunidad que le quedaba a Roma era oponerle un ejército, en espera de que Ludovico, cambiando de campo otra vez, atacase a los franceses por su retaguardia,

Ahora bien, Ludovico había sido interrogado y Juan Sforza era el encargado de redactar los despachos, pues era el único que podía mantener el contacto entre Roma y Milán. Y he aquí que, sin previo aviso, se había fugado por la noche.

Tras este breve discurso político, mi primer movimiento fue de cólera. Así, pues, el hombre que habían elegido para ser mi marido era una especie de enemigo al que esperaban amansar. Se me había tenido al margen de todas las maniobras como un crío y súbitamente se me despertaba para decirme aproximadamente: «¡Vamos, pequeña, eres una criminal! Has dejado huir a un marido sobre el que descansaba la seguridad de Roma.»

Mi segundo movimiento fue de dolor.

—Entonces ¿mi marido me ha abandonado?

—¡No! —repuso César con su voz implacable, entre suave y terrible—. Ahórrame la escena de la desolación, te lo ruego... «¡Mi marido me ha abandonado...!» Me parece escuchar a una criada de albergue llorando la fuga de su marido, el palafrenero, con la planchadora.

Bruscamente volvió a mostrarse cariñoso.

—¿Le quieres?

—¡Es mi marido!

El candor de mi respuesta lo inquietó. Me miró fijamente, con una actitud perpleja, preguntándome ostensiblemente si yo era sincera o me burlaba de él. Después, sin mediar palabra, se alejó con paso agitado.

En el fondo, yo no estaba descontenta de mí misma. Era un acontecimiento en mi vida. Las muchachas, hasta las casadas, adoran los acontecimientos. Yo era de las que no se conforman con una buena epidemia de peste. No me daba miedo: no me sentía destinada a ser su víctima, mientras que la misteriosa fuga de mi marido me afectaba personalmente y, a los ojos de mis allegados y a los míos propios, me daba una importancia que me encantaba.

En resumen, que casi me sentí decepcionada cuando circuló la noticia de que Juan Sforza se había limitado a buscar refugio contra la peste en su condado de Pesaro.

A su regreso de la comida, había visto a uno de sus escuderos vomitar sangre negra en la escalera de sus habitaciones y, aterrorizado, había mandado ensillar su caballo sin consultar a nadie.

Pensándolo bien, en esta conducta había de encontrar yo materia para desesperarme de veras. Mi marido había huido de un peligro que lo asustaba sin preocuparse por mí. Mi vida le era, pues, indiferente. ¡Dios mío, hasta dónde puede llegar la imaginación de una muchacha de quince años! Deseé coger la peste sólo por el gusto de pensar en los remordimientos que mi muerte causaría a Juan Sforza. En la escena que me figuraba, Pedro Caldés, uno de los escuderos del Vaticano a nuestro servicio, era el encargado de anunciar la noticia de mi muerte a Sforza, Agotado por una larga carrera a caballo, le murmuraría con voz sofocada: «¡Ha muerto!» «¿Quién?» «Vuestra esposa, doña Lucrecia.» Llegada a este punto, mi escena no iba más allá, pues era incapaz de imaginarme una emoción sincera en el semblante de Juan Sforza.

Desde el día de nuestra boda, había tenido ocasión de verlo encolerizado, contento, ansioso, pero siempre por motivos fútiles y con expresiones poco convincentes. Si se enojaba era contra un criado, por alguna cuestión de precedencia. Si estaba contento era porque le habían acertado un jubón o en el estanque de una de sus propiedades había más peces que el año anterior. Si se mostraba ansioso era por cobardía, por temor de que lo enviaran a la frontera al frente de las tropas cuyo mando se le había conferido. Y así, al recibir la noticia de mi muerte, me lo imaginé con la expresión de fastidio del hombre que se entera de que sus viñedos han sido alcanzados por el pedrisco. Pensando así, comprendí que Juan Sforza no me quería por la sola razón de que jamás había querido a nadie, porque era incapaz de experimentar un sentimiento fuerte.

El descubrimiento no sólo no me aterró, sino que no me impidió pasar unas semanas encantadoras. En Roma la gente se divertía bastante. Los italianos no son como nosotros, los españoles, siempre inclinados a acentuar lo trágico y lo fúnebre. En vez de organizar sombrías procesiones, de elevar altares rojos por las calles, o de entregarse a danzas macabras, como hubiéramos hecho nosotros en el caso de una peste, los italianos procuran divertirse. La ausencia de mi marido

me permitía todas las libertades. Los jóvenes me hacían la corte. Era admirada por mi manera de bailar, debida tanto a mi amor por la danza como a los esfuerzos de mi profesor, Richiardetto. Mis conciertos de laúd eran escuchados y celebramos varios concursos de poesía.

En esta época fue cuando, aconsejado por mí, Pintirucchio modificó el gesto del hombro de uno de sus personajes. Verdad es que aquel día no brillé por mi modestia. Estábamos en su taller unas quince personas. Llovían los elogios, con la sola excepción de mis críticas.

—El gesto es acertado — replicó duramente el pintor.

—Estáis en un error —dije yo—. Mirad.

Con la mayor naturalidad del mundo, deshice el lazo de mi vestido, y luego, adoptando la postura del personaje, demostré a Pinturicchio que mi pecho se adhería a mi hombro en forma distinta a como había pintado él. Se hizo un silencio.

—Tenéis razón —dijo lentamente Pinturicchio—. Mi modelo estaba menos bien formada que vos.

Observé que todos los hombres me miraban con ojos ardientes. Me sentí dichosa de gustarles, pero me subí la ropa precipitadamente, sin experimentar ningún remordimiento, sino sencillamente la confusión de quien no ha respetado los usos como es debido. El día siguiente, en

Roma, no se hablaba ya de la peste, sino de mis pechos. Por la noche, el Aretino les dedicó un epigrama. El asunto acabó con una carta de mi marido, la primera que me mandaba desde su partida. Me invitaba en tono bastante adusto a guardar una conducta más digna. La carta terminaba en forma ambigua. Me reprochaba la imprudencia de mi gesto y las consecuencias que podía tener sobre nuestra reputación, pero me convencí de que en su descontento no había ni un asomo de celos.

Le repliqué con una breve carta burlona, que escribí en latín, porque él leía esta lengua con dificultad. La posdata era todo un poema. Le aconsejaba que quemara enseguida la carta, pues ciertas personas aseguraban que la peste se transmite también por correo. Al cerrarla me reía como una loca. Me imaginaba a Sforza, indignado y empavorecido, corriendo hacia el fuego, con mi carta cogida con dos dedos. Y no me producía ninguna pena representármelo en tan ridícula situación.

Supongo que mi reputación de frivolidad debe datar de la imprudencia cometida en el taller de Pinturicchio. No tuve tiempo de comprobarlo. Los tiempos habían cambiado.

Pasaban los cañones por la Vía Apia. Se ensayaban cohetes de fuegos griegos en los fosos del castillo de Sant Angelo. Por las mañanas, nuestros soldados hacían maniobras a orillas del Tíber. Un aventurero llegado de Milán pretendía haberse apoderado de unos planos de Leonardo de Vinci, el ingeniero militar de Ludovico el Moro, y aseguraba que entre ellos había un aparato para volar por los

aires, desde el cual los soldados podrían arrojar flechas sobre el ejército enemigo. En fin, había pasado el tiempo de las diversiones. El papa Alejandro se desembarazó de las jóvenes cuya frivolidad debilitaba Roma.

A mí me mandaron a Pesaro, con varias damas principales. Allí volví a encontrar a mi marido. En el pequeño palacio ducal residíamos una decena de nobles romanas, entre ellas la alegre Julia Farnesio, sin contar con las doncellas y damas de honor. En Roma, después de haber hablado de la peste sólo se hablaba de la guerra. En Pesaro, el tiempo que no pasábamos en fiestas lo dedicábamos a prepararlas. Organizamos concursos de belleza. Mis grandes rivales eran Julia Farnesio y Catalina Gonzaga. Cambiábamos de traje a cada paso.

Mi coquetería estuvo a punto de costar la vida a Pedro Caldés, que reventó tres caballos y cayó desvanecido en mi habitación, de vuelta de una correría para buscar telas preciosas para mí. En pago le ofrecí el diamante que llevaba en mi dedo.

El nerviosismo nos embriagaba. Hasta mi mando participaba en las fiestas con una especie de desesperado júbilo que no iba con su temperamento.

Pero su indiferencia con respecto a mí no había cambiado. Recuerdo mis traviesas maniobras de entonces, que demuestran que, a pesar de mi inocencia, era toda una mujer. Llamaba a mi marido en el momento en que Caterinella me vestía, o le pedía que me abrochase el vestido o me perfumase él cabello.

Un día me besó en la palma de la mano. Todavía recuerdo el estremecimiento que recorrió mi cuerpo. Me contemplaba, me abrochaba, me perfumaba. Y nada más.

Y este «más», que tanta falta me hacía, lo adivinaba yo a mi alrededor en cada gesto, en cada palabra. Una mañana, Julia Farnesio se había presentado en mi habitación mientras me vestían y me hizo observar que estaba ojerosa..

—Sin duda, habéis dormido poco — me dijo riendo.

Era cierto. Había estado leyendo al Aretino hasta la aurora. Sin embargo, en el tono de Julia, en su mirada, comprendí que suponía otra cosa y que el famoso misterio se sobrentendía en su risa. Me ruboricé y me besó.

Otra noche, me acompañaba Catalina Gonzaga. En el corredor oscuro que conducía a mi habitación me cogió por la nuca y me dijo al oído:

—Vuestras habitaciones están terriblemente alejadas de las de vuestro marido. No es práctico... ¿Os molesta a menudo por la noche? ¿No? ¿Cómo es esto? Debéis estar preciosa dentro de vuestro gran camisón. ¡Ah, querida, me quejaré a Juan Sforza en la primera ocasión!

No me cabía duda alguna de que se me privaba de algo que ocurría por la noche, en la cama, en brazos de un marido. Ahora bien, ese marido que desde Roma me parecía ridículo, me desagradaba bastante menos en Pesaro. Su poder sobre el condado le daba una autoridad que le sentaba bien. Las monedas llevaban acuñada su efigie. Cuando se apeaba de su caballo en la calle Mayor de

la villa, todo el mundo se apartaba a su paso. Su manera de erguir la cabeza era muy diferente de la de Roma.

En suma, que me persuadí de que volvía a estar enamorada de él y me pareció morirme de celos la noche de la galera genovesa. Esta galera había salido de Pesaro, procedente de Venecia, con fuerte viento, uno de esos vientos que encrespan el mar y parecen cepillarlo levantando virutas de espuma. Los viejos marinos opinaban que no alcanzaría alta mar y sería empujada hacia la orilla. Su predicción se realizó.

A primera hora de la tarde, los escuderos nos contaron que la galera, rechazada hacia la costa, a una legua, trataba de alcanzar el puerto. Aquel día no había fiesta. Montamos a caballo y nos dirigimos corriendo a contemplar el combate del navío contra el mar.

Dejamos los caballos en una ensenada y nos pusimos a correr a lo largo de una inmensa playa barrida por las olas. La galera estaba tan cerca que podíamos oír el grito de sus remeros y el chasquear de su velamen. A veces, desaparecía casi por completo en una montaña de espuma y sólo distinguíamos el extremo de su palo mayor, donde campeaba el pequeño estandarte genovés.

Anocheceía. Virando una vez más de bordo, el navío renunciaba a alcanzar el puerto, dirigiéndose de nuevo a alta mar, y nosotros volvimos al lugar donde estaban los caballos. Pero habiendo amainado un poco el viento, empezó inmediatamente a caer la lluvia. Nuestro calzado se hundía en la húmeda arena. La lluvia y el rocío del mar calaban nuestros vestidos poniéndolos pesados, y la ensenada estaba lejos. Nos refugiamos en una torre en ruinas que debió de ser construida para defenderse de los berberiscos, o para vigilar a los contrabandistas. Sólo encontramos en ella un suelo de tierra apisonada, un techo de negras vigas y murallas medio derruidas por cuyos boquetes silbaba el viento. Los escuderos hicieron fuego. Los leños, húmedos, desprendían más humo que calor, pero estábamos de buen humor y nos reíamos, lo que a Julia y a mí no nos impedía estornudar. Un escudero partió hacia palacio para traer ropas secas, palanquines y carretas.

Esperábamos, riéndonos a mandíbula batiente, entre— mezclando las carcajadas con crisis de estornudos, en una oscuridad apenas quebrada por el apagado relumbrar del fuego.

Por fin, oímos chirriar de ruedas y ajeteo de sirvientes; habían llegado los benditos trajes. Yo me cambiaba de ropa en un rincón oscuro de la torre ayudada por Caterinella. La morita tiene un instinto despierto y los sentidos constantemente alerta. Enseguida comprendí que estaba aguzando el oído. Levanté la cabeza y oí unas exclamaciones apagadas de Julia Farnesio, procedente del otro lado del muro, que tenía boquetes de trecho en trecho.

—Es verdad que está muy oscuro y vos no me veis, pero de todos modos...— decía coqueteando.

Y tras un momento:

—Ya que habéis empezado a fricciónarme, podéis continuar. La toalla está caliente, pero yo tengo mucho frío.

Acto seguido oí unos cuchicheos que no logré comprender. Había reconocido la voz de mi marido.

—¿Qué estás esperando? —le dije a Caterinella—. Pon— me el vestido.

En la oscuridad, a pesar de no distinguir el rostro de mi doncella, adiviné que la chocante escena la había afectado. Por lo que a mí se refiere, estaba apenada, sobre todo al pensar que mi marido, en vez de ocuparse de Julia Farnesio, no hubiese pensado en mí, que necesitaba también que me calentasen y me ayudasen a vestirme.

¿Era que no le gustaba? Ésta es la pregunta que acabé por hacerme. Y, sin embargo, mis recuerdos de la casa de Vanozza, cuando era más niña, mi reciente estancia en Roma, la acogida que se me había dispensado en Pesaro, me inclinaban a pensar que mi presencia era más bien grata a los hombres. No había olvidado las miradas ardientes y ansiosas en el taller de Pinturicchio al mostrar mi pecho.

Otro incidente me confirmó mi poder sobre la gente joven. Casi todas las mañanas salía con Caterinella. Se me había hecho indispensable, a pesar de que hablábamos poco y solamente de futilidades. Me gustaba su silencio, su poder de permanecer inmóvil. De su rostro hermoso y sombrío, de labios violeta, sólo se movían sus pupilas doradas de gata. Yo no ignoraba que al preferir la compañía de mi esclava excitaba los celos de Pantasilea, pero en Pantasilea todo era calculado. Sus reacciones eran, sin excepción, convencionales. Pantasilea me fastidiaba y, en cambio, mi pequeña mora me intrigaba.

Así, el día que me dijo que tenía el propósito de tomar un baño de mar, en vez de reñirla le otorgué mi permiso. Volvió con el cabello mojado, lamiéndose el hombro donde el mar había dejado un sabor salado. Ello le recordaba su infancia pasada en lejanas costas.

Yo acabé por acompañarla. Los escuderos que nos acompañaban se quedaban en un bosquecillo de pinos, detrás de los cañaverales, mientras las dos nos íbamos a la larga playa desierta. A fuerza de contemplar su cuerpo menudo negro debatiéndose entre la espuma de las olas, me entró el deseo de hacer lo mismo. Mis recuerdos de historia griega me fortificaron en mi decisión. ¿No era necesario, acaso, saber nadar para ser ciudadano de Atenas? Precisamente Caterinella me proponía enseñarme.

Y me enseñó. Los juegos marinos llegaron a ser interminables. Entablábamos una lucha nadando, jugábamos a hundimos mutuamente la cabeza en el agua. Sólo me preocupaba mi pelo. Estaba tan orgullosa de él que temía la acción del agua de mar. Pero, al contrario de lo que temía, se ponía todavía más hermoso, más claro. Como ocultaba a todo el mundo mis baños, no sabía cómo explicar mi pelo mojado al volver a palacio. Por ello decidí que los sirvientes me llevasen un barreño y jabones raros que usaba para lavarme el pelo en la playa.



«Está completamente loca — decía Julia Farnesio —. Se lava el pelo al aire libre. Esto es superstición.»

Y, en efecto, después del baño adquirí la costumbre de lavarme la cabeza, y si la orilla no hubiera estado desierta, habríamos ofrecido un singular espectáculo: dos muchachas desnudas, una rubia y otra mora, ésta lavando, sobre un barreño de oro, el pelo de la otra.

Ahora bien, un día tuvimos un espectador. El tiempo era apacible: aquel día el mar tenía la calma y el color de un espejo. La arena estaba tibia, y Caterinella y yo no nos apresurábamos. Agachada sobre el espejeante barreño; al ver la extensión de mi sombra sobre la playa pensé que debía ser tarde.

Levanté la cara para comprobarlo por la altura del sol. En el lindero de la arena con los cañaverales, un joven nos estaba contemplando. Un poco horrorizada, tuve, sin embargo, la presencia de ánimo suficiente para sofocar un grito. En Roma había oído lo bastante a juristas y diplomáticos para saber que los incidentes surgen por cualquier cosa, y que basta mostrarse indiferente a un hecho para evitar sus consecuencias. Ahora bien, enconarse contra el indiscreto hubiera sido tanto como dar escandalosa publicidad a mis diversiones matinales. Lo mejor era ignorarlo. Ni siquiera llamé la atención de Caterinella, limitándome a decirle que era tarde y, por tanto, hora de vestirme.

Sólo después de haberme puesto la ropa me atreví a volverme hacia los cañaverales. De momento creí que el hombre había huido, pero por entre las sombras que se entrelazaban en el fondo de los cañaverales ocres, pronto distinguí la claridad de un rostro. De él procedía una mirada que no se apartaba de mí. Cuando Caterinella me subió el vestido para ceñirme las medias, sentí que la mirada se hacía densa y me aplastaba.

Tomamos por el sendero a través de los cañaverales. Nuestros vestidos levantaban un rumor; a pesar de ello oí los crujidos de una precipitada huida, Caterinella lo oyó también, pero por una vez su perspicacia la engañó.

—Debe de ser una culebra — murmuró.

Al borde del bosquecillo de pinos, donde dejábamos los caballos, encontramos a Pedro Caldés que venía a nuestro encuentro.

—Es muy tarde-dijo —. Ya venía en busca vuestra.

Entonces los ojos de mi morita parecieron reír, queriendo decir, más o menos: «Felizmente, no nos ha encontrado.»

Yo no me reía. Yo sabía que era él el hombre que se había quedado petrificado ante mi desnudez en los cañaverales. En aquel momento él desviaba su mirada y yo la mía. Estaba asustada y al mismo tiempo era feliz al sentirle turbado. Los tres nos dirigimos en silencio a los caballos.

Los escuderos y criados dormían esa la sombra. Durante el regreso yo pensaba que aquel hombre también pensaba en mí.

Esta historia parece no tener ninguna importancia y, sin embargo, la tuvo.

Acabó de demostrarme que yo gustaba a los hombres y que me gustaba agradarles. Por esto me sublevaba más contra la indiferencia de mi marido. Me confié a Caterinella que, desgraciadamente, era muy poco aficionada a este género de temas. Entonces, a pesar de mi poca confianza en ella, recurrí a Pantasilea.

Me escuchó con mayor atención de la que hubiera podido esperar.

—Si no me hubieseis hablado de ello — me dijo —, estaba yo dispuesta a preguntaros. Por lo que me parece, en efecto, vos y vuestro marido no os habéis decidido a... En fin, soy la primera en creer que ya va tardando demasiado. Lo mismo que vuestra prisa era prematura el día de vuestra boda, cuando sólo teníais trece años, ahora... En el fondo no lo comprendo, pues sois una joven capaz de inspirar vehementes deseos. He visto retratos de la primera esposa de vuestro marido y la verdad es que no hay comparación entre ella y vos...

Añadió que lo más curioso del caso era que, en mi ausencia, Juan Sforza afectaba tener conmigo las relaciones normales entre marido y mujer. Ello probaba que me consideraba lo bastante crecida para hacer de mí una verdadera esposa. En este caso, su reserva no se explicaba por un exceso de delicadeza. Era un misterio.

Lo que más me alegró fue comprobar que Pantasilea tomaba mis quejas en serio, en vez de reírse como había hecho hasta entonces. No acabé de comprender las dos hipótesis que pergeñó, con bastante vaguedad, para rechazarlas luego, por otra parte.

Hoy comprendo mejor las dudas que llegaba a concebir la joven respecto de la salud física de Juan Sforza, y hasta de su salud moral. Por fin, tras haberme hablado de cosas que no entendía, mi confidente acabó por aconsejarme el remedio habitual de las romanas desgraciadas en amor: consultar con una hechicera.

Precisamente había una en Pesaro, que era muy consultada por mujeres que hasta venían de lejos para verla. Se decía que había nacido en el Este, al otro lado de los Alpes, y se llamaba Agripa Kohl.

Pantasilea, pues, fue a verla, le expuso mi caso y volvió con instrucciones precisas. Era indispensable mi presencia en casa de la hechicera el primer viernes después de luna nueva, provista de recortes de uñas y bucles de pelo de Juan Sforza, así como un pedacito de sábana en que él hubiera dormido.

No veía nada fácil procurarme el bagaje recomendado y no lo hubiera logrado sin el ingenio de Caterinella, que se encargó de los tres hurtos sin hacerme una sola pregunta.

La hechicera vivía en una cantera abandonada en las puertas de Pesaro. Su antro era un hueco vaciado en la misma piedra. Estaba alumbrado por un fuego de leños cuyo humo escapaba por un tubo vertical horadado en la roca, en cuyo extremo se divisaba el cielo.

Agripa Kohl, sentada en un escabel, atizaba el fuego. Llevaba un inmenso

vestido andrajoso de cuyo interior sacó unas bolas de metal, que hizo rodar encima de sus rodillas, sin dirigirme la palabra.

Su cara estaba congestionada, su grumoso cuello y sus anchas manos, como atadas por venas azules gruesas como el dedo.

Recuerdo todos estos detalles porque estaba impresionada. Por supuesto, no creía nada de todas aquellas prácticas, pero lo extraño del lugar, la sórdida oscuridad de semejante guarida, el secreto carácter de la aventura, se aunaban para impresionarme vivamente.

La vieja sacó un plato grasiento de debajo de su falda, depositó en él, teatralmente, el retazo de sábana, los recortes de uñas y de pelo que le había traído yo y puso el plato sobre el fuego. De vez en cuando, levantaba la cabeza hacia el tubo para ver no sé qué. Pronto mis ofrendas empezaron a asarse, desprendiendo el olor que se percibe en las herrerías cuando el herrero quema los cascos de un caballo para herrarlo. La vieja removi6 la mezcla con el atizador. Juzgando que no estaba todavía a punto, me pidió que le mostrase la palma de mi mano, sin duda para dar tiempo al tiempo, pues la soltó sin mediar palabra. Satisfecha por fin, derramó sobre la mezcla calcinada unas gotas de un líquido, que produjo una humareda blanca, y luego, sin preocuparse de si se quemaba, amasó la ceniza al rojo todavía en el fondo del plato, hasta darle la forma aproximada de un corazón.

Entonces me tendió una pluma de cuervo, cuyo extremo estaba afilado y me ordenó con su voz balbuciente, que punzara aquel corazón, recitando la oración que todavía recuerdo, a pesar de su estupidez.

*Antes que el fuego se apague,  
haz que él venga a mi puerta  
y que mi amor lo agujonee  
como yo agujoneo este corazón.*

Recité, agujoneé y hasta temblé un poco. Después seguí los gestos de la hechicera que derramó las cenizas en un cuenco de barro cocido, echó vino encima, removi6 y lo vació en un frasco que me tendió luego.

—Esta noche, antes de medianoche, echaréis una cucharada de este filtro en la bebida de vuestro marido. En los días sucesivos haced que coma con bastantes especias.

Y el viernes siguiente a la próxima luna nueva, deslizaos en su cama como una serpiente, una hora después de medianoche.

Pantasilea me esperaba fuera. Atravesamos Pesaro como dos ladronas y nos deslizamos en el parque por un portillo cuya llave tenía yo. Una vez en mi habitación, con mi frasco de vino con ceniza, me vi tan ingenua que me dio un

acceso de risa. Pero Pantasilea insistió. La consulta había costado mucho y hubiera sido ridículo no aplicar la prescripción hasta el fin.

—Muy bien —le dije—. Solamente que si os parece fácil verter una cucharada de este horror en la botella de mi marido, ya podéis ir, querida. Buena suerte.

Ella se resistió, arguyendo, en primer lugar, que si la sorprendían la tomarían por una envenenadora, y luego, que la hechicera había precisado muy bien que era yo y no otra quien debía verter el brebaje.

En suma, que me aventuré, medio desnuda, por los largos corredores, con mi frasco y una cuchara en la mano Volví a pensar en la observación de Catalina Gonzaga sobre lo alejadas que estaban las habitaciones. Felizmente, en la escalera no había guardias, como en el Vaticano. Para acabarlo de arreglar, llevaba una vela que al menor soplo amenazaba con apagarse.

Entré sin dificultad en la habitación de mi marido, que sabía estaba aún ocupado en el salón del banquete discutiendo con los notables del lugar un impuesto que quería establecer.

La habitación de mi marido era espaciosa. Yo no había entrado allí más que dos o tres veces, de día. Aquella noche me sentí aterrorizada y me serví de mi vela para alumbrar el gran candelabro que vi encima de la mesa. Pensándolo mejor, me di cuenta de que hubiera podido evitarlo y dirigirme directamente hacia la alcoba, cuyas paredes de terciopelo rojo estaba viendo. Pero me acerqué a la mesa y alumbré el candelabro para darme algún ánimo, un poco por casualidad y un poco por el pavor que me causaba la desconocida pieza en la que entraba de noche como una ladrona, en vez de ir directamente a la alcoba.

En efecto, la luz más intensa me dio algún valor. El solemne rumor del mar, que ponía mis nervios a prueba en la oscuridad, me pareció absurdo cuando la pieza estuvo alumbrada. No prestaba mayor atención tampoco al batir de los postigos de la ventana. Corrí hacia la alcoba. Sobre un pequeño escabel redondo, colocado al alcance de la cama encontré la botella que mi marido usaba para beber por la noche y al levantarse. Contenía una mezcla de vino y miel que a mí no me gustaba, pero que apasionaba a Juan Sforza, que decía que no había nada mejor contra las fiebres que le asaltaban a veces por la noche. Esta supuesta ambrosía, el falso néctar, la mala imitación del brebaje de los dioses, tenía en mi opinión un gusto detestable y el añadido de una cucharada de mi vino de cenizas no iba a despertar sospechas al beberlo.

Vertí la cucharada y me sentí muy alegre. En aquel momento no esperaba grandes milagros del remedio de la hechicera, pero estaba contenta de mi expedición nocturna. Mi inclinación aventurera se sentía tan satisfecha como cuando por las mañanas iba a sumergirme en el mar con Caterinella. A ello se mezclaba el placer del engaño. Me reía de aquel marido que, sin sospecharlo, iba a tragarse con su hidromiel los restos de su sábana, de sus uñas y de su pelo.

Realizado mi cometido, no deseaba eternizarme en el teatro de mis hazañas. Estaba ya en la puerta, muy orgullosa del relato que sin falta le iba a hacer a

Pantasilea, cuando me acordé del candelabro. Estuve a punto de olvidar que al alumbrado había dejado huellas de mi paso. En dos brincos, volví a la mesa. Hinché los carrillos para soplar. Un instante más tarde dejaba fluir suavemente el aire de mi boca. Pero no era caso de apagar una luz gracias a la cual se me ofrecía ocasión de enterarme de cosas imprevistas.

Bajo el candelabro había una carta no firmada aún, pero escrita por mi marido. He aquí, aproximadamente lo que decía la página que al atraer mi mirada, me había trastornado al mismo tiempo:

«Vuestra Excelencia no se puede dar idea de las dificultades en que me encuentro tras el cambio de alianzas. Hace meses que intento en vano encontrar un apoyo que ha sido socavado, tanto por vuestra alianza imprevista con los franceses, como por la igualmente imprevista del papa Alejandro con los napolitanos. Recibido en Roma como amigo y confidente, en los días de mi boda, he contemplado agravarse mi situación, de semana en semana, a medida que llegaban noticias más concretas de Lyon, de Madrid, de Nápoles y de Milán. Para evitar tomar partido en el litigio que os separaba de Su Santidad el Papa, he recurrido al pretexto de la peste al objeto de alejarme de Roma, aún a riesgo de pasar por un cobarde.

»Desde ese retiro, mi situación no ha mejorado. Mi esposa Lucrecia, al reunirse conmigo, era portadora de una carta de Su Santidad el papa Alejandro, ordenándome comprometeros en su causa o romper toda relación con Milán. Hace dos meses, un despacho de César Borgia me ha sumido en una nueva inquietud. No ignoráis el ardor político de ese príncipe, dispuesto a sacrificarlo todo a su sueño de unidad italiana. En su mensaje, tras recordar brevemente las relaciones entre Roma y Milán, me hacía observar con bastante dureza mi fracaso en la labor que me incumbía de procurar un acuerdo entre ambos Principados. Llegaba a la conclusión de que, en lo sucesivo, debía pronunciarme claramente y que, feudatario de Su Santidad el papa Alejandro por mi condado de Apesaro y por mi alianza con su hija Lucrecia, mi deber más elemental era unirme a su causa en la guerra que se iba a desarrollar entre Nápoles y Roma por una parte, y Vuestra Excelencia y el rey de Francia, por otra.

»Intimidado, como podéis suponer, me he apresurado a contestar a César Borgia que mi elección estaba decidida desde hacía mucho tiempo y que mis votos eran enteramente por Roma y hasta por Nápoles, a pesar de la hostilidad que enfrentaba a su rey con mi antigua familia. La respuesta no se hizo esperar. César Borgia me abrumó de bellas frases y destinó la primera parte de su carta a formular votos por mi salud y mi gloria. Desgraciadamente, terminaba diciendo que mi fervor por la causa de los Borgia, no pudiéndose manifestar en mejor ocasión que la guerra, había obtenido de Su Santidad que se dignase interesarse por mi valor. Tenía el placer de comunicarme que se me confería el mando de uno de los regimientos napolitanos que deben participar con las tropas romanas en la defensa de los Estados pontificios, contra vuestras tropas y las de Su Majestad el rey de Francia.

»Heme aquí, pues, en vísperas de hacer armas contra vos, a quien lo debo todo y estoy ligado tanto por la sangre como por las tradiciones de mi casa. Sin embargo, no veo qué otro partido puedo tomar, puesto que en el último mensaje que me habéis hecho llegar juzgáis «inoportuno» mi proyecto de huir de los Estados Romanos para ir a vuestro encuentro. Así, pues, he aceptado dicho mando diciéndome, a modo de consuelo, que mi participación en los asuntos militares me permitiría informaros con mayor exactitud de lo que he hecho hasta la fecha, sobre los efectivos, armamentos y movimientos de tropas.

»Contad, pues, conmigo, a despecho de las muestras de devoción que me veo obligado a mostrar por la causa romana, como con el más fastidiado, pero el más celoso de vuestros soldados.»

La carta, evidentemente dirigida al tío de Juan Sforza, Ludovico el Moro, convertido por la fuerza de las circunstancias en nuestro más pérfido enemigo, continuaba, efectivamente, con informaciones precisas sobre los ejércitos romanos y napolitanos y principalmente sobre el movimiento de tropas del duque de Calabria en la Romaña.

Experimenté tan vivo horror, de pronto, que retrocedí un paso para dejar de ver la angulosa escritura de mi marido, ocupado en traicionar a los que le habían acogido, dotado, pagado y considerado como uno de los suyos.

El recuerdo de Coriolano acudió a mi memoria. Por lo menos, el general romano que se pasó al enemigo y quiso asediar a Roma, tenía la excusa de haber sido injustamente tratado por sus conciudadanos, mientras que, en cambio, Juan había recibido de Roma y de mi familia atenciones dignas de un hijo. Así, aquel hombre no sólo me descuidaba a mí, sino que traicionaba a los míos.

Ahogué un grito. La alcoba era mi solo refugio y hacia ella corrí. La puerta, que acababa de chirriar, se abrió de par en par. Una luz vacilante inundó la pieza. Oí cómo Juan Sforza despedía a los criados y deseaba buenas noches a Pedro Caldés.

Después la puerta se cerró y entre los resquicios de la alcoba donde me había refugiado vi que mi marido ponía sobre la mesa el candelabro que sin duda acababa de coger de manos de un criado. Canturreaba una tonada. Se interrumpió al ver en el otro extremo de la mesa el candelabro que yo había dejado encendido y el pequeño al lado.

Su mirada se dirigió con viveza hacia las ventanas. Después se fijó en las profundidades de la pieza donde se hallaba la alcoba. Había llevado la mano al cinto y vi brillar su daga.

Después oí su voz llamando a los criados. Pero, como os he dicho ya, en Pesaro no estábamos guardados como en Roma. Los sirvientes debían de haberse retirado ya a sus cuchitriles, al otro extremo de la planta. Adiviné lo que pasaba por la cabeza de mi marido. Le inquietaba el candelabro encendido y al mismo tiempo se preguntaba si no lo estaba por una simple negligencia, y temía quedar en ridículo llamando a su servidumbre para registrar una alcoba vacía.

Predominó este temor. Cogió el candelabro con una mano conservando su daga en la otra y avanzó hacia mi refugio paso a paso. Aquella noche iba vestido de negro, color que favorecía su piel oscura. El movimiento de las llamas del candelabro aumentaba su estatura, alargando su sombra gigantesca, que bailaba hasta la otra pared, entre las dos ventanas.

Desapareció de mi vista, pero un pequeño choque me indicó que acababa de dejar su candelabro sobre el escabel, al lado de la botella, pues quería tener la otra mano Ubre. En efecto, se sirvió de ella para apartar la cortina mientras avanzaba su puñal a ciegas en las tinieblas interiores de la alcoba.

—¿Un puñal? — exclamé con mi voz más frívola —. ¿Es ésta la manera como un marido debe recibir a su esposa en visita?

Retrocedió y a mi me entraron ganas de reír al ver el miedo que mi voz le había causado. Me consolaba un poco del que yo habla pasado mientras él avanzaba hacia la alcoba.

Volvió a su ofensiva, pero esta vez con el candelabro en la mano, cuyo humo me dio en las narices haciéndome estornudar.

—Entonces ¿sois vos, señora? —preguntó en voz baja.

—Por supuesto... ¿Quién queríais que fuese?

Se desataron demasiadas emociones contenidas y me puse a charlar inútilmente:

—Son visitas que se hacen entre esposos... ¿Acaso no lo sabéis? La noche de nuestra boda lo intenté ya. Lo recordáis, ¿no es cierto? César me sorprendió. Afortunadamente, César no está en Pesaro.

A la luz del candelabro, lo vi sonreír más cohibido que animado.

—Muy amable por vuestra parte — dijo por fin —. ¿Hace mucho tiempo que esperáis? ¿Media hora? Poco os debéis haber divertido en esta alcoba.

—Me he escondido en la alcoba para sorprenderos a vuestra llegada.

Apenas hube hablado, comprendí que había dicho una tontería. De haberle dicho que acababa de llegar, habría ahorrado a Juan Sforza el temor de que hubiese podido leer la carta reveladora. Era demasiado tarde para volver atrás de mi imprudencia. Me callé.

No obstante, Juan Sforza tenía una expresión más bien embarazada que recelosa. Me tranquilicé pensando que atribuía mi visita a la sola preocupación de obligarle a interesarse por mí y que a su vez estaba preocupado por encontrar la salida a la situación.

—¿Sabéis —preguntó riendo— que habéis logrado asustarme?

Y con un gesto que debía ser maquinal al entrar en su habitación cogió su botella y bebió tres buenos tragos. Luego dejó el objeto de mis temores sin parecer notar el gusto que su brebaje preferido hubiera podido tomar y su mirada se posó otra vez en mí.

Yo estaba acurrucada en la cama, apenas vestida con una camisa de lino muy escotada y transparente. Por la inclinación de su mirada sentí que despertaba su interés y eché instintivamente la sábana sobre mis piernas que habían quedado al descubierto sin darme yo cuenta en mi precipitada huida hacia la alcoba.

Después me ruboricé y eché mi camisa más arriba de —.L mis muslos, que no estaba antes de mi púdico gesto.

—Después de todo — dije —, me habéis visto más desnuda que ahora, la noche de nuestra boda, durante la ceremonia del notario. Y, por otra parte, ¿no es éste el derecho del marido?

Hay que recordar mi inocencia de entonces para apreciar en su justo valor mi actitud aparentemente provocativa que expresaba solamente mi oscuro presentimiento de las relaciones corporales del hombre y la mujer. Para Juan, que no me creía tan ingenua, mi gesto y las palabras que lo había acompañado, fueron una invitación apenas disimulada al diálogo amoroso. Sobre todo, cuando añadí al instante:

—Y además, ahora ya no soy una niña de trece años como el día de nuestra boda.

Más que este argumento, lo que turbó la sólida indiferencia de mi marido fueron mis piernas abandonadas al vacilante abrazo de la luz y de la sombra. Todavía se resistió al deseo, pero acabó por inclinarse sobre mí con una sonrisa apenas esbozada y la mirada fugitiva. Por fin iba yo a conocer lo que conocen todas las mujeres casadas.

Primero rozó mi rodilla y su caricia, la primera que me hizo la noche de nuestra boda, me fue profundamente agradable.

Estaba segura de mi victoria y me reprochaba haber dudado del poder de la hechicera. ¿No era evidente que la mezcla producía su efecto? En cuanto a lo que iba a seguir, no intenté adivinarlo. Esperaba, feliz y asustada, pero no tanto como para no recordar las palabras de la nodriza de Antonia, mi compañera de convento, que abrumada por las preguntas que ésta le hacía, le contestó: «Vamos, ninguna muchacha ha muerto de esto.»

De pronto, el peso del cuerpo de Juan Sforza me aplastó. Sus labios recorrieron mis hombros velados por la camisa y sus manos la subieron lentamente hacia mis caderas.

Me besó brutalmente en la boca, me levantó, me quitó la camisa, lo que me dejó completamente desnuda, y volvió a abalanzarse sobre mí. Yo no estaba enamorada, sino trastornada. Iba a saber... Sus rodillas luchaban contra las mías. Comprendí que quería que separase mis piernas y, por más que una confusa aprensión me desaconsejara este gesto, las abrí dócilmente.

Entonces se produjo una ráfaga de viento. En Pesaro conocíamos este viento nocturno que, en esta estación, se levanta algo después de medianoche y en breves ráfagas desciende hacia el mar. Se le llama poniente y sirve hasta para situar un acontecimiento. La fiesta duró hasta después del poniente. Una viva



ráfaga de poniente ensanchó, pues, la abertura de las ventanas y barrió la habitación, levantando las cortinas de la alcoba, haciendo bailar las llamas del candelabro y lanzando a través de la pieza un rollo blanco que se deslizó rumorosamente sobre las losas.

Los acontecimientos se precipitaron. Yo no había tenido tiempo de pensar que aquel rollo era la carta de mi marido a Ludovico el Moro, cuando ya, de un brinco, Juan se había levantado y corría a recogerla. La depositó sobre la mesa sujetándola con el candelabro, para impedir que el viento la arrebatase de nuevo. Después advirtió mi pequeño candelabro, que estaba al lado, y el frasco de la hechicera.

Yo adiviné los pensamientos que lo asaltaban. Me sentía tanto más desorientada cuanto que en los momentos precedentes había olvidado por completo el descubrimiento de la carta y que en el mismo instante en que entraba mi marido lo estaba acusando de traición. Estos bruscos recuerdos arrojaron más leña al fuego del desorden que reinaba en mi espíritu.

—Este candelabro es vuestro, ¿no es cierto? — me preguntó Juan en voz baja desde el otro extremo de la pieza.

—¿Qué candelabro?

Yo trataba de ganar tiempo.

—¿Y este Irasco? — prosiguió.

—Claro que es mío el candelabro — repliqué osadamente—. No os iréis a figurar que por vuestro amor he venido a oscuras desde mi habitación a la vuestra. No se trataba de una peregrinación, mi querido Juan, era una visita.

Me sentía satisfecha de la mordacidad de mi respuesta y me confirmaba en la idea de que yo era más inteligente que mi marido. Por desgracia, él tenía pruebas en la mano. Blandía el fiasco.

—¿Y esto? —gritó—. ¿Y esto?

Todavía me parece oírlo. Reconozco que estuve exasperante hasta más no poder, al contestarle con aires de protección.

—Esto es un frasco, amigo mío, ¿no lo veis?

Al mismo tiempo pensaba: «¿Late su corazón tan fuerte como el mío?»

Yo estaba acurrucada al borde de la cama. Hubiera podido ponerme la camisa; pero temía, por un gesto que hubiera podido parecer un preparativo de fuga, aumentar las sospechas de mi marido. Y también porque, a pesar de mi inocencia, creía que mi mejor defensa era mi desnudez.

Juan volvió a mi lado. Yo seguía sus movimientos mirándolo con los ojos entornados. «He de dar la sensación de no tener miedo», pensaba.

—¿Habéis leído esta carta?

Yo me digné a abrir los ojos fingiendo sorpresa.

—¿Qué carta? ¿Había una carta?

Quedó desconcertado por mi aplomo. Insistiendo en mi ignorancia, simulé no haber comprendido la pregunta y traté de defenderme llevando la cosa a otro extremo.

—Os juro, mi buen amigo, que no he escrito ninguna carta a nadie.

En unas zancadas volvió a acercarse a la mesa. Cogió la carta y la agitó como un poseso.

—¡Ésta! — vociferó —. ¿La habéis leído o no? ¿Os atreveréis a negarlo?

Luego su voz se ahogó. Dirigió una mirada asustada hacia la puerta. Yo comprendí que temía que los guardias hubiesen oído sus gritos y acudiesen interrumpiendo una discusión cuyo objeto principal era su traición. Su pánico me tranquilizó. En el fondo, era yo quien podía levantar la voz.

—No me explico tanto ruido por una carta que el poniente ha hecho volar — dije tranquilamente —, En cuanto a si la he leído, mal me conocéis. Jamás me ha divertido vuestra prosa. La encuentro fastidiosa, demasiado solemne.

Se detuvo al pie de la cama.

—Si no la habéis leído, ¿cómo sabéis que la he escrito yo?

Se sentó en un taburete, como para indicar que la conversación no había hecho más que empezar. Sus manos temblaban, pero su expresión era sosegada.

—Si no la hubieseis leído —insistió—, podíais haber creído que yo era su destinatario.

—Cuando habéis llegado, yo acababa de entrar. Ni siquiera he visto esa carta.

—Hace un instante me habéis dicho que hacía media hora que me estabais esperando.

Se hizo un largo silencio. En aquel momento, Juan Sforza tenía un aspecto más abrumado que furioso. Se pasó repetidamente la mano por la cara y luego, con un gesto maquinal tomó su botella del escabel y llevó el gollete a sus labios. De pronto, se detuvo y miró la botella al trasluz. Veía, lo mismo que yo, moverse los restos de ceniza en el oro oscuro del brebaje. Y lo que yo esperaba se produjo. De un salto tomó el ¿rasco, lo destapó, vertió unas gotas en un vaso y se puso a examinarlo. El terrible examen le reveló que contenía un polvo gris. Se quedó pensativo un instante.

—Habéis querido envenenarme, porque habláis leído mi carta.

Trataba de hablar con calma. Estaba pálido y conservaba en las manos el frasco de Agripa Kohl. Se inclinó para olerlo, pero se detuvo tan aterrorizado que me estremecí. Recordaba sin duda que, según se dice, hay olores que bastan para matar. Con voz casi suplicante me dijo:

—He bebido tres tragos, tal vez cuatro. No os queda otra oportunidad que decirme la verdad. Bastan para...

Ni siquiera se atrevía a decir «para matarme», y su pánico impotente empezaba a divertirme. Debí de sonreír y él debió de tomarlo como la satisfecha ironía de una envenenadora a juzgar por el salto que dio hacia mí.

—En este caso — dijo con voz ahogada—, moriremos juntos.

Ni siquiera tuve tiempo de gritar. Se había precipitado sobre mí como un demente. Su rodilla me oprimía el pecho. Me había cogido por los cabellos para inmovilizar mi cabeza sobre la cama. El gollete del frasco me aplastó los labios.

Pasado el primer movimiento de terror me dio un acceso de risa, que aproveché para introducir el gollete entre mis dientes. Su rostro atento y furioso estaba encima del mío. A cada hipo producido por la risa que me había asaltado, refluía un poco de líquido que se proyectaba contra su barbilla. Cuando creyó que me había hecho tomar bastante para provocar una común agonía, me soltó bruscamente.

—Me habéis hecho daño — dije encolerizada, pasándome la lengua por los labios lastimados.

Se lo dije así, pues se me habían pasado súbitamente las ganas de reír y miraba a mi marido con odio. Él se mantenía encima de mí, en su actitud de gladiador victorioso. Con un esfuerzo, arqueándome por sorpresa sobre la espalda, le hice bascular. Tendió la mano para asirme el cuello, quizá porque quería sujetarme de nuevo inmovilizándome o porque quería agarrarse a mí al vacilar. Yo le mordí la mano con fuerza.

Entonces me soltó, saltó de la cama y dio irnos pasos retrocediendo, sin abandonar el frasco que estaba ya medio vacío. Volví a pensar en la miedosa animación con que había ido a casa de la hechicera, en la paciente espera mientras ella preparaba la mezcla, en la exaltación con que había emprendido mi expedición nocturna. Todo ello, destinado a hacer de Juan Sforza un hombre más sensible a mis encantos. ¡Valiente resultado! Medio estrangulada, había perdido unos mechones de pelo arrancados, tenía un labio lastimado y mi marido rugía delante de mí como un beluario. Aquello era injusto.

—¿Por qué lloráis? —preguntó sordamente—. ¿Es porque sabéis que vais a morir?

Esta ridícula pregunta me devolvió algo de mi buen humor. Incluso me pareció ver en ella un asomo de interés por mí. Pero enseguida añadió:

—Habéis bebido una docena de tragos — me dijo —. Yo sólo tres. Esto sin contar que el veneno no era puro, pues lo habíais mezclado en la bebida. ¡Por el amor de la Madona, contestadme! Suponiendo que la dosis que habéis tomado sea mortal..., la mía... ¡Ah, os lo suplico, decidme si la que he tomado yo lo es!

Dejé de llorar y lo contemplé con desprecio. Me senté al borde del lecho, recogí la camisa que se había caído al suelo y me la puse. Después, me arreglé un poco el pelo y me levanté.

—¿Adónde vais?

Su rostro estaba bañado en sudor.

—A morir en mi habitación —le contesté como si se tratase de un programa a desarrollar con naturalidad.

—Quedaos aquí.

—¿Quién me impedirá salir? ¿Vos?

Hizo con la cabeza un gesto afirmativo.

—En este caso, gritaré. Y no olvidéis que la guardia de este palacio pertenece al Vaticano.

Me dejó atravesar la mitad de la pieza sin tratar de impedirlo. Me dio lástima.

—No tengáis miedo —le dije—. Lo que habéis bebido no ha matado a ningún hombre.

La fórmula de la nodriza de Antonia volvió a mi memoria.

—Pero... ¿y vos?—preguntó otra vez angustiado.

No pude resistir el deseo de impacientarlo aún más.

—Yo estoy perdida. Me voy a mi habitación, a pedir el viático de la Santa Iglesia. Después reuniré a mis sirvientes y a los oficiales de la guardia y les diré que me habéis envenenado porque había descubierto el secreto de la traición que tramáis a favor de vuestro tío, Ludovico el Moro.

De un salto se había interpuesto entre la puerta y yo, jadeante. Yo tenía la impresión de jugar un juego algo peligroso, como el de hacer beber cerveza a un puerco y luchar luego contra él, aunque el juego no acabase de divertirme. La facilidad con que mi marido había sospechado de mí, demostraba que no me creía capaz de quererle lo más mínimo. En el fondo, me daba cuenta de que tenía razón: no le quería. Era desagradable sondear aquel abismo.

—No sois más que un estúpido, mi pobre Juan —murmuré, fatigada.

Pero como seguía inmóvil delante de la puerta, fulminándome con la mirada, resoplando y abombando el pecho, me puso nerviosa y añadí:

—Un estúpido... y un impotente.

Me impresionó profundamente el efecto que pareció producirle la palabra cuyo sentido ignoraba yo por completo y que se me había ocurrido al azar. Había que buscar su origen en las incomprensibles hipótesis que Pantasilea había enumerado para tratar de explicarse la indiferencia de mi marido con respecto a mí.

—No merezco semejante ultraje —dijo Sforza, ruborizándose un poco—. Nadie podría reprocharme por haber empezado respetando vuestra corta edad. Después si no me he decidido a cambiar la situación es porque esperaba...

—¿Qué esperabais? — pregunté, interesada.

—Esperaba que no estallaría la guerra.

—Perdonad, pero no acabo de comprender qué tiene que ver la guerra

conmigo.

—Sin embargo, habéis leído esta carta. ¿Os parece que mi situación es agradable? Estoy luchando entre el afecto que tengo por mi tío y mis deberes con respecto a mi nueva familia. Es atroz, ¿comprendéis? Decir blanco y hacer negro, mentir, prestar servicios a ambos lados con la esperanza, cada día desmentida por los hechos, de que las cosas entre Roma y Milán acabarán por arreglarse y que entonces podré llevar la vida limpia y tranquila que deseo.

—Sigo sin comprender en qué...

—No he querido crear un hecho irreparable entre nosotros.

Con esta explicación yo no veía más claro que antes. Sin embargo, de haber sido menor mi ignorancia, habría comprendido. La verdad es que necesité mucho tiempo para entender las causas de la prudencia de mi marido.

Desconcertada por aquella justificación, para mí hermética, di un paso hacia la puerta sin que mi marido tratase de impedirlo. Había recobrado su aplomo desde que mi actitud le había tranquilizado ahuyentado su temor de haber sido envenenado. Era evidente que no temía ya el misterioso brebaje que yo había llevado conmigo. Su única inquietud se cifraba en la posible divulgación de su carta. Yo tenía la seguridad de que apenas yo hubiese salido de la estancia se apresuraría a quemarla en un candelabro. La supresión de la prueba tangible de su traición, no le ponía al abrigo de una denuncia que mi hermano César hubiera tomado, sin duda alguna, muy en serio.

—¿Qué vais a hacer? — me preguntaba su mirada.

La guardia estaba al alcance de mi voz. Yo había empuñado el pomo de la puerta y él sabía que desde aquel momento estaba a mi merced.

Y yo no sabía qué partido tomar. De mi estancia en el convento conservaba el horror de la delación. Por otra parte, estaba en juego la suerte de mi familia. Mi primera idea había sido advertir a César que mi marido era un traidor. Pero pensándolo mejor, comprendí la difícil situación en que le había puesto la ruptura entre Roma y Milán. Un hombre de carácter, sin duda hubiera encontrado una solución firme, pero poco tiempo de convivencia con Juan Sforza bastaba para saber que si a veces no le faltaba ingenio y hasta tenía ráfagas de valor, en cambio, no tenía decisión ni arrojo. Era hombre que se dejaba llevar por el vaivén de los acontecimientos, tratando de mezclar el fuego y el agua, no comprometerse con la izquierda, sino cuando se había comprometido ya con la derecha, tan débil en sus afectos como tímido en sus enemistades.

«Después de todo — me dije — los informes que le suministra a Ludovico se los podría proporcionar lo mismo cualquier oficial de mi guardia. Y como Ludovico debe tenerle al corriente de sus intenciones, es probable que Sforza, a modo de compensación y para congraciarse con el Vaticano, traicionará un poco a su tío en provecho de mi hermano.»

Vacilante aún, envuelta en mi camisa desgarrada, cerca del pobre Sforza, cuya jadeante respiración percibía, recordé la espada que se había alzado sobre

mi cabeza el día de mi boda. Simbolizaba que debía recordar siempre el juramento de fidelidad hecho a mi marido. ¿Qué otro significado podía tener sino que yo no debía traicionar a mi marido, aunque él traicionase un poco?

—Dormid tranquilo — le dije riendo — y no os preocupéis por otra cosa que por digerir vuestras uñas y vuestros cabellos.

Esta recomendación, que él no podía comprender en modo alguno, lo dejó aturdido. Yo le había dado ya con la puerta en las narices y descendía la escalera penosamente, pues me había olvidado de mi candelabro.

Al verme entrar en mi habitación, Pantasilea profirió un grito. Estaba esperando, en camisón, sentada sobre un cojín con los ojos enrojecidos de sueño. Mi prolongada ausencia, la había inquietado de tal modo que había hecho levantar a Caterinella, que dormitaba a su lado, hecha un ovillo, sobre otro cojín.

—¿Qué ha ocurrido? — me preguntó.

Caterinella me contemplaba, bostezando, con una mirada hostil. Las dos mujeres estaban celosas una de otra, y mi mora, sospechando que existía un secreto entre Pantasilea y yo, me lo reprochaba silenciosamente.

Estuve a punto de contestar que era yo quien había bebido el brebaje destinado a inflamar a mi marido, que había estado a punto de ser tratada como una esposa, pero una historia de traición se había interpuesto entre ambos y habíamos acabado peleándonos. Hubiera sido demasiado doloroso, en realidad. Sentía vergüenza de mi mala suerte, de mí y de mi marido.

Entonces, como Pantasilea advirtiese que mi camisa de dormir estaba arrugada y mi pelo alborotado, me miró con aire interrogativo y yo hice con la cabeza un gesto afirmativo.

Y con golosa complicitad, cuchicheó:

—¿Habéis sido feliz?

No podía hacer otra cosa que persistir en mi mentira.

—Sí —le dije—. Mañana mismo llevaréis una bolsa a la hechicera.

# CAPÍTULO VI

## EL GRAN MIEDO DE JUAN SFORZA

que aquella escena hubiera debido impresionarme. Mi sorpresa fue que en los meses que siguieron, apenas si llegó a preocuparme. Es cierto que tuvimos otros motivos de interés.

La amenaza de las armas francesas, lejana al principio, se acercó con la majestad de una tormenta.

Gracias a su alianza con Ludovico el Moro, el rey Carlos VIII llegó sin dificultad a las fronteras de los Estados Romanos. Hasta en las pequeñas aldeas las gentes estaban asustadas y recitaban oraciones. Juan Sforza había ido a incorporarse a su regimiento. Nosotros contemplábamos el mar. Circulaban rumores absurdos. Se decía que nos llegarían socorros de Bizancio y hasta de Argel y que una gran flota de galeras se había hecho a la mar.

En materia de socorros, lo único que llegó a Pesaro fue un buque oriental cargado de especias y de golosinas. Yo compré un cargamento de pasteles de carne. Julia Farnesio, Catalina Gonzaga, yo y nuestras doncellas estábamos de pescado desde los labios hasta los dedos.

—Ya estoy harta de esperar. Basta ya de pasteles. Me marchó. Me voy con mi marido — me dijo Julia.

Me quedé sola. Los días se acortaban. Un mar amarillento batía las gradas del puerto, del que se habían marchado los buques de gran porte llevándose el oro, los tapices y los géneros de los comerciantes aterrorizados ante la perspectiva de un saqueo. En palacio había quedado una reducida guardia mandada por Pedro, que paseaba melancólicamente por las inútiles almenas.

—¿Qué vais a hacer si llegan los franceses? — le pregunté un día.

Desde Roma, cada día llegaban noticias embrolladas. Una noche, un mensajero me dijo que en el Vaticano estaban desocupándolo todo. Los lingotes de oro y los tapices eran arrojados en unos cofres improvisados, que se claveteaban ruidosamente cubriendo las murmuraciones de los cardenales asustados y dispuestos a traicionar. Los cofres tomaban el camino de Gaeta, adonde seguidamente marcharían Alejandro y César para hacerse a la mar rumbo a España. ¿Debía yo emprender el camino para unirme a ellos? El día siguiente se me anunció el regreso de los cofres y la entrada en Roma del rey de Nápoles, que, perseguido cien leguas por los franceses, conservaba todavía diez mil hombres.

Había el castillo de Sant Angelo, las tropas del Vaticano y las altas fortificaciones adosadas al Tíber. César afirmaba que los franceses no las tomarían. Dos días más tarde, los fugitivos nos aseguraban que los franceses seguían avanzando.

Se decía que todas sus columnas no avanzaban sobre Roma y que algunos regimientos descendían hacia el Adriático para tomar Pesaro, Venecia y Ancona con objeto de impedir un posible desembarco de los turcos.

Entonces, los campesinos afluyeron a la ciudad en busca de una seguridad ilusoria. En sus carretas llevaban la uva, ya demasiado madura, en racimos sanguinolentos y las pesadas peras de octubre. Cuando en el campo se veía elevarse una humareda, circulaba enseguida el rumor que hacía chirriar los cerrojos y chocar los postigos:

—¡Los franceses!

Pero no llegaban y la gente se cansó de tener miedo.

Yo di una fiesta. Había pocos invitados, pero, de todos modos, nos disfrazamos. En mi parque, las carretas, que habían sido adornadas simulando carabelas, hundiéndose bajo el peso de las flores cargadas del intenso perfume del fin de la estación, se entregaron a una batalla naval, con proyectiles de confeti y peladillas. Por la noche, las ráfagas, heraldos del invierno, levantaron un torbellino de corolas y de cintas que llegó hasta mi balcón. En Italia rugía el cañón, pero nosotros no lo oíamos.

Recibí una breve misiva de César, ordenándome que me escondiera en Pesaro bajo tierra, si era preciso, donde los franceses no se presentarían sin duda, en vez de correr por los caminos. Julia Farnesio había sido hecha prisionera por una compañía de gascones que habían puesto precio a su rescate.

Juan Sforza me enviaba mensajes cada vez más vagos por miedo a comprometerse por uno u otro lado. Si llamaba bárbaros a los franceses, moderaba la expresión diciendo acto seguido que nosotros los latinos éramos demasiado civilizados y la aportación de los rústicos del Norte quizá nos curaría de los excesos de nuestro refinamiento. Se entregaba a sueños diplomáticos tratando de reconciliar a romanos y milaneses a costa de los franceses y después renunciaba a ello. Y por fin, poniéndose al frente de su regimiento para batir el campo, me enviaba nuevas cartas igualmente confusas.

Yo apenas las abría. Me olvidaba de él como hubiera olvidado a un familiar por el que no hubiera sentido gran afecto y cuya salud no me fuese indiferente, pero, a fin de cuentas, me importase sólo medianamente.

Yo era el personaje más importante de la región y esto me agradaba. Ordenaba la vida a mi gusto; mi existencia era la de una muchacha libre. Me levantaba tarde y pasaba el tiempo lavándome el pelo. Probaba nuevos ungüentos y nuevos perfumes cada día. Por la tarde acudían a mi casa las bordadoras, los pañeros y los modistos a recibir mis órdenes, pues me dedicaba a dibujar mis vestidos, sin olvidar los adornos. Discutía sobre derecho con Giorgio Diplovatazio,



el célebre abogado de Pesaro. Después de comer, tocaba el laúd, danzaba o me entretenía jugando con mis doncellas interminables partidas de cartas a las que no tardaron mucho en unirse los más listos de mis guardias.

Nos propusimos cazar garzas reales en los cañaverales cercanos al mar. Frías ráfagas encrespaban las olas, quebraban los cañaverales, azotaban nuestras faldas y alborotaban mi pelo, que me cubría los ojos. La partida había empezado al amanecer. El sol estaba ya alto cuando, aislada en un sendero con Caterinella, quise reunirme con el grueso de la partida. En un recodo proferí un grito.

Inmóvil, con el halcón en el puño, vi a Pantasilea debatirse silenciosamente en medio de unos hombres armados que se reían y se interpelaban en un lenguaje brutal, del que por fin pude desentrañar unas palabras en francés.

—¡Un refuerzo de doncellas! — exclamaron al vernos.

Mi mora tuvo más éxito que yo. Debía corresponder al tipo moreno y oriental que los franceses soñarían antes de atravesar los Alpes. En tropel la apearon de su montura. Uno de ellos bailaba con pasos horriblemente toscos mientras cantaba:

*I t'airai*

*una brunette,*

*i t'airai,*

*oui ma foué.*

*Si ne t'ai point i metrai*

*mes chemi soles su man gilet.*

En aquel momento Pantasilea daba unos aullidos que estimulaban el placer de los franceses. La habían derribado en el sendero y sus hermosos muslos blancos se agitaban desesperadamente.

Caterinella no dijo una palabra. Su pequeño rostro estaba contraído. Sin duda, desde su captura en Oriente había asistido a varias irrupciones de tropas victoriosas. Conservaba una calma triste. Sus labios pasaban de la boca de uno a la de otro. Después de un beso más prolongado, fijó sus ojos en el hombre que se lo había dado. Era pequeño, ancho de espaldas y rechoncho. Se le colgó del cuello y empezó a morderle. El hombre se apartó profiriendo un grito. La sangre brotaba por debajo de su barbilla. Yo me dije: «¡Está loca! Después de esto van a matarnos.» Los hombres soltaron una risotada, incluso el herido.

Yo trataba de ocultar mi temblor. Me daba vértigo; no comprendía nada de la escena que se estaba desarrollando. ¿Por qué besaban a mis dos sirvientes? ¿Por qué Pantasilea aullaba de aquel modo sin que un arma la amenazara? ¿Qué iban a hacerme? Mi pensamiento estaba puesto únicamente en Pedro Caldés. Aquel

hombre me había dado siempre una impresión de seguridad. Me parecía que si él hubiera estado allí, habría logrado imponer orden.

Se abrió una muralla de cañaverales y él apareció.

No tuve tiempo de pedirle socorro. El más corpulento de los franceses me había levantado de la silla. Me llevaba en brazos y los demás proferían gritos de admiración porque, al abrirse mi manto, su forro de piel de lince chasqueaba al viento. Para montar a caballo me había puesto un vestido muy holgado. La cabeza echada hacia atrás y los cabellos sueltos barriendo el sendero, sentí el viento en las rodillas. Unas manos se disputaron mis muslos. Una mejilla sin afeitar frotó mi cadera desnuda, una boca corrió sobre el galón de mi camisa. Con la cabeza baja, yo solamente veía un horizonte de cañas abatidas y de cielo nublado. La boca se detuvo, me oprimió y oí cómo de mi garganta brotaba un grito de terror.

Al mismo tiempo, yo era brutalmente echada al suelo. Extendida, vi que Pedro golpeaba a uno de mis agresores con el pomo de su espada. Los hombres desenvainaron las suyas. Yo no pensaba en levantarme. Me decía: «¿Dónde está mi halcón?», al ver que el cordón que lo sujetaba pendía de mi muñeca. Tuve ánimos para bajar mi falda.

Los hombres envainaban sus espadas refunfuñando, mientras un caballero, que había llegado con Pedro, los cubría de injurias en francés. Llevaba una coraza y su voz era áspera.

—No perdamos tiempo — me dijo Pedro levantándome.

Añadió que aquellos franceses cumplían la misión de proteger la seguridad de su ejército por el lado de las costas del Adriático, pero que no venían en plan de enemigos. Entre su rey y el Papa Alejandro se había firmado un acuerdo. El hombre de la coraza era uno de sus capitanes. Había convenido que yo podía volver a mi palacio con mi escolta y mis invitados. Después era prudente que no me dejase ver fuera de mi residencia.

Mi querido caballo había desaparecido.

—No lo reclaméis, os lo ruego. Volvamos a palacio aprovechando las buenas intenciones de ese capitán.

Y me hizo montar en su silla, a la jineta.

—¿Y mi halcón? — grité.

Atardecía. Cuando llegamos al camino, nos vimos mezclados a la columna francesa que avanzaba con un estruendo atroz. Casi todos hablaban dialectos que yo no comprendía. Eran normandos, tan rubios como yo, gascones morenos y violentos auvernaises corpulentos, de fríos ojos y suizos enormes, límpidos y obstinados, que contemplaban el camino y pedían vino.

El viento agitaba sus penachos, que todos llevaban en sus sombreros, en sus gorros y en sus cascos. Sus armaduras relucían tristemente en el baño glauco del crepúsculo. Los arcabuces, las alabardas, las hachas y las danzas hacían ruido. Al franquear las puertas de la ciudad, se puso a llover. Los infantes se subían los

jubones de cuero hacia el pecho. Uno de ellos me preguntó dónde estaba el Vesubio. Se creía en Nápoles.

Entramos en palacio como una partida de cazadores perseguidos por el rayo. Cuando las pesadas puertas se hubieron cerrado tras de nosotros, respiramos. No obstante, al apearme del caballo de Pedro se me encogió el corazón. Había hecho la inquietante carrera con la cabeza apoyada contra su pecho. Me había protegido del frío.

Y cuando un grupo de franceses nos miraba con aire amenazador, sus ojos me hablan tranquilizado. Me ayudó a apearme sosteniéndome por los sobacos. Yo estaba calada de humedad. Los guardias y los criados nos esperaban en el zaguán.

Habían salido a relucir viejas armas oxidadas que chirriaban sobre las losas. Desde mi ventana oía el clamor que se levantaba en Pesaro y los domésticos me informaban. Los suizos andaban buscando vino a grito pelado. Los gascones, muchachas. Los normandos, dinero. Los auvernieses, las tres cosas.

—Afortunadamente no están aquí como enemigos — me dijo Pedro.

Su exclamación significaba: «¿Cómo sería el saqueo si fuesen enemigos, a juzgar por lo que ocurre?»

—En realidad —le pregunté— ¿desde cuándo son los franceses nuestros amigos?

—Desde hace poco — me contestó con media sonrisa —. por poco tiempo.

Me informó que los fuertes de los Estados Romanos se habían rendido unos tras otros a la sola vista de las banderas francesas. Carlos VIII no había hallado resistencia alguna para entrar en Roma.

—¡En Roma! ¡El rey de Francia en Roma! — exclamé despertando súbitamente.

—Desde hace poco — repuso Pedro con su acostumbrada calma —, y por poco tiempo. El capitán que habéis visto llegaba de Roma. Todavía se pavonea de ello. El castillo de Sant Angelo ha resistido un poco. Su Santidad y el rey se contemplaban de lejos. Sólo vuestro hermano César ha permanecido al lado del Papa. Todos los grandes habían huido. Por fin, el rey de Francia se ha conformado con algunos remilgos y una alianza aún más confusa en la guerra que se dispone a proseguir contra Nápoles. Sus tropas van a abandonar la Ciudad Santa. Desde luego, se han entregado al saqueo. Se han encarnizado. Están que no caben en sus corazas. No dudo de que antes de un mes estarán en Nápoles. Pero lo importante no es visitar Italia, sino permanecer en ella.

Recibí la visita de Diplovatazio, algo mohíno, sin tenerlas todas consigo, pero dispuesto firmemente a defender Pesaro contra las exacciones de los franceses. Redactamos de acuerdo unas advertencias, un bando y el protocolo de un acuerdo con el capitán francés. En colaboración con Diplovatazio, remití una carta personal al citado oficial anunciándole que me proponía levantar una horca para colgar de

ella a aquellos de mis súbditos que no mostrasen la debida buena voluntad hacia nuestros aliados los franceses y le sugería que por su parte levantaran otra para colgar de ella a los soldados que abusaran de la amistad italiana.

Diplovatazio se fue, dejando mi palacio sumergido en un temeroso silencio. Las campanas sonaron varias veces para advertir que los franceses habían prendido fuego en alguna parte, a guisa de diversión o por descuido.

Pantasilea me había pedido permiso para acostarse.

—Después de lo que me ha ocurrido...

Se lo permití, pero la verdad es que me pareció muy melindrosa. Unos soldados le habían dado algunos besos y la habían arrastrado un poco por el suelo cosa que no me parecía grave. Mi morita —mientras yo estaba hablando con Pedro, quien, pese a la modestia de sus funciones era la única persona sensata de palacio—, me pidió permiso a su vez para retirarse a la pieza contigua, en que solía dormir.

Yo me sentía muy fatigada. Una jornada de caza y una tarde con los franceses requerían un buen descanso.

—Me acostaré en el corredor, delante de vuestra puerta — me dijo Pedro.

—¡Nada de corredor! —exclamé—. Aquí hay una pequeña cama donde a veces duerme Caterinella. Acostaos en ella...

—Pero...

El viento por la noche, hizo chasquear las ventanas sin cesar. Yo oía tañer las campanas de Pesaro. De las calles de la ciudad se elevaban rudos cánticos franceses. ¡Dios mío, qué mal cantan esos franceses! Oí también el graznido de las garzas reales que emigraban con el alba.

Tuve un sueño curioso. Tan pronto estaba profundamente dormida como me despertaba sobresaltada, como un nadador que parte la ola penetrando en el interior de las aguas, emergiendo luego, para volver a sumergirse. Mi alma estaba lúcida y tenía los sentidos alerta. Entonces escuchaba la respiración de Pedro.

Había llegado ya un amanecer gris, sucio, cuando ocurrió la explosión. Los cristales de colores de mi habitación saltaron hechos añicos. Me encontré de pie, jadeante. A riesgo de herirse, Pedro se asomó a la ventana. Llevaba un calzón y una holgada camisa. Se volvió hacia mí:

—Los franceses habían almacenado su pólvora en la cuadra de Valerio, el pescadero. El polvorín acaba de saltar. Los centinelas debían estar borrachos. No temáis, doña Lucrecia, ellos serán los primeros en reírse.

En el momento en que mi terror se desvanecía, proferí un grito ahogado al darme cuenta de que estaba desnuda como Eva. La víspera, sin las dos mujeres que generalmente me asistían al acostarme, me había echado desnuda en la cama.

Mi primera reacción fue gritar, la segunda cubrirme con mi cabellera y la

tercera huir hacia la cama. Arrebujaada hasta el mentón con la sábana, me atrevía a mirar a Pedro que había permanecido inmóvil, con el mentón obstinado, la mirada tranquila y los labios mudos. A su alrededor, los pedazos de vidrio roto, coagulaban la tenue claridad del día.

—Perdonadme — dijo, recogiendo su ropa.

Tomó su espada bajo el brazo y salió.

Éste fue el único acontecimiento militar en que tomé parte.

En la primavera, yo estaba en Roma. Un marido al que casi había olvidado, regresó. Seguía vacilando sobre el partido que debía tomar. En su descargo, hay que decir que ni siquiera los cardenales más expertos en política alcanzaban a comprender las sutilezas de la diplomacia vaticana. Lo cierto es que mi padre y César tuvieron razón, pues los franceses, retrocedieron, tan arrogantes como a su llegada, pero un poco más deprisa. La gente del pueblo repetía que ni un solo francés volvería a pasar los Alpes.

César había logrado unir contra ellos toda Italia, su sueño dorado. Sin embargo, vencieron en Fornara, pero fue sólo para abrirse el camino de la huida.

Yo me encontraba otra vez en mis aposentos. El sol iluminaba los rostros del Pinturicchio. Cada tres días, cambiaba las cortinas trenzadas de oro de mi cama. Yo imponía la moda en Roma. En aquellas época fue cuando se me ocurrió llevar vestidos a franjas alternas de terciopelo y satén. Todas las romanas de alcurnia me imitaron.

Cada mañana, Caterinella mezclaba trementina de Ve— necia, flores de lis, yema de huevo, miel y agua de conchas marinas con alcanfor en que había echado perlas pulverizadas. Ella echaba esta mezcla en los costados de una paloma blanca y después la sacrificaba cerca de la ventana. La mezcla se ponía a destilar en una retorta a fuego lento, se perfumaba con almizcle y ámbar, derramándose luego en una tela de lino. Quedaban unas pocas gotas preciosas que los largos dedos de mi pequeña mora aplastaban sobre mi cutis. Esto nos ocupaba mucho tiempo, pero por nada del mundo hubiera dejado de practicar esta ceremonia. Este bálsamo me resultaba indispensable para blanquear mi piel que los baños de mar con Caterinella habían bronceado. Con ello borraba el recuerdo de una época agitada. Podréis observar que mi vida se había sosegado: mi única preocupación era la palidez de mi rostro.

Era más bien una obsesión, pues esperaba la llegada de Sancha, vuestra hermana, cuyos esponsales se habían celebrado en Nápoles con mi hermano menor, Joffre. Se decía que era muy hermosa y yo quería resistir la comparación sin desmerecer.

Salí del Vaticano para ir a recibirla con Pantasilea, Caterinella, diez damas de honor, dos pajes y una compañía de guardias al mando de Pedro. Formaban parte de la escolta, asimismo, una nube de embajadores, el sol y los gritos de la muchedumbre.

Estábamos en primavera. Sancha apareció ante mi rodeada de una docena de bufones. Montada a caballo como un consumado jinete. Nos besamos. Era hermosa; su tez era oscura. Se reía sin cesar, con insolencia, se callaba despectiva y en la frase más anodina sabía poner una doble intención que asombraba a las mujeres y hacía mella en el aplomo de los hombres. Joffre parecía uno de sus pajes. Hicimos caracolear nuestras monturas y el pueblo nos arrojaba flores. El papa Alejandro nos esperaba en su ventana, con César.

César solamente pensaba en la jugarreta que les había hecho a Ludovico el Moro y a los franceses con aquella boda. Se reía silenciosamente y recuerdo que se distraía atrapando moscas con la mano.

—Es tan morena como tú rubia —me dijo—. Joffre no se puede quejar. Yo tampoco, en medio de tan encantadora familia. Si un día me caso será con Venus. Cualquier otra mujer quedaría fea a vuestro lado.

Mi marido, que seguía jugando al diplomático, no estuvo presente en la ceremonia. A veces se dejaba ver irnos días, y después, una noche volvía a desaparecer, sin advertirme. Yo había dejado de pensar en él. Cuando reaparecía me llevaba una sorpresa.

Una noche me hizo anunciar su llegada, pero que como había cabalgado muchas horas, no me visitaría hasta el día siguiente.

No fue así. Aquella noche era muy calurosa. La primavera se anunciaba pesada. Yo dormía y al oír entreabrirse la puerta de mi habitación, dije:

—¿Quién es?

—¿Podrías pedir a Caterinella que nos deje solos? —dijo Juan Sforza.

No se había mudado de ropa, y a la luz del candelabro que llevaba en la mano pude ver sus vestidos grises de polvo.

Caterinella, hostil, sentada en su pequeña cama, miraba dispuesta a arañar.

—Vete — le dije.

Juan Sforza acercó un taburete a mi lecho y se sentó.

—Perdonad si os he despertado.

—No estaba dormida.

—No puedo soportarlo más — dijo con voz ahogada — Quisiera saber...

—Tengo sed — dije.

Llenó una copa de mi tisana de flores y me la ofreció..

—Podéis tomar también, si gustáis — dije —. No está envenenada.

No recogió la ironía y se calló.

—Bien, ¿qué es lo deseáis saber? —pregunté con tanta mayor impaciencia cuanto más evidente era mi ventaja.

No acababa de descifrar en qué podía consistir esta ventaja, pero me había

prometido a mí misma hacer padecer a Sforza, al principio. Pero mi curiosidad pudo todavía más.

—Quieren matarme, ¿verdad? — dijo quedamente.

Perdí mi ventaja al dejar escapar un grito de asombro.

—Y vos lo sabéis — insistió.

—¿Quién quiere mataros?

Contestó con voz tan queda que tuve que pedirle que lo repitiera. Entonces, oí:

—César.

Y sin emoción aparente, añadió:

—Mi último informe a Ludovico el Moro no ha llegado a su destino. El correo ha sido detenido y desde hace ocho días está sometido a tortura en los sótanos del castillo de Sant Angelo. Durante mi ausencia mis aposentos han sido registrados minuciosamente.

Yo había dejado un poco de tisana en mi vaso. La bebió de un trago.

—¿Estáis seguro de que es César?

—El hombre que acompañaba a mi mensajero ha reconocido al jefe de los enmascarados que les atacaron. Es Micheletto. Mis criados han fingido no estar al corriente del registro practicado en mi aposento. Uno de ellos ha acabado por pronunciar un nombre: Micheletto.

—Micheletto...

El nombre no me era desconocido. Sin embargo, no acababa de identificarlo.

—Micheletto — prosiguió con calma Juan Sforza — es el interlocutor preferido de vuestro hermano César. Sus diálogos son breves. «Alguien me está fastidiando», le dice César. «¿Cómo se llama?», pregunta Micheletto. César da el nombre. Y el fiel servidor Micheletto da el golpe.

Entonces recordé las facciones de Micheletto. Un rostro muy raro en el que todo se contradecía. Las mejillas surcadas por arrugas, cada arruga una cicatriz y una frente pura de muchacha. Una nariz afilada, aguda y, en contraste, unas aletas anchas; apenas tenía cejas sobre dos ojos oscuros y vacíos. Una boca pequeña y tranquilizadora, de goloso y una corta barba aferrada a un mentón en proa. Si alguien le preguntaba a mi hermano para qué le servía Micheletto, contestaba invariablemente: «Es un experto en caballos.»

—¿Qué? — pregunté.

—¿Habéis hablado vos? — repitió Sforza,

No contesté enseguida al no comprender la pregunta. Esto bastó para que mi marido se levantase tan violentamente que derribó el taburete.

—¡Loca! —exclamó sordamente—. No habéis podido contener la lengua, ¿no es así? Lo que leísteis en la carta os quemaba en los labios, ¿verdad?

Quise hablar, pero me interrumpió con la misma violencia.

—No importa que lo hayáis hecho por odio o por estulticia. ¡Lo cierto es que estoy perdido!

Puso una rodilla encima de la cama e inclinó su rostro hacia el mío.

—Estamos perdidos. No conozco demasiado la Historia Sagrada, pero me basta con recordar las columnas de Sansón: Vas a morir aplastada conmigo, pequeña. Voy a mezclar tu nombre en cada una de mis respuestas. Las cartas las escribíamos juntos, de acuerdo. Y tú me animabas a ello, porque... porque querías ser reina. No me faltarán mentiras que hablarán más alto que las verdades. Dedicaré las noches de mi prisión a inventarlas, las noches y los días. Sí, diré que habiendo predicho el astrólogo del Papa que uno de tus hermanos sería rey, se te puso entre ceja y ceja que se trataba de un error y había querido decir reina. Tú me hablaste de ello la semana siguiente a nuestro matrimonio. Yo te contesté que no veía la manera de alcanzar la realeza. Tú te reíste y me dijiste: «Piensa un poco.» Y tú me sugeriste que poniéndome al servicio de Ludovico contra Nápoles un día podría reclamar un pequeño trono allá. No está mal urdido, ¿no te parece? Y ésta es la razón de mi traición.

Al hablar se iba excitando, de modo que ya no se tomaba la molestia de hablar quedo. Se había alejado de mí y andaba de un lado para otro apartando a puntapiés los *objetos* que se le ponían por delante en la penumbra de mi aposento. Hasta llegó a empujar mi laúd. Volvió hacia mí frotándose las manos.

—Naturalmente —precisó con malicia —que no voy a contar todo esto así, de rondón. ¡Te quiero tanto, Lucrecia! Para arrancarme tu nombre me tendrán que amenazar antes y torturarme. Lo esencial es que mi confesión tenga el aire de naturalidad que tanto gusta a los inquisidores.

Yo le dejaba agitarse. Lo que más claro aparecía de la historia era que César, como podía esperarse, había acabado por darse cuenta de que mi marido mantenía con Ludovico el Moro relaciones peligrosas para los Borgia.

—¿Y cuándo vais a terminar de representarme esta comedia? — le pregunté—. Si me hubiese propuesto denunciaros, lo habría hecho en Pesaro. No me interesáis hasta el punto de hacer de vuestros manejos el fondo de mis conversaciones. Nada habéis hecho para haceros querer, ni nada tampoco para que os deteste. Deseo ayudaros si *dejáis* de hacer el imbécil.

Cesó de andar de acá para allá. Con su aire abatido, los brazos colgantes, me contemplaba.

—En realidad —proseguí—, estáis preparando unas respuestas brillantes para los inquisidores del proceso, pero al llegar más bien parecíais temer un acto de violencia de Micheletto. No será a él a quien pensáis contar vuestras geniales mentiras, ¿eh? Desde luego, creo que no.

—Bien —dijo volviendo a sentarse en el taburete—. Ésta es la pregunta que me estoy haciendo desde mi llegada a Roma. ¿César me hará detener y juzgar en forma regular, o me entregará a Micheletto?



—¿En qué relaciones estáis con Ludovico el Moro?

—Lo mismo. Desde hace cuatro años, siempre se trata de la misma cuestión: de saber si son más aliados que enemigos o más enemigos que aliados. En este momento, Ludovico trata con sordina con el rey de Francia, mientras deja entender al Papa que está dispuesto a aliarse con él. En resumen, que los dos se tratan, pero con la esperanza de destruirse.

—Pero se tratan — dije fríamente —. En este caso, César no irá a montar un proceso público contra vos para acusaros del crimen de mantener buenas relaciones con Ludovico. Es un asunto que hay que ahogar.

—O dicho de otro modo, que van a ahogarme sin meter ruido.

—Es lo que temo. Lo más fácil es que César no os dé tiempo a contar a la espada de Micheletto la ingeniosa historia en la que me hacéis la instigadora de vuestra traición.

Yo tenía la cabeza clara. Los asuntos políticos me depuran la sangre al conciliar mis aficiones al derecho, las ciencias exactas y la acción. A un lado pongo la política, al otro la poesía, procuro no mezclarlas y así comprendo mejor lo que pasa por una cabeza vacilante como la de Sforza.

Él me había cogido la mano.

—No sabía lo que estaba diciendo — murmuró —. Nunca os mezclaré en mi asunto y vos no lo ignoráis.

—Lo que sé es que no salís ganando nada con ello. No olvidéis que en palacio soy vuestro último recurso en todo caso. No soy un apoyo de mucho peso, pero soy el único que os queda. Entendámonos bien, yo no arriesgaría mi vida por la vuestra. Nuestras relaciones no están en este terreno, ¿no es así? Sin embargo, si puedo salvaros, lo haré. Si os puedo salvar sin demasiados riesgos.

—Si yo hubiese llegado a ser rey de Nápoles, vos hubierais sido la reina.

—Pero esto no ha ocurrido y, si me quedo viuda, no perderé gran cosa, Juan. No me dejaréis ni siquiera el recuerdo de vuestra ternura ni el de vuestra generosidad. Ninguna princesa recibió menos regalos que yo.

El hizo un gesto de cansancio que sin duda significaba: «Tenía otras cosas en qué pensar. Os los hubiera hecho más tarde.»

—¿Habéis venido a verme para reprocharme haberos traicionado?—repuse con calma—. ¿Creéis que aterrorizada por vuestro chantaje voy a desarmar el brazo de César?

—Yo quería saber si erais amiga o enemiga. Quería...» —¿Queréis que os dé un consejo?

—Sí.

—¡Huid!

Al ver que se callaba, repetí:

—Huid esta noche.

Siguió callado. No me extrañaba. Por confusas que fue» sen nuestras relaciones, yo había acabado por conocer bien a Juan Sforza. Sabía que era incapaz de decidir ante los acontecimientos. A esto el llamaba política, diplomacia. Y no era más que la debilidad. Al venir a mí amenazándome con la peor de las maquinaciones, creyéndome capaz de atentar contra su vida, habían bastado cinco minutos para poner esta vida en mis manos. Sabiendo el riesgo que corría, le faltaba el valor de cargar con la responsabilidad, de tomar una decisión. Enviar un escudero a esperarlo en los muros exteriores del parque, salir por una ventana, deslizarse bajo los naranjos, escalar el muro, montar a caballo y poner veinte leguas entre César y él, era una empresa demasiado audaz para Juan Sforza.

Solamente charlaba. Me citó los nombres de Ascanio, de dos o tres embajadores, de tres o cuatro cardenales. Él hubiera querido que yo le propusiera un pequeño arreglo, unas citas en voz baja, unos conciliábulos confusos.

Y yo pensaba en mi hermano. César era un hombre que sabía lo que quería, que no vivía de ilusiones. Entre ellos dos no podía haber verdaderamente una lucha.

—No queréis —dije sin insistir, pues comprendía que por más que le dijese no se decidiría a huir cuando todavía era tiempo—. Entonces ¿qué puedo hacer por vos?

—Ver a César.

Y añadió:

—Verle enseguida.

Como yo dudaba, prosiguió con una especie de horror:

—No os lo he dicho todo... Al llegar a Roma, esta tarde, me esperaba un regalo en mis aposentos. Unos guantes...

—¿Unos guantes bonitos? ¿De piel de España? Precisamente...

—Esos guantes son un regalo de César.

De momento no presté mucha atención al tono en que había pronunciado aquellas palabras. Estaba pensando en unos guantes que yo había encargado en Córdoba, en España, y que no habían llegado todavía. Soñaba con ellos. Levanté la cabeza:

—¿César os hace regalos?

—Me ha ofrecido unos guantes soberbios... y perfumados. Demasiado perfumados. Mi mano ha retrocedido a tiempo y he llamado a mis criados. He mandado encender fuego, he cogido unas pinzas y he arrojado los guantes a las llamas. César ha matado ya a muchas personas con guantes envenenados, ¿no es cierto?

Estuve a punto de contestarle:

—¿Estáis seguro de que esos guantes estaban envenenados y no queréis huir?  
Pero él se había levantado.

—Debéis ver a César mañana por la mañana —me dijo—. Convencedlo de que yo puedo serle útil en sus negociaciones. Hoy me considera un hombre acabado, pero en política nunca hay nada acabado. Hacedle ver que nunca he jugado mis cartas contra los Borgia. He desarrollado un juego algo complicado, sencillamente, entre los Borgia y mi familia. Un juego que conciliaba mis deberes y que correspondía a los intereses de Italia. Yo también, como César, sueño con una Italia unida.

Con un gesto le indiqué que a César le tenían perfectamente sin cuidado los sueños de Sforza.

—Decidle que en lo sucesivo haré lo que él quiera. Que me dictará los informes que debo mandar a Ludovico el Moro, si quiere. ¿No creéis que es una proposición interesante?

—En medio de todas vuestras traiciones, mi pobre amigo, me preguntó cómo llegaréis a encontraros a vos mismo.

Por primera vez brotó de sus labios una frase espontánea:

—Lo que importa, es vivir.

Yo me oí a mí misma contestar;

—Está bien. Mañana veré a mi hermano.

# CAPÍTULO VII

## LOS SILENCIOS DE MAQUIAVELO

Él me indicó un taburete y yo me senté. Hacía ya un momento que sostenía la situación difícil de la mujer que insiste en ser recibida, a la que se ha hecho contestar por un secretario que está muy ocupado, y que finalmente es acogida con una sonrisa amable. Después el tiempo pasa y no se interesa por vos.

César hablaba con un clérigo vestido con un hábito negro, con fruncidos en el pecho y cerrado hasta el cuello. Dos arrugas surcaban su frente, inmóviles, en la prolongación de la nariz, como los perros. Una nariz gruesa de campesino destacaba sobre su rostro menudo. Su boca era enorme y su mirada tan fría como sus facciones. Nunca había visto yo nada tan desprovisto de expresión. Únicamente sus manos nudosas, de gotoso, estaban agitadas con una vida estremecida.

Sin prestar ninguna atención a mi presencia, César y él hablaban de arte griego y romano. Mi hermano le enseñaba dos nuevos bustos recientemente encontrados en las excavaciones y que él había comprado a un comerciante de Florencia que los destinaba a Carlos VIII.

El aposento de mi hermano estaba ya lleno de antigüedades de mármol y de pórfido, cuyos miembros quebrados insinuaban gestos nunca terminados en las hornacinas de madera donde César había mandado colocarlas. Eran los únicos detalles claros de su despacho, cuyas ventanas eran profundas, el pavimento sombrío y los muebles negros.

Su visitante estaba sentado detrás de un pupitre sobre el cual había dispuesto un pliego de papel blanco. A veces se levantaba y con unos pasos que procuraba hacer lentos, iba a admirar los hallazgos de mi hermano. Con la punta de un dedo que yo nunca hubiera creído tan sensual, acarició la cadera de un joven Hipólito desnudo, de hombros redondos.

—Y éste — decía mi hermano — creo que es un César.

Yo reconocía su obsesión de interesarse por el otro César, con el oculto pensamiento de que la similitud de sus nombres anunciaba una similitud de destinos.

—¡Roma! ¡Roma! —murmuró—. Y pensar que ellos pudieron llegar a llamar *mare nostrum* al Mediterráneo. Hoy los franceses, los turcos, los argelinos y los españoles lo recorren en plan de dueños. En Venecia y en Génova sólo hay

mercaderes. Nápoles es una factoría española. Sicilia no se sabe si es normanda o sarracena. Hace quince siglos, en el lugar donde estamos, se daban órdenes que se ejecutaban desde las orillas del Saona hasta las del Eufrates. En las riberas de la Mancha y en las del Mar Rojo, en África y en el país de los escitas de Asia... Y se esculpían estas maravillas.

—¿Por qué os afligís, monseñor? —observó el clérigo fríamente—. Por lo que se refiere a las esculturas, las hacemos tan hermosas como éstas. Y por lo demás..., sólo hace falta unir a Italia bajo la dirección de un príncipe de talento.

Miró a César.

Todos los gestos de aquel hombre parecían calculados. Si, por ejemplo, tartamudeaba, no se podía evitar pensar: «¿Qué interés tiene este hombre en tartamudear?» Sin embargo, en su voz hubo una ráfaga de entusiasmo al recitar la cuarteta de Petrarca:

*Valor contra Furor*

*cogerá las armas y el combate será corto.*

*Pues el antiguo valor*

*no se ha extinguido aún en el corazón de los italianos.*

Se pusieron a discutir sobre la palabra «valor» que el poeta oponía a la palabra «furor».

—Yo creo — dijo el clérigo — que el furor es un valor ciego, estúpido y completamente inútil. El valor es una virtud, es la Virtud. No es brutal, excepto cuando, con objeto de impresionar las mentes, cree práctico mostrarse así. Es violento cuando el tiempo apremia, hipócrita desde el momento en que la fuerza le falta.

—La Virtud — aprobó César— es el arte de ser el más fuerte, sin tener al principio medios para ello.

—Es cierto, pero no olvidéis que esta palabra sólo se aplica a las grandes empresas, y que el dependiente de un procurador que engañara a su dueño falsificando las escrituras no sería virtuoso. Una gran empresa lo excusa todo, porque es el acto de un gran príncipe y tiene una gran finalidad: la gloria del Estado.

César contemplaba a su interlocutor con una especie de arrobamiento.

—Pensáis, como yo — dijo —, que la grandeza se halla lo mismo en los ardides lentamente meditados y llevados con paciencia, que en las hazañas deslumbrantes. Yo quiero ser el hombre de esos dos movimientos que sólo parecen contradictorios a los imbéciles.

—Si llegáis a ser el hombre de la astucia y de la temeridad, seréis el héroe

moderno, ti que Italia espera.

—¿Lo creéis así?

—Yo creo que Italia necesita...

—¿Creéis que yo puedo ser ese hombre?

El clérigo reflexionó:

—La palabra energía merecería que se le elevara un altar. Antes de tomar una decisión, monseñor, preguntaos si es enérgica, lo mismo si se trata de ir al asalto de una plaza fuerte que de la ejecución de un enemigo o de la redacción de un mensaje para un concilio.

Yo fungía no escuchar, con la mirada perdida en un tapiz de brocado, contando las plumas de las águilas y los bucles de los perros leonados que arrojaban llamas por la boca por motivos fabulosos cuyo sentido yo no acababa de comprender. Me preguntaba, sobre todo, por qué César me hacía asistir a tan larga conversación. ¿Tenía razón especial para ello? ¿Consideraba anodina aquella charla y daba poca importancia a mi presencia? ¿O había adivinado que le iba a hablar de mi marido y se divertía impidiéndome comunicarle mis temores, manteniendo, por fútiles motivos, una tercera persona en su despacho?

—¿Te aburrimos? — me preguntó bruscamente—. ¿O frunces el entrecejo porque Tu Alteza no nos otorga el honor de estar de acuerdo con nuestros puntos de vista?

Me guardé mucho de contestar a su burlona sonrisa con otra.

—Por la mañana, las ideas generales me causan horror —contesté con toda la sequedad deseable.

El desconocido quiso abrir la boca, pero la insolencia de mi mirada lo detuvo. No tenía ningún motivo para tratarlo con miramientos. Su porte me irritaba. Su traje y la circunstancia de no haberme sido presentado me probaban que era hombre de poca categoría. Estaba contra él por no haber hecho al menos el simulacro de retirarse a mi llegada, y además por ser tan inteligente como cínico.

Y si es cierto que me agradan las personas inteligentes, no me gusta que se escuchen mientras hablan, que era precisamente lo que hacía aquel hombre.

—En realidad-repuso César afectando que, por el hecho de ser yo una mujer, mi entrevista tenía un objeto frívolo—, me parece adivinar el motivo de tu presencia. Sabes que he recibido perfumes de Su Majestad Bayaceto y...

—No.

El desconocido se había puesto a escribir. César adopté una actitud más seria.

—No me quieres como yo desearía, Lucrecia. Prefieres a nuestro hermano menor, Gandia. A ése si le quieres, ¿verdad? Las visitas que le haces no son interesadas. Le tuteas, y en cambio, a mí me tratas de vos.

Hice un esfuerzo.

—No siempre te trato de vos, César.

—En realidad —repuso secamente—, ¿qué quieres de mí?

—Hablaros de mi marido.

César se echó a reír, con su risa silenciosa que le empequeñecía los ojos.

—Ya sabía yo que te mandaba mi querido Juan Sforza.

Se volvió hada su compañero, que seguía escribiendo:

—Ya os lo había dicho, Niccolo. Ya veis que no me he equivocado.

Me miró de frente.

—¿Y sabes lo que me ha contestado Niccolo, al anunciarle tu visita y que tu marido se serviría de ti como su última arma?

El llamado Niccolo alzó su rostro impasible, pero creí comprender que deseaba que César no me comunicase su respuesta.

—Niccolo me ha dicho: «No la recibáis demasiado pronto, monseñor. Reservaos para la viuda. Entonces, le prodigaréis vuestros consuelos. Le diréis: «¡Si lo hubiera sabido!»

Me dio como un vértigo, pero me repuse pronto. Para hablar de la muerte de mi marido con semejante cinismo era preciso que César no tuviera la intención de llegar hasta el asesinato. Quería hacerme miedo y a él también.

—Yo le he contestado —prosiguió — que como eres tan inteligente comprenderías que tu deber era dejar obrar a tu hermano y no comprometerte por un vulgar villano que nada puede esperar ya de los acontecimientos. ¿Por qué no vas de caza hoy? Vamos, te presto mis monteros y mis caballos.

Después añadió, como si lo que iba a decir no tuviese ninguna importancia:

—Juan Sforza tenía algún interés hace unos años. El papa Alejandro y yo esperábamos que tu boda con él estrechara nuestros lazos con Ludovico el Moro. Necesitábamos el milanés como muralla contra Francia. Hoy el milanés se ha convertido en una fortaleza francesa, o poco menos, y Ludovico el Moro ha dejado de tomar parte de nuestro juego. Así, pues, Juan Sforza no nos es útil. Debes comprenderlo. Hay días en que el estómago reclama una purga. Más tarde llega un momento en que seguir purgándose no sirve para nada y hasta perjudica. Entonces se suprime la purga. Así vamos a suprimir a Juan Sforza. Si hubiera un medio de mandarle al diablo, no dudaría un segundo en adoptarlo. Pero no lo hay. Nos lo vamos a encontrar entre piernas hasta el fin. Y lo peor es que nos lo vamos a encontrar entre piernas como pariente. Es un fastidio. Ahora estamos aislados con Nápoles y estamos preparando un acuerdo general contra los franceses. ¿Qué les puedo contestar a los napolitanos cuando vengan a decirme que doy una de cal y otra de arena? Me dispongo a luchar contra Carlos VIII y Ludovico el Moro, y el sobrino de éste es mi cuñado. De esto a pensar que estoy dispuesto a todos los chalaneos y que a la primera derrota voy a alterar otra vez mis alianzas en honor de nuestro querido Juan, sólo hay un paso. La situación es demasiado grave para

que yo deje reinar semejante estado de espíritu en mis aliados.

Lo que decía mi hermano era justo. Me gustaban la claridad de su pensamiento y la justeza de su decisión. Sin embargo, me valí de un suspiro para poner fin a su elocuencia.

—De acuerdo — murmuré —, pero...

—No es esto todo. Juan Sforza constituye un entorpecimiento positivo para mi política, pero también uno negativo. La suerte de la próxima campaña depende de los napolitanos. Ahora bien, no sólo desearía suprimir el motivo que Juan Sforza les da para desconfiar, sino estrechar nuestra alianza por medio de un nuevo acontecimiento. Los De Aragón de Nápoles tienen un hijo por casar. Si te casas con él, las cosas se arreglarán. Como la bigamia no se admite en Italia, debes reconocer que Juan Sforza constituye un contratiempo para mi política. Así, pues, son dos las razones que tengo para desear su desaparición. Sígueme bien. Una vez llegados aquí, sólo tengo una alternativa: contemplar el cielo diciendo: «¡Ah, si Juan Sforza se cayese del caballo!», o decidir la operación por mí mismo. En boca de un particular, este razonamiento sería, sin duda, atroz. Pero los intereses cuya defensa he asumido son demasiado importantes para detenerme ante unos escrúpulos morales. No me gusta la sangre. Por esto voy a ordenar la muerte de Sforza. Con la muerte de ese hombre, evitaré tal vez la de diez mil soldados.

Tuve la impresión de que César había meditado bien su decisión y empecé a perder la cabeza. Había esperado encontrar un hombre encolerizado que, dando fuertes puñetazos encima de su pupitre, creyese estar descubriéndome la traición de Sforza. Y en vez de esto, encontraba un calculador, un espíritu frío y unas conclusiones razonables. Esto era horrible.

El sudor me corría por la espalda y mis manos estaban húmedas. No veía bien a César. Su imagen se tambaleaba, como envuelta en niebla. Él no fue insensible a la muda emoción que debió reflejarse en mi rostro.

—Lucrecia — murmuró con vez menos firme —, te hablo como lo haría a un hombre, con razones. Esto demuestra la estima en que te tengo. No te prodigo cumplidos como hace nuestro hermano Gandia, pero te miro y he aprendido a apreciar en ti otras cosas muy distintas de tu belleza.

Hizo una pausa y prosiguió duramente:

—Por otra parte, tú no quieres a Sforza.

Creo que contesté: «Sí», pero sin convicción. Mi hermano se había vuelto hacia su confidente.

—No lo quiere ya lo estáis viendo.

Yo había inclinado la cabeza. César se detuvo delante de mí.

—No es muy bello —observó—. Tú le importas tan poco que nunca está a tu lado. No sé nada de ello, pero si un año con otro, te honra diez veces con su derecho de pernada, debe de ser todo. Y cuando no está a tu lado apenas te escribe. ¡Y qué cartas! Las que se escribirían a un viejo tío del que ni siquiera se



espera una herencia. Es verdad que las tuyas no son mucho más cálidas.

Yo me había levantado. La cólera me quebraba la voz.

—¿Has leído mis cartas?

—Leo muchas — concluyó brevemente.

Noté que se impacientaba y que quería poner fin a la escena.

—Está bien —dijo—. Concedo que estos lamentables acontecimientos te disgusten. Vete. Deja Roma por unos días, por un mes... no, un mes no, porque tendrás que asistir al entierro. ¿No quieres ir de caza esta tarde? Tu lugar no está en palacio, qué quieres que te diga...

Yo seguía de pie, temblándome las piernas.

—No te quiere. ¿Sabes que han caído en mis manos casi todas sus cartas a Ludovico el Moro? ¿Y que en dos o tres de ellas repetía a su protector que estaba decidido a repudiarte?

—A repudiarme, tal vez, pero no a degollarme.

—Efectivamente; lo creo demasiado débil para degollarte. Llegado el caso todo lo más sería capaz de sugerir la idea a Ludovico con voz quejumbrosa. ¿Sabes que nos está traicionando desde el primer día?

Estuve alerta con lo que dejase traslucir mi rostro y negué con la cabeza.

—Yo no veía inconveniente en ello —observó César—. Llegado el caso, un hombre en relaciones con el enemigo podía serme útil. Pero ahora, el juego ya está hecho. No me queda ninguna esperanza por el lado de Ludovico y, por lo tanto, no me sirve de nada el pequeño Juan Sforza, siempre dispuesto a traicionar a todo el mundo. Y no le tengo ninguna estima porque no se mueve por grandes cosas, sino por defender los deleznable intereses de su pobre existencia.

—Tampoco yo le tengo ninguna estima — estallé —. Pero creo que si haces de él un mártir, acabarás por hacérmelo simpático. Expúlsalo, mételo en la cárcel, pero no lo mates.

—Si lo expulso, ese personajillo vindicativo irá a intrigar contra Roma en las cortes de todos los príncipes de Europa. Si lo entrego a un tribunal regular, será condenado a muerte, pero no se podrá evitar una lamentable publicidad.

—Hazlo encerrar en el castillo de Sant Angelo. No será el primero.

—Su familia hará preguntas y yo voy a aparecer culpable, puesto que soy yo quien me habré ocultado. Además, si lo meto en la cárcel no te devuelvo la libertad, y yo quiero que vuelvas a casarte.

No había podido acostumbrarme a que se dispusiera de mí como de una carta en el juego político y que se me eligiera un compañero por la sola razón de que su país tuviera una buena infantería.

César debió de adivinar mi pensamiento, pues añadió pausadamente:

—Tienes todo lo que deseas. Se te sirve, se te honra, se te adula. Pero la

condición de los grandes exige, en contrapartida, el sacrificio de sus inclinaciones personales. Si un día me caso, lo haré pensando en el bien del Estado y no por el placer.

Me cogió por los hombros y me condujo suavemente hacia la puerta.

—Esta circunstancia es muy desagradable, mi pobre Lucrecia. Lo lamento, pero no puedo hacer otra cosa. Hace muchos días que estoy dudando y mis propias dudas han alarmado a Sforza. Hay que acabar con este asunto antes de la llegada del embajador de Nápoles. Nada puede detener un rayo tan necesario.

Su confidente nos había seguido hasta la puerta. Con los ojos bajos sobre los pliegues de su hábito negro, articuló:

—Id a cazar, doña Lucrecia.

—Ya ves que Niccolò Maquiavelo te da el mismo consejo que yo. Y Maquiavelo es el mejor de los consejeros. Hazle caso.

Se había inclinado, me había dado un beso en la mejilla y me empujaba hacia fuera con firmeza.

Pero, en el umbral, me volví:

—No lo matarás, ¿eh? — grité.

—Una Borgia sabe guardar un secreto. Cállate.

Yo había perdido el dominio de mí misma y repetía vociferando:

—¡No lo mates! ¡No lo mates!

Avanzó la mano vivamente, como para golpearme. Solamente quería hacerme callar y aplastó su palma contra mi boca.

Yo llevaba los labios pintados y él al retirar su mano, se dio cuenta de que estaba manchada. La última visión que conservo de César es la de un hombre que se frota la mano con un pañuelo. Y el pañuelo queda manchado de rojo.

Después la puerta batió. No recuerdo cómo volví a mi aposento, apoyándome en el brazo de Caterinella. Lo bueno de esta muchacha era que, al revés de lo que hacía Pantasilea, nunca me preguntaba nada.

Cuando me desplomé sobre el lecho, agitada por los sollozos, Caterinella esperó unos instantes y luego se alejó.

Mis sollozos eran secos. No llegué a derramar las reconfortantes lágrimas de la desesperación. Llegué a pensar: «¡Qué lástima que yo no ame a Sforza!»

Con la cabeza sobre los brazos, me imaginaba los apasionados esfuerzos a que me hubiera consagrado para salvarle. En primer lugar, le hubiera podido decir a César: «¡Si lo matas, yo me mato!»

Lo cierto es que si hubiera sabido la muerte de Sforza, no habría sufrido mucho. Lo que me trastornaba, hasta causarme un dolor físico, ora saber que aquel hombre, lleno de vida en aquel momento, iba a morir al cabo de unas horas, porque así lo quería mi hermano, sin que yo pudiera hacer nada para

evitarlo. Me lo imaginaba de nuevo, sentado»<sup>1</sup> el taburete, con aire abatido, poniendo sus últimas esperanzas en mi habilidad. Más que dolor, sentía rabia.

Otras veces me lo imaginaba como se había presentado la víspera al entrar en mi aposento: furioso, innoble en sus insultos, mostrando un odio imponente en su mirada. Entonces estaba tentada de decirme: «Al fin y al cabo...» Y, sin embargo, este «al fin y al cabo» no pasaba de mis labios. El horror de la implacable condena que había caído sobre Sforza me dolía hasta las uñas.

Recuerdo que rechacé el desayuno. Incluso debí adormecerme. El día se reflejaba en las baldosas de mi habitación. Mediada la tarde, salí por fin de aquella pesadilla despierta.

Entonces me asombré de mi pasividad. No se trataba de saber si quería o no a Sforza: le había jurado fidelidad bajo la espada. B1 problema era un curioso problema muy sencillo: César había decidido la muerte de Juan y yo había decidido que Juan siguiera viviendo.

En Roma, César era el más fuerte. Era necesario, pues, que mi marido huyera. Pronto tuve trazado mi plan: Pedro Caldés encontraría para él un uniforme de soldado y con aquel disfraz abandonaría Roma. Después, para despistar a sus perseguidores, saldría por la Vía Apia y llegaría a mi querido convento de San Sixto, donde, con una carta mía, la superiora le proporcionaría un hábito de monje mendicante. Y él no tendría que hacer más que llegar a la frontera.

Sentí un escalofrío. Era extraño que Juan Sforza no se hubiese presentado en demanda de noticias sobre mis negociaciones. Si le hubiesen asesinado, me habrían advertido. ¿Se habría quedado dormido después de una noche sin sueño? Hay otros medios para envenenar además de los guantes: el libro que se tiene la desgracia de hojear, la fruta que descuidadamente se come, el anillo que uno se pone en el dedo y que, inofensivo la víspera, ha sido mellado por la noche y bañado en veneno.

Grité tan fuerte que Caterinella y Pantasilea acudieron juntas.

Di orden a la primera de ir a buscar a mi marido a su aposento. La otra se quedó mirándome. Por una vez no me hizo preguntas y tuve la impresión de que estaba enterada de muchas cosas. A despecho de su acostumbrada curiosidad, no intentó asistir a la entrevista con mi marido y se retiró sin pedirme permiso.

Tenía tanto miedo de encontrarme ante un hecho grave que la entrada de Juan Sforza me sobresaltó. «¡Dios mío, es terrible! Tengo que decirle que he fracasado», pensé. Las palabras se embrollaron en mis labios.

Juan Sforza no pareció decepcionado. Me escuchaba impasible. Al bajar la voz para explicarle mi plan de fuga, simuló una risa sin alegría:

—Era lo que esperaba. Incluso me sorprendía. Me decía: «¿Qué les pasa que no se deciden?» Un hábito de mendicante no está mal. Me cortarán el cuello, lejos, en un camino desierto. Aprovecharán la ocasión para desfigurarme un poco. El cura del pueblo más cercano me enterrará y recitará una oración por el alma

del monje que ha tenido la mala suerte de caer en manos de los ladrones. ¿Y Sforza? Desaparecido. Estoy haciendo tan provechosas hipótesis basándome en la confianza que me inspiráis César y vos. Incluso podríais acusar a Ludovico el Moro de haberme hecho raptar. Os felicito. Todo está muy bien tramado.

En vano había tratado de interrumpirle. Al principio, no lo comprendía. Por un instante pensé que el miedo le había trastornado el cerebro, pero tuve que rendirme a la evidencia. Me creía cómplice de César.

—Solamente —prosiguió con voz que se esforzaba en hacer parecer tranquila — que este bobo de Juan Sforza tiene también su plan. No puedo salir de esta planta del palacio, es cierto. Lo he intentado, pero me han disuadido de ello con palabras amables y con las alabardas. La misma coacción se ejerce contra mis servidores. Es decir, que ni siquiera puedo enviar un mensaje. Está bien. Desde mi ventana, no obstante, he divisado a mi encantador cuñado, el duque de Gandia. Lo he llamado, sin hablarle de mi situación y le he dicho que graves intereses exigen que venga a verme. Me ha asegurado que estaría en mi aposento dentro de una hora. El duque tiene la cabeza a pájaros, pero si le doy la prueba de que me quieren asesinar y, sobre todo, si le indico la verdadera razón de ello, no dudo que se hará recibir inmediatamente por la persona que vuestro hermano ha olvidado: Su Santidad el Papa.

Se frotó las manos.

—El Papa no siente ningún afecto por Milán, pero menos le gustará aún el pretexto en que se funda César para suprimirme. Porque, desde ayer, me he enterado de muchas cosas que sospechaba ya. En primer lugar, César ha estado al corriente desde el principio de mis relaciones con Ludovico el Moro. Si hoy se muestra molesto por ello, es que existe un nuevo motivo.

—¡Estáis perdiendo el tiempo! — exclamé —. César tiene muy sólidas razones, creedme. Su decisión es odiosa, pero no caprichosa. Os perdono todas vuestras sospechas, pero si no me hacéis caso estáis perdido.

—Me encuentro en un mal paso, pero no estoy perdido..., excepto si os escucho.

Yo pataleaba. ¿Cómo se podía ser tan estúpido? Con sus palabras había adoptado un aire malicioso y se esforzaba, pese al temblor que se veía en sus dedos, en aparentar una calma olímpica.

—No —prosiguió—, no creo que Su Santidad permanezca indiferente a mis revelaciones.

Tenía la cara estragada, las mejillas pálidas, la frente hundida, pero no se privó de adoptar un tono presuntuoso al añadir:

—Tampoco temo que el duque de Gandia no se preste a ser mi mensajero. Nadie puede impedir sus gestiones en palacio, y creo que las llevará a cabo al saber el motivo que ha impulsado a César a decidir mi muerte de acuerdo con vos.

Las palabras que estaba pronunciando debía de haberlas meditado en la soledad de su aposento. Hablaba sin recobrar el aliento, sin mirarme.

Desde la víspera yo había experimentado muchas emociones. Las ineptas extravagancias de mi marido me agotaron.

—Me estáis desanimando — dije simplemente.

—¡Os desanimo! ¿Qué os parece? Esto es todo lo que se os ocurre contestarme. Si fuerais inocente, expresaríais vuestra indignación de otro modo.

—¿De qué queréis que me indigne, mi pobre amigo? Ni siquiera sé de qué me acusáis.

—Podríais preguntármelo, al menos.

—Mi pobre Juan, tengo diecisiete años. Pero cuando os veo en este estado, tengo la impresión de ser una vieja de ochenta.

—No desviéis la conversación. El secreto que os liga con César y que voy a revelar a Gandia, tiene un nombre en todas las lenguas. Un nombre igualmente execrado por todas las naciones civilizadas: el incesto.

Hoy me asombra la serenidad con que yo ignoraba entonces los detalles del acto amoroso, a pesar de hablar cinco lenguas y de haber leído un millar de libros. La palabra incesto me era perfectamente conocida. Sabía que era un pecado y un crimen grave. Si me hubiesen obligado a definirlo, hubiera contestado: «Relaciones culpables entre parientes próximos», aunque para mí estas palabras estaban desprovistas de sentido. Del mismo modo que el vulgo emplea las palabras pintor, arquitecto o astrónomo, sin conocer su exacto significado, yo, aún conociendo la palabra «incesto», por el hecho mismo de mi inocencia, era incapaz de comprender su alcance. Lo tomé por una acusación vaga, una de esas grandes palabras que se emplean en los litigios o en los discursos. Sin duda mi marido quería decir que me entendía mejor con César que con él.

—Para guardar las formas, podríais por lo menos protestar— sugirió suavemente, con una voz odiosa.

—Tarde os preocupáis de mis sentimientos hacia vos. Convenid, además, que tal vez no es el momento mejor escogido para discutirlos. Cada minuto que pasa agrava vuestra seguridad.

—Precisamente estoy tratando de restablecerla. El duque de Gandia no va a tardar. Para convencerle, necesito una confesión que vos escribiréis y que él enseñará al papa.

Suspiré.

—Que confiese ¿qué?

Él prosiguió, con una expresión aventajada:

—Debéis saber, querida, que esta mañana he intentado hablar con César. La puerta de su despacho estaba entreabierta. El soldado de guardia, ocupado en seguir desde la ventana las evoluciones de una criada en el jardín, no me veía. He

reconocido la voz de César y la de su confidente Maquiavelo. Éste, con su habitual pedantería, daba gravemente consejos a vuestro hermano y hasta le hacía reproches. Decía que un príncipe no debe dar motivo de escándalo a sus súbditos más que por razones de Estado.

Y en tono severo, añadió: «Y no por placeres físicos.» Después, simulando campechanía, ha proseguido: «¡Diablo, no son mujeres lo que falta en Roma para que tengáis que cometer un incesto!» La palabra había sido pronunciada y para mí fue como un relámpago revelador. Y si hubiera necesitado confirmación, una persona que me quiere bien y vigila para servir mis intereses, me la hubiera proporcionado al referirme que, a la salida de la entrevista que habéis celebrado esta mañana, César ocultaba en el cinto un pañuelo manchado de rojo, del que vos teníais en vuestros labios precisamente.

Aún suponiendo que lo hubiera deseado, no me habría dado tiempo a contestar. Juan Sforza se había arrojado sobre mí y me sujetaba la mano.

—¿Y tú creías que la cosa iría como sobre ruedas, que yo iba a dejarme suprimir para dar lugar a que, sin ningún temor, César y tú pudierais continuar a gusto vuestras innobles prácticas? Pues bien, ¡no! Y para empezar, quiero tu confesión.

—Yo creo que os habéis vuelto loco. No sé de qué me estáis hablando ni qué confesión queréis. Lo único que sé es que me estáis haciendo daño y que no va con mi carácter aguantar mucho semejante trato. Si no me soltáis, llamo...

—¿Y a quién vais a llamar? Gracias a Dios, las paredes son aquí gruesas. Imaginad que he tomado la precaución de alejar a vuestras doncellas... por orden vuestra. En suma, que los gritos se ahogan...

En vez de soltarme, me arrancó de mi taburete, me arrojó violentamente en el sillón colocado delante de mi pupitre, puso una pluma en mis manos y me ordenó secamente:

—Voy a dictaros lo que debéis escribir.

Todas esas historias de confesión, de rojo de labios, de discusión sobre el incesto entre mi hermano y Maquiavelo me parecían tan deslabazadas y estúpidas, que no dudé que mi marido estaba loco. No tenía nada de sorprendente. Él no era hombre capaz de soportar una amenaza tan precisa de muerte sin que su razón se perturbase. Por primera vez en su vida, sus ojos brillaban. Mostraba sus blancos dientes y su pecho se hinchaba como el de un gladiador. Terna un aspecto feroz, y comprendí que era capaz de estrangularme con placer.

—¿Qué queréis que escriba?

Con una mirada rápida medí la distancia que me separaba de la puerta y me incliné sobre el papel con todas las apariencias de la docilidad. Sabía que con personas extraviadas hay que obrar así.

—Empezad por poner lugar y fecha... Roma, 17 de abril de 1497.

Levantó la cabeza, sin duda pensando en la frase siguiente. Yo estaba ya en el centro de la habitación. De un salto le había arrojado el sillón entre las piernas. Tenía confianza en mi rapidez. En los juegos del convento siempre quedaba vencedora. A pesar del peso de mis faldas, de los molestos tacones altos de mis chinelas y de la amplitud del cuarto, llegué a la puerta como una exhalación. Pero anochecía y el extremo del aposento estaba ya oscuro. Perdí tiempo buscando el picaporte. Me preguntaba si era la carrera de Juan Sforza sobre las baldosas o la cadencia brutal de mi sangre lo que me resonaba en los oídos.

Me sentí cogida por la cintura. Una mano me tapaba la boca. Cerré los ojos, que un choque me hizo abrir... Sforza me había arrojado sobre la cama y di de cabeza contra una de sus columnas. Entre un dramático silencio se llevó la mano al cinto.

—¡No iréis a hacer esto! — grité.

Agitaba su puñal. Por primera vez tuve realmente miedo. Al mismo tiempo me decía: «¡Es demasiado estúpido!» Dos años antes, me había caído del caballo, en una partida de caza, delante de un jabalí que atacaba. Durante unos momentos pensé: «¡Vaya, voy a morir!», con una extraña calma. Pero estaba dentro de los riesgos de la caza; era justo. Lo torpe de mi historia era ser víctima de un imbécil que se había vuelto loco de miedo y se disponía a atravesarme de parte a parte, a mí, que no pensaba en otra cosa que en salvarle.

—Os creéis muy fuerte — me dijo por fin, conservando un mayor dominio sobre sí mismo del que yo esperaba—. Sabéis que si os mato, me quedo sin vuestra confesión, de la que depende mi vida.

Dejó el puñal sobre un arcón, volvió hacia mí, desató su cinto y lo hizo chasquear.

—No puedo mataros, es cierto... Pero puedo haceros daño.

El golpe silbó en mis oídos. Había vuelto el rostro a tiempo. Azotó mis brazos, con los que yo intentaba protegerme. Me volvía loca de dolor y de ira. Intenté arrojarme contra mi marido, cuando un segundo cintarazo me arrojó contra el lecho. Entonces Juan me asió por los cabellos y hundió mi rostro en las almohadas. Yo aullaba, y mis gritos quedaban ahogados en la muelle profundidad de las telas.

—¡Vas a escribir esta confesión...! ¡Vas a escribirla...!

Yo estaba dispuesta a escribir cualquier cosa o al menos a prometerlo. No debió haber comprendido mis ahogadas promesas, pues le oí rugir de furor.

Con una mano me sujetaba la nuca, hundiéndome aún más el rostro contra la almohada y con la otra sujetó el borde de mi vestido, lo levantó con todas sus fuerzas y desgarró mi camisa para desnudarme hasta la cintura.

Los rugosos hilos de oro que recubrían la seda de las almohadas, me lastimaban la cara. Respiraba con dificultad. En mi sofocación me asfixiaban las lágrimas. Intentaba incorporarme, ponerme de lado. Agitaba las piernas a ciegas,

con objeto de alcanzarle, pero, a la misma cadencia, el cinto fustigaba, silbando, mi piel desnuda. Las cinceladas medallas de que el cinto estaba adornado me desgarraban como un puñal.

Recuerdo que hundida en la almohada gritaba: «¡No, no, no!» Me refería a la flagelación, pero él, cada vez más enloquecido, debía creer que me refería a su proyecto de confesión obstinándome en rechazarlo. Y sin dejar de fustigar; aullaba de ira. Me cubrió con todos los insultos que se pueden proferir contra una mujer.

Sus gritos pararon en seco y lo mismo ocurrió con su salvaje flagelación. Contraje los músculos en espera de un asalto más violento aún. Entonces la mano de Sforza soltó mi nuca. Me preguntaba con angustia lo que me que— daba por ver. Me incorporé apoyándome sobre el codo y me volví.

La puerta estaba abierta. Una silueta de aventajada estatura avanzaba. Arrebatada de gozo, reconocí a Pedro Caldés.

Más tarde supe que, sorprendido por la extraña consigna dada a mis doncellas, se había acercado a escuchar y había oído, no mis gritos, que la almohada ahogaba, sino los de mi imprudente verdugo.

Mi segunda sensación fue de confusión. Bajé apresuradamente mis ropas sobre mi cuerpo lastimado.

—¡Marchaos! — gritó Juan Sforza.

—Quedaos, Pedro, os lo suplico — ordené.

Pedro seguía avanzando. Sforza quiso coger el puñal que había dejado sobre el arcón, pero Pedro fue más rápido y se apoderó de él.

Ante aquel mocetón de rostro grave y sosegado que se plantaba delante de él con el puñal en la mano, Juan Sforza se creyó perdido.

Lo que ocurrió fue odioso. Retrocedió hasta un rincón de la pared.

—Os envía César, ¿no es cierto? Ella lo sabía... y trataba de ganar tiempo. Sabías que el asesino estaba en marcha... Lucrecia será responsable de mi muerte.

Su voz se quebró.

—Siempre he sido bueno con vos, Pedro... ¡No iréis a matarme! Si en alguna ocasión os he hecho daño, ha sido sin querer o sin advertirlo. Os pido perdón por ello.

Se le doblaban las rodillas. Tendía las manos hacia el pobre Pedro, que cada vez más indeciso, me dirigía miradas interrogadoras.

—Escuchad mi proposición —balbuceaba Sforza—. Huyamos juntos. Soy rico, muy rico, tengo mucho dinero en Milán. Lo compartiré con vos. Mi tío Ludovico os nombrará general, os lo prometo. ¡General! ¿Habíais soñado nunca una cosa semejante? Os daré parte de mis tierras en usufructo. Poseeréis los títulos que queráis. Seréis como mi hermano... ¡Por Dios...! ¡Si creéis en Dios, no me matéis!



Conservaba el cinto en sus manos, se dio cuenta de las medallas y se puso a besarlas en la oscuridad.

Lastimada como estaba, me costaba mantenerme sentada en el lecho. Me levanté. Pedro dio un paso hacia mí y yo me pregunté qué debía decirle.

Me sacó de apuros una llamada con los nudillos en la puerta que, casi al mismo tiempo, se abrió.

Quedé deslumbrada por la claridad de dos candelabros. Juan exhaló un gemido creyendo sin duda que llegaban refuerzos de asesinos. Yo misma me quedé impresionada. A pesar de las violencias de que me había hecho objeto, que habían acabado convirtiéndole en un extraño para mí, no me sentía con valor para asistir a su asesinato.

Al reconocer a mi hermano Gandia, detrás de dos criados portadores de candelabros, respiré.

—¡Gandia! — aulló Juan Sforza —. ¡Sois vos! ¡Ah, mi querido Juan, os lo suplico, escuchadme!

Un movimiento de Pedro aterrorizó a Sforza.

—En primer lugar, echad a este hombre— le gritó a mi hermano—. ¿No veis que ha venido a matarme?

Gandia escuchaba sonriente, como de costumbre. Estaba deslumbrante como una mañana soleada. Yo contemplaba los destellos de la plata que adornaba su jubón bajo la caída de su manto de púrpura, que se deslizaba por sus hombros.

Después de dirigir un saludo entre cordial y ceremonioso a mi marido, puso amistosamente la mano sobre los hombros de Pedro y después se inclinó delante de mí con irónica ternura.

—Parece que nuestra Lucrecia está un poco despeinada

Y observó besándome las puntas de los dedos.

—Tu Lucrecia no sabe dónde tiene la cabeza — dije suspirando.

Chasqueó los dedos en señal de despedir a sus criados.

Al desgaire, levantó el sillón que yo había derribado al huir, lejos del pupitre y me lo ofreció. Por el motivo que ya conocéis preferí permanecer de pie, apoyándome solamente en el respaldo de la silla en que mi hermano se instaló cómodamente.

Se oía la entrecortada respiración de Sforza. Por fin, dijo:

—Quieren asesinarme.

—¡No será tanto! —murmuró Gandia, que se había puesto a pulirse las uñas de la mano izquierda con la palma de la derecha—. Por otra parte, recuerdo haber oído algo de esto.

Y luego, cordial:

—No hay que dar facilidades, amigo.

—Podéis creer que si de mí dependiese...

—Mi hermana, que es muy ilustrada — dijo Gandia casi canturreando—, os dirá el nombre de ese autor griego que escribió que, entre las cosas existentes, unas dependen de nosotros y otras no. Lo cierto es, amigo, que si no depende de vos ser asesinado, os basta con esperar. Pero si depende de vos, daos prisa.

Se creyó gracioso y a pesar de la ausencia de su corte habitual de admiradores, echó complacido su cabeza hacia atrás entornado los ojos.

—No es ninguna chanza — gimió Sforza.

—Ni yo pretendo hacerla. Nunca me chanco, ¿no lo habéis notado? Es uno de los rasgos de mi carácter, que los espíritus superficiales juzgan temerariamente fútil, por que no me han observado bien. Y podéis creerme. Si os digo que debéis daros prisa, os digo una cosa muy razonable.

Satisfecho de su segunda perorata, se puso a pulirse con la palma izquierda las uñas de la mano derecha.

—Un asesinato —prosiguió— es un acto violento. **A** mi juicio, hay que oponer la violencia a la violencia, pues un puñal se aparta con otro puñal. Tal vez me objetaréis, mi querido Sforza, que esta máxima, que aprendí de un marino que viajó con Cristóbal Colón, no es aplicable en vuestro caso. Es posible. Según lo que hasta ahora he oído, el asesinato que se proyecta contra vos, no sería propiamente un asesinato, sino una ejecución. ¿No pesará sobre vuestra conciencia alguna traición? Quiero decir si no nos habréis traicionado un poco. No ignoro que la traición está de moda; sin embargo, observad que en materia de traición ocurre como en materia de gustos. Un pequeño exceso no es condenable, pero guardando ciertos límites. Os voy a contar la discusión que tuve ayer con mi sastre. Es interesante. El muy bruto pretendía hacerme llevar herretes de diamantes sobre el dobléz de una manga galoneada de oro. Me enfadé. Lo indicado, en rigor, era un rocío de perlas, pero jamás herretes de diamantes sobre oro.

—Yo los he llevado — dije, sorprendida por tan perentorio juicio.

—Porque tú eres mujer. Pero, en fin, os tomo por testigo, Sforza...

Los alucinados ojos de mi marido lo hacían poco apto para semejante arbitraje.

—O a vos, Pedro — prosiguió Gandia sin perder su animación—. Imaginaros unos herretes de diamantes sobre oro... Un diamante, pase, pero herretes...

El pobre Pedro, más acostumbrado al simple galón dorado de los escuderos que a las excesivas fantasías de mi hermano y sus amigos, movió la cabeza.

A pesar de permanecer tranquilo y sosegado, no dejaba de estar algo desconcertado por el espectáculo que le estábamos ofreciendo desde hacía un cuarto de hora. Primera escena: Lucrecia flagelada; segunda escena: Sforza ofreciéndole su fortuna; tercera escena: Sforza suplicando a Gandia que lo salvase de un asesinato, y cuarta escena: un curso de elegancia masculina a

cargo de Gandia.

—Podéis sentaros, Pedro — le dije.

No lo hizo, limitándose a apoyar una pierna en un cofre, con un gesto de resignación.

—Mi pequeño Juan —le dije a Gandia—, creo que mi marido está medio loco. Sin embargo, no me gustaría que lo mataran. Ha puesto en mí su última esperanza.

Evitaba referir a Gandia la violenta escena que acababa de ocurrir, convencida que me vengaría sobre la marcha. Le dije que Sforza contaba con él para hacer llegar a oídos de Su Santidad las amenazas de que era objeto.

—Comprenderéis —dijo Gandia poniendo las manos en las rodillas después del pulido de sus uñas — que es bastante desagradable para mí convertirme en abogado de un cuñado que, olvidando su alianza con los Borgia, los ha traicionado en beneficio de Ludovico el Moro.

Yo sabía que hasta el frívolo Gandia recobraba su seriedad cuando se hallaba en juego la palabra clave: «Los Borgia.»

—Observad bien — prosiguió dirigiéndose a Juan — que no creo que vuestros manejos merezcan la muerte. Sin embargo, confesad que sería enojoso oponerme a César en un asunto en el que, al parecer, lleva razón. Después de todo, con no traicionar, bastaba. Me diréis que lo justo sería haceros comparecer ante un tribunal. ¿Y qué ganarías con ello? Seis meses en las mazmorras de Sant Angelo, y al final, la muerte. Mejor morir enseguida... ¡O esto, o hacer algo! No seré yo quien os impida salvaros. No tenéis tiempo de haceros con quinientos hombres para abandonar Roma con las espaldas guardadas. ¿Comprendéis? Si las escaleras están vigiladas, quedan las ventanas. Espero que no seáis de esos que creen que las ventanas se han hecho únicamente para contemplar a las damas acodadas a ellas. De acuerdo en que éste es su principal objeto. Pero un hombre decidido y no manco, puede salir por tal abertura y, con ayuda de una cuerda, llegar a tierra firme. Por lo menos, así me lo han contado. En vuestro lugar, yo lo intentaría.

Su audiencia había terminado. Se levantó, se sacudió el traje de un imaginario polvo, me felicitó a toda eventualidad por mi buen semblante y se dirigió hacia la puerta.

—No estaría mal que le proporcionarais la cuerda, Pedro — le dijo a éste al pasar.

—Perdonad, monseñor, pero... ¿deseáis verdaderamente que el conde Sforza huya?

Gandia se quedó de una pieza, y se detuvo como para interrogarse a sí mismo.

—En primer lugar, no me gusta la sangre — observó —, Después, Sforza no me ha hecho nada. Y, por fin, Lucrecia parece interesarse por su vida. En resumen, creo que este asesinato nos va a traer algún contratiempo.

—En este caso — dijo Pedro —, lo más prudente es no hacer uso de la ventana, que, sin duda, atraería a los soldados de guardia en el patio. Sería más seguro y expeditivo que el conde se pusiera mis ropas y se cubriese con mi antifaz. En la plaza Navone hay baile esta noche. Yo debía ir con tres camaradas. Estoy citado con ellos dentro de unos instantes en el extremo del corredor, en el salón cuadrado. Mis camaradas conocen mi antifaz de Baco: unos cuernos en la frente, una nariz púrpura, una barba de estopa y unos racimos de uva por orejas. Así se llevarán el conde Sforza. Les franquearán el paso y una vez en la calle...

—Una vez en la calle —dije—, Sforza coge un mulo y va a San Sixto, donde le proporcionarán un disfraz.

—¡Muy divertido! — declaró Gandia —. César va a ponerse enfermo. Estas son las chanzas que me gusta jugarle. No es malo...

Y antes de cerrar la puerta, añadió:

—Y, además, esto no hace daño a nadie.

Lo que me sorprendió fue la precisión y la lucidez con que Sforza se puso a planear su huida. El hombre que, una hora antes, me dirigía palabras de enajenado y se lanzaba contra mí como un poseo, dio de pronto pruebas de una decisión y de un método que yo estaba lejos de esperar de él. En primer lugar, dio las gracias a Pedro, se sacó del dedo un enorme diamante al que tenía mucho apego y se lo dio. Después se preocupó por los agentes de César, que debían de saber ya que había abandonado su aposento para hacerme una visita. Si se dejaban desorientar por su disfraz seguirían creyendo que estaba en mi aposento. Era de temer que utilizasen los informes de una de mis doncellas o de mis criados para cerciorarse de ello rápidamente. Al darse cuenta de que había huido, darían el alerta inmediatamente. Ahora bien, Sforza consideraba que para tomar suficiente delantera necesitaba una noche de ventaja sobre sus enemigos. La conclusión era que se les debía despistar. Pedro tenía que remplazarlo a mi lado, de manera que, con el aposento poco iluminado, el espía pudiera engañarse.

—Esto no os compromete, Pedro — explicó —. A los ojos de vuestros camaradas habréis asistido al baile con ellos y podéis haberos perdido en cualquier encrucijada. Mañana los encontraréis y les podréis contar cualquier historia. En cuanto a los hombres de César, pensarán que he partido al amanecer y me buscarán con dos leguas de retraso.

Mientras mi marido se ponía las ropas de Pedro, que éste había ido a buscar furtivamente, yo escribía la carta destinada a la superiora del convento de San Sixto.

En el papel encontré todavía más palabras escritas bajo la amenaza de la crisis de furor de Juan Sforza. «Roma, 17 de abril de 1497.» Me bastaba continuar. Pero esta coincidencia, al recordarme el odioso trato que había soportado poco antes, me encolerizó de nuevo. Llamé a Sforza y le entregué el papel sin dignarme mirarlo.

—Veréis ahora que no he olvidado el juramento de fidelidad que bajo la

espada os presté — dije con voz enconada—. Esta carta es una nueva prueba de ello; la última. He cumplido con mi deber con vos y más aún. Id a vivir o haceros matar en otra parte y no contéis conmigo. Jamás me reuniré de nuevo con vos.

Cogió el papel sin contestar. No pude dejar de mirarlo y me eché a reír.

Sforza se tocaba ya con la ridícula máscara de Pedro y la visión de tan lamentable personaje a la luz de los candelabros, con su cuerpo encogido por el miedo, que tartajeaba bajo la máscara hilarante y rutilante, me proporcionó al desahogo nervioso que necesitaba. Creí que nunca acabaría de reírme.

Y cuando Sforza franqueó la puerta para emprender su aventura, apenas había recobrado mi seriedad.

# CAPÍTULO VIII

## EL SEMENTAL BLANCO

Por fin nos hemos librado de ellos — le dije a Pedro.

—Esta palabra terrible se me había escapado. Significaba no sólo que me sentía feliz por la ausencia de mi marido, sino que estaba igualmente satisfecha de haber cumplido con mi deber y tranquilizada al pensar que si los hombres de César lo alcanzaban, no lo matarían en mi presencia y en mi alcoba, como no había dejado de temer.

Pedro no contestó. Aguzaba el oído. Dio algunos pasos hacia la ventana y alargó un poco el cuello para mirar hacia el patio.

—Ya ha pasado — dijo por fin, con la tranquilidad que me gustaba de él.

Después volvió a mi lado.

—Señora —dijo—, nuestra situación no es nada envidiable. He dado mi capa y mi disfraz a vuestro marido, de modo que pueda pasar por mí. Pero yo sigo con mi traje de escudero y no puedo pasar por él. Si alguien entra, y si ese alguien es un espía o un charlatán, pronto se sabrá que el conde ha huido y que quien está a vuestro lado soy yo.

Yo no sabía qué contestar.

Él prosiguió:

—Si recuerdo bien las instrucciones que me disteis ayer, esta noche debíais cenar con doña Sancha, vuestro hermano Joffre y un poeta cuyo nombre he olvidado. Vuestro hermano César prometió ir al final de la cena. ¿Creéis que vuestra ausencia no será notada?

—Diré que no me encuentro bien.

—¿A quién?

—¿Qué?

—¿A quién se lo diréis?

—A Caterinella o Pantasilea. Ellas se encargarán de...

—Para decírselo debéis llamarlas. No tenéis la costumbre de salir **de** vuestro aposento para ir a buscarlas. Si las llamáis entrarán. Y si entran, en vez de ver a vuestro marido, me verán a mí.

—¿Y vos no tenéis confianza en ellas? — le dije un poco picada.

—O les pedís que guarden el secreto, en cuyo caso debéis contarles lo sucedido, lo que supone el riesgo de confiar un secreto bastante grave a unas personas encantadoras. O no se lo reveláis, y en este caso no deberéis sorprenderos si van contando que vuestro marido ha huido y vos estáis conversando conmigo. De modo, que en cualquiera de los dos casos...

—Salimos perdiendo. ¿No se os ocurre una solución? —insistí.

Con la mayor sencillez, contestó:

—No.

Su calma era a la vez reconfortante y exasperante. Yo no podía estar quieta y el roce de mis ropas llenaba con su rumor la estancia.

—Vamos a ver —dije—. Podríamos...

En pocas palabras iba dando al traste con mis ingeniosas ocurrencias.

—Bueno, tratad de encontrar algo — exclamé furiosa.

Se calló. Unas arrugas surcaron su frente. Después sus facciones se distendieron.

—¿Habéis encontrado algo?

—No. —contestó con la mayor placidez—. No he encontrado nada.

Entonces se me ocurrió una idea. Triunfante de gozo, zarandeeé a Pedro.

—Vais a acostaros...

—Excusadme, señora, no estoy fatigado.

—No sois vos quien está fatigado —dije riendo—. Es mi marido.

Su rostro, bello y franco, sobrio y sin malicia, adquirió una expresión interrogante.

—Comprendo — dijo al fin —. Acostado y con la cabeza vuelta, puedo pasar por vuestro marido.

— ¡Esto es!

Entonces, Pedro adoptó un aire cohibido. Su mirada vagaba por el suelo. Por fin preguntó:

—¿Y vos?

—Cuando os hayáis acostado, llamaré a mis doncellas y les mandaré que avisen a Sancha. Me desnudarán y me acostaré a vuestro lado. Sí, ya sé que vais a decirme que, contrariamente a lo que hacen otros maridos, Juan Sforza no acostumbraba a acostarse conmigo. Pero admitiendo que la cosa sorprenda a Pantasilea, y que hable de ello, los hombres de César creerán simplemente que mi marido se ha refugiado en mi alcoba y esperarán sin duda la mañana para asaltarle. ¿No lo creéis acertado?

—Si así lo deseáis, no soy yo quien debe...

—Sí, así lo deseo.

Aplasté mi nariz contra el cristal de la ventana mientras Pedro se desnudaba.

Cuando me volví, solamente su cabeza sobresalía de las sábanas y su expresión en el desconocido lecho era de tal desconcierto que me entraron ganas de reír. Cogí las ropas que había dejado sobre una silla y las guardé en un cofre con objeto de no llamar la atención de mis doncellas. Luego, llamé.

Caterinella y Pantasilea aparecieron a la vez. La última, a quien la visita de mi marido tenía intrigada y que sospechaba que había gato encerrado, husmeaba por todos lados. Me libré de ella mandándole con un recado a mi cuñada Sancha. Hablé en voz baja para dar a entender que mi marido dormía.

Caterinella me desnudó en silencio. Me ayudó a meterme en la cama y volvió con una colación que le había pedido para el caso de que se despertase mi pretendido marido.

No bien estuvimos solos le pregunté a Pedro:

—¿Tenéis hambre?

Efectivamente, tenía hambre. Instalamos los platos en el facistol que me servía habitualmente para leer y comimos alegremente. Yo estaba de buen humor. Los dos bebimos copiosamente.

—¿Sabéis —le dije— que he estudiado Derecho y que, según el Derecho romano y el canónico, estamos cometiendo una falta grave?

Fedro gruñó, interrogador.

—¿No sabéis que la mujer casada y el hombre que se acuesta con ella incurren en penas muy severas?

Vi cómo se ruborizaba súbitamente.

—¿Tenéis miedo? —le pregunté—. Nada debéis temer, porque creen que sois mi marido.

Después le pregunté en tono picante si no iba a tener más miedo, pues me proponía apagar la luz.

Se incorporó para apagar los candelabros. Su torso había salido de las sábanas y me pareció bello. Y se lo dije. Sopló varias veces antes de apagar las velas. Por lo ocurrido después comprendí que aquel hombre, que no podía creerme inocente, aquella noche debió juzgarme odiosamente coqueta.

Fue una noche rápida, extraña y para mi gusto agradable.

Un hilo de luz y el agudo y obstinado canto de la alondra nos despertaron a la vez. A pesar de la anchura de la cama, me di cuenta de que por la noche nuestros cuerpos se habían deslizado insensiblemente el uno hacia el otro. Estaba en sus brazos y no lo lamenté. Durante unos instantes nos miramos a los ojos. Estaba haciendo mi aprendizaje. Era la primera vez que me despertaba al lado de un hombre. Y descubrí que dos seres que han dormido uno al lado de otro y que la alegría mañanera despierta a la vez, lo primero que hacen es mirarse a los ojos.

Una penumbra dorada invadía el aposento y bastaba para ahuyentar los malos



recuerdos de la víspera. Yo veía el brillo de las manchas geométricas del pavimento y las franjas de oro que pendían de las cortinas de la cama. Las balaustradas se recortaban, oscuras aún, contra una franja de cielo transparente. Algunas moscas, despertadas como nosotros, se pusieron a zumbar.

—Estoy muy bien — murmuré.

Cerré los ojos y no los abrí cuando Pedro, ciñéndome el talle con su brazo, me atrajo hacia sí. Sentía una piel suave contra mi hombro. Me rozó con la otra mano, a tientas, vacilante. Mi camisa se había subido con el movimiento del sueño. Los dedos de Pedro acariciaron mi cadera. En el mismo instante su boca buscó la mía.

¿Esperaba yo el beso? Mis labios se habían entreabierto. Mi marido cuando me besaba, sólo había logrado emocionarme. Esta vez, durante unos instantes, deseé que el tiempo se detuviera y dejase para siempre mi boca contra la de Pedro.

Bruscamente se apartó. Lo busqué con la mano, pero el lugar que ocupaba estaba vacío. Esto fue todo, y me dormí otra vez.

Cuando me desperté, Pedro estaba ya vestido. Su aventajada silueta parecía sostener con sus espaldas la ancha franja de luz que desde la ventana se proyectaba sobre el lecho.

—¿Qué estáis diciendo? — pregunté bostezando.

Me dijo que eran las ocho de la mañana, que normalmente a aquella hora tenía trabajo en la sala de guardia y que lo más prudente era que apareciese por allá. Yo podía seguir durmiendo, puesto que no acostumbraba a levantarme antes de las diez o las once. Cuando mis doncellas viniesen me encontrarían sola. Si César o uno de sus hombres se presentaban, me bastaría contestar que mi marido se había marchado por la mañana.

Asentí con los ojos y Pedro salió. No llegué a dormirme otra vez.

En los jardines resonaba el canto de los pájaros. De las cuadras se oían relinchos. Hasta los gritos de los vendedores de las calles de Roma llegaban a mi aposento. Doblaban las campanas. Yo estaba triste de estar sola y feliz de no haberlo estado toda la noche.

—Señora...

Me desperté sobresaltada, sorprendida de haberme vuelto a dormir.

—¡Oh, señora! ¿Qué ocurre? —gritaba Pantasilea—. Monseñor César está aquí con una escolta de hombres armados. Está dando gritos y quiere entrar.

—Bien, que entre. ¿Es que acostumbro a negarme a recibir a mi hermano?

Pantasilea trataba de distinguir si había alguien en la cama. Detrás de ella, guardando un silencio hostil, mi pequeña Caterinella, desgredada, estaba jugando al boliche.

—Nos ha preguntado por el conde Sforza —repuso Pantasilea—. Vos no me habíais ordenado que negara su presencia.

—No. ¿Por qué había de hacerlo?

—«Si está ahí, quiero verlo», gritaba vuestro hermano.

Volvimos todos la cabeza. Un paso firme acababa de resonar en el extremo de la pieza.

—¡Quiero verlo! — repitió César.

Iba mal peinado, llevaba el traje ajado y sus facciones hundidas. Debía de haber estado en vela toda la noche. Su actitud me tranquilizó. César no había sospechado nada y Juan Sforza contaba con cerca de veinte horas de ventaja.

—¿Queréis ver a mi marido, César?

—Que se levante y me siga...

Y añadió moderándose, sin duda a causa de las mujeres:

—Tengo que darle una noticia.

Nervioso, batía palmas a medias, como para dar prisa a las gentes que remoloneaban.

—El conde Juan Sforza estará desolado — contesté ceremoniosamente—. No esperaba vuestra visita.

—¿Quieres decir que no está contigo? — preguntó César con amenazadora calma.

Yo estaba encantada de la treta que acababa de jugarle. Encantada y aterrorizada.

Se lanzó sobre mi lecho. No dando crédito a sus ojos, cogió las sábanas y las apartó. Yo me hice un ovillo bajo mi camisa gritando asustada.

—¡Sólo esto me faltaba! Cállate, deja tus cloqueos para otro día. ¿Dónde está?

Sin esperar mi respuesta se puso a buscar por todo el aposento abriendo los cofres, apartando los sillones a puntapiés, levantando los cortinajes.

Llamó a sus hombres y Micheletto apareció en el acto, seguido de una banda de mocetones armados. Caterinella seguía jugando al boliche con inaudita insolencia. Pantasilea se tapaba la boca con el borde de su manto, bien porque estuviera asustada o bien porque hubiera decidido, convencional como de costumbre, adoptar una actitud de circunstancias. Yo, cohibida por las miradas de los guardias, me cubrí con las sábanas. El corazón me latía fuertemente y esperé los acontecimientos.

César estaba echando los bofes, pero cuando vino a sentarse al borde de la cama había encontrado otra vez aparentemente la calma.

—¿A qué hora se ha marchado? — me preguntó fríamente.

—¿Tú crees que lo sé? Por la mañana...

—Esto es impreciso... ¿Al amanecer, entrada la mañana?

Encontré valor para reírme:

—Los poetas hacen una distinción entre el alba y la aurora, pero no las muchachas perezosas como yo. Cuando se ha ido, yo estaba durmiendo. Apenas le he oído vestirse...

Hice como si buscara algo en mi memoria, pues la mirada de César se hacía más dura a cada instante.

—Me ha dicho algo, pero no recuerdo qué. En todo caso, un rayo de luz se filtraba por la ventana. Era de día.

César observó en voz baja como hablando consigo mismo:

—Las ventanas estaban vigiladas y en el corredor y en la escalera había guardias. No ha podido huir de día. Sin duda, se ha ido de noche, y por la ventana.

Se levantó de un salto y se puso a increpar a sus guardias.

Micheletto, con su aire huraño y socarrón, lo escuchaba sin aparente emoción. Movía la mano derecha como si hiciera saltar sobre la palma una moneda. Los guardias, después de haberse oído tratar de pasmados, estúpidos, holgazanes, imbéciles y eunucos, se precipitaron en tropel hacia las ventanas en las que César esperaba encontrar huellas de la evasión.

—¿Doña Lucrecia me necesita?

Era Pedro que acababa de entrar sin hacer ruido. Tenía la mano en la empuñadura de su puñal. Detrás de él, distinguí, en el marco de la puerta, una docena de mis guardias. Desde el punto de vista del colorido, no quedaba mal. En la claridad abribleña, las evoluciones de los hombres de César, de amarillo y blanco, la inmóvil perspectiva de los míos, a franjas amarillas y oscuras, la negra silueta de César, la de Pedro igualmente morena, la mancha blanca del vestido de Pantasilea, las manos unidas, y los movimientos regulares de mi morita tornasolada como una mariposa, obstinada en su boliche, componían un cuadro sugestivo. Hubiérase podido hacer un ballet cuyo título me puse a buscar inmediatamente. Tenía miedo, pero estaba de buen humor y sentía hambre.

—Gracias, Pedro — dije —. No necesito nada. Como podéis ver, mi hermano está buscando a alguien.

Me había echado a reír al acabar la frase, pero me detuve al oír el tono impersonal con que Pedro acababa de contestarme:

—Bien, señora.

Había pasado la noche a mi lado, completamente desnudo, me había besado y me miraba como si nada hubiera ocurrido.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

Era César, que avanzaba a cortas zancadas hacia Pedro.

—Estoy cumpliendo mi obligación — contestó el otro.

—¿Sabéis que...?

—Sé que estoy al servicio de doña Lucrecia para velar por su seguridad. Lo he logrado ante los invasores franceses y continuaré velando en cualquier circunstancia. Si me fuera imposible seguir haciéndolo lo pondría en conocimiento de Su Santidad el papa.

Micheletto, que daba escolta a mi hermano como el dogo a su dueño, se aprestaba a lanzarse sobre Pedro. César lo detuvo con una mirada.

—Bien, muchacho — dijo a Pedro—. Sería el último en reprochároslo, si vuestra intervención en este caso no fuese perfectamente inútil. ¿Cómo podéis pensar que doña Lucrecia esté en peligro cuando precisamente estoy yo en su aposento con mi guardia?

—Quería asegurarme, monseñor, que se trataba exactamente de vos y de vuestra guardia — replicó Pedro con una velada ironía que afinó sus gruesos labios.

—Vamos a ver — ladró Micheletto —, quizá vos sabéis adónde ha ido el conde Sforza...

—Yo —dijo Pedro con calma— no estaba de guardia esta noche. Salí anoche para ir al baile y he vuelto a las dos. No he visto al conde.

Hubo un silencio. Después mi hermano exclamó:

—¡Todo el mundo fuera!

Esperaba este momento desde el principio. Felizmente fue corto. César me miró a los ojos como queriendo fascinarme y articuló:

—¿Le has facilitado tú la huida?

—No, no he sido yo.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Qué camino ha tomado?

—No sé nada.

—Piénsalo bien. Si Sforza consigue alcanzar la frontera, las consecuencias de su fuga pueden ser graves para Roma.

—Pero...

—Pero para ti lo serán sin duda alguna. No serás mas que una mujer abandonada por su marido, que es nuestro enemigo. Si sigue viviendo no podremos casarte otra vez. No servirás para nada, no serás más que un estorbo. Mi último favor será dejarte elegir convento.

No lo miré cuando salía. Cerca de la puerta se detuvo y añadió:

—Micheletto va a lanzarse por su lado en persecución de Sforza. Yo permaneceré una hora todavía en palacio. Si la perspectiva del convento te refresca la memoria, házmelo saber.

Se oyó el crujido de sus botas, el rumor de sus armas y el golpe de la puerta al cerrarse.

En el fondo del aposento vi a Caterinella. Se había ocultado detrás del batiente de una ventana abierta. Salió de su escondite sin dejar de jugar al boliche.

—Esto presenta mal cariz —dijo—. Me pregunto qué podremos hacer en un convento. La culpa de todo la tiene Pantasilea.

Yo sabía que se detestaban y no hice caso de sus palabras. Me hizo preparar un baño, y en la bañera, mientras me enjabonaba, me puse a pensar.

Las amenazas de César me fastidiaban. Mi endiablado hermano me estropeaba el placer que me producía verme libre de mi marido.

Sin embargo, no podía revelar a César el itinerario que Sforza seguiría en su fuga. En primer lugar, porque era tanto como confesar mi complicidad. Después, porque con la ventaja que llevaba Sforza, los hombres de César no lograrían darle alcance, y con ello mi situación de esposa abandonada no cambiaba en nada, y por último, porque me repugnaba denunciar a quien fuese, incluido un marido tan odioso como el mío.

El agua tibia, los ungüentos y las manos suaves de Caterinella se deslizaban por mi cuerpo, acabando de restañar las contusiones de la víspera. Cuando la morita me secaba, recobré mi buen humor.

Por poderoso que fuese César, no podría impedir que mi hermanito Gandia se interesara por mi suerte. Y, además, iría a echarme a los pies del papa. Por otra parte meterme en un convento sería una torpeza que dejaría entender que me había convertido en cómplice de mi marido y esto no serviría la política de César. Al contrario, al quedar libre, se me podía presentar como objeto de conmiseración a los ojos de los embajadores napolitanos: la desventurada esposa abandonada por el felón Sforza, por Orden de Milán.

Decidí mostrarme primaveral. Caterinella me vistió con una camisa de finísimo lino y me puso mis medias más bordadas. 'Pero estaba visto que no podría ponerme la ropa elegida, pues Pantasilea apareció con un mensaje de César. Exigía que partiese con él en persecución de mi marido para demostrar a todo el mundo que no lo había ayudado a huir.

No podía negarme. Ordené a Caterinella que me vistiera con mi traje de amazona oro y limón.

Diez minutos más tarde cabalgaba al lado de César.

Apenas salimos de Roma, nos lanzamos al galope. Era una hermosa mañana. Los pájaros trinaban en los setos. Los pescadores cantaban en sus barcas, que encontrábamos a lo largo del Tíber, en cada uno de sus meandros. Para festejar el retorno de los días primaverales y el fin de la Cuaresma, los campesinos habían adornado las cabezas de sus bueyes con flores, formando una lira entre los cuernos. Nuestros hombres levantaban torbellinos de polvo que se elevaban hacia

el cielo.

El número y la estrepitosa marcha de la escolta armada que nos seguía inspiraba algún temor a los apacibles transeúntes que, apeándose de sus asnos o mulos, buscaban refugio en los barrancos o en los caminos<sup>1</sup> adyacentes. Por los prados corrían pequeños campesinos con los pies desnudos. Una hermosa muchacha que no se había resguardado fue rozada por el caballo de César. Él se inclinó y cogió al vuelo la rosa que llevaba prendida en el pelo. Después, victorioso, se la puso entre los dientes.

Sin temor a las espinas, se la cogí de la boca, hice caracolear mi caballo y corrí a prenderla de nuevo en el pelo de la muchacha. Y estaba otra vez al lado de César cuando él apenas había logrado volverse. A pesar de mis diecisiete años montaba mucho mejor que él y los dos lo sabíamos. Yo me jactaba de ello y él se sentía molesto.

—Estás muy alegre — me dijo refunfuñando.

Era una manera de recordarme que si aquella mañana de primavera andábamos a lo largo de la Vía Tiberiana, el objeto de nuestra cabalgada era el arresto de un hombre y su muerte. Sin embargo, no acababa de entristecerme, pues creía que Juan Sforza estaba fuera del alcance del galopar de nuestros caballos.

Solamente al reflexionar durante el período de silencio que siguió al comentario de César, descubrí los peligros que acechaban a mi marido. Si había seguido mi plan y se había detenido en el convento de San Sixto, habría tomado por la Vía Apia, desviándose, pues, en dirección a Nápoles. Debía seguir por este camino bastante tiempo antes de encontrar otro que lo llevase a Spoleto, sobre el que nosotros seguíamos. Desde luego, si tomaba nuestro mismo camino, había un evidente peligro. Si en vez de limitarse a cambiar de ropas en San Sixto, había creído conveniente charlar con la superiora o aceptar la comida que la valerosa mujer no habría dejado de ofrecerle, si había tenido la debilidad de descansar un poco antes de reanudar la marcha, lo alcanzaríamos indefectiblemente, pues disponíamos de más relevos de caballos de los que él tenía.

Yo conocía bastante las incertidumbres de mi marido para no temer que no hubiera resistido la tentación de pasar unas horas de solaz en el convento. —¡El imbécil! — murmuré.

—¿Qué?

—Nada.

César no hizo caso de mi réplica. Su mirada estaba fija en el camino. Cada vez que veía a lo lejos la menor sombra de caballero, cuya silueta se dibujaba en tono más oscuro sobre el azul horizonte del lánguido paisaje, se levantaba sobre los estribos y hacía chasquear la lengua de impaciencia.

Bien entrada la tarde seguíamos galopando. Yo me sentía fatigada. El polvo se adhería a mis mejillas. Vi con agrado los grandes pinos que anunciaban el lindero

del pueblo en el que teníamos que cambiar de montura.

Hicimos alto en una posada de pueblo. Me apeé en el acto, sin ayuda de nadie, César, con agujetas a causa del galope, tuvo sus dificultades para descender de su montura. Yo me burlé un poco de él y entré la primera en la sala del albergue.

Habíamos convenido que, mientras aparejaban los nuevos caballos, tomaríamos una buena colación.

La obesa posadera puso sobre la mesa pescado frío, queso de cabra, una gran hogaza y vino de Trebiano. La sala estaba oscura, tibia, impregnada de olor a cebolla. Las celosías dejaban filtrar rayos de luz cegadores. Del exterior nos llegaban el golpear de los cascos y los gritos de los palafreneros. De vez en cuando, cantaba un gallo.

Sin dejar de comer, César se dejaba llevar por su afán de comunicar sus impresiones.

—¡Lo alcanzaremos!

Y un poco más tarde:

—Aunque tenga un plan perfecto, versátil como es, cambiará de opinión. Perderá tiempo. El hombre que tiene miedo corre menos de lo que se cree.

Buscaba una aquiescencia por mi parte y tal vez también información. Yo comía. Mi apetito lo asombraba.

—No nos detendremos durante la noche —prosiguió.

Sin dejar de comer queso, yo pensé que una persecución llevaba a cabo por César se presentaba, en efecto, más rápida que una fuga vivida por Sforza. Además, la perspectiva de una noche sin sueño me parecía tanto más amarga cuanto que las contusiones de la víspera, avivadas por el galope, volvían a molestarme.

—Aquí tienen algo bueno — anunció la posadera gorda, depositando sobre la mesa una masa rojiza, con una pasta amarilla, que pretendía ser un pastel.

—Es un pastel de cerezas, ¿no crees? —preguntó César.

—Más bien parece un pastel de moscas.

Las moscas se arracimaban, arrastrándose con su zumbadora glotonería por los relieves que ofrecía el pastel. Algunas se habían ya sumergido en la masa. De todos modos, César quiso cortarlo. Yo no pude reprimir una mueca de asco como si la hoja del cuchillo, al mismo tiempo que la pasta, fuese a cortar las moscas.

Al mismo tiempo me repugnó la gente, desde mi marido que huía de César, hasta César que perseguía a mi marido. Estaba demasiado inclinada a la poesía, que a escondidas leía en San Sixto para que la vida que llevaba desde hacía algunos años no me descorazonase. De pronto, en el momento que la hoja del cuchillo se hundía en el pastel, tuve la certidumbre de estar en trance de equivocarme mi vida. Yo me sentía capaz de soportar un gran dolor, un amor

desgraciado, una trágica separación, como se lee en Dante y Petrarca. Lo que me asqueaba era lo mezquino de mis sentimientos. Si hubiera odiado a Sforza o si lo hubiese querido, la persecución habría tenido algún sentido para mí. De su resultado hubiera podido esperar grandes emociones, la dicha o la muerte. Y lo que estaba haciendo era comer con un hermano decidido a matar a mi marido, sin que la suerte de éste me inspirase más que un suspiro que significaba aproximadamente: «Espero que saldrá con bien; pero si no lo consiguiese, bien merecido lo tiene.»

Duró poco el momento en que dudé de las razones que me quedaban de vivir. Apenas César tuvo tiempo de cortar una rebanada de pastel. Su mano quedó suspendida en el aire y yo tuve un sobresalto.

El clamor procedía de fuera. Al principio fue imposible de aclarar, en el concierto de alaridos, a los que se añadía el chasquear de los látigos, el patalear de los cascos y el chirriar de las carretas, la parte que correspondía al miedo, al odio o al furor.

De un salto, César se puso de pie, daga en mano. Corrió hacia la ventana. Yo temí un ataque, como él. Pero ¿quién iba a atacarnos? Sforza no contaba con partidarios dispuestos y los Orsini no podían haber previsto nuestro paso. ¿Serían bandoleros?

La risa de César no me tranquilizó. Yo sabía bien que a César le hacían reír las cosas más terribles. Me uní a él en la ventana, de la que había quitado la celosía. La luz de la blanca plazoleta me deslumbró de pronto. Después pude ver a un campesino que vociferaba con un bastón en la mano. Corría alrededor de una pequeña carreta verde, de esas pintarrajeadas con motivos piadosos, que se ven a menudo en el país. Estaba cargada de hierbas y la yegua castaña que estaba uncida a ella relinchaba de terror, con las patas temblorosas y la grupa tan baja que los fardos de hierbas se le venían encima.

Me incliné y entre la carreta y el patio de la posada pude ver un hermoso caballo blanco destinado a César que daba vueltas con tres palafreneros aferrados a sus crines y bridas.

Se encabritó con tal violencia que uno de los palafreneros fue derribado y rodó por el suelo, aturdido. Con un terrible relincho, la bestia trató de lanzarse sobre la carreta, pero otros dos caballos, con sus caparazones, escapando a los guardias que los sujetaban y vociferaban también a grito pelado, le cortaron el camino. Hubo una pelea feroz.

La batalla de los caballos me pareció absurda y magnífica. Uno de ellos, enteramente negro, alzándose sobre sus patas traseras, entre el cabrilleo de su gualdrapa oscuro y plata y los destellos de la silla, parecía apretar con sus patas al caballo blanco que le mordía el cuello. Pero fue el blanco el que se impuso, apartándolo.

Habían acudido otros guardias, que se arrojaban sobre las bestias. Elevábanse columnas de polvo.



—¡Dejadlo! — gritó César.

Los soldados se volvieron hacia él. Con los brazos en jarras, añadió:

—Y a ella, desenganchadla.

Dos guardias se lanzaron sobre la carreta y desuncieron la yegua mientras un tercero apartaba a puntapiés al labriego que protestaba.

—¡Vamos a rérnos! — exclamó César.

Los hombres se volvieron hacia él y se echaron a reír, excepto los rencos que se batían en retirada hacia el patio.

Al verse libre, el caballo blanco se dirigió con un trote circular hacia la yegua. El caballo negro quiso lanzarse sobre él todavía, pero los guardias lograron arrastrarlo hacia el patio y, durante un minuto, la plazoleta se convirtió en un ruedo, en un palenque donde debía desarrollarse un combate, pues el pavor de la yegua me hizo creer en una de aquellas luchas sangrientas que a César le gustaban tanto, entre gatos furiosos o entre toros bravos.

El caballo blanco se irguió. Por un momento corrió al lado de la yegua. Después empezó a dar vueltas a su alrededor. Yo creí que la mordía con furia, pero no tardé en adivinar una especie de caricia en sus dentelladas. Un momento la empujó con la frente. Tres veces se irguió sobre sus patas con un profundo relincho. La yegua bajaba cada vez más la grupa, con los flancos palpitantes, exhalando un sordo gemido, abriendo los lomos.

«¡Qué tonta soy! — pensé —. No se trata de una batalla.» En mi infancia había estado a punto de asistir a escenas de aquel mismo género en las caballerizas o los establos. Era de aquella manera como las bestias se reproducían, según me habían dicho lacónicamente. Y me habían apartado para ocultarme el final. Recordaba también el verso de Virgilio sobre las yeguas fecundadas por el viento. Pero esta vez estaba impresionada por la belleza del espectáculo. Había tanto deseo en el magnífico furor del caballo como en la espera quejumbrosa de la yegua.

Varias veces el caballo se dejó caer sobre ella, que hurtaba el cuerpo. El caballo parecía de plata, pues el sudor corría por su pelaje blanco y relucía al sol. Detrás de él, en el suelo brillaba una raya de espuma como se ve en las playas.

En las puertas de las casas aparecieron unas mujeres santiguándose horrorizadas. Una de ellas entró en la iglesia. Sin duda, encontraba inconveniente que ante un lugar sagrado se desarrollase aquel acto natural. Por lo que a mí se refiere, estaba demasiado emocionada para indignarme. Estaba temblando como la yegua. Mi frente transpiraba como la del caballo blanco. Cuando el vencedor empezó a poseer a su presa, mi corazón se puso a latir al mismo ritmo.

—Ahora va bien —gritó César—. Acabad de ensillar los otros en lugar de mirar como si nunca hubierais visto cosa igual, partida de holgazanes.

Se volvió hacia mí. Sus ojos reían.

—¡Era hermoso! — murmuré —. ¡Lástima que nosotros estemos hechos a

imagen de Dios!

Su frente se surcó de arrugas, entornó un ojo y me miró con aire burlón.

—¿Qué quieres decir con esto?

—Que los animales, que se ven dominados por los instintos, al contrario de nosotros que lo estamos por el espíritu, pueden... quiero decir que se ven obligados a expresar sus sentimientos por otros medios que nosotros.

—¿Eh?

—Es más salvaje, más brutal, más bárbaro —repuse, arrebatada por mi idea—, pero tiene cierta belleza. Nosotros nos hemos llegado a vestir con elegancia, hacemos versos, tenemos un alma, pero creo que perdemos algo...

César me contemplaba con una expresión abatida.

—¿Qué es lo que perdemos? — preguntó.

—Tal vez me explico mal, es demasiado sutil para vos — dije con impaciencia—. Indiscutiblemente tengo el derecho, a la vez que me felicito de nuestras artes y de nuestra civilización, de deplorar que el hombre y la mujer no puedan...

—¿Qué?

Yo estaba asombrada, no tanto de la incomprensión de mi hermano como de su paciencia. Generalmente, cuando mi hermano Gandia me escuchaba con gusto y mis pequeños discursos le parecían ingeniosos y originales, César me trataba de atolondrada o afectaba hablarme ceremoniosamente como a la poetisa de los Borgia. Ahora bien, esta vez, su interés no decaía.

—¿No puedan qué? — repitió.

—Acercarse, abrazarse de este modo. En suma, entre un hombre y una mujer, no hay más que el beso. Es un poco travieso.

—¡Espera! ¡Espera! No hables tan deprisa. Voy a repetirte lo que me has dicho y tú vas a indicarme si he comprendido bien.

Su rostro se apasionaba. Se dejó caer en un escabel que estaba cerca, me cogió la mano y articuló como alguien que repite una lección muy precisa:

—Según tú, el hombre y la mujer no tienen otro medio de probarse su amor que besarse en la boca. ¿Es esto lo que has dicho?

—Sí.

—¡Espera! Y deploras que la ceremonia a que acabas de asistir sea imposible para la especie humana. ¿Es esto? Contesta sí o no.

Yo me encogí de hombros.

—¡No me digas! Estoy muy lejos de burlarme de ti. He reflexionado mucho en dos minutos. El primer lugar, me he dicho: «¿Qué historia ridícula se le está ocurriendo?» Después me he dicho: «Dios mío, es que...» Me he resistido a creerlo. Era increíble. Y todavía no estoy convencido del todo. Concédeme un minuto de respuestas claras. Entre Juan Sforza y tú...

Oyéronse irnos pasos en la entrada de la sala. César se volvió.

—Monseñor, los caballos están listos —dijo el guardia.

—Así revientes tú y los caballos. ¿No ves que estoy hablando?

El hombre desapareció rápidamente y César me sonrió como a una niña de la que se espera sacar una información, a fuerza de paciencia.

Yo estaba aturdida.

—Entre Juan Sforza y tú — repitió — hubo una ceremonia la noche de bodas. Os tocasteis las rodillas o algo parecido, ¿no es cierto? Tú eras demasiado niña. Tenías trece años, ¿no es así? Bien. De esto hace cuatro años. ¿Y después que ocurrió?

—¿Cómo qué ocurrió?

—¿Cuándo empezasteis a dormir juntos?

—Nunca.

Apretó tanto la mano que estuvo a punto de romperme los huesos de la muñeca.

—¿Cómo te atreves a mentir así? La última noche, ¿no estaba acostado en tu cama?

Habla olvidado mi mentira y rectificué:

—La última noche se acostó conmigo porque tenía miedo.

—¿Esto es todo?

—Sí.

Entornó los ojos, como en un esfuerzo de rebuscar en su memoria.

—Sin embargo, me habían dicho que en Pesaro, molesta precisamente por su poca asiduidad, le habíais dado a beber un filtro y habíais quedado satisfecha.

—Aquella noche me besó y después me mandó a mis aposentos. Y, no obstante, no era mucho lo que le pedía. Sencillamente, que compartiese mi lecho, como hacen los demás maridos.

—¡Así, pues, eres virgen! — exclamó.

—No lo soy, puesto que estoy casada.

Se levantó y respiró a pleno pulmón. Después me cogió por los hombros.

—Sólo me quedaba un punto oscuro —murmuró, con expresión radiante y animosa—, y acabas de aclararlo. Recuerdo las cartas que escribía a Ludovico el Moro. No había engaño. Le repetía: «Procedo de modo que si la situación llega a ser insostenible, podáis volver a casarme con una familiar de alguno de vuestros aliados.» ¡Así procedía! Es decir que no procedía de ningún modo sabiendo que el solo motivo de divorcio es la no consumación del matrimonio. Ahora nada me cuesta imaginármelo, primero repitiéndote que eras demasiado niña. Y después, al darse cuenta de que seguías siendo inocente, prosiguió su juego en espera de

que la situación política se aclarase. Pero de esto vamos a aprovecharnos nosotros.

No cabía en sí de gozo. Me cogió por la cintura y me levantó en volandas.

—Me molestaba tener que matarlo. Y no es que me agradase, aunque nunca pude soportarlo. Pero este asesinato me hubiera sido atribuido y habría causado mal efecto. En cambio, un gran proceso de divorcio probará el respeto que tenemos por la legalidad y, además, me proporcionará una buena ocasión de ponerle en ridículo. Europa se va a reír al saber que el sobrino de Ludovico el Moro es impotente. ¡Magnífico!

Y como si fuese él el autor de la situación creada, añadió:

—Maquiavelo va a estar orgulloso de mí.

Me cogió por la nuca y me dijo al oído:

—Además, voy a hacerte una revelación, preciosa. No sólo los caballos...

Yo me aparté.

—¡Gracias! — le dije furiosa —. Hace un rato que lo he comprendido.

Vació de un trago lo que quedaba en su vaso y lo tiró al suelo apisonado, donde quedó hecho añicos, arrojó una moneda de oro a la posadera, se precipitó hacia fuera como un poseído, besó el caballo blanco que estaba aún cubierto de sudor, y se puso a dar voces en demanda del campesino a quien pertenecía la yegua. Al aparecer éste, arrastrado por un guardia, implorando piedad, le arrojó una bolsa repleta de ducados.

Después montó en su caballo.

—De todos modos —les gritó a los de la guardia—, no se puede forzar a nadie a aceptar una invitación para asistir a una cena. ¡Tanto peor para Juan Sforza! Vamos a cenar prescindiendo de él, en Roma.

Los guardias hicieron volver grupas a sus monturas.

Yo cabalgaba ya y ni siquiera me daba cuenta de que el descubrimiento de mi virginidad acababa de salvar a mi marido. Sencillamente ya no pensaba en él. El caballo trotaba delante de mí, pero yo lo seguía viendo alzado sobre sus patas traseras, galante y furioso. Era mejor que mi hermano no se volviese hacia mí, porque se habría burlado de mi rubor. Me sentía feliz de que nadie pudiera adivinar la idea que me obsesionaba: el beso. El beso que Pedro me había dado, sólo era el prelude del gran acontecimiento que, en algún momento, todo mi ser había presentido.

El día era hermoso. El crepúsculo nos envolvía. Como mi cuerpo estaba fatigado, yo lo sentía latir desde las rodillas hasta los hombros, y sabía que era deseable.

# CAPÍTULO IX

## LA VERJA DEL LOCUTORIO

Así, pues, creí que mi vida iba a tomar otro cariz, pero no tomó el que yo había previsto. No se abrió al amor como pensara yo durante el sosegado regreso a Roma, sino al horror. Puedo fijar la fecha de esta nueva revelación, ocurrida unos meses más tarde, exactamente el 16 de junio.

Aquella tarde, estaba en el convento de San Sixto. Debo decir que después de la huida de mi marido, se había iniciado el expediente de divorcio y, en espera del fallo, me había retirado a mi querido convento.

Me sentía feliz de haber vuelto a encontrarlo, de llevar en él una vida apacible y protegida por los sonos de los clavicordios. En mi celda tenía uno y además un laúd. Me consagraba complacida a ayudar a las hermanas a copiar manuscritos y desleía los colores preparándolos para las hermanas que se dedicaban a iluminarlos, llegando incluso a dibujar por mi propia mano las letras mayúsculas y pintarlas.

El sol se ponía cada día un poco más tarde. El jardín era frondoso, el follaje espeso y estaba repleto de frutas que atraían a los pájaros y las abejas.

La sencillez de mi celda me agradaba. Había vuelto a encontrar el pesado barreño de plata para mi aseo, mi escritorio de concha, mi tintero, mi vaso y mi pequeño reclinador infantil.

Me hallaba en un estado ambiguo y agradable. La estancia me encantaba, proporcionándome ocasión de prolongar mi infancia, consagrándome a mis anchas a los trabajos más serios y al mismo tiempo deseando que terminaran, pues esperaba el regreso al mundo para satisfacción de mi alma y de mi cuerpo. No quería a nadie, estaba enamorada solamente de la pasión y del deseo.

Verdad es que las figuras masculinas que veía en mis sueños se parecían más o menos al hombre que, al remplazar una noche a mi marido, había tenido la osadía de besarme. Pero no me causaba ningún sufrimiento estar separada de él. Repito que era feliz. Feliz por la vida que llevaba y por la que, así lo creía yo, me esperaba.

Entonces llegó aquel 16 de junio. Yo me disponía a acostarme. Los sonidos habituales de los pájaros, de la noche y del jardín, penetraban en mi cuarto a través de la ventana. Dentro de mi pesada camisa de tela blanca, corrí a acurrucarme delante de la ventana abierta, pues no rezaba conmigo la regla de

las religiosas que no deben mirar al exterior y en el convento era tratada más bien como una princesita de paso que como una penitente. Y entonces llamaron a la puerta de mi celda.

La verdad es que, terminadas las vísperas, Girolama Pichi, la superiora, había intentado hablarme de la fragilidad de la vida y la grandeza de la muerte, pero yo no le había prestado oídos. No había muerto todavía ninguna persona que me afectase mucho, y para mí la muerte era aún una abstracción, algo grandilocuente.

Sin embargo, al ver que la toca de la superiora se encuadraba en el marco de la puerta entreabierta, comprendí que se trataba de algo grave. Me besó, a despecho de la regla, y me ayudó a vestirme, solicitud que no era habitual en ella. Yo no me atrevía a preguntar. En la escalera, musitó una oración cuyas palabras no llegaban a mis oídos. Y al llegar a la puerta del locutorio, me cogió la mano:

—Parece que ha muerto alguien. Creen que está lejos, de vos, pero jamás ha estado tan cerca.

El locutorio estaba mal iluminado por algunas mariposas. El cuadro de Filippo Lippi, que representaba el Santo Entierro, adquiría mayor suavidad que de día. Sus lejanos fondos se ofrecían menos verdes, más azules, encuadrando y dando mayor relieve y más cálida tonalidad a la triste nobleza de los rostros, de las cabezas inclinadas.

Al otro lado de la verja, los hombres que me esperaban estaban silenciosos, vestidos de negro. Nada turbaba el eco que se levantaba en la gran sala, cada vez que mi pie rozaba las losas. La voz de la superiora se elevó tras de mí:

—No le he dicho nada.

Volví la cabeza, pero ella se alejaba ya, sin ruido, con el porte altivo y sereno que era motivo de burla de las alumnas:

«La Madre Superiora cree que anda sobre las aguas.»

Otra voz dijo:

—Nos hemos permitido insistir con la Madre Superiora para ser los primeros en anunciaros una noticia que requiere de vos mucho valor.

Traté de distinguir los rostros. Para mí eran desconocidos. El hombre que había hablado era gordo y por lo que la luz dejaba ver su tez era violácea.

—Señora —prosiguió al adivinar mi perplejidad—, soy el procurador de Su Excelencia el gobernador de Roma. Su Santidad el papa ha dispuesto que sea yo quien os anuncie la noticia. Su Santidad hubiera preferido dárosela con ciertos miramientos, pero en las terribles circunstancias por que atravesamos deben prevalecer la verdad y la justicia. Vuestro hermano el duque de Gandia ha dejado de existir.

El eco se apoderó de las palabras «ha dejado de existir», que repercutieron por las bóvedas. Al fin del eco, me parecía oír la voz de Gandia. Cuatro años antes

había venido a buscarme a aquel mismo convento, con Pantasiles y Caterinella, que yo aún no conocía. Había venido a buscarme en una dorada mañana. Sus cabellos formaban bucles y su actitud era altanera. No cesaba de reír. Su traje gris y oro me deslumbraba. «Vas a casarte», me había anunciado. Fuera, las muías agitaban sus cascabeles. Yo me había casado. Mi marido había huido; Gandia había muerto.

—No —dije—. No vale la pena.

Valía la pena. Las dos monjitas que la Madre Superiora había mandado para asistirme tuvieron que sostenerme por las axilas, con todas sus fuerzas. Así di unos pasos titubeantes. Tan pronto veía los azules y dorados del Santo Entierro, como detrás de la verja, las negras siluetas, tan inmóviles como los personajes del cuadro, pero muy feas.

—Venid a mi oratorio, rezaremos juntas — me propuso la Madre Superiora, que había vuelto con su paso silencioso. Y añadió:

—En lo sucesivo, no tendréis necesidad de desplazaros o de escribir, cuando queráis hablar con el duque de Gandia. Os bastará arrodillaros. Y veréis, mi querida niña, que la oración es la más rápida y la más íntima de las correspondencias. El duque de Gandia ha dejado de existir. Arrodillémonos, unamos las manos y el duque de Gandia estará con nosotras.

Por fin habían empezado a brotar las lágrimas de mis ojos. Me arrojé en brazos de la Madre Superiora, que quiso llevarme, pero la voz del procurador resonó:

—Permitid, Madre Superiora, que os supliquemos que os retiréis y nos dejéis solos con doña Lucrecia. No hemos terminado nuestra triste embajada.

Sobre las losas chirrió un sillón que me traían. Me encontré sentada ante aquellos hombres fúnebres que seguían de pie al otro lado de la verja. Bruscamente salían las preguntas de mis labios, en forma desordenada. Dudaba de la muerte de Gandia. ¿Dónde había muerto? ¿Cuándo? ¿De qué? ¿Estaban seguros de su muerte?

En el séquito del procurador se elevó un rumor de voces, entre las que me pareció entender que mi hermano se había ahogado. Mi esperanza renació. ¿Habían encontrado su cuerpo? ¿Estaban seguros de que era el suyo? ¡Gandia se ausentaba tan a menudo!

—Señora — repuso el procurador con una voz enérgica que restableció el silencio—, el duque de Gandia, Capitán General de la Iglesia, ha sido asesinado.

Varias personas del séquito se persignaron. Todavía me parece que siento en las palmas de mis manos la frialdad de los brazos del sillón.

—Es mi deber — prosiguió el hombre — haceros un resumen del atestado del descubrimiento del cuerpo. El duque de Gandia no aparecía por Roma y ello provocaba la inquieta solicitud de Su Santidad el papa y la preocupación de todos sus amigos. Las indagaciones ordenadas por el gobernador de Roma dieron por

resultado la interpelación de un batelero dálmata, llamado...

—Giorgio —le sopló el hombre que estaba a su derecha.

—...que reconoció que en la noche del 14 al 15 de junio se encontraba en su barca en el Tíber, más allá del puente Ripetta. Estaba encargado de vigilar los tablones amontonados en el ribazo antes de embarcarlos. Oyó ruido de pasos en una callejuela adyacente al muelle. Aparecieron dos hombres y miraron hacia el río...

—Un solo hombre — rectificó respetuosamente el hombre de la derecha.

—Uno o dos, no importa — exclamó el procurador, encolerizado —. El caso es que habiéndose asegurado el individuo que el lugar estaba desierto, desapareció. Volvió a pie al frente de un insólito cortejo. En primer lugar marchaba un caballero y tras él dos hombres que tiraban de un caballo. El batelero, que se había agazapado en su barca, vio que atravesado en el caballo había algo que tomó por un fardo, pero después distinguió unas piernas que colgaban, oscilando al paso de la montura.

—Era un caballo blanco — precisó el hombre de la derecha.

—Llegados al ribazo, los hombres dieron vuelta al caballo, que quedó con la grupa del lado del río. El caballero dijo: «Vamos», o algo parecido. Los hombres sujetaron el cuerpo, lo hicieron deslizarse del caballo, lo cogieron por las muñecas y los tobillos, lo balancearon para tomar impulso y lo arrojaron al agua. El caballero preguntó: «¿Ha ido al fondo?» Uno de los hombres contestó: «Sí.»

—Hay que observar que el batelero, en sus declaraciones ha introducido alguna modificación. En la primera, la respuesta del hombre había sido: «Sí, monseñor.»

—Tenía la intención de ponerlo de manifiesto — exclamó el procurador, muy enojado —. No estoy aquí para disfrazar la verdad. En su primera versión parece que el batelero, efectivamente, declaró que uno de los desconocidos había llamado «monseñor», al caballero. Pero como el citado batelero llama monseñor a cualquiera, incluidos los empleados de mi escribano, no tiene nada de extraño que este hábito haya deformado en su memoria la frase que oyó. Es un dálmata, un esclavón que ha venido a Roma a probar fortuna. El resto de las declaraciones no ofrece interés. Según dijo, el caballero se inquietó porque algo flotaba sobre el agua. «Es su manto», aclaró uno de los hombres. Y cogiendo unas piedras las arrojó sobre el manto hasta hacerlo hundir. Esta escena tuvo lugar exactamente en la desembocadura de la gran cloaca de Roma. El batelero no se creyó obligado a denunciarla. Al reprochárselo, dijo que como los hombres no habían tocado su madera, no había prestado mayor atención. Desde que vigilaba sus cargamentos, no era la primera vez que veía arrojar cuerpos en el Tíber.

—Era la segunda — dijo el hombre de la izquierda.

—La quinta — dijo el de la derecha.

—Ordenamos unas pesquisas en el río —prosiguió el procurador—. Las redes



de los pescadores dragaron horas y horas. Por fin retiraron... Debéis perdonarme la crudeza de los detalles, señora... Retiraron un cuerpo cubierto de barro y tan gris, que tuvieron que lavarlo y fregarlo hasta que pudo aparecer el jubón dorado, bordado de perlas, por el que pudo ser reconocido el duque de Gandia. Tenía nueve heridas en todo el cuerpo, una de ellas, mortal, en la garganta. Sus pies y sus manos estaban atados. No habla duda de que se trataba de un crimen que se había cometido en Roma, entre el puente Ripetta y la villa Coelius donde el duque de Gandia había comido en casa de doña Vanozza, vuestra madre, en compañía de vuestro otro hermano, monseñor César Borgia. Respetuosamente interrogado, monseñor César Borgia nos contestó que en efecto había salido de la villa en compañía del duque de Gandia. Éste fue interpelado a la salida en voz baja por un hombre enmascarado que había aparecido ya durante la comida. Entonces el duque de Gandia se separó de César Borgia y de su escolta, hizo dar un caballo al enmascarado y partió con un palafrenero por toda escolta. Este palafrenero ha sido hallado, incapaz de hablar a causa de unas graves heridas en la garganta. El odioso atentado no tenía por objeto el robo pues el cadáver del duque de Gandia tenía todas las joyas. Yo había recobrado un hilillo de voz:

—¡Cómo! — balbuceé —. Si no han sido ladrones, ¿quién ha podido ser?

—Esto es lo que nos estamos preguntando — replicó el procurador severamente —. Su Santidad daría la vida por saber el nombre del asesino. Estamos aquí porque pensamos que alguna revelación de vuestra parte puede orientarnos.

Creo que murmuré: «¿Y qué queréis que sepa yo de este asunto», o algo por el estilo.

—¿Debo entender —repuso el procurador— que no sabéis nada de los sujetos que han podido cometer el crimen ni los motivos que hubieran podido inducirlos a ello?

—¡Claro que sí!

Al otro lado de la verja se elevó un murmullo tan vehemente que, a pesar de mi abatimiento, le presté atención. El procurador y sus auxiliares discutían. Sostenía el primero que mi declaración bastaba y pretendían los otros que yo debía ser sometida a un largo interrogatorio. Estaba tan persuadida de no poder facilitar ninguna aclaración a la justicia que me levanté diciendo con una voz altanera que en primer lugar me sorprendió a mí misma:

—Esto es todo lo que tengo que declarar, señores.

Mis palabras fueron subrayadas por un momento de silencio y después se reanudó la discusión. El asesor de la izquierda, que había insistido en que uno de los asesinos había pronunciado la palabra «monseñor» al que los mandaba, acercó su rostro a la verja.

—Señora, debéis hablar para evitar otros crímenes — prosiguió —. Roma está harta ya de vivir bajo el imperio de la arbitrariedad. Los ciudadanos esperan que se hagan respetar las leyes. Un crimen impune supone una perspectiva de otros

diez. No os haremos firmar nada, señora. Habladnos francamente. ¿Acaso os molesta hablar ante tantas personas? Estos señores están dispuestos a retirarse. Hablaréis únicamente delante del procurador y de mí.

—¡Vuestra insistencia es un insulto que inferís a doña Lucrecia! — exclamó el procurador —. No tiene nada más que decirnos. Dejémosla con su dolor.

—¿Verdaderamente no tenéis nada que decirnos? ¿No recordáis algún hecho? Vos misma os hacéis preguntas, decidnos cuáles son. Rechazáis algunos recuerdos. No lo hagáis. Tal vez os decís: «¡No es posible!» Vaciláis antes de acusar, fundada en vagas e increíbles sospechas. Pero nosotros indagaremos y comprobaremos, señora. La confianza que depositéis en nosotros, no será causa de ninguna injusticia. Y puedo aseguraros que, por una vez, los culpables si son varios, o el culpable, si es uno solo, por elevada que sea su posición, aunque sea uno de los principales personajes de Roma, será castigado, porque este crimen es demasiado horrible y demasiado conocido para que la justicia use de sus acostumbradas lenidades. ¡Un nombre, señora! ¡Pronunciad un nombre! Y nos iremos enseguida. Más tarde os diremos si era él o no era él.

—¡No, no es él! — grité.

Al oír mi propio grito, se me puso carne de gallina.

Los hombres de negro retrocedieron, incluso el que se obstinaba en hacerme hablar. Llegado al final, él también tenía miedo. Con las manos abiertas me conminaron para que me callara, dispuestos a taparse los oídos. La torpeza que yo había cometido involuntariamente equivalía a una acusación, pues sobre ese «él» nadie se engañaba. Todos, sin excepción, habían pronunciado en silencio el nombre de César.

Me irrité tanto más por ello cuanto que, ni por un instante, había admitido el fratricidio. Y si había pronunciado la torpe denegación era precisamente por que me indignaba que las preguntas formuladas por el asesor de la izquierda tendían a hacer recaer las sospechas sobre mi hermano. Había insistido sobre el «monseñor», en el hecho de que el culpable podía ser uno de los primeros personajes de Roma. Sin aparentarlo, se me había incitado a meditar sobre otro detalle: Gandia había salido con César de casa de mi madre.

Así, a pesar de la antipatía que experimentaba contra el procurador, le estuve agradecida cuando se puso a insultar a su asesor, que, confundido, se callaba, con la cabeza baja.

Cuando el procurador anunció que la delegación iba a regresar a Roma, se oyó un murmullo. Después de haber pronunciado unas palabras en voz baja, se acercó a la verja con una expresión compungida solicitando con los ojos que me acercase a mi vez. Yo lo hice.

—Señora —murmuró en voz baja—, mis colaboradores creen que la exclamación que habéis proferido es susceptible de ser divulgada y comentada, aunque sea por una indiscreción, que no hay que descartar, de uno de nosotros. Este asunto es grave, muy grave. Ese «él» al que habéis aludido deberíais

nombrarlo. Sin embargo, escuchadme bien. No estáis obligada a pronunciar el nombre que se os ha ocurrido a la ligera. Sin duda, sería más conveniente acusar a un extranjero. Dentro de un momento os voy a pedir en voz alta que me digáis en quién estabais pensando. ¿Por qué no me contestáis: «En Ludovico el Moro»?

—Pero, señor —balbuceé—, esto sería mentir...

—¿Preferís tal vez los Orsini? Esos príncipes romanos odian mucho a la familia Borgia, que les ha arrebatado el poder en Roma y pueden haber llegado hasta el crimen. Hace poco, un Orsini, bastante mal sujeto por cierto, fue asaltado y muerto en unas circunstancias que siguen envueltas en el misterio. Su familia acusa a los Borgia. ¿No se habrían vengado en vuestro hermano?

Yo murmuré, desamparada:

—No lo sé.

—Puedo citaros otros nombres sospechosos: Guidobaldo de Montefeltre, el duque de Urbino, Juan Galeazo Sforza, Ascanio Sforza..., Juan Sforza.

El hombre me recordaba a Francesco, uno de mis sastres, cuando me ofrecía paños para elegir. Le dije firmemente:

—No sé nada, y ya basta.

—¿Habéis oído? — dijo dirigiéndose a los asistentes —. Doña Lucrecia no sabe nada y desea que nos retiremos para consagrarse a su dolor.

Pero el lívido asesor de la izquierda había recobrado una expresión enérgica.

—¿No podríamos rogar a doña Lucrecia que jurase ante el Cristo que no sospecha de nadie?

Se elevó un rumor. Las mariposas se agotaban. Mis negros visitantes se confundían en la oscuridad. Después me pareció que se abrían sus filas ante otro rumor más sordo, tan apagado que no provocó ningún eco.

—¿Ante el Cristo únicamente? ¿Y por qué no ante nuestra Santa Madre la Virgen? Esto sin tener en cuenta que no faltan otros santos en el paraíso que bien se podrían mezclar a esta bribonada para hacer mayor peso.

Era la voz de César Borgia. Vi su silueta que avanzaba lentamente. Llevaba un traje oscuro y un arma brillaba débilmente entre los pliegues de su capa.

—¿Cómo os llamáis, buen hombre? — dijo dirigiéndose al asesor de la izquierda.

El interpelado contestó en voz tan baja que no pude oírle.

—Alberto. ¡Bonito nombre...! Sin embargo, me parece que el que lo lleva tiene mal semblante. Al parecer, estabais tratando de impresionar a la princesa, interrogándola además sobre sus opiniones cuando vuestro cometido era simplemente comunicarle una triste noticia. Gracias a Dios, existe esta verja. De otro modo, tal vez no os hubierais privado de maltratarla.

—¿Yo? ¿Maltratar a doña Lucrecia? — balbuceó Alberto.

—¿Vais a desmentirme? ¿Después de haber ofendido a mi hermana me ofenderéis a mi?

El funcionario retrocedía para tratar de fundirse con la negra tropa que retrocedía a su vez. César se calmó con una rapidez terrible:

—No os asustéis, amigo. Ha sido una broma. Señores, os felicito por el talento y el rigor desplegado en las investigaciones sobre el asesinato de mi pobre hermano. Está bien. La Madre Superiora me ha autorizado para hablar con mi hermana a solas. Si, como creo, vuestra misión ha terminado, tened la bondad de esperarme un instante. Regresaremos juntos a Roma.

Los hombres salieron, uno tras otro, en silencio.

—¿No has dicho nada? — me preguntó César.

—No sabía nada.

—Eres una buena muchacha. Pero debes comprender que con las mujeres hay que andar con cuidado. Hay tantas que sin saber nada dejan entender que lo saben todo, que un hombre de buena fe tiene sus buenas razones para inquietarse en tan grave asunto. Comprenderás que la más anodina palabra salida de nuestros labios adquiere un valor enorme. Antes de hablar hay que pensarlo bien.

Yo no le escuchaba ya. Acariciaba silenciosamente mi pena.

—¿Te han preguntado —murmuró— si había sido...?

—¿Si había sido quién? — pregunté maquinalmente.

Estábamos casi a oscuras. A través de la verja no distinguía las facciones de César.

—Si había sido yo — dijo con voz ahogada.

Súbitamente me invadió una cólera cuyas causas no hubiera sabido explicar.

—No me han preguntado si habías sido tú —grité— ¡Al contrario!

—¿Al contrario? — preguntó apaciblemente.

—Al contrario, tenían un miedo mortal de oír tu nombre de mis labios. Tenían tanto miedo que se encogían dentro de sus capas. Se morían de miedo.

—¿Han pronunciado mi nombre?

Hirviéndome la sangre, me callé.

—Sin duda te habrán dado una versión tergiversada — prosiguió —. Seguro que tienen miedo de acusarme. Prefieren que el golpe venga de más arriba. Jamás se atreverían a acusarme, pero empujarían con gusto la carreta que me condujese al cementerio. Estoy estorbando a esa chusma formulista. No habrán dejado de decirte que fui la última persona que vio a Juan. Pues bien, esto es falso... Primero nos separamos y después despidió a su escolta.

Se hizo un silencio.

—No fui el último — repitió obstinadamente.

Tras la verja, yo lo veía andar como un animal enjaulado.

—¿Qué otras cosas te han dicho? La historia del «monseñor», ¿no es así? En Roma anda de boca en boca, ¡Como si en Europa sólo a mí se me llamase «monseñor»! El más insignificante cura de pueblo que ha ganado dinero vendiendo vino o indulgencias se hace llamar monseñor. Los posaderos llaman monseñor a todo el que lleva zapatos... Te habrán dicho que el espía, el batelero dálmata, había reconocido mi voz.

—No.

—¡Vaya! Al menos no se han atrevido a contarte esa mentira. ¡Es mentira! Nunca ese miserable ha reconocido mi voz. ¡Nunca! ¿Comprendes? Bueno, contesta, di algo.

—¿Por qué? Tú mismo te haces las preguntas y tú mismo las contestas.

—Bien, trata de contestar tú. ¿Por qué tenía yo que matar a Juan? ¿No es un hermano un amigo que Dios nos da?

—Para cualquier otro hombre que no seas tú, sí.

—Entonces ¿soy un monstruo?

—No lo sé, no sé nada... Pero recuerdo las palabras que pronunciaste el día que decidiste la muerte de Juan Sforza. ¿Las recuerdas tú? Estabas con ese hombre de semblante receloso, ese Maquiavelo. Y dijiste que el asesinato no te daba miedo. Recuerdo hasta la frase: «Un hombre asesinado evita la pérdida de diez mil soldados.»

—En política, así es. Pero del hecho de armar mi brazo para hacer ejecutar a Sforza por una razón de Estado, no puedes deducir que un motivo privado de rivalidad lo haya podido armar contra mi propio hermano.

—Eres tú quien habla de rivalidad, no yo.

—Hablo de rivalidad porque sería el único móvil de un acto así. Las opiniones de mi hermano no estorbaban mi política. El único móvil podían haber sido los celos. ¿Y de qué podía estar yo celoso? En Roma hay caicos más brillantes que el que yo ocupo, pero todo el poder real está en mis manos. No sólo este crimen no me beneficia en nada, sino que me perjudica. Mis enemigos, es decir, los de los Borgia, lo aprovechan para intentar derribarme. Sería una semana grande para ellos: Juan, duque de Gandia, muerto. César Borgia en prisión, acusado de su asesinato. Su Santidad el papa Alejandro Borgia abatido por la desesperación. ¿Qué quedaría de nosotros? Joffre tiene la edad de un paje, y hasta los gustos, y tú, repudiada y en un convento. Se acabaron los Borgia. Esto es lo que quieren. Sueñan con ello en Milán, en París, en Venecia, y con ellos, sus amigos los enemigos de los Borgia, los traidores de Roma. Nos odian porque nuestros proyectos son ambiciosos. Y son ambiciosos porque nos hemos hecho cargo del futuro de Roma y su espíritu y porque no reparamos en medios para alcanzar este fin. En compensación, ellos estiman que todos los recursos les son lícitos, a pesar

de la mezquindad de sus deseos, que consisten en conservar sus privilegios. Y esperan que nos ahogemos en la sangre de uno de los nuestros, asesinado con el único objeto de desesperar o derribar a los supervivientes.

Corté secamente su discurso:

—Si eres inocente, César, te compadezco. Eso debe de ser atroz.

No contestó. Yo oía su respiración.

—No lo sabes todo —prosiguió midiendo sus palabras—. En Roma hay personas que han encontrado los motivos que me hubieran llevado a atar las manos y los pies de Gandia y asestarle nueve puñaladas antes de arrojarle al fango del Tíber. Esas personas divulgan una innoble acusación que Juan Sforza lanzó contra nosotros el mes pasado.

—¿Contra nosotros?

—Contra ti, contra Gandia y contra mí. ¿No lo adivinas...? No, no puedes imaginártelo. Habíamos aprovechado tu estancia en el convento para ocultarte semejante horror. Juan Sforza asegura que entre tú y yo... y entre tú y Gandia había...

—¿Qué?

—Relaciones criminales. ¿No comprendes? Un doble incesto, en fin.

Yo había olvidado la palabra incesto pronunciada por Juan Sforza durante su crisis de furor. Me volvió a la memoria sin escandalizarme. La seguí interpretando como una preferencia otorgada a un hermano sobre el marido. Pero, de pronto, una luz deslumbradora se hizo en mi mente. Después había tenido la revelación en la sala de la posada, con el espectáculo de los caballos. Había comprendido en qué consistían las relaciones normales entre marido y mujer. En un instante sentí el horror del crimen de que se me acusaba.

A pesar de la oscuridad quise ocultar mi cara. Mis manos se crisparon sobre mis mejillas que las lágrimas enfriaban. Me cubrí los ojos para no ver la sucesión de imágenes que me asaltaban: el semental alzado sobre sus patas traseras, tenso, dispuesto a lanzarse sobre la yegua sometida, y después las siluetas de Gandia y de César... y yo.

Para arrancar de mí esta horrible asociación, exclamé con una voz aguda que ni yo misma reconocí como mía:

—¡Tú tienes la culpa!

César no esperaba este reproche. Se callaba. No sabía ni siquiera donde estaba. Como una loca, aullé en la noche:

—¡Sí, tú tienes la culpa! Ahora lo recuerdo, Juan Sforza me lo dijo entonces, pero yo no sabía qué era esto...

—¿Qué te dijo?

La pregunta, pronunciada con una voz ahogada, procedía de mi izquierda. Volví la cabeza hacia el lugar de donde procedía la voz y avancé un paso hasta

tocar la verja con la frente.

—Me dijo que había ido a verte para suplicarte. Tú estabas con Nicolás Maquiavelo y la puerta de tu despacho estaba abierta. Sforza os oyó hablar. Maquiavelo te reprochaba el perjuicio que podía causarte tu incesto. Y tú no lo negabas; al contrario, te jactabas de ello. Luego, si hay un culpable, ése eres tú. ¿Qué ignominia has tramado para comprometerme?

—¡Es falso!— aulló César. Pero al mismo tiempo que él protestaba, yo grité:

—¡Lo recuerdo todo! Sforza te oyó. Y aun cuando me pregunto qué provecho podías sacar de una afirmación tan repugnante, me parece bastante hipócrita por tu parte atreverte a venir ahora a quejarte a mí. ¡Eres un monstruo!

Con un gran asombro por mi parte, me contestó casi riéndose:

—¡Ah, ya, ya entiendo ahora! Y añadió, con alguna perplejidad:

—No se trataba de un incesto tan grave como... como si la causa hubieras sido tú. La persona en cuestión es... es una... pariente. Si tú quieres, una hermana, pero no de nuestra misma sangre.

—¿Quién es? — pregunté, impresionada. Titubeó. Después de haberle prometido que me callaría, me dijo el nombre de una mujer. Yo proferí un grito de desesperación en respuesta. Se empeñó en defenderse y defenderla. Después no se privó de acusar a Gandia de haber sido el primero en desviar a aquella joven desposada de sus deberes, de haber sido el primer incestuoso. Ahora no tiene ya importancia y ese nombre no cuenta en mi recuerdo. No lo pronunciaré.

Tan horribles precisiones habían devuelto el aplomo a mi hermano.

—Ya lo ves —repuso con la tierna entonación de que sabe servirse cuando lo requiere la ocasión—. La acusación lanzada contra nosotros por Sforza, si puede excusarse en parte por un malentendido, no deja de probar que la gente sólo espera una ocasión para calumniarnos. Yo soy el blanco de todos los envidiosos y los cobardes. Yo aguanto a pie firme, con los dientes apretados. Pero ¿qué sería de mí si en mi propia familia se hiciera caso de las acusaciones de mis enemigos? Dime que no sospechas de mí, que no crees que yo he asesinado a mi hermano menor, el duque de Gandia. Esa gente horrible me hace mucho daño porque al ponerme en trance de defenderme me quita tiempo para llorarlo.

Con la punta de los dedos me había cogido un hombro, a través de la verja. Yo no acertaba a comprender lo que César quería. Logró cogerme una mano y pasarla un poco a través de los barrotes. Toqué una superficie rugosa. Comprendí que era su mejilla y me di cuenta de que estaba húmeda. César lloraba.

Sus pasos se amortiguaron en la noche del locutorio. Yo me dirigí hacia la otra puerta.

Estaba tan nerviosa que proferí un grito de terror al tropezar con el sillón en que me había sentado al comienzo de la horrible audiencia. El estrépito causado por el sillón al chocar contra las baldosas resonó ampliamente, mezclado con las últimas notas de mi grito. «Voy a volverme loca», pensé al oír el eco que, después

de haberse amortiguado, volvía a crecer con una profundidad y un estruendo que me hicieron estremecer.

Empuñé el pomo de la puerta como el náufrago se aferra a una tabla. En la galería brillaba un candelabro. Respiré y después me detuve, transida otra vez. Oía gritos y carreras hacia la gran escalinata de mármol. Los gritos se sucedían, uno se elevaba al cesar otro. Hubo un clamor lamentable. «¿Estaré soñando?», me pregunté estrechando el candelabro como si fuese el viático.

Sin pensar me había puesto a correr hacia la escalera. Estaba a punto de llegar allí cuando una blanca silueta, que de momento no reconocí, me alcanzó. Yo proferí otro grito.

—¡Mi niña...! ¡Mi pequeña...!

Era la hermana Girolama Pichi.

—No miréis. Es muy triste. Vamos a rezar las dos por él.

Me desasí de ella de un salto y eché a correr hacia la rampa. Me asomé.

Debajo de mí yacía un cuerpo sobre las losas de la planta baja. Si hubiera estado de pie, con su pierna izquierda doblada y los brazos extendidos, se le hubiera tomado por un bailarín. A pesar de aquella actitud, vi la mancha de sangre que se desprendía de él al resbalar hasta una de las ranuras del mármol por la que se deslizó.

Reconocí la voz de mi hermano, que gritaba:

—¿Qué ocurre?

Yo no lo veía, pues debía estar bajando por la escalera entre la primera galería y la planta baja. No reconocí a los hombres que rodeaban el cuerpo, pues, vistos desde arriba, no me dejaban ver más que sus gorros y sus cabellos. Pero uno de ellos, que se había inclinado, levantó la cabeza hacia mi hermano. Era Micheletto, que le gritó:

—¡Una desgracia, monseñor ¡Maestro Alberto, el asesor del procurador, se ha caído desde el segundo piso. Y no creo que podamos hacer nada por él.

Los negros empleados que estaban cerca del cuerpo trataban de retroceder discretamente. El terror los aplastaba con su peso.

Bajé la escalera. Mi hermano permanecía inmóvil bajo las bóvedas del zaguán. Al verme surgir con el furor de un perro de caza, se turbó. Se le escapó una palabra:

—Cállate.

—Tú lo has hecho matar —le dije en voz baja— porque estaba encargado de la investigación contra ti, ¿no es así? Si lo has matado, es que has matado a nuestro hermano.

César me contempló gravemente y después dijo:

—Hay tres hipótesis. O ese desventurado se ha caído de verdad, por



accidente. O uno de mis hombres lo ha ayudado en un exceso de celo, que yo castigaré. O yo había dado la orden... Pero he podido dar esta orden en defensa propia, sin ser culpable de la muerte de Gandia. Me acorralan. Culpable o inocente, me defiendo.

# CAPÍTULO X

## EL RONDO DE LOS BOSQUES

Cuando vuelven a ponerse los pies en los propios pasos, cuando siendo uno lo que ha llegado a ser quiere recordar a toda costa lo que ha sido, cuando, con la ayuda de unos recuerdos tratamos de reconstruir el pasado, es decir, lo que ya no ha abandonado, nos exponemos a la incertidumbre, al asombro y a un gran peligro que consiste en inventar para tapar los agujeros, para explicar lo que parece inexplicable, para conciliar lo que es contradictorio.

Nada más fácil y más convincente que inventar sobre uno mismo y sin darse cuenta. Recordamos que hemos estado tan tristes que al despertar hemos pensado: «¡Dios mío, otro día que vivir!» Luego recordamos que hemos contemplado un ser con deseo, que hemos probado un plato o aspirado un perfume, que nos hemos quedado embelesados ante un paisaje. Y nos decimos: «¿Cómo he podido pasar de esa triste desgana a este exceso de vitalidad?» Lo más honrado es inclinarse ante las sordas progresiones de una vida y confesar: «No me acuerdo.»

No, no me acuerdo muy bien de cómo me repuse de la noche que siguió a la tarde que acabo de contar. Me queda el recuerdo del olor de cera quemada, que asimilo vagamente al perfume del incienso porque en San Sixto el humo del incienso os vigila en cada recodo del corredor.

Aquella noche quise tener luz en mi celda. Las religiosas se revelaban para mantener las velas. Cerca de mi lecho se dejaban tisanas que humeaban tristemente. No me las tomaba y entonces las sustituían por otras. Una voz preguntaba de vez en cuando:

—¿Cómo se encuentra?

O bien:

—¿Ya no se ríe?

Pues había empezado por reírme. Dos hermanitas dirigidas por sor Girolama Pichi me habían arrancado de mi hermano y se me habían llevado escalera arriba. De vez en cuando la superiora se volvía hacia ellas.

—No le preguntéis nada — repetía.

Pues, naturalmente, las desventuradas me preguntaban de qué me reía. Por fin, les contesté:

—De la Madre Superiora. ¡Miradla! Ya no anda sobre las aguas... Anda pisando huevos.

En realidad, turbada por primera vez desde que la conocía, sor Girolama pataleaba, daba saltitos y tropezaba. Las dos monjitas hiparon. La risa morbosa que me agitaba como una tempestad era contagiosa. Entramos en la celda riéndonos como tres locas. Y la Madre Superiora iba tras de nosotras para evitar que la cadencia de su paso aumentase las convulsiones que nos asaltaban.

Recuerdo que de madrugada le pedí perdón. Por la tarde del día siguiente, le supliqué:

—Conservadme a vuestro lado. Quiero pasar mi vida en San Sixto. El mundo me causa horror.

—Hija mía, esto no depende de mí.

Tampoco dependía de mí. Sabía que mi suerte se decidiría en Roma. Mi desesperación había entrado en un período de calma, era más lúcida.

Aquel verano fue muy caluroso. En el sofoco de mi celda, yo sudaba. De vez en cuando me obligaban a dar breves paseos por el jardín.

—Llevala a los macizos de arbustos para protegerla del aire — ordenaba la superiora.

Y precisamente era aire lo que yo necesitaba. Un aire que ahuyentase un horror muy concreto que me producía mi cuerpo. Por la mañana, cuando me bañaba en mi barreño de plata de mis sudores nocturnos, desnuda a pesar de las reglas del convento, contemplaba mis flancos con temor y repulsión. Era allí donde nacía el horror de los deseos animales, que ya no asociaba a la brutal manifestación del semental, sino al grito de muerte que había oído en la escalinata del convento. La ambición, el odio y el crimen se gestaban en los apetitos tenebrosos del cuerpo, como las pequeñas culebras en los gérmenes calentados por el sol en los estercoleros.

En aquella época incluso llegué a desear ser fea y estar enferma. Me imaginaba envejeciendo en una celda blanca, en una deliciosa ignorancia de los nombres de los reyes.

Un día, la superiora me encontró al pie de la escalera. Estaba contemplando el lugar en que había visto el cuerpo aplastado del leguleyo. Me había inclinado y estaba palpando con el dedo el desnivel que había entre las dos losas por las que había resbalado la sangre.

—No, hija mía, esto es malsano. Creo que todo el horror del perro de la Biblia consistía en que se volvía hacia el pasado. No hay que pensar en...

No se atrevió a decir «ese accidente» ni «ese crimen» y acabó tontamente:

—En eso.

Ella misma se dio cuenta de la simpleza de sus razones y la cobardía de su disimulo. Tuvo una inspiración.

—No os mováis — me ordenó.

Regresó con un enorme frasco que destapó delante de mí, vaciando su contenido dorado sobre las losas del drama.

—Es esencia de jazmín — exclamé.

—Por aquí ha corrido la sangre. Ahora corre el perfume. Ya veis que son las mismas losas. Pero no es el mismo tiempo. El tiempo es el gran remedio de Dios.

Era tan grande mi rigorismo que aquella mezcla de perfume y de teología no me gustó.

—¡Vamos! — exclamó la superiora —. ¿De dónde sacáis que Dios solamente ama lo árido y lo triste? Dios ama lo bueno y lo bello, como nosotros. Y si algunos nos privamos de lo hermoso y lo bueno de la tierra, ¿no es, en cierto modo, un homenaje a las delicias que procuran? Si los goces de los sentidos no fuesen dignos de estima, ¿dónde estaría la virtud al privarse de ellos? Dios ama los perfumes, hija mía. Recordad la Santa Mujer que los derramaba sobre Cristo y las protestas de sus discípulos, ingenuos como vos, y la ira de Cristo contra ellos y su agradecimiento a la pobre mujer por haberle ofrecido lo bello de la tierra.

La galería apestaba a jazmín. La Madre Superiora me contemplaba, agresiva. La hermana tornera nos miraba sorprendida.

—Basta —concluyó sor Girolama Pichi—. Os encuentro muy tonta, hija mía. Me recordáis a una pazguata que, por haber creído en los virtuosos excesos del ruin Savonarola, me costó seis meses de esfuerzos para devolverle el juicio. Dios no desea que despreciemos la Creación. Y yo quisiera veros con mejor semblante.

Los recuerdos que conservo de aquella época están muy dispersos y son del género de éstos.

Sin duda, al cabo de dos o tres meses mi semblante era mejor, porque la superiora me hacía menos reproches. Ya no aguardaba tantos miramientos por los ayunos. Por espacio de semanas enteras, no toleré que en mi presencia se pronunciase el nombre de mi hermano Gandia. Acabé por preguntar. Me contaron la desesperación de mi padre y la triste majestad del entierro, al que la fiebre no me había permitido asistir. El cortejo había atravesado Roma en plena noche, al resplandor de ciento cincuenta antorchas y de las estrellas, mientras doblaban las campanas. Había pasado sobre el Tíber entre el murmullo de los monjes y el bordoneo de la multitud, como otro río, y siguió hasta Santa María del Pueblo, donde estamos en este momento.

Me enteré también de que mi hermano César se había disculpado, o, mejor dicho, que la investigación, a pesar de los gritos de dolor de mi padre, había cesado pronto.

Cuando se pregunta a una madre a qué edad empezó su hijo a sonreír, titubea y busca. Yo tampoco recuerdo el día que, por primera vez y sin darme cuenta, reapareció la sonrisa en mis labios y un asomo de risa.

Había llegado el otoño cargado de galas. Por el camino transitaban las

carretas cargadas de uva. Una tarde, la superiora nos pidió que orásemos por los vendimiadores. Nos explicó que aquellas muchachas y aquellos muchachos jóvenes, desparramados por los campos a pleno sol, en medio del incitante olor de los frutos, se sentían tentados por el demonio de la carne al iniciarse el crepúsculo y en las filas de los viñedos, en la linde de los bosquecillos y en las simas de los barrancos creaban zonas de sombra en las que todavía hacía calor. Yo recé. De pronto advertí, sorprendida, que rezaba sin horror y sin odio de su pecado, sino con deseo.

Y cuando, en el locutorio refrescado por la proximidad del invierno, impregnado por el olor de la leña ardiendo que las altas chimeneas desparraman por los edificios, vi las oscuras pupilas de Pedro Caldés, pensé: «¡Por fin, un hombre!»

Él se inclinó.

Yo me acerqué a la verja.

—Señora —me dijo—> perdonadme si os interrumpo, pero he venido a buscaros. En el Vaticano os esperan.

Se había expresado rápidamente, con voz insegura, sin darme tiempo a preguntarle por él.

—Señora —prosiguió—, estoy orgulloso de mandar vuestra escolta y apenado porque vuestro regreso tiene por objeto una formalidad enojosa.

Yo lo miré, intrigada.

—Se trata de vuestro divorcio. El expediente está terminado.

Bajó la voz y contempló púdicamente el Santo Entierro, añadiendo:

—Tengo orden de informaros que, a consecuencia de interminables negociaciones, Juan Sforza ha dejado de protestar contra vuestras declaraciones admitiendo que...

Carraspeó y recurriendo al latín:

—...puede firmar la fórmula *Quod non cogoverim Lucretiam*.

Yo sabía que por mediación de importantes diplomáticos se estaba intentando arrancar a Sforza esta confesión que lo humillaba en su orgullo viril y que se disponía a hacerlo pagar caro a los Borgia. Yo ignoraba cuánto le habían dado, pero quedé satisfecha de haber llegado a una conclusión que me ahorraba la humillación de un examen por los médicos del Vaticano.

—Vuestro divorcio será pronunciado mañana. Vuestra presencia es indispensable. Debéis asegurar verbalmente al tribunal que nunca habéis..., en fin, que confirmáis la confesión de Juan Sforza.

Yo me ruboricé. Ya me veía contando a unos viejos jueces eclesiásticos lo que había ocurrido, o, mejor dicho, lo que no había ocurrido en mi alcoba.

—¿Y no hay medio de evitar esto? — pregunté.

Pedro con un gesto dijo que no. Se produjo un silencio y, por fin, se decidió a mirarme. Y yo volví la cabeza, lamentando no haber cuidado mi piel ni mis cabellos desde hacía mucho tiempo y verme así a los ojos de un hombre.

—Voy a subir a arreglarme — dije.

—Me acompañan Pantasilea y Caterinella. Os esperan en vuestra celda.

Allí las encontré, en efecto. Se estaban peleando. Los seis meses que yo había vivido sin ellas, en el convento, no habían mejorado sus relaciones. Caterinella había ido a visitarme hacía un mes. Y un mes había bastado para encontrarla más hermosa aún, si bien su tipo oriental y medio africano se había ido acusando.

Me ayudaron a vestirme, sin cesar de hablar. Me confirmaron la confesión de Sforza al tribunal eclesiástico. Pero haciéndose rogar un poco, me revelaron que, al mismo tiempo que mi marido firmaba el documento, hacía repetir por sus amigos en Roma que había obrado bajo amenaza, a fin de no agravar aún más las relaciones entre Roma y Milán, y sostenía haber sido mi marido en toda la extensión de la palabra. Hasta llegaba a dar detalles.

Pantasilea me contó que durante un mes se había negado a firmar la confesión y que para dar una prueba de su buen estado había propuesto realizar el acto con una cortesana ante un tribunal de dignatarios.

—Incluso dice...

Y en aquel punto Pantasilea se calló. Yo no ignoraba que con una mujer hay que fingir que no se siente ninguna curiosidad por lo que os está contando.

—Ya sabes que no me sirves para nada —exclamé—. Aquí he reanudado la costumbre de vestirme sola. La única manera de serme de alguna utilidad es acabar una historia que has empezado.

—Es que —murmuró— tengo miedo de enojaros. Por mucho menos se enoja una persona.

—No presumas tanto. Estás ardiendo en deseos de escandalizarme. Así, pues, no te hagas rogar.

Pantasilea me daba la espalda, ocupada en preparar mis mangas. Y con una voz neutra articuló:

—Bien, si lo deseáis... Juan Sforza asegura que su fuga y la muerte de Gandia tienen el mismo origen: el interés que César muestra por vos.

No se atrevía a pronunciar la palabra «incesto», pero le cosquilleaba en los labios, y yo monté en una cólera más violenta de lo que ella había previsto.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Tú lo desmientes, al menos?

—¡Claro que sí!

Lo dijo sin ninguna convicción, de tal modo que, soltándome de las manos de Caterinella, que me pasaba la gorguera, agarré a Pantasilea por los pelos.

—Tú has vivido a mi lado, sin abandonarme nunca. Tú sabes bien que entre

mis hermanos y yo nunca hubo nada malo.

—No hago más que repetir lo que dicen —gimió, un poco asustada.

—Tú sabes bien que nunca he dejado que se me acercase un hombre —proseguí con voz quebrada de indignación.

En su mirada leía la duda, que no se atrevía a expresar. Entonces recordé la historia del filtro y que, por mis palabras, había dejado entender que el licor de la hechicera había vencido la desgana de mi marido. ¿Y no había creído ella que era mi marido el que estaba conmigo en la cama la noche que yo protegía su fuga? De esto a creer 10 demás... Debí dejar traslucir la turbación que se había apoderado de mí al hacerme estas reflexiones. Y pensé que Pantasilea lo interpretaba como una confesión de mis faltas.

—Entonces ¿tú también? —grité volviéndome hacia Caterinella —. ¿Tú lo crees también?

La morita hizo chasquear negligentemente los dedos, mirándome con sus grandes ojos abiertos, a la vez escépticos y enfebrecidos: «Virgen o incestuosa, me da lo mismo; os quiero como sois», parecía decirme.

De pronto, oí unos gritos que resonaban bajo la bóveda. Luego, la gran hoja de la puerta de entrada se cerró con tal violencia que la fachada tembló. Fuera, se oyeron pisadas de caballos.

—Es un convento animado — me dijo Caterinella.

Había vuelto el silencio. Yo acabé de vestirme sin añadir palabra. Al descender por la escalera, seguida por mis doncellas, me tropecé con la superiora.

Pensé que el vocerío había podido llegar hasta sus oídos. Abrí la boca, desorientada, para suplicarle que me dijese que me quería y que me creía virtuosa. No tuve tiempo. Me había cogido la mano rogándome que aplazara mi partida hasta la mañana siguiente.

—Después de lo que acaba de ocurrir...

La voz de Pedro, que estaba subiendo por la escalera, resonó:

—No, ya pasó. Han emprendido la fuga y no creo que hagan un nuevo intento tan pronto.

Pantasilea y Caterinella estaban tan intrigadas como yo misma. Acabamos por comprender que, mientras me estaba vistiendo, se había presentado un destacamento a la puerta del convento. Su jefe había dicho a la tornera que le mandaba Su Santidad para llevarse a doña Lucrecia y darle escolta hasta Roma. La tornera, aunque sorprendida por la llegada de una segunda escolta, había abierto; pero los hombres, apenas traspasado el umbral, se habían dado de bruces con la Madre Superiora, que, entrando en sospechas, había llamado a Pedro Caldés.

Al oír el nombre, el jefe de la banda se había batido en retirada. Pedro había acudido enseguida y las armas habían salido de sus vainas. Los misteriosos

visitantes apenas si tuvieron tiempo de saltar a caballo.

—¡Dios mío! —exclamó Pantasilea—. ¿Eran hombres de Juan Sforza?

—No inquietéis sin motivo a doña Lucrecia — exclamó Pedro.

Yo quería saber. Acabaron por decirme que sobre el cadáver de un hombre que había muerto en la pelea habían encontrado una carta bastante vaga, pero que parecía estar relacionada con el empeño de los amigos de Juan Sforza, decididos a actuar antes de la sesión del divorcio. Se ignoraba en qué podía consistir la acción. Por esto, Pedro Caldés había recibido la orden de ir a buscarme antes del anochecer.

—Y ya está —concluyó Pantasilea—. De no haber llegado antes, hubierais aceptado la escolta de los bandidos, y Dios sabe lo que hubieran hecho con vos. No salgamos al camino. Esperemos a mañana.

Yo creo que solamente por llevarle la contraria dije sosegadamente que, una vez hecho mi equipaje, no tenía intención de variar mis planes. Di las gracias a la Madre Superiora por sus bondades, asegurándole que me proponía volver a terminar el invierno a su lado.

La noche era oscura. A la luz de las antorchas, monté a caballo.

La noche inquietante contrastaba brutalmente con la deslumbrante mañana en que, cinco años antes, había abandonado el mismo convento, acompañada por Juan de Gandia, para ir a mi boda con Juan Sforza. Caterinella y Pantasilea cabalgaban muy atrás. Yo no les dirigía la palabra. Me reía con mi hermano, le hacía preguntas sobre mi futuro marido, las ropas que me esperaban y los regalos de boda.

—¿Sabéis...?

Pantasilea había emparejado su caballo con el mío. Como montaba mal, me divertí haciendo tropezar a mi caballo para asustarla.

—¿Sabéis —repitió, después de ahogar un grito leve — que no es muy probable que acabéis el invierno en el convento, como habéis prometido a la Madre Superiora? Dicen que está casi ultimada vuestra nueva boda.

Apreté los dientes. Pantasilea había adivinado mi deseo de volver al convento y se daba el gusto de asestarme mansamente el nuevo golpe.

—Es con don Alfonso de Aragón — prosiguió.

Ahora bien, ese nombre había sido pronunciado por César con ocasión de la fuga de Sforza, pero como un proyecto que apenas había sido planeado. Y entonces, cuando había ya comprendido lo que significaba la unión con un hombre, no podía ya soportar la idea de que me entregasen a un desconocido sin consultarme. No lo podía soportar y, no obstante, me vería obligada a resignarme. ¿Cómo podría oponerme? Mi propia debilidad me causó daño. Mandé callar a Pantasilea.

—Vuestra charla me marea.



Espoleé mi caballo. Delante de mí, una antorcha sostenida en alto por uno de los hombres iluminaba las crines de los caballos. Pasamos por delante de las termas de Caracalla, cuyas desmanteladas torres parecían mayores en la oscuridad. Al otro lado del camino distinguí la silueta más baja de la vieja iglesia de San Nereo y San Aquileo, también en ruinas.

Cinco años antes, por este mismo camino, sólo pensaba en todo aquello que vivía y creía alegremente. Aquella noche, en cambio, lo que me atormentaba eran aquellas ruinas. ¿Cómo pensar en ruinas sin evocar la degradación y la muerte? Sin contar que las ruinas de piedra resisten mejor que los despojos carnales. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al pensar en qué se habría convertido el cuerpo de Gandia. En suma, que mi estado de ánimo era siniestro por demás.

—¡Señora! ¿Estáis aquí, señora?

Reconocí a Pedro. Había abandonado su puesto al frente de la columna y cogiendo la antorcha de las manos del hombre que la llevaba, me andaba buscando tan nervioso que su caballo tropezó con el mío.

—Un hombre estaba espiando. Ha proferido un grito, que debe ser una señal. Lo hemos podido distinguir claramente huyendo a campo traviesa. Ha desaparecido por entre las ruinas.

—¿Un merodeador?

—Más bien pienso que su fracaso inicial no haya disuadido a los espadachines de Juan Sforza de llevar a cabo su empeño. Somos muchos, pero, de todos modos, cualquier golpe podría alcanzarlos. Nos batiremos en retirada hacia el convento.

—¡Vamos, Pedro! ¡Y pensar que una vez os vi tan sereno ante un millar de franceses! Porque un hombre se echa a correr a través de las ruinas no vamos nosotros a hacer el ridículo de correr en sentido opuesto.

Al ver que Pedro insistía, le contesté con cierto malhumor que tenía prisa por llegar de nuevo a mis aposentos del Vaticano.

Me reproché enseguida la dureza de mi actitud, pero el hecho era que el brusco tránsito del recoleto lugar, protegido y sereno, que era para mí el convento, a las inquietudes de la vida secular, me desequilibraba.

Con objeto de ahuyentar estas ideas, volví la cabeza buscando a Caterinella, que debía cabalgar en la retaguardia de la escolta. Deseaba la compañía de su tranquila presencia. Hasta creo que debí llamarla, o quizá sólo llegué a abrir la boca para hacerlo, cuando el caballo que iba en cabeza se puso a relinchar.

Siguió un confuso barullo de caballos. Los gritos de los hombres se unían al alboroto de los cascos. Pantasilea, que iba detrás de mí, se puso a gritar volviendo grupas tan precipitadamente que la cabeza de su caballo me dio un golpe en el hombro. No tuve tiempo de reñirla. La vibración de una ballesta me obligó a admitir que nos atacaban y lo que yo había tomado por aprensiones de un caballo reacio sembrando el desorden entre sus compañeros, era un verdadero combate.

Los jinetes que cabalgaban detrás de mí avanzaron lanzándose hacia la

oscuridad de donde procedían los gritos, pues las antorchas se habían caído al suelo y a pesar de los esfuerzos que hacía no lograba ver nada.

No obstante, distinguí la silueta de un jinete que venía hacia mí muy deprisa. Tuve miedo. Estaba sola. Detrás de mí, ya lejos, sólo estaba Pantasilea, cuyo manto blanco distinguía, y sin duda Caterinella, perdida en la oscuridad de un barranco.

Quise volver grupas para evitar al jinete, pero no tuve tiempo. Por mi mente desfilaron rápidos los pensamientos. ¿Era posible que Sforza hubiera decidido verdaderamente hacerme asesinar, cuando yo le había salvado la vida? Cierto que, a pesar de ello, se empeñaba en fomentar los más horribles rumores contra mí. Tal vez el jinete era él mismo. «¡Ah, si tuviera un arma!», pensé.

—¡Señora! Era Pedro.

—No sé cómo va a acabar esto —balbució deteniendo su caballo—. De todos modos, vamos a apartarnos. Seguidme. Soy responsable de vuestra vida.

Se inclinó sobre el cuello de su montura y cogió las riendas de la mía. Estuve a punto de caerme. Arrastrado por Pedro, mi caballo había saltado una zanja.

—Seguidme... Es un sendero.

Subimos a través de las bajas ruinas de pilastras y arcos.

Mi caballo tropezaba sin cesar con los guijarros del sendero. Oí un pataleo de cascos detrás de mí, tan cercano que volví la cabeza, creyendo al principio que era Pantasilea.

Ahora bien, el caballo que me perseguía era claro y, en cambio, el que montaba Pantasilea era negro, y el jinete que lo montaba no se tocaba con la boina de mis guardias. Detrás de él, otros jinetes espoleaban sus monturas.

—¡Pedro!

El primer jinete me había alcanzado ya. En el estrecho sendero, nuestros caballos chocaron de lado. Sobre mi adversario, yo llevaba la ventaja de montar en amazona. Salté a tierra y un instante, mi caballo se interpuso entre los dos.

Este instante había bastado a Pedro. Oí la exclamación de dolor del desconocido jinete, seguida por la de inquietud de Pedro.

—¡Señora!

—Estoy aquí.

También estaban allí los otros dos jinetes. No me daba tiempo de montar a caballo, pues el animal era de elevada estatura y hubiera necesitado ayuda para hacerlo. Traté de correr, pero mi pesada falda de amazona me estorbaba. Así, me di de bruces con el caballo de Pedro. Este se inclinó izándome sobre la silla.

Nuestros perseguidores habían sido detenidos por el caballo de su compañero que volvía por el sendero arrastrando a su jinete, que había quedado sujeto por el pie a un estribo.

El arzón de la silla me lastimaba y cada movimiento del caballo me hacía resbalar. Pedro me sujetaba por el talle con su mano crispada. Mis cabellos barrían su rostro. No sé cuánto tiempo duró aquel sacudido trote en la noche. El caballo se detuvo bruscamente. Pedro me sostuvo por los sobacos, ayudándome a saltar a tierra. Se reunió conmigo de un salto, ató el animal y me arrastró hacia detrás de las ruinas de un inmenso muro que terminaba en arco.

—No os mováis —cuchicheó—. Los oigo.

Me había arrimado a la pared que me arañaba la mejilla y respiraba con dificultad. Oía la respiración jadeante de Pedro, como la mía. Apoyé la cabeza en su pecho. «¿Qué es esto?», me dije de pronto. Era un corazón latiendo contra mis sienes. Y era, sobre todo, la primera vez que oía latir el corazón de un hombre. Era el de un hombre extenuado.

—Se alejan — murmuró —. Han oído el trote de mi caballo y corren tras él. Es lo que yo quería...

Me cogió por la mano y me arrastró tras él. Una fachada inmensa obstruía el camino. Yo levanté la mirada para ver el remate.

—¿Qué es esto? — pregunté.

—El palacio de Septimio Severo.

Recordaba la grandeza fulminada de aquellas ruinas, que yo misma había admirado algunos atardeceres, después de un paseo por el Palatino. Se iban derrumbando lenta y regularmente. Cada año moría alguna de las bestias que pacían bajo las pilastras del monumento de siete plantas de altura, alcanzadas por una piedra que se caía.

Anduvimos un buen trecho. Mi pesada falda me protegía de las zarzas, pero me fatigaba.

—¿Adónde vamos? — pregunté.

—A fe mía — dijo Pedro —que no lo sé. No oigo ningún ruido sospechoso. Los dos animales han debido perder nuestras huellas. En el camino, es probable que el combate haya terminado con ventaja para los nuestros. No importa. Estando a vuestro lado no tengo deseos de ir a verlo. Me gustaría que clarease...

—Solamente es medianoche, Pedro —dije quedamente—. No es probable que amanezca hasta dentro de un buen rato. Espero que no tendréis intención de llevarme a rastras toda la noche por este dédalo de piedras.

—No —replicó, mohíno—. Lo que ocurre es que soy responsable de vos, y no tengo ganas de volver al camino.

—Entonces —propuse con la resignación de una mártir—, tal vez podríamos descansar.

Apenas me hube sentado sobre una pilastra de mármol que estaba en el suelo, caída, tuve un escalofrío.

—Hace frío.

Pedro refunfuñó.

—¿Me habéis oído? —insistí—. Tengo frío.

Adiviné que iba a contestarme: «¿Y qué queréis que le haga yo?» Hallábase todavía en ese estado airado que el peligro da a los hombres. Como los perros que siguen gruñendo un rato tras el paso de un sospechoso, él estaba allí, respirando aceleradamente, con los músculos tensos, ocupado en examinar los detalles de la pelea.

—Me pregunto qué habrá sido de mi caballo — dijo —. Al menos, que no se haya lastimado con las piedras. Mañana haré que lo busquen y le encontraremos. Con tal que no se resfríe...

—Tranquilizaos — le dije, furiosa —. La que se está resfriando soy yo.

Me lo reproché enseguida. Era demasiado buena amazona para saber que el jinete debe preocuparse por su caballo como por un amigo íntimo. Temerosa de haber perdido en la estima de Pedro, quise rehacerme mostrando interés por su montura. No me dio tiempo. Estaba agitado.

—¡Claro! —exclamó—. Ahora recuerdo...

—¿Recordáis qué? —pregunté, molesta otra vez. Pero él no hacía caso de mi mal humor. Oí su risa pensativa.

—Antes yo venía por estos andurriales —dijo—. Había un célebre baile, cerca del estadio de Domiciano. Las cortesanas de Roma acudían a él vestidas de hombre. Yo era muy joven...

Se interrumpió como para excusarse de haberse dejado llevar por recuerdos galantes.

—La verdad es —observé secamente— que no veo la relación entre vuestra historia del baile y nuestra situación.

Quedó un momento en suspenso, y luego ordenó sus pensamientos.

—Sí, las parejas se alejaban del baile buscando soledad entre las ruinas donde estamos. Una noche fresca descubrí una cabaña. Hay varias por aquí, unas diez. Durante el día las utilizan los cabreros. Con un poco de suerte... —Sea —suspiré—. Vamos a buscar. Encontramos una mucho más pronto de lo que yo hubiera creído.

—¡Allá! — exclamó Pedro.

Yo no veía nada, pero deseaba que Pedro tuviera razón, pues una tenue bruma fría que empañaba las estrellas se extendía lentamente sobre nuestros dominios.

—¿Dónde estáis? — pregunté. Oí un chasquido.

—Ya está. He abierto la puerta.

Yo no acababa de dar con ella. Nos llamamos en la niebla oscura, sin atrevernos a alzar la voz, por temor a nuestros enemigos invisibles que tal vez

estaban cerca. No obstante, exhalé un grito sofocado. Era la mano de Pedro que buscaba la mía.

—Por aquí —susurró—. Inclinaos.

No sólo había que inclinar la cabeza sino agacharse para deslizarse por la angosta abertura que Pedro había llamado puerta.

—¡Qué bien se está aquí! — exclamé.

Entre unas piedras planas, en un rincón de la choza, brillaban aún unas brasas. A pesar del humo que desprendían, su luz me permitió distinguir una piel de cabra echada sobre una yacija de heno. Había, además, unas ollas de barro y un bastón de madera, esculpido.

—Señora —balbuceó Pedro con ingenua humildad—, estoy desolado por no tener nada más que ofreceros.

Lo decía contemplando las paredes de cañas y ramaje; Sin duda, aquella choza brillaba en su recuerdo...

—Antes — murmuró.

—Ahorradme vuestros recuerdos de adolescencia, os lo ruego —ordené con un rencor que me sorprendió a mí misma.

¿Por qué había de molestarme que Pedro hubiese acudido a aquella choza unos años antes con una mujer vestida de hombre? No me importaba y, además, era más bien divertido.

—Gracias, Pedro —murmuré acercándome a la lumbre —. No podíamos esperar mejor alojamiento. Es encantador. Me recuerda a Virgilio... o a Horacio.

—Sois muy buena —dijo Pedro—. ¿Queréis mi capa?

Dije que no con un gesto. De pronto, sentía mucho calor. ¿Era a causa del débil fuego que Pedro trataba de reavivar echándole ramitas y soplando como un condenado o era el refluir de las emociones experimentadas hacía poco?

—Debo de tener las mejillas muy coloradas.

Alzó los ojos y me miró. Quiso decir algo, pero no lo hizo. Se limitó a mover la cabeza agitando sus cortos mechones negros. Era él quien tenía el rostro congestionado a fuerza de soplar el fuego, si no eran los reflejos incandescentes lo que producía aquel efecto. Sea como fuere, la apagada luz del hogar le iba bien, ahondando sus mejillas, sombreando sus ojos y aligerando la solidez de su mentón.

Desvió bruscamente la mirada. Entonces me di cuenta de que nos habíamos estado mirando sostenidamente. Me sentí cohibida a mi vez y simulé mirar alrededor, apartando guijarros, manoseando el heno para mullirlo y extender mis ropas para echarme luego confortablemente. Y encontré una flauta.

Era un basto instrumento hecho con una caña.

—Debe de ser encantador el pastor que ocupa esta choza. Me lo imagino muy

joven. Mirad su flauta.

Pedro la tomó, le dio vueltas entre sus manos musculosas y luego se la llevó a los labios.

Escaparon unos sonos que trató de ordenar. Por un momento creí reconocer una tonada.

—¿No es el «Rondó de los bosques», de Josquin des Prés?

Había dejado de tocar. En sus labios había una sonrisa de triunfo.

—Bueno, tocáis horriblemente mal.

Para demostrárselo le arrebaté la flauta y ejecuté las primeras notas de la pieza. Animada por la tonada, había soplado tan fuerte que me detuve yo misma aterrorizada.

—Pueden oírme — balbuceé.

—Creerán que es un pastor.

—¿Y si entran a preguntar al supuesto pastor si ha visto pasar a dos personas? ¿Habéis pensado en ello?

—Debí haberos hecho callar — dijo Pedro sosegadamente—. Pero me gustaba oíros tocar la flauta.

No era un cumplido banal, porque lo había formulado con su tono natural y grave. Yo seguía con la flauta entre las manos, titubeando. Pedro la había enjuagado antes de embocarla, y entonces me di cuenta de que yo no había hecho lo mismo al tomarla de sus labios. Al pensar que inconscientemente me había tomado aquella familiaridad, sin el placer de aprovecharla siquiera, me sentí irresistiblemente atraída por la flauta. Tenía que volver a embocarla sabiendo que venía de los labios de Pedro. Mimé una risa, y poniéndomela en la boca, imité los gestos de un músico, pero sin tocar de veras. Luego, airada, arrojé la flauta contra el heno, avergonzada de mi ardid.

Se hizo un prolongado silencio. Una brisa suave se elevaba entre los árboles cercanos a las ruinas, mientras nuestra choza permanecía tranquila y tibia. Olía a leño quemado. El olor me emocionó.

Recordé los sermones del viejo predicador que, el verano anterior, se había hospedado en el convento, con objeto de ponernos en guardia contra los sentidos. Nos había descrito, siguiendo la moda de los mapas, el mapa de los Peligros que están al acecho alrededor de las mujeres; la mayor altura correspondía a la Montaña del Tacto, a la que hacía responsable de innumerables caídas, pero pintaba como la más escarpada, la del Olfato: «Pues los perfumes y olores, aun los más inocentes, son gérmenes de lascivia», fulminaba enfurecido.

Me quedé asombrada de haber recordado sus palabras. Y, sin embargo, nada tenía que reprocharme. Entonces ¿por qué, hasta en la simple atención que prestaba al olor del humo, sentía insinuarse una vaga impresión de culpabilidad?

—Voy a amontonar el heno y os podréis acostar completamente — propuso

Pedro.

Me vino a la memoria otra advertencia del predicador: «Para una mujer honesta, una bien timbrada voz de hombre equivale al ladrido del diablo.» Me rebelé al punto: la voz de Pedro no era ni bien timbrada ni desagradable, era grave y firme, sencillamente. Luego parpadeé al darme cuenta de que no le había contestado.

—Bien, Pedro — dije mirándolo.

No padecía sorprendido por el tiempo que había tardado en contestarle. Lo que acabó de asustarme fue la inmóvil complicidad que existía entre él y yo. No hacíamos ningún ademán criticable, no pronunciábamos palabras equívocas, pero yo sabía que él estaba tan agitado como yo.

—No es muy confortable, pero, de todos modos, creo que estaréis mejor.

Estaba arrodillado sobre la yacija, cuyo heno había reunido lo más cerca posible de la lumbre.

—¿Y vos? No os queda sitio.

—Voy a acurrucarme allá, al otro lado.

Me tendí en la yacija. Pedro me aconsejó que me quitara el manto y me sirviera de él como una manta. Me ayudó a quitármelo. Estábamos arrodillados el uno delante del otro.

Me atendía con paciencia y esto me agradaba. Siguiendo su consejo, me quité los zapatos. Extendió mi ropa a lo largo de mi cuerpo, me cubrió con el manto y ahuecó el heno debajo de mi cabeza. Yo no lo veía. Sentía que sus manos hurgaban bajo mi nuca. Por encima de mí, sentía el tabique de ramas, casi oscuro.

—Estoy bien. No os mováis — dije.

Me ruboricé intensamente al recordar que había pronunciado la misma frase en circunstancias semejantes. El recuerdo me vino lentamente, por etapas. Había sido al lado de Pedro, la noche que me había besado, la de la fuga de Sforza.

Pedro obedeció. Su mano, que extendía el manto sobre mis hombros se había detenido. Volví imperceptiblemente la cabeza y rocé su mano con mi mejilla. Adiviné que, sin querer, debía haberla acariciado un momento con mi pelo.

El permanecía arrodillado detrás de mí. Sin duda me miraba. Echando atrás la cabeza y alzando un poco los ojos, hubiera podido ver su cara. Pero me conformé con la mano. La distinguía al lado, inmóvil, liviana, sin atreverse a apoyarse. «Está posada como un pájaro», pensé recordando la ingravidez de una golondrina asustada que un día de otoño había entrado en mi aposento, en Pesaro, y se había posado en mi dedo, tan liviana como una de sus plumas.

—Tenéis una cicatriz en el dorso de la mano — dije — Es blanca... ¿Cómo os la hicisteis?

En el acto lamenté haberlo dicho. Sin duda iba a referirme una de esas historias de guerra que los hombres gustan de relatar, en las que asumen siempre

el papel de héroes.

—Fue cuando era pequeño — dijo riendo —. Jugaba solo y dejaba caer un puñal entre mis dedos separados, en el suelo.

Al reírse se había movido. Sentí que mi cabeza sólo estaba separada de sus rodillas por un poco de heno. Levanté mi mirada con franqueza hacia él y encontré sus ojos fijos en mí. Su rostro se había inclinado, grave, oscuro.

Reconocí la mirada que había advertido en la playa de Pesaro, cuando me secaba al sol, desnuda por completo, con Caterinella, y Pedro me observaba oculto detrás de los cañaverales. Entonces, ¿qué estaba esperando ahora?, pensé enfurecida. Estaba sola, me tenía a su merced y podía advertir que yo no esperaba otra cosa.

Creo que cuando acercó su boca a la mía, murmuré en un susurro:

—¡Por fin!

Fui yo quien interrumpió el beso. Fui yo quien apartó el manto que me tapaba y, asiendo a mi compañero, le obligué a abatirse sobre mí. Dicen que las muchachas que por primera vez se entregan a un amante, saltan un paso. Yo tenía la impresión de saltar a un abismo. Estaba decidida. Tenía prisa. Y así atropellé a Pedro.

Me deslicé debajo de él, sin dejarle la iniciativa. Me ahuequé para subirme la falda y la camisa y ofrecerle mi cuerpo impaciente.

En mi mente se removían las impresiones y las ideas en una tormentosa confusión. Mi último pensamiento fue que si me mostraba tan agresiva era a causa del recuerdo del asco que me había causado la sumisa y humillada pasividad de la yegua delante de la posada. No quería parecerme a ella, pero quería que Pedro se mostrase tan furioso como el semental. Su imagen cruzó mi recuerdo. Esta imagen que me exaltaba me dio al mismo tiempo tanto miedo que cedí y me abandoné con el mismo servilismo que tanto había despreciado.

Pedro contestó con un grito de asombro al grito de dolor que exhalé.

Después renació la tormenta. «Bien, ya está. Así es la cosa», pensé. Y luego: «Ahora ya soy una mujer.» Estaba contenta de que me hicieran daño. Esperaba que aquello produjera placer a Pedro. Sólo veía sus grandes ojos dilatados, abiertos sobre los míos. El mismo hálito salía de nuestras bocas. Mi pecho, brutalmente descubierto, era feliz. Por mi mente cruzó una idea escapada del naufragio de mis cotidianas preocupaciones: «Mi pelo se va a despeinar.» Después pensé que Pedro debía estar orgulloso de poseer a la muchacha que tenía el pelo más hermoso de Roma.

Al mismo tiempo pensé que Pedro nunca había podido soñar acostarse con una Borgia. El trastorno que suponía en él me trastornó a mí misma. Me batía furiosamente con él para ofrecerme más aún, para ser más profundamente vulnerable a sus embestidas.

Nos encontramos tendidos. El heno se había metido entre nuestro pelo. Nos



sentíamos agotados y nuestras frentes setocaban.

—Bueno, ya está —murmuré con naturalidad y un asomo de burlona amargura—. Me habéis poseído, mi pequeño Pedro. No ha sido muy difícil, ¿no es verdad?

—Señora... — balbuceó.

«Ahora sale este bobo llamándome señora. Seguro que me va a dar las gracias ceremoniosamente», pensé molesta.

Pero lo que lo atormentaba era un punto más delicado. Sus pupilas se oscurecieron y murmuró:

—No sabía... No sospechaba... Jamás hubiera creído...

—¿Que sois el primero? — pregunté osadamente.

Su extasiado asombro me había divertido un instante, incluso me había conmovido. Después me invadió una profunda pena:

—Habéis venido a buscarme para llevarme a jurar ante un tribunal religioso que nunca había conocido hombre, y he aquí que os asombráis de haber comprobado que es verdad.

—Perdonad... ¡Se decían tantas cosas! Y, además, sabido es que la política obliga a los grandes, hasta en su vida privada, a ciertos compromisos con la verdad.

—¡Y me habéis creído capaz de esto! — repetí.

—Pero...

—Pero ¿qué?

—Quiero decir que, dentro de poco, delante del tribunal eclesiástico tendréis que...

Cerré los ojos. En efecto, al cabo de unas horas, es decir, unas horas demasiado tarde, tendría que jurar que era virgen. ¿Podía evitarlo? Estaba reprochando a Pedro que me creyese capaz de un perjurio que, efectivamente, iba a cometer. Al mismo tiempo temí que esto le pudiera hacer sentir demasiado orgullo.

—Estaba decidida, ¿sabéis? —dije falsamente—. Vos o cualquier otro...

Pedro vaciló, tan vulnerable que me dio lástima.

—No es verdad — murmuré.

Y, en efecto, lo era tan poco que, rozándole la mejilla con un beso, me puse a llorar.

—No, otro no —balbuceé—. Os quería a vos, porque me gustabais.

Me puse furiosa al verme llorar, diciéndome que Pedro iba a creer que sentía remordimiento. No era cierto. Desde el día que nací habían dispuesto de mí. Por decreto me arrojaban a la cama de un Sforza y luego me retiraban de ella,

disponiéndose a depositarme en la de un Aragón al que tampoco conocía. Lo inmoral era aquella esclavitud y no el acto libre que había llevado a cabo con conocimiento de causa. Tuve la impresión de que Dios y yo estábamos de acuerdo en esto.

¿Debía sentir remordimientos a causa del juramento que iba a prestar? Aquellos viejos y serviles jueces no iban a creer una palabra, puesto que Roma entera, al parecer, estaba persuadida de mis licencias. Tampoco en este caso iba a engañar a nadie.

¿Pena? Sí, la de no querer lo bastante a Pedro. Para él y para mí estaba claro que no me había entregado para toda la vida. Así, pues, ¿debí esperar más y ofrecer mi famosa virginidad, eso que tanto inquieta a los hombres, al que verdaderamente hubiese amado? Yo me preguntaba si esto se encuentra, si lo encontraría ya para siempre. Y, además, recordé que, de haber retardado mi entrega, el marido de encargo que César me imponía me hubiera desflorado, lo cual hubiera sido bastante estúpido. Al menos, Pedro me gustaba, me quería mucho, las circunstancias se habían prestado a ello y el recuerdo que ya empezaba a forjarme me probaría más tarde que, por lo menos, había sabido tomar una decisión por mí misma, y, a pesar de la coacción, elegir, entre dos esclavitudes, los ojos que me gustaban.

Sin embargo, seguía llorando apoyada en el hombro de Pedro. No sentía pena ni remordimiento. Solamente estaba algo decepcionada, sin saber si lo estaba de Pedro o del acto amoroso. No había sido el huracán que esperaba. No me había sentido suficientemente arrancada de la tierra.

El rostro de Pedro se me acercó. Yo disfruté su beso. Admiré la fuerza acariciadora de su mano en mi hombro. Fui dichosa al sentir sobre mi cuerpo su peso de hombre. Así, pues, el combate no había terminado, ¡tonta de mí! Recordé que en los poemas se habla de las noches de amor de los amantes. Tenía toda la noche por delante para conocer los brazos de Pedro, para iniciarme en el placer y después contemplaríamos juntos levantarse la aurora.

# CAPÍTULO XI

## EL PUÑAL DE CÉSAR

Fue una aurora brillante, ataviada con nacientes colores. Corrimos por la hierba húmeda. A lo largo de las altas ruinas subían vapores que amarilleaban los primeros rayos de sol.

En el camino se estremecían los primeros cascabeles de los mulos. Montamos pronto a caballo gracias a un amigo de Pedro que vivía a orillas del Tíber. Por fortuna, pues de ningún modo podíamos entrar juntos a pie en el Vaticano con briznas de paja en él pelo y cogidos de la mana

En Roma, el tiempo se había puesto feo. Una marea blanca había invadido el cielo. En los corredores de palacio reinaba una profunda oscuridad. Todavía brillaban los candelabros. Guardias de nuestra escolta acudieron presurosos por la gran escalinata sonora. Varios destacamentos de caballeros habían sido enviados en nuestra búsqueda. Parece que César iba de un lado para otro como una fiera enjaulada.

Al verme, profirió un grito. Se rió y me estrechó entre sus brazos. ¿Era una prueba de amistad fraternal o la satisfacción de una política?

—Todo va bien — repetía —. Este mediodía vas a divorciarte. Y antes de tres meses, te casarás con Alfonso.

—Entretanto — dije —, me voy a dormir.

Pantasilea y Caterinella velaban en mi aposento con la mirada vaga. Me besaron. Al parecer, Pantasilea había pasado lo suyo: dos caballeros habían tratado de raptarla. Solamente mucho después pudo huir y se vio obligada a atravesar Roma a pie. Caterinella había permanecido con la escolta, la cual, tras un breve combate, había dispersado a los asaltantes para preocuparse después por mi ausencia y por la desaparición de Pedro.

Dormí hasta primeras horas de la tarde. Me despertaron para vestirme. Comprendí la gravedad de la ceremonia para la cual debía prepararme, al ver el traje que me presentaban mis doncellas: de terciopelo negro forrado de armiño y tupidas mangas de satén negro. A pesar de estar ojerosa, el espejo me reflejó enternecedora por la languidez de mis labios y de mi cuello, que se doblaba.

Yo estaba muy divertida. Me sentía cansada y maravillada. En el corredor encontré a Pedro con la guardia que debía acompañarme hasta la sala del tribunal. Este último detalle llevó mi buen humor al colmo. Era, pues, Pedro quien

iba a conducirme ante los hombres que debían escuchar el juramento de mi virginidad.

Él fingía no mirarme. Como marchaba a mi lado, desenrollé el papel que contenía la declaración latina que debía pronunciar, y a media voz, volviendo ligeramente la cabeza hacia él, como para prepararme a la lectura, leí la frase: *Virgo intacta sum*.

Su bonita boca esbozó una sonrisa y acto seguido frunció las cejas. Me invitaba a ser prudente. Pero yo no tenía el menor deseo de serlo. El perjurio que iba a cometer, lejos de abrumarme, me regocijaba. Me imaginaba ser una gran intrigante y, por el simple hecho de no ser virgen, una gran amorosa. Me maravillaba la ilusión de engañar a todo el mundo y, a despecho de la férrea coacción que me oprimía, hacer lo que se me antojaba. En suma, me sentía exaltada.

Me hicieron sentar, levantarme, volverme a sentar. Me encerraron como una fiera con mis tres jueces a guisa de domadores. Dos de ellos vestían la púrpura cardenalicia.

¡Eran Alejandrino y Santa-Práxedes! Los tres tenían el rostro igualmente amarillo y me hablaban en latín. Uno de ellos incluso hizo como que se inquietaba por saber si yo comprendía lo bastante dicha lengua.

— *Loquor latine* — contesté con tono condescendiente.

En unos minutos representé todos los papeles: el de la coqueta, de la muchacha fría, de la noble joven enfrentada con magistrados demasiado curiosos, de la virtuosa, de la explosiva española que con una réplica garbosa fulmina a su interlocutor, de la virgen resignada que consiente en las exigencias de una indiscreta investigación, de la princesa que no comprende nada de lo que le están diciendo, de la impúdica sin malicia que proclama a voz en grito que Juan Sforza no le ha hecho nada, ni ha dormido en su lecho ni le ha quitado nunca la camisa.

La instrucción había terminado. Me rogaron que me levantase para leer el formulario latino. Para esta última parte del programa el salón fue abierto al público, un público restringido entre el que, mirando a hurtadillas, reconocí a diplomáticos y gentilhombres afectos a la corte vaticana. El grueso de público se hallaba agolpado en una sala del fondo, cuya puerta estaba solamente entreabierta. En ella había apostado un heraldo. Yo veía sólo la parte amarilla de su traje bicolor, una pierna, un torso y un brazo.

Al tomar aliento, después de haber declarado que, en efecto, yo era Lucrecia Borgia y me presentaba en la corte de Roma al objeto de romper un matrimonio que no había sido consumado más que en simulacro, tuve la sorpresa de oír, como un eco, mis palabras resonar de nuevo pronunciadas por una potente voz masculina.

Volví vivamente la cabeza. Era el heraldo que cumplía con su deber de informar a la concurrencia de la sala contigua, demasiado alejada para oír mis palabras. Me entró un terrible deseo de soltar la carcajada. Imaginaba el efecto

que iba a hacer su voz viril al tener que anunciar: «Soy virgen.» En resumen, que tenía que contener mi buen humor. La víspera había contemplado esta ceremonia como una prueba humillante que me llenaba de rabia. Las impúdicas declaraciones que me hubieran sublevado de haber sido inocente todavía, me servían de estímulo porque no lo era ya, desde hacía unas horas. En un mundo en el que cada uno procuraba ser más listo que su vecino, no era yo la única que mentía. Mentía con soltura y mucha decisión y era consciente de ello.

Por fin llegaron las palabras, difíciles de pronunciar, con las que yo afirmaba que Juan Sforza se había negado a actuar de ministro de nuestra unión, que nunca ni en lugar alguno se había acercado a mi lecho, que, deliberadamente y sin negativa por mi parte, había obrado de modo que nuestro matrimonio era como inexistente. Subrayé una pausa. La estentórea voz del heraldo amplificó mis palabras.

— *Virgo intacta sum* — dije yo tras él.

Suspendí la frase fingiéndome turbada. Ahuequé el vientre maliciosamente y avancé la mano en busca de apoyo en el brazo del sillón, como si la larga permanencia de pie, unida a la emoción, me hubiesen fatigado. La verdad era el deseo de sentir reaccionar mi cuerpo dolorido por las actividades de la noche anterior. Después proseguí:

— *Virgo sum, ergo...*

Y el heraldo, creyendo que la reiteración era cosa prevista, repitió dos veces, triunfalmente, que era virgen.

Luego les tocó a mis jueces el turno de despacharse en un mal latín jurídico. Con todos los argumentos hicieron un guisote y en el momento en que me invadía él sueño cesaron sus parrafadas.

Ya no era la mujer de Juan Sforza.

Quise salir, pero me retuvieron en espera que la muchedumbre que estaba agolpada en la sala contigua hubiese evacuado el local. Al ver que la espera se prolongaba, Pedro se me acercó proponiéndome salir por un corredor oculto.

—¿Qué ocurre, pues? — le pregunté.

Con adusta expresión, tras titubear un instante, me dijo:

—Supongo que Juan Sforza ha pagado algunas personas para que se mezclaran entre el público.

—¿Y qué pasa?

—Algunos comentarios.

—¿Contra mí?

—Sí. Espero que no me exigiréis que os los repita. Son estúpidos y mal intencionados. Os equivocaríais si tratarais de conocerlos.

—Supongo que expresan dudas sobre mi virginidad — dije.

Entre los dos se produjo un destello de regocijo. No obstante, yo era sensible a lo que, de todos modos, consideraba una injusticia. La gente dudaba de lo que la víspera era cierto y había dejado de serlo gracias a una aventura, imprevista para mí, que todo el mundo ignoraba.

Recordé las abominables acusaciones lanzadas por Sforza. Adivinaba las chanzas que debían hacerse con una virginidad que dos incestos no habían logrado quebrantar.

—Ya lo sabéis —repuso Pedro como si hubiera seguido mis pensamientos—. Es el precio de la grandeza. Debéis armaros contra la calumnia.

—No temais, Pedro. No me importa.

Y era verdad. Me sentía capaz de continuar mi juego, a pesar del temor. «¿Qué tengo yo que ver con la opinión? — pensaba—. Aunque me acusen de haberme acostado con el diablo, ¿qué me importa?» Pero no sospechaba que había de llegar un día en que, precisamente, me importaría.

Tanto no lo sospechaba que, habiendo recobrado mi natural alegre, improvisé una recepción en mis aposentos.

Asistieron hermosas muchachas, como Sancha, y apuestos muchachos también. Por desgracia, no pudo hacerlo Pedro, a quien me creía obligada a alejar en público para encontrarme mejor con él en privado...

Había recibido velas de todos los colores. Jugamos a beber, a disfrazarnos, a gastarnos bromas y después a un juego que aquel invierno hacía furor en Roma y que sólo es divertido si se ha bebido bastante.

En apariencia se trata de un juego inocente. Ejercitar primero la atención, después la imaginación y por fin la sinceridad. Se pone en circulación una flor, con un cumplido que cada uno debe repetir. El que se distrae y se equivoca sufre una sanción pagando una prenda. Recuerdo que aquella noche, Sancha, que era el árbitro, impuso a un gentilhomme de Liorno quitar, sin descubrir la rodilla, la liga de la primera muchacha que parpadeara. Nos pusimos todas en fila, esforzándonos en mantener los párpados bien separados, casi con lágrimas en los ojos.

Después jugamos a un juego que consistía en que cada uno contase su primera falta. Tuvimos que volver a beber mucho antes de decidirnos. Era azorante. Nos reíamos y nos ruborizábamos. Al llegar a mi vez, dije que después de todo lo que había oído, me vería en apuros cuando tuviera que cometer una. Me trataron de mentirosa.

—Esto no es leal — exclamó Sancha —. Se puede hacer trampa ante los jueces, pero no en un juego que consiste en decir la verdad. Debes pagar prenda, que consistirá en una pregunta. ¿Eres realmente virgen?

Yo estuve hábil para no mentir.

—¿Cómo quieres que conteste? Los jueces han declarado hoy que lo soy. Si digo que no lo soy cometo un atentado contra su autoridad.

—Muy bien —repuso Sancha—, pero ayer los jueces no se habían pronunciado todavía. Ayer, mi querida Lucrecia, ¿eras virgen?

—Sí, mi querida Sancha, ayer lo era.

Acabamos por jugar al navío. ¿No sabéis en qué consiste? Una mujer se coloca entre dos hombres. Los demás anuncian una borrasca. Para salvarse, la dama debe arrojar al mar a uno de los dos y debe escogerlo declarando los motivos de su elección. De no estar embriagados, en aquel momento, en una hora cada cual se pelearía con todos sus amigos.

—¡Dios mío! —dijo Sancha, al retirarnos—. ¡Qué brillante has estado esta noche!

Era verdad. Yo me sentía radiante. Estaba esperando el momento en que, acostada en mi amplio lecho, vería aparecer la sombra de Pedro.

Cuando se hubieron retirado mis invitados, di prisas a Caterinella, que estaba sola, para que me desnudase. Pantasilea, trastornada por las aventuras que le habían ocurrido, se había acostado.

Es agradable esperar a alguien que nos gusta, cuando no se está habituado a esta clase de citas, cuando se ha bebido y está avanzada la noche. Y además esperaba un nuevo placer: no estar separada de mi amante por el espesor de un jubón ni de un vestido.

Aquella noche respondió a lo que esperaba de ella. Fue muy larga y la viví deprisa, como una travesía.

Aprendí lo que se aprende al mismo tiempo que los artificios del amor, es decir, que la noche es menos tranquila y menos igual de lo que las vírgenes creen. Dos o tres veces por hora, a lo lejos, pasan carretas a pesar del toque de queda; el trote de un jinete se detalla como un aire de clavicordio bajo la férula de un profesor. Se oye el tañido de unas campanas insospechadas. A pesar de la oscuridad, los pájaros insinúan sus trinos y después se callan de pronto y los gallos, mucho antes del amanecer, bosquejan ya las inacabadas notas de sus cantos matinales.

Al llegar el alba, diciéndome adiós por primera vez Pedro me llamó «Lucrecia» y por primera vez le llamé «querido mío».

Lo contemplaba con los ojos entornados mientras se vestía. Desde la puerta a la que había llegado andando de puntillas, hizo un ademán que la oscuridad borró. Yo lo interpreté como un beso.

Ni siquiera oí cerrarse la puerta. Me había sumido de nuevo en el sueño.

Tampoco oí cómo volvía a abrirse. Con los ojos cerrados aún, oí solamente un grito. La luz del día me hizo daño. Unas manos estrechaban las mías.

—¡Pantasilea! —grité—. ¿Qué estáis haciendo aquí en camisa?

—¡Señora, estoy perdida! —gimió Pantasilea.

Estaba arrodillada en la grada, junto a mi lecho y mordía la sábana.

—Están ahí —jadeaba—E detrás de la puerta. No se han atrevido a entrar. Han ido a recibir órdenes. César les ordenará forzar la entrada de vuestro aposento, estoy segura..., y me matarán. ¿Por qué me matarán? Todo lo que ocurre es por mi culpa, y no es por mi culpa...

Yo sabía que, asustada por el asalto de que habíamos sido víctimas, Pantasilea se había acostado la víspera por la tarde. Por ello atribuí la crisis que se desarrollaba ante mí al estado nervioso en que me habían dicho que se hallaba.

—Vamos a ver — murmuré quedamente —, no os van a matar. ¿Queréis que pase el cerrojo para vuestra tranquilidad?

Al ver que no contestaba, me eché de la cama para ir a inspeccionar las puertas y me di cuenta de que Pantasilea había tomado ya sus precauciones.

—Vamos —le dije—, ¿queréis probar un nuevo jarabe que me han enviado ayer? Procede de una provincia dalmata o de por ahí... Todo el que lo ha probado dice que tiene sabor turco. Es muy bueno.

—Señora — dijo quedamente Pantasilea —, os he dicho que estoy perdida. Y no sólo lo estoy yo, sino que otros corren él riesgo de ser alcanzados también.

—¿Estáis segura de que no fantaseáis un poco?

Mi doncella, se levantó exasperada. Su larga camisa envolvía su cuerpo con un torrente de pliegues que realzaban la línea de sus hombros y la recta, apenas quebrada, de su pecho.

—Vos sois mi solo refugio — gimió con voz enronquecida—. Y he corrido a refugiarme a vuestro lado sin pensarlo más... No obstante, cuando lo sepáis todo, me odiaréis.

—No, de ningún modo os odiaré — le aseguré distraídamente, cada vez más persuadida del extravío de Pantasilea,

Estaba pensando en llamar a Caterinella, cuando con los dientes apretados, la joven murmuró:

—Señora, le he contado a vuestro hermano César todo lo que me ocurrió la noche de nuestro regreso de San Sixto.

La cogí por los hombros.

—Vamos, querida, reflexionad. Lo que nos ocurrió aquella noche es muy penoso. Pero, en fin, no es culpa vuestra si los hombres de Juan Sforza nos asaltaron. Comprendo que guardéis un mal recuerdo, pero no creo que pueda causaros el menor contratiempo en el futuro.

—Vos no sabéis nada, señora. ¿Os habéis preguntado lo que hubieran hecho con vos los cómplices de Sforza si os hubieran capturado? Pues yo puedo decíroslo porque me tomaron precisamente por vos.

—¡Esto sí que me sorprende! Yo creí que habíais huido a campo traviesa.

Yo seguía sin dar mucho crédito a las angustias de Pantasilea, pero comprendiendo que no me libraría de ella tan fácilmente, decidí hacerla sentar en



un cojín mientras yo me acurrucaba contra la almohada bostezando y desperezándome desesperadamente.

—He empezado por mentir — repuso —. Mejor hubiera sido continuar. Pero la imagen de lo ocurrido me perseguía. Y, además, había visto algo que me había destrozado. Así, pues, me acosté. Mejor hubiera sido no hacerlo. Me dormí, y cuando una persona está dormida a veces ocurre que habla, si está muy trastornada. ¿Me oyeron? Vuestro hermano afirma que uno de los hombres de Juan Sforza, que fue herido y detenido, antes de morir confesó lo ocurrido. Pero quizá vuestro hermano ha mentido para hacerme hablar. Esto no se sabrá nunca, ¿verdad? — insistía.

Las lágrimas corrían por su rostro que ocultó con sus manos cerradas. Al abrirlas, observé que había hundido las uñas en ellas.

Las palmas sangraban.

—Vamos, mi querida Pantasilea...

—Lo mismo empezó César... «Mi querida y pequeña Pantasilea.» Me arregló la almohada. ¿Me encontraba bien acostada? Me presentaba excusas sin cesar. Estaba desolado de haber forzado la puerta de mi aposento, fatigada como estaba. Pero lo exigía el interés de la justicia y del Estado. Y también el honor de los Borgia.

Se incorporó a medias, como alucinada y se echó a reír.

—¡El honor de los Borgia! ¡Ah, valiente honor el de los Borgia! Apesta tanto que debe olerse a lo lejos.

—Pantasilea, os prohíbo que...

—No hay nada que prohibir a quien va a morir. Es el único alivio en la situación en que me hallo. He hablado demasiado, lo admito. Pero esperad un momento, voy a hablar hasta el final.

Su voz se quebró y se desplomó sobre su almohadón. Hundió la cabeza en las sábanas. Al levantarla, sus desorbitados ojos devoraban su rostro.

—Vos me salvaréis — balbuceó, esperanzada —. Me salvaréis, a pesar del daño que os he hecho. Pero el que vos me habéis hecho a mí es mucho mayor. ¡Y pensar que erais una niña cuando os conocí, y que yo misma os llevé por el camino de San Sixto! Entonces me hacíais preguntas sobre todas las cosas. Teníais confianza en mí. La culpa es de Caterinella. Esa pequeña diablesa africana lo ha estropeado todo. Os ha pervertido. Y, además, lo llevabais en la sangre.

Con voz enronquecida concluyó:

—Sois de una familia de monstruos.

Yo me callaba, aturdida.

—Una familia que la que el hermano mata al hermano y cuando no logra degollar al marido de la hermana lo deshonra. ¿Sabéis que os he defendido mucho tiempo? Abofeteé a una de mis primas cuando me habló de vuestros incestos.

Ahora estoy dispuesta a creerlo todo. Tales son los hermanos, tal la hermana. Y voy a morir. Y vos vais a seguir viviendo, orgullosa de vuestras blasfemias y vuestros estupro. ¡Qué miseria!

—Creo que tenéis fiebre, Pantasilea.

—Debo de tener fiebre — dijo, bruscamente calmada —. Por menos se podría tener.

Su voz volvió a quebrarse:

—Cualquiera tendría fiebre después de haber pasado horas echada ante vuestro hermano. Tan pronto sonrío amablemente y os da palmadas en la mano como si fueseis una niña, como se pone a gritar. Se tiene la impresión de estar encerrada con una bestia, no con un hombre. Hay momentos en que sonrío con tanta amabilidad que parece que os devuelve la vida. Se pone pensativo también, con ojos suaves y vagos. Son los momentos más terribles. Empezó a hablarme del supuesto Antonio. No tenía una confesión por escrito. El hombre había muerto confesando, pero las confesiones eran formales. En el curso del ataque, en el camino, habían capturado una dama que tomaron por Lucrecia. La dama en cuestión correspondía a mi descripción.

Yo empecé a inquietarme y me incliné hacia ella.

—¿Qué ocurrió durante el ataque? ¿Se apoderaron de ti los bandidos? ¿Te raptaron?

—Yo iba a cincuenta pasos detrás de vos. Tenía miedo y emprendí la fuga. Era lo que esperaban. Entonces salieron del barranco. Yo estaba sola. Pedro se os había llevado y yo quedaba abandonada. Uno de los bandidos asió la brida de mi caballo; otro me amenazó con un puñal. De todos modos, aún sin amenazarme me hubieran faltado fuerzas para gritar. Oía el ruido del combate que proseguía. Me hicieron apearse del caballo. El más corpulento sacó una linterna sorda. Recordad que yo iba vestida de blanco con mangas de plata y forros de armiño. Ante la belleza de mis vestidos se pusieron a reír por burla y dijeron: «Es ella, no hay duda.»

—¿Y luego?

—Me llevaron por un sendero que me lastimaba los pies. Nos detuvimos ante la puerta de una casucha, en la parte baja de las ruinas de Septimio Severo. Debía haber un gallinero, pues oí cloquear en respuesta al ruido que habíamos hecho al entrar. Me encontré en una pieza sórdida. Un hombre alumbró una gran antorcha. Me hicieron sentar en un banco pegado a la pared. Los dos hombres se reían mirando un jergón de paja que estaba en un rincón. Los dos llevaban barba y coraza y en el cinto de cada uno de ellos asomaban varios mangos de puñales. Luego crujió la puerta y entró otro, más pequeño y delgado, más autoritario. «Está bien — dijo mirándome —. ¿Os ha costado mucho atraparla?» Sin esperar respuesta, añadió más quedamente, sin atreverse a mirarme, que se dieran prisa, pues no debía llegar con retraso al Vaticano. Luego en pocas palabras me dijo que nada debía temer por mi vida y que una vez despachado el asunto me soltarían.

Me aconsejó que no contara a nadie lo que iba a ocurrir porque no me creerían y solamente lograría aumentar mi mala reputación.

—Pantasilea, ¿estás segura de que todo eso no lo has soñado? No comprendo una palabra de lo que estás diciendo.

—Tampoco yo comprendía nada; estaba atontada. El jefe salió. Uno de los dos hombres sacó una moneda del bolsillo y echaron a suertes a cara o cruz. Soltaron la carcajada. El que perdió fue a emboscarse junto a la ventana. El ganador me asió por las muñecas y me echó sobre la paja. Entonces comprendí lo que quería de mí. Yo tenía la impresión de estar viviendo una pesadilla. No se ataca la escolta de una princesa para entregar una simple sirvienta al apetito del último de los mercenarios. Yo me debatía. Entonces me dijo que si bien pensaba gozar, la idea no había salido de él: «Si eres virgen, es necesario que no lo seas mañana, cuando comparezcas ante tus jueces.»

—Creía que...

—Sí, creyó que erais vos. En el acto comprendí que andaba de por medio Juan Sforza que, por mediación de unos magistrados adictos, pediría al tribunal un examen de vuestra virginidad. Hay que creer que os suponía virgen, puesto que se tomaba la molestia de haceros raptar para que un simple soldado pusiera las cosas en regla. Yo me había puesto a vociferar diciendo que no era vos. Les grité mi nombre. El salvaje ahogó mis gritos, y lo peor fue que los ahogó con su boca. Luché hasta dónde alcanzaron mis fuerzas. Después oí al otro soldado preguntar a su camarada si necesitaba que le echase una mano. Comprendí que si seguía resistiendo, solamente conseguiría ser violada por dos hombres en vez de uno.

El semblante de Pantasilea se había cuajado en una mueca. Me miraba, al parecer, sin verme. Con voz sorda prosiguió:

—Cuando se quiere a alguien..., cuando solo se quiere a uno..., cuando «querer» no es decir bastante, cuando sólo se vive por él y para él... Pero vos no sabéis lo que es esto. Y sabéis aún menos lo que es sufrir cuando a la fuerza os posee otro hombre. En el horrible momento, dejé de gritar. Pensaba: «No es posible; no es verdad.» Me puse a llorar y entonces el hombre, algo turbado, me ayudó a levantarme. «¿Lo era?», le preguntó su camarada. Y ante su respuesta negativa, reclamó también su parte. El primero trató de defenderme. Cada uno me tiraba de un brazo. Mi capuchón se me fue de la cabeza y mi pelo quedó suelto. Yo estaba cerca de la antorcha. Los hombres profirieron un grito, fascinados por mi pelo negro. Vieron que no era Lucrecia. Entonces quisieron echarme de allí antes del regreso de su jefe, por miedo de no cobrar su estipendio o de ser castigados por haberse equivocado. Me empujaron hacia la puerta. Pero la puerta se abrió y el jefe apareció por ella. Me dejó pasar maquinalmente. Enseguida se dio cuenta del color de mi pelo y soltó una blasfemia. Pero yo ya corría como una perdida en la noche. Corrí mucho rato. No creo que me persiguieran, pero en aquel momento sí lo creía. En un momento dado sentí un vacío bajo mis pies y estuve a punto de dejarme caer. No deseaba vivir; sólo pensaba en el hombre que quiero. Recuerdo que me reía. Me reía de un último

detalle: mi cuerpo, mi estúpido cuerpo había gozado con aquel bruto. Todo me lo podía perdonar, excepto esto. Recuerdo que me reía porque entre dos accesos de lisa oí una tonada tocada con una flauta. Se oía a lo lejos, muy aguda y mal tocada. Se me encogió el corazón porque al hombre que quiero le gustaba tocar aquella tonada y la tocaba también muy mal.

La angustia me había cortado la respiración. Después me dijo que otros pastores podían tocar la flauta aquella noche.

—Era el «Rondó de los bosques», de Josquin des Prés,

Se calló, me miró y luego prosiguió:

—Esas ruinas son una ratonera. La tonada, al continuar, mejor tocada, me orientó. Después volvió el silencio. Pero yo veía por encima de mí, entre los jirones de la niebla, un resplandor de brasas que debía de proceder de la lumbre de una choza. Mis pies estaban ensangrentados. Sólo tuve que mirar. En el primer momento me invadió el gozo. Estaba ahí, vivo. Después os vi a vos, y vi lo que mi dueña estaba haciendo con el hombre que yo quería. Si hubiera tenido un arma os hubiera matado a los dos...

Y concretó:

—Os hubiera matado. Sois una miserable. Mientras me violaban por vuestra culpa, vos me arrebatábais mi único tesoro.

Se calló. Después, sin cólera, me dijo una palabra soez. No tuve fuerza ni tiempo de contestar. Su cuerpo se había arqueado. Los ojos le salían de las órbitas. Su boca remedó una sonrisa. Aquella mujer hermosa estaba horrible.

—Yo soy el monstruo... —prosiguió con voz queda—. Pregunta tras pregunta, lo he revelado todo a vuestro hermano. Creía que la cosa no tendría mayor alcance que mandaros a vos a un convento lejano y la expulsión de Pedro. Comprenderéis que ya no podía ver a Pedro. Y a vos tampoco. «Decídmelo todo. Aliviad vuestras cuitas», me repetía César. Por fin salió de mi aposento. Su horrible Micheletto lo esperaba en la pieza contigua. Le ordenó con mucha calma que apostara dos hombres en mi habitación para impedir que yo hablase con alguien. Por la noche se ocuparía de mí. Lo más urgente era impedir que Pedro hablara. «Es grave —dijo César—. Esos dos saben demasiado. Con una sola palabra pueden revelar las ocupaciones nocturnas de mi hermana y arruinar su boda con el de Aragón. Y tú lo sabes bien, Micheletto, necesito que se celebre esa boda.»

—¿Y Pedro? — balbuceé —. ¿Y Pedro? Lo has denunciado a César. En vez de decirme dónde está, te entretienes en contarme tus cuitas.

Estaba loca.

Jadeante, le devolví la horrible injuria que ella acababa de arrojarme.

—No lo pensé —lloriqueó Pantasilea—. ¡No lo sabía!

Adiviné el sentido de la frase que las lágrimas le impidieron acabar. Nunca había creído que mi marido no hubiese llegado a tocarme. Mejor dicho, había

llegado a admitir las más odiosas calumnias respecto a mí. Dejándose arrancar su secreto por mi hermano, creía que descubriría un secreto sin consecuencias. Y ya era un poco tarde cuando comprendió que sus imprudentes confesiones convertían a ella y a Pedro en conocedores de una noticia terrible capaz de hacer fracasar el más importante proyecto de César. Ella había creído vengarse de Pedro denunciando a un hombre que había cometido una falta y después se dio cuenta de que había denunciado a un criminal. Había hablado más de la cuenta y se hallaba colocada en la categoría de las personas que saben demasiado. Por celos de Pedro, lo arrojaba a la muerte. Y su animosidad contra mí, por la sorpresa que le habían causado los acontecimientos, la traía a pedirme que lo salvara.

—Toma uno de mis trajes — le dije fríamente —. No se dirá que no me porto bien contigo, a pesar de tu ignominia. Toma uno de mis vestidos y la bolsa que hay encima de la chimenea. Sal por la habitación de Caterinella y trata de escabullirte por la escalera de caracol. Es todo lo que puedo hacer por ti.

Mientras tanto me había pasado un manto, me puse mis chapines y, desmelenada, di un salto hacia la puerta.

—Os lo ruego — gimió Pantasilea.

Mi mirada la detuvo. Comprendió que iba a salvar a Pedro.

—No os preocupéis por mí — gritó —. No vale la pena. Pero a él, salvadlo... Apresuraos, salvadle...

Supongo que durante unos segundos nuestros corazones latieron al unísono, pues las dos murmuramos el nombre de Pedro.

La puerta se había cerrado ya de golpe tras de mí.

—¿Adónde vais, señora? — me gritó Caterinella.

—¿Sabes dónde está Pedro?

—¿Pedro Caldés?

—¡Claro, idiota!

Volvió la cabeza como un gato ofendido, sin aparentar haberme oído. Yo ya estaba corriendo hacia la antecámara. Uno de los guardianes me informó, asustado por mi cara. Pedro avisado, misteriosamente, había abandonado bruscamente a unos amigos con los que estaba hablando en la escalera principal. Había huido corriendo como un ladrón. La guardia no sabía hacia dónde.

En aquel momento no me quedaba más recurso que el Papa. Apenas recuerdo mal lo que ocurrió después. Me parece una pesadilla.

Tropecé con Burkhart.

—¿Ver a Su Santidad? —exclamó—. Así, sin más ni más... ¡Ni pensarlo!

Yo lo pensaba de tal modo que apartando al gran maestro de ceremonias, atravesé como una flecha los tres salones que conducían al del trono pontifical, empujando a los criados y los guardias que se oponían a mi paso. Ellos se pusieron a correr detrás de mí, no atreviéndose a detenerme ni arrostrar la

responsabilidad de mi intrusión. Sólo me quedaba atravesar un despacho para llegar al de mi padre cuando la puerta se abrió. A través de las lágrimas vi una silueta que me asió brutalmente por los hombros. Era César.

—¡Vete! —jadeó—. No mires y déjame hacer.

Oí a alguien que corría por el despacho. Por encima de la espalda de mi hermano vi la nuca de Pedro. También había ido en busca de refugio, a ver al Papa. Yo hubiera querido gritar para que la puerta se abriese.

Todo ocurrió en un instante. Micheletto y otro hombre de César perseguían a Pedro pisándole los talones. Al ver que no alcanzaría la puerta grande, Pedro se volvió tan bruscamente que Micheletto no tuvo tiempo de servirse de su arma; tropezó y fue a dar contra un cofre. El otro mercenario se abalanzó.

Vi el doble destello de su puñal y el de Pedro. El hombre se desplomó profiriendo un gemido.

Pedro se volvió. Aún podía alcanzar la puerta grande.

Supongo que en aquel, último segundo creyó que podría arrojarse a los pies del Papa y obtener su protección.

Estaba escrito que no debía alcanzar la puerta. Yo proferí un alarido:

—¡Pedro!

Debí de gritar demasiado tarde. Pedro no tuvo tiempo de volverse. César le había asestado ya un golpe en la espalda, de abajo arriba, con la horrible calma de un carnicero.

Recuerdo el cuerpo vacilante de Pedro. La empuñadura de plata de su daga brillaba sobre las incrustaciones de plata de su jubón. Sus piernas parecieron arrollarse. Hizo con la mano dos o tres gestos parecidos a los de un bailarín. César se había vuelto hacia mí y me miraba fijamente. Luego Pedro se dejó caer suavemente de espaldas. Aunque esta imagen haya quedado grabada en mi memoria, no estoy segura de haberle visto caer, pues yo me había desplomado, desvanecida. Debimos derrumbarnos juntos.

# CAPÍTULO XIII

## «SI ME QUERÉIS, CREEDME»

¿Puedo continuar relatándoos mi historia?

¿D Ahora lo sabéis todo.

Estuve delirando mucho tiempo, postrada en la cama. Creía ver pájaros en las cortinas de mi alcoba. Me figuraba estar en Pesaro. Durante muchas noches y unos días que me parecían noches, mi mente se obstinó en una interminable caza del flamenco, en los alrededores de Pesaro. Tomaban parte en ella Gandia y Pedro. Estaban muy contentos y corrían mucho. Yo sabía que iban a morir y pensaba: «¡Es raro que tengan tanta prisa por morir!» Los médicos que acudían al borde de mi lecho a mascullar su mal latín y los cirujanos su mal romano, se mezclaban generalmente a mis sueños. Gandia y Pedro desaparecían constantemente y yo acusaba a Caterinella como si fuera ella la que los hubiese perdido. Caterinella mantenía su rostro glacial en el que ardían sus ojos.

Caterinella no sólo era implacable en mis sueños. Cuando empecé a mejorar y, sin abandonar el lecho, estuve en condiciones de sostener una conversación, puso a contribución un arte consumado para excitar mi curiosidad haciéndose rogar para satisfacerla.

Y con retorcida crueldad me informó que César se había descartado oficialmente del público asesinato de Pedro acusándole de complicidad en el asalto de que habíamos sido víctimas y de haber concebido el loco empeño de matar al Papa. Y mi hermano aceptaba las felicitaciones por el valor que había demostrado ante la puerta de Su Santidad matando a aquel loco con peligro de su vida.

Por la misma Caterinella supe que se había logrado dar con Pantasilea. Durante semanas enteras, se hizo correr el rumor de que se había fugado, y le cargó en cuenta una aventura inconfesable en los medios del hampa romana. Su cuerpo, descompuesto, fue hallado en las redes de un pescador del Tíber.

El horror que produjo tan espantoso crimen, el recuerdo de la hermosa muchacha cuyas manos se habían posado en mi cuerpo tan a menudo, al bañarme y al vestirme, me pusieron al borde de una recaída.

—¡Dios mío! —dijo Caterinella—. La gente de Roma se asombraría si os viese llorar así.

Esperaba que le preguntase las causas de esta sorpresa de los romanos, pero como yo me callé se vio obligada a continuar por si misma:

—Se dice que sois vos quien hizo asesinar a Pedro y a Pantasilea. Os vieron correr detrás de Pedro en los pasadizos del Vaticano y lo vieron pasar después en brazos de dos criados. César habría sido un mero instrumento vuestro. La causa del crimen poco cuesta de encontrar: os habíais enterado de que Pedro os engañaba con Pantasilea. Y los hicisteis suprimir por celos.

Me contó todo esto negligentemente jugando con un largo abanico cuyas plumas colocaba una a una sobre su rodilla, pasando por ellas sus dedos. A cada pluma que la muchacha acariciaba, yo me enumeraba a mí misma los crímenes de que se me acusaba. Uno, tentativa de asesinato de Sforza. Dos, incesto con Gandia. Tres, incesto con César. Cuatro, asesinato de Gandia. Cinco, asesinato de Pedro. Seis, asesinato de Pantasilea.

Me eché a reír. Y al mismo tiempo pensé: «¿Por qué habré nacido?»

—No me importa lo que digan de mí — murmuré.

Y cada vez me importaba menos. La gente diría que me había acostado con uno, que había matado a otro y que había envenenado a todas mis rivales. Y, por fin, un día tendrían que referir mi muerte. Para mí todo habría terminado y no habría más que hablar. En resumen, todos eran demasiado injustos conmigo y muy pesada la carga de las injusticias. Yo ni siquiera sentía deseos de defenderme.

La situación de una persona que no espera ya nada es abrumadora, pero no desagradable. Se experimenta una sensación de poder en el hecho de no esperar nada, de no temer nada, de no sentir interés por nada, cuando sólo se tienen dieciocho años. Yo estaba tan segura del dominio que ejercía sobre mí misma, y de ser tan vulnerable a los acontecimientos, que quedé sorprendida al comprobar que todavía podía afectarme una noticia.

Aparentemente me había convertido en un ser anodino. César, de regreso de un corto viaje, deseaba cumplimentarme.

Lo cité a la hora que más podía estorbarle: era la única forma de molestarle que tenía a mi alcance.

Titubeé bastante antes de decidir el vestido que elegiría para recibirle. Tan pronto me tentaba un sobrio conjunto espartano, el vestido más liso y descolorido de mi guardarropa, con el pelo recogido bajo una capucha y sin afeites, como prefería un conjunto deslumbrador y una cara radiante, con todas mis joyas, desplegado todo el aparato de mi belleza para demostrar a mi hermano que sus golpes no me habían sometido. Opté por la primera solución, pero una vez lista, cambié bruscamente de opinión. Me quité el vestido oscuro, y Caterinella, ayudada por todas mis doncellas, apenas tuvo tiempo de ajustarme un vestido de un satén veneciano color turquesa adornado con franjas de oro batido y pasamanería de oro en las mangas.

—Hacedle entrar — dije.

Sin embargo, me había prometido a mí misma hacerle esperar en la antecámara. Pero cuando supe que estaba allí, respirando a unos pasos de mí,



tuve miedo. Y de pronto, me entró una prisa por saber qué podía querer. Al verlo entrar, casi sonreí aliviada. Iba a saber.

La última vez que lo había visto, era empuñando un puñal, sirviéndose de un puñal. Maquinalmente le miré al cinto. No llevaba armas.

—¿Bueno? — le dije.

Yo estaba sentada y le indiqué un taburete. Después desvié la mirada hacia el panorama que se ofrecía en la ventana. La primavera desprendía una frescura picante de los macizos. Las golondrinas revoloteaban por un cielo terso. Los tejados de Roma brillaban.

—No me escuchas — me dijo César.

—Nada me decís. ¿Qué podría escuchar?

Se esforzó en reír.

—Me detestas, ¿verdad?

Yo me creía indiferente y, no obstante, proferí un grito de horror.

—¡Ahorradme este tono! No juguéis a ser buena persona. Creo que el papel de asesino cordial debe pesaros tanto como me pesa a mí.

—Esperaba que habrías reflexionado. Que tu enfermedad y tu soledad te habrían abierto los ojos sobre las imprudencias que has cometido y la necesidad en que me pusiste de cortarlas por tu bien y el de todos.

—¡El bien de todos! ¡Es admirable! ¿Habéis venido simplemente para burlaros de mí? Después de haber matado a mi hermano y de haber matado al hombre que yo había elegido, esperaba que tendríais la suficiente imaginación para no hablarme del bien de todos.

Desvié ostensiblemente la mirada fijándola en la ventana.

César se levantó y contempló Roma, allá a lo lejos, por encima de mi hombro. Su brazo rozó mi espalda y yo retiré mi sillón.

—¿Qué esperas ganar demostrándome tanto odio? —me preguntó.

—Cuando se ve un gusano o una serpiente, no se puede evitar un movimiento de repulsión —respondí sin volver la cabeza—. Con ello no se espera ganar nada. Se hace con la mayor naturalidad.

—¡Bah! — dijo —. No eres tú sola. Me maldicen siempre aquellos por los cuales me desvelo. No comprenden nada.

—¡Pobre incomprendido! —exclamé—. ¿No habréis venido a verme para que os compadezca y enjuague vuestras lágrimas? Pues bien, sabed que si os viera herido no secarla vuestra sangre.

A pesar de mi cólera, seguía sin volver la cabeza hacia él. Adivinaba el peso de su mirada sobre mi nuca.

—Pero llegará un día —proseguí— en que tanto será el odio que habréis acumulado contra vos, que no habrá un pedazo de tierra donde podáis poner los

pies.

—Es posible —dijo fríamente—, aunque mis astrólogos me pronostican un porvenir más agradable. Pero si ese día llega, lo aceptaré sin miedo ni arrepentimiento. Habré hecho lo que debía, habré cumplido con mi deber. A veces me es penoso hacerlo y quizá preferiría dejarme llevar por la sensiblería. No tengo tiempo. Más adelante, una Italia fuerte y unida me ofrecerá ocasión de ser bueno, de causar asombro por mi clemencia y él olvido de las injurias recibidas. Me sería fácil. Las injurias no me afectan. Tú me recibes mal, y ya lo ves, no te lo repruebo. Lo que quiero, sencillamente, es que hagas...

—¿Qué quieres que haga? — vociferé.

—Lo que debes hacer —repuso con brusca fatiga—. Nuestra situación es ésta... Somos príncipes de un Estado pequeño perdido en medio de otros estados pequeños. ¿Qué quieres? Y la palabra Italia, que cubre el conjunto solamente es un recuerdo y una esperanza. Existe Francia, existe Inglaterra, pero no Italia. Yo sólo soy un comadrón con unas manos un poco brutales. Me he propuesto unos objetivos sucesivos y es una lástima que tu vida privada, por una fatalidad de la que no se me puede achacar la culpa, siempre se atraviesa en el camino. Era, necesario romper tu primer matrimonio; no tenía ningún interés y había llegado a ser peligroso. Tenía que suprimir a ese pobre Pedro. Los espías de Nápoles no habrían tardado mucho en descubrir su aventura contigo. Y por el momento, mi primer objetivo es la alianza de Roma y Nápoles. La familia de Aragón, que reina allá, hemos de verla mezclada tan íntimamente a la de los Borgia, que una gata no diera con sus pequeños si se perdiesen entre ellas. Sancha es ya nuestra cuñada. Ahora necesito que te cases con Alfonso de Aragón. Es cosa hecha. No me ha sido fácil, a causa de la enojosa reputación que te has labrado. Si me he permitido turbar tu soledad es para anunciarte que ha terminado. Estás restablecida y debes abandonar tus aposentos. Es necesario que aparezcas en ciertas recepciones. Y sobre todo que en vísperas de tu boda con el pequeño Alfonso no des la impresión de llevar luto por Pedro todavía. Sería de un efecto deplorable.

Se inclinó, me cogió rudamente el mentón y me miró a la cara.

—A fuer de sincero, tenía la intención de apoyar mis razones en un argumento al cual eres más sensible. Quería decirte que necesitabas salir porque tenías mal semblante. No es verdad; estás radiante. Indudablemente, eres la criatura más hermosa que he visto en mi vida.

Seguía teniendo mi barbilla en su mano. Yo cerré los ojos con una expresión de hostil repulsión que había copiado de Caterinella.

—¿Creéis que vuestros cumplidos me agradan? —pregunté.

—Los cumplidos del más ruin de los hombres agradan siempre, hasta a la más hermosa de las mujeres. Alegra esa cara, ¡qué diablos! Te he desembarazado de Sforza y me lo has reprochado, pero supongo que cuando estabas en los brazos de Pedro ya no lo sentías tanto. Y por lo que se refiere a Pedro, tú no le querías. Te

gustaba. Te habías interesado por él. Era el primero. Bien, no será el último. Un día te dirás, con asomo de tristeza: «Era un muchacho encantador, el pobre Pedro.» Mira, lo que me ha chocado siempre en las personas que se precian de sensibles, es la comodidad con que logran olvidar. Da asco ver la facilidad con que los hombres se consuelan de sus grandes dolores. No hablo sólo de los amantes. Durante la guerra contra los franceses pude ver a un viejo herrero que se quería matar sobre el cadáver de su hijo, que había muerto abrasado en el incendio del pueblo. Se lo impidieron. Ordené que le sirvieran la cena. Lloraba y gritaba, pero comió. ¡Comió! Lo que significaba que quería seguir viviendo, pese a que su hijo había muerto y su razón había desaparecido. ¿Sabes por qué quiero a los artistas? Porque son los únicos seres capaces de una total desesperación. Corta las manos del Pinturiccio. Y morirá de veras. Los hombres son deleznable como los perros. Por esto prefiero servir a las ideas. Tengo el sentido de lo inmortal. Tú estás pensando: «¡Qué hermosos dientes tenía Pedro!» De todos modos, al envejecer, se le hubieran desprendido de las encías. En cambio, dentro de diez siglos, si cada uno de nosotros cumple con su deber, Italia seguirá siendo tan hermosa, más hermosa aún.

Retrocedió unos pasos, como un pintor ante su cuadro.

—Tú y Roma estáis hechos una para otra, destacáis una sobre otra. El pequeño Alfonso de Aragón tiene suerte. Y a propósito, dentro de dos meses aproximadamente estará aquí. Exijo, pues, que desde ahora empieces a hacer tu vida normal. No quiero que parezca que le doy una enclaustrada. Mañana iremos a una partida de caza. Pasado mañana, Sancha da un baile y vas a ir. Y así sucesivamente hasta el día de tu boda. Después, haz lo que te plazca. Haz el favor de ocuparte de tu ajuar. Exijo que sea magnífico, digno de nosotros. Te están arreglando nuevos aposentos. Da las órdenes oportunas. Te comunicaré la suma de que dispones.

No contesté y fingió tomar mi silencio como Una aquiescencia.

—Otra cosa — prosiguió —. Vas a cazar y a bailar, pero solamente en las ocasiones que yo te diga. Te ordeno que no acudas a ninguna diversión por propia iniciativa. Hay que concretar más. Hasta tu boda, tu conducta debe ser límpida como un brillante. Nada de amoríos, ni de pasiones, ni de aventuras. No quiero ocultarte que mis hombres te vigilarán y me tendrían al corriente. Después de tu boda, si el pequeño Alfonso no te satisface, haz lo que quieras. Sólo te pido unos meses de prudencia, pero no los pido: los exijo. Vamos, hija mía, no seas tonta. Tal vez un día te veas reina de Nápoles.

César iba de un lado a otro del aposento. Yo le sentía entregado a su imaginación. Si me veía reina de Nápoles, ¿de dónde se veía él emperador? A sus labios asomaba una sonrisa implacable y juguetona.

Apenas hubo salido, entró Caterinella. La eché. Sólo tenía ganas de llorar. Y no era de pena, era de rabia, porque César había dado en el clavo al sospechar que mi luto por Pedro no me entraba muy adentro. Desde hacía unas semanas me empeñaba en sufrir sin lograrlo de ningún modo. Me ocurría lo mismo que unos

meses atrás, cuando me había empeñado en querer en Sforza sin éxito. Durante todo el invierno había intentado consagrarme al dolor que me causaba la muerte de Pedro, pero había sido en vano.

La escena a que había asistido me daba escalofríos de terror cuando pensaba en ella. Me trastornaba el recuerdo del horrible asesinato, pero no estaba desesperada ni mucho menos.

Así llegué a preguntarme si los Borgia estábamos tarados y no teníamos corazón. Hasta aquel día no comprendí entre los bruscos sollozos que sacudían mi cuerpo, ceñido por un magnífico traje, que no había querido de veras a Pedro. Lo había preferido, deseado, disfrutado. Pero aquello no era amor. Y lloré amargamente, al pensar que tenía dieciocho años, que todo el mundo estaba de acuerdo en que era muy hermosa y que no sabía lo que era el amor.

Obedecí a César. Volví a aparecer en las recepciones, las partidas de caza, los bailes y las cenas. Los modistos, doblados bajo el peso de las telas, volvieron a recorrer el camino de mis aposentos y, con ellos, los orfebres. Y la razón no era tanto la preparación de la inaudita serie de vestidos destinados a mi ajuar como la de que quería aparecer hermosa, pronto, enseguida. Para esto hacía desvalijar Roma y por mí acudían los mercaderes de Florencia, Nápoles y Venecia. Y pensaba ingenuamente que frecuentando muchas relaciones, se me ofrecía la oportunidad de encontrar el amor. Cada vez que me presentaban un hombre, pensaba: «Quizá será él.»

Pero no lo era nunca.

Llegué a mudarme de ropa diez veces al día, menos por coquetería que por superstición. En el momento de disponerme a partir para asistir a un baile, creía con una fe irresistible que el vestido leonado que me había puesto, me traería mala suerte y, en cambio, que el de satén blanco me haría encontrar al hombre de mis sueños. Por esta misma razón, una noche ordené a los portadores de mi palanquín que dieran media vuelta y volví a mis aposentos para que los peluqueros, llamados a toda prisa, cambiasen los hilos de perlas que ornaban mi pelo, por una redecilla de hilo de oro y rubíes.

Las semanas desfilaban vertiginosamente y mi nerviosismo aumentaba. Mis doncellas soportaban mis caprichos como los de una loca. A veces, en público, me sobresaltaba si alguien me hablaba. Hasta Caterinella llegó a mirarme asustada. Y yo pensaba que se acercaba la fecha de mi boda y que estaba perdida. Porque me había forjado un sueño consistente en huir de Roma con el hombre amado. Nos iríamos a vivir muy lejos, fuera del alcance de César, en Alemania, y hasta en un país berberisco. Lo que ocurría era que no quería a nadie.

César me mandaba regalos a menudo, telas, caza y hasta algún collar de granos horadados conteniendo esencias y perfumes que me agradaban por su novedad, porque eran raros. Yo mandaba la caza al convento de San Sixto, distribuía los vestidos entre mis doncellas y regalaba los collares a Caterinella.

César se me hacía presente de otro modo. Un joven maestro de ceremonias

me traía el plan de la tarde y de la noche. Yo ni siquiera le daba los buenos días, ni me dignaba decirle una palabra. En mi desesperación atribuía el fracaso de mis aspiraciones amorosas a la dependencia en que me tenía mi hermano y a la imposibilidad de vivir a mi modo y elegir mis propias relaciones.

Los demás vivían a su albedrío. Yo veía a César, a las mujeres jóvenes del Vaticano y a los señores de la Corte que vivían sin otro freno que el temor que mutuamente se inspiraban.

—Mañana...

—¿Qué pasará mañana?

El momento fue terrible. Caterinella sabía que iba a asestarme un golpe y a pesar de su carácter de fierecilla, procuraba amortiguarlo.

—Lo sabíais, ¿verdad? Si no hubiera sido mañana, habría sido la semana próxima.

Comprendí. Sin embargo, esperaba todavía y a pesar de las pocas posibilidades de escuchar una respuesta negativa, pregunté:

—Mañana llega Alfonso de Aragón, ¿no es eso?

—Sí, señora.

Yo había visto que unos carpinteros elevaban en las calles arcos de triunfo. Pero me decía aún: «Todavía no está aquí. Quizá no llegue.»

Pero él estaba cerca. Lo odiaba con mis cinco sentidos. Imaginaba su piel, en aquel momento. Dentro de pocos días tendría el derecho de acercarla a la mía. Sabía que tenía un año menos que yo. Me figuraba un bobo pagado de sí mismo, con aires de pisaverde, orgulloso de ir a Roma y de empezar una carrera política del brazo de una esposa, cuya reputación, en la propia Roma, hacía de ella un modelo de vicio. Y él no podía ignorarlo.

La llegada de mi prometido desvanecía mis ridículas esperanzas. De pronto me juzgué la más estúpida de las mujeres por haber creído que podía encontrar en tres meses al hombre ideal, como se encuentra una baratija.

Me resistía al deseo de tomar un licor fuerte para ahuyentar mis propios pensamientos. Lo que había que hacer era defenderse, sola y lúcida. Renunciaría al amor. Desde el primer día pondría de manifiesto a mi marido mi deseo de considerarle un asociado con el que se establecen relaciones de lealtad. Este sería el punto de partida. Y me dedicaría a organizar mi vida al margen de él y del amor.

Me gustaban los poetas y los traería a mi corte. Encargaría a pintores jóvenes la decoración de mi palacio de Santa María del Pórtico. Escultores y orfebres acudirían a mostrarme sus proyectos. Ordenaría excavaciones en los emplazamientos de los templos antiguos. El arte y las ideas podían ocupar mi vida.

Este plan me calmó un poco y mi último día transcurrió como si nada hubiese

de ocurrir. Incluso prohibí que vinieran a hablarme de los preparativos, de los detalles de indumentaria y de las ceremonias.

—Ya ha llegado — me dijo Caterinella a última hora de la tarde.

Añadió que se había escabullido de su escolta y del destacamento de honor que se le había mandado para recibirlo. Le juzgué hipócrita.

Me enteré de que estaba fatigado y que se había negado a recibir a nadie «Se hace el interesante», pensé.

No tenía ninguna prisa por saber más de él. Me era indiferente. Al cabo de dos noches, sería suya. Bien, pero trataría de pensar en otra cosa.

—No me hables más de él— le dije a Caterinella.

Recuerdo que una abeja grande zumbaba alrededor del pelo de la muchacha sin que ella se inquietase.

—Tal vez no le gustaré —murmuró—. Si quiere que prescindáis de mí, prometedme...

—¡Déjate de sensiblerías! —corté, encolerizada—. Debes saber que no tengo intención de dejarme gobernar por él como por Sforza. Entonces tenía catorce años. Y además, no sólo he envejecido cuatro años, sino muchos más, porque he visto muchas cosas. Mientras sienta inclinación por ti, permanecerás a mi lado.

Y añadí con dulzura:

—Y es probable que la sienta siempre. Además, ¿por qué has de desagradarle? La cosa, por otra parte, no tendría ninguna importancia. Háblame de otra cosa...

La llegada de... de una de mis mejores amigas puso fin a este desliz sentimental. A pesar de que me ha causado un sinfín de contratiempos, aprecio mucho a esta muchacha. César y Gandia se habían peleado por ella, enamorados los dos con un amor ilícito. No es mi intención hablaros más de ella y me sería muy desagradable pronunciar su nombre delante de vos. Ya os he dicho que si se me acusa de incesto en Roma, es por culpa de ella, pero es la última en preocuparse por ello, burlándose de los rumores que circulan y haciendo sólo lo que le pasa por la cabeza, que por otra parte es maravillosa.

Confieso que siempre le he envidiado su sensualidad insolente, su osadía voluptuosa y el deseo de vivir que pone de manifiesto en cada una de sus imprudencias. Pero aquella noche la recibí mal. Pensé que habría conseguido ver a mi futuro marido y vendría a transmitirme, con la brutal franqueza que le distingue, las impresiones del joven Alfonso sobre Roma, sobre mí y su boda.

—Estoy cansada —le dije—. Estás hermosa y eres adorable, pero esta noche tengo ganas de acostarme y ni siquiera deseo hablar.

—¡Oh, Lucrecia! —murmuró con semblante desolado—. Esta noche te necesito tanto...

Se explicó. Es una muchacha, es inconsciente, como os he dicho, y éste es uno de sus atractivos. La noche de la llegada de mi marido me pedía a mí que la

ayudase fingiendo una salida con ella. Tenía una cita en Roma y contaba conmigo para que al anochecer la acompañase por el jardín. Fingiríamos un paseo soñador. Luego se escabulliría por tina poterna.

—Hazlo por mí — me suplicaba.

Le hice observar que después de la llegada de mi marido, César habría extremado la vigilancia. Me buscaba un conflicto al bajar por la noche al jardín, incluso acompañada por ella.

—No —objetó inocentemente—. Entre los amigos con los que voy a reunirme está César.

No era difícil adivinar que no iba a reunirse con cincuenta personas, sino con César a solas, y el diablo sabe en que zahúrda. Pese a mi indulgencia por ella, no me hacía ninguna gracia cubrir las calaveradas amorosas de César. Me negué, tajante, y se fue.

Cuando volvió, yo estaba acostada. Con una adorable mala fe simuló haber entendido que yo había accedido a acompañarla hasta el jardín y que la negativa en el último momento era desleal.

—Pero ya ves que estoy acostada, desvestida...

—Échate un manto encima de la camisa, y bastará. Es el uniforme ideal para una muchacha que va a soñar en un jardín. Y hasta es más verdadero, más natural.

Y echándose a reír me arrancó a la fuerza de la cama. Yo me eché sobre los hombros el primer manto que me vino a mano. Al llegar a los jardines, el regocijo de mi compañera había vencido mi mal humor. La belleza de la noche acabó de dispersarlo.

Me besó bajo un bosquecillo de pinos.

—¡Buenas noches!

—Es a ti a quien hay que deseárselas —contesté, sin poder evitar una sonrisa ante su voluptuoso ardor.

Desapareció entre las sombras de un sendero angosto. Oí sus pisadas unos instantes. Después, lentamente, emprendí el regreso a palacio.

No tenía prisa en volver. Hacía calor. El aire circulaba imperceptiblemente entre las cargadas ramas. Reinaba un vasto silencio. A veces sorprendía un leve crujido y me daba la impresión que era la hierba al crecer. Pero después una fuga estremecida en la maleza, un alboroto de alas en una rama, me recordaban que estaba rodeada, a pesar de la nocturna serenidad del jardín, de pequeños animales que trataban de proteger sus vidas y atentar contra la del vecino, o a entregarse al amor, o escapar a una amenaza. En pocas palabras, era un resumen de los dramas que se desarrollaban un poco más allá, tras la fachada del palacio.

Por la parte de Roma se elevó un clamor que acabó de convencerme de lo difícil que resulta aislarse del tumulto de las pasiones humanas. Recordé que las

fiestas que se celebraban por mi boda empezaban aquella noche. El populacho debía estar divirtiéndose con los fuegos artificiales, o la instalación de una orquesta o una lluvia de peladillas o de confeti: «Estas gentes me odian, pero les gustan mis peladillas», pensé.

Me apoyé en el tronco de un árbol. Ante mí, la pálida avenida huía entre macizos de arbustos, que me recordaron los jardines del convento de San Sixto. Allí había sido feliz y mis sueños de adolescente volvieron a mi memoria.

Había leído muchos libros de mitología. Un bosque, el parque más pequeño, el más exiguo jardín, me parecían entonces misteriosamente poblados de ninfas hermosas como yo y de jóvenes soñadores dormitando en un rincón de césped de una fuente.

Incluso oía manar la fuente. Su chorro irregular parecía contar una historia o desgranar un poema. Di unos pasos. Hubiérase dicho la ilustración de mi mitología. El pequeño dios estaba allí, con la cabeza inclinada, una mano en el borde de la fuente y la otra lánguidamente extendida siguiendo la curva de su cadera. Respiraba profundamente, como alguien que sueña. Al acercarme a él llegué a temer que pudiera despertarle el susurro de mi camisa.

La claridad difusa del agua acariciaba su rostro. Era muy hermoso. No creo que me agradase por la armonía de los rasgos porque, en mi turbación, me aferraba a considerar mejor lo que se podía tomar por imperfecciones: la frente excesivamente abombada, la fatiga de sus párpados, el mohíno relieve de sus labios y de su barbilla.

De pronto tuve miedo. No oía su respiración. Ahora pienso que el murmullo del agua debía cubrir vuestro aliento, pero en mi turbación no me detuve a reflexionar y exhalé un grito y tendí la mano.

Cuando uno recuerda sólo ve a los demás en el recuerdo y no se ve a sí mismo. Pero éste está fresco aún, transcurridas apenas veinticuatro horas, y me resulta fácil verme como un personaje de un cuadro, con mi blanca camisa asomando por debajo del manto violeta. El joven está de pie delante de mí. No tengo idea de lo que nos dijimos. ¿Llegamos a hablar? ¿Recordáis las palabras que nos dijimos? Sólo me queda el recuerdo de vuestra mano en la mía. ¿Cuál era la mano que sujetaba a la otra? Tal vez fui yo quien retrocedí.

Y es que una mujer, al contrario de lo que creen los hombres, es la primera en adivinar la gravedad de un movimiento y el alcance que puede tener. En resumen, sólo habíamos intercambiado anodinas palabras y yo estaba ya intentando aprestar mis pensamientos para defenderme.

Anduvimos paseando. No sé si fue por casualidad o por malicia vuestra, pero mi cadera chocaba con vuestra mano a cada paso. Yo sentía un incontenible deseo de que esta mano me ciñese el talle. No deseaba más. No creáis que cedí sólo a una ráfaga de deseo.

Reflexionaba rápidamente. Vos erais un desconocido. Un extranjero en el Vaticano. Pronto supe que formabais parte del séquito del príncipe Alfonso. Esta



circunstancia me hizo pensar que la única manera de protestar aún contra la tiranía que se me imponía con esa boda forzada, era entregarme a un desconocido que me agradaba, en la noche de un jardín que parecía hecho para guardar gratos recuerdos. Y hasta el ejemplo de la mujer que acababa de acompañar me daba ánimo; El peligro que suponía ceder a un desconocido, junto a las propias paredes del palacio, a irnos pasos de los espías de César, a unos minutos de los aposentos de mi prometido, todo ello hubiera excitado la risa de aquella mujer, habría constituido un aliciente, habría puesto un destello en su mirada. Incluso el temor de encontrarse con el seductor en una recepción romana la hubiera estimulado.

Os he dicho que no quiero ocultaros nada. Debéis saber que, cuando nos detuvimos y, arropados por la noche y la sombra, nos acercamos el uno al otro, en mi mente hubo cálculo y lascivia. Estaba decidida a desafiar las amenazas de la gente por un rostro que me agradaba y una venganza que no me desagradaba. Si no me hubieseis tomado entre vuestros brazos creo que os hubiera tendido los míos.

Querido, tenéis que creerme, pues os digo lo bueno y lo malo. Cuando, entre la cascada de mi pelo, mi cabeza se refugió contra vuestro pecho, no pensaba ya en César ni en mi boda, ni en buenas o malas razones. De pronto, había dejado de pensar. Os deseaba y esperaba de vos algo más que la satisfacción de la desazón que me doblaba las rodillas. Una sola frase repercutía insistentemente en mi cabeza: «Esto existe.» La gran congoja que con tanto detalle describían los libros que había leído y que tanto me había hecho dudar, existía. No era sólo vuestro cuerpo lo que anhelaba cuando rodamos sobre la hierba. Era, no sé cómo decirlo... era la dicha.

Sin duda es de mal gusto volver a hablaros de Pedro, pero las confesiones acostumbra a ser de mal gusto. Dejadme con la ingenuidad de creer en la fuerza de la verdad. A Pedro no le había pedido más que un ejercicio violento de mi cuerpo, un tumulto fulgurante de emociones y si me había decepcionado un poco creo que era sencillamente porque no le quería. Entre sus brazos, no me había abandonado el fascinado recuerdo de los caballos en la puerta de la posada. Entre los vuestros se borró por completo de mi mente aquella cruda escena.

Dicha es una palabra que significa mucho para una mujer. A partir de aquel momento, la esperaba de vos. Nos cobijaba una noche que se pagaba de sí misma. César y Alfonso habían dejado de existir. Solamente existía vuestro aliento. No me entregué a vos, me entregué a mí misma.

Tuve una iniciativa audaz cuyo recuerdo me molestó luego. Pero en aquel momento, cuando os mostraba las zonas más ávidas de mi cuerpo en vibración, mi pudor no sufría en modo alguno, ni sufría la pureza del amor que sentía por vos. ¿No usa el pincel el pintor más inspirado? Poseemos cuerpos que nos sirven para interpretar el amor, y me pareció natural guiaros en tal interpretación hasta el punto de lograr que, cuando de nuevo nos poseíamos, mi dicha fuese enteramente armoniosa.

El alba se me apareció como un veredicto. Arrancándome de vuestro lado, me

arrancaba de mí misma. Eché a correr. Quisisteis seguirme y os lo prohibí. Nos miramos ya lejos el uno del otro. Y al mismo tiempo que os rogaba que no me reconocieseis si me volvíais a encontrar, sentía deseos de volver a vuestro lado y deciros simplemente: «Soy Lucrecia Borgia. Mañana van a casarme con un hombre que no conozco. Sólo sé que le odio. ¿Queréis que intentemos huir juntos?»

Ésta fue la idea que me hizo huir tan deprisa. Era el plan con el que había soñado tantas veces. Y precisamente era con vos con quien no podía llevarlo a cabo. Quería huir con vos porque os amaba y porque os amaba no podía exponeros a la atroz persecución que dos horas después habría emprendido César contra nosotros.

Había que ceder. Una vez en mi cuarto me eché en la cama. Después me planté de un salto en la ventana con la esperanza de veros otra vez.

Cuando Caterinella entró en mi aposento, yo estaba tendida, con los ojos muy abiertos. Profirió un grito. Yo os había creído muerto en la fuente. Ella creyó que yo estaba muerta sobre mi lecho.

Pensé en la muerte. No ignoro que en Roma se dice que los Borgia son muy hábiles en materia de venenos. Por unas horas lamenté ser menos ilustrada que César sobre el particular.

Mientras me vestían tuve que apoyarme dos veces en mis doncellas. ¡Qué irrisión! Me disponía a saludar con gran pompa al prometido extranjero cuando pertenecía enteramente al hombre que había desaparecido al amanecer. Y en la ceremonia yo iba a representar mi papel por segunda vez, después de haberme desembarazado del pobre hombre que había sido héroe de la primera. «Estoy actuando en un ballet; no en mi vida», me dije.

La puerta acababa de abrirse. Ante mis ojos brillaba el salón del Papagayo. Los dignatarios, muy solemnes, se aprestaban a inclinarse a mi paso como habían hecho cuatro años antes. César me ofrecía la mano acompañando mi entrada. Ni siquiera nos mirábamos. En el corredor, había tenido la osadía de preguntarme, con tono de buen muchacho orgulloso de llevar a su hermana menor al himeneo: «¿Estás contenta?» Yo le contesté: «Eres un infame.» Y aparecimos, los dos muy ataviados, sonriendo porque había que sonreír, como un símbolo de la solidaridad de los Borgia.

¿Os ha sucedido alguna vez ver un salón al revés, con el techo en vez del suelo? Así vi yo el salón del Papagayo. Mis ojos habían tropezado con vuestro rostro. Por un instante creí que erais un dignatario del séquito del príncipe, pero la posición que ocupabais no me dejó lugar a dudas. Mi corazón cesó de latir. Mi mano se crispó sobre la muñeca de César. Era la primera vez en mi vida que pensaba en Dios para agradecerle algo. Me sentía henchida de gozo y de gloria.

Os contemplé. No era posible fingir indiferencia hasta aquel punto. No era indiferencia, sino asco lo que brillaba en vuestros ojos.

En el corredor, al volver a mis aposentos, me apoyé en el hombro de

Caterinella como una vieja. Mis tentativas de hablaros, de ahuyentar de vuestros ojos la condenación que me hería mortalmente, sólo habían obtenido una negativa que ni siquiera era cortés.

Yo debo ser de esas mujeres que no se desaniman fácilmente. Al volver a mi aposento, ni siquiera me senté. Seguía viendo vuestros ojos y me pareció adivinar. No sólo estabais asqueado, sino desesperado.

Entonces por primera vez maldije mi reputación. Si prestabais oído a los rumores, a las historias de desenfreno, de incesto y de crímenes, era un horror para vos sufrir al descubrir que la mujer que habíais querido la noche anterior era la licenciosa criminal que, con la muerte en el alma, os disponíais a llevar al altar. Nuestra unión nocturna debía de ser una aventura más de la infame Lucrecia. Aquello no era amor, era prostitución.

«Bien — me dije —. Lucharé hasta el fin. Porque sería demasiado estúpido, a fin de cuentas, darme por vencida. A quien odia él no es a mí, sino a una falsa imagen. Yo le haré conocer la verdad.»

Caterinella oyó mis órdenes y sonrió. Esta clase de escapadas que se salen de lo corriente la encantan.

Y yo me hacía daño en las manos a fuerza de apretarlas en espera de la respuesta. ¿Aceptaré?

Cuando, desde mi ventana, os vi salir acompañado de Caterinella, creí que había ganado. Por otro camino me he adelantado llegando antes a la iglesia. Por fin he oído vuestros pasos. No tenía prisa por llamaros, pues estaba rezando. Le pedía a Dios el valor de no ocultaros nada. No entraba en mis cálculos remplazaría por la de una Lucrecia angelical. Ahora conocéis mis faltas y mis errores. Pesadlos.

Le he pedido también a Dios que me otorgase el poder de convicción suficiente para ser creída en todo. Mañana Dios me contestará por medio de vuestro rostro. Esta noche no quiero volver a veros. No quiero arrancaros una aquiescencia por sorpresa. Reflexionad. Si deseáis romper el compromiso y huir de Roma, y yo puedo ayudaros, os lo he dicho ya, lo haré. Pero si mañana os veo aparecer en medio de los envarados cortesanos, con sus trajes de ceremonia, movilizados por la boda de Lucrecia, de esta zorra de Lucrecia..., sí, si veo que me miráis a los ojos francamente, entonces comprenderé que mi amor ha vencido.

Hay algo que es lo que más temo. Os amo con locura, mi querido Alfonso. Y vos, ¿no me habréis seducido ayer para matar el tiempo? Me parece que vuestro rostro no pudo engañarme..., pero no tengo más que dieciocho años y me he engañado ya en muchas cosas. Tal vez ni siquiera me queréis.

Pero tal vez me amáis y me creéis.

# CAPÍTULO XIII

## LA RESPUESTA DE SANCHA

empezaba a alarmarme — dijo Cervillón.

— El príncipe le dio las gracias con un gesto y murmuró:

—Volvamos a palacio.

A un silbido de Cervillón, la escolta apostada en la callejuela, surgió de la sombra. Alfonso se apoyó en el primer peldaño de la puerta lateral por donde había salido y montó a caballo

—He entrado cuatro o cinco veces en la iglesia —dijo Cervillón—. Os he visto. No parecía que tuvieseis necesidad de ayuda.

—No, gracias...

La sombra invadía Roma. Las torres parecían oleadas de oscuridad que cubrían los techos y profundizaban las calles. En las ventanas brillaban luces. Sin embargo, el cielo permanecía cálido y sólo brillaban una o dos estrellas. Las tribunas, los estrados y los arcos de triunfo dormitaban entre el oro pálido y las oriflamas. Habían terminado las fiestas de la tarde y no habían empezado aún las de la noche.

El mutismo del príncipe había impuesto silencio a su escolta. Hasta que divisaron el Vaticano, Cervillón, que cabalgaba a su lado, se arriesgó a preguntar:

—La mujer que he visto salir un minuto antes que vos...Su cabeza se ocultaba en el manto, pero me ha parecido que era Lucrecia Borgia.

—Sí —cortó Alfonso de Aragón—. ¿Qué tiene de particular que dos personas que van a casarse el día siguiente sientan el deseo de hablar a solas?

—¡Nada de extraño, claro! Lo que me ha sorprendido es que...

Titubeó y añadió:

—A pesar del manto me ha parecido que estaba muy conmovida. La mora tuvo que ayudarla a montar y creí que no lo lograba. Y, sin embargo, es una buena amazona.

Se hizo un corto silencio solamente interrumpido por el ritmo de los cascos de las monturas.

—No sé qué pensar —murmuró de pronto Alfonso de Aragón—. Tan pronto me siento feliz como un imbécil, como...

—La condición de consejero ofrece muchos inconvenientes —observó Cervillón—. Se os piden consejos para no seguirlos o para darse el gusto, si se ha seguido y el resultado no ha sido bueno, de cargar con la responsabilidad sobre las espaldas del consejero. Por otra parte, esta clase de consejos no deben pedirse. Se suspira, se sueltan algunas palabras y se espera ayuda sin pedirla. Entonces tu pobre consejero se lleva las manos a la cabeza y...

—Debe bastarte con saber que ella me ha hablado y... —Ya lo sé que os ha hablado. La conversación ha durado más de tres horas.

—Me ha hablado y por el momento la he creído. Ahora, me estoy preguntando a mí mismo...

—Ahora me estáis preguntado a mí —exclamó Cervillón burlonamente.

Dejó de reírse, detuvo su caballo y contempló a su joven señor.

—¿Estáis enamorado de Lucrecia? —preguntó con calma.

Al ver que el príncipe de Aragón no contestaba, volvió a sonreír.

—¡Caramba, ha sabido hacerlo! ¡Y deprisa! La habéis visto hace seis horas en el salón del Papagayo, la habéis despedido y hasta humillado. Os habéis encerrado en vuestro aposento para pensar mejor en el horror de vuestra unión. Os ha contado su historia a la sombra de una iglesia y he aquí que descubro en vuestros ojos el hechizo un poco bobo de una pasión que acaba de nacer. Yo estoy encantado, puesto que he tenido el honor de ser uno de los artífices de esta boda necesaria, que no esperaba, sin embargo, que os agradase hasta tal punto.

—No eres buen fisonomista —dijo apaciblemente Alfonso de Aragón—. No estoy enamorado de ella desde que he salido de la iglesia. Lo estaba ya esta mañana cuando me has despertado. Lo estaba aún más esta tarde, pero con un amor desesperado. Lo estoy esta noche con angustia porque estoy pasando de la esperanza a la desesperación.

Los caballos se adentraban ruidosamente por las bóvedas del Vaticano.

—Esto es un enigma —observó Cervillón.

—No. Quien se está debatiendo en un enigma soy yo. Y quisiera que me ayudaras.

—Ya estamos en ello.

—No tengo tiempo de comprobar lo que me ha dicho Lucrecia. Y deseo creerlo. Si en vez de tener yo diecisiete años, tuviera quince, la creería.

Y añadió con una débil sonrisa:

—Sin duda, estoy ya corrompido como un adulto. Soy un escéptico, o mejor dicho, me esfuerzo en serlo. Y tengo que decidirme. Y no tengo tiempo, ¿comprendes?

—No lo comprendo, pero seguid vuestro camino.

La conversación terminó en el aposento de Alfonso de Aragón.

—Ésta es la cosa — concluyó el joven—. Lucrecia explica su mala reputación por la confusión causada por unas palabras de César que, refiriéndose a otra persona, se ha creído que aludían a Lucrecia. Ella se ha negado a revelarme el nombre de esa persona. ¿Por delicadeza? Quiero creerlo así; estoy seguro de ello. Por lo menos, en la oscuridad de la iglesia estaba seguro. Pero dentro de este palacio uno se vuelve desconfiado y bajo tu mirada burlona estoy más dispuesto a creer en la mentira que en la virtud. Y entonces me pregunto si ha callado el nombre por discreción o por...

—O porque había inventado la persona y ha creído más prudente no inventar un nombre además. En efecto, la cuestión vale la pena de ser planteada. Y queréis de mí que busque si, entre los allegados de los Borgia, existe alguien que corresponde a las señas que Lucrecia os ha dado en su relato. Alguien capaz de asumir semejante papel.

—Sí. Parece que se trata de una mujer joven, maravillosa y licenciosa. Para que la confusión haya podido tomar cuerpo, se debe dar la circunstancia que dicha persona haya podido cometer... un incesto con César y con Gandia. Esto restringe mucho el campo de la indagación. Debe, además, haber salido clandestinamente del Vaticano ayer noche. No me contestes a la ligera. Vete. Si encuentras algo, me despiertas si duermo..., pero creo que no dormiré.

Alfonso de Aragón se echó en la cama sin quitarse la ropa y, en efecto, no pudo conciliar el sueño. Por las angostas ventanas de su aposento, veía unos rectángulos de cielo sombrío y profundo. Desde Roma llegaban las mismas explosiones de regocijo que la víspera. Una mariposa grande se puso a aletear alrededor del candelabro. «Está fascinada como yo», me dije. Un chisporroteo, y la mariposa con las alas abrasadas cayó al pie del candelabro. El príncipe De Aragón cerró los ojos y vio los de Lucrecia. En la oscuridad de la iglesia los había adivinado mejor que visto. A veces, solamente eran unas manchas oscuras y, gracias a las palabras de Cervillón, comprendía ahora que, en ciertos instantes de su relato, debía ocultar la cara detrás del manto. «Era como un cielo sin estrellas», pensó.

Cuando la silueta de Cervillón se recortó tras el halo de luz dorada que proyectaba el candelabro, se preguntó de pronto cuánto tiempo había estado delirando sobre el lecho de terciopelo.

En el rostro de Cervillón se leía la duda. Alfonso de Aragón tuvo miedo y se batió en retirada hacia la ventana. «No quiero saber nada —pensó—. La quiero, ésta es la verdad. Si ha inventado un sinfín de excusas, tanto peor. Soy tal vez el más infame, pero también el más feliz de los hombres, porque quiero a Lucrecia y me caso con ella.» Sólo tenía una idea: evitar las revelaciones de Cervillón.

—Hace calor — dijo —. Las noches de Roma son más bochornosas que las de Nápoles, me parece.

Cervillón, sorprendido, se callaba.

—Es que en Nápoles disfrutamos del mar — prosiguió Alfonso de Aragón por

decir algo.

Luego, tímidamente, propuso:

—Tal vez mejor sería dormir. La ceremonia de la boda empezará temprano.

—No demasiado — replicó Cervillón.

—Quise decir que hay que contar con el tiempo de prepararme...

No terminó. Cervillón adivinaba la molestia que estaba experimentando el príncipe. Se inclinó y dio un paso atrás insinuando la retirada. Entonces Alfonso de Aragón profirió un grito...

—¡Quiero saberlo todo! —rugió con las mandíbulas contraídas—. Vamos, habla...

Cervillón se humedeció los labios con la lengua.

—No te atreves, ¿verdad? — murmuró Alfonso de Aragón—. ¿No te atreves a decirme que ha inventado una mujer que le cubriese a ella? Y si ha mentido en esto, ha mentido en el resto. Es lo que tienes que decirme, ¿no es cierto?

—No.

—¿Ha dicho la verdad? — preguntó Alfonso de Aragón como en un susurro.

—Probablemente, pero...

Un destello de triunfo brilló en la mirada de Alfonso de Aragón. Pero se ensombreció al instante.

—¿Qué hay entonces?

Cervillón hizo el ademán resignado del hombre que juega su última carta.

—¡Vos lo habréis querido...! La mujer existe. Y ayer salió clandestinamente, esto es verdad también. Todo parece indicar que ha otorgado sus favores a César y a Gandia. Y esta complacencia era, en efecto, un incesto.

Se detuvo.

—Os lo garantizo. ¿Os basta esto?

—¡Quiero saber el nombre de esa mujer!

—Si he de hablaros con franqueza, el nombre me vino a los labios hace poco al exponerme los hechos por vuestra parte. Pero he querido comprobarlo para descargo de mi conciencia. Es un nombre que no querría tener que daros.

—Es un nombre que me vas a dar ahora mismo.

Cervillón exhaló un suspiro de resignación y dijo:

—Vuestra hermana Sancha.

El príncipe de Aragón se disponía a abalanzarse sobre él, con las facciones desencajadas por la ira. Cervillón aguantó a pie firme.

—Sancha — prosiguió fríamente — se casó con Joffre, el hermano de Lucrecia, cuando éste tenía trece años, no lo olvidéis. Era una muchacha aventajada.

Conocéis su carácter mejor que yo. Ni la timidez ni el respeto de las convenciones han logrado retenerla jamás. César y Gandia la cortejaron, incitados por una belleza que había subyugado a Roma. La llamaban «la Lucrecia morena». Cedió a los dos y, al parecer, se ha divertido bastante con sus celos. La cosa nunca ha trascendido de los medios discretos del Vaticano. Sin embargo, es probable que cuando César se excusaba de haber cometido un incesto pensara en su cuñada Sancha y si realmente fue César quien mató a Gandia no es imposible que lo hiciera a causa de vuestra hermana. Yo había oído ya algo de esto en boca de Giovanni Alberto della Pigna, pero hice oídos sordos. En los tiempos que vivimos, si se quiere llegar a viejo, hay que saber ignorar hasta lo que es claro como la luz del día. Pero, por daros gusto, acabo de hablar con mi amigo Sañudo y, según me ha dicho, la culpable es Sancha... Pero el pueblo desea que sea Lucrecia y hay que dejar correr la bola, tanto más cuanto César prefiere esta versión de los hechos.

Cervillón saludó y se dispuso a salir.

—¡No te vayas!

—Creí que la verdad que me habéis obligado a decir os habría enojado.

—Lo que me enoja es la ruin alegría que me invade al pensar que la infame es Sancha... Que no es Lucrecia, sino Sancha... Bien sabes que pocas veces un hermano y una hermana han estado unidos como Sancha y yo. ¡Mi pequeña Sancha! ¡Ya ves lo que Roma ha hecho de ella!

Retrocedió pasándose la mano por la frente.

—Lo más espantoso es que he llegado a desear que la culpable fuese mi hermana. Y sólo temo que te hayas engañado. Pronto he aprendido lo que es el amor.

En aquel momento, Alfonso de Aragón quería estar solo y no retuvo a su amigo. Se puso a andar de un lado para otro sin cesar. Roma se calmaba y una ráfaga fresca penetraba, por fin, por las ventanas. «Es estúpido, pero voy allá», se dijo Alfonso.

Al verse perdido por los corredores, pensó que era más estúpido aún. Trató de recordar lo que le había dicho su hermana, por la tarde: «Ven a verme. Mis aposentos están a cuatro pasos. Tomas por la gran galería y luego...»

El príncipe de Aragón llamó con los nudillos en la puerta que le pareció la indicada. No obtuvo respuesta. Volvió a llamar y luego hizo girar el pomo. A sus ojos se ofreció una vasta pieza iluminada por la pálida luz de una lámpara de mariposa. Dos mujeres estaban durmiendo. Había también unos perritos. En medio del aposento, un inmenso barreño. Al fondo, una puerta entreabierta. Ninguna de las dos mujeres es Sancha. Están suspirando, una contra otra, los hombros desnudos, el rostro trasudado. Alfonso de Aragón está agitado y piensa que obra como un ladrón.

Pero ha atravesado ya la pieza y asoma la cabeza por la entreabertura de la otra puerta. Se encuentra con una pieza aún mayor, en la que reina un gran desorden. Adivina más bien que ve, ropa, chales y vestidos sobre cojines



desparramados por el suelo. Encima de un cofre una serie de tocados están colgadas en sus perchas. Distingue vasijas de jaspe transparente que contienen un batiburrillo de agujas, botones cincelados y lazos.

Una mujer joven está echada en un lecho realzado, cuyas sábanas arrojadas violentamente penden hasta el suelo como velas. Alfonso de Aragón no distingue su rostro. Está acostada boca abajo, desnuda, con la frente hundida entre los codos sobre los que se esparce un arroyo de pelo negro y alborotado.

El sofoco del aire se acentuaba por la densidad de los perfumes que reinaba en la pieza. La piel mate de los costados de la joven brillaba de sudor. Sus muslos estaban entreabiertos, y uno de sus pies buscaba un poco de frescor en el borde extremo de la cama.

Alfonso se acercó titubeando. Su joven sensualidad, que se había despertado la noche anterior, no le permitía permanecer insensible ante aquel cuerpo femenino que le recordaba las emociones en las que acababa de ser iniciado. Al mismo tiempo se reprochaba ser infiel a Lucrecia, siquiera fuese de pensamiento. Lo era menos de lo que creía, pues al contemplar las caderas que se le ofrecían a la vista, la grupa y la comba de los costados, que subía por el torso turgente hasta morir en los redondos hombros, pensaba en Lucrecia y hacia ella se dirigía la oleada de deseo que le invadía.

Sobre una mesita baja, entre joyas esparcidas en desorden, reconoció los pendientes de oro cincelado cargados de rubíes engastados formando flores, que él mismo había ofrecido a Sancha como regalo de boda.

Sentíase arder. Hizo un gesto vago que no significaba nada. Haber sorprendido a Sancha en su lecho y haber sentido deseo le parecieron, a pesar de ignorar la identidad de la durmiente, casi un crimen. Dio un paso atrás tan pesadamente que la mujer exhaló un gemido y se volvió.

—¿Quién es...? —preguntó sin asustarse—. ¡Dios mío! ¿Eres tú?

Se había incorporado, sonriente en la penumbra, con los párpados entornados, y estiró los brazos. Alfonso de Aragón cogió una prenda de ropa que le vino a mano y la echó sobre ella.

Sancha se rió.

—Es verdad. ¡Estaba desnuda! No había pensado en ello, pero tú proteges mi pudor, guapo. Y lo has hecho con un bello gesto de pescador echando las redes. Bueno, ¿no me dices nada? Debes saber que en Roma hay que tener presta la réplica, que debe lanzarse insolentemente o galante, a elegir, o erudita. También se lleva mucho la erudición. Yo te comparo a un pescador; tú puedes compararme a una sirena. Has visto bastantes, como para que no sepas esbozar un cumplido... a menos que seas insensible a las morenas... aunque sean de ojos azules. Esto es que el rubio prestigio de Lucrecia ha hecho ya su efecto. Es comprensible. Si yo hubiera sido hombre, con sólo ver el fulgor de la tez de Lucrecia, me hubiera entrado el diablo en el cuerpo. Bueno, ¿qué? ¿Tengo monos en la cara? ¿Por qué me estás mirando así? Yo soy la que me he despertado sobresaltada y eres tú el

que pone un cara atontada de muchacho a quien se arranca de la cama. Pero, mira cómo vas vestido. Llevas el jubón torcido.

—Perdona que te haya despertado tan brutalmente —articuló Alfonso de Aragón—. Debes estar sorprendida de mi visita en plena noche.

—En realidad, sí. No sabía que los paseos nocturnos entrasen en tus costumbres. Pero no me sorprendo fácilmente. Soy animal de noche, como las gatas. Siéntate, ya que estás aquí. No, en el taburete, no; lo vas a revolver todo. Espera que me haga un poco para allá. Bueno, ya está. Siéntate en el borde de la cama. ¿Sabes que esperaba tu visita?

—No me digas. Acabo de decidirme ahora mismo y no sé qué te ha podido hacer pensar...

—Vamos, es muy sencillo. Te casas mañana... Y a propósito, ¿qué te parece mi traje? Está ahí, sobre el sillón, ¿lo ves? Está listo y sólo espera mi cuerpo. Creo que no desentonaré en la ceremonia, ¿no lo crees así? ¿Qué te estaba diciendo? ¡Ah, sí! Esperaba que vinieras a pedirme mi opinión sobre Lucrecia y algún consejo sobre el modo de tratarla. Es muy natural. Eres mi hermano y ella es casi mi mejor amiga.

Se había estirado en la cama, perezosamente. Seguía con los ojos entornados y contemplaba a su hermano con aire burlón.

—O has cambiado mucho, muñeco —prosiguió— o si sigues siendo el mismo que yo conozco, debes estar terriblemente intimidado. Lucrecia es una mujer de lujo bastante célebre para que un muchacho joven como tú se pregunte si estará a la altura.

Se rió sordamente y observó con voz enronquecida:

—Por otra parte, es verdad. Tienes el mismo aire preocupado que tenía yo la víspera del día en que debía montar a *Alí*, el maravilloso caballo que Djem me trajo de Turquía. Yo me decía: «Un caballo tan hermoso y tan raro es quizá demasiado para mi arte de amazona.» Esto es lo que tú te estás diciendo, poco más o menos. Confiésalo, Alfonso.

Alfonso de Aragón se había ido recobrando poco a poco de la emoción experimentada al entrar en el aposento y de la que se había reprochado con horror. «Después de todo — pensó —, ya que he cometido la tontería de dejarme caer en los aposentos de mi hermana en plena noche, para comprobar la verdad de las palabras de Lucrecia y la indagación de Cervillón, lo mejor es proceder al interrogatorio. Es tarde ya para retroceder.»

—Tienes razón — dijo —. He venido a hablarte de Lucrecia.

—¿Te gusta? —preguntó Sancha en voz queda, entre dientes como lo hubiera hecho una mediadora.

El príncipe prosiguió:

—Me gustó desde el momento que la vi, aún antes de serme presentada... Fue la noche de mi llegada. Yo estaba en mi ventana. Anocheceía.

Hizo una pausa y respiró hondo, inquieto por el temor de no saber mentir con bastante soltura.

—Sí, te vi a ti paseando por el jardín. Te llamé, pero no me oíste. La joven que te acompañaba era tan encantadora que no pude por menos de preguntar su nombre a uno de mis escuderos. La muchacha se ofrecía a la luz de una linterna y mi escudero la reconoció: era Lucrecia.

—¡Ah, sí! ¿Anoche? En efecto, salimos a dar un paseo por el jardín.

—Quise reunirme contigo y bajé. Vi a Lucrecia, pero estaba sola.

Sancha se rió silenciosamente.

—Guarda para ti lo que voy a decirte. Me esperaban en otra parte. Me escabullí por una portezuela. Le había pedido a Lucrecia que me acompañara para dar la impresión de un paseo al claro de luna. Espero que no te escandalices por ello... No serás tan ingenuo.

—No.

Su corazón latía fuertemente. Sobre el particular, Lucrecia no había mentido. Pero todavía faltaba aclarar el resto.

—He visto un retrato del duque de Gandia. Le he encontrado un gran parecido con Lucrecia — lanzó.

—No mucho. Ni son los mismos ojos ni el mismo pelo, pues el de Gandia era más bien castaño. Y además, un aire completamente diferente.

Sonrió con placentera tristeza.

—Era encantador. Mucho más presuntuoso que Lucrecia. El tipo de hombre que, al entrar en un salón y sorprender una mujer sonriendo, inmediatamente cree con la mayor buena fe del mundo que le sonríe a él. Tenían los dientes igual de hermosos, pero más mordientes los de Gandia. Pero no tenía los mismos ojos que ella. ¿Has observado ese azul casi blanco de los ojos de Lucrecia? Con todo, Gandia era muy guapo. Demasiado para llegar a viejo. Por otra parte, un Gandia viejo es algo inimaginable. Era alocado... muy alocado. Yo lo llamaba mi pequeño Alcibiades.

—¿Lo amabas?

—Depende.

—¿Depende?

—Depende de los motivos que tengas para interrogarme. Si es un interrogatorio policíaco, te diré que quería a Gandia como una cuñada debe querer a un cuñado.

Se interrumpió cogió dulcemente la mano de su hermano y apoyó la cabeza en su hombro.

—Soy una estúpida. ¿Por qué me estoy enojando? Hace años que no nos hemos visto. Y es natural que nos contemos nuestras aventuras, que sientas

curiosidad por las mías. Sé a dónde quieres ir a parar. Alguien te habrá dicho, sin duda, que quise a Gandia como no debe querer una cuñada a su cuñado.

Alfonso de Aragón carraspeó. Había pasado de interrogador a interrogado. Con todo, nada saldría ganando haciéndose el desentendido.

—Sí.

—Bien. Puedes considerar esta calumnia como... verdadera. Pero no olvides que te has metido en un terreno resbaladizo. Hasta para ti, es peligroso abordar semejante tema. César no estaría contento si supiera que estamos hablando de esto.

—Creo —observó el príncipe De Aragón con voz neutra— que eres la mujer de Joffre, no la de César.

—Vaya, ya salieron los reproches.

—¿Se te pueden hacer igualmente por tu actitud con relación a César? —preguntó Alfonso de Aragón con un nudo en la garganta.

Una confirmación de Sancha significaba la absolución de Lucrecia. Al mismo tiempo, el príncipe De Aragón recordaba a su hermana de unos años antes, la muchacha pura, reservada, sin coquetería, tan muchacho como él mismo. «He aquí lo que han hecho de ella», pensó.

Como contestando a los pensamientos de Alfonso, Sancha dijo con una especie de gravedad:

—Hay algo que nunca he querido aprender en Roma: la hipocresía. Hubiera podido protestar al oír el nombre de Gandia y refugiarme en la sana y santa cordialidad de los sentimientos familiares. Podría contestarte que si me encuentro a veces con César es porque es el hermano de mi marido y tengo deberes que cumplir con él. Podría citarte el nombre de mi marido a cada paso y fingir la más ingenua fidelidad hacia mi señor y dueño, a pesar que mi marido sea un crío de dieciséis años, con más afición a los bolos y a adornar su sombrero con plumas o a cazar pájaros que a interesarse por las mujeres en general y por la suya en particular. ¿Te parece natural que a mis diecisiete años, cuando empezaba a arder mi sangre, me hayan casado con un muchachito de once o doce años? Procura considerar de más cerca tus prejuicios. En realidad, una muchacha puede defenderse porque todo contribuye a defenderla. Desde mi matrimonio con ese muchacho, que por otra parte siempre estaba ausente, me trataron como una mujer y me cortejaron. Lo natural es, por tanto, que cediera a las solicitudes de quienes me rodeaban. Esto es todo.

—Admitámoslo. Pero ¿te parece natural haber cedido a las solicitudes... de seres tan allegados, de tus familiares?

Sancha exhaló un suspiro cínico:

—No soy una mujer complicada. Gandia y César eran muy guapos. Y eran los dos hombres que podían estar a mi lado con mayor facilidad. Me los encontraba a cada paso. Podíamos hablar a solas. ¡Oh, no creas! También a mí me horrorizaba

ese feo nombre de incesto. Y entonces reflexioné. En primer lugar, descendemos todos de Adán y Eva y, por lo tanto, todos somos hermanos. Además el parentesco que me unía a César y a Gandia era sobrevenido, no de sangre. ¿No sabes que hasta se llegó a pensar, no bien se hubo celebrado el matrimonio con Joffre, en romperlo, puesto que no se había consumado, para casarme con César? Vamos, airea un poco tu cerebro. Eres demasiado joven para Roma.

—En efecto —dijo fríamente Alfonso de Aragón—, no eres hipócrita. Hasta se diría que sacas un placer secreto de una confesión que debería serte penosa.

—¡Estás loco! Ahora me sales con las mismas reflexiones que me haría un director espiritual: «Hija mía, no os recreéis en el relato de unos pecados cuyo recuerdo debería inspiraros horror.» Te diré una cosa... Lo que produce horror es el recuerdo de las personas que me han aburrido, o a las que, por educación o por política, he tenido que hacer unos cumplidos que no sentía.

—Estoy viendo que entre los recuerdos enojosos, no cuentas el asesinato de Gandia.

—¡Imbécil! ¿Qué sabes tú de la pena que me produjo?

—No sé nada, pero puedo comprobar que no te ha desviado de César.

—Porque eres tan listo que tienes las pruebas de la culpabilidad de César... Nadie sabe nada de ello y tú no sabes más que los otros.

—De todos modos, si estuviera en tu lugar temería haber sido la causa de ese asesinato.

—¡Pobre inocente! Si César es el asesino, lo que no creo, ¿no piensas que entre los dos había mayores motivos de violencia que un acceso de celos por la pequeña Sancha? Compartían las mismas rentas, se disputaban las mismas dignidades, ambicionaban los mismos puestos y desde su infancia se contemplaban, se observaban, preguntándose cuál de los dos llegaría más alto. A la larga, pueden haber llegado a preguntarse cuál de los dos moriría primero. Gandia era un diletante. Es natural que César haya asestado el golpe el primero... si lo ha asestado. Ya ves las cosas que estás aprendiendo esta noche. Esto es matar dos pájaros de un tiro... Te estás iniciando en Roma, en la vida de familia y en las ambigüedades de la situación de los adultos. Pero no te asustes, ¿sabes? tienes un gran triunfo en la mano: tu encanto.

Se rió, gorjeando.

—La verdad es que eres encantador...

Alfonso de Aragón deseaba irse. Su interrogatorio era un éxito. Si su hermana lo había horrorizado, por lo menos él había podido comprobar, hasta donde ello era factible, la inocencia de Lucrecia. Tenía prisa por estar solo para pensar en ella.

—¿Cuántos años tienes ahora? —preguntó Sancha, soñadora—. ¿Casi dieciocho? Un año menos que Lucrecia. Vais a hacer una hermosa pareja...

«La quiero mucho, se dijo Alfonso de Aragón, pero empieza a ponerme

nervioso. Tiene pasmos de matrona viciosa. ¡Una hermosa pareja! ¿Qué puede importarle a ella, la pobre? En cambio lo que hace ella al lado de ese crío de Joffre, es ridículo. Y se consuela como puede.» No le gustaba que se permitiera juzgar el amor que Lucrecia y él se profesaban. Era un hecho que ocurría fuera de su alcance, a un nivel que ella nunca podría alcanzar.

—Tengo que acostarme. Y tú también necesitas dormir si queremos mantener alto el pabellón de los Aragón...

—Mañana ya es hoy, ¿sabes? Deben de ser las tres de la madrugada. Y hoy aún es ayer. Por esto me gusta la noche, porque nunca sabe una donde está.

Alfonso de Aragón intentó levantarse, pero ella lo retuvo rodeándole el cuello con sus brazos. La sábana se había deslizado dejando al descubierto el busto de Sancha. Alfonso de Aragón no sabía donde volver los ojos. Concentró su atención en las manos de ella. El pulgar de Sancha le rozaba la nuca suavemente.

—¿Te acuerdas — preguntó ella — cuando te ponía una llave en el cuello porque te sangraba la nariz? Te ocurría a menudo. ¿No te pasa ahora que has crecido?

Alfonso de Aragón se sintió conmovido por la memoria de su hermana y se avergonzó de los malos pensamientos que su actitud de abandono acababa de provocar en él.

«Soy injusto —pensó—. Lo que pasa es que es enemiga de los convencionalismos. Esto es todo.»

—Es asombroso lo que has crecido — prosiguió ella.

Alfonso sentía su aliento en la mejilla.

—Cuando me casé con Joffre, todavía era mayor que tú y más corpulenta. Cuando nos peleábamos, quedaba vencedora.

Se echó a reír con su risa algo quebrada.

—¿Todavía juegas a los salvajes? Siempre nos tenías con el alma en vilo, escapándote por la noche para corretear por el jardín. Tan pronto eras un salvaje, como un navegante, ¿recuerdas? Ya me estoy figurando a Lucrecia levantándose por la noche para correr tras de ti.

Sancha quería seguir evocando sus recuerdos, pero Alfonso quiso marcharse. Ella no lo retuvo. Al cerrar la puerta, el joven vio, por las ventanas de la galería, que empezaba a amanecer.

# CAPÍTULO XIII

## EL BALCÓN SOBRE ROMA

El gran maestro de ceremonias, Burkhart, movía la cabeza con una satisfacción que raramente se reflejaba en su semblante ceñudo. La ceremonia oficial se había desarrollado exactamente de acuerdo con el protocolo previsto. Más aún, el horario había sido respetado.

—¡La cinta! — refunfuñó de pronto —. Ya me extrañaba que todo hubiera ido bien hasta el final.

En efecto, los invitados habían sido detenidos a la entrada del gran salón y se agolpaban en masa taponando la puerta. Los hombres se alzaban sobre la punta de los pies para ver mejor. Hubo risas y miradas azoradas porque ciertas damas, imitando a Sancha, se habían hecho levantar del suelo para ver si Lucrecia cortaba la cinta.

«Cuando se celebró el primer matrimonio —pensaba Burkhart—, se estropeó la severidad de la ceremonia con la historia de la miel. Ahora es el cuento de la cinta. Esto solamente se hace entre labriegos... Y aún entre los labriegos más retrasados de Nápoles. Como si una boda fuese una reunión alegre.»

Un grito estentóreo saludó a Lucrecia en el momento de acercar las tijeras a la cinta para cortarla. Estaba sonriente. Los extremos de la cinta eran sostenidos por un grupo de jóvenes gentilhombres.

—Cortad bien por la mitad — aconsejó Alfonso de Aragón que sonreía también.

Los invitados sólo veían de Lucrecia los rubios cabellos cuajados de perlas, desparramados por su manto de seda violeta. Cuando iba a cortar, se destacó de su traje la manga blanco y oro.

—No, no cortéis por la mitad — gritó Tomaso Albanese—. Hay que cortar a ciegas, con los ojos cerrados.

—Y luego — dijo otro — se comparan los dos pedazos. La longitud del de la derecha significa el tiempo que la desposada amaré a su marido; la del de la izquierda, lo mismo aplicado al marido.

Lucrecia detuvo las tijeras al borde de la cinta.

«Soy una estúpida por ser tan supersticiosa. Es una cinta que no significa nada.»

—Cortad y acabemos de una vez — dijo Burkhart que había logrado colocarse en primera fila de los jóvenes—. Esto perturba el orden, todo el mundo se atropella. El orden del cortejo se ha alterado... y esto no figuraba en el programa.

«Es precisamente lo que me encanta —pensó Lucrecia—. Esto es lo primero que hacemos que no me recuerda la estúpida ceremonia con Sforza.»

Y cortó al azar apoderándose vivamente de los dos pedazos antes de que hubieran podido compararlos, los entremezcló, hizo un ovillo con ellos y se los puso en la manga.

Se oyeron aplausos, gritos y preguntas.

—¡Ya está bien! —tartajeaba Burkhart—. Y ahora avanzad...

Los de las últimas filas seguían preguntando:

—¿Qué ha hecho?

—¿Dónde están las cintas?

El príncipe De Aragón estaba fascinado por la elegancia de los ademanes de Lucrecia. Era extraordinaria la límpida palidez de sus ojos, en aquel rostro que el gozo teñía con la fiebre de un transparente rubor. Y se sentía orgulloso de ello porque se sabía el autor.

Por la mañana, Lucrecia había aparecido con aspecto fatigado. Los ojos consumidos y el ademán parvo y febril de la persona que no ha dormido y está sumida en la angustia. Había titubeado antes de mirar a Alfonso de Aragón.

Y cuando leyó sobre su rostro que él la creía, que nada alteraba su amor, comprendió que se había producido el milagro. Un solo instante había bastado para convertirla en la frágil imagen de la dicha.

—Vamos —vociferaba Burkhart—, avanzad, por favor... Restableced el orden. No es tan difícil.

Los gritos que cubrieron su voz no eran precisamente de alegría. Se oyó pedir socorro. Otras voces repetían: «¡Mueran ¡¡Mueran!!»

—¡Lo que faltaba! — murmuró Burkhart —. ¡Esto pasa de raya! Mi ceremonia está fracasando...

«Presenta mal cariz su ceremonia», pensó el príncipe de Aragón llevándose la mano al cinto. A pocos pasos vio a César que ordenaba cachazudo:

—¡Vamos, mis bravos, calma!

Burkhart lo apostrofó rudamente:

—¿Vais a intervenir de una vez, monseñor? Ya lo estáis viendo. Vuestros escuderos han atacado a los de doña Sancha. Detenedlos...

—Es lo que estoy haciendo — dijo amablemente César.

Temblándole las manos, Burkhart se precipitó hacia Sancha.

—Señora, sed razonable, llamad al orden a vuestras gentes.



—De acuerdo. Soy la primera en deplorar que mi guardia se pelee con la de César. Se está encanallando.

No obstante, la pelea alcanzaba tanta brutalidad que el pánico empezó a cundir y muchos invitados se precipitaron hacia la puerta del salón. Burkhart, corriendo hacia el cardenal Ascanio Sforza, le suplicó que interviniera y, perdiéndole el respeto, lo empujó en medio de los combatientes. Uno de ellos profirió un grito. Acababa de recibir una estocada en un brazo. Al verse ensangrentado, dio un salto hacia atrás y, tropezando con el cardenal, lo arrastró en su caída.

—¡Auxilio!

Era el cardenal que, creyéndose gravemente herido, no se levantaba.

—Es un asco organizar una ceremonia —vociferaba Burkhart cuyos gritos, estimulados por el furor, lograban dominar el tumulto.

Alfonso de Aragón quiso llevarse a Lucrecia al otro extremo del salón que aparecía cuajado de colgaduras doradas, pero Lucrecia sonreía y miraba. Y, sin embargo, a pocos pasos de ella, unos hombres jadeantes sostenían sus espadas en las manos. En las baldosas se veía una manchada de sangre.

Alfonso de Aragón se encolerizó. «Después de todo, es mi boda —pensó—, y esas gentes se permiten estropearla.» Buscó con la mirada a Tomaso y a Cervillón y sus escuderos.

—Esos palurdos seguramente quieren enseñarnos cómo se celebra una boda en Roma —gritó dirigiéndose a ellos—. Vamos a enseñarles cómo se limpia un establo en Nápoles.

Había sacado su puñal y se lanzó hacia los combatientes.

—Quedaos quieto —gritó Cervillón precipitándose tras él.

Pero Alfonso de Aragón acababa de ser detenido en seco por un paso adelante dado por César.

—Por si lo hubierais olvidado, os recuerdo que la librea de mis escuderos es blanca y gris. Os lo digo porque por descuido no acometáis a uno de ellos.

—Voy a acometer a quien me plazca, a los vuestros como a los demás si se obstinan a dar un espectáculo que no creo adecuado en mi boda.

El príncipe se había puesto terriblemente pálido. Sus labios temblaban llenos de ira. Había pronunciado su respuesta tomando aliento varias veces. Ya no se las había con los escuderos, sino con el hombre que las revelaciones de Lucrecia y Sancha le habían hecho odiar.

Y añadió:

—¿Me dejáis pasar, sí o no?

Al decir esto había levantado ligeramente el antebrazo y su puñal brilló.

César bajó los ojos hacia el arma. Después, con un movimiento progresivo, se

llevó la mano al cinto. Conservaba su rostro falsamente tranquilo, pero sus ojos se habían reducido, sus aletas se habían contraído y su labio inferior, bruscamente bajado, se había fruncido ocultando sus blancos dientes.

Los combatientes se habían detenido y sólo se oía su jadeo. Alfonso de Aragón creyó que era para asistir a su duelo con César. Pero César retrocedió un paso e inclinó la cabeza. El príncipe de Aragón se volvió. El Papa avanzaba gravemente, con su noble rostro sereno y profundamente refinado. Dos veces extendió la mano. Estaba bendiciendo.

Después de volvió. «Tiene el porte de un hermoso navío», pensó el príncipe Alfonso.

—Otra ocasión se presentará —dijo César en voz baja—. No es tiempo perdido. Esto abre el apetito. Por desgracia, creo que antes del festín tendremos que soportar una comedia y un ballet. El ballet, bien, me gusta. Pero creo que en el mundo no hay nada más aburrido que las comedias que se representan en el Vaticano.

Y tomó familiarmente a Alfonso de Aragón del brazo, que sólo entonces se dio cuenta de que no había envainado su puñal. Al hacerlo tuvo que repetir el movimiento, a causa de la emoción que todavía le embargaba. Lo que lo había dejado de una pieza era sentir bajo su brazo el de su enemigo, y además haber comprobado la prodigiosa rapidez con que la escena había cambiado de aspecto. En un santiamén se habían llevado cinco o seis heridos. Las armas habían vuelto a sus fundas y los hombres que un minuto antes se disponían a degollarse, reían juntos y se cogían del brazo como César y él.

«Decididamente — pensó—, tendré que acostumbrarme. Estoy en un lugar en el que nada tiene importancia.»

Sancha, delante de ellos, soltó la risa. Al ver a César, su risa redobló.

—¿No estás enterado? —gritó—. Uno de tus hombres ha sido herido en el vientre, en el bajo vientre. Vas a tener un tenor entre tus escuderos.

—Ríete tanto como quieras. Hay más heridos entre los tuyos que entre los míos, pequeña.

—Es posible, pero los míos no han sido heridos en el bajo vientre.

Su risa era tan comunicativa que César, sin hacer ruido, se contagió.

El príncipe de Aragón había logrado libertar su brazo. Quería reunirse con Lucrecia, que acababa de ocupar su puesto para asistir a la representación. Sancha lo retuvo.

—Ninguna necesidad tenías de mezclarte en esa pelea de escuderos —observó con mal humor—. Podías adivinar el motivo, creo yo.

El príncipe de Aragón se ruborizó. Desde el comienzo de la ceremonia evitaba a su hermana, no atreviéndose a levantar los ojos hacia ella, después de lo que pudo haber ocurrido entre los dos la noche anterior. Al mismo tiempo en su reserva había cierto tacto, pues suponía que Sancha habría reaccionado y estaría

sumida en confusión y remordimiento. Y, sin embargo, fue ella quien prosiguió fríamente:

—César tiene espías en todas partes. Se ha enterado de la visita de ayer noche y esta mañana me ha hecho una escena. Yo me he burlado de él, y para vengarse ha lanzado a sus gentes contra las mías. Cuando está furioso, es como una mujer. Pero deja que arreglemos nuestras cuentas él y yo, ¿quieres? Y no adoptes actitudes caballerescas. En Roma no están de moda.

Le rozó la nariz con el borde de su abanico y le volvió la espalda con una pirueta. El joven príncipe la contempló silenciosamente mientras se alejaba mezclándose en el tumulto, con su ligero vestido que bordeaban sus trenzas de plata.

Se encogió de hombros y se puso a buscar a Lucrecia con la mirada. En el acto distinguió entre la muchedumbre una palidez, un halo sedoso, una mancha soleada, y por el choque que le causó, supo que eran los cabellos de Lucrecia.

Logró reunirse con ella. La comedia había empezado ya entre una decoración de verdor, en el estrado en que las palmas y las volutas de laurel destacaban armoniosamente sobre el oro de las sedas que recubrían las paredes. Se representaba una comedia de Plauto, el *Miles gloriosas*, muy mal traducido. La acción comenzó lentamente.

—Hubiera preferido el texto latino — dijo gentilmente Lucrecia.

Había deslizado la mano en un profundo pliegue de su vestido invitando a Alfonso de Aragón a deslizar la suya. Sus dedos se tocaron.

—Hubiera preferido un espectáculo al aire libre, en los jardines, por ejemplo.

Los dos sabían que no tenía ninguna importancia lo que se decían. Oían sus voces y se daban las manos.

—Querido...

Lucrecia lo había dicho tan quedamente que Alfonso de Aragón no estuvo seguro de haberlo oído. Sus dedos se animaron bajo el pliegue protector de la ropa.

«Soy feliz —pensó el príncipe de Aragón—. Quisiera permanecer así, para siempre, sin moverme.»

—Tengo ganas de que todo esto acabe de una vez —murmuró Lucrecia.

Y así, por los mismos motivos, los dos estaban haciendo votos diferentes. Sus miradas se mezclaron. Alfonso de Aragón estaba tan turbado que Lucrecia creyó ver en sus ojos un indicio de desaprobación. «Habrás creído —pensó —, que he aludido a la noche que nos espera.» Alfonso de Aragón la vio ruborizarse. Adivinó las causas de su confusión y él también se puso a pensar en la noche. Por su mente cruzó la imagen de Lucrecia completamente desnuda sobre la cama, con sus cabellos de oro desparramados por la sábana. Desvió la mirada. Y los dos, para encontrar una continencia el uno con respecto al otro, se pusieron a contemplar el espectáculo. Pero el verdadero espectáculo lo ofrecían los

espectadores. Los actores, azorados, representaban tan mal sus papeles que entre el público se habían producido risas crueles que los zaherían. Sancha dirigía la marcha. Al principio fingió extasiarse con la comedia. A cada réplica su pelo se estremecía. Con los ojos entornados y la boca entreabierta fingía beber los recitados de los desventurados actores. Los asistentes se inclinaban para verla mejor y para mejor soltar el trapo.

Después, para subrayar la pesadez del texto y la torpeza de los actores, Sancha soltaba de vez en cuando exclamaciones en dialecto calabrés o napolitano que desataban cada vez nuevas risas. Los espectadores sólo pensaban en burlarse del espectáculo. Arrojaban monedas a escena. Apenas un actor perdía el hilo, quedándose con la boca abierta, se oían maullidos o ladridos bajo pretexto de apuntarle su papel.

Una ovación de burla estalló cuando Burkhart, después de haber intentado inútilmente restablecer el silencio, decidió interrumpir la comedia.

«En Nápoles — pensó el príncipe — hubieran encontrado esta representación muy bonita. No estoy lo bastante refinado para esa gente. Es raro. Son más civilizados que yo, por lo que se refiere al arte, a la manera de vivir, y, en cambio, por lo que respecta al carácter son unos brutos salvajes. Se quedan asombrados lo mismo ante un soneto que ante una puñalada bien asestada. ¿No estará Lucrecia más cerca de ellos que de mí?»

No tuvo tiempo de interrogarse. En el salón contiguo habían empezado los ballets con tanto brío como esplendor. Bailarines moldeados en seda blanca que daban la impresión de desnudez, surgieron, portadores de cuernos de la abundancia en que crepitaban fuegos de Bengala multicolores.

A pesar de que los hondos salones habían quedado sumidos en la oscuridad, no se había encendido ningún candelabro y los fuegos se desprendían en haces bajo los que aparecían con diversos colores las colgaduras y los techos.

Pronto se unieron a los bailarines algunas invitadas. A medida que los fuegos de Bengala se apagaban, ellas les proporcionaban antorchas encendidas, con las que bailaban solas al principio, pasándolas luego al caballero elegido. Las sombras de los danzarines se proyectaban, innumerables, en las paredes adornadas. La humareda de las antorchas se elevaba en volutas como incienso. Se habían derramado perfumes. Una orquesta oculta tocaba con sordina.

Alfonso reconoció de pronto la tonada del *Rondó de los Bosques*, de Josquin des Prés. Observó que Lucrecia se demudaba. Estaba evolucionando con la antorcha en la mano y se detuvo como petrificada. «Está pensando en la choza del pastor, en la flauta de Pedro», se dijo Alfonso, bruscamente celoso. Ella volvía la cabeza buscándolo y se lanzó sobre ti. Se arrojó casi en sus brazos y la antorcha chisporroteó un instante entre sus caras. Habla vuelto la sonrisa a los labios de Lucrecia.

—¿Has oído? Nuestros cabellos han ardido juntos.

Y lo arrastró a una danza que pronto fue turbada por unos monstruos

mitológicos.

Señores de la corte hacían cabriolas disfrazados de dragones, de minotauros, de gorgonas o de esfinges, y entre ellos se reconocía a César, transformado en unicornio gracias a una máscara plateada prolongada por una pica a cuyo alrededor se arrollaban espirales de marfil. Fingía hender a todas las mujeres, corriendo entre un surco de gritos y risas.

Por fin, Sancha le asió por el cuello, afirmando que la bestia estaba domada. Se empeñó en quitarle la careta, que, arrastrada por tu cuerno, cayó pesadamente sobre las baldosas. César se peinó, sonriendo. Parecía feliz. Cogió a Sancha en un revuelo y la levantó del suelo. Alfonso divisó, por encima de las medias, los ambarinos muslos de Sancha entre blancos remolinos. No se horrorizó. Roma le estaba dando una lección de sensualidad. Y sintió deseos de reírse cuando César depositó a Sancha en los brazos del frágil Joffre, el pobre marido, que apenas si pudo sostenerla y la tuvo que poner al momento de pie con la tímida sonrisa de un adolescente algo perverso.

Luego siguió una cabalgada hacia la sala del festín, guiada por César con brío. Se acercó a Lucrecia y al príncipe, que se habían reunido:

—Estoy contento. Un correo acaba de traerme la confirmación de una noticia que no me atrevía a creer, ¡Vivan los castillos franceses! ¡Vivan las piedras francesas! Son sólidas. Su Majestad el rey de Francia, Carlos VIII, ha dejado de amenazar a Italia con su bárbara codicia. Al atravesar un corredor de su castillo de Amboise, se ha dado con la cabeza contra el arco de una puerta y se ha matado.

Los criados se apresuraban alrededor de la mesa del festín, portadores de botellas de vino. César cogió una, bebió ávidamente, la arrojó a los criados y puso una rodilla sobre la mesa.

Era una mesa impresionante. Por todas partes se veía el toro, emblema de los Borgia: grabado, esculpido, cincelado en esmalte, en oro, en incrustaciones de piedras preciosas, en los vasos, los platos, las tazas, los mangos de los cuchillos, en la curva de los candelabros. Y reinando en la pieza de honor de la mesa, una fuente de plata dorada.

César seguía con una rodilla encima de la mesa, esperando, como un animal de presa. Alfonso siguió su mirada: cuatro domésticos traían sobre una litera florida otro toro asado, color de laca oscura, incitante a la vista, reluciente de salsa. No le faltaban ni las pezuñas ni los cuernos miniaturados color de oro.

—El toro de los Borgia —anunció César—. Y como únicamente un Borgia tiene derecho a acuchillar a un Borgia, me vais a permitir oficiar de cantinero.

Con un hábil golpe de su puñal había desgarrado al toro, de cuyas entrañas escaparon, rodando por entre las flores hasta el mantel, lechones asados, tórtolas, perdices, faisanes, codornices, tordos y oropéndolas disfrazados con collares de olivas, abanicos de alcachofas desbordando con su verde relleno, que se iba a mezclar con el agua de rosas que chorreaba de los pollos asados al azúcar y a los

jarabes plateados y dorados que teñían los flancos de los pavos, adornados con sus plumas y rellenos de espárragos.

Pronto el vino se le subió a la cabeza al joven príncipe. Semejante lujo le daba fiebre.

«Jamás — pensó — el hombre ha dominado el universo como los romanos de nuestra época. La vida les es indiferente, porque no la miden en duración, sino en intensidad.»

Vació su copa y asió con avidez la mano de Lucrecia. Ésta, hastiada sin duda por aquel espectáculo, sonreía con su acostumbrada serenidad. Intentó tomarla por el talle y echarla atrás para besarla en la boca.

—Mi querido Alfonso, estáis loco — murmuró desasiéndose—, y las maneras brutales no os van.

Él le guardó rencor por su serenidad, por estar más acostumbrada al mundo que él y más dueña de sus sentimientos.

«Lo que necesitaba yo —pensó— era la pequeña Lucrecia de catorce años salida de San Sixto, la que no quiso Sforza.»

—Perdonadme —repuso Lucrecia—, pero habría sido de mal gusto y luego lo hubierais lamentado. De todos modos, me siento dichosa de que hayáis sentido deseo de hacerlo.

El mal humor del príncipe se disipó.

—Quisiera estar solo con vos — dijo.

Para comunicarse sus confidencias se veían obligados a gritar a causa del alboroto que reinaba en la mesa. Oíanse canciones y risas. Los platos entrechocaban y la música sólo se percibía entre cascadas de risas. Racimos de invitados se levantaban de la mesa para bailar.

—Vamos a hacer como los demás — propuso Lucrecia.

Siguiendo la cadencia, entre las parejas que bailaban, Lucrecia y Alfonso se iban acercando paso a paso a la puerta.

—No soy yo quien debe proponerlo — susurró Lucrecia.

Alfonso le estrechó la mano. Ella recogió la cola de su traje con la otra, y en el inmenso corredor, que poco a poco iba oscureciendo, resonaron sus pasos.

Pero les observaban más de lo que ellos creían. Les siguió un tropel al galope. Oyeron cómo les gritaban bromas algo gordas. Todo comedimiento había naufragado en vino. Unos recomendaban al joven príncipe que se portara mejor que Sforza. Otros le ofrecían como ejemplo el toro de los Borgia. Las voces de las mujeres, tan excitadas como las de los hombres, dirigían picarescos deseos de dicha a Lucrecia. El griterío les dio escolta hasta sus nuevos aposentos. Y hasta cuando, jadeantes, se encontraron por fin en su vasta habitación, oyeron todavía su sordo rumor.

Lucrecia reía, sin sentirse cohibida, apenas con un rubor algo subido. Con aire

de complicidad, murmuró:

—Los pobres no saben que nos conocemos ya, ¿no es cierto, caballero seductor?

Y le dio un beso en el borde de la oreja. Él quiso abrazarla, pero ella se apartó indicando con la mirada a la pequeña mora que acababa de entrar, erguido el cuerpo y el rostro tan obstinado como de costumbre.

—¿Querías desnudarme, Caterinella? —observó Lucrecia con una sonrisa—. El joven caballero aquí presente me parece dispuesto a encargarse de ello.

Caterinella giró sobre sí misma y se fue sin abrir boca.

—¡Espera! —gritó Lucrecia—. Prepárale el trabajo, de todos modos. Suéltame el corpiño y desátame las cintas de las mangas... Esto es, ya está... Gracias.

En la habitación las velas se apagaron pronto, tras una agonía poblada de destellos. En la terraza sólo se oía la respiración de los dos.

Después de un buen rato, Lucrecia murmuró:

—Las estrellas palidecen.

Levantaron la cabeza. Los dos estaban sofocados por la brusca consciencia de su dicha. Ya no tenían que temer el alba. El día había dejado de ser la orden amarillenta de separarse. Cruzó por su mente al mismo tiempo la imagen de los jardines donde se habían separado desesperadamente hacía dos noches. Por esto no acababan de creer en la maravilla de la vida que les esperaba, una vida en que serían invenciblemente felices, sin secretos.

En el seno de una bruma de un rosa Botticelli, las curvas de las siete colinas se dibujaron en líneas de oro. La columna trajana y el Coliseo surgieron lentamente de los escarpados que hubieran inspirado a Mantegna. Después, los rayos del sol, pasando por encima de los siglos, alcanzaron el campamento de la basílica de Santa María la Mayor, el campanario de San Lorenzo Extramuros, las almenas cuyos flancos conservaban todavía un azul digno de Fra Angélico. Las sombras, al prolongarse, parecieron apoyar la pesada torre del castillo de Sant'Ángelo, a cuyos pies los pálidos arcos de su puente se perdían entre las nieblas del Tíber. Luego, los tejados del palacio senatorial fueron bruscamente ondulados por la fresca luz, que irisó un momento después las cúpulas del Vaticano, jugueteando por entre los andamiajes suspendidos a sus lados a causa de unas obras que se eternizaban.

Por fin, en lo alto de la galería las columnas alcanzadas por la luz adquirieron un color de carne que progresivamente descendió a lo largo de los fustes hasta las baldosas.

Allí, en la sombra todavía reinante, las ropas esparcidas parecían los restos de un naufragio. Pero los dos cuerpos que yacían entre aquellas prendas estaban sumidos en un sueño tan idéntico, estaban tan íntimamente enlazados, que desvanecían toda idea de perdición. Eran una promesa de dicha que el sol se decidió por fin a rozar, encendiendo en el mismo instante un mismo mechón en

que los rubios cabellos de Lucrecia se disolvían en el ébano de los del príncipe Alfonso, como si una mano los hubiera trenzado durante su sueño.



# CAPÍTULO XV

## CÉSAR PIENSA

Las velas ardían, una a la derecha y otra a la izquierda de César, iluminando unas cartas nerviosamente abiertas que cubrían la mesa y las manos de César, pesadamente apoyadas en los extremos. Gruesas sortijas brillaban en sus dedos. Él las miraba. Escuchaba el crepitar del fuego detrás de él, en el fondo de su espacioso gabinete de trabajo, en la chimenea monumental en la que las ondulaciones de las llamas respondían a las formas retorcidas, tumultuosas y entrelazadas de las esculturas que la encuadraban. César escuchaba también el ruido de uno de sus pies golpeando a intervalos regulares los travesaños de su sillón. Escuchaba hasta su propia respiración.

Un roce brusco interrumpió su meditación. Se sobresaltó, volvió la cabeza y sonrió.

—¡Quieto, *Hércules!*

El gran dogo que dormía al calor de la lumbre había movido inconscientemente una pata. Se la llevó al hocico sin interrumpir su sueño. César le había hablado en voz baja para no despertarlo. Sabía que la orden que había dado no significaba nada. Había hablado para convencerse de que estaba allí.

Se levantó sin objeto. Cerca de la ventana, dos candelabros no encendidos reflejaban los fulgores de la lumbre en sus cincelados.

Maquinalmente, César cogió los candelabros, los encendió en las velas de la mesa y volvió a colocarlos en el antepecho de la ventana. «Así sabrán que César Borgia está trabajando», se dijo.

El «sabrán» no podía referirse más que a un jardinero que se levantaba antes de despuntar el amanecer para recoger las hojas muertas de las avenidas o un centinela con los dedos entumecidos en la alabarda, contando los pasos de ida y vuelta que le quedaban por andar hasta que fuesen a relevarle.

*Hércules* había exhalado un corto gemido. La mirada de César se ensombreció. Pensaba en *Pompeyo*, el hermano de *Hércules*. «Aquel día cometí una tontería», se dijo como cada vez que pensaba en *Pompeyo*. Para divertirse, tanto como para divertir al populacho, había soltado solemnemente unos toros en la plaza Navone y había luchado con ellos a caballo, con sus perros. Fue una magnífica cornada por parte del toro y un magnífico fin para *Pompeyo*. Sin embargo, a fin de cuentas, César lo lamentaba. Y se reprochaba lamentarlo. Su mirada estaba fija

en los candelabros que se veían brillar en el cristal. El que viera la luz que desprendían sabría que César estaba ya despierto y se preguntaría qué nuevo asalto preparaba. Y él pensaba en un perro. «En la vida se pierde mucho tiempo», se dijo.

Dio un paso hacia la mesa y luego, para retardar el momento de sentarse, se dirigió hacia la chimenea. En vez de llamar un criado, cogió el atizador y hurgó entre los leños encendidos.

Les daba vuelta y los apartaba con aparente violencia. Al retroceder se había formado una nueva pirámide de llamas, que roncaba entre vivos crujidos y surtidores de tenue vapor. Entonces se dio el gusto de hacer más ruido arrojando el atizador contra la piedra y volvió a su sillón.

Lo primero que hizo fue coger la carta. Después la igualó cuidadosamente, repasándola con la palma de la mano. Estaba baqueteada y en el trayecto debió de haberse mojado. Sobre la bonita y sutil escritura de Maquiavelo veíanse unas manchas.

Volvió a leer el escrito. Lo que le llamaba la atención era la segunda parte:

*Monseñor, me gustaría continuar hasta el fin de esta carta el ramillete de elogios que merecéis por vuestro carácter y la política que lleváis a cabo. Pero debo destinar unos párrafos a las críticas.*

*Es un gran mérito vuestro haber vuelto al rey de Francia como un guante y haber obtenido de él un feudo en el valle del Rodano y una esposa en el del Loira, y poder contar cuando lo deseéis con el apoyo de sus ejércitos, y me parece muy bien que en el momento en que Ludovico el Moro, envuelto en sus propias intrigas se convertía en prisionero del rey de Francia, vos os convirtieseis en aliado suyo y pariente. Apruebo todos los medios que habéis utilizado para ensanchar los Estados Pontificios hasta más allá de Romaña, y me parece bien que hayáis puesto sobre el tapete vuestras pretensiones con respecto a*

Nápoles.

Habéis obrado de tal manera que os considero un modelo de príncipe, pero permitidme que no os disimule las sombras de este cuadro hasta aquí tan perfecto.

Por más fructífera que sea, la más hermosa rama no puede ignorar de dónde procede la savia que la alimenta, y en verdad, su canal es el tronco. Vuestro poder inicial procede de Su Santidad el papa Alejandro, hombre fuerte si los hay, que los años no han logrado abatir; pero él tiempo tiene la última palabra, ¿no es así? Como rama os cargáis de los más ricos frutos sin pensar que la muerte del tronco, cuánto mayor sea la carga de frutos que soportáis, más vulnerable os dejará. Me hubiera parecido más acertado prepararos desde ahora mismo para resistir la sacudida que producirá en Italia la muerte de Su Santidad. Habéis eliminado ya a los Orsini y a los Colonna, es cierto; pero si mañana tuviera que elegirse un Papa, tenéis demasiados enemigos, no sólo para ser elegido, sino para hacer elegir un cardenal de vuestra confianza.

Ahora bien, no es el rigor de vuestra política lo que ha concitado contra vos tantos enemigos, sino el hecho de que habéis llegado a ser un príncipe intratable. La reputación también cuenta. Esto habéis podido comprenderlo en vuestros Estados de la Romaña. Habéis confiado su administración a un hombre cruel que ha acabado con toda

resistencia y después lo habéis mandado ejecutar por sus crueldades. De golpe os habéis presentado como libertador, mientras vuestros enemigos habían dejado de existir. Pero no siempre habéis obrado así. Por desgracia, han sido vuestras propias manos las que, con demasiada frecuencia, se han ensangrentado, y no las de subordinados que os hubiera sido fácil repudiar después. Mi sinceridad me obliga a deciros que pronto llegará el momento en que ningún miembro de una gran familia se atreverá a presentarse en vuestra compañía. Volved a leer en Tito Livio el retrato de Catilina. Es lástima que hayáis llegado a pareceros a él más que a vuestro ilustre modelo César. Entre los excesos que habéis cometido, hay algunos que no hubierais podido evitar fácilmente y los paso por alto.

La falta que os arrastra es un asesinato que no era necesario: el de uno de vuestros parientes, del que, según se dice, estabais celoso desde hacía mucho tiempo. Debéis comprender la distinción que hago. Se hubiera perdonado un crimen político a un príncipe envuelto como vos en tan vastos tumultos. Pero ese crimen pasional y casi sin motivo produce inquietud, en primer lugar porque nadie se siente a cubierto y hace cundir el miedo y después el odio. Y en segundo lugar, inquieta porque os presenta menos seguro de vuestro destino. En el caso que nos ocupa ni siquiera habéis tratado de fingir. Hay crímenes que se os imputan, pero de ellos, con razón o sin ella, podéis

*defenderos con éxito. Pero él último, lo habéis llevado a cabo con escándalo. Y casi habéis osado esperar la enhorabuena del Sacro Colegio. Las alaridas de vuestra hermana han resonado urbi et orbi.*

*En resumen, después del asesinato del joven Alfonso de Aragón no diré que vuestra deslumbrante carrera se halle comprometida, pero si debo decir que no podréis triunfar más que si la suerte os protege, porque, oídme bien, ya no encontraréis un hombre que se una a vos de buen grado. Hay que atemorizar enseñando un puñal, pero no jactarse de la sangre que brilla en su hoja, sobre todo si la sangre es fraterna.*

*No invoco la moral, monseñor. Solamente os hablo en nombre de un dios que siempre os ha agradado y a quien prestáis bien poca ayuda: el triunfo.*

Desde la víspera, César había leído cinco o seis veces esta carta. Y cada vez pasaba por los mismos estados de ánimo. Cólera contra Maquiavelo: «¿Quién se ha creído que es ese florentino?» Crisis de superstición: «Con tan siniestras predicciones, me va a traer la desgracia.» Pausa lúcida: «Hace bien hablándome claro, se lo he pedido yo.» Impulso defendido: «No tiene razón de condenarme tan a la ligera, porque yo no he matado a la ligera.»

Y de este modo, César tropezaba con la misma cuestión: ¿Por qué había matado a Alfonso de Aragón, al marido de su hermana Lucrecia?

La carta de Maquiavelo se había mezclado otra vez con los demás papeles. Las manos de César estaban otra vez inmóviles en los extremos de la mesa. Después se levantó.

En su inútil agitación hubiera querido encontrar un objeto cualquiera mal colocado para apartarle de un puntapié, pero demasiados domésticos, temerosos de su ira, habían velado porque el orden reinase en su despacho. Se detuvo ante el perro. El animal sintió pesar sobre él una mirada demasiado profunda y abrió los ojos. No se atrevió a levantarse. Aquella mirada lo clavaba en el suelo. El

parecido del perro con su hermano era tan grande, que César creía estar viendo a Pompeyo, el perro muerto por el toro.

—Ya lo ves, *Hércules* — dijo —, siento remordimientos por la muerte de *Pompeyo* y no los tengo por la muerte de Alfonso. La cuestión está en saber si debería tenerlos.

«Un asesinato no empieza en el momento en que uno busca el mejor lugar para cometerlo. ¿Cuándo empecé a preparar el asesinato del príncipe?», se preguntó Cesar.

Se detuvo delante de la ventana y sopló uno de los dos candelabros. Si lo hubieran interrogado en aquel momento no habría sido capaz de explicar su gesto. ¿Por qué había apagado aquella llama? ¿Por qué entre los dos candelabros había elegido uno y no el otro?

César se hacía con frecuencia preguntas de este género. Se decía que si Dios llegaba un día a pedirle cuentas tenía respuestas preparadas. Lo único que le preocupaba eran pequeños detalles como aquél. ¿Por qué entre dos búfalos que surgían del pantano elegía uno y no el otro? ¿Por qué entre dos pares de guantes idénticos había titubeado al acabar de vestirse, antes del asalto de Bolonia, y por qué había elegido uno de ellos? ¿Por qué cuarenta meses antes, el día de la boda de Lucrecia, cuando sus hombres se habían peleado con los de Sancha y el pequeño Alfonso había echado mano a su puñal para restablecer el orden, lo había detenido dispuesto a batirse, es decir, a matar o a ser muerto y, en cambio, durante un segundo había pensado: «Muy bien, Alfonso tiene razón y voy a echarle una mano»? ¿Era el azar?

Sopló el segundo candelabro y con el dedo limpió la parte empañada de cristal. ¿El azar? ¿No lo llamaba Providencia la Iglesia? Los antiguos lo conocían con el nombre de fatalidad.

Por el trozo de cristal limpiado veía una parte del patio y una fachada. Piedras que el hombre había reunido y adornado, que durarían mucho más tiempo que aquellos cuerpos infantiles que las matronas llevaban por el atrio de las iglesias o por los mercados. Aquellas piedras durarían siglos. Desafiaban al azar, a la Providencia y a la fatalidad.

Se volvió. *Hércules* había vuelto a dormirse. El fuego empezaba a declinar en la inmensa chimenea. Sobre la mesa las velas se consumían. Se oían pasos en el corredor. El palacio despertaba.

«No existe el azar, ni la Providencia, ni la fatalidad para los hombres fuertes — se dijo César—. Si aquel día invité a Alfonso de Aragón a volver a envainar su puñal, caso que no quisiera medirse con el mío, fue sencillamente porque tenía ganas de matarlo. Un muchacho guapo de pelo ondulado, encantador, con unos ojos negros, manos de muchacha y ademanes bruscos. Oriundo de una gran familia, llegaba a Roma orgulloso de sus blasones. No... Ni siquiera estaba orgulloso. Para él era natural pertenecer a una familia de príncipes. Nunca le había extrañado. No había tenido necesidad de conquistar el respeto y la

obediencia de los demás como los Borgia. Un alma pura de corazón valeroso, un cuerpo musculoso, buenos sastres a su servicio... Un muchacho feliz...

Un muchacho diáfano que nunca tuvo ningún problema, excepto alguno de geometría planteado por un profesor celoso. Su caso era sencillo: había nacido de Aragón y se mantenía de Aragón. Se le destinaba a una Borgia y llegaba con buenos sentimientos por los Borgia, apenas un poco asqueado, mirando bien donde ponía el pie por miedo a ensuciarse. Nunca había tenido necesidad de mancharse las manos. Y no temía nada porque lo ignoraba todo.

Los frutos maduros caían en sus brazos. La muchacha más hermosa de Roma se convertía en su mujer. Podía acariciar la esperanza de ser un día rey de Nápoles. Y la segunda belleza de Roma era su hermana, una bribona a la que él visitaba por la noche.

Le bastaba dejar transcurrir su vida y confiar en los acontecimientos. Muerto, había debido ofrecer a Dios el gozo de contemplar una vida límpida como un diamante puro.

Seamos sinceros. La visita a Sancha fue el origen de todo. La doncella que yo tenía a sueldo en esa época, por una especie de celos en los que había más curiosidad que envidia, me despertó en plena noche. Un hombre en las habitaciones de Sancha... ¿Quién? Alfonso de Aragón, su hermano. Yo exhalé un suspiro de indulgencia: «¡Si es su hermano...!» Me miró a los ojos sin decir palabra. Lo que quería decir: «Vos sois su cuñado y, sin embargo, ya veis...» Es verdad que de Sancha se puede esperar todo, éste es su gran encanto. Yo me pregunté si no debía ir a sorprenderlos. Necesitaba demasiado aquella boda de Lucrecia y Alfonso para permitirme semejante capricho. Me he pasado la vida negándome caprichos.

Lo que hice, lo que tenía que hacer era mandar otra vez a la doncella a escuchar y volver a informarme después de la salida del visitante. Su información fue confusa. Había percibido largos silencios inquietantes, suspiros y una respiración entrecortada. La doncella no opinó. Yo tampoco lo hice.

Sancha, a la que interrogué fríamente al principio de la ceremonia, no me contestó enseguida. ¿Fingió confusión para darme celos? ¿Era culpable o se burlaba de mí? Siempre me han ocupado demasiado los asuntos de Estado para dejarme tiempo para meditar sobre los del corazón, incluso sobre los míos. Tomé la resolución más sencilla: olvidar. Pero olvidé airadamente. Le dije a uno de mis escuderos: «Si se os ofrece ocasión de hacer rechinar los dientes a mi cuñada, no la desprovechéis.»

Y a mis escuderos, faltos de imaginación, no se les ocurrió nada mejor que provocar una pelea como si estuviesen en una taberna. La cosa me enfureció tanto como al propio Alfonso. Creo que si me arrojé sobre él, fue porque, sin prueba alguna, sospeché que se disponía a defender a los hombres de su hermana menos por afecto familiar que por gratitud de alcoba. Hay más. No me gustó que otro enseñase los dientes en un lugar en donde, después de la muerte de Gandia, sólo yo podía mostrarlos.

Sin embargo, recuerdo que no lo odiaba. Se enfrentó conmigo muy dignamente y hasta su mueca de cólera me fue simpática. Por lo menos había alguien capaz de enojarse. Ahora recuerdo que hasta sentí un acceso de simpatía tan pronunciado que, al anunciarme antes del banquete la muerte de Carlos VIII, casi lo compadecí, pues mi imaginación había dado un salto. Luis XII, el sucesor de Carlos VIII, iba a tener necesidad del Papa para anular su matrimonio. A través de las negociaciones que seguirían, yo podía serle útil, necesario, y podía buscar mi amistad.

Ya me veía aliado con el rey de Francia marchando sobre Nápoles. Y por el mismo hecho, el pequeño Alfonso de Aragón, cuya boda con mi hermana era necesaria un cuarto de hora antes, se convertía en un obstáculo. Y me dio pena.

Estaba delante de mí y yo contemplaba su pequeño rostro. Era adorable. Compartía su admiración entre las vituallas que se derramaban del toro que yo acababa de abrir y los claros ojos de mi hermana Lucrecia.

Y hasta llegué a cortar el vuelo de mi imaginación en atención a aquel hombrecito. «Después de todo — pensé—, Roma quizá no llegue a entenderse mejor con el nuevo rey de Francia que con el finado y, por consiguiente, la presencia de Alfonso de Aragón no será ningún estorbo.»

Esto es lo que podría contestar a Maquiavelo. Lo que me hizo arremeter contra Alfonso no fue un sentimiento inicial de hostilidad.

No cedí a un impulso ni me era desagradable tenerle frente a mí en un banquete. Si me hubieran dicho que un día iba a verlo con la boca desmesuradamente abierta, con la lengua rígida fuera, en medio de un rostro violáceo, habría rechazado con asco semejante predicción.

Sancha no me apasionaba hasta el punto de desear la muerte de su hermano. Sentía ráfagas de ira contra él y esto era todo. Si todos aquellos que han provocado en mí momentos de cólera hubieran tenido que morir, el Vaticano sería un palacio desierto.

Esto es tan cierto que unas semanas más tarde, ya no pensaba en él. Casi había olvidado sus facciones, pues nos encontramos muy pocas veces los días que siguieron a su boda. Lucrecia tampoco se dejaba ver mucho. Las noches no les bastaban.

El día de mi partida volví a ver a Lucrecia a solas. Su expresión era feliz y parecía fatigada. Me deseó buen viaje alegremente, preguntándome cuánto tiempo duraría mi estancia en Francia. Quería saber si el nuevo rey me había otorgado un ducado en Valence. A través de esas preguntas anodinas adiviné muy bien su deseo: esperaba que yo me estableciera al otro lado de los Alpes. Me preguntaba sobre mi boda. La pequeña Carlota de Aragón, a la que me destinaba el rey de Francia, era prima de su marido y me expresó el placer que le causaba la promesa de este segundo lazo entre él y yo.

Hice resaltar brutalmente que había olvidado darme las gracias. Todavía me parece oír su voz argentina henchida de fingida inocencia: «¿De qué?» «De



haberte dado un marido que te va de maravilla.» No contestó. Pero en su rostro se leía: «no lo has hecho adrede». Entonces me di el gusto de restregarle el pasado por las narices. Adopté una actitud embarazada al preguntarle: «¿Me has perdonado ya la muerte de Pedro?» Ella se ruborizó y me detestó en silencio.

Supongo que es un rasgo que distingue a los grandes enamorados. Os aseguran muy seriamente que tocar a su amante es como desgarrarles las entrañas. Seis meses más tarde, resulta de mal gusto recordarles que las entrañas desgarradas fueron las de su amante. Pedro había muerto. ¡Viva Alfonso de Aragón!

Yo también soy así, pero no creo que mi sensibilidad sobre el particular llegue a la décima parte de la de Lucrecia.

Durante la conversación que sostuvimos, comprendí maravillosamente lo que pasaba por ella. Hubo un momento en que se alarmó porque debí dejar traslucir el pensamiento de que Alfonso era el gran amor de su vida. Ella me cree capaz de todo, una especie de representante del mal sobre la tierra. Por esto tuvo miedo de que le quitase su juguete si dejaba ver que le gustaba demasiado. Al mismo tiempo estaba demasiado enamorada para quitarle importancia. Adoptó un término medio y murmuró en tono frívolo: «Sí, es un marido muy cumplido.»

A caballo, por el camino, seguía persiguiéndome el recuerdo de sus manejos. Yo afectaba creer que me gustaba ser detestado y me regocijaba de ver el miedo reflejarse en las miradas cuando me acercaba. ¿Es verdad esto? Precisamente es la manifestación de este miedo lo que más a menudo me ha inspirado ideas de violencia. Por ejemplo, jamás se le ha ocurrido a nadie apelar a mi buen corazón. Nunca me ha dicho nadie: «Tengo confianza en vos y a vos me entrego.» Si alguien lo hubiera hecho, tal vez habría obtenido hasta mi camisa. Nunca he encontrado otra cosa que sospechas. Y yo me he limitado a justificarlas.

El aire libre me hizo bien. Hay momentos en que Roma acaba por anonadar. Salimos de ella al son de los pífanos y los tambores, de las cornamusas y las bombardas. Mis hombres y mis caballos eran todo oro, terciopelo y plata. En la campiña romana los labriegos se prosternaban ante mis mulos. Hasta franqueados los Alpes no empecé a encontrar sonrisas de burla. En Valence, los zapateros cantaban coplas alusivas a mi paso. Pero en Lyon, que es más italiano, se celebraron representaciones de misterios en la plaza, con gran pompa, en mi honor. Después mi Mediodía latino desapareció. Solamente se veían cultivos demasiado ricos sobre los cuales se cernía un cielo demasiado próximo.

Luis XII me esperaba en su castillo de Blois. Llovía y la niebla cubría el Loira. Los árboles no eran como los nuestros. El castillo me impresionó. Caía a plomo sobre nosotros, pesado como nuestras ropas empapadas de lluvia. En aquel ambiente gris, el oro de nuestros jubones parecía falso. Encontramos al rey de Francia calzado con unas gruesas botas, el aire socarrón, de vuelta de una partida de caza. Aquella recepción que yo había imaginado mil veces, adquiría el aire de un encuentro fortuito en el camino real. Los señores franceses reían. Los cascabeles de mis mulos divertían hasta a los muchachos. Sus herraduras eran de

plata, pero estaban cubiertas por una costra de barro hasta el lomo. Los caballeros de mi séquito, lastimados por el rigor del clima, estornudaban y se sonaban. Los muchachos nos dieron escolta por las calles, pero sin ningún respeto. Los tenderos permanecían en el umbral de las puertas y nos miraban pasar como si fuésemos titiriteros de feria.

De todos modos, por la noche comí con el rey. Una comida muy sobria. «Una comida de cazadores», como anunció Luis XII, con aire bonachón. La verdad es que no quería tratarme como un príncipe y lo consiguió. Y al atreverme, pensando que el abundante vino que había bebido estimularía su cordialidad, hablarle de mi matrimonio con Carlota de Aragón y darle prisas para arreglarlo pronto, me dio la respuesta del grande al pequeño: «Veremos.»

Y aquella noche, intentando conciliar el sueño en mi helado aposento, pensé en mi cuñado Alfonso de Aragón. Si hubiese sido él y no yo el visitante del rey de Francia, éste lo habría recibido desde lo alto de la escalinata de honor. Le hubiera llamado «mi estimado hermano» o «mi primo». Y le hubiera tratado como a un camarada. En suma, habría tratado a aquel pazguato como a un gran príncipe en atención a su nombre. Se habrían inclinado ante un mequetrefe que en Roma se inclinaba ante mí. Pensándolo bien, me di cuenta de que Alfonso de Aragón no se había inclinado ante mi poder todavía, ni en Roma. No había tenido tiempo. Y me prometí verle a mi regreso y vengar la afrenta que se me había infligido, a pesar de no ser él el autor.

Y me irrité de nuevo contra él cuando cediendo a las débiles instancias del rey, Carlota de Aragón, después de haberme contemplado en el transcurso de una comida, contestó: «Na» Supe que no me consideraba un príncipe, sino un aventurero. Hasta llegó a declarar su impresión al embajador de Nápoles, que le contestó: «Es cierto. Ya hay bastantes Borgia en vuestra familia. A la muerte del Papa esas gentes no serán nada.»

Tenía razón. Pero no la tenía al olvidar que no era yo uno de esos príncipes nacidos en las gradas del trono que se limitan a disfrutar de la vida. A la muerte del Papa yo seré lo bastante fuerte para asumir el poder. Así se lo dije sin ambages a Luis XII, jactándome de ser capaz de obligar al Sacro Colegio a elegir Papa de mi gusto en el lugar de Alejandro si este desaparecía. Añadí que no era hostil a la candidatura de un Papa francés.

Por otra parte, el rey de Francia, a pesar de lo mucho que me despreciaba, necesitaba mis buenos oficios. Necesitaba del Papa para divorciarse y su alianza con él era oportuna en el momento en que se disponía a reanudar la campaña de Italia.

En la partida de caza me cogía aparte, con dos o tres de sus oficiales y me interrogaba sobre las plazas fuertes del Milanésado y el número de arsenales en la llanura del Po. Los oficiales franceses hallaban siempre ocasión de burlarse de mí porque, siendo en el fondo un diplomático, sólo había hecho la guerra como aficionado y me embrollaba a veces con el vocabulario militar. De todos modos, el rey les mandaba callar.

Acabó por decirme: «Sois una pieza importante en mi juego.» Le declaré que me encantaba, sin revelarle que era él la pieza importante del mío. «Quiero Italia —continuó brutalmente—. Y vos deseáis una boda que os haga respetar. Bien, puesto que Carlota de Aragón no quiere, os propongo otra Carlota. Al menos, de este modo, no cambiáis de nombre.» Y se echó a reír con la risa brutal de los franceses, que acaba en un acceso de tos.

De momento, temí que quisiera humillarme con una unión demasiado modesta. Pero quería Italia y, por lo tanto, procuraría complacerme. Y yo pensé: «Vas a empujarme en mi carrera y no lograrás Italia.»

Me destinaba Carlota de Albret, hija del rey de Navarra y pariente suya. Con ello, me convertía en una especie de primo lejano del rey de Francia. Aquello yo no lo esperaba y me gustó. Un hombre que podía engrairse de su parentesco con Luis XII dejaba de ser un aventurero.

La negociación fue difícil. La familia protestó por lo que consideraba una boda desventajosa. Era una especie de chantaje. Una vez hube escrito a Roma para convertir un insignificante Albret, un mequetrefe aficionado a tocar el caramillo, en cardenal, y hube distribuido unos obispados entre la familia, me aceptaron, con bastantes reparos, pero me aceptaron. La broma había durado seis meses.

Hasta la víspera de mi boda no tuve la mente lo bastante desocupada como para echar una ojeada a mi mujer. Observé que era bonita. Estábamos en mayo. Aquella Turena que tanto me había afligido cambió de fisonomía en pocos días. Blois desapareció, sumido entre lilas y alhelíes. Los franceses son sensibles a la primavera porque sus inviernos son duros. Se pusieron alegres y yo aprendí a catar su vino. Por la noche, me encontraba en el lecho con la hermosa muchacha. Había tenido el placer de derramar unas gotas de sangre real.

Ella era a la vez sensual y severa y muy diferente a mis mujerzuelas de Roma. Dábamos limosna a los campesinos y yo sentía que me estaba convirtiendo en un verdadero príncipe. A pesar de los ejercicios amorosos, engordaba. Escribí a Lucrecia: «Sé feliz, yo lo soy también.» Después rompí la carta. Me daba vergüenza ser dichoso tan fácilmente. Los franceses tienen una expresión para esta especie de dicha: «Es feliz como un pollo cebado.» Lo lamento, pero este género de beatitud no va conmigo.

Las noticias de París me arrancaron de mi arrobamiento. Los estudiantes daban una representación al aire libre cuyo tema era mi boda con Carlota, que era objeto de escarnio. Yo aparecía como un bufón superfluo, medio cretino, medio bandido. No quedaba mucho mejor Su Santidad el Papa. Mi hermana Lucrecia figuraba en ella poco menos que como una prostituta.

Me precipité hacia el rey de Francia. Le encontré tanto más enojado cuanto que sus ejércitos se aprestaban a pasar los Alpes y, habiéndose empeñado en tomar el Milanésado, estaba preocupado por no concitar una coalición en que los Borgia lanzarían contra él los Estados Vaticanos, Nápoles y tal vez Venecia.

Por primera vez el rey no me mandó a paseo y por primera vez tuve el gusto

de que escuchase mis firmes palabras. En mi presencia ordenó a su gran canciller y al conde de Ligny que abandonaran Blois al cabo de una hora y fueran a París con objeto de restablecer el orden.

Sin embargo, las representaciones prosiguieron durante las semanas siguientes, hasta que el rey en persona se decidió a comparecer por allí. Cesó la mascarada, pero me decepcionó que aquella sacrílega manifestación no fuese castigada con alguna ejecución. En Roma, de haber ocurrido algo semejante, los puentes hubieran aparecido cuajados de horcas, hasta hundirse casi con el peso de los ahorcados. En París ni siquiera se detuvo a un solo estudiante. Se les dejó a seis mil de ellos, y armados además, entregarse a manifestaciones de menosprecio hacia mí durante un día entero y casi les dieron las gracias cuando prometieron que no insistirían en lo sucesivo. Así son los franceses. Los primeros fracasos que coseché entre ellos se debieron, sin duda, a que me resultaba imposible acostumbrarme a sus pintorescas costumbres.

Aquellos incidentes me habían afectado. Cuando regresó el rey, le comuniqué mi desazón. ¿Volvería a ver el Loira? ¿Volvería a ver las hermosas caderas de Carlota? Esto era lo que me preguntaba al descender hacia el Sur con el ejército francés.

El Lyon encontré un correo. El papa Alejandro me daba carta blanca. Aprobaba mi conducta y me dejaba entender que era el único que la aprobaba. En todos los Estados italianos se me consideraba un traidor vendido a los franceses, que volvía en compañía de semejantes bárbaros para servirles de guía en Italia.

Entre los italianos de mi séquito, cundían los mismos sentimientos, si bien expresados con mayor reserva porque yo estaba allí. Leonardo de Vinci, ese ingeniero cuyo talento militar es bien conocido, aunque yo tengo en más su genio de pintor, me planteó la cuestión con toda franqueza, una noche que cabalgábamos a orillas del Rodano. «Los franceses vienen a robaros. ¿Por qué diablos les ayudáis?» Le contesté que, de todos modos, los franceses eran lo bastante poderosos para lanzarse contra Italia, sin contar conmigo: «No pudiendo impedir el robo, lo dirijo. Imaginad un propietario que sabe que los bandidos se disponen a saquear sus propiedades. Se disfraza, les ayuda y acecha el momento en que, fatigados y cargados con el botín, se dejarán encerrar en la bodega.» Leonardo, cuya inconsciencia le presta un cierto valor, detuvo su caballo y se rió en mis propias barbas. «Voy a contaros otra fábula, monseñor, puesto que gustáis de ellas. Un propietario, temiendo la visita de un grupo de bandidos, les salió al encuentro y les persuadió de ir a robar en los dominios de sus amigos.» No le contesté. La posteridad optará por una de estas dos versiones.

La verdad se hallaba en la carta que el día siguiente envié a Maquiavelo. En ella le decía que me sentía el príncipe más seguro del mundo, puesto que si los franceses eran devorados por Italia, yo sería el primero en abrir las fauces, pues presentía el lejano objetivo de Luis XII: Nápoles. Quería conquistar Nápoles. Para ayudarle, le pediría el ensanchamiento de los Estados Vaticanos: la Romaña entera. «Si vence en Nápoles, siempre nos quedará la Romaña y si es derrotado

yo seré el más fuerte de esta Romaña para perseguirlo.»

La sensación de que mi política servía en primer lugar mis ambiciones, al mismo tiempo de servir a Italia, me hacía concebir un profundo desprecio por los franceses que me rodeaban. Ya podían ir burlándose de mi acento. Mi lengua era mejor que la suya, pues era la de un diplomático.

En el transcurso del primer encuentro con los regimientos suizos de Milán, Bayard me apartó con aire chocarrero, diciéndome: «No permanezcáis ahí. Estáis en peligro.» Sí, pero era yo quien había dado la idea a Luis XII de hacerse con los regimientos suizos para que traicionaran a Ludovico el Moro y nos lo entregasen.

Luis XII estaba contento de pasear por el Milanésado. No se encontraba desambientado por las semejanzas que esta región ofrece con el sudeste de Francia. Sin embargo, cuando surgían unas palmeras en los valles cálidos, presentía los paraísos italianos de sus sueños, a la manera francesa: una hermosa dama bajo un naranjo con un volcán en el fondo. Porque lo que hacía arder su imaginación era Nápoles. El solo nombre de Nápoles le ponía en trance, como el de Jerusalén a los antiguos cruzados.

Entonces fue cuando reclamé la Romaña como un pequeño regalo y le pedí que me prestase sus tropas para conquistarla. Fueron unos días de vida plena. Durante el día era soldado y por la noche escribía. Cuando se quiere halagar a Leonardo de Vinci basta con decirle que es universal. Aquellos días yo tuve la sensación de serlo a mi modo. Devolvía la espada a su vaina, me sentaba bajo mi tienda y la espada me servía de pisapapeles. Mandaba cartas a Roma, a Venecia y a Nápoles. Y las recibía hasta del propio rey de España. Al amanecer una vez tendidas mis redes por escrito, de haber insinuado compromisos por medio de amplias frases ambiguas y de haber sopesado el pro y el contra de cada uno de mis actos, me reanimaba con vino tinto como hacen los franceses. Pero yo lo hacía con vino de Trebiano.

Después montaba en mi caballo. Los diplomáticos generalmente no conocen esas incitantes mañanas brumosas en las que se oye el toque de las trompetas de la caballería. Y los héroes a lo Bayard ignoran esas enervantes fatigas nocturnas destinadas a la reflexión y a la imaginación, con una pluma en la mano, pesando los hombres con palabras y sonriendo a la vela con los labios enjutos y la mirada enfebrecida.

Yo saboreé las dos cosas. A veces me ocurría que me detenía en un combate o escribiendo una carta para preguntarme qué era lo que me faltaba para ser el hombre perfecto.

¿No era toda mi vida una obra maestra? Tenía las más hermosas amantes. Mi mujer era de sangre real, además de ser muy bella. Yo era apuesto y mi rostro intimidaba. Triunfaba en la política y en la guerra. Podía humillar un toro tomándole por los cuernos, pero también gustaba de fomentar los gustos de los artistas y sabía que cuando llegase a ser rey no habría pintor, gran escultor, buen filósofo ni astrónomo de renombre que no residiera en mi corte. Desarrollaría hasta los más vastos límites imaginables todas mis facultades. Y el día de mi

muerte no lamentaría que el mundo perdiese un artista, como hizo Nerón, sino que perdiese un hombre.

Yo sabía lo que me faltaba. Ser un santo. De haber puesto al servicio de la santidad el exceso ponderado con arte y vigilado con rigor que constituye el fondo de mi genio, hubiera superado los más grandes santos. La lástima es que la humildad, es desinterés y el olvido de sí mismo que constituyen los vehículos de la santidad, fuesen tan contrarios a las virtudes requeridas para ser un hombre de mi tiempo.

En suma, éste era el estado de lúcido ardor en que me hallaba cuando una mañana, después de muchos días y noches a caballo, vi Roma y el Vaticano...

# CAPÍTULO XVII

## CÉSAR EN EL APOSENTO DEL AMOR

Su Santidad me besó. Yo estaba emocionado. Recuerdo que repetí dos o tres veces: «Bueno, esto es.» Mi padre me preguntó si quería comer o beber. Yo no sabía si tenía hambre ni sed.

—Muchas cosas habéis hecho, hijo mío —me dijo el Papa.

Comprendí que si aprobaba en conjunto que hubiera ensanchando los Estados de la Iglesia, protegido Roma contra toda agresión francesa y colocado a los Borgia en situación de poder aprovechar cualquier acontecimiento que se ofreciese, ciertos detalles de mis actos le inspiraban reservas de orden moral.

—Dios se sirve a veces del diablo, Santidad —le dije riendo—. Y supongo que cuando se ha servido de él, no le pide cuentas.

Entonces noté que tenía sed. Me trajeron bebida y estuvimos hablando con bastante libertad hasta el momento en que Su Santidad me llevó al problema que le interesaba.

—¿Nápoles?

—El rey de Francia sueña con el Vesubio. ¿Qué queréis que le haga?

Mi pregunta quería decir que debíamos seguir al lado del rey de Francia.

—Le debemos la Romaña, Santidad. Mañana, ante el acicate de contemplar el Vesubio, me prestará otros regimientos para aumentar con otras provincias nuestros Estados. Y cuando ya haya visto el Vesubio...

—Eres un diablo muy inocente. Cuando Luis XII tenga el reino de Nápoles en sus manos nos arrebatará los regalos que nos ha hecho. Se ha apoderado de Milán. Si un día tiene en sus manos Nápoles y Milán, Italia es suya y nosotros con ella.

Interrumpió mi respuesta preguntándome en voz baja si no entraba en mis cálculos gobernar Nápoles en nombre del rey de Francia. Éste, para calmar a Austria, España e Inglaterra, se conformaría sin duda con el título de protector de Italia donde reinarían dos o tres de sus vasallos.

—Sé sincero —concluyó—. Tengo prisa. Tú le has inspirado esta solución.

Era verdad que yo había explorado el terreno. La conversación había sido breve y vaga. Sin embargo, Su Santidad había sido advertido de ello. Entre mi propia gente había espías. Esta constatación me dio apetito y mi padre me hizo

traer comida.

—¿Y si realmente fuera así? — le pregunté.

—No lo quiero.

—¿No queréis que sea rey?

—No ignoras que después de la muerte de Gandia todas mis esperanzas temporales están cifradas en ti.

Y aquí la voz del Papa se quebró. Gandia tenía el talento de hacerse querer. En realidad, era lo que a mí me faltaba. Pero ¿era un talento necesario? Al don de agradar, prefiero el de saber imponerme.

—Me gustaría verte rey —prosiguió Su Santidad—, pero no podría sufrir que llegaras a serlo a expensas de la Iglesia. Si tanto apego tengo a los Estados Pontificios, y te agradezco haberlos aumentado, es porque me dan la independencia necesaria para hablar libremente a los más grandes soberanos de la tierra. Una iglesia universal no puede estar bajo la tutela del rey de Francia. Necesito una Italia unida bajo la autoridad pontificia o una Italia dividida donde poder reinar. No me gustan las cosas ridículas, ¿comprendes? Confiesa que sería absurdo arruinar la Iglesia para asegurar la carrera del pequeño César Borgia. En vez de hablar, escúchame. Has entrado en Roma esperando ser recibido con arcos de triunfo. Los mereces y te los ofreceremos. Pero te ofreceremos una residencia en el castillo de Sant Angelo si pretendes jugar con algo más grande que tú. Me refiero a la sucesión de San Pedro.

Mi arte consistió en seguir comiendo mientras escuchaba esta parrafada. Esto logra borrar los efectos más bellos. Desgraciadamente, el Padre Santo no tenía necesidad de mis lecciones. Con los dedos cogió un mazapán ornado con cerezas de un plato con golosinas y se lo comió. Y con la boca llena, concluyó.

—Entonces, nada de Italia francesa, o se acabó César. Y tú sabes bien que soy capaz de llevar a cabo el segundo término de la alternativa. No te he preguntado por ti, mi querido hijo. ¿Cómo te encuentras? Tienes buen semblante.

Yo le di las gracias sonriente, pero el golpe había producido su efecto. La calma y el apetito del Padre Santo me impresionaron y, en cambio, su ira me hubiera tranquilizado. Yo tomé la cuestión por el otro cabo, interesándome por Lucrecia y su marido y puesto que en ello estábamos, por Sancha, en fin, por todos los de Aragón, en cierto modo, los abogados de Nápoles, si bien se miraba.

—Te engañas —refunfuñó Alejandro—. La advertencia que te he hecho no se funda en mi solicitud hacia la familia aragonesa de Lucrecia. Es cierto que la marcha sobre Nápoles, es decir, contra sus parientes, colocaría al pequeño Alfonso de Aragón en una situación incómoda. La política está hecha de situaciones ingratas. Siendo muy joven, al hacer mis primeras armas en España, comprendí que era un político desde el día en que mi vida se convirtió en una situación desagradable que resistía. Me disgustaría estropear la dicha de Lucrecia, pero debes saber que la sacrificaría a la Iglesia con tanta facilidad como Sacrificaría tu orgullo. Y dicho esto, Lucrecia está bien. Nunca hubiera creído posible que llegase



a ser más hermosa, y así ha ocurrido. Su felicidad y la de su marido constituyen casi un escándalo.

—Ya lo sé —dije—. En Francia le llaman a esto estar como pollos cebados. Yo también hubiera podido ser feliz.

—No. Tú estás hecho, como yo, para el tumulto. Pero yo no he perdido nunca de vista un gran designio. Tú trabajas demasiado al día, y por tus pequeños intereses, César. Esto debilita. Cree a un viejo; sólo los grandes designios hacen grandes a los hombres.

Bebió un vaso de vino y me preguntó con la mayor naturalidad si deseaba ir a ver a Lucrecia a su palacio. Me despedía. Yo me levanté.

Cuando, después de haberme inclinado en una reverencia, di el primer paso para alejarme, el Papa me llamó. Me besó las dos mejillas, riendo, y como sin darle importancia recalcó:

—No me has hablado de tu correspondencia con el rey de España.

—Os he dicho, Santidad, que jugaba en pro y en contra.

Pensándolo bien, no podía sorprenderme que Su Santidad leyese también mi correo secreto. Así se había enterado de que yo examinaba con Madrid las probabilidades de una intervención española en el momento en que los franceses penetrasen en el reino de Nápoles.

—Pensé que los españoles, tarde o temprano, se meterían en el asunto, Santidad. Por esto, al mismo tiempo que manifestaba mi lealtad hacia los franceses he obrado de forma que si era España la que vencía pudiese creer que debía estarme agradecida.

—Está bien. Da a los franceses todas las prendas que quieras, pero recuerda que quiero un reino de Nápoles español, porque España está al otro lado del mar y, en cambio, los franceses se hallan más cerca. En un momento dado va a ser necesario alinearse al lado de los españoles.

En diplomacia, la duplicidad viene a ser como un amorío: Sólo debe durar un momento.

Encontré a Lucrecia en su aposento. Al ver mi semblante profirió un grito:

—¿Qué ocurre?

Mi semblante solamente reflejaba perplejidad. Por orden del Papa, tendría que prestarme a tratar de más cerca con el rey de España. Lo ideal sería obtener de él, como lo había obtenido del rey de Francia, la promesa de reinar en Nápoles. Los dos ejércitos se disputarían la hermosa ciudad y yo, cualquiera que fuese el resultado, sólo tendría que instalarme en ella.

—No ocurre nada. Soy yo, que he venido a darte un beso...

Mi pensamiento remontaba el vuelo. Ya estaba. Yo reinaba en Nápoles en nombre del rey de Francia o del de España; esto no tenía ninguna importancia. Entonces me enteraba de la muerte, ¡ay!, inevitable de Su Santidad. Yo pesaría

sobre el Sacro Colegio, con el peso que me conferirían mi reino de Nápoles y la Romaña, de la cual seguiría siendo príncipe, a pesar de pertenecer a Roma. Por otra parte, los jefes de los regimientos romanos serían míos, costase lo que costase. En resumen, se elegiría un Papa que aceptaría de una vez mis puntos de vista. Yo le dejaría lo sagrado y él me cedería lo temporal. Con ello, la mitad de Italia quedaría unificada. Luego, alianza con Ferrara y otros pequeños Estados para aplastar a Venecia. ¿A quién le parecería mal que yo aplastase a Venecia? Los españoles le guardan rencor por la competencia que les hace su flota. Los franceses le reprochan su tráfico en los Santos Lugares. Los austríacos creen que los venecianos les cobran demasiado caras las especias. Por fin, estaba pensando cómo lograr la alianza de Génova para apoderarme del Milanesado cuando volví a la tierra para advertir la desorientada expresión de mi hermana Lucrecia.

Es verdad que cuando estoy entregado a la reflexión, tengo aspecto enojado. Mi querida hermana tenía miedo. Y esto que hubiera podido agradarme, me irritó.

—En realidad —pregunté—, ¿qué querías que ocurriera?

—Mi marido ha ido de caza y...

En efecto, estaba hermosa como nunca. Perezosa como siempre, acababa de tomar su baño, a pesar de ser mediodía. El inmenso barreño de plata dorada estaba ahí, todavía humeante. Un brasero cercano a él hacía la atmósfera sofocante en el cálido otoño. Mi hermana estaba echada sobre unos cojines, ligeramente envuelta en un peinador morisco, de brillantes rayos rosas y azules. Estaba menos envuelta en el peinador que en sus cabellos no peinados todavía, que derramaban su oro sobre la ropa.

Su pequeña esclava Caterinella llevaba también por todo vestido un peinador semejante. Ungía el rostro de Lucrecia con un bálsamo. La pequeña no se dignaba mirarme. Cuando me mira, tengo la impresión de que sus ojos persiguen algo más allá de mí. Me odia porque cree que quiero mal a Lucrecia. Sólo quiere a ella. Me han contado que tomaban el baño juntas, que echaban fuera a todo el mundo y se secaban una en brazos de otra. A fe mía que no sé si su afecto llega a este extremo, pero el espectáculo sería sugestivo. No soy de los que se indignan por esto.

Por otra parte, tengo una debilidad por Caterinella. Fue la noche de la boda de Lucrecia. Mi hermana había emprendido una fuga en plena noche para reunirse con su marido. Yo la aproveché para tomar a la pequeña esclava por la mano. Lo más divertido es que era virgen, cosa rara en una esclava. Me pareció que la acababa de iniciar en el amor. Nunca se ha prestado a volver conmigo. Tanto mejor. Lo que suele ocurrir es lo contrario y a veces me veo en apuros para acabar rápidamente con los abrazos de las damitas pesadas.

—Alfonso se ha ido de caza. Mejor que se divierta — dije —. Yo, después de irnos meses de ausencia, hago una visita a mi hermana. Mejor aún... ¿Por qué pones esta cara?

—Ya sé que es una tontería —replicó Lucrecia, huraña—. Mi marido se ha ido

a cazar el jabalí. Creí que me traías una mala noticia.

—No soy ningún jabalí.

Me había echado a reír y se me cortó la risa con un cierto despecho que mejor parecía dolor. Sabía los peligros que había corrido en Francia, colocado en una posición ambigua de la que nadie hubiera podido adivinar al fin, si estaba allá como traidor o como rehén. Sabía que había hecho la guerra, durante muchos días y muchas noches, que había conquistado una provincia más para el Papa. Volvía a verme y todo lo que se le ocurría era alarmarse por el adorable bobo que se había ido de caza.

—He observado que las baldosas de la entrada han sido frotadas con una cera resbaladiza. Es peligroso y no lo debías tolerar, Lucrecia. Figúrate que el pequeño Alfonso se tuerce un pie... ¡Un drama!

Levantó la cara y me miró. Caterinella se la bajó con el pretexto de darle masaje a las mejillas.

—Quieres decir que soy una ridícula — murmuró —. La verdad es que estoy nerviosa.

—Estás nerviosa cuando él no está ahí, ¿no es cierto?

Apartó las manos de Caterinella y se incorporó y yo creí que era para contestarme. Con el rostro inmóvil, un poco brillante por el efecto del bálsamo, se puso a escuchar mirando la puerta con sus grandes y hermosos ojos pálidos y fijos. Yo no oí nada.

Sin duda era porque yo no quería al príncipe, pues apenas había transcurrido un minuto apareció, con aire de vencedor, orgulloso del polvo que lo cubría, y las manos ennegrecidas por la sangre del jabalí. Bayard me pareció menos orgulloso después de haber derrotado la infantería suiza. Sus ojos brillaban. Se le veía ostensiblemente feliz de volver a ver a Lucrecia, aunque la hubiese dejado sólo unas horas antes. Esperaba ser admirado; el relato de la caza le subía a los labios. Descontaba ya golosamente las exclamaciones de pavor de una Lucrecia que el amor había convertido en imbécil. «Querido, no debiste hacer esto. Ha sido una locura.» No me veía. ¿Cómo podía ver a nadie estando Lucrecia allí?

De su rostro desapareció bruscamente la alegría. «Me ha visto», pensé. Nada de esto.

—¡Lucrecia —gimió—, cuantas veces te lo he dicho!

Ya sabes que esta pomada es peligrosa. A Livia, que la usaba, le ha dado una fiebre atroz. Me prometiste que no volverías a usarla. En primer lugar, no te hace ninguna falta...

Había seguido la mirada de su mujer y me miró con las mandíbulas apretadas. No supe por que, pero imaginé que iba a decir: «¡No!» No tenía ningún motivo para hacerlo y no lo hizo. Predominó la cortesía, se inclinó, logró sonreírme y darme la enhorabuena por el talento con que me había comportado en los campos de batalla. Por un instante admiré a Italia: un francés no hubiera conseguido

dominar sus sentimientos como él. Y, no obstante, Alfonso era el ser menos apto para el fingimiento que yo conocía. Pero éramos seres civilizados. Tal vez era lo que los franceses iban a buscar en Italia: una lección de civilización.

Sin embargo, Lucrecia y su marido no me seguían en las ideas generales. Se miraban y me miraban. Nos mirábamos. Era evidente que se preguntaban en qué estaría yo pensando. Si les hubiera dicho que pensaba en la civilización, habrían creído que fingía y se hubieran calentado la cabeza para saber qué golpe avieso preparaba.

Yo llevaba demasiadas noches sin dormir y demasiadas horas de ir a caballo. Me senté. Me contemplaron consternados al ver que me sentaba, como si ello entrañase un símbolo de mi intención de volver a residir en Roma. De buena gana les hubiera dicho; «Estoy cansado, hijos míos.» Y los dos hubieran cruzado una mirada de complicidad. ¿Qué se oculta tras la fatiga de César?

Por cortesía debía decir algo. Pregunté al príncipe si la caza había sido buena. Lucrecia vio enseguida en ello una ironía que yo no había puesto, me fulminó con la mirada interrumpiendo a su marido que era lo bastante ingenuo, con la eterna ingenuidad de los cazadores, como para entregarse a un relato detallado.

Y detrás de ellos permanecía quieta, con su calma habitual, la pequeña Caterinella. Aquella chiquilla no me haría daño nunca. Pero su mirada expresaba el deseo de verme muerto. Es verdad que Ulises al regresar a su casa sólo fue reconocido por su perro.

Mis perros... De pronto me entraron deseos de ir averíos. Sobre todo, a mi querido *Pompeyo*.

Los franceses soportan el silencio sin sentirse cohibidos. Y para romperlo se ponen a escupir y a rascarse. Yo me hallaba demasiado fatigado para no soportar el abismo que me separaba de mi hermana y de mi cuñado. Abrí la boca para preguntar por Sancha, pero me contuve. Alfonso podía ver en ello la insolencia del que en otros tiempos se había acostado con su hermana.

—¿Sigue siendo Cervillón — le pregunté a mi cuñado — el jefe de vuestra guardia? Bien, pues advertirle que me fastidia. Me han dicho que escribe mucho a Nápoles.

—Por si acaso lo ignoráis —contestó éste—, yo soy napolitano.

El animal apretaba los dientes. Buscaba un insulto. Y, no obstante, yo acababa de hacer una buena acción. Quería evitar a su favorito las consecuencias de un asunto feo.

—No estamos en guerra con Nápoles — exclamó Lucrecia.

El miedo daba a su voz un registro de falsete que me recordó su voz de muchacha.

—No estamos en guerra con Nápoles — dije —. Es verdad. Con todo...

Para ellos resultaba complicado. Solamente la idea de tener que explicarles la situación en que nos hallábamos, me fatigaba por anticipado. Me figuro que los

pintores o los astrónomos de la corte debían experimentar la misma fatiga cuando una hermosa dama les preguntaba, entre dos bailes, algo sobre anatomía o sobre las estrellas.

—Sin embargo, somos aliados de los franceses. Y los franceses codician Nápoles. Sería enojoso que un embajador de Francia le fuese a Su Santidad con la historia de que el favorito de su yerno mandaba a Nápoles documentos cuya precisión roza la traición. Estáis prevenido.

Consideraba mi acción tanto más meritoria cuanto que el tal Cervillón no me gustaba con sus aires de conquistador. El hombre que la víspera de la boda de Alfonso de Aragón le había servido de espía para conocer el pasado de Lucrecia y de Sancha. Al mismo tiempo, la inconsciencia de mi cuñado me dejaba aturdido.

Cualquier peluquero de Roma hubiera sido capaz de interpretar hacia dónde se encaminaba nuestra política. En lugar de alarmarse, de constatar el hecho de que su nueva familia romana y sus parientes de Nápoles no tardarían en andar a la greña, el jovenzuelo alzaba el gallo porque yo me atrevía a darle un consejo o alzaba los brazos al cielo porque Lucrecia usaba una pomada que le podía afean el cutis.

«Si le ocurre una desgracia, tanto peor para él», pensé. Un ser que no se defiende no puede quejarse si ha de perecer. Sería demasiado fácil. La caza, los besos, las dulces risas, mimos sin fin, el goce de todo lo que una sociedad puede ofrecer de más delicioso a quien se beneficia de ella y no tiene un solo gesto para contribuir al sostén de esa misma sociedad, ni siquiera un esfuerzo para conservar el derecho a seguir disfrutando de tantas ventajas.

No fue aquel día cuando condené a Alfonso de Aragón. Pero mientras Caterinella quitaba la pomada a Lucrecia decidí silenciosamente, sin replicar a las insolentes miradas del joven, «que la desaparición de tan estimable sibarita no sería una gran desgracia».

Ni siquiera el día siguiente por la noche, a pesar de que me exasperó bastante más, formé contra él ningún proyecto sanguinario. La idea que acudió a mi mente para ayudarme a tragar bilis estaba más cerca de la broma subida que del acecho.

Estábamos en Ostia. La idea había sido de Sancha, ¡Cómo si no hubiese cabalgado yo bastante durante los últimos meses! Llegamos en dos horas. Es un lugar hermoso, a orillas del mar, sembrado de ruinas admirables. La fiesta se celebraba en un claro del bosque de nuestra finca, bordeada de pinos, cuyo conjunto formaba una hacienda en la que mi padre tenía el propósito de edificar un palacio, cosa que no era mala idea.

Sancha lo había organizado todo. Nos habían precedido varias carretas. Su habitual pereza no había sido obstáculo para vigilar por sí misma la arquitectura de la jornada campestre. Con irnos inmensos tapices muy valiosos convenientemente dispuestos, suspendidos de travesaños de madera que formaban los más admirables tabiques que imaginarse pudieran, había formado una gran sala, y otras más pequeñas. Estábamos sentados sobre el césped

adornado con guirnaldas de flores, sembrado de cojines.

Brillaban algunos braseros, inútiles por cierto pues la tarde de otoño era cálida y majestuosa.

Sobre nuestras cabezas el cielo iba cambiando lentamente de color. El sol se ponía en un cielo rojizo y verdoso. Apareció la primera estrella. Esto me recordó los versos de Virgilio. Lucrecia y sus amigos desplegaron con tal motivo su erudición latina, pero fui yo quien les recordó que los franceses a pesar de la ordinariéz de su lengua, habían dado con una bella expresión: «*Dormir á ta belle étoile.*»

—Esto es, háblanos de Francia — exclamó Sancha.

En aquel momento los sonos de una orquesta armoniosamente formada por violas, laúdes y flautas cubrieron mi voz. En una segunda sala había baile a pesar de lo desigual del terreno. Más allá de los tabiques de tapicería, se oían risas.

Todo lo que les hubiera podido decir sobre Francia era que lo que los franceses llaman una jornada campestre se parecía muy poco a la hermosa velada que estábamos pasando. Para ellos se trataba de partirse los riñones a caballo y beber muchos vinos, cantando, echados alrededor de un mantel en un prado. Todo ello sazonado con bromas brutales, risas ordinarias y de una cierta sexualidad, sin imprevistos, que les eleva al colmo del regocijo.

—Háblame de tu mujer — insistió Sancha en voz baja apoyando su cabeza en mis rodillas.

¡Pobre Sancha! Fue la única que se colgó de mi cuello, que corrió a mi encuentro, que rió de gozo al verme. Y aunque se haya acostado con Roma entera en mi ausencia, esto no quita nada a la sinceridad de su recibimiento. ¿Cómo enojarse con una muchacha que no nos engaña con un hombre, sino con todos, y que, por otra parte, no os engaña con hombres, sino con el placer?

Se reía, con la cabeza sobre mis rodillas, sumergida entre sus negros cabellos, los ojos entornados, la boca riente, la voz quebrada y, en todo su cuerpo, un amplio gesto de complicidad mimosa.

—Háblame de ella — insistió—. ¿Sabe hacer el amor? ¿Era virgen cuando la poseíste? ¿Está bien formada? Te sigue gustando coger a las mujeres por las caderas, ¿no es así? ¿Tiene las caderas anchas y redondas como a ti te gustan?

En vez de contestarle, yo me reía.

—¿Por qué no te ha seguido a Italia?

—Y Joffre —pregunté a mi vez—, tu maridito querido, ¿por dónde anda? No lo veo.

—Debe de estar jugando a la honda o a las cartas con los pajes. Le gusta con locura.

Lo dijo imitando el acento de una buena madre de familia para recordarme que consideraba a su marido como un muchachito que nada tenía que hacer entre

las personas mayores.

—Es adorable. Está en la edad en que se desea que los chicos no crezcan más.

Uno de los encantos de estas reuniones agrestes es que se está en libertad. Hay pocos candelabros para sostener la lucha contra los velos azules que descienden del cielo. La gente se distribuye en pequeños grupos, hasta por parejas, para cantar, tocar la flauta a cuatro labios, murmurar, o, cuando el apetito se deja sentir de nuevo, atacar de acuerdo uno de los platos que transportan los lacayos.

No se fijaban demasiado en nosotros y así pude besar a mis anchas la hermosa boca de Sancha. En medio de la hierba era sorprendente el brillo de las flores que habían sido dispuestas en macizos, a las que, más pálidas, más rápidas, respondían las flores que salpicaban el inmenso tapiz en el cual nos habíamos acurrucado. El oro y la seda de nuestros trajes formaban armonioso contraste con las zonas de césped que nos ofrecían su lecho. Me recordaba un cuadro de Giorgione. Era muy agradable. Por una noche, las estudiadas medidas de la negociación y los riesgos de la guerra quedaban relegados al olvido. No pensaba en nada. Era la beatitud de un pastor de la Arcadia.

—¿Te has dado cuenta? — murmuró Sancha —. Decididamente no se cansarán nunca.

Y, no obstante, mantenía su cabeza echada hacia atrás y los ojos entornados de placer, pero incluso en semejante posición no cabe duda que una mujer lo ve todo. Levanté los ojos y vi a Lucrecia que se refugiaba en los brazos de su marido.

—¿De qué no van a cansarse nunca? — pregunté malhumorado.

—De quererse. Para mí, que los veo todos los días, resulta algo asombroso. Si él la deja dos horas, ella sufre en silencio, como una mártir resignada. Si ella bosteza, él se alarma. Su manera de mirarse es extravagante. Aunque haya cien personas a su alrededor, las aniquilan en un abrir y cerrar de ojos. Se dan las manos sin cesar, sin darse cuenta. Hacen una sola persona. Y ya es mucho si uno de los dos no intenta contaros los recuerdos de infancia del otro. El otro día Lucrecia me decía: «A mi marido cuando era niño le gustaba...» Le recordé que su marido era mi hermano y que en la época de que me estaba hablando yo le enseñaba a sonarse, con la autoridad que me daba ser dos años mayor que él. Se escandalizó. Después de todo, quizá sea delicioso. Desde luego, para los que conviven con ellos debe ser algo irritante.

Yo me había convencido de ello en el transcurso de la cena. Se escogían mutuamente los platos, intercambiaban onomatopeyas que sólo para ellos tenían sentido, se llamaban sobrenombres igualmente misteriosos. En suma, uno no sabía si reírse o enfadarse.

Yo creo que me había propuesto enfadarme. Lo que me atacaba los nervios no era tanto Lucrecia como la serena dicha de Alfonso. Estaba echado sobre ella como en un lecho. Ostensiblemente él creía que permanecían ignorados y superaba esa inquietud que hace envejecer a los hombres en el manejo de las

mujeres como en el de los negocios. Él era él, ella era ella, eran dos y los demás seres mortales constituían una decoración. «Si ella lo engaña — había llegado a pensar— el agua habrá dejado de ser líquida para él y la sal, salada.» Por otra parte, era desgraciadamente verdad que Lucrecia sentía menos deseos de engañarle que de comer vidrio machacado.

Había reconocido la voz de Lucrecia sin verla. Ella levantó la cabeza.

—Se están peleando — dije.

La hermosa voz de un cantor, como sólo se encuentra en Italia y a veces en España, me impedía oír claramente, pero adivinaba que Lucrecia suplicaba y que su marido se negaba. «¡Vamos!—me dije con satisfacción—. Esta felicidad es menos cargante de lo que se dice.»

—¡Qué estúpido eres! —suspiró Sancha—. Se están disputando a su manera, que es exactamente al revés de como se pelean los demás. Escucha y verás. Unos gentil— hombres han visto unos conejos en el bosque y se disponen a aprovechar el claro de luna para cazar con ballesta. Lucrecia sabe que a su marido le gusta con locura ese ejercicio. A pesar de la pena que le produce estar separada de él por espacio de una hora, le suplica que vaya y él se niega porque no aspira más que al placer de sacrificarle ese juego que le apasiona... Bien, como siempre, ya estás viendo que es Lucrecia la que se impone. Él se aleja pesaroso para reunirse con los cazadores. Ella se siente feliz de haberle proporcionado esta satisfacción a costa suya. Y él se siente pesaroso por haber aceptado. Ella va a pensar en él y él va a pensar en ella. Dentro de poco volverán a encontrarse y será conmovedor. ¿Por qué pones esta cara?

No contestó. Sancha se echó a mi lado, no ya con la cabeza en mis rodillas, sino en el césped.

—Nos burlamos de ellos porque tanto tú como yo tenemos el mismo carácter y por lo que se refiere al amor, somos muy parecidos, tú en hombre, yo en mujer. Nos gusta conquistar, sentir. El menor afecto nos causa alarma y sentimos horror por los lazos. Ellos han jugado la partida al contrario de nosotros. Por ello, claro está, hay momentos en que no puedo evitar ciertos accesos de rencor. Me pregunto si...

Yo la interrumpí airadamente. Nada me costaba adivinar que se estaba preguntando si ellos eran más dichosos que nosotros. No era la primera vez que me tropezaba con la palabra «dicha». Mi vida se consumía entre el miedo, la ficción, la preparación de añagazas y el riesgo de caer en las que me tendían a mí. Cada noche para conciliar el sueño necesitaba ahuyentar de mi pensamiento los peligros que me amenazaban, y aquellos con los que yo amenazaba a los demás. Sabía que nunca llegaría a conformarme, que cada resultado me serviría para aspirar a algo más alto, siempre. Rey de Nápoles, me causaría tormento saber que los había más grandes que yo. Lograda la unidad de Italia, pronto me sentiría irritado porque no sería la primera entre las naciones. Aunque llegase a ser emperador, la llegada de la muerte me arrancaría a proyectos devorado— res. Recordé las palabras del Papa: «Tu dicha está en el tumulto.»



Si mi dicha estaba en el tumulto, ¿por qué envidiaba la de Lucrecia y Alfonso? Porque lo cierto es que la despreciaba. Me daba asco. Me daba náuseas. Y sentía una sensación de celos, un asomo de pena, unos accesos de ira, como ante una injusticia. En efecto, era injusto que, en resumidas cuentas, fuese otorgada la felicidad a gentes sin valor ni ambición, desprovistos de un designio grande y solamente pensando en gozar de sí mismos.

—Está sola y se siente desamparada — dijo Sancha —. Mírala.

Me observó un momento.

—¿Por qué te sonríes?

—Exageras... — dije y la sonrisa murió en mis labios.

No me lo dijo en son de reproche, en modo alguno. Era casi una invitación. Los hombros de Sancha estaban ya desnudos. Los broches y los nudos se deshacían rápidamente entre mis dedos. Mis labios recorrían besándola, su piel ardiente. Volví a escuchar emocionado el arrullo gutural de Sancha, presa del deseo. Pero yo no había perdido la cabeza.

El ejemplo que dábamos, observado al fin por los grupos echados sobre la hierba o sobre los almohadones, fue como un chispazo. La fiebre subía. El poema, medio latín medio italiano, del cantor les parecía a todos de una languidez embriagadora. Las noches de otoño de la campiña romana, cuando son cálidas, son afrodisíacas. Aquellos seres humanos habían bailado y habían bebido juntos. Roma quedaba lejos. El césped incitaba a todos los abandonos.

Oía las risas de las jóvenes que habitualmente pasaban por muchachas serias. Era el milagro de la decoración. Se creían en plena Mitología, y en Mitología todo está permitido. Los senos desnudos producían manchas claras que la incandescencia de los braseros teñía de rosa.

—¡Vamos a jugar! — gritó una voz.

En vez de buscar los rincones, las parejas se acercaron. Escuché las reglas del juego propuesto, que me recordó el de la gallina ciega que se juega a orillas del Loira. Comprendí que estaba haciendo furor en Roma y vi que aquella noche se iba a practicar con mayor audacia. Las damas estarían con los ojos vendados y tendrían que reconocer a los caballeros por su modo de besar.

Volaron pañuelos y chales. Se oyó el rechinar de los manteles que los criados rasgaban en tiras. Las mujeres gritaban nerviosas, mientras les vendaban los ojos. Algunas estaban con el busto enteramente desnudo. Observé que cuando teman los ojos vendados dejaban de ocultarse los senos con las manos como si por el hecho de no ver ellas no las vieses los demás. Este candor me pareció divertido.

Me gustan las orgías y lamento que ordinariamente se celebren con prostitutas cuya docilidad estropea el encanto de la tormenta. Para que una orgía sea lograda hay que poner un poco de resistencia, que el sentido del pecado no esté ausente y que el escándalo se produzca con su séquito de vergüenza y de

escrúpulos.

La cosa, pues, había empezado bien. Lo único de temer era que no quedase en una chiquillada. No se atrevía a fomentar los impulsos tratando de hacer olvidar una presencia que tenía la virtud de causar miedo.

—Ha sido Niño... No, me equivoco; ha sido Julio...

El hombre seguía besando y la dama con los ojos vendados gritaba:

—¡Por fin...! Es Eusebio.

Otra, en el mismo instante, con acento triunfal:

—¿Francesco?

Se oían risas. No hay que reírse demasiado en una bacanal. Lo desapruero. La orgía es una profanación, una celebración en que el maleficio debe ser grave. Pero las risas se debían, sobre todo, a los nervios. El regocijo cedía el paso a esa mezcla de angustia y de deseo, cuyo filtro posee los poderes sacrílegos indispensables. Por otra parte, las risas quedaban ahogadas a veces por los gritos y los jadeos.

La música seguía tocando al otro extremo del claro. En cortos intervalos de silencio se podía oír, lejano, el rumor del mar.

La oscuridad, jalonada por muy escasos candelabros y la incandescencia de los fuegos, era azul, suave; la hierba le daba turgencia, se aterciopelaba en los tapices y alrededor de las redondas palideces femeninas se ofrecía en arremolinados destellos susurrantes de sedas y de brocados. Brillaba el cielo cuajado de estrellas.

Yo contemplaba el decorado exactamente con la atención práctica con que un cocinero se consagra a las especias, a los condimentos y a las hierbas cuyo concurso es indispensable para que el plato que prepara quede debidamente sazonado. Sólo tenía ojos para Lucrecia, ésta es la verdad. Me preguntaba si bastaría el suntuoso arretrato de aquella escena para trastornarla y sorprenderla, olvidándose de su esposo y de su habitual repugnancia por las actitudes disolutas. Mi objetivo era corromperla. No quería causarle ningún daño, pero sí destruir la tranquila serenidad de su marido.

Lucrecia estaba quieta, acurrucada en el ángulo de dos tapices. Su traje se ofrecía en hermosos pliegues plateados. Cuando por casualidad movía la cabeza yo lo adivinaba por el estremecimiento de sus cabellos.

Me incliné hacia Sancha y le hablé en voz baja.

—Y Lucrecia —gritó una voz—, ¿por qué no juega como las demás?

Hubo un remolino que agitó los pliegues del traje blanco. La cascada de su pelo cambió su curso. Lucrecia estaba conmovida, pero se callaba.

—Es verdad — gritó una voz —. Nos hemos olvidado de vendarle los ojos.

Yo pensaba: «¿Por qué tengo la impresión de estar vengándome? Ni Lucrecia ni su marido, que yo sepa, me han hecho ningún daño.» No podía refugiarme en

la excusa de regocijarme en la orgía que se desarrollaba ni de intentar satisfacer una viciosa inclinación arrastrando a mi hermana a ella. Estaba sereno.

Le anudaron su chal alrededor de la cabeza. Protestaba débilmente diciendo que la cosa no le divertía lo más mínimo. El primer gentilhomme que avanzó hacia ella fue Umberto di Mena, un efebo a quien se atribuían, por general consenso, costumbres contra natura. Ya sea que fuera un hombre normal o se empeñase en salvar su reputación, siempre era el primero en correr tras de las muchachas siempre que se presentaba una ocasión en público.

Besó a Lucrecia por sorpresa. Ella se secó la boca con mucha calma.

—¿Quién soy? —preguntó Umberto, vejado, con falsa alegría.

—No lo sé — replicó Lucrecia con la mordaz autoridad que a veces le distingue —. Pero por la manera de besar y por la voz, temo haber sido víctima de una broma absurda. Tenéis todas las trazas de una matrona.

Estalló una carcajada general. No me gustan los que se las dan de ingeniosos en ocasiones semejantes. Fruncí las cejas. La réplica de Lucrecia cundió entre la concurrencia. Probablemente a través de su chal había reconocido a Mena y, con el arañazo propinado, esperaba intimidar a los demás incitándoles a dejarla tranquila.

En efecto, se produjo un vaivén que alejó de Lucrecia la atención. Ánforas y vasos pasaban de mano en mano. Oyéronse aplausos al ver que una joven, a la que yo no conocía, se había desnudado por completo y bailaba sola al son de la incansable orquesta. Era delgada, pero bien proporcionada, y supongo que todos los hombres aceleraron su respiración, como hice yo. Sea como fuere, intimaron a las mujeres a seguir el ejemplo de la desconocida. Ellas se defendían chillando.

—Desnúdate —le dije a Sancha. La atropellé para obligarla a ir más deprisa. Ella se aferraba a la única pieza que quedaba sobre su cuerpo: un bonito faldellín dorado, pero yo precipité las cosas, rápido como un desollador de zorras.

—Esto se va a saber — suspiró.

—Esto se va a olvidar — contesté.

—Me tratas como a una cortesana...

En su carne mate y caliente cuyas formas volvían a encontrar mis manos con gusto, brillaban sortijas y collares. Estaba jadeante.

—Todas las mujeres son cortesanas — dije —. Basta sorprenderlas en el momento oportuno.

Apartó su rostro y se levantó, presa de uno de esos bruscos arranques de ira, de pescadera napolitana, que antaño me divertían.

—Pues bien, quiero que todas sin excepción se pongan como yo — dijo con su voz enronquecida.

Se puso a brincar. Yo admiraba sus muslos musculosos, sus redondas caderas y la ancha caída de sus lomos. Se lanzó sobre una pequeña condesa vestida de

rosa cuyo nombre no recuerdo y la derribó sobre la hierba. La otra se debatía. Alrededor de ellas se produjo un emocionado silencio.

Un criado se había detenido, con un jarro de vino en la mano.

—¡Trae acá! — gritó Sancha.

Tomó el jarro, bebió atropelladamente unos tragos; el vino le salpicó los senos. Después se inclinó sobre su víctima.

—¡Ahora te toca a ti! Si te haces la remilgona es que no has bebido bastante... ¡Bebe!

La había asido por la nuca y le vertía vino en la boca con torpeza que en realidad era diabólica habilidad. En efecto, a medida que los regueros de vino serpenteaban sobre su busto, la pequeña condesa, tosiendo y debatiéndose, se veía obligada a desabrocharse sus ropas, tanto para protegerlas del vino como para tratar de enjugar los regueros del frío líquido que se derramaban por su carne. Se ofrecieron a ayudarla diligentes manos. Cuando estuvo casi desnuda, se decidió y, chorreando vino como una imagen báquica, se quitó la ropa que todavía le quedaba.

—¿Tenéis sed, señora?

Con este grito, los hombres se precipitaban, provistos de botellas, jarros y ánforas, sobre sus vecinas, que temerosas de verse inundadas en vino, se desnudaban de grado o por fuerza. Hasta las más púdicas otorgaban más estima a un hermoso traje que corría el riesgo de mancharse, que a su pudor. Esta femenina inconsecuencia no dejaba de ser divertida.

Sólo se oían gritos, llamadas, susurros de seda, chapoteos de vino cuyo perfume se mezclaba con el de los pinos que bordeaban el claro y se abatía sobre nosotros a favor de un hálito nocturno, infinitamente leve.

Y en la confusión de sombras azules que el relumbrar de una joya o de un atavío de oro salpicaba de destellos, los cuerpos desnudos eran como una masa suave y pálida. Las holgadas mangas de los hombres rodeaban, apenas desnudas, las cinturas de las mujeres. Los desnudos muslos se debatían entre calzones dorados, blancos o plateados de los hombres. Para mí, que permanecía en mi rincón, en la actitud de un aficionado al arte, aquel tumulto ofrecía una abundancia, un hormigüear de carne que me recordaba la Resurrección de Signorelli. Sólo faltaba un oportuno esqueleto en un rincón.

Temí que se alzara un brusco acceso de vergüenza barriando el incendio como una ráfaga de lluvia, y para evitarlo me lancé en medio del tumulto. Llamé a los criados, que me trajeron cestos de peladillas. Las tiré a puñados sobre la hierba invitando a las mujeres a recogerlas para ofrecérselas a sus compañeros, como se hace en las fiestas pueblerinas.

Y este juego, que no tiene ninguna malicia generalmente, nos ofreció el más sofocante de los espectáculos cuando las mujeres, habiéndose quitado las vendas de los ojos y desnudas más de la mitad de ellas, se lanzaron a cuatro patas sobre

la hierba, arrodillándose, arrastrándose, levantándose.

Me daba una gran sensación de voluptuosidad actuar de animador, de dueño de aquella escena que hacía golpear la sangre en mis venas.

Ordené en voz baja a los criados que trajesen cada uno un par de candelabros encendidos.

Se alzó un grito unánime. Una luz implacable y movediza surgió de pronto y todas las mujeres, sin excepción, que se habían visto protegidas bien o mal por la oscuridad lo que les quedaba de pudor, hallaron la misma asustada postura para disimular sus atractivos con las manos.

—No temáis — anuncié —. Ahora, los hombres van a ponerse las vendas que os habéis quitado, señoras. Os las entenderéis con ciegos.

Di el ejemplo cogiendo una tira de seda con la que me envolví la frente, con la suficiente habilidad para no dejar de ver un poco.

Ante aquel cambio de situación, las damas se echaron sobre los hombres y les anudaron las vendas alrededor de los ojos. Reconocí la voz de Umberto di Mena que, para resarcirse de la réplica de Lucrecia, que le había dejado en mala situación, proponía a sus camaradas una especie de nuevo juego de la gallina ciega, que consistía en reconocer a las mujeres por sus formas.

—No, no — gritaron voces femeninas, exaltadas.

Las voces quedaron estranguladas en medio de la cacería que se organizó. Las jóvenes corrían, chocando con los tapices como mariposas. Las que eran alcanzadas, se debatían, llegando a gritar su nombre para detener las indagaciones, cosa que no les daba resultado, pues los muchachos les contestaban que eran personas demasiado serias para fiar en una confesión, tal vez engañosa, o en el fortuito parecido de una cadera.

Algunas parejas se dejaron caer sobre el césped. Hermosos cuerpos blancos a los que se aferraban racimos de muchachos sin aliento, palpitaban bajo el brillo de los candelabros. A veces pasaba un muchacho llevándose a su conquista, desnuda o medio desnuda, hacia un rincón menos iluminado. Yo contemplaba las piernas agitándose y desapareciendo en la penumbra o detrás de los tapices.

De todas partes llegaron muy pronto, jadeos y gemidos. Una voz, procedente de un extremo del campamento, quebrada de voluptuosidad, repetía interminablemente una melopea amorosa.

Entonces vi a Lucrecia. Su corpiño colgaba, arrancado. Sus hermosos senos apuntaban, sin agitarse siquiera por la carrera que había emprendido. Huía, perseguida a ciegas por dos jóvenes que, de vez en cuando, se levantaban la venda de los ojos para situar a su presa. Ella resbaló. Uno de ellos se le echó encima antes de que hubiera podido levantarse de nuevo y le besaba la boca y los senos. Ella resoplaba. El muchacho pasó sus labios por el pelo y debió adivinar de quién se trataba, pues profirió una exclamación de sorpresa. En aquel momento, su compañero se echó sobre ellos. Tocó el pie de Lucrecia. Sus manos subieron

remangando el blanco vestido y la ropa transparente de debajo. Por encima de las medias apareció la piel lechosa de Lucrecia y el muchacho aplastó sus labios sobre ella.

Yo era el único que permanecía de pie contemplando los cuerpos entrelazados que rodaban por la hierba, las parejas petrificadas en ciertos momentos y en otros elevándose como una ola. Tenía la impresión de contemplar montones de heridos en un campo de batalla.

Me acerqué lentamente a Lucrecia y me quité la venda. A pocos pasos de ella recogí una peladilla y me puse a romperla con los dientes.

Luego me incliné sobre ella.

Hasta entonces no me reconoció. Uno de los muchachos se aferraba a sus muslos y el rostro del otro se ahincaba en su busto. Al ver que mis labios se acercaban a los suyos, profirió muy bajo:

—¡No...! ¡Tú, no...!

Su grito me despertó. Quise levantarme, pero para proteger su boca de la mía, Lucrecia había cogido a uno de los muchachos por los cabellos y atraído sus labios a su boca.

Fui el primero en oír el ruido de armas. Volví la cabeza.

En la perspectiva de los tapices iluminados, sobre el verde oscuro del claro pisoteado, sembrado de parejas, llegaban los cazadores con Cervillón y Tomaso Albanese al frente.

Inmediatamente detrás de ellos, reconocí a Alfonso de Aragón, que se acercaba corriendo. Creo que con la misma ojeada había visto a Lucrecia con el busto desnudo entre su ropa rasgada, derribada bajo los besos del hombre que le había servido de defensa contra mí y a mí, inclinado sobre ellos como un animador de marionetas.

No se engañó. Asió al jovenzuelo por las espaldas y lo arrojó rodando sobre la hierba, sin preocuparse de él. El otro había huido ya. Quedamos solos frente a frente Alfonso y yo. Lucrecia estaba a nuestros pies, ocultándose los senos con sus holgadas mangas flotantes. El pelo envolvía también su busto. Yo me sentí satisfecho de mi sangre fría, que me permitió pensar que aquella escena recordaba el Nacimiento de Venus, de Botticelli.

—Ya lo estáis viendo —dije tranquilamente a Alfonso—. Unos se dedican a cazar conejos que ningún daño les han hecho y otros, más pacíficos, juegan a la gallina ciega.

El rostro de mi cuñado estaba convulsionado por el odio. Sus dientes relumbraron al contener sus labios como un gato encolerizado. Yo me puse alerta, vigilando el puñal en su cinto.

—Por fin has llegado, querido — dijo Lucrecia con una calma incomprensible.

Lo que me molestó fue el fracaso de mi broma. Aquel hombre, que sorprendía

a su mujer en brazos de otro hombre, que digo, de otros dos hombres, en medio de una orgía, no dudaba de ella un solo instante. Cualquiera otra mujer hubiera tratado de justificarse, de defenderse, aunque hubiera sido tan inocente como Lucrecia, de cualquier intención culpable. Sin pedirse ni darse explicaciones, cambiaron una mirada. Nada podía hacer mella en su amor. Estuve a punto de decirles que los admiraba, pero ya Alfonso venía a mi encuentro.

—Habéis sido vos, ¿no es cierto?

Le indiqué con la mano las parejas desparramadas alrededor de nosotros, cuyos arranques había cortado la irrupción de los cazadores. Las mujeres buscaban sus ropas. Los hombres contemplaban la escena silenciosos.

—Éramos muchos — dije.

¿Quiso Lucrecia evitar un drama entre su marido y yo? ¿O no se había dado cuenta de que había sido yo el instigador de aquella bacanal? Sea como fuere, a pesar de que no pudo haberse engañado sobre mis intenciones cuando me incliné sobre ella, dijo levantándose:

—No, no ha sido él en mayor medida que los demás.

Su marido le había tendido maquinalmente la mano para ayudarla y su gesto había tenido la virtud de romper el invisible abrazo que, durante unos instantes, nos había envuelto y acostumbraba a desatarse, en general, con un puñal en la mano.

—Ni siquiera sé cómo ha ocurrido — dije —. Creo que Sancha había bebido un poco y nos ha contagiado su fiebre.

La vil denuncia tenía la virtud de arrojar la responsabilidad de lo ocurrido sobre la hermana de Alfonso. Proseguí:

—Tenéis razón. Debí haber intervenido antes... Me disponía a hacerlo cuando habéis llegado, como habéis podido ver.

Ahora bien, yo no temía al príncipe. Y si como parece creer Maquiavelo, siempre deseé perderle, me hubiera sido fácil, contestar a su odio con una insolencia en lugar de dar prueba de tanta moderación. A mi insolencia hubiera contestado con el puñal, y el mío, que pasa por más experto que el suyo, hubiera fácilmente acabado con su vida. No se me hubiera podido acusar de asesinato. La lucha habría sido leal. Mejor aún, habría sido yo, quien, atacado, me hubiera visto obligado a defenderme matando desgraciadamente a mi cuñado.

Hasta donde un hombre pueda juzgarse a si mismo creo que aquella noche me propuse solamente quebrantar la inmensa confianza de Alfonso en Lucrecia, pero aunque no lo logré ni por asomo, ni siquiera de lejos se me ocurrió la idea de terminar en sangre lo que en mi ánimo sólo había concebido como una prueba regocijante...

# CAPÍTULO XVIII

## EL RAPO DE CÉSAR

quella velada debía acabar en lluvia. No me enteré de las consecuencias de la querrela de mi cuñado con los dos muchachos que habían perseguido a su mujer con demasiado ahínco. Sólo vi que tenían miedo. Para éste era halagador y hasta me alegró por él.

Pero Micheletto estaba junto a mí, con el rostro cansado del hombre a quien acaban de despertar. Mi presencia era necesaria en el ejército. Nos disponíamos a asaltar Imola.

A la una de la tarde me hallaba en Roma y Su Santidad se dignó recibirme.

A las dos estaba en el camino de Florencia. A las tres por poco si nos ahogamos, mi escolta y yo, bajo una de esas lluvias torrenciales que suelen descargar en esta estación.

Con los despachos secretos en el bolsillo, el ruido de mis armas y la respiración entrecortada por el viento y el agua, me consideraba muy dichoso. No me disgustaba haber aprovechado las pocas horas pasadas en Roma, sacudiendo la sosegada dicha con el soplo de la tempestad que siempre acompañaba mis pasos.

Durante algunos meses las tormentas fueron victoriosas. Hubiera acabado por conquistar Italia entera si, después de tres afortunados asedios, los franceses no me hubieran retirado las tropas que me habían prestado. Debían atender a sus propias dificultades en el Milanésado apenas conquistado, pues corrían el riesgo de perderlo otra vez.

Me desazonaba un poco separarme de las tropas con las que tanto había ensanchado los Estados del Papa. Nos entendíamos mejor que al principio. En contacto con ellos, había aprendido el arte militar. Y mi valor, en vez de presentarse como antes, por estados alternativos de fulgor y depresión, había adquirido el jaez parejo que caracteriza al ejército francés.

Me había acostumbrado al orgullo pendenciero de los gascones, al bárbaro apetito de los suizos, a las befas de los parisienses y, despechado, contemplaba como se alejaban con sus cañones demasiado pesados y sus armaduras de hierro.

Mis reducidas tropas se dispersaron al mismo tiempo, pues estaban formadas por mercenarios de todas las razas: bandidos españoles, campesinos dálmatas expulsados de su tierra por los turcos, rufianes incorporados en los puertos,



galeotes escapados de oscuros naufragios... Con ellos se dispersaban también el rebaño de mujeres, prostitutas unas, raptadas otras al final de un asedio, que nos seguía, aumentando cada vez más, y hasta monjes, poetas, músicos, cambistas y esa variedad de mercachifles que se encuentran en los campamentos.

Dirigí hacia Roma los pocos regimientos que podíamos mantener a sueldo y me puse a mi vez en marcha.

A despecho de mi pesar, estaba contento de mí. Había ganado una guerra limitada y la situación política se presentaba buena. De dondequiera que soplaste el viento, sólo podía henchir mis velas. Ninguna novedad podía inquietarme seriamente. Yo tenía la ventaja de ser la única persona que podía prever las cosas con justeza en medio de gentes que se hacían la guerra. Esto en mis manos constituía un valioso triunfo, lo mismo si los franceses ganaban la partida en el Milanesado como si la perdían, si los españoles intervenían en Nápoles o se quedaban quietos, si Venecia se movía o se callaba.

Me apresuré a llegar a Roma. Hacía frío todavía. Yo cabalgaba en la bruma con los restos de mis tropas, aumentados con algunos suizos y gascones, y esperaba encontrarme con el cardenal Juan Borgia.

En lugar de ello, una mañana me enteré que había muerto de fiebres al salir a recibirme. Inmediatamente corrió el rumor de que yo le había hecho envenenar. No protesté. Bueno era que en Roma, donde me disponía a entrar con el prestigio del vencedor, inspirase yo un poco de miedo. El pretendido envenenamiento aconsejaría calma a aquellos de mis adversarios que durante mi ausencia habían levantado cabeza.

Poco antes les había ofrecido materia de meditación con la rápida muerte de Juan Cervillón.

Es verdad que aquel hombre no me gustaba, pero aun en el supuesto que le hubiese tenido afecto no hubiera podido salvarle. Lo pensé en vano, sabiendo que su ejecución me indispondría aún más con Alfonso, que no dejaría de convencer a Lucrecia de mis malas intenciones con respecto a él.

Pero Cervillón había cometido dos crímenes: había tratado de convencer a Alfonso de Aragón de que abandonara Roma para reunirse en Nápoles con su familia amenazada, lo que hubiera dado a los franceses la impresión de que una fracción de los Borgia se declaraba contra ellos y mantenía con Nápoles una correspondencia regular por medio de la cual, obrando gustosamente como un espía, informaba a Federico de Aragón sobre el número exacto de nuestras tropas, de las de los franceses, de las posiciones ocupadas y de las intenciones que revelaban sus movimientos. A ello añadió dos faltas: se jactó de haber intentado convencer a Alfonso y tuvo tan poco cuidado con su correspondencia, que no sólo yo, sino hasta los franceses se enteraron de ella, y los consejeros de Luis XII Louis de Villeneuve e Yves d'Allégre me amonestaron vivamente por ello. Es cierto que debí haberle mandado detener por el prefecto de Roma. Sin embargo, un proceso público me hubiera causado un sinfín de contratiempos, obligando, entre otras cosas, al Vaticano a declarar oficialmente su hostilidad contra Nápoles,

lo que hubiera sido una imprudencia o, por lo menos, una actitud prematura.

Así las cosas, mandé a Micheletto a Roma con un veneno eficaz. Para mayor seguridad, le había recomendado que machacara un diamante y arrojara el polvo en el veneno. Este procedimiento si resulta caro de por sí, es eficaz en general y no deja el rastro que, por más que se diga, dejan todos los venenos.

¿Desconfió Cervillón de lo que se le proporcionaba? ¿Era experto en venenos y se había prevenido contra sus efectos con ayuda de boticarios? Lo cierto es que como no acababa de morir, Micheletto, nervioso, lo mató a estocadas, con ayuda de algunos mercenarios, en una calle muy oscura, en el momento en que Cervillón salía de casa de su sobrino Pignatelli. La víspera, Micheletto había sido visto en Roma y el crimen me fue imputado al momento.

¿Y qué querían que hiciese? ¿Felicitarse a un hombre que, con sus extravagancias comprometía toda mi política? Hasta entonces, Cervillón había sido hábil manteniendo equilibrada la balanza entre Nápoles y Roma y sacando provecho de este compromiso permanente. La balanza se había inclinado. A fe mía que no iba a entristecerme por un asesinato, en los días en que veía caer a mi alrededor a los soldados. Pero, en la calma de Roma, era un acontecimiento.

Creo que al matar a Cervillón evité tal vez una grave crisis y salvé la vida a muchos hombres, pero esto no me será jamás reconocido. La gente es así. Felicitan a un general cubierto con la sangre de sus soldados y se estremecen a la vista de un político que se permite apartar un obstáculo por necesidad.

A medida que me acercaba a Roma, me irritaba la reputación atroz que tenía entre el público, tras haberme divertido en ello. Gracias a mis esfuerzos, había crecido Roma, la misma Roma que me maldecía.

Decidí no decepcionar al público y ofrecerle un personaje a la altura de la leyenda. Dominaba a las tropas y tenía en mi poder los restos del pobre cardenal Juan. Decidí que su entierro fuese uno de los más suntuosos que se hubieran visto. Puesto que la muchedumbre no se prestaba a rendirme los honores del triunfador a que tenía derecho, al hacerles inclinar la cabeza ante el cadáver les obligaría al mismo tiempo a inclinarla ante mí.

Aquella noche yo hubiera querido ser espectador para verme pasar. En Roma anocheaba. Las calles eran azules. Un Tíber glauco se desperezaba lentamente bajo los puentes llenos de una muchedumbre silenciosa.

En la puerta del Pueblo me esperaban los prelados y los altos funcionarios. Quisieron rodearme y yo les obligué a mantener las distancias. Me proponía marchar solo. En medio de aquella abigarrada multitud de los prelados de rojo, a unos pasos de mi hermano Joffre, con un aspecto de paje como nunca lo tuviera, y de Alfonso de Aragón, demasiado bello, avanzaba yo lentamente midiendo los pasos de mi montura, vestido sencillamente con un traje de terciopelo negro, en el que sólo relucía un collar de oro.

Delante de mí rodaban cien carros fúnebres. Había dispuesto a mis lanceros pontificios en filas de cinco, con los suizos y los gascones y ciento cincuenta

escuderos vestidos a costa mía de terciopelo oscuro, tocados con unas plumas más negras que las tinieblas en sus gorros y en sus cascos. Nada de tambores ni pífanos, nada de trompetas. Sólo el silencio. Me precedía el féretro. La muchedumbre no estaba muda, estaba aterrada.

En el momento en que yo entraba en el Vaticano, estallaron irnos fuegos artificiales. Nada de colores; sólo llamaradas de oro y plata. Bajo la luz un haz de fuego, reconocí a Lucrecia en una ventana. Nos miramos. La noche volvió a caer entre ella y yo.

Sólo el día siguiente oí hablar de ella a mis informadores. Era con respecto a su marido. Me dijeron que estaba muy afectado por la muerte de Cervillón. Pocos días antes se había atrevido a preguntar al Padre Santo si podría ir de caza. Como el Papa se mostrase sorprendido de que él se creyera en el caso de pedirle permiso, Alfonso repuso insolentemente: «Perdón. Creía que era un rehén.» Se sabía que mandaba, por medio de sus propios guardias, los informes a Nápoles que faltaban desde la muerte de Cervillón.

Lucrecia, que sólo veía por sus ojos, no perdía ocasión de excitar a los cardenales contra mi diplomacia. Hablaba al Papa. Éste, que ya titubeaba, la escuchaba alarmado. En el momento en que toda nuestra fuerza consistía en que los franceses creyeran que los ayudaríamos contra Nápoles y en que los españoles creyeran que les echaríamos una mano para conquistarla por su lado, no podíamos mantener relaciones amistosas con la familia reinante en Nápoles, que, de todos modos, estaba condenada. Esto fue lo que le dije claramente al Papa.

—Los Aragón son un buque que hace aguas. No tenemos por qué jugar a favor ni en contra de ellos. Lo que hemos de hacer es ignorarlos.

La discusión duró una noche entera y por fin lo convencí. El día siguiente me presenté en casa de Lucrecia.

—No quiero ver a tu marido — le dije —, porque es un joven furioso, no un político. Sus actos obedecen a un sentimiento familiar que lo excusa y al odio que siente contra mí y que yo le perdono. Pero es necesario que esté quieto. Puesto que estáis los dos persuadidos de ser la pareja más feliz del mundo, no os metáis en mis asuntos. Las personas felices no se entretienen en prender fuego a un polvorín. No me interrumpas. No he venido a discutir contigo sobre el porvenir de Italia. He venido a advertirte. Cuento contigo para convencer a Alfonso, pues de lo contrario puede ocurrirle una desgracia. Y yo te prevengo para que procures evitarla.

Lo que le decía era justo. Por toda respuesta, Lucrecia, con las mandíbulas apretadas, me preguntó:

—Bueno, ¿qué te he hecho yo?

Tanta ceguera me sacó de mis casillas. Estaba perdonando a su marido y ella me miraba con los ojos fuera de las órbitas, horrorizada.

—¡Cuidado! —le dije—. La estupidez se paga con la vida.

Me dediqué a explicarle mi idea y traté de hacerla entrar en razón diciéndole que la política era un juego apretado y peligroso en el que se jugaba la suerte de millares de vidas humanas y, lo que era más grave, de la civilización. Le demostré que no podía tolerar que su marido comprometiese el éxito de la diplomacia romana, ya de por sí muy complicada sin que los aficionados impetuosos se mezclasen en ella.

—Entonces ¿por qué quisiste mi alianza con los Aragón? — me preguntó.

—Los tiempos eran otros — repliqué pacientemente —. En política ocurre como en los trajes. Si está nevando no vas a vestirte como si, en pleno agosto, te dispusieras a ir a comer a la orilla del mar. Hubo un momento en que Alfonso de Aragón representaba una alianza feliz. Ahora estorba. Y con todo, ya ves que ni siquiera intento romper vuestro matrimonio. Solamente te pido que trates de persuadir a tu marido de que haga lo posible para pasar inadvertido, en vez de llamar la atención por sus intrigas y sus palabras.

—¡Claro...! Todo lo que tú haces es política y lo que hacen los demás es intrigar.

Aquel día me armé de paciencia de veras. Creo que ella sabía que yo tenía razón, pero no quería escucharme.

—¿Y Sforza? —me echó en cara—. Fuiste tú quien me casó con él. Después fuiste tú quién decidió que había que asesinarle.

—No lo decidí yo. Fueron los acontecimientos, unos acontecimientos más potentes que yo. Tú gozas de todas las ventajas de una princesa, pero olvidas que la grandeza es un oficio. Impone obligaciones y no siempre se puede obrar de acuerdo con el corazón.

Me interrumpió:

—¿Y Pedro Caldés?

—Al verte al lado de Alfonso, no se tiene la impresión de que lamentes la medida, algo extrema, que me obligó a tomar por sus imprudencias...

Sonreí.

—... por el momento que eligió —proseguí—. Si ahora tuvieras un amante, no me estorbaría. Claro que supongo que no lo vas a tener...

Como si no hubiese oído mi interrupción, prosiguió:

—Tú no asesinaste a Pedro por razones políticas, sino porque creías que lo quería.

—Lo asesiné, como tú dices, porque necesitaba salvar tu reputación, en vísperas de tu boda con Alfonso de Aragón, que a la sazón me era necesaria.

—Lo mataste porque creías que me quería. Y a Sforza no lo mataste por lo ocurrido en la posada. Renunciaste a matarlo al saber que entre él y yo no había ocurrido nada.

—Renuncié a matarlo — dije sosegadamente — porque al enterarme de que

eras virgen, el divorcio era posible. Era una solución más económica y más elegante. Pedro cometió la equivocación de estropear precisamente esa virginidad. Si se hubiera sabido antes su existencia, el divorcio resultaba imposible.

Me esforzaba en dominarme para resistir a la exasperación que se iba apoderando de mí. No ignorando que la lógica no siempre basta tratándose de mujeres, me enternecí y quise cogerle la mano. La retiró con verdadero horror. Se levantó, apartó su sillón con la rodilla y empezó a retroceder sin apartar sus ojos de mí, como el hombre desarmado que trata de batirse lentamente en retirada ante un lobo.

Lo que yo no quería comprender, resultaba entonces claro. Lucrecia hacía suyas las acusaciones del pueblo. Insinuaba que solamente los celos me habían empujado a descargar mis golpes sobre los hombres que la rodeaban. Me entraron deseos de zurrarla. Y ya me anticipaba el gusto de los puñetazos con los que impondría silencio a su hermosa boca, pero había que evitar el escándalo. Me encogí de hombros, saludé a mi hermana y desde la puerta, sin volverme, le aconsejé que meditase sobre mis advertencias.

Entonces la oí murmurar:

—Ahora estoy segura. Tú mataste a Gandia.

Yo estaba ahí, en el marco de la puerta. La fuerza de mi respiración me asombró a mí mismo. Mis escuderos me contemplaron desde la antecámara. Cerré la puerta tras de mí.

El exceso de rabia me trajo una calma súbita.

«¿Quién soy? —me pregunté—. ¿Cómo es una persona? ¿Cómo la ven los demás o cómo se ve a sí misma? ¿Son los actos o las intenciones lo que cuenta?»

El mes siguiente fue apasionante y movido. Me olvidé de Lucrecia y de su marido, demasiado ocupado en persuadir a los cardenales de que votaran un nuevo impuesto que me permitiese mantener unas tropas algo sólidas. Todos los días me veía obligado a escribir a Venecia, Milán, París y Madrid. Cada semana recibía embajadores extranjeros y daba fiestas en su honor. Yo bajaba al ruedo a luchar contra los toros. El pueblo de Roma recordará el toro al que, de un solo tajo, le cercené la cabeza. Yo tenía lágrimas en los ojos. Si había asestado un golpe tan diestro era porque la fiera acababa de traspasar a mi perro *Pompeyo* de parte a parte.

Fui a enterrarlo por mis propias manos a una legua de Roma. Había llegado el calor. Recuerdo el regreso a la ciudad por la cual cabalgaba solo por una vez, pues no quise hacerme acompañar para una ceremonia que hubiera parecido risible a mis guardias.

Al pie del castillo de Sant Angelo vi a mis tropas haciendo maniobras. Por las calles discurría una muchedumbre de peregrinos. Habían venido para el Jubileo por decenas de millares, procedentes unos hasta de Escandinavia y otros de Asia. Hablaban en todas las lenguas y en las encrucijadas se saludaban en latín. Las

prostitutas que, al parecer, intentaban atraerlos por la noche, les exhortaban en latín. Habían aprendido lo suficiente para aquella circunstancia.

Yo me alegraba de ver a toda aquella gente. Cada uno aportaba su óbolo y el tesoro del Vaticano crecía. Podría emplearlo en la fundación del ejército de mis sueños. Y pensaba que con ello no se le desviaba de su fin. La defensa del palacio de San Pedro, era al mismo tiempo la de las artes y la civilización. Mi corazón se alegraba.

De regreso al Vaticano anduve vagando a lo largo de una galería. Contemplaba las nubes rodar por el cielo y en ellas busqué mi perfil. Eran de un hermoso azul tenebroso, con crestas azufradas y largos surcos lívidos, como las sabe pintar Giorgione.

Las nubes resonaron. Eran tan pesadas que el estrépito casi ininterrumpido de su trueno parecía ser el ruido de su rodar y los relámpagos que salían de sus entrañas, esas chispas que surgen bajo los cascos de los caballos demasiado cargados o demasiado presurosos. Siempre me han gustado las tormentas. Abría los ojos, feliz de dejarme deslumbrar. Respiraba el olor de pradera infernal que precede a la tormenta tras un tiempo seco durante muchas semanas. Y me incliné sobre la balaustrada para sentir las gruesas gotas golpearme el rostro.

Entonces, por un instante, vi una Roma encarnada en toda su extensión, de un rojo sulfuroso. Tuve que cerrar los ojos. Y Roma tembló. Nunca he oído grito semejante al que proferí. El retumbar del trueno me ensordeció. Y el mugir tonante no cesaba. Yo había quedado petrificado como si el aire me hubiera tomado bajo su brazo y me impidiese avanzar. Luego el abrazo se aflojó. Ya no era el ruido del rayo: era un horrible derrumbamiento de piedras que resonaba.

Las losas temblaron dos veces de nuevo bajo mis pies. La gente corría por los pasadizos. Se oían esos gritos de mujer que no me impresionan porque los he oído hasta la saciedad, provocados por tonterías, porque las violan o porque les da miedo un ratón. Pero los alaridos de los hombres me dieron miedo. Creí encontrarme en el campo de batalla.

Atravesé la sala de guardia que estaba desierta y encontré a mis escuderos al pie de la escalera.

—¡El palacio se viene abajo! — exclamaban.

A todo evento, les traté de imbéciles, pero unos guardias cubiertos de polvo con los que me crucé en medio de la escalera me dijeron que un rayo había caído en nuestros aposentos y que tres plantas se habían hundido.

Mi primer pensamiento fue para mí. Afortunadamente no había ido a mi cuarto y, en espera de la audiencia que me había concedido Su Santidad con motivo de la festividad de San Pedro, había matado el tiempo paseando a lo largo de la galería.

El segundo pensamiento fue por el Papa. Jamás volveré a subir una escalera tan deprisa como aquel día. Al llegar, vi columnas de polvo henchidas por un aire violento que penetraba por las ventanas y por la porción de techo que se había

hundido. Solamente se veían montones de cascotes y un erizamiento de vigas. Tapices colgados mostraban sus jirones bajo un cielo negro, azotado por la lluvia, que el rayo seguía iluminando.

—Me he librado de milagro — tartajeaba el cardenal de Capua, cuyo suntuoso vestido escarlata estaba roto y manchado—. El Padre Santo me recibía. Una ráfaga de aire más fuerte abrió la ventana. Yo me dispuse a cerrarla. Y lo que me protegió fue el alféizar. Al volverme, el techo se había venido abajo.

—Pero, ¿dónde está? — vociferé.

—Allí — me dijo simplemente mostrándome una pirámide de cascote.

Me lancé hacia las primeras piedras para intentar despejar el trono en el que el Papa debía estar aplastado. Siguiendo mi ejemplo y a los gritos de furor que lancé, todos se pusieron a la tarea, hasta las camareras. Cogí por los hombros al cardenal de Capua para obligarle a trabajar.

Después llegaron guardias y obreros. No recuerdo cuánto tiempo duró el horrible trabajo. Lucrecia se había reunido conmigo. Joffre que, como todos, debía ser recibido aquella noche por el Padre Santo, se incorporó a la partida y en mi estado medio demencial, sonreí al pensar que era la primera vez que servía para algo.

De pronto apareció el Papa a nuestros ojos. Su cabeza estaba inclinada. Su torso estaba todavía oprimido entre dos piedras. Todos gritaron:

—Ha muerto.

¿Es porque, después de todo, soy su hijo, que supe que vivía aún?

Me lancé hacia él como un águila. Percibí su aliento. Y me dijo con imperceptible voz:

—Era la festividad de San Pedro. ¿Tú crees en los signos, César?

Fue al gritar. «¡Vive!», cuando Lucrecia me besó.

Apenas trasladado al lecho, la fiebre se apoderó de él, con su cortejo de delirios. Los médicos no respondían de su vida, a pesar de que sus heridas eran leves. Al ir a acostarme vi en mi pañuelo huellas de su sangre.

Yo ocupaba la cámara verde en los aposentos reservados a los embajadores. Por la noche me despertaron. Algunos clérigos supersticiosos habían hecho cundir la alarma por los arrabales de Roma. Los peregrinos rezagados oraban en las encrucijadas sobre las losas todavía húmedas por la tormenta. El pueblo bajo se había encerrado en las casas con los postigos cerrados. Se decía que Dios había elegido la festividad de su primer vicario para descargar un golpe sobre el que lo traicionaba.

Tuve que repartir dinero y amenazas. Provistos de ello, mis hombres se adentraron por las oscuras calles de la ciudad para dar la vuelta a la opinión alabando el milagro. Decidí que se trataba de un milagro, puesto que en un lugar en donde se había precipitado el rayo, derrumbando los muros, el vicario de Dios

no había sido alcanzado.

Me informaron también de que Lucrecia y Alfonso no abandonaban la cabecera del Papa, «con el pretexto de cuidarle».

Reflexioné. Yo sabía que no era un pretexto, que Lucrecia le quería y, que como hija afectuosa que era, estaba contenta de poder ser útil. Sin embargo, sospeché que lo aprovecharía para influir sobre el debilitado ánimo de un anciano enfermo que la quería mucho.

Llamé a Micheletto y le ordené que movilizara mis guardias. En lo sucesivo, un número mayor de ellos debería seguir mis pasos. Le di órdenes para transmitir las a los jefes de mis reducidas tropas en la ciudad. Después, de pie, delante de la ventana, frente a un cielo que había recobrado su pureza y brillaba cuajado de estrellas, me puse a soñar, sin intentar disipar mi angustia. Cada hora recibía noticias de Su Santidad, que no eran demasiado buenas. Por todos lados me asaltaban motivos de alarma.

Poco antes del amanecer, cinco cardenales se habían reunido para tratar de la elección de nuevo Papa. Durante la noche, Burkhart había discutido públicamente con sus ayudantes sobre el protocolo que debía adaptarse para el entierro del Papa. No creían en el milagro, pues había circulado el rumor de que el Papa había muerto y yo lo ocultaba en interés mío.

Sobre la ciudad se elevaba una aurora roja y gloriosa. Yo pensé: «En este momento basta un hombre ambicioso que me odie, bien considerado por las gentes principales de Roma y de las cortes extranjeras para que, si además es simpático y de gustos violentos, pueda ponerse al frente de la multitud fanática y obligarme a defenderme desde la ventana de mi aposento con un arcabuz en la mano.»

Entró Micheletto y le dije:

—¿Cuál es mi precio?

—Monseñor...

—Deja tranquilo a «monseñor». Quiero saber exactamente lo que valgo en tu consideración. ¿Qué suma te bastaría para traicionarme? Judas pidió treinta dineros, pero creo que tú serías más exigente. Si me traicionaras por menos de cincuenta mil ducados me sentiría vejado.

Me di cuenta de que obraba como un bobo al descorazonar a mis servidores dejándoles ver que me consideraba en mala situación y que ello les daba ocasión de ganar dinero y honores volviéndose contra mí. Traté de reírme y lo maltraté. Micheletto permaneció impávido. Al cabo de un momento me dijo:

—Por más deseo que tuviera de traicionaros, no podría. Mi nombre se ha visto demasiado mezclado al vuestro cada vez que en Roma ha ocurrido algún suceso criminal. Es demasiado tarde para apartarme de vos. En cuanto a saber si lo deseo, es otro cantar. Los deseos irrealizables, no tienen ninguna importancia. Y puesto que navegamos en el mismo barco, permitidme que os dé un consejo. En



primer lugar, os ruego que tengáis la misma calma que yo.

—Tengo calma.

—No. Después haced algo. Las gentes creen que el Papa ha muerto. Nuestro espía Beppo acaba de traerme el borrador de una carta que el embajador de Venecia remite a sus amos. Afirma que Su Santidad ha fallecido y ha llegado el momento de que Venecia intervenga en Roma. Siguiendo su ejemplo, los demás embajadores se van a mover. De modo que, si no somos barridos por unos disturbios populares, dentro de poco tendremos que entendérnoslas con dos o tres ejércitos que acudirán a darse la batalla en Roma con el pretexto de asegurar el orden y la legalidad durante la elección del nuevo Papa. No soy hombre de Estado, pero esta situación me parece mala.

De pronto palideció y me lanzó:

—Enseñadles el Papa o estamos perdidos.

—Su Santidad se encuentra demasiado mal como para...

El día naciente iluminó el rostro de Micheletto. Con sus mejillas, en las que destacaban los costurones de las cicatrices y la fatiga que deslucía sus ojos me dio miedo por un instante, como debía darlo a los demás.

—Os creíais fuerte, monseñor — dijo al fin —. Pues bien, no lo erais. No sé quien dice que la luna refleja los rayos del sol. Así, toda vuestra fuerza procedía del Papa. Muerto él, no somos más que un soberbio buque sin quilla. No os habéis preparado como era debido para semejante golpe. Es una lección. Puesto que no ha muerto, os lo repito, señor, enseñadlo.

Era un buen consejo. Una hora más tarde envié recado a Paolo Capello, el embajador de Venecia. En la escalinata le dije con mucha naturalidad que mi padre estaba disgustado por no haber podido recibirlo la víspera, como estaba previsto y que estaba apenado por el pequeño hundimiento producido por un rayo y había tenido que acostarse.

Persuadido de que el Papa había muerto, el embajador me contemplaba con curiosidad. Se preguntaba por medio de qué truco de los míos podría salirme del apuro. Le hice sentar y me fui corriendo al aposento del Papa. Lucrecia,

Sancha y algunas otras mujeres se ajetreaban alrededor de unas pócimas. Yo me fui derecho a la cama.

—Santidad —le dije en voz baja—, es necesario que recibáis al embajador de Venecia. Se dice que ayer quedasteis aplastado. Ese hombre desmentirá los rumores difundidos para hacer dudar de nuestro poder en Roma y del futuro de la Iglesia.

Después, de un salto, me fui, regresé con el embajador y disfruté de su asombro.

Me quedé asombrado de la presencia de ánimo del Papa. El hombre que yo acababa de ver, deshecho, buscando el aire para respirar con la boca entreabierta, con su moreno rostro chupado y macilento hasta el punto de haberme recordado

uno de los terribles retratos de astrólogos de Durero, sonreía ahora sin esfuerzo y se chanceaba en latín y en francés y hasta en un dialecto veneciano que yo ignoraba.

El embajador, convencido, lo felicitó por haber escapado a la muerte, admitió él mismo la tesis del milagro y se limitó a deplorar que los efectos de la divina Providencia no se hubieran extendido a los tapices y cuadros cuya destrucción era de lamentar. Congratulaciones, buenos deseos, agradecimientos, Venecia por aquí, Roma por allá, y henos de nuevo en los corredores.

Lo cogí del brazo con familiaridad. Simulaba tener el mejor humor y le hablaba, en tono frívolo, de ciertas inversiones que contaba hacer en Venecia. Me dio las gracias por la confianza que yo demostraba tener en su república y, luego, dejando aparte el tono protocolario que había mantenido hasta entonces, acercó su rostro al mío y, como quien constata un hecho, murmuró:

—Habéis tenido suerte.

Desconcertado, creí o fingí creer que me felicitaba por no haberme encontrado en mis aposentos en el momento de ser alcanzados por el rayo. Me dejó creer que caía en el lazo y luego repuso:

—Habéis tenido suerte de que las paredes hayan respetado la vida de Su Santidad. Muerto el Papa, no duraríais ni cuatro días, mi querido amigo.

—¿Cuatro días?

—Cuatro días de sangre y sudor. Lo raro es que ni en Roma ni en otras partes, nadie haya medido vuestra flaqueza. Además, anoche, en las embajadas lo mismo que en las zapaterías, lo primero que se les ocurrió pensar a todos, al correr el falso rumor de la muerte de vuestro padre fue: «Entonces, se acabó César...»

—Pero...

—Y todo el mundo se daba cuenta, asombrado, de que no contáis con nada para defenderos. Hasta los propios soldados franceses que están en Roma habrían contemplado impasibles como os degollaban, porque habéis acabado por inquietar hasta a su rey y, después de todo, no le hubiera causado ningún enojo desembarazarse de vos. Para nosotros, los venecianos, se presentaba una bonita ocasión de volver a restablecer un poco de orden en vuestras últimas conquistas romañolas y asegurarnos contra las nuevas usurpaciones que, según se dice, proyectáis. De modo que no nos oponemos al proyecto...

—¿Un proyecto?

—Ciertas cabezas bien asentadas sobre los hombros han concebido un proyecto. Me decepciona vuestra ignorancia. ¿Lo ignoráis de veras?

Mi confusión pareció divertirle. Después dijo:

—Se trataba simplemente, con objeto de permitir al Sacro Colegio reunirse y elegir sin coacción al nuevo Papa, un nuevo Papa que no fuese amigo vuestro, de confiar los poderes que ejercéis actualmente a alguien más bien visto que vos. Se había llegado al acuerdo, pues, de nombrar capitán de la Iglesia a un joven

príncipe que ofreciese la ventaja de agradar a todo el mundo, perteneciente a vuestra familia, lo que salvaba las apariencias, que os detestase lo bastante para ser una garantía, y que descendiera de un linaje verdaderamente real, para poner a Roma a cubierto de las ambiciones de un aventurero.

Acabábamos de llegar al patio. Llamé a un jardinero y le reproché seriamente no haber tomado las disposiciones necesarias para cuidar los naranjos de mi padre, perjudicados por el granizo de la víspera. Y después dije:

—Perdonad, pero mi padre está enamorado de su jardín. ¿De qué estábamos hablando?

Me había permitido el lujo de dejar a un embajador lo bastante desorientado por mi indiferencia, pero en realidad acababa de obtener una victoria sobre mí mismo. Ahora bien, se trataba menos de dominarse uno mismo que a los demás. Y eran los demás, precisamente, los que se me escabullían.

No ignoraba los motivos que tenía aquel hombre para informarme. Como buen veneciano, no se preocupaba más por mí que por mis enemigos y sólo buscaba que en Roma hubiese disturbios. Esperaba que perdería mi sangre fría. Conozco a los venecianos y sé que les gusta el río revuelto. Sin duda las calles de su ciudad les inclinan a este gusto. Debía, pues, hacer buen uso de su advertencia, pero pensándolo dos veces.

Lo más urgente era lanzar a Micheletto en pos de noticias. Lo primero que yo quería era que me confirmasen que el embajador había aludido exactamente al pequeño Alfonso de Aragón. En Roma no veía yo a ningún otro príncipe que respondiese a las precisiones dadas.

Pasé una tarde nervioso. Por el lado del público, la alarma parecía haber pasado. Con su acostumbrada versatilidad, el pueblo alababa a Dios por haberle conservado su Papa y los comprometidos en el complot remitían su proyecto para más adelante.

Pero yo no quería que hubiera un más adelante. Paseando de un lado a otro de mis aposentos, me repetía que mis esfuerzos sólo debían apuntar a un fin: impedir que volviesen horas como las que acababa de vivir. Tenía que ser lo bastante fuerte, a corto plazo, para sobrevivir a la muerte de mi padre.

Por la noche apareció Micheletto. Su informe fue breve. Confirmaba el de Paolo Capello. Por primera vez un veneciano había dicho la verdad. Se trataba, en efecto, de Alfonso de Aragón.

—¡De buena nos hemos librado! — dijo Micheletto.

Me dio algunos informes complementarios. De todo ello se deducía que Alfonso no había intrigado en modo alguno para hacerse con el puesto que «las cabezas sensatas» le habían destinado. Incluso lo había rechazado. Sin embargo, me detestaba y, al ofrecérsele una ocasión de vengar a Cervillón y servir a su familia napolitana haciendo presión sobre la política pontifical, preveía que hubiera acabado por aceptar. Incluso su reserva podía explicarse por el hecho de conocer mejor que los demás el estado real de la salud del Papa.

—¿Cómo se encuentra Su Santidad? — me preguntó Micheletto.

—Creo que va mejor. Pero sigue débil, y seguirá estándolo mucho tiempo... Hasta dentro de unas semanas no estará en condiciones de gobernar.

Un criado había entrado para encender los candelabros. En el aposento reinaba ya la oscuridad. Recuerdo la escena con mucha precisión. El rostro de Micheletto apareció a la luz de las velas, con su larga nariz afilada, su boca redonda entreabierta, como si se dispusiera a hablar. Esperó la salida del criado.

—Mejor que mejor — dijo con una breve sonrisa.

Yo creí que se felicitaba de la mejoría de la salud del Papa y me sorprendió que hubiese adoptado su expresión de ave de presa para ofrecerme tan banal cumplido. Olvidaba que Micheletto no habla si no tiene algo que decir o que sólo lo hace así cuando hay interés en no decir nada y, sin embargo, hay que hablar.

—Su Santidad quiere a doña Lucrecia — prosiguió —, y doña Lucrecia quiere a Alfonso de Aragón. Por esto, aun a pesar de sus intereses, Su Santidad protegerá siempre a monseñor de Aragón. Y por esto resulta excelente que Su Santidad se vea impedido de ocuparse de los asuntos durante algunos días.

Otro tal vez no hubiera comprendido el razonamiento de Micheletto. Pero hacía mucho tiempo que trabajábamos juntos para que su estilo resultase oscuro para mí. Micheletto estaba contento de que el Papa estuviese apartado de los asuntos porque contaba con que yo lo aprovecharía para suprimir a Alfonso. No dudaba de que yo estaría de acuerdo y sólo esperaba los detalles de la ejecución. Con el borde de la uña rascaba apaciblemente la mancha de cera de una vela que le había caído sobre una de sus flotantes mangas.

Contemplé sus manos con horror. Yo he matado a menudo, es cierto. Pero cuando lo hago lo hago airado, o al menos arrebatado. El malestar que me causa estar delante de Micheletto procede de la calma, del método con que prepara y ejecuta lo que, con su estilo, llama un «asunto».

Yo me escuché preguntarle, de un tirón:

—¿Qué es lo que amas tú en la vida, Micheletto?

Su mirada no expresó ni siquiera sorpresa. No comprendía la pregunta. Era como si le hubiese hablado en una lengua extranjera que él ignorase.

Yo mismo estaba avergonzado de mi debilidad. Hasta entonces, nuestras relaciones habían sido las de un amo y un sirviente, unidos por una complicidad de armas y de intrigas. Nunca debió ocurrírseme la idea de interesarme por su salud. Ahora bien, aquella noche, conmovido por todo lo ocurrido desde la víspera, tenía los nervios de una mujer. Me hubiera gustado tener a mi lado a alguien que me quisiera. A falta de esto, intenté por primera vez hablar con Micheletto.

Le hubiera querido explicar que él era para mí algo inexplicable. Yo arrastraba riesgos y a veces responsabilidades horribles, pero era por mi gloria y la de Roma. Regularmente yo me sentía pagado por la embriaguez del éxito. Él permanecía siempre en la sombra con los dedos un poco ensangrentados aún. ¿Qué finalidad

le guiaba? ¿Qué alegrías retribuían tantos preparativos funestos, tantos recuerdos de gritos ahogados con una mano mientras con la otra se asesta el golpe?

Y me daba cuenta de que Micheletto no sentía inclinación por nada. No bebía, contemplaba asombrado como los demás jugaban a las cartas, sólo había leído libros de esgrima o de halconería y las solas palabras sobre arte que habían salido de sus labios, las pronunció al ver «Una cortesana en el baño», del Verrochio: «No comprendo cómo pueden pagarse mil ducados por el retrato de una mujer con la que uno podría acostarse por diez.» Además, Micheletto no era muy aficionado a las mujeres. Generalmente las tomaba por fuerza y sin mirarlas a la cara.

—Tengo que ir a ver si Su Santidad duerme bien — dije cobardemente, para acabar la entrevista.

—Os esperaré, monseñor.

—No has dormido mucho la noche pasada...

—Dormiré mañana, monseñor. Terminaremos esta noche, ¿no es así?

Ni siquiera me tomé la molestia de fingir que no comprendía. Con él era inútil. Me dirigí a la puerta y dije desenvueltamente:

—Estas cosas no se improvisan. Volveremos a hablar del asunto.

—Entonces os espero, monseñor, para que volvamos a hablar.

En el momento de cerrar la puerta, dije todavía por debilidad: —Sí.

Por otra parte, hubiera demostrado la misma debilidad despidiéndolo.

Hubiera sido aplazar una decisión que, razonablemente, era inevitable.

Como había dicho que iba a informarme del estado de mi padre cuando lo que en realidad quería era desembarazarme de Micheletto, tuve que hacerlo.

Lo encontré sumido en un pesado sueño. Su tez parecía aún más oscura entre la blancura de las sábanas, entre la púrpura y el oro de su lecho, iluminado tan sólo débilmente por el lejano candelabro, alrededor del cual dos mujeres ayudaban a un boticario a triturar una droga en un mortero. En el aposento flotaba un vago olor de incienso y de medicamentos. En el otro extremo de la estancia, un cubiculario leía un libro de horas. Reinaba calor y sosiego.

Unos cortinajes estaban entreabiertos sobre un gabinete contiguo, más débilmente iluminado aún, y, maquinalmente, en el momento de retirarme eché una ojeada.

—No te muevas — decía Lucrecia. Mi hermana, vestida de blanco lino y seda pálida, estaba sentada sobre un escabel. Una mesita le separaba de Alfonso, que, sentado, se inclinaba hacia ella tendiéndole la mano. Y ella, curvada sobre aquella mano, repetía:

—Vamos, no te muevas.

De momento creí que le estaba leyendo las rayas de la mano, y al pensar que

estaba trabajando en balde, pues un hombre abandonado a Micheletto no tiene futuro, se me encogió el corazón. Después comprendí que le estaba sacando una astilla. Y el cuidado, que tan tiernamente la absorbía, me conmovió por su irrisoria significación: ella estaba sacando una astilla a un hombre en cuyo cuerpo se iban a hundir muchos puñales.

—¡Era lo que faltaba! ¡Clavarte una astilla yendo a huronear por los montones de maderas...! Ya la veo. Te ha penetrado muy adentro, ¿sabes?

Ella esgrimía las pinzas, muy seria, sacando la punta de la lengua. Él la dejaba hacer de buen grado. En su rostro se reflejaba una divertida aprensión, más fingida que real, con el solo objeto de impacientar a Lucrecia.

—¡Ay!

—¿Te he hecho daño?

Ella había alzado hacia él sus hermosos ojos pálidos, que la inquietud había agrandado aún más. Alfonso sonrió.

Ella sonrió a su vez.

—Has gritado adrede. Te crees muy gracioso, y no sabes que acabaré por hacerte daño si sigues sin estarte quieto.

—Aprovecho la operación —contestó tiernamente Alfonso — para intentar sentir el latir de tu pulso en la muñeca con mi dedo.

De nuevo se encontraron sus ojos.

—¿Y habréis adelantado mucho, señor, cuando hayáis encontrado mi pulso...? ¿Sabéis que os arriesgáis a dejar un dedo en este juego?

Todo el cuerpo de Alfonso se había movido. Lucrecia, impaciente, apartó la pinza exclamando:

—¡Oh! Así no se puede.

—Te juro que no es culpa mía. Este animal ha logrado por fin clavarme sus uñas en la pantorrilla. Hace rato que lo estaba intentando.

Efectivamente, a sus pies, runruneaba un gatito. Lucrecia se inclinó bajo la mesa para verlo. Admiré su hermosa nuca rubia, que había quedado al descubierto, arrastrando el torrente de su pelo. El gato se había refugiado en los entresijos de la mesa. Alfonso se inclinó a su vez para verlo, de modo que Lucrecia y él se vieron en la penumbra, entre las patas del mueble, doblados uno y otro en una posición bastante incómoda que no parecía fatigarles. Se susurraban cosas, en tono tan bajo, que no las pude oír.

En aquella penumbra vi cómo sus manos se unían, como si no lo hicieran bastante a la luz. Lucrecia se incorporó la primera, anunciando que ya estaba bien de risa y era tiempo de acabar con la astilla. Alfonso volvió a tenderle la mano.

—Vaya... Se ha ido sola — exclamó Lucrecia, asombrada.

Alfonso no pudo contener la risa.

—¡Oh, qué bobo eres! —suspiró Lucrecia—. Me has dado la otra mano. Y estás que no cabes en ti de orgullo por tu gracia, ¿eh? Bueno, pues no hay razón para ello.

Y así riendo, en el tono bajo al que uno se acostumbra cuando se cuida un enfermo, adoptó una actitud de aplicación para apuntar con su pinza. Luego, sin duda descontenta de la luz, la levantó hasta cerca de la llamita del candelabro.

Con ello, sus cabezas se habían acercado. Su serio semblante aumentaba la ternura de Lucrecia y el perfil de Alfonso quedaba dorado por una luz que subrayaba el enérgico trazo del arco de sus cejas, el abultamiento de su boca burlona y reforzaba, como el rasgo de un grabador, la fina silueta de su mentón. Era bello, no podía decir lo contrario. Inclinado hacia delante, se destacaban su espada, su estrecha cintura y unas piernas largas, graciosamente replegadas, que el gato atacaba de nuevo.

Lucrecia y Alfonso eran tan bellos el uno como el otro. Y la decoración acababa de favorecerles, pues, inclinados hacía la vela y como atraídos por la lucecita vacilante, destacaban mejor sobre la turgente sombra que bañaba el resto de la pieza.

Di un paso para alejarme, asombrado del tiempo que había perdido contemplando aquella escena tan íntima que ninguno de sus héroes había advertido mi presencia a posar de que mi cabeza salía bastante de la colgadura.

Me retuvo una exclamación de Lucrecia.

—¡Ya está!

Y agitaba triunfal mente su pinza en cuyo extremo debía de estar prendida la minúscula astilla.

—¡Ah, me siento aliviado, señor cirujano! — dijo Alfonso sonriendo—. No obstante...

—¿Qué? ¿Te duele aún?

—Es mucho decir que me duele, pero...

—Voy a decirte lo que vas a hacer. Así que hayas vuelto a casa, y exijo que te vayas a las once, despertarás a Caterinella para que te dé la pomada rosa que uso yo cuando me doy un corte. Y con ella no sentirás dolor alguno.

Alfonso se había levantado ágilmente. Dio la vuelta con presteza a la mesa y la tomó por las espaldas y yo lo vi, bajo los rubios cabellos, buscar la nuca:

—En espera de la pomada, señor cirujano, creo que no me sentarían mal unas caricias. Me aliviarían.

Lucrecia se reía con ternura.

Se disputaron la pequeña pinza que ella conservaba todavía en la mano. Él se apoderó por fin de ella y le arrancó un cabello sobre el que ambos se pusieron a soplar. Estaban uno en brazos de otro y aquel hilo invisible les obligaba a hacer graciosos movimientos, parecidos, incomprensibles a la dorada luz de la llama.

—De todos modos, no olvidarás el bálsamo, ¿eh? — murmuró Lucrecia.

—Mañana.

—No, mañana, no... No quiero que vuelvas a pasar otra noche aquí en vela. La noche pasada no has dormido nada. Y la anterior estabas cazando. Sería absurdo. Vete a las once, te lo suplico. Haz que te acompañe Tomaso Albanese, yo no le necesito. Si todo marcha bien, volveré a casa de madrugada.

Y añadió más bajo aún:

—Iré a despertarte en tu cama. Entre los dos hubo un instante opresivo. Se miraban muy cerca uno de otro, con los labios entreabiertos.

En aquel momento detrás de mi resonó una tos. Lucrecia, alarmada, rechazó a Alfonso para levantarse y yo, sin esperar, presa de una especie de miedo, atravesé el aposento de mi padre y huí...



# CAPÍTULO XVIII

## CÉSAR DESCARGA EL GOLPE

Los corredores estaban oscuros. Estuve a punto de tropezar con los cascotes que habían sido amontonados a lo largo de una de las galerías. Mis pasos resonaban.

Los escuderos se levantaron, delante de los aposentos que yo ocupaba. Yo los miré. Empujé la puerta. Micheletto seguía allí, de pie y, al parecer, en el mismo lugar y en la misma posición en que le había dejado una hora antes. Se inclinó.

Su presencia me desesperaba. Di algunos pasos hacia la ventana. Sentía su obstinación y su mirada que no se apartaba de mí.

—Bien, monseñor, ¿qué?

—¿Qué quieres decir con tu «bien, monseñor»? — grité.

Se me partía el corazón. Me pellizqué la camisa por las aberturas de las mangas.

—Es más razonable liquidar el asunto esta noche —prosiguió Micheletto—. Y si debe ser esta noche, no hay tiempo que perder. Hay que... prepararse.

Subrayó la última palabra con una sonrisa. Las sonrisas de Micheletto nunca llegan al fin. Sus labios se fruncen, se cuajan y vuelven a distenderse. Me causó pena que su rictus fuese de complicidad. Yo recordé la alegre calma con que Bayard, por ejemplo, mataba en el campo de batalla. Micheletto, en cambio, tenía la sangre triste.

«He aquí porque estoy luchando desde hace tanto tiempo a través de tantas emboscadas —me dije—. Para pasar las noches en mi aposento, a solas con este monstruo obstinado y fastidioso.»

Me invadió, como una ráfaga de gozo prohibido, el recuerdo del aposento envuelto en la penumbra en el que Lucrecia y Alfonso, ante mis ojos, acababan de mostrarme la fogosa liviandad de su dicha. Debían seguir subyugados bajo su encanto, a jugar con la mirada, la sonrisa o la pinza de depilar, a la suave claridad de la vela.

Mis candelabros me parecieron de color siniestro, tal vez porque ardían alrededor de la angulosa silueta de Micheletto. La pena y la cólera a la vez hincharon mi pecho. Era injusto, demasiado injusto que un bobo como Alfonso conociese la felicidad, que a mí en cambio me estaba vedada, a mí que desde la

adolescencia había estado en la brecha. «¿Y estoy dudando en dar a Micheletto la orden que espera? —pensé—. Todo concurre a hacer de ella un deber: la más elemental prudencia y el interés de Roma. Ese hombre constituye un obstáculo para mi seguridad, para el triunfo de mis proyectos y para la grandeza de Italia como yo deseo. Además me es odioso por el reto que para mí significa su condenada felicidad inmerecida... ¿Y estoy dudando?»

El furor debía leerse en mi rostro, pues adiviné una cierta alarma en la mirada de Micheletto... Mis gritos lo tranquilizaron:

—¿Estás esperando que se haga demasiado tarde? Alfonso se marchará de palacio a las once para dirigirse a Santa María in Portico. Su escolta se reduce a Tomaso Albanese. Ya hace rato que he oído anunciar las diez. Deberías...

—Todo saldrá bien, monseñor.

Se dirigió hacia la puerta.

—Pero ¿y tus hombres? — pregunté.

—A todo evento me he permitido convocar a mis cinco colaboradores habituales.

Micheletto había previsto mi decisión y había tomado anticipadamente sus medidas. Tragué saliva y, para recobrar mi aplomo, pregunté aún:

—¿Has elegido el lugar?

—A dos pasos de aquí, monseñor. En las gradas de la basílica de San Pedro. Si tenéis gusto, podréis presenciar la escena desde esta ventana.

—Pasé anoche por allí. Es un lugar muy concurrido, hay indigentes que duermen al aire libre. ¿Cómo te las arreglarás?

—Precisamente. Esos indigentes son pobres peregrinos y les diré que cerca de San Clemente hay alojamiento gratuito para los peregrinos, esta noche, para celebrar el milagro ocurrido con el Papa y que a cada uno se le da una sopa de vino y una bolsa. Se irán corriendo y mis compañeros y yo nos echaremos en su lugar. Al paso de monseñor de Aragón, nos bastará con levantarnos, asestar el golpe y huir... Y si su catalán sobrevive, cosa que procuraremos, dirá que su amo fue atacado por un grupo de bribones que habitualmente duermen en las gradas. Los peregrinos tienen las espaldas anchas.

Todo estaba fríamente calculado. Admirablemente.

—Espera — le dije.

Estaba buscando un pretexto para aplazar el atentado hasta el día siguiente. Deseaba acostarme tranquilo y darme tiempo aún para sopesar la utilidad de aquel crimen y su horror.

—Solamente dispongo de un cuarto de hora, monseñor. Necesito tiempo para echar a los peregrinos — repuso Micheletto.

Se había inclinado y con un paso furtivo se dirigía hacia la puerta comprendiendo que yo estaba buscando razones para retenerlo. «¡Quédate!»

Bastaba pronunciar esta palabra. Pero ¿qué figura hubiera hecho ante un hombre a quien acababa de dar la orden de matar, cuando no tenía ninguna razón que darle para explicar mis dudas?

La puerta se cerró lentamente tras Micheletto. ¡Un pretexto! ¡Ah, si hubiera podido encontrar un pretexto! Pero ya estaba solo con mis dos grandes candelabros. «Aún puedo salir corriendo tras él», pensé. Pero me quedé quieto.

Con la mirada fascinada por las dos llamitas acabé por descubrir la razón de vivir de Micheletto: matar. No lo hacía para sacar provecho, ni honor, ni para cumplir alguna finalidad, ni siquiera para convencerse de su valor, para demostrar su bravura, para medirse con un obstáculo, ya que sus asesinatos se reducían a envenenamientos furtivos, o carnicerías nocturnas. Mataba por gusto.

«Y éste es mi confidente —pensé—. Yo, que nunca he tenido otros designios que la grandeza, estoy condenado a trabajar en compañía de ese loco siniestro.»

Me evadí de mi asco con un sobresalto, como ocurre a veces al despertar. A lo lejos, en la noche, el voceador acababa de anunciar las once. De un salto me encontré en la ventana.

La noche era clara y el cielo teñido como un cielo de crepúsculo. Las sombras proyectadas por los edificios tenían una cierta transparencia. De momento, no distinguí nada en las gradas de San Pedro. Se veían lisas y me las imaginaba pesadas aún del calor del día.

Luego descubrí los cuerpos tendidos de los supuestos peregrinos. Estaban envueltos en sus capas para ocultar sus rostros y sus armas. Los conté. Eran seis exactamente, uno de ellos, Micheletto. Una de aquellas formas acurrucadas en la piedra, rumiaba en su tranquila imaginación la figura de Alfonso de Aragón tras pasado de una estocada.

Con la respiración cortada, me decidí. Me disponía a correr hacia el aposento de mi padre con objeto de retener a Alfonso.

El chirriar de las puertas del Vaticano al abrirse me dejó clavado. Si el que salía era Alfonso, era demasiado tarde. La puerta chirrió de nuevo al cerrarse. Apenas tuve tiempo de inclinarme. Las formas tendidas en las gradas habían surgido ante tres siluetas que avanzaban. Seis espadas y seis puñales brillaron a la vez. Era Alfonso con su escolta y ya era demasiado tarde. Los acontecimientos lo habían decidido. Me invadió una gran calma y me puse a contemplar la lucha como si estuviera en un campo de batalla.

Las capas de los asesinos se habían entreabierto. Yo veía relucir sus altos jubones de cuero. Iban enmascarados, pero por la manera de atacar reconocí a Micheletto, con las piernas dobladas, el busto retraído, y el puñal en la mano, que sólo apretaba en el momento de apuñalar. Como de costumbre, en este caso, dos de sus hombres se habían lanzado sobre Alfonso, la víctima designada, distrayendo su atención hasta el momento en que Micheletto lo pudiera alcanzar sin dificultad en sus puntos preferidos: la garganta o la base de la nuca.

Alfonso giraba entre los destellos de las dos espadas que lo rozaban. La suya

hendía el aire con una rapidez que me agradó. Una de las espadas voló en pedazos. Yo contuve la respiración. Con objeto de ver mejor, me incliné tanto que estuve a punto de caerme en el vacío. Uno de los adversarios del príncipe, desarmado, retrocedía tropezando en las gradas.

Alfonso se lanzó a fondo sobre el otro enemigo que, a su vez, profirió un grito. Lo debió de alcanzar en el brazo, pues lo vi sostenerse el codo con la mano izquierda para continuar la lucha con prudencia. Esta prudencia puso en peligro a Micheletto, Alfonso al ver que uno de sus adversarios se batía en retirada y el otro no atacaba se lanzó inopinadamente sobre Micheletto que no llevaba espada y, armado sólo de su puñal, le faltaba envergadura para resistir el asalto del joven. Por ello remontaba las gradas a largos trancos, protegiéndose con el brazo armado del puñal, sin intentar golpear.

Yo estaba demasiado lejos para oír lo que decían, pero Micheletto debió de llamar al orden a sus hombres, pues el herido volvió precipitadamente al ataque. El que había sido desarmado volvió con un puñal en cada mano, y uno de los tres hombres que luchaban flojamente contra Tomaso Albanese y su camarada, un catalán sin duda, se lanzó sobre Alfonso, espada en ristre, en el momento en que éste iba a alcanzar a Micheletto.

Alfonso se tambaleó. Debía de haber sido herido en el costado. Al mismo tiempo el herido, sosteniendo su espada con las dos manos, le asestó con toda su fuerza un golpe en el pecho.

«Esto está listo», pensé al ver que Alfonso se doblaba sobre sus rodillas para caer suavemente de espaldas en las gradas.

Se destacó la alta figura de Micheletto. Envuelto en su capa de color verde oscuro que se recortaba contra el azul nocturno de las gradas, con el brazo alargado como un bailarín, con el puñal en la mano, se inclinó lentamente sobre el cuerpo dislocado de Alfonso, para degollarlo. Yo lo vi golpear. Parecía un escorpión. La rabia o el dolor habían hecho estremecer a Alfonso que medio se incorporó tratando de hurtar el cuello a la hoja del cuchillo. La herida no le debió parecer decisiva a Micheletto, pues retiró la mano para adquirir nuevo impulso y alargó de nuevo el brazo.

No tuvo tiempo de terminar el gesto. Una sombra cuyo manto volaba y se arqueaba tras ella, como una de esos murciélagos que giraban obstinadamente en torno al combate, se había arrojado sobre Micheletto. Éste se echó atrás derribando a uno de sus acólitos, que estaba pegado a su espalda. Reconocí que la sombra era Tomaso Albanese, que, dejando que el otro catalán se las entendiera con el resto de los atacantes, que no le apuraban mucho, se había lanzado de un salto en auxilio de su amo.

Animado por aquel socorro, Alfonso adquirió impulso y se levantó. Debía de estar muy herido porque le costó inclinarse para recoger su espada. Pero un instante más tarde, la misma espada era esgrimida tan vigorosamente que Micheletto y sus tres hombres, luchando codo a codo, empezaron a batirse en retirada, cada uno en una grada.

El combate había llegado al momento en que ya se ha desvanecido la sorpresa y, pasada la primera oleada de rabia, se restablece el orden de batalla.

Las gradas de San Pedro estaban aterciopeladas por la noche. La violencia de los movimientos henchía los mantos. Yo veía el brillo del oro en el traje, como siempre de suprema elegancia, de Alfonso. A pesar de la distancia, veía incluso su gorro con plumas que se le había caído al suelo y que él pisaba al defenderse de Micheletto, secundado por uno de sus hombres, mientras Albanese cruzaba su acero con otros dos. A unos quince pasos, el catalán seguía esgrimiendo su espada contra otro par de enemigos.

A lo lejos, se deslizaba una suave música de oboes y flautas procedentes sin duda de algún palacete en fiesta, con las ventanas abiertas.

Gracias a esta organización que la memoria introduce en los recuerdos, puedo volver a ver, netamente destacadas, las fases del combate. En realidad, fue como un rápido torbellino, una fría violencia, en los que me costaba identificar los combatientes y sólo reconocía a mis sicarios por la máscara que les ocultaba el rostro y a mis adversarios por llevarlo descubierto. En ciertos momentos, incluso se apoderaba de mí esa laxitud del que asiste a un «ballet» cuyo argumento ignora, por lo que le resultan incomprensibles, o al menos imprevisibles, los ademanes de cada uno de los protagonistas.

Por fin, vi a Alfonso doblar una rodilla, a Micheletto rodearlo con los brazos para asestarle el golpe mortal, a Albanese alcanzar a Micheletto por una especie de milagro. Entonces se produjo una avalancha de los otros. Una espada voló hecha pedazos. Otra brilló en toda su longitud, destacando sobre la noche de la plaza. Era Alfonso el que la sostenía, pero vacilaba y al descargar los golpes más bien parecía apoyarse en ella.

Entonces resonó un alarido tan violento que, saltando por encima de los muros del Vaticano, me hizo estremecer en mi ventana. Lo había proferido el segundo escudero de Alfonso. Titubeante, cosido a estocadas, acababa de ver cómo caía Tomaso de Albanese y no se sentía ya con fuerzas para escapar a sus adversarios para volar en auxilio de Alfonso, pero había encontrado esa fuerza tan difícil de encontrar mientras se libra una lucha a muerte: la de gritar. No se puede luchar y gritar al mismo tiempo. El hombre se ofrecía como blanco, reuniendo todo el vigor que le quedaba en el pecho. No era ya un hombre, era un gemido ensordecedor.

Se detuvo agotado.

Se produjo un silencio de unos instantes y después el chirrido que, cinco minutos antes, me había advertido que era demasiado tarde para prevenir a Alfonso y que estaba perdido, resonó de nuevo, para anunciarme, sin duda, que estaba salvado: las puertas del Vaticano volvían a abrirse.

Al mismo tiempo oí, sin verlos, pues los muros me los ocultaban, correr a los guardias. Cuando entraron en mi campo de visión, Micheletto había dado ya la orden de fuga.

Una fuga lastimosa, en la que cada hombre se veía obligado a sostener a otro. Micheletto iba a la zaga con objeto de obligar a los que habían quedado indemnes a sostener a los heridos, no por piedad, sino para evitar que ninguno de sus cómplices cayese en manos de los guardias. Afortunadamente, éstos no fueron más allá de las gradas de San Pedro. Uno sostenía al catalán que había gritado y los otros ayudaban a Tomaso Albanese, que se había levantado, a sostener el cuerpo de Alfonso.

Tengo vista de águila. Hice un esfuerzo inmenso para divisar el rostro del joven príncipe que colgaba sobre las gradas, pese a que media docena de manos sostenían su cuerpo. El manto le resbalaba por la espalda como una cola. No le vi hacer ningún movimiento y me dije: «¡Vamos, creo que está bien muerto de todos modos!»

Bajo las bóvedas se elevaba un rumor. Oíanse pasos en el patio. Yo cerré la ventana. Diga lo que diga Micheletto, un asesinato no se improvisa. Y si Alfonso estaba muerto, podíamos jactarnos de haber tenido suerte.

En aquel momento se oían gritos en las galerías. «¡Dios mío! — pensé —. Van a avisar a Lucrecia.» Sentí un dolor verdadero. Después se apoderó de mí el terror. Quizás iban a llamar a mi puerta para informarme.

Me quité la ropa de encima como si estuviese ardiendo. Si alguien iba a verme debía encontrarme acostado, durmiendo apaciblemente. Apagué los candelabros y me metí jadeante entre las sábanas. El aposento, en el que me sentía extraño, aumentaba mi confusión. Era un aposento verde que ocupaba solamente desde la víspera. Estuve un rato sentado en la oscuridad, sin atreverme a echarme. No sólo tenía la impresión de ser un forastero en aquella habitación, sino de ser un extraño en la tierra entera.

El golpe me fue asestado el día siguiente por la mañana por el pequeño imbécil de Joffre. Los tontos se sienten siempre orgullosos de ser portadores de las noticias, como si ellos fuesen sus autores. Y si la noticia es algo trágica, no caben en sí de vanidad. En suma, que Joffre me despertó muy temprano, feliz de poder ser el primero en anunciarme que nuestro cuñado, Alfonso de Aragón, había sido agredido en las gradas de San Pedro por unos bribones, al parecer, peregrinos.

Tuve que hacerme el sorprendido, pero ni siquiera tuve que fingir, pues Joffre terminó la frase:

—Felizmente, los guardias oyeron gritos y llegaron a tiempo. Alfonso únicamente está herido.

De un salto me eché de la cama, desnudo completamente, y Joffre creyó que mi reacción era debida a la noticia de la agresión y no al fracaso del resultado. Con la insolente inocencia que le caracteriza, me miró admirado y observó:

—¡Vaya efecto que te ha producido! ¡Y pensar que hay quien va diciendo por ahí que eres tú quien ha ordenado la agresión!

Durante toda la mañana tropecé con esa atmósfera de sospecha. Habiendo

hecho acto de presencia, por un esfuerzo de cortesía que consideraba necesario, en el aposento en que había sido alojado Alfonso, fui despedido por los criados sin que Lucrecia se dignase echarme ella misma.

Fui a ver al Papa que ella acababa de dejar, dividiendo sus atenciones entre sus dos heridos, su padre y su marido. Su Santidad interrumpió mi charla.

—Si llegase a convencerme — me dijo — de que eres tú el asesino de Alfonso, te retiraba enseguida la capitanía general y ordenaría al prefecto de Roma que te diese el trato de un criminal vulgar.

Su rostro reflejaba la fatiga, sus ojos brillaban de fiebre y sus labios temblaban. Debía haber estado preparando la frase. Yo preparé la mía. Había que exagerar el papel de Alfonso, el peligro que representaba y dar miedo al Papa.

—No soy yo quien ha mandado que le agredieran — contesté bruscamente—. Pero si así hubiera sido... es que me hubiera visto obligado a ello. En realidad, Santidad, entre dos muertes, ¿cuál preferís? ¿La mía o la de Alfonso?

—Me propones una elección arbitraria —dijo el anciano temblándole la voz—. No se trata de preferir una muerte a otra.

—A fe mía que os lo quería ocultar — dije —, pero debéis saber que cuando se temió por vuestra vida, nuestros enemigos se pusieron de acuerdo para reunir alrededor del nombre de Alfonso a todos los que en Roma y en el extranjero odian a los Borgia. Al suprimir a Alfonso, no sólo habría apartado un obstáculo para nuestras alianzas, como vos sabéis, y un espía de la casa de Nápoles, sino un peligro interior que amenaza nuestro poder.

El Papa me miró asustado. ¿Había cometido yo una falta justificando un crimen que protestaba no haber cometido? Sea como fuere, adiviné que no dudaba ya de mi culpabilidad. Yo seguía el curso de sus pensamientos. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Me dije: «Está pensando en Gandia.» Mi corazón se puso a latir con violencia. Estuve a punto de decirle: «Sí, he querido matar a Alfonso. Pero no hay que creer a las personas solamente cuando se acusan. En consecuencia, creedme también cuando os juro que no maté a Gandia.»

No me atreví a hablar. El Papa había cerrado los ojos. Sus labios musitaban algo y me pregunté si estaba rezando.

—Oye lo que te digo —articuló por fin abriendo los ojos—. En primer lugar, que rezaré por tu salvación cada día...

Hizo una pausa. A pesar de que el género solemne me ataca los nervios, no pude evitar sentirme agitado. Contemplaba aquel semblante viejo y valeroso. En el calor de sus ojos se reflejaba todavía mucha inteligencia y mucho valor.

Recordé que la antevíspera, al sacarle de entre los cascotes, me había lanzado hacia él y por el aliento que me había acariciado la mejilla había comprendido que estaba vivo aún, y en la dicha que había experimentado no sólo experimenté el alivio del aventurero que ve que su pedestal se mantiene en pie, sino un verdadero impulso de piedad filial.

Este recuerdo me trajo otro: el de Lucrecia, que al oírme gritar: «¡Está vivo!» me había estrechado en sus brazos. ¡Pobre Lucrecia! Haciéndonos como somos, entregados a todas las contradicciones, Dios nos ha puesto en una curiosa situación.

—En las empresas nobles — prosiguió el Papa —, en las más sagradas, llega a ocurrir que el propio diablo aporta su grano de arena. Con ello quiero decir que te considero necesario en Roma y que en los tiempos que corremos el destino de Roma y el de la Iglesia son uno solo. Te dije un día que no sacrificaría los intereses de la Iglesia a las ambiciones terrenales del pequeño César. Igualmente te digo que no los sacrificaré al horror que me inspiras y a la angustia que me causa tu salvación. Eres útil, el único hombre útil con que puedo contar aquí. No volveremos a hablar de lo ocurrido esta noche. La benevolente Providencia no he permitido que Alfonso muera. Me limitaré a indicarte mi voluntad. Te ordeno que renuncies a cualquier proyecto contra él.

Sentí que tenía que aguantar firmemente. De ningún modo debía yo adquirir un compromiso al que el Papa nunca me perdonaría no haber hecho honor. Así, pues, contesté con desgaire:

—De buena gana renuncio a todo proyecto contra mi cuñado, pero sólo en la medida en que yo me convenza que por su parte ha renunciado a toda intriga contra mi seguridad... contra nuestra seguridad.

—Yo me ocuparé de ello. Dentro de pocos días, Alfonso podrá ser trasladado. Abandonará Roma. Le conferí un pequeño gobierno, más honorífico que real, en uno de nuestros Estados lejanos. Allí vivirá feliz con Lucrecia. Roma y el extranjero olvidarán su nombre en unas semanas. No tendrás motivo para temer nada ni los franceses razón de quejarse de que conservemos a un napolitano en el seno de nuestra intimidad. No veo qué objeciones puedes formular.

Di unos pasos por el aposento. Mis dedos chasquearon de nerviosismo. No sabía qué contestar, pero lo más grave era que no sabía qué pensar. Me parecía que, puesto que había agredido a Alfonso, tenía que acabar con él. Era demasiado claro que sospechaba de mí. Ahora bien, yo me poma en su lugar y perseguiría hasta la muerte a cualquiera que hubiese intentado agredirme. Si dejaba que Alfonso volviera a la vida, entonces era la mía la que corría peligro. En rigor, a un Sforza se le podía hostigar sin que llegase a morder, pero no al pequeño Alfonso. Lo había visto batirse la víspera. Y tenía demasiada sangre española para olvidar.

Me volví hacia el Padre Santo. Me sentí aliviado por poder ahorrarme la respuesta, pues había dejado caer la cabeza sobre el almohadón y estaba traspuesto. Me apresuré a salir.

Me hallaba completamente decidido a no volver a visitarle en irnos días y apenas estuve en mis aposentos, reuní a mis secretarios, me consagré a mi correo y convoqué a los embajadores. Examiné los últimos informes sobre mi pequeño ejército romano y recibí acto seguido a algunos oficiales.

Tenía que salir y tomé una escolta de cincuenta hombres, pues debía regresar



tarde y temía ya la venganza de Alfonso. Públicamente expliqué el motivo de mi alarma por la poca seguridad que ofrecían las calles de Roma, como acababa de probar una vez más la horrible agresión cometida contra mi cuñado.

Al regresar por la noche esperaba encontrar a Micheletto en mis aposentos. Su silencio me había tenido inquieto todo el día.

En lugar de él, me encontré a Sancha. Sus ojos brillaban y adiviné una escena.

—Te lo ruego —dije— estoy cansado.

—Tranquilízate. Estaré poco rato. Por otra parte, tengo que ir a ayudar a Lucrecia a cuidar a tu última víctima.

Me encogí de hombros. Desde hacía irnos días, había visto demasiadas cosas.

—Quería informarte sencillamente de que el golpe de esta tarde te ha fallado. En lo sucesivo estamos Lucrecia y yo a la cabecera de mi hermano. Hemos instalado un fuego de brasas en su cuarto. No tomará el menor alimento ni brebaje que no haya sido preparado con los medios de a bordo, en su aposento, por Lucrecia o por mí.

—Toda precaución es poca —le dije fríamente—. Con gusto me hubiera unido a vosotras de no haberme prohibido el acceso a los aposentos de Alfonso... Y, en realidad, ¿de qué golpe estás hablando que, al parecer, se ha descargado esta tarde?

Sancha, la disoluta, la voluptuosa Sancha, me miraba con odio.

—¡No sabes mentir, César! Sabes mejor que nadie que los melocotones destinados a Alfonso de Aragón estaban envenenados.

—¡Envenenados!

Yo estaba furioso, tanto más cuanto que, ignorando por completo el crimen que se me imputaba, mi voz sonaba a falso, y con ello, bien me percataba yo, daba la impresión de ser culpable.

Sancha me contempló durante unos instantes con repugnancia y desprecio.

—¡Pero hombre! —dijo por fin—. El odio se acumula contra ti. Tus crímenes han llegado a hastiar hasta a tus amigos. Me da vergüenza haber sentido atracción hacia ti y comprendo que tu mujer no se haya dignado reunirse contigo en Roma. En lo sucesivo no tendrás ni mujer, ni amante, ni compañero. Sólo cómplices... que al primer fracaso te traicionarán. Morirás como un perro, como un miserable perro.

—Dicen que las cortesanas, al envejecer, se convierten en dechados de virtud. Tú empiezas pronto, Sancha. Buenas noches.

Me eché en la cama y me dormí vestido.

Aquella semana fue una semana de bochorno. Roma apestaba bajo un cielo trágico. Todos fuimos atacados de calentura. Yo me echaba sobre el embaldosado de mi habitación, como un perro, buscando el fresco y reflexionaba.

Las numerosas noticias que me llegaban del extranjero justificaban maravillosamente lo acertado de mi política. Pero en Roma mi situación se hacía insostenible. Todo el mundo me imputaba la agresión de que había sido objeto Alfonso de Aragón. La investigación había descartado a los peregrinos. Los peregrinos no llevan jubones de cuero ni gorgueras de acero ni máscaras en el rostro.

La salud del Papa seguía vacilante. Yo me engañaba. Alfonso, a pesar de sus heridas, podía ser elegido, menos como jefe que como bandera. En mis largas meditaciones me figuraba la suerte que, llegado el caso, me esperaba. Los poderes en manos de Alfonso, sería elegido un Papa enemigo. Della Rovere, por ejemplo, cuyo primer acto sería mandarme encerrar en el castillo de Sant Angelo. No me procesarían, sencillamente me envenenarían.

Lo que me hacía hervir la sangre no era tanto mi desaparición como el fracaso de mis proyectos. Me sucederían hombres de poca talla, con menguados designios. Para ellos, la unidad de Italia sería una quimera. Me hallaba sumido en una incertidumbre que me enfurecía tanto más cuanto que a fin de semana, mientras la salud del Papa seguía causándonos la misma inquietud y la de Alfonso mejoraba, uno de mis secretarios llegó de Milán, que había caído de nuevo en manos de los franceses. Me traía oficiosamente el proyecto de acuerdo del rey de Francia conmigo, que su embajador, el almirante Villeneuve, estaba encargado de comunicarme muy pronto.

El rey de Francia había concluido y firmado un acuerdo con el rey de España. Los dos se repartían el reino de Nápoles. Los españoles desembarcarían por mar, mientras que el ejército francés, al mando de Ruvigny, marcharía sobre Nápoles atravesando nuestros Estados. En pago de nuestra complicidad, se nos prometía de nuevo la ayuda franceses para la conquista de las últimas plazas fuertes de la Romaña y el acceso al Adriático, base de un ataque contra Venecia.

Era mi triunfo. Sin embargo, ¿cómo explicar a los romanos que me rodeaban que estaba a punto de devolver a Italia y a Roma su antiguo esplendor? Aquellos imbéciles me trataban de asesino y hubieran puesto en mi lugar con gusto, a un hombre apuesto y seductor.

Tanta incompreensión me puso furioso. Andaba nerviosamente de un lado a otro por mi gabinete de trabajo cuando me anunciaron a Micheletto.

Se presentó, tranquilo, como de costumbre.

—Decididamente, tuve desgracia, monseñor. No podía prever que el catalán gritara tan fuerte. Sus gritos atrajeron a todo el Cuerpo de guardia.

—Lo sé. Estaba en la ventana. ¿Y dónde os habéis metido durante toda la semana?

—Nos hemos ido de caza, monseñor.

—¿De veras? Hicisteis tan acabado trabajo que os han parecido indispensables ocho días de solaz.

—Era mejor no dejarnos ver en Roma. Además nos llevamos lo nuestro en la lucha. La caza de la zorra puede justificar las huellas de las heridas. Nos permitimos llevarnos vuestro leopardo y nos ha mordido a todos.

—No sabéis manejarle en la caza y me lo vais a estropear. Te prohíbo que te sirvas de ese animal sin mi autorización. ¿Y mientras estaban cazando, no te preocupabas de la situación en que me habías colocado?

—Sí, monseñor. Me detuve a cinco leguas de Roma y desde allí mandé a una vieja que a veces me sirve de mensajera. Fue a ver a nuestro amigo boticario. Yo esperaba el oro y el moro de esa operación, que me hubiera permitido presentarme ante vos con la cabeza erguida. Los melocotones despertaron sospechas, a pesar de haber sido enviados como un regalo de parte del cardenal Ascanio Sforza. También este golpe falló. He regresado a Roma para terminar de una vez con este asunto.

—¿No es cierto —pregunté con una leve vacilación que tú piensas como yo que hay que acabar de una vez?

—La venganza de un enemigo joven herido, es mortal.

Además, Su Santidad no está muy fuerte, según me han dicho. Lo mejor es asesinar de prisa al jefe de nuestros futuros asesinos...

—¿Tiene algún plan?

—Y muy sencillo. Actuaremos como ladrones de joyas, monseñor. Los escuderos de Alfonso vigilan en la gran antecámara y olvidan un pequeño pasillo. Es el que utilizaremos. En la habitación estarán doña Lucrecia o doña Sancha. Uno de nosotros sujetará a la que esté. Monseñor de Aragón está aún muy débil. Lo estrangularemos con un dogal. Oficialmente habrá muerto a causa de las heridas.

—Pero no quiero que matéis a Lucrecia.

—Os he dicho ya que la sujetaremos, monseñor.

—Tratándose de ti, las más inocentes palabras se prestan a terribles interpretaciones. Pero si se la sujeta simplemente, hablará después.

—Si he comprendido bien, monseñor prefiere que la matemos...

Lo cogí por el cuello de su jubón. Iba a golpearlo, pero me contuve. Yo mismo quedé asombrado de mi violencia. Acababa de descubrir que, fuera de mi padre, sólo había un ser en el mundo a quien ni la promesa del más maravilloso de los resultados me hubiera convencido que había que matar: Lucrecia.

—Por otra parte, es mejor que hable —prosiguió Micheletto, imperturbable—. Así se sabrá que con vos no se puede jugar. Si, como estoy temiendo, hay ya una conjura ultimada, los más valientes lo pensarán y los más prudentes se irán a descansar al campo. Oficialmente sería muy conveniente que monseñor Alfonso de Aragón muriese de sus heridas, pero de modo que se pueda repetir por Roma, con toda certeza, que ha muerto por orden vuestra. No arriesgáis nada con ello, pues Roma entera os acusa ya del primer atentado. Así se pondrá de manifiesto

que cuando emprendéis un asunto llegáis hasta el fin. No os quedaréis a mitad del camino, con un fracaso auestas.

—Creo que tienes razón — le dije.

Estaba deseoso de saber, que mi cuñado había muerto.

El crimen me daba reparo a causa de Lucrecia. Y deseaba no tener que pensar en ello más que como una cosa ya pasada.

—¿Cuándo podéis hacerlo?

—Cuando monseñor quiera, y deseo que lo quiera hoy mismo.

Me senté ante la mesa, con la mirada vaga. Micheletto estaba de pie a mi espalda. Llamaron con los nudillos en la puerta. Era un criado que me traía una carta de Lucrecia. Tres líneas. Me pedía una entrevista en el salón del Papagayo. «En interés de todos.»

—Dentro de una hora — dije al criado.

De este modo podía estar seguro de que Lucrecia no estaría en la habitación de su marido. Hubiera defendido a Alfonso como una fiera. Uno de los imbéciles secuaces de Micheletto la hubiera golpeado y son demasiado zafíos para saber medir el alcance de un golpe.

Micheletto se había inclinado.

—Perfectamente, monseñor, dentro de una hora — dijo como si se hubiera tratado de traerme el caballo ensillado.

Lo alcancé en el momento en que se disponía a franquear la puerta.

—Doña Lucrecia acostumbra a llegar más bien después que antes. De todos modos, la retendré un buen rato. Así, pues, pongamos dentro de hora y media, es más seguro.

Cuando se hubo marchado, me sentí desazonado por tener que estar solo la hora que debía esperar. Llamé a todos mis sirvientes.

Necesitaba a mi barbero, al peluquero, al sastre, a mis ayudas de cámara sin faltar uno. Hasta me hice lavar la cara con agua de rosas para atemperar las erupciones que me habían salido con la calentura del verano y el nerviosismo. Me hice traer un traje nuevo. Era de paño plateado con franjas de seda oscura, fantasía que recordaba los colores de mi casa.

Mientras me friccionaban, me vestían y me peinaban ordené que tocasen el laúd. Al mismo tiempo, uno de mis secretarios me enseñaba los apuntes que Rafael me había mandado. Representaba a *Febo*, uno de mis caballos de batalla. Siempre me ha gustado demostrarme a mí mismo mi sangre fría.

La sola muestra de nerviosismo que ofrecí fue mordisquear el pañuelo al penetrar en el salón del Papagayo. De momento no vi a Lucrecia. El oro de las paredes y los cuadros aparecía tornasolado bajo la luz rasante del sol poniente que entraba por las angostas ventanas.

Mi hermana estaba en el hueco de una de ellas. Dio un paso hacia mí. Los rayos se filtraban a través de su cabellera haciéndola transparente como una aureola. Su cuerpo se recortaba a contraluz, bajo la luminosa polvareda. Una vez más constaté que era la más hermosa de las mujeres.

—César, me había prometido no hablaros más, excepto en las reuniones protocolarias. Si me he decidido a esta entrevista—

No me miraba. Su voz temblaba y con la mano alisaba una imaginaria arruga de su vestido violeta.

—...es para bien de todos. Lo sé, señora, me lo habéis dicho en vuestra carta.

Cuanto más se esforzase ella en acentuar la distancia que había entre los dos, más decidido estaba yo a mostrarme lejano a mi vez. En el fondo, las proposiciones que sin duda se disponía a hacerme me eran indiferentes. La suerte estaba echada. Mis hombres debían ya aprestarse a subir la escalera. Cuando nos separásemos, el asunto estaría ya liquidado.

—Habéis intentado hacer asesinar a mi marido —repuso ella esforzándose—. Tomaso Albanese reconoció a uno de vuestros hombres. Los peregrinos que fueron expulsados de las gradas dieron a la policía la descripción del hombre que les habló. Esta descripción corresponde al infame Micheletto. Así, pues, habéis sido vos... No me interrumpáis.

Se había decidido a mirarme.

—No os he interrumpido — le dije cariñosamente.

—Entonces, confesáis... Me encogí de hombros.

—Tengo mucho trabajo, mi querida hermana. Olvidáis que no estoy solamente ocupado por mis trajes o por la poesía, como la mayoría de personas que frecuentáis. De haber sabido que sólo queríais hacerme una escena, no hubiera venido.

Esta réplica se me había escapado porque estaba nervioso. A decir verdad, no entraba en mis cálculos dar por terminada la entrevista antes de que mis hombres hubiesen rematado su trabajo. Ahora bien, empezaba media hora antes de lo previsto. No obstante, me costaba trabajo mantenerme dueño de mí mismo. Los esfuerzos de Lucrecia me hacían daño. En primer lugar, porque la quería; luego, porque siempre me han hecho pena los esfuerzos inútiles, lo mismo si se trata de un enemigo que pide gracia cuando no se la puedo otorgar o de un pintor que defiende su cuadro cuando es malo y no lo voy a adquirir, o un jorobado que hace dispendios que su figura hace vanos, por mostrarse elegante.

—Vamos, vamos —dije con aire fatigado y adoptando un tono familiar—, me sospecho que tienes algo que proponerme, Lucrecia. Anda, hazlo, te escucho... ¿No podríamos sentarnos?

No se movió ni me contestó. A través del tejido de la gorguera que cubría su pecho veía palpar su piel más nacarada aún que la ropa que la cubría.

—Me han dicho que Micheletto ha vuelto.

—Es posible.

—Tan posible que vos estabais con él cuando habéis recibido mi carta.

No contesté. La conversación me resultaba penosa y me fastidiaba.

—Le habéis mandado llamar para un nuevo asesinato, ¿no es así?

—Por supuesto, querida. ¿No sabes que cada mañana me desayuno con seis chiquillos?

La lentitud con que se desarrollaba la conversación se debía al hecho de que Lucrecia dudaba antes de hacerme las proposiciones que había elaborado, estaba seguro de ello. Ella misma se encargó de explicarme su vacilación:

—Me repugna concluir un trato con un asesino como vos, digno de la horca.

—Si te repugna, no hay más que hablar — repuse, con calma.

—Es indispensable.

—¿Por qué lo es? Yo no pido nada.

—No ignoráis que corréis un gran riesgo.

—Siempre los he corrido y sobre la marcha me he acostumbrado a ellos. ¿De qué riesgo vas a hablarme? ¿De la venganza de Alfonso?

Me eché a reír.

—¡Pobre Lucrecia! — dije —. No tienes otra alternativa que el asesinato de tu marido por tu hermano, o el asesinato de tu hermano por tu marido.

—¡Exacto!

Lo dijo con bastante calma. Había vuelto a recobrar su valor. Vi cómo sus ojos se iluminaban.

—¡Exacto! — prosiguió —. Sólo se trata de saber quién va a asestar el golpe antes. Mejor es explicarse claramente, ¿no crees?

—¿Y por qué no?

Mis hombres debían andar sigilosamente, uno tras otro, por el pasadizo. No sabía la hora que era, pero hacía un rato ya que estaba con Lucrecia. La claridad de sus amenazas me regocijaba.

«A fin de cuentas, he hecho bien en obrar hoy. Incluso ha sido una locura esperar una semana entera. Los amigos de Alfonso de Aragón han decidido mi muerte y solamente el estado de su jefe y su poca práctica en semejantes menesteres han retrasado hasta ahora el atentado.»

Por otra parte, por la mañana me había enterado de que por los arrabales de Roma corría un río de oro derramado por los napolitanos. También ellos debían saber que el rey de Francia había tomado una decisión. No tenían un instante que perder para jugar su última carta y hacer de los Estados del Papa un baluarte para Nápoles, tras haberme suprimido si no les faltaba valor para ello. A medida que pensaba en ello, la situación me iba pareciendo más grave y mayor era mi

asombro de haber tolerado estar ocho días enteros a merced de los napolitanos de Alfonso. Micheletto tenía razón: no sólo había que pegar, sino que no debía quedar ninguna duda de que era César quien había descargado el golpe.

Impulsada por la necesidad de convencerme, Lucrecia, abandonando su actitud, me tuteaba:

—Alfonso no te quería mal, te lo juro ante Dios. Era natural que mostrase simpatía por su familia de Nápoles. Y es tan seductor, que no me extraña tampoco que en Roma haya despertado simpatías. Y es posible que algunos hayan pensado en él para remplazarle. Pero él detesta la política, te lo aseguro. En primer lugar, ha nacido príncipe y no tiene que ganarse la plaza. Si has encontrado su nombre en una conspiración es porque ciertas gentes querían servirse de él, pero él nunca aceptó. No le interesaba.

—Pongamos que haya sido un peligro... sin proponérselo. Esto no cambia las cosas.

—Sabe que has querido matarlo. La lucha que se dispone a reñir contra ti no tiene nada de política. Es la reacción de un hombre valiente decidido a devolver golpe por golpe. Yo no quiero esta lucha. Si Su Santidad se encontrase mejor habría ejercido de árbitro. Las circunstancias me han obligado a pedirte esta entrevista para que me fijes las condiciones en que estás dispuesto a detener el combate. Yo me encargo de hacerlas aceptar a mi esposo.

Yo exhalé un suspiro.

—No hay nada que hacer —dije—. Es una idea muy femenina creer que una buena discusión puede arreglar siempre las cosas. La mejor de las discusiones no puede impedir al frío ser frío, al calor ser calor, ni al agua y el fuego ser enemigos.

—Te propongo — repuso ella con voz neutra que reflejaba el esfuerzo que estaba haciendo sobre sí misma para no ceder a la ira—, te propongo que mi marido y yo salgamos de Roma. Mañana si tú quieres, esta misma noche si lo exiges. Su Santidad puede mandarnos en embajada a Turquía. Te prestaré juramento de no regresar a Roma con mi marido mientras nuestra presencia sea para ti motivo de inquietud.

No contesté. Lucrecia se apoyó en el borde de una mesa.

—Si lo deseas, partiremos dentro de dos horas. Tus hombres podrán seguirnos. Se podrán asegurar que nos dirigimos, sin rodeos, a un puerto y que embarcamos.

Si me lo hubiera propuesto quince días antes podía haber sido una solución. Entonces era ya demasiado tarde.

Nos contemplamos en silencio. Ella comprendió que sus ofertas no me interesaban. La vi dar un paso. Su rostro no tenía expresión alguna. En el momento en que su calmame dejaba asombrado, volvió hacia la mesa y se apoyó en ella precipitadamente. Entonces creí que iba a desmayarse.

Avancé hacia ella maquinalmente. Mi pecho rozó su espalda. Ella volvió el rostro hacia mí. Sus dilatados ojos parecían no verme.

—No quiero volver a ver esto — dijo sordamente —. Su cabeza colgada; los guardias lo sostenían con sus rudas manos y en cada peldaño caía una gota de sangre. Se estrellaba contra la losa y las salpicaduras formaban alrededor pequeñas estrellas. Lo pusieron en la cama. Su camisa estaba pegajosa de sangre cuando se la quité... Aquella noche no acababa nunca. Yo acechaba su respiración. Y cada soplo, ni siquiera me daba tiempo de gozar un segundo de dicha, porque ya me preguntaba si seguiría respirando.

Me contempló intensamente, como si acabase de descubrir mi presencia a su lado.

—¿Eres tú capaz de comprender esto? — me preguntó.

Su voz se quebró.

—Figúrate que es tu perro. Solamente te vi apenado cuando *Pompeyo* fue muerto por un toro.

Se rió con una risita rara. «¡Se va a volver loca!», pensé. Me la imaginaba subiendo de nuevo, después de haberme dejado, al aposento de Alfonso y encontrándolo muerto. Me pregunté por qué el destino me sometía a tamañas pruebas. El otro César, el emperador, había conocido la cara noble y aventurera de los acontecimientos; yo, la cara sórdida y aventurera. ¿Era necesario volver loca a mi hermana, además?

—¡Cómo lo quieres! — balbuceé torpemente.

A pesar de su turbación, intuyó en mi exclamación un nuevo camino para tratar de conmoverme.

—No conocí el amor hasta conocer a Alfonso. Esto es lo que no has comprendido. Matando a Sforza me hubieras causado una pena convencional, pequeña. Cuando mataste a Pedro me hiciste daño. Pero si das un golpe a mi marido es como si me lo dieras a mí. Es exactamente lo mismo... No hay ninguna diferencia. César, trata de comprender que no hay diferencia.

Yo pensaba: «¡Y esos hombres lo están matando!»

Su mirada seguía fija en mí, con la esperanza de oírme decir: «¡Bien, acepto tu proposición!» Con la respiración acelerada, yo seguía callado. No podía hacer otra cosa.

Entonces ella se tambaleó. La rodeé con mis brazos, pues se hubiera desplomado. La estreché contra mí. Su cabeza había caído sobre mi hombro. «Todo esto es verdaderamente horroroso —pensé—. Me gustaría ser unos años más viejo.» Su rostro había adquirido la palidez exacta del lino de su camisa.

Volvió a abrir tan violentamente los ojos que me dio un escalofrío. Su cuerpo se estremeció de arriba abajo. No sé si al encontrarse en mis brazos recordó que acababa de sufrir un desmayo. No intentó separarse. Nuestros ojos estaban tan cerca que yo veía las filigranas azuladas de sus pupilas.



Me contempló con una media sonrisa que me heló la sangre.

—Porque los quería — murmuró.

—¿Qué?

—Los matas porque los quiero y tú estás celoso.

Formulaba la monstruosa acusación sin dejar de sonreír. Sentí que se apretujaba más fuerte contra mí. Y al intentar abrir la boca para decirle que ya me había hecho otra vez aquella afrenta innoble e inepta, pronunció, acentuando bien la intención:

—No hay nada que yo no sea capaz de hacer para salvar a mi marido, nada, ¿comprendes...? Sólo tienes que pedir... ni siquiera esto. Haz lo que quieras.

Su rostro se animó. Su cuerpo estaba incrustado en el mío. Me había asido por los hombros y me estrechaba.

—Haz lo que quieras — repitió, furiosa —. Yo sólo quiero su vida.

La sujeté por las muñecas y la rechacé con tal violencia que fue a dar contra la mesa. Lo que acababa de proponerme me causaba pavor. Sentía tanto horror por ella como por mí mismo, que había podido inducirla a creer que su oferta me encantaría y la había obligado a hacerla.

Yo temblaba. Lucrecia estaba inmóvil, apoyada en la mesa, con el rostro extraviado. Sus ojos estaban pálidos, además, por las lágrimas que no brotaban. Las finas comisuras de sus labios se estremecían.

Al apartarla de mí se había roto su collar de perlas, que sembraban la alfombra en el espacio que había quedado entre nosotros y seguían cayendo de su pecho como lágrimas que sus ojos no derramaban.

Me oí a mí mismo decir:

—Recoge tus perlas, Lucrecia. Si es tiempo aún, lo salvaré.

De un salto llegué a la escalera. La suerte de Alfonso estaba pendiente de unos minutos.

Salí a la galería exterior. Tenía que evitar a los escuderos que, por más que les hubiera dicho, me hubieran cerrado el paso, dando tiempo tal vez a Micheletto a consumir su obra.

Y cuando, en realidad, iba a salvarlo, tenía que correr a paso de lobo, agachándome al pasar ante las ventanas, escabulléndome por detrás de las pilastras, como un asesino.

Al final de la galería el palacio forma un ángulo. La ventana abierta que veía era la de Alfonso. Sin dejar de correr, eché una ojeada. Encuadraba un rostro demacrado. Era él, sin duda, sentado en un sofá, pues pude ver, por encima de sus hombros, el borde encarnado de una almohada.

La cabeza desapareció. ¿Me había visto?

Estaba sin aliento y no pude proferir un grito. La ventana encuadraba de

nuevo a mi cuñado. Su puño ocultaba el rostro de mi vista. Empuñaba una ballesta que me apuntaba. El arma estaba ya tensa. «Bueno, esta vez estoy perdido.»

Me había detenido. En la desorientación que produce la sorpresa había perdido el instante que me hubiera permitido protegerme. A la distancia que mediaba entre ambos no podía errar el golpe. Quería mirarlo y morir al menos con los ojos fijos en los de mi enemigo. Me faltó valor. Entorné los párpados, pero respiré profundamente, como para ensanchar el pecho, mejorando así el blanco viviente en que me había convertido. «Y, una vez más, es este bobo de Alfonso quien gana — pensé aún —. ¡Qué divertida es la vida!» Después dejé de pensar y el aire vibró.

El disparo de la ballesta resonó potente. La flecha me azotó los oídos como un latigazo. Luego oí un agudo choque contra la pared y la pulsación del proyectil que caía rebotando sobre las baldosas.

Yo había abierto los ojos otra vez y corría. Alfonso se había desplomado al pie del sillón. La emoción y el esfuerzo que su brazo herido había tenido que hacer para manejar la ballesta le habían producido en el mismo momento de disparar el desvanecimiento que me había salvado la vida y que iba a perder la suya.

De un salto me planté ante él con la daga en la mano. Adivinó mi presencia. El odio lo resucitó. Llevaba un puñal al cinto y lo blandió hacia mí, tratando de levantarse.

—¡Ah, monseñor, os lo ruego!

Era un reproche un poco amargo proferido por Micheletto, que surgiendo por una puerta del fondo del aposento se lanzaba sobre Alfonso. Le torció la muñeca. La daga cayó al suelo. Los compañeros de Micheletto lo rodearon. Uno de ellos tendió el dogal al ejecutor, que lo pasó alrededor de cuello del príncipe, desvanecido.

—No va a sufrir —dijo Micheletto—. Ya no es de este mundo.

Nunca supe si había hecho aquella observación con alivio o con pena.

En aquel momento estaba arrastrando el cuerpo sobre la alfombra, tirando del dogal. La pieza era espaciosa, completamente encarnada, y en ella reinaba el desorden que produce la enfermedad. A su paso, el cuerpo derribaba escudillas, vasos con tisanas y arrastraba ropas. Reinaba en la estancia aquel olor de medicamento que me produce fácilmente náuseas.

Al izar Micheletto el cuerpo hasta la cama lo miré por última vez y volví la vista. Quiero olvidar aquel rostro violáceo del que había desaparecido todo rastro de su belleza porque su boca se había abierto desmesuradamente y de ella salía la lengua como un dardo.

Pero la pierna que Micheletto asentaba sobre el cubrepiés conservaba todavía su línea larga y elástica que yo había admirado pocos días antes, cuando el gato la mordisqueaba.

«¡Vamos! —me dije—. Nada de sentimentalismo, nada de filosofía. Los hechos son así. Él ha errado el golpe; yo, no. El problema era sólo de habilidad.»

Y me enfrenté con Lucrecia, pues acababa de reconocer el pesado crujir de la seda de su vestido.

Vio a Micheletto y profirió un grito. Empavorecida, no se apercibió de mí, fascinada por el espectáculo del muerto. Se arrojó sobre él.

Micheletto, que había tomado la precaución de retirar el dogal, le dijo tranquilamente con una voz un poco nasal:

—Queríamos hablar con él, pero lo hemos encontrado muerto a consecuencia de sus heridas. Ha sido una embolia.

Lucrecia se había aferrado al cuerpo de su esposo como un animal de presa. Le rasgaba la camisa y le apoyaba la cabeza sobre el corazón. De pronto, se detuvo y se apartó de la cama con el rostro seco.

—Una embolia — repitió Micheletto.

—¡Claro! —dijo ella—. Una embolia.

Y con su tono de soberana, les ordenó:

—Salid. Tengo que hablar con el señor duque.

Micheletto me interrogó con la mirada. Yo hice un gesto afirmativo. Las cosas se desarrollaban mejor de lo que yo podía esperar. La escena iba a ser violenta, pero prefería esto a la expresión de un mudo rencor.

Cuando estuvimos solos, dije:

—Lucrecia, te he dejado para salvar a tu marido, te lo juro. Me ha visto en la galería. Y ha sido él quien ha intentado matarme. Ha disparado una flecha contra mí. Estaba demasiado débil y ha errado el golpe. Yo me he precipitado en el aposento y entonces ha querido apuñalarme. Micheletto lo ha sujetado para defenderme. Todo ha ocurrido por culpa suya.

Me miraba con los ojos vacíos. Con objeto de convencerla, me dirigí a la ventana para mostrarle la ballesta. Un sol bajo, enrojecido, traspasaba la pieza de una parte a otra. Me incliné para recoger el arma, aprisionada entre las patas del pesado sillón derribado. Al no poder alcanzarla, me arrodillé.

Cuando oí crujir el suelo a mi espalda, pensé que no sería capaz de ello. Después intuí con instintiva evidencia que un movimiento torpe por mi parte le daría la impresión de que yo había previsto su ademán y entonces descargaría el golpe.

—Ya lo ves — dije con calma y sin mover la cabeza —. Aquí está la ballesta. En el carcaj falta una flecha.

Oí su respiración detrás de mí. Dijo:

—Sí, pero mira esto.

Entonces ella pretendía que yo volviese la cabeza. Si quería salvar mi vida

debía hacer el movimiento opuesto. Como para acabar de sacar la ballesta tendí el busto, levanté una rodilla, di un salto y sólo entonces me volví.

Lucrecia tenía en la mano una de esas largas agujas usadas por las mujeres para fijar el sombrero en el pelo. Su rostro era inexpresivo.

—En los ojos — dijo.

Tuve la impresión de haberla oído como si me hablase en sueños. Estaba sudoroso. Comprendí que si hubiese vuelto la cabeza cuando me dijo: «Mira esto», me hubiera clavado la aguja en un ojo en el instante de volverme.

Ante un hombre no hubiera tenido miedo. Ante Lucrecia me quedé paralizado. Avanzaba lentamente hacia mi con paso mecánico. La daga, que yo había desenvainado para atacar a Alfonso, había quedado encima de un cojín. Por otra parte, sabía muy bien que no me hubiera servido de ella contra Lucrecia.

No podía moverme. El rostro de Lucrecia me daba más miedo que la aguja.

Debí de parpadear largamente, porque no vi cómo se caía al suelo. Sencillamente, la vi tendida. Su pecho palpitaba. Sólo se había desvanecido.

Respiré a fondo, sosegadamente.

En la antecámara se oía profusión de gritos. Reconocí la voz de Sancha, que se hacía oír por sus alaridos. La presencia de Micheletto en palacio la había enloquecido. Había ido a cuidar al Papa dejando solo a mi cuñado. La culpa era suya. Si no hubiese marchado del aposento, habría podido dar la alarma y...

—¿Y qué? — grité abriendo la puerta —. El destino es el destino. Alfonso debía morir hoy, esto es todo lo que hay que pensar. Os aconsejo a unos y a otros que os limitéis a meditar sobre la fragilidad de la existencia. Por otra parte, en vez de entreteneros en censurar una muerte... hay una persona viva que reclama vuestros cuidados.

Salí con la cabeza alta entre rostros en los que se reflejaba el odio y el terror, unos rostros que yo no quería ver.

No volví a ver a Lucrecia en los meses siguientes. Se había retirado a uno de sus castillos, en Nepi, donde se pasaba las horas llorando.

En los arrabales de Roma las madres amenazaban a sus hijos usando mi nombre. «Si no eres bueno, César te llevará.» Cuando llenaba el vaso a un obispo se le quitaba la sed, y si le obligaba a beber, se precipitaba hacia su casa, en busca de un purgante y de todos los contravenenos conocidos. Hasta Micheletto me tenía miedo. Era el colmo: la daga tenía miedo de la mano que la empuñaba.

El Papa mejoraba. El restablecimiento de su salud y el ejemplar castigo que yo había hecho contribuyeron igualmente a moderar a los facciosos y a apaciguar a los soñadores.

El Papa no dijo una palabra sobre la muerte de Alfonso de Aragón. Sin duda, había elegido entre conservar a éste o perder, al perderme a mí, su sostén en la guerra y su hombre de Estado. Yo era el único que podía ensanchar los Estados

Pontificios y mantener el Papado entre el torbellino que franceses y españoles habían desatado sobre Italia. Su Santidad lo había comprendido y a menudo me lo agradecía, pero a veces añadiendo:

—Eres mi mejor soldado temporal, pero... ¿adónde va tu alma, César?

A esto le contestaba yo recitando el versículo de la Biblia:

Dominaremos a los leones y arrancaremos los clientes del dragón.

Los acontecimientos aportaban el triunfo de mis designios y mis esfuerzos. Volví a ponerme la coraza. Esto me alegró. A fin de cuentas, prefiero el viento que levanta el cañón a las corrientes de aire del Vaticano.

Al frente de las tropas que los franceses me habían concedido, puse sitio a Faenza, Piombino y Pesaro, de donde Juan Sforza, mi viejo amigo Juan Sforza, huyó al empezar la batalla. Pensé que si aquel día uno de mis obuses o de mis flechas le hubiesen alcanzado, se me hubiera tenido por un guerrero afortunado, y, en cambio, si lo hubiese apuñalado algunos años antes, como era mi intención, se me hubiera tachado de asesino. La opinión es esto.

Recobré la confianza en mí mismo corriendo a través de los campos de batalla. Si hubiera prestado oídos a los romanos se habría creído que yo era el único que derramaba sangre. Gracias a dos o tres insignificantes crímenes, protegí centenares de pueblos y ensanché nuestros Estados, no con la sangre de regimientos italianos, sino con la de los franceses. Me persuadí de ser un bienhechor erróneamente tomado por un ángel exterminador.

Luego, a principios del año siguiente, volví a emprender la campaña al servicio de los franceses, que marchaban sobre Nápoles.

Su violencia me escandalizó. Siempre he procurado ahorrar la sangre de mis soldados, e incluso la de los extranjeros a mi servicio. La furia de los generales franceses, lanzando por capricho o afán de gloria compañías enteras a una muerte cierta e inútil, me repugnaba. Me causaba asombro asimismo su imprevisión al permitir a la soldadesca matar y saquear entre bosques de llamas sin preguntarse lo que pensarían de ello los napolitanos y hacia quién volverían pronto los ojos si, como era fácil prever, franceses y españoles llegaban a las manos.

En Capua sólo pude ver masacres: era una ciudad roja de sangre. El color me abatía. En Capua el cielo es más africano que en Roma.

Nápoles cayó en nuestras manos. Los franceses la saquearon y la aturdieron con fiestas. Las mujeres arrastradas en las mascaradas que recorrían las calles, no llegaban a distinguir si eran violadas como botín de guerra o a guisa de compañeras de placer. Los franceses se ataviaban con joyas robadas.

Intenté envilecerme en la orgía. Hubiera sido impolítico disgustar al rey de Francia, y puesto que era su gusto festejar la caída de un reino con un carnaval, me dejé ver en sus bailes.

El calor, el inolvidable hedor de los arroyos de la sangre que había caído en Capua y el exceso de vino quebrantaron mi salud. Las fiebres hicieron presa en mí

y tuve que guardar cama. Era un buen pretexto para regresar a Roma tan pronto como me fuese posible.

Así, pues, una noche regresé, abandonando el harén de cuarenta mujeres de que me había rodeado, reunidas durante el saqueo de la ciudad con el pretexto de protegerlas de los franceses.

Hice parte del trayecto en litera con cuatro filas de caballeros a cada lado, pues me perseguía la idea, que resultó falsa, de que iban a asesinarme.

Muchos tenían deseos de hacerlo y algunos hasta lo habían anunciado. En particular Caracciolo, un condotiero a quien le habían arrebatado la prometida una noche que me aburría, y Madona Tuscia Gazullo, la madre de Alfonso de Aragón, que lo decía a todo el que quisiera oírlo. Temía también al padre, el viejo rey Federico, que los imbéciles de franceses, que obran con la misma ligereza al mostrarse salvajes durante la batalla como en la supuesta generosidad de que abusan después, habían capturado en Nápoles cubriéndolo de flores en vez de encarcelarlo y lo habían enviado a Francia, donde le habían concedido un ducado a orillas del Loira.

El miedo no me impedía pensar. Soñaba con Venecia. Tarde o temprano, franceses y españoles se destrozaban entre ellos. Yo aparecería como árbitro y pediría Venecia a quien me decidiese sostener. Con objeto de preparar mi conquista quería aliarme con Ferrara. El viejo Hércules de Este estaba alarmado a orillas de su Adriático. Había escrito al Papa proponiéndole el matrimonio de su hijo con Lucrecia. Esta alianza me permitiría iniciar el cerco de Venecia y, al mismo tiempo, contar con las fundiciones de artillería de Ferrara, las primeras del mundo. «Un día pensaba, tendré en mis manos Roma, Venecia y Florencia y esperaré que Nápoles se desprenda de su dueño francés o español demasiado lejanos, como una fruta madura.» Entonces Italia, mi Italia, estará casi acabada.

En Roma hubo nuevas mascaradas, pero me dejé ver menos. Recibía tendido en la cama. El proyecto de matrimonio de Lucrecia y el heredero de Ferrara, Alfonso de Este maduraba. Se hallaban en curso de negociaciones entre mi padre y Ferrara. Tuvimos que dar a Lucrecia una dote de cien mil ducados, un torrente de joyas y dos castillos. Tuvimos que reducir el tributo pagado por Ferrara al Pontífice y distribuir obispados a sus allegados. Las exigencias de Ferrara se basaban en la supuesta repugnancia que sentía su hijo «por una mujer que —según decía él— se había visto mezclada con demasiadas orgías y crímenes». ¡Pobre Lucrecia!

Su boda superó en magnificencia las dos precedentes. Los hermanos de Alfonso de Este, don Ferrante y don Segismundo de Este, se personaron en Roma para celebrar la boda por poder y llevarse a Lucrecia. Eran jóvenes y apuestos. Su escolta estaba formada por quinientos caballeros, cortesanos y oficiales de Ferrara. Todos iban soberbiamente ataviados y nosotros no les fuimos en zaga. Me pareció oportuno recibirlos con cuatro mil hombres de escolta.

Las fiestas duraron ocho días. Era por Navidad. Su Santidad avanzó la fecha del Carnaval para darles mayor esplendor. El pueblo arrastró carros de triunfo por

la ciudad.

Y mientras nosotros dábamos bailes, los hombres de negocios del duque de Ferrara contaban los ducados de la dote de Lucrecia.

Los hermanos menores de Alfonso de Este encontraron a Lucrecia tan hermosa como se decía y así lo escribieron a Ferrara. Sus trajes carmesí, violeta, negro y oro, bajo sus mantos forrados de cibelina, habían producido un gran efecto, que no habíamos dejado de valorar.

El 6 de enero del nuevo año. Lucrecia partió con un boato digno de una reina. El tiempo amenazaba nieve. Una pálida claridad que parecía surgir de la tierra y no del cielo dibujaba los ciento cincuenta carruajes, ataviados con sus colores, amarillo y castaño, que llevaban su servicio de sus tesoros. Su séquito se componía de unas veinte damas de honor, mayordomos, intendentes, secretarios, capellanes, lectores, modistos, cocineros, guardarropas, encargados de la vajilla, herreros, palafreneros, pajes, tres obispos, un cardenal y escogidos representantes de la noble casa de los Colonna.

Yo la acompañé hasta las afueras de Roma. Sus treinta trompeteros anunciaron la marcha. Lucrecia no se volvió siquiera para saludar por última vez a su padre, que permanecía tras los cristales de la logia de las bendiciones. Hacía mucho frío.

Estaba tendida en la litera que el Papa le había ofrecido para el viaje, tapizada de oro, a la francesa. Una de las cortinas de seda azul se mantenía levantada para que pudiera mostrarse al pueblo.

Yo cabalgaba detrás de ella.

Al pasar por delante de la iglesia de Santa María del pueblo vi que se persignaba.

Le di escolta hasta el crepúsculo. Empezaba a caer una nieve fina. Dispuse a mis hombres en fila a los lados y ordené que redoblase el tambor. La campiña romana, llana, no se distinguía del cielo ya. Mis escuderos encendieron antorchas que chisporroteaban; sus llamas se inclinaban bajo los copos de nieve.

A través de la humareda vi desfilar, por espacio de más de media hora, el cortejo que se llevaba a mi hermana, con su tenue e inexpresiva sonrisa, que había campeado en sus labios durante toda la ceremonia, su ajuar de telas de oro batido, afiligranado, festoneado, esmaltado, sus ciento cincuenta mil ducados de joyas, restauradas de nuevo, su servicio de plata, sus tapices, su pequeña mora, sus cuatro bufones y el capelo de arcipreste para el cardenal Hipólito de Este.

Los Ferrara habían encontrado que Lucrecia era hermosa, pero sólo la habían aceptado con una viudedad de reina.

Regresé sin tardanza a Roma por el camino que me era tan conocido y que, un día, me llevaría a Venecia. Al bordear la Vía Flaminia, en una noche de nieve, de ésas que hace temer que el día no va a levantarse jamás y me recordaba Francia, me interrogué sobre Lucrecia.

Solamente habíamos cruzado palabras protocolarias. Ella había evitado con firmeza las ocasiones de hablar a solas que yo había intentado provocar. La víspera, al darle las consignas políticas, lo había hecho en presencia del Papa. Había contestado a cada una de mis explicaciones, no a mí, sino al Papa, como si yo no fuese otra cosa que el papagayo de las intenciones pontificales.

Yo no ignoraba que, a pesar de haber dispensado una dolorosa acogida a su boda con Alfonso de Este, se había resignado muy pronto. No creo que la haya movido la seducción de un futuro casi real que le espera ni el favorecido retrato que le han hecho de su nuevo marido.

Creo que se siente aliviada por la certeza de no tener que soportar más mi presencia, de abandonar este Vaticano del que guarda recuerdos demasiado horribles y en cuyo ambiente se hallaba sometida al temor de las intrigas que nos imponían las circunstancias, intrigas de las que con demasiada frecuencia había sido el juguete.

Esta mañana se cumplen veintisiete días que los dejé. Su viaje por Ferrara ha de durar un mes. En este momento se acerca a su nueva capital y a su nuevo marido. Ayer, una amiga de Sancha me refirió unas palabras que Lucrecia parece haber pronunciado antes de su partida: «Me considero como una muerta. Estoy muerta. Lo que hagan con mi cuerpo ya no me importa nada.»

¿Es el remordimiento de saber que está desesperada? ¿Es la inquietud por saber la acogida que le va a dispensar su marido? ¿Qué va a ser de su vida allá lejos, si es que sigue viviendo? ¿Es, sencillamente, el efecto de una separación que jamás había podido prever tan melancólica y la certeza de no volverla a ver antes de que transcurran muchos años? Pienso en Lucrecia y suele ocurrirme que, sobre todo por la noche, en el momento de dormirme, pienso solamente en ella.

Esta noche, al despertar bruscamente, he pensado en ella una vez más. Y para reflexionar sobre Lucrecia me he levantado antes de la aurora. Es que la carta de Maquiavelo que recibí ayer ha soplado sobre la llama.

El hecho es que un hombre como él considera que puede evitar el asesinato de Aragón y la sola explicación que le encuentra a tan malhadado asesinato es pasional, no política. A los ojos de Dios, los motivos que impulsan a un hombre a obrar resultan quizá claros. Ante mí mismo no resulta, en cambio, fácil enunciar brevemente las causas de ese crimen.

Una cosa es cierta: que con frecuencia pensé en proteger y salvar al muchacho. Lo es también que lo detestaba por motivos frívolos, porque se parecía a la Carlota de Aragón que me había rechazado y tal vez porque Lucrecia lo quería demasiado.

Este último sentimiento no puede ser considerado como celos. Nunca olvidé que Lucrecia era mi hermana. Un incesto con Sancha me había regocijado porque ella no era más que mi cuñada. Por nuestras venas no corría ni una gota de la misma sangre y la palabra «incesto», empleada en este caso, no pasaba de ser un juego de palabras. Nunca me propuse poseer a Lucrecia ni me tracé un plan para



lograrlo. Y cuando, compartiendo el error de Maquiavelo, ella llegó hasta ofrecérseme para salvar a Aragón, un escalofrío de escándalo recorrió todo mi ser. Entonces ¿por qué este medallón de Lucrecia, disimulado en un dije de oro, pende siempre de mi pecho? ¿Y por qué lo he entreabierto una vez más esta mañana? ¿Y por qué voy a entreabrirlo otra vez?

Ella está ahí. No mayor que la yema del pulgar, en su marco de diamantes. El pintor no ha encontrado pinceles lo bastante finos para reflejar sus cabellos, esa extravagante mezcla de seda que revolotea y de oro que pesa. Pero, con ayuda del recuerdo, vuelvo a verla exactamente. Buenos días, Lucrecia. Por ti no he experimentado nunca odio ni pasión prohibida.

La verdad es que hubieras sido mi gran amor de no haber sido mi hermana. Lo supe una mañana de primavera, cuando llegaste con Gandia del convento de San Sixto. Mis pecados, mis únicos pecados, consistieron en sueños. En la oscuridad de una alcoba, a veces llegaba a imaginar que yo no era César Borgia, tu hermano, y que el cuerpo de una cortesana cualquiera que estaba estrechando entre mis brazos era el tuyo. Esto es todo.

Lo que me obligó a atacar sucesivamente a tu marido Sforza, a tu amante Pedro y a tu amado Alfonso de Aragón fué la historia de nuestra casa, y no mis celos. No me estoy defendiendo. Trato de ver claro. Me conozco mucho.

Sé que si el asesinato ha llegado a serme cosa fácil, es porque inocente del de Gandia, rodeado de sospechas, hostigado por falsos testimonios, me he visto obligado a matar para aniquilar esas peligrosas mentiras, a un insignificante asesor comprado por mis enemigos y consagrada a perderme.

Y ante tus ojos, Lucrecia. Después, como se me contemplaba con horror y hasta te lo causaba a ti misma, me dije: «Bien, al menos os voy a hacer estremecer por algo.»

La única cuestión que me confunde es esta: tenía motivos sobrados, en interés del Estado y de mi casa, para desear la muerte de Sforza y de Pedro y hasta la de Alfonso de Aragón. Al menos, así lo creo. Pero si alguno de esos hombres no hubiera tenido derechos sobre ti, tal vez mi imaginación me hubiera propuesto soluciones más flexibles, remedios más moderados.

Creo que es en este punto donde estamos cerca de la verdad. Desde el momento en que se ha tratado de uno de tus hombres, para apartar el peligro que representaban he sido incapaz de usar otra arma que el asesinato. Mi imaginación quedaba paralizada. A menudo llegaba a rechazar los consejos de Micheletto, siempre de una violencia extrema, para sustituirlos por otros de una violencia mejor dosificada, menos sangrienta. En los tres asuntos de que se trata, nunca encontré nada que oponer a los planes de Micheletto.

Probablemente esto no es una casualidad. En el fondo de mí mismo, existía algo que jamás me hubiera empujado a matar, pero era lo bastante fuerte para dejarme matar, algo que se regocijaba cuando la daga se ofrecía como el solo instrumento imaginable para romper tus uniones.

«Gnotis seauton», contestaba el oráculo de Delfos. Conócete a ti mismo. No es tan sencillo. Desde mi punto de vista me conozco demasiado y no lo bastante como para conocer el sentimiento que me inclina hacia ti. Hace horas ya que estoy buscando el cómo y el porqué de las funestas relaciones que tuvimos tú y yo, Lucrecia. En parte es para contestar a Maquiavelo, que me acusa de no haberme portado como un príncipe, pero, sobre todo, para llegar al fondo del sentimiento que me une a ti y que, en lo sucesivo, me verá obligado a alimentar con recuerdos.

—¿Qué?

César se sobresalta, haciendo crujir su sillón. El movimiento instintivo de su mano hincha y levanta los rollos de las cartas que están encima de la mesa.

Arrancado de su sueño, César recobra aliento.

—Monseñor, son las siete. El pintor está aquí. Dice que está citado con vuestra señoría.

—Citado... ¡Ah, sí, ese retrato! Bien, hazlo entrar.

Antes de salir, el criado echa dos leños en la chimenea, sobre el fuego mortecino, reducido a un lecho incandescente.

Solo otra vez, César se da cuenta de que el medallón de Lucrecia sigue colgando de su pecho, fuera de la camisa. Antes de cerrarlo, lo contemplaba una vez más.

«¿Constituía verdaderamente un peligro Alfonso de Aragón? — se pregunta —. Cierto es que estaba en buenas relaciones con el grupo napolitano de Roma y, por lo tanto, con mis enemigos del momento. Pero esos enemigos desplegaban bien poca actividad y Alfonso aún menos que ellos. Las intrigas le causaban horror. Sólo quería a Lucrecia y a la caza. Fue un arrebató que no me explico hoy lo que me indujo a exagerar desmesuradamente el escaso peligro que, durante la enfermedad del Papa, representó el joven Alfonso,. Yo podía hacer lo que Su Santidad proponía: alejarlo de Roma, confiarle el gobierno de una pequeña ciudad, de un pequeño castillo, en un pequeño principado, hacia el Norte. En él hubiera permanecido completamente tranquilo y los que tremolaban su nombre mientras estaba en Roma, no hubieran tardado en olvidarle, apenas ausente. Después de haber destronado a su padre, los franceses lo hubieran dejado tranquilo en su modesta campiña o lo hubieran enviado a Francia dándole un ducado a orillas del Rodano o del Loira. En este momento estaría haciendo tranquilamente el amor con Lucrecia. En el curso de mis viajes yo les hubiera visitado. Me hubieran recibido con dos sonrisas iguales. A fuerza de ser dichosos, hubieran llegado a parecerse. Luego, vamos a la verdadera cuestión. ¿No le hubiera yo conservado la vida si no hubiera tenido él en su mano a Lucrecia? ¿Qué es lo que me aflige? ¿Qué es lo que prefiero? ¿La imagen de una Lucrecia feliz en brazos de un Alfonso bienaventurado, en el cobijo de su pequeño castillo, o la de esta Lucrecia desesperada a la que cada minuto acerca a Ferrara y a un

marido que odia de antemano? Si prefiero la Lucrecia enlutada a la Lucrecia gozosa, es que Maquiavelo tiene razón y yo soy un asesino.»

Corresponde con una inclinación de la cabeza al saludo de Rafael que entra, friolero, con su vestido de terciopelo oscuro, seguido de un discípulo que empieza a instalar el caballete del pintor.

—Sólo se trata de esbozos por el momento, señor. Podéis mover la cabeza, escribir, pensar.

Y César piensa: «Sí, Lucrecia, maté a Alfonso de Aragón porque te quería. Sí, prefiero imaginarte enlutada por el camino de Ferrara.»

El pintor se ha detenido. Sobre su cartulina se suspenden las líneas. Su mirada no se aparta del rostro de César, que se ha inclinado hasta no ofrecer a la vista, sino la frente y, en un leve escorzo, el movimiento del labio.

Rafael no se atreve a pedir al Capitán General de la Iglesia que levante un poco la frente. Su atenta mirada es percibida por los sentidos siempre alerta de César. Levanta vivamente la cabeza. Esboza una sonrisa. Y dice:

—Estaba pensando en mi buena hermana Lucrecia. Debe de estar cerca del castillo de los Bentivoglio. Espero que el viaje no le haya causado demasiada fatiga.

# CAPÍTULO XIX

## EL DERECHO DEL MARIDO

A la misma hora, en el castillo de Bentivoglio, los niños de las alquerías vecinas y de los sirvientes del castillo estaban ya emboscados a lo largo del camino.

En el mismo momento en que Rafael se lamentaba interiormente de la anémica palidez del sol de invierno, que se levantaba iluminando tan mal su cartulina como las facciones de su modelo, todos aquellos arrapiezos, vestidos con sus trajes nuevos, deploraban que la bruma, tan frecuente en aquella estación a orillas del Po, les impidiese distinguir el camino más allá del alcance de un tiro de arcabuz.

Y no era porque abrigasen el propósito de recibir a arcabuzazos a los que estaban acechando. Desde la víspera, sus únicos instrumentos consistían en ramas de olivo que, por orden de sus familias, adoctrinadas a su vez por Aníbal de Bentivoglio, habían ido a coger a la colina, al objeto de poder agitarlas al paso de la famosa princesa Lucrecia, que iba a convertirse en esposa de Alfonso de Este, el hijo del poderoso duque de Ferrara.

Ya la víspera, al atardecer, habían montado la guardia al borde del camino donde los encontraba el sol al levantarse, no porque hubiesen pasado allí la noche, sino porque sus padres, desde antes de amanecer, los habían dispensado de ir a guardar las ovejas o traer agua o escarbar la tierra endurecida por el rigor del invierno, empujándolos vigorosamente a ocupar su puesto de honor.

Todos sabían que debían gritar: ¡Lucrecia, Lucrecia!» hasta enronquecer, y que la dama, quizá, desde el fondo de su litera o de lo alto de la silla, este punto no estaba aclarado, les echaría peladillas y hasta quién sabe si algunas monedas.

Los mayorcitos, sentados en el declive, celebraban consejo tallando maderos para convertirlos en caramillos, hondas o bastones, discutiendo vivamente sobre la princesa, a la luz de las palabras que habían sorprendido en boca de sus padres, o en el caso de Lino, el hijo del posadero, en boca de forasteros lenguaraces que, tras haber bebido, al ocuparse de sus caballos, expresaban locuazmente sus opiniones sobre los acontecimientos políticos y juzgaban con autoridad a los grandes de este mundo.

- Sus maridos, en primer lugar — explica Lino —, eran muy numerosos.
- Esto está prohibido.
- ¿Qué es lo que está prohibido?

—Tener muchos maridos.

—Creo que los tuvo unos después de otros —otorgó Lino.

—No comprendo lo que estás diciendo... ¿Qué le hicieron a Lucrecia sus maridos?

—Nada. ¿Qué quisieras que le hubiesen hecho los pobres? Fue ella.

—¿Lucrecia?

—Sí.

—¿Y qué es lo que les hacía?

—Los envenenaba, te lo digo yo.

—¿Y qué iba ganando con ello luego?

—Elegía otro y lo envenenaba.

—¿Y a cuántos maridos ha envenenado Lucrecia?

Lino titubeó. El palafrenero a quien debía lo más valioso de su información no había dado una cifra. Su imaginación le inducía a citar algunas, pero dudaba entre diez, ciento o mil, aunque sus gustos le hubieran inclinado a un número más preciso, por ejemplo, doce, como los apóstoles.

—A mí — dijo uno de los más chicos — si quisiera envenenarme la cogería por los pelos. Es como hay que hacer con las chicas.

Lino atajó.

—¿Creéis que sería lo bastante bestia para arrojarnos peladillas envenenadas?

—Sólo envenena a sus maridos. Creo que mató también a uno de sus hermanos, pero a ése con un cuchillo grande. No sé si era hermano. De todos modos, era alguien de su familia.

—Entonces, a nuestro señor Bentivoglio ¿no lo envenenará porque no es de su familia?

—En cambio, al señor Alfonso de Este lo envenenará en cuanto llegue a Ferrara, puesto que es su marido, ¿eh?

—Es probable — admitió Lino.

—¿Y él lo sabe?

—Me sorprendería que no lo supiera.

—Entonces ¿por qué se ha casado con ella?

Lino hizo un gesto que no significaba ignorancia sobre el caso, sino más bien sobre los motivos que inducen a obrar a los personajes, motivos que se ofrecían todavía más absurdos y misteriosos si los personajes eran príncipes.

Sin embargo, para no quedar derrotado, recordó los copiosos detalles que la conversación que había oído unos días antes entre un tratante en caballerías y un aduanero, le había suministrado.

—El último —reveló en tono confidencial— era un español llamado Aragón, y Alfonso de nombre, como el que acaba de desposar. Al parecer, cuando entraron las gentes de palacio, ella estaba con su hermano César en el aposento y Alfonso muerto estrangulado en la cama. Habían dado el golpe juntos. Y recordad al señor Juan Sforza, que pasó por aquí en el tiempo de las castañas el año pasado, y basta Benedetto le puso herraduras a su caballo.

—Sí, lo recuerdo —dijo el más pequeño—. Era todo rojo, hasta su barba y su caballo.

—No. Era un señor como otro cualquiera. Pues bien, hace tiempo, mucho tiempo, por lo menos tres o cuatro años, fue uno de los maridos de Lucrecia. Y ella lo persiguió acompañada de César.

—¿Y por qué?

—Para matarlo, idiota.

—¿Entonces no estaba muerto al llegar con su caballo a casa de Benedetto?

En el alma de Lino se encendió la llama poética. A pesar de que no había visto ni por asomo a Juan Sforza y que sólo sabía su paso por la región por una conversación de posada, declaró con el tono del que está al cabo de la calle:

—Aquel día habló conmigo. Me dijo que sostuviese el caldero en que daba de comer a su caballo. Y en el caldero había solamente oro y perlas que comía el caballo. Entonces me preguntó: «¿Te sorprende esto?» Y yo le dije: «Sí, me sorprende un poco.» Entonces él me dijo: «Escucha, Lino...»

—¿Sabía tu nombre?

—Sí, lo sabía... Y además, si no dejas de interrumpirme, no os contaré la historia.

La amenaza restableció un silencio respetuoso. Y Lino, sin dejar de rascar con su cuchillo el extremo de la pequeña horquilla de madera que esperaba convertir en una honda, prosiguió al desgaire, en el tono negligente de los nobles cazadores que, al calor de la lumbre de su casa, se referían mutuamente recuerdos de guerra.

—Me dijo: «Voy a decirte por qué lo alimento con oro y perlas y rubíes —pues también había rubíes, y peladillas incluso—..., pues porque me salvó la vida. Este caballo es tan veloz que Lucrecia y César, a pesar de sus mil caballos, no pudieron darme alcance. Y aquel día, para que corriese todavía más deprisa, le prometí que si me salvaba sólo lo alimentaría con oro...»

—Peladillas...

—Rubíes...

El coro infantil no tuvo tiempo de acabar con la enumeración del sabroso tesoro de que se alimentaba el caballo de Sforza, pues ya resonaba el clamor levantado por las avanzadillas. En efecto, entre la bruma se divisaban las siluetas de unos caballeros que llegaban al trote de sus monturas.

Los muchachos se arremolinaron y, por la gracia de sus cristalinas voces, el rumor de la cabalgada quedó cubierto enseguida por una cascada de «¡Lucrecia! ¡Lucrecia!», que no cesó hasta que uno de los caballeros, con la mano, les hizo seña de que se callasen, porque se engañaban. Después les arrojó un puñado de monedas, sobre las que se lanzaron luchando a brazo partido.

—En todo caso —dijo el caballero que había arrojado las monedas, a su vecino —, el entusiasmo de los aldeanos tiene trazas de haber sido bien organizado. No esperaba tanto de Aníbal Bentivoglio.

La bruma se había vuelto a cerrar sobre los viajeros que sólo divisaron del castillo en el que penetraban en fila, los muros y los pesados relieves arquitectónicos.

Y, sin embargo, en un extremo del patio, Pietro Bembo, el jefe de la tropa, se detuvo ante un fresco que representaba unas guirnaldas de rosas. Algunas antorchas que ardían todavía, pese a que era cerca de mediodía, los alumbraron dentro de un halo de niebla.

«¡j Qué alegre debe de ser este lugar en primavera — pensó Bembo—. ¡Y qué tristes son ahora estas flores bajo la bruma! Su rosada frescura adquiere una expresión irrisoria en este baño gris. Es tan bello como doloroso. Los poetas se equivocaron al intentar asustarnos con la imagen de un invierno basada en la descripción de ramas desnudas, sobre las que se posan los cuervos. Sería más cruel y emocionante representar los alegres vestigios de la primavera bajo los achaques del invierno. Estas rosas, por ejemplo. Dentro de la bruma sugieren un sinfín de imágenes; un naufragio, un sepultamiento de rosas. ¿No podría evocarse así el radiante recuerdo de una mujer desaparecida o que os ha traicionado? El resplandor de la rosa, pero entre nuestros ojos y ella, este lento vapor que se posa a gotas en otras tantas perlas que se triturasen, impalpables bajo la presión de los dedos, irreales, lo mismo que el recuerdo querido, y sin perfume como esas rosas pintadas.»

—¡Ah, mi señor Bembo! He bajado a escape la escalera creyendo por lo que mis hombres me han dicho, que vuestra tropa era la de doña Lucrecia. Os he visto contemplando mis frescos. Se dice que componéis vuestros poemas muy deprisa. Os he dejado tiempo para componer uno.

—Vuestra Señoría —dijo Bembo— me sugiere sólo el deseo de escribir un día un poema a la gloria de la indulgencia, tanto me conmueve la que os dignáis mostrarme.

Bentivoglio era un individuo apuesto, un poco corpulento que se había ataviado ricamente para aquella circunstancia, pero que resultaba más fácil figurarse a la retrasada moda de su pequeño ducado que a la de las grandes cortes italianas.

—Al aceptar mi hospitalidad, me dispensa un gran honor, doña...

Era uno de los grandes señores que respetan a los artistas y tratan de ser admirados por ellos, menos por su nobleza que por sus cualidades personales de

gusto e ingenio. Así, ante Pietro Bembo, el gran poeta veneciano, a la sazón huésped de la corte de Ferrara, quería dar pruebas tanto de independencia de espíritu como de vivacidad. Se atascó.

—Iba a decir Lucrecia Borgia —prosiguió—. Ved lo que puede la costumbre. Para corregir mi error se me han ocurrido las palabras de Lucrecia Sforza, condesa de Pesaro, de Lucrecia de Aragón, duquesa de Bisciglia, cuando en realidad era simplemente Lucrecia de Este, un día duquesa de Ferrara, lo que había que decir. Creo que en una canción griega, la *Odisea* me parece, una diosa, Minerva si no me equivoco..., a menos que no sea Juno, aparece bajo múltiples nombres para engañar a los mortales. En todo caso, nuestra Lucrecia, si es una divinidad que se burla de los hombres, no logrará engañar a su nuevo marido sin encontrar una réplica, puesto que los Ferrara se precian de descender de Hércules, un semidiós, lo sé bien.

Pero la mitología nos enseña, no lo ignoráis, que existen semidiosas capaces de triunfar sobre las diosas más que a medias.

Se rió, probablemente persuadido de haber dado muestras de impertinencia y de mordacidad con respecto a Lucrecia, sobre la que era de buen tono murmurar en toda Italia, pero, en fin, de haber tejido un cumplido que tenía doble ventaja de satisfacer la cortesía de un amigo de Ferrara, y siendo este amigo un gran poeta y un gran erudito, de haber exhibido algunos recuerdos mitológicos más o menos bien clasificados.

—Doña Lucrecia — repuso Bembo suavemente — llegará esta noche a vuestra morada, monseñor. Al menos así nos lo asegura una carta que nos ha traído uno de sus correos. El duque deseaba enviaros un mensajero y me he ofrecido yo por muchas razones. No conocía vuestro célebre castillo y deseaba tener el placer de pasar en él unas horas, entre las brumas del más hermoso río de Italia, en compañía de uno de sus príncipes más distinguidos. Debo confesaros también que tenía deseos de salir a recibir a doña Lucrecia y encontrarme con ella antes que nadie. Este lugar me parece propicio para verla por primera vez. ¿No está acaso consagrado a la belleza, como la princesa que se dispone a recibir?

Habían penetrado en un alto vestíbulo de paredes pintadas de colores frescos y recubierto de mármol rosa.

—Ésta es una morada muy humilde al lado de la que os acoge como huésped en la actualidad, mi señor Bembo — dijo Bentivoglio con la voz en un arrullo —. Hubiera preferido recibirlos por primera vez en primavera, cuando el agua del Po está cuajada de oro.

—No, monseñor, este frío y esta bruma tienen una magia que evoca ciertos cuentos germánicos o bretones. Con sus cabellos de oro. Lucrecia estará en su ambiente adecuado y ya me estoy haciendo una gran idea sobre el embarque de mañana por el río. Sólo faltará Lanzarote.

Los conocimientos de Bentivoglio, muy limitados por lo que se refería a canciones de gesta, le dejaron pensativo sobre la identidad de tal Lanzarote.



Guardó un prudente silencio. Al mismo tiempo pensaba que debe ser muy agradable ser poeta, príncipes del espíritu se encuentran en todas partes como en su propia casa, incluso estando en casa de los príncipes de la tierra, al ver la soltura de los ademanes de Bembo, su osado e inteligente semblante que deslumbraba sin tener que recurrir a su indumentaria, muy sencilla: bajo un manto corto, de anchas mangas, un jubón de terciopelo negro, casi como el uniforme de los letrados, que se abría en un amplio cuadro que dejaba ver una camisa extremadamente fina, sujeta alrededor del cuello formando pequeños pliegues.

—Me pregunto...

Bembo había empezado la frase con una media sonrisa que había estirado sus delgados labios, casi demasiado delgados, pero había puesto fuego en sus negros ojos, que destacaban sobre la extrema palidez de su tez.

—Me pregunto si no nos llevaremos una decepción con doña Lucrecia.

Bentivoglio movió la cabeza sin comprometerse. Aunque ardía en deseos de ello, no quería dejarse llevar a una discusión sobre la extraña boda que había hecho Alfonso de Este, que, después de todo, era su cuñado.

—Supongo —dijo simplemente— que Alfonso de Este lo ha pensado bien antes de casarse. No ignoro que al principio no quería ni siquiera oír hablar de ello y que fue su padre quien le obligó, pero el duque no es hombre que haga las cosas a la ligera. Si lo que ciertas gentes cuentan de Lucrecia fuese verdad no le habría dado su hijo.

Con la mirada imploraba a Bembo que le llevase la contraria, pues en el fondo estaba bastante animado al pensar que iba a recibir a una criatura tan ilustre por sus encantos como por los sombríos dramas en que había tomado parte. Así, con la esperanza de hacer hablar a Bembo, rectificó un poco su juicio.

—Verdad es que la dote era enorme. Tal vez sea la dote lo que ha inducido al duque de Ferrara y a su hijo a pasar por alto ciertos enojosos detalles de la vida pasada de esa joven. Por lo demás, en la época en que vivimos, no hay que otorgar demasiado crédito a las habladurías. ¿Qué pensáis de ello?

—Precisamente, que corremos el peligro de sufrir una decepción — contestó Bembo riéndose un poco.

De pie ante la chimenea, a unos diez pasos, tendía hacia ella sus largas y finas manos para calentarlas. Bentivoglio seguía mirando con curiosidad a aquel poeta de tanto renombre, de quien hablaban las damas en todas las cortes de Italia, por su condición de especialista en achaques del corazón, de la mujer y del amor, y de quien deseaba poder decir en lo sucesivo: «Pietro Bembo... Sí, lo conozco muy bien.» Constató la gracia de su largo cuello, acentuado por el blanco cerco de la camisa y la arista finísima de su nariz aquilina y sólo después se preguntó por qué se reía Bembo y a qué género de decepción aludía.

—Seamos sinceros —prosiguió Bembo, contemplando a su interlocutor con aguda malicia que, en ciertos momentos, iluminaba sus facciones y ahuyentaba

toda melancolía de ellas —. Vos y yo hemos oído hablar demasiado de Lucrecia Borgia estos últimos años para no esperar que se nos aparezca, con hilachas de brumas mezcladas a los hilos de oro de sus cabellos, una de esas monstruosas criaturas forjadas por las leyendas, monstruosa por el propio exceso de su belleza y porque el destino se ha encarnizado en reservar una muerte atroz a los seres que se acercan a ella; monstruosa, por fin, por el papel que ciertas gentes le atribuyen en los horrores que llenan su vida. Entonces, sufriremos una decepción sí, en vez de la temible criatura que esperamos, vemos llegar sencillamente una bonita dama que tiembla un poco porque hace frío, algo fatigada por el largo viaje, bonita, pero sin más, que nos de la impresión de que se ha limitado a ser juguete de unos acontecimientos peores que ella, de los que no ha llegado a comprender gran cosa, llevándola, empujada como la tormenta empuja la boya de corcho de un pescador, sin que el corcho tenga nada que ver en el desencadenamiento de los elementos. Y si es así, mi querido señor, nos sentiremos decepcionados.

—¡Decepcionados! No, de ningún modo... Estais bromeando —exclamó hipócritamente Bentivoglio—. Al contrario, esto estrecharía los lazos de amistades que nos unen con los Ferrara.

—Decididamente, no sois sincero. O bien os engañáis vos mismo. Cualquiera que sea nuestra devoción por los Ferrara, confesad que no nos desagrada encontrarnos de vez en cuando con esos seres que producen un escalofrío.

Los dos hombres se sentaron, poco después, a la mesa, ante una pierna de jabalí, acompañados por el reducido grupo de oficiales que había escoltado a Bembo y los gentilhombres deudos de la casa de Bentivoglio.

La conversación siguió refiriéndose a Lucrecia, pero con la prudencia exigida por el mayor número de comensales.

Después, el señor del lugar mostró a Bembo los aposentos que había hecho preparar para Lucrecia y sus acompañantes. El grueso del cortejo, en efecto, había proseguido directamente la marcha hacia Ferrara y sólo Lucrecia y sus sirvientes se habían desviado para ir por Bentivoglio, con objeto de embarcar allí, siguiendo por el Po, y entrar triunfalmente en la capital del ducado.

El día, que se había levantado tarde, cayó muy temprano. Hacia las tres de la tarde, una niebla blanca, de acolchado espesor, cubrió como un sudario el valle.

Así fue como los oteadores, a pesar de la mucha vigilancia profesional, no divisaron la caravana de Lucrecia hasta el momento en que franqueaba la entrada del castillo.

Se produjo un tumulto.

—¿Dónde está?—gritaba Bentivoglio descendiendo la escalinata de honor, rodeado por un enjambre de gentil— hombres no menos atareados.

Los guardias saludaban al azar. Por las grandes puertas abiertas entraba una cohorte abigarrada lanzando exclamaciones de gozo provocadas por el calor reinante en él lugar, que contrastaba deliciosamente con el riguroso frío del

camino.

—¡Mí sombrero! ¡Mi sombrero! — gritaba Bentivoglio. Por deferencia a Lucrecia había decidido que durante las pocas horas que se alojaría en el castillo se hallase como en su propia casa, como exigía la cortesía. En este caso, él debía conservar su sombrero en la mano, como si fuese un visitante en su propia morada.

—¿Queréis que os preste el mío? —propuso sonriendo don Ferrante, el hermano de Alfonso de Este, que mandaba la escolta de Lucrecia.

—¡Ah! ¿Sois vos? No os había reconocido —suspiró Bentivoglio—. ¿Dónde está doña Lucrecia?

El joven se volvió profundamente hacia un grupo de mujeres que franqueaba el umbral, escoltadas por una ola de niebla que fue a lamer las paredes del vestíbulo.

Desorientado por la curiosidad, Bentivoglio buscaba torpemente el rostro de Lucrecia entre los cuatro o cinco que se ofrecían a sus ojos. Intrigado, perdió tiempo contemplando a una extraña muchacha de hermoso rostro moruno, engreída como una figulina, dentro de su rígido manto de tejido de oro.

Tuvo don Ferrante que cogerle de la mano y conducirlo hasta un inmenso manto de satén marrón, forrado de armiño, cuyo borde estaba muy sucio de barro. El manto arrojaba una mujer cuyo rostro se ocultaba tras un velo doblado a la romana, que se decidió a levantar al oír que le estaban presentando al dueño de la casa.

—Señora —murmuró Bentivoglio, sorprendido al sumergirse bruscamente en el lago extrañamente pálido de aquellos célebres ojos que le miraban.

No obstante, logró formular el cumplido que llevaba preparado recobrando incluso su aplomo a medida que hablaba. Y luego, la presentó con la soltura de un gran señor a los principales gentilhombres de su casa.

Hizo después una pausa y Lucrecia, con un leve movimiento, indicó el deseo de pasar un momento a sus aposentos con objeto de cambiarse los húmedos vestidos que llevaba.

Bentivoglio se inclinó nuevamente excusándose de retenerla.

—Señora — repuso —, es para mí una gran satisfacción presentaros al más ilustre poeta de Venecia... ¡qué digo, de Venecia...! De Italia, de Europa, el señor Pietro Bembo.

Al inclinarse Bembo observó las facciones de Lucrecia, que hasta aquel momento habían permanecido completamente inmóviles, se animaban entonces por un instante.

—He leído vuestras obras, señor —dijo Lucrecia—. Me habéis hecho soñar. Y me gustan los sueños que os debo porque habéis cantado muy bien la tristeza del amor y de la muerte, es decir, tal como yo los prefiero.

Bembo no tuvo tiempo de contestar, pues Lucrecia, al darse cuenta de que estaba faltando a los deberes de la cortesía contestando con mayor extensión a Bembo que al dueño de la casa, se volvía hacia Bentivoglio.

—Gracias por la acogida que me dispensáis. Esta mansión es muy hermosa.

—Es una residencia veraniega —replicó Bentivoglio, con fingida modestia—. Se siente desolada de ofrecerse a vos por primera vez bajo tan ruin cielo.

—No ignoro que es vuestra *damas jocunditatis*, pero no me desagrada que haya sabido recibirme con melancolía.

—A fe mía —exclamó Bentivoglio, algo cohibido por la pronunciada inclinación de la joven desposada por la tristeza, la melancolía y la desesperación—, esto es debido sin duda a que poseéis un gusto tan poético, como nuestro Bembo que, al llegar hace poco, me hizo los mismos cumplidos.

A pesar de esta alusión, Lucrecia no se volvió hacia Bembo. Alzó su pesada falda de amazona, indicando nuevamente con el ademán su deseo de subir a sus aposentos y, con objeto de dar por terminado el intercambio de cortesías, se limitó a añadir:

—Me ha conmovido también el recibimiento que me han dispensado vuestros campesinos, al borde del camino. Los pobres quizá esperaban peladillas, pero no he traído.

—No temáis, señora —dijo Bembo—. Volveréis a encontrarlos mañana en el embarcadero y procuraremos que no os falten peladillas.

Pero ya Lucrecia, recogiendo el amplio manto, empezaba a subir por la escalinata.

A pesar de que la negligencia de Lucrecia en contestar a Bembo hubiese pasado desapercibida entre la confusión reinante, el poeta veneciano sintió que se ruborizaba. La indiferencia de los espectadores no atenuaba el efecto de la humillación de que se sentía víctima, producida por su exagerada sensibilidad. «¿Por qué he adquirido el hábito de frecuentar a los que son más grandes que yo? —se preguntó—. Yo podría ser, como mi padre, gobernador adjunto de la ciudad de Venecia, o la Iglesia me hubiera confiado gustosamente uno de esos puestos que le ahorran a uno tener que rendir cuentas a nadie y proporcionan al menos el placer de estar al frente de personas de talento.»

Se preguntó si debía subir a su habitación para cambiarse de ropa antes de la cena y luego, en un arranque de malhumor, decidió que su atavío era lo bastante bueno para enfrentarse con una aventurera.

En espera de la solemne entrada en el salón del festín, el joven Bembo fue a pasear su despecho hasta el borde de la niebla que bañaba el patio. A la luz de la antorcha que un criado llevaba tras de él, volvió a ver el fresco y se encogió de hombros. Ya no se sentía poeta, en absoluto.

En aquel momento se daba cuenta de que por la mañana, cuando al llegar había admirado aquella red de rosas pintadas, se había complacido

inconscientemente en mezclarlas con la imagen de la que todavía era una desconocida Lucrecia, convertida ya en su espíritu en una rosa punzante y venenosa. Se había encaprichado, atraído por el cebo de sus venenos y el misterio que la envolvía. En la conversación sostenida con Bentivoglio, había procurado hacerle hablar mal de ella para tener ocasión de defenderla vivamente. Cuando ella había hecho alusión a sus poemas, se había sentido estremecer de placer, no tanto por vanidad como porque, un instante, había presentido uno de esos milagros que hacen la fortuna de los poetas: el encuentro de Beatriz, de Laura, de la mujer cuya mirada basta para inspirar una obra. Pero después la mirada se había desviado con hiriente desdén.

A su vez, Bembo desvió la mirada de las rosas, despidió al criado, y volvió a entrar en el vestíbulo.

Sus celos le hacían sentir animosidad hasta contra el pobre Bentivoglio. Lucrecia le había dirigido palabras amables y, guiado por su mala fe, Bembo se preguntaba si no le había sonreído incluso en forma algo incitante. Luego tuvo que confesarse que el rostro de la mujer había permanecido impassible, pero esta constatación, lejos de apaciguarle, le llevó a pensar que con ella había tratado de disfrazar sus pensamientos hacia Bentivoglio.

En este punto, un destello de lucidez cruzó por su mente. Se preguntó si no había sido más bien con respecto a él, a Bembo, que Lucrecia había disimulado. ¿Acaso no había tenido ella, al verlo y oír su nombre, un arranque casi amistoso? ¿Y no fue luego, sin duda tras haber reflexionado, cuando afectó no prestarle ya atención?

Estaba seguro de que una mujer cuya reputación daba pasto a las peores habladurías y que se disponía a reunirse con su nuevo marido, estaba obligada, en presencia de un huésped por quien se interesase vivamente, a guardar mayor reserva aún que si se tratase de una muchacha. Y por otra parte, ¿había mucha diferencia entre ella y una muchacha?

La víspera se había enterado de la edad exacta de Lucrecia, en una conversación con el duque de Ferrara: veintidós años. Y sin embargo, hacía ya muchos que, por toda Italia, un pérfido rumor se había apoderado de su nombre. Pero la cosa se explicaba porque Lucrecia se había casado con Juan Sforza a los trece años y medio, con Alfonso de Aragón a los dieciocho y hacía ya casi diez años que la maledicencia pública encontraba pasto en la vida de una mujer, cuyo nombre estaba asociado con demasiada intimidad al de César Borgia para esperar que no le alcanzasen las salpicaduras.

En resumen, pasando de uno a otro extremo, Bembo llegó a la conclusión de que la indiferencia que Lucrecia le había demostrado era afectada y que su presencia le había interesado. Entonces tuvo un arranque de gratitud y presa de remordimiento, quiso ir a ponerse un traje de ceremonia. Era demasiado tarde.

Al ajetreo de criados llevando platos, sillas y manjares había sucedido una fila de gentilhombres y oficiales que esperaban a Lucrecia para sentarse a la mesa. A Bembo solamente le quedaba tiempo de ir a ocupar su puesto en el cortejo, cosa

que hizo, colocándose tan mal que la elevada estatura de un oficial de la gendarmería le ocultaba la escalera al pie de la cual se había prometido presenciar el descenso de Lucrecia.

Hasta que estuvo en la mesa no logró verla. Estaba al otro lado, no demasiado lejos de él, pero sí lo bastante para que si cambiaban algunas palabras tuvieran que hacerlo en voz alta, cosa que por anticipado le afligía.

En desquite, la podía contemplar a sus anchas. Veía henchir a cada uno de sus ademanes sus ahuecadas mangas de azul suave y moverse la tela de su vestido de terciopelo blanco abollonado con aplicaciones de palmas de hilo de plata. Hablaba de vez en cuando y Bembo admiraba el raro arco de sus labios. Cuando bebía, Bembo contemplaba resbalar sobre sus hombros la trenza blandamente anudada de sus cabellos. Cuando inclinaba la cabeza, él quedaba fascinado por el movimiento del diamante solitario que, sujeto por un hilo, adornaba su frente.

No oía sus palabras, ahogadas por el crepitar de los leños que, en las chimeneas, iluminaban y calentaban a la vez el salón, el rumor general de las voces, el chisporroteo de los blandones en las paredes, el rumor de los pasos de los criados y el tintineo de los platos y cubiletes de plata.

Al final de la cena, Bembo no había tenido todavía ocasión de cambiar una sola palabra con Lucrecia, cuando, habiendo recaído la conversación sobre la costa del Adriático, Bentivoglio, apoyado por don Ferrante de Este, se puso a elogiarla haciendo gala de un patriotismo local no demasiado amable para el resto de Italia. Lucrecia, lejos de molestarse, dijo gentilmente:

—Ferrara debe ser una ciudad muy hermosa, estoy segura. Debe de respirarse en ella un aire semejante al de Venecia, menos violento que el de Roma, menos cargado, más sutil. Lo respiré en la costa, en Pesaro...

Al pronunciar el nombre de Venecia, se había vuelto hacia Bembo y su mirada significaba: «A vos os dedico mis palabras, a vos que sois el poeta de aquella ciudad.» El joven se sintió tanto más turbado cuanto que había creído que Lucrecia no se había dado cuenta de su presencia y no sabía siquiera el lugar que ocupaba en la mesa. Pero su mirada se había posado en él sin vacilar, lo que demostraba que, sin aparentarlo, se había asegurado de su presencia.

—...en Pesaro —prosiguió ella—, en la época en que...

El embarazo y la curiosidad que reflejaban todos los rostros la habían detenido. Se sabía que la época a que no temía hacer alusión era la de su matrimonio con Juan Sforza, y aquella evocación traía la de su resonante divorcio con el pretexto de su virginidad y la réplica de su marido acusándola de disoluta y, lo que era peor, de incestuosa.

Así, pues, habían bastado unas palabras anodinas para que toda la concurrencia quedase de pronto fascinada por la leyenda de Lucrecia. Al mismo tiempo, flotaba en el ambiente la prudencia con que hasta aquel momento ella había apartado de la conversación la menor alusión por inocente que fuese, que pudiera ofrecer pasto a la curiosidad de los comensales.

—En la época en que el otoño se acerca. ¿Es esto lo que habéis querido decir, señora? — dijo Bembo.

Los comensales quedaron admirados de la ingeniosa salida que había sacado a Lucrecia de una situación embarazosa, desviando hacia una estación una frase desdichada que aludía a una época de su vida. Lucrecia, sin aparentar agradecérselo, se limitó a dar su aprobación con calma.

—En otoño, sí. Por la mañana iba a una playa del Adriático bordeada de cañaverales. Tal vez parezca una tontería lo que voy a decir, pues, a primera vista, el cielo parece igualmente repartido por encima de todos los paisajes, pero jamás lo he visto más grande que allí, sobre aquel mar, en aquella costa tenue, a flor de agua.

—Esto es verdad en Venecia — dijo Bembo —. En las perspectivas que de ella ofrecen, nuestros pintores ponen más cielo que los demás. Nuestros palacios forman una sutil espuma entre el cielo y el agua, una espuma que en ciertas horas del día parece una nube. Y muy astuto tiene que ser quien distinga lo que en el paisaje corresponde al mar o al cielo.

—Vuestros dux han elegido, pues celebran cada año la boda de Venecia con el mar y no con el cielo — dijo Bentivoglio.

Encantado por su dardo, Bentivoglio se echó a reír, complacido, invitando con ello a los demás a imitarle para evitar que su ocurrencia pasara inadvertida.

—Los dux tienen sus buenas razones para obrar así — refunfuñó don Ferrante, que, como todos los Ferrara, envidiaba la flota veneciana, su riqueza y su genio comercial —. Y es que su fortuna procede del agua y no del aire, que yo sepa.

—Hasta el momento, al menos — tronó Bentivoglio, que insistía en brillar aún —. Hay un ingeniero cuyo nombre no recuerdo bien... ¡Ah, sí...! Leonardo de Vinci, que pretende haber descubierto un mecanismo gracias al cual, sentado como quien dice en una carreta, se podrá volar por el cielo, como los pájaros.

Los criados seguían ofreciendo platos, pero los comensales habían terminado ya su copioso ágape. Las llamas, cuidadosamente alimentadas, iluminaban con sus reflejos los costados de los cubiletes y los rostros. El calor era sofocante.

Lucrecia, con los ojos fijos en el mantel, parecía no seguir la conversación. Se limitaba, diligente, a subrayar con una fría sonrisa, cualquier ocurrencia ingeniosa.

—¿Se dan aquí en otoño, como en Pesaro —preguntó bruscamente —, esas ráfagas nocturnas de viento que tanto me gustaban? ¿Y el paso de las aves salvajes que regresan antes del invierno, al país del preste Juan o de Marco Polo? Recuerdo que se nos echaron encima los regimientos franceses, un día que estábamos cazando el flamenco bajo la lluvia.

Se hizo un silencio. Los comensales parecían preguntarse si Lucrecia había aludido a su vida pasada otra vez, involuntariamente, o con deliberado propósito

de demostrar que, en el momento en que se disponía a reunirse con su tercer esposo, no se creía obligada a echar un velo sobre sus recuerdos.

Bentivoglio, más político, hasta creyó incluso ver una amenaza en aquella evocación de los franceses que, enemigos a la sazón de los Borgia, eran en aquel momento sus aliados. Dando rienda suelta a su imaginación, se preguntaba si Lucrecia no se había propuesto intimidarlos al recordarles que, por medio de su hermano César, estaba respaldada por los franceses, y que éstos, que ya habían alcanzado una vez las orillas del Adriático, podían volver a ellas en una forma más asentada y por más tiempo.

En cuanto a Bembo, observó solamente que los dos recuerdos que se le habían escapado a Lucrecia procedían de su primer matrimonio y que en la conversación nada había sacado a relucir de su más próximo pasado: el tiempo que fue la mujer de Alfonso de Aragón. Con una intuición que le asombró, se persuadió de que el amor de Lucrecia había sido Alfonso y que la herida había sido profunda.

Doña Lucrecia se había levantado. Se excusaba de retirarse tan pronto a sus aposentos, pero habiéndola prevenido su huésped que debían embarcar a las cinco de la mañana, antes de clarear el día, tenía prisa por irse a acostar.

—Debo confesar — añadió — que acostumbro levantarme más bien a las once que a las cuatro.

Siguiendo su ejemplo se habían levantado todos. Lucrecia se despedía inclinando la cabeza a todos lados.

A pesar del rechinar de los sillones y taburetes, Bembo oyó el susurro de su traje con tan fervorosa atención que hasta creyó distinguir el deslizante rumor de su pelo y el roce imperceptible de su gorguera. Pasó a bastante distancia de él, pero en el surco de su paso respiró su perfume. Ella se alejaba, azul, blanca y oro. Las llamaradas de la gran chimenea se reflejaron en sus joyas y su pelo.

Bembo contempló su desaparición como se contempla una puesta de sol.

La ausencia de Lucrecia quebró la animación de la velada. Hubo unas tentativas de música y de canto. Algunos jugaron a las cartas. Otros se fueron a admirar los últimos cuadros adquiridos por Bentivoglio. Nadie se atrevía a hablar de Lucrecia y todos pensaban en ella.

Después, uno tras otro, los invitados empezaron a desfilarse hacia sus aposentos.

Bembo estaba demasiado nervioso para poder conciliar el sueño. Se preguntaba: «¿Es que la quiero?» Contempló el salón que había quedado ya casi desierto y que le parecía extraordinario porque Lucrecia había estado en él unas horas. Vio la larga mesa, el mantel arrugado, cubierto de follaje, los cubiletes derramados, las pirámides encantadas de frutas confitadas, las botellas conteniendo aún restos de vino rojo. Alrededor, se ajetreaban varios criados. Eran los restos de un festín presidido por la mujer en la que iba a pensar toda la noche.



En el momento de abandonar el salón para dirigirse a la escalera, Bembo se cruzó con un grupo de oficiales entre los cuales reconoció al de mayor graduación por haberlo visto en Ferrara. Sus vestidos chorreaban agua. Se frotaban las manos y parecía que la chimenea les atraía irresistiblemente.

Al mismo tiempo le llamó la atención un rápido ruido de pasos en la escalera. Se volvió:

—Dejadme, dejadme — gritaba el hombre dirigiéndose a Bentivoglio, que se había precipitado a su encuentro—. No me habéis visto.

Bembo se había quedado de una pieza al reconocer en el viajero del traje mojado, al señor Alfonso de Este, hijo del duque de Ferrara y esposo de Lucrecia. El joven príncipe lo reconoció a su vez, y le lanzó, sin dejar de subir la escalera precipitadamente:

—Mañana por la mañana. El deber me llama...

Un criado portador de un candelabro le precedía. Bembo vio como se detenía en lo alto de la escalera ante una gran puerta esculpida.

—¿Es ésta? — preguntó Alfonso.

—Sí, monseñor.

No sólo era Bembo el que contemplaba la irrupción de Alfonso en las habitaciones de Lucrecia. Los oficiales y gentilhombres que rodeaban a Bentivoglio, habían levantado la cabeza, todos sin excepción. Sus rostros expresaban una burlona socarronería.

Sólo a Bembo se le cortó la respiración y sintió que la saliva se le agolpaba en la garganta al ver que el heredero de la corona de Ferrara, después de haber llamado a la puerta golpeando con el puño por pura fórmula, la empujaba y la cerraba inmediatamente tras de sí.

Lucrecia muda de asombro, contemplaba al fornido mocetón que había entrado de aquel modo. Avanzaba por el aposento como si estuviese en su casa. Su manto dejaba un reguero de agua sobre la alfombra de Oriente.

Se lo quitó y lo arrojó al desgaire sobre un escabel.

—¿Dónde creéis estar, señor? — dijo Lucrecia —. ¿Con qué derecho habéis entrado aquí?

Estaba sentada ante la chimenea en la que ardía un fuego vivo, vestida solamente con su camisa de noche y un manto de fino tejido de oro, que se había echado sobre los hombros. Caterinella, que sólo llevaba puesta una camisa, estaba sentada en un taburete, con las piernas cruzadas, y peinaba a Lucrecia.

Había interrumpido su ademán y contemplaba al intruso con sus grandes ojos de gato. En la mirada de Lucrecia, dirigida asimismo hacia el joven, había una despectiva hostilidad. Divertido de ser el blanco de aquellas miradas, Alfonso de Este se reía con un asomo de burla bastante vulgar.

—Me asisten más derechos de los que hacen falta para penetrar en vuestros

aposentos, señora. Vuestra casa es la mía. ¿No me reconocéis? Creí que os habían dado mi retrato. Y hasta he hecho acuñar una medalla, que me costó muy cara, para que mis hermanos os la entregasen en mi nombre.

«Tiene ojos de cerdo», pensó Lucrecia. Se incorporó y contestó con un tono frío:

—Llevo veintisiete días de camino, señor, para reunir— me con vos. Nos hemos casado por poder y tenéis sobre mí todos los derechos. Pero, si no me equivoco, mañana me espera una entrada triunfal en Ferrara. Un pueblo entero se ha desplazado para asistir a nuestra boda mañana, señor. Permitid que os muestre mi sorpresa al encontraros hoy aquí

—Sorprendida y maravillada, a juzgar por vuestro semblante.

—¿Por qué no hablar con franqueza? —propuso Lucrecia dejándose caer muellemente en el sillón—. Vuestro padre os ha obligado a casaros conmigo. Podéis creerme si os digo que, por mi parte, he sufrido una presión más intensa aún que la que ha acabado por vencer vuestra resistencia...

Lucrecia terminó su frase mentalmente: «Estoy sufriendo las consecuencias del gran error que cometí al no morir al mismo tiempo que el hombre querido. A partir del momento en que, a pesar de haber desaparecido la única razón de mi vida, seguí viviendo, me exponía a pasar por las pruebas más desagradables, por ejemplo, a que un insignificante Alfonso de Este, hecho un asco por la lluvia y pagado de sí mismo, se presente en mi habitación a reclamar el derecho de acostarse conmigo.»

Se recobró y concluyó simplemente:

—En resumen, somos una pareja de casados contra su voluntad. *Invitas invitam conjungit.*

—¿Qué decís?

—Es latín — se excusó Lucrecia—. Significa, poco más o menos, que se casó con ella contra su voluntad y contra la voluntad de ella. Y ya que hemos, llegado a esto tratemos de ver claro. Tengo algo que proponeros. Por nuestro matrimonio poseéis todos los derechos sobre mí, por supuesto, pero no me queréis más de lo que os quiero yo a vos, y sólo hace cinco minutos ni siquiera me conocíais. ¿No podríamos dejar las cosas como están? Si os conformáis con no tocarme podréis tener la seguridad de que, en cambio, ninguna mujer se consagrará a vuestros intereses como lo haré yo, dispuesta a morir por vuestro bien si es preciso.

Alfonso no pudo contener la risa:

—No os pido tanto. La carrera que acabo de darme bajo la lluvia no tiene por objeto vuestra muerte. Me he casado con vos a costa de mi honor, pues, ya que estamos jugando el juego de la sinceridad, poco os costará imaginar el asco que he sentido al pensar que un nombre de la reputación del vuestro se incorpore a mi familia. ¿Sabéis que el duque de Ferrara hace remontar nuestra genealogía hasta el propio Hércules? Y yo no soy como mi padre; no entiendo nada de esto ni

me importa. De todos modos, si dudo de que Hércules fuese mi abuelo estoy seguro, en cambio, que desde hace siglos no ha entrado mujer alguna en mi familia a la que la opinión pública atribuyese tantas faltas y tantos crímenes como se os atribuyen a vos...Con motivo o sin él, no me importa. Lo cierto es que por razones de Estado y engolosinado por vuestra dote, mi padre me ha obligado a casarme con vos y que el hecho está consumado. Ahora bien, la única compensación de un asunto que ofrece tantas desventajas, incluida la de convertirme en cuñado de un demonio como César Borgia, era vuestra hermosura. Italia entera lo repetía. Me he cerciorado de ello y me dispongo a aprovecharme y no sólo contemplándoos. Será mi compensación.

Mientras hablaba había fijado su mirada en el escote redondo de la camisa de Lucrecia que, maquinalmente, se cubrió el pecho con las holgadas mangas de su manto.

—No es esto precisamente —exclamó Alfonso.

Negligentemente la cogió por el talle con una mano. Con la otra y la brusquedad de un palafrenero, apartó el manto.

—¡Así! — dijo.

—Estáis en vuestro derecho — dijo Lucrecia.

La glacial insolencia del tono de la mujer hizo perder los estribos a Alfonso. Tiró de la camisa rasgando un buen trozo desde el galón de oro del cuello. Después retiró la mano y permaneció inmóvil, trastornado y confuso ante el espectáculo de los maravillosos senos tan altos y redondos que no parecían formar realmente parte del cuerpo de Lucrecia, sino haber brotado en él, como dos hermosos frutos.

Ella no hizo nada por ocultar su desnudez. Esperaba impasible, con los labios apretados, como quien se ha clavado una espina en el pie y espera estoicamente que se la quiten.

Excepto sus manos, que se crispaban asidas a los brazos del sillón, no se movió tampoco cuando, con un asomo de encendida sonrisa, Alfonso se puso a acariciarle los senos.

Con las mandíbulas contraídas, ella se repetía que no debía pensar en nada. Era su castigo por no haber muerto con Alfonso de Aragón y tenía que aprestarse a soportarlo.

Unos meses antes había decidido llevar un cilicio para que su supervivencia al ser querido no fuese más que un lamento, pero Caterinella, horrorizada al ver la piel tumefacta se lo arrancó. Lucrecia había renunciado a aquel tormento comprendiendo que el verdadero cilicio que iba a llevar era el de la sucesión de los días en que se vería privada de su marido y entregada a los innobles vaivenes de la vida.

Las caricias de Alfonso le desgarraron el corazón en primer lugar. Luego sublevaron su carne por la brutalidad de los contactos. Pronto el grosero

amasamiento le fue tan insoportable que su boca se abrió para gritar y, no queriéndolo hacer, se sorprendió a sí misma salmodiando:

—Tenéis derecho... Tenéis derecho... Tenéis derecho...

—¡Claro que sí! — gritó el joven cuyos pequeños ojos se habían encendido en un vivo destello —. Evidentemente para respetar el protocolo debía haber esperado a mañana...

Al hablar, la había soltado. Ella se dominó en el acto.

—Esto es, efectivamente, lo que os reprocho... Pero tenéis razón, puesto que hay que pasar por ello, cuanto antes mejor.

—Me estáis comparando a un purgante...

Ella prosiguió la expresión de su pensamiento sin tomar en cuenta la indignación de Alfonso:

—Constituís una realidad contra la que nada puedo — dijo —. Sólo deseo que sepáis que no me poseéis a mí. Dispondréis de mi cuerpo a vuestro antojo. Esto es todo.

—Bien, con esto me basta —rugió Alfonso riendo groseramente—. Para mí el amor es esto: la batalla de dos cuerpos. El alma se la dejo a los poetas, deseándoles que les haga muy buen provecho.

Retrocedió hasta la chimenea, muy satisfecho de lo que él creía una frase ingeniosa. Insistió:

—Un Bembo, sí, poco me costaría creer que se estremecería de dolor si una dama le concediese su cuerpo negándole el alma. Pero nosotros, los príncipes de Ferrara, somos gentes que gustamos de la buena vida, trabajadores y animosos, duros ante la fatiga y nada complicados.

De pronto, su rostro se sosegó. Le cohibía el cerrado semblante de Lucrecia que, inmóvil en su sillón, con el seno descubierto, mantenía los ojos cerrados.

—Vamos, vamos —prosiguió—, no os atormentéis ni hagáis un drama de este matrimonio. Sólo de vos depende que seáis dichosa en Ferrara. Yo necesito una mujer dócil que asegure mi descendencia, que sepa presidir las recepciones y no provoque ningún escándalo. Hasta hoy el escándalo ha sido vuestro clima habitual. No sé si tenéis en ello arte ni parte, o si el mal procede simplemente de vuestro hermano César. Esto me da lo mismo. Me propongo, sencillamente, que en lo sucesivo ceséis de dar pábulo a la pública curiosidad. En Ferrara estaréis tranquila; allí no hay intrigas, ni vino envenenado, ni las calles son degolladeros, como en Roma. Puesto que sois mi mujer, nos haremos el amor de vez en cuando, pero exijo que prescindáis de grandes declaraciones y alambicadas protestas como las ridículas que acabáis de hacerme. Esto sentado, os dejaré vivir a vuestro antojo. Evitaréis interesaros por mi vida privada. Por supuesto, tendré amantes, pero esto no debe causaros ninguna inquietud. Son pescaderas y planchadoras que jamás pondrán los pies en la corte ni tratarán de suplantaros de ningún modo. Para que no quede sombra alguna, no esperéis de mí brillantes

conversaciones, a las que quizás os habéis acostumbrado en Roma. Llegué a saber unas palabras de latín y de griego, que me apresuré a olvidar. En cuanto a la pintura, sólo me gustan los retratos que guardan parecido con el modelo. Si toco la viola es sencillamente para conservar la agilidad de los dedos. Es cierto que a veces escucho música. Es que me he dado cuenta de que facilita la digestión. No soy de esos hombres que vibran por el arte y las bellas letras, como por desgracia Italia los produce en cantidad excesiva desde hace un siglo. Aún a riesgo de irritaros, os diré que prefiero la compañía de los carreteros, zapateros, albañiles, amojonadores y pirotécnicos a la de los poetas y filósofos. Una hermosa joya me deja indiferente; no así una buena herramienta. Quizá no ignoráis que en Ferrara somos los primeros fabricantes de artillería del mundo. En pocas palabras, mi pasión es la metalurgia. Vuestro hermano César cree que el porvenir está en manos de los que, enamorados de la civilización del pasado, han logrado imponerla a los bárbaros a fuerza de intrigas tan sutiles como crueles. Yo creo que el futuro pertenece a la industria. Cada día descubrimos nuevas herramientas. Esto es lo que por lo que respecta a mí constituye la maravilla del espíritu y la razón en virtud de la cual un cerrajero que me viene con un invento que modifica la fabricación de las llaves, me anima mucho más que un poeta que ha dado con una nueva forma de versificar. En fin, ya veis que pocos temas comunes de conversación tendremos, aparte el interés que nos demostraremos por nuestra respectiva salud. Esto nos evitará la pena de disputarnos. Así, pues, todo irá bien. Sonreídme, comportaos como una buena esposa y tranquilizaos. El breve discurso que acabo de haceros será el último.

Había hablado balanceándose acompasadamente ante la chimenea, con las piernas separadas, los pulgares en las vueltas de sus amplias mangas, con una media sonrisa, para indicar que era sensible al imprevisto que suponía aquella profesión de fe, ante una mujer con los senos al aire. Por su parte, Lucrecia había conservado la indiferencia y el pudor de una estatua.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. Ya sé que sois poetisa, helenista, purista y todo lo que se quiera, y hasta podéis opinar en arquitectura. Sé que la música no guarda secretos para vos, y de no haber sido una princesa, vuestro arte de cantante os hubiera permitido conquistar la celebridad. Sé que guiáis a pintores y escultores en la decoración de los aposentos y que inventáis dibujos para las telas, formas para los trajes, diseños de joyas cuyos modelos se discuten tanto en la corte de Francia como en la de Madrid. Sé todo esto, pero, ¡qué diablo!... en Ferrara podréis dar rienda suelta a estos gustos. No seré yo quien os anime a ello, pero tampoco seré quien os lo impida. Y todos los ingenios que mi rusticidad apartaba formarán una corte tan brillante como la de Roma. Entretanto, yo pasaré el tiempo en las fundiciones y, a fin de cuentas, los dos seremos felices.

Lucrecia volvió a abrir los ojos.

—Estoy muy fatigada, señor — dijo con indiferencia —. Mañana tendré que levantarme a una hora desacostumbrada para mí. Quisiera dormir y dormir sola. Si os retiráis me haréis un gran favor. Y dejaremos esta... entrevista para mañana por la noche, como estaba previsto. De este modo dispondré de un día entero para

prepararme a ella.

—¿Para prepararos? Estáis bien así, os lo aseguro. Y muy hermosa. No mentían vuestros retratos. ¿Queréis saber lo que he pensado al veros? Que sois más hermosa aún de lo que dicen.

—Sin duda me he expresado mal —murmuró Lucrecia recogiendo sobre su pecho la ropa rasgada—. Quería prepararme moralmente a...

—¿A la prueba que os espera? ¿No pretenderíais acaso jugar a las primerizas? Y como supongo que a pesar de vuestro aplomo ni siquiera se os podría ocurrir, debo creer que desde el momento en que necesitáis prepararos a pertenecerme es que no soy vuestro tipo. Me jacto, en efecto, de no parecerme en nada a ese tipo de libertino turbio que es el único que debe ser de vuestro gusto. Pero además, vuestro gusto me es por completo indiferente. En cuanto a esperar a mañana, estáis bromeando. ¿Os figuráis acaso que he cabalgado toda la tarde bajo la lluvia para aguantar el mal humor, las lecciones y las afrentas de una Lucrecia Borgia?

Se lanzó sobre ella y la asió como un descargador que se pelea en el puerto.

El sillón cayó de espaldas. Lucrecia y él, enlazados como dos luchadores, rodaron junto a la chimenea, sobre la aforaba.

El manto de Lucrecia se había deslizado y ella se estaba debatiendo protegida sólo por la fina camisa, cuya rasgadura se agrandaba a cada movimiento. Alfonso había cerrado su mano sobre la ondulante cabellera, como se sujeta el oleaje de una cascada. La echaba hacia atrás, manteniéndole la nuca contra la alfombra. Había logrado con la otra mano inmovilizarle las dos muñecas y la aplastaba con su cara pegada a la de ella. Se miraban tan cerca que las largas pestañas de Lucrecia rozaban la mejilla de Alfonso.

Del rostro demasiado cercano de su asaltante Lucrecia sólo distinguía por otra parte, unas manchas confusas de color y de luz. Al sentir la boca de él contra la suya, intentó imaginar, en lo borroso de los detalles que veía, que Alfonso sólo era un fantasma de una pasajera pesadilla. Para soportar lo que iba a ocurrirle, tenía que persuadirse de que no era verdad. Se ahogaba, con el cuerpo inmovilizado por el peso del hombre y los brazos y la cabeza clavados en el suelo.

Enloquecida de horror y de rabia, Lucrecia hizo una lúcida observación: se asombró de lo que le costaba soportar el peso de aquel hombre y recordó lo liviano del cuerpo del ser amado. Sentía que las lágrimas se agolpaban a sus ojos. La boca de Alfonso le resultaba insoportable y la mordió.

Él echó la cabeza atrás, soltando la cabellera y las muñecas de la mujer.

Lucrecia, apoyándose en los codos, trató de apartarse, pero Alfonso empezó a pegarle. Con los párpados entornados por la ira y los labios manchados de sangre, la estaba abofeteando. A cada golpe la cabeza de Lucrecia chocaba contra la alfombra. A través del zumbido que la ensordecía, oía los insultos que con voz jadeante le prodigaba Alfonso.

El hombre se cansó de pegar. Trituraba el torso de Lucrecia entre sus rodillas,

descargaba todo su peso sobre las muñecas de ella y la miraba con una expresión de ira concentrada y sus mejillas carnosas relucientes de sudor. Le soltó una mano para abofetearla una vez más.

—¿Te gusta esto? —jadeó—. Debías haberlo dicho antes. ¿Era esto lo que querías? Bien, si te gustan los golpes, quedarás servida conmigo... A mí me gusta darlos.

Y para demostrarlo, le dio otra bofetada. Entonces ella le cogió la mano y la mordió con tanto furor que su cuerpo se puso tenso como una cuerda. Por más que Alfonso sacudía el brazo, como un hombre cogido en una trampa, ello no aflojaba los dientes. Se aferraba cada vez más sin soltar su presa. El sabor de la sangre en la boca le hizo aflojar las mandíbulas.

Medio muerta, dejó caer la cabeza sobre la alfombra. Las llamas de la chimenea, demasiado próximas le quemaban la piel. Se ahogaba esforzándose en recobrar el aliento y tragarse las lágrimas. Alfonso, que seguía agazapado encima de ella como una bestia, se frotaba silenciosamente la mano herida. Tácitamente se había establecido una tregua.

—Se dice —dijo por fin Alfonso, con voz enronquecida — que mandabais asesinar a los amigos que os disgustaban por vuestro hermano César. Privada de ese hombre tan hábil, os defendéis bastante bien con los dientes. Enhorabuena. Me gustan las mujeres enérgicas. Pero una vez hecha la demostración, quizá podamos acabar por consumir nuestro matrimonio en forma menos tumultuosa.

Lucrecia se calló.

—Como gustéis, querida... Entonces será una violación. No me desagrada, al contrario.

Chocarrero, miraba a Lucrecia con una mirada libidinosa mientras se desabrochaba el cinto y el jubón de flexible piel.

Pronto Lucrecia entrevió entre sus párpados entornados el busto desnudo del hombre.

Empezó a arrastrarse imperceptiblemente, apartando en primer lugar las caderas del cerco de Alfonso que, demasiado ocupado en desnudarse, no le prestaba casi atención. Por supuesto, ella sabía que tarde o temprano tendría que reconocer los derechos de su nuevo marido. Pero había dejado de razonar. Luchaba para poder evitar aquel instante. La idea de encontrarse de nuevo sola en aquel aposento y de poder llorar tranquilamente acurrucada en su lecho, le parecía el colmo de la felicidad. Se proponía, una vez hubiese logrado deslizarse fuera del alcance del hombre, apoderarse de uno de los candelabros, acercar la llama a una de las cortinas y prenderle fuego, lo que le hubiera proporcionado el respiro que necesitaba.

—¡Alto ahí! ¡No tan deprisa! — exclamó Alfonso.

Sin darle tiempo a levantarse y echar a correr, la había sujetado por los tobillos y la arrastraba como un saco hacia él.

Caída en el suelo, contemplaba en aquel momento, muda, el cuerpo del joven desnudo, de blanca piel, cuyos largos y finos cabellos oscilaban sobre los hombros. «Ya está —pensó—. Esta vez no puedo escapar.»

Alfonso no dejaba de mirarla mientras la arrastraba hacia él, con la boca entreabierta y los ojos inyectados. La camisa de la mujer se había subido hasta la mitad de los muslos. Sujetándole por los tobillos, él le había abierto las piernas. Contemplaba, con el corazón latándole fuertemente, aquel cuerpo de una blancura y una suavidad estremecedoras. Ya no la miraba a la cara, sino la turgente fuga de aquella piel nacarada que la penumbra de la camisa envolvía en el punto en que alcanzaba el arco de las piernas. «No hay un alma que valga esto», pensó golosamente Alfonso.

Sentía latir su sangre como una tormenta. Respiró profundamente, luego se inclinó, cogió el borde de la camisa la rasgó de arriba abajo.

Lucrecia, extenuada, desesperada, con los ojos cerrados, no se movía.

Entonces con un gesto pausado, un poco solemne, él separó los dos paños de la camisa y pensó en los imbéciles que excavan la tierra con la esperanza de exhumar antiguas estatuas romanas mutiladas. Y pensar que había quien sudaba sangre y agua para apartar montones de tierra sucia y darse el gusto de tocar la fría superficie de un busto de Venus enfurruñada con el mentón resquebrajado cuando existe el vertiginoso placer de rasgar simplemente una fina tela y dejar al desnudo una carne ardiente, tan suave a la vista como a la palma de la mano, que respira, que se estremece, que es toda ella mórbida redondez excepto los desnudos senos tensos y que es toda matiz, desde la blancura del vientre a las rosas de las mejillas, del moldeado azul de un codo a los chorros de oro de sus cabellos que, esparcidos, surcaban como arroyuelos el cuerpo hasta las caderas.

Del mismo modo que hay una voluptuosidad en abstenerse de beber cuando se tiene mucha sed, Alfonso, inclinado sobre Lucrecia, enloquecido de deseo, atraído por el calor de aquel cuerpo, pensando sólo en sumergirse en él, se obligó unos instantes a permanecer inmóvil.

Hubiera querido que Lucrecia viviese. Su actitud inerte lastimaba su placer. Incluso hubiera preferido la furiosa combatiente de unos momentos antes. Con la yema del dedo, empezó a acariciarla, siguiendo los meandros de los cabellos por el pecho de la mujer.

Ella apretaba los labios. Electrizado por sus propias caricias, Alfonso las prosiguió hacia los hombros hacia la comba de las caderas, hacia el suave nacimiento de los muslos. Contemplaba a Lucrecia respirar cada vez más intensamente. Después sus labios se relajaron. Los muslos intentaban cerrarse, pero el insolente pecho erecto se ofrecía a las caricias. Hasta el vientre de la mujer se ahuecaba.

Entonces se tendió encima de ella, pero sin apoyarse, de modo que su pecho rozaba sólo el botón de los pechos de Lucrecia, y sólo un instante su vientre rozaba el de ella, y el surco que se había abierto entre las rodillas de la joven, lo



iba ensanchando lentamente, a fuerza deseadas presiones.

Un estremecimiento más violento que los anteriores recorrió el cuerpo de Lucrecia. Su cara se proyectó hacia delante. Abrió los ojos límpidos que habían palidecido espantosamente.

—¡No! —aulló—. ¡Esto no! ¡No!

La proximidad de aquel cuerpo que era casi suyo confirió una especie de poder de adivinación a Alfonso. Comprendió que lo que le separaba de Lucrecia era el recuerdo de otro hombre y que ella, si había acabado por aceptar la idea de ser poseída por él, estaba decidida a que el acto no fuese para ella sino una tortura; que en aquel momento se rebelaba contra el involuntario placer que provocaba en su cuerpo las caricias que él le prodigaba. Esto era lo que había querido decir hacía un instante al anunciar a Alfonso que le negaba su alma, que con todas sus fuerzas deseaba que el placer quedase para siempre proscrito de sus abrazos. Y tras un momento de estupor, era la desesperación lo que sentía en los brazos de Alfonso, en el momento en que se insinuaba el placer en su cuerpo a pesar de ella.

Y fue ella la que, para poner fin al preludio a que su temperamento cálido no le permitía resistir, intentó obligar a Alfonso a poseerla en el acto, para cerrar el paso a la voluptuosidad sin darle tiempo a invadirla: lo atrajo audazmente. Él no resistió. Sólo a duras penas había retrasado hasta entonces el asalto.

Lucrecia profirió un alarido. ¿Sentía que era más grave ser poseída, incluso sin voluptuosidad, que gozar con algunas caricias? Profería alaridos y sus gritos azotaban el deseo de Alfonso, que multiplicaba la cadencia de su cuerpo. Dejaba que las uñas de la mujer le desgarrasen la espalda. La contenía como a una enemiga. Había pasado una mano por debajo de ella y apretaba su grupa suave y cálida, sosteniéndola como un yunque, cuando él solo no era ya más que el ritmo encendido de una fragua. Sus labios aplastaban los de Lucrecia. La pequeña boca resistía como si, desde el fondo de su desastre, la mujer pusiera lo que en ella quedaba de resistencia en el ardor con que cerraba el único lugar de su cuerpo del que Alfonso no se había apoderado. Y él mismo fingía batirse en retirada para que la boca de Lucrecia, al verse libre, pudiera volver a aullar de nuevo y a salmodiar aquel: «¡No, no, no!» que ya no significaba nada.

Caterinella escuchaba también aquellos «¡No, no, no!» Los gritos de Lucrecia que hacía rato oía desde la pieza contigua a la que se había trasladado, la habían hecho levantar.

Había llamado sin obtener respuesta y había empujado la puerta, y en aquel momento miraba sin que su fisonomía expresara ningún interés, ninguna emoción.

Los dos cuerpos se retorcían entre los pliegues ondulantes de la alfombra, aparecían cobrizos por la tormenta de llamas que ardían precisamente por encima de ellos en la chimenea. A pesar de los rojos resplandores, la satinada blancura de los hombros y los muslos de Lucrecia contrastaba con el cuerpo rubio, pero

oscuro, de aquel joven musculoso, demasiado redondeado y bañado en sudor. El cuerpo de la mujer se arqueaba en su voluntad de rechazo, de asco, mientras que bajo la piel de Alfonso los músculos empujaban, ávidos de estrechar, de atraer, de retener, de aplastar.

La ola del pelo de la mujer se había soltado alcanzando los restos rasgados de su camisa que yacía a dos pasos de ella. Detrás de ellos un sillón patas arriba y más lejos, encima de otro sillón, un bonete y un manto seguían goteando tranquilamente.

Fuera, la lluvia golpeaba cadenciosamente la ventana con un rumor crepitante, que subrayaban las lejanas ráfagas de viento en el valle del Po.

El cuerpo de Alfonso había rodado al lado del de Lucrecia. Ésta, liberada, se mantenía en la misma posición en que la había dejado Alfonso. Tenía aún los puños cerrados, los hombros recogidos, el vientre tenso, pero sus piernas habían quedado abiertas, vestigio del don que había hecho a pesar de ella.

Alfonso quiso acariciarla con un vago ademán. Ella lo rechazó secamente y siguió inmóvil. Su rostro, con los ojos cerrados, los labios unidos, fascinaba a Caterinella que, temiendo, con todo, ser vista, cerró la puerta con sigilo y volvió a acostarse a tientas.

Fingió que se despertaba sobresaltada cuando, pocos minutos más tarde, oyó que su dueña le llamaba.

Lucrecia le esperaba en la espaciosa habitación. El sillón estaba de nuevo sobre sus patas. Del paso de Alfonso, que al irse había recogido su gorra y su manto, sólo quedaba el testimonio de unas gotas de lluvia sobre la alfombra.

Lucrecia se había arropado con su túnica dorada.

—Mi pobre Caterinella, mucho me temo que esta noche no puedas dormir. Son más de las dos y debemos levantarnos a las cuatro. Yo no tengo intención de acostarme. Y cuento con tu ayuda...

Había entreabierto su manto. Caterinella pudo ver las contusiones que había observado ya pocos minutos antes, cuando Lucrecia estaba en brazos de Alfonso. Por pura fórmula fingió una discreta sorpresa que expresó alzando las cejas.

Unos minutos más tarde, había puesto al fuego un barreño de agua a calentar y había preparado la bañera de Lucrecia y destapado múltiples frascos de leche suavizante, ungüentos de hierbas y perfumes.

Lucrecia se dejó lavar y friccionar sin abrir la boca. Apenas si, al pasar Caterinella sus dedos por las contusiones y preguntarle si le dolía, contestaba negativamente. Lo más corriente era decirlo moviendo la cabeza. Y como Caterinella nunca había sido habladora, el silencio más profundo reinaba en la estancia. Allí sólo había dos mujeres mudas, una desnuda y dolorida abandonándose a los tiernos y expertos cuidados de la otra.

No obstante, una vez, cuando la morita acabó de peinarla, a Lucrecia se le escapó un quejido.

Interrumpió las excusas de Caterinella para preguntarle:

—¿Dónde está el cofre de las sortijas?

Caterinella se lo dio. Lucrecia lo abrió dejándolo a su alcance, al borde de una mesita. Luego se sentó para ponerse las medias con ligas de rosetones de plata.

—No quiero estas ligas —dijo—. Son adecuadas para montar a caballo. Hoy es día de gran gala y me voy a poner las de oro y coral.

La penumbra invadía el aposento, pues los candelabros estaban agotándose y desprendían solamente una luz parpadeante mientras que el montón de cenizas del hogar, que desprendía todavía calor, había perdido sus reflejos. Caterinella, inclinada sobre un cofre de viaje, manoseaba medias y pañuelos buscando las famosas ligas.

Alrededor de las dos mujeres seguía reinando el silencio. La lluvia había cesado, como suele ocurrir hacia el alba.

El fuego no crepitaba ya, y hasta el guardia cuyos pasos lentos y regulares, a lo largo del corredor, acompañados por el golpear de la alabarda oía Caterinella desde hacía horas, se había detenido.

No obstante, Caterinella había quedado en suspenso, sin acabar su gesto. Sabía que algo ocurría. Volvió la cabeza, con los nervios en tensión.

Lucrecia conservaba una actitud juiciosa en apariencia, en un rincón del aposento oscurecido todavía por el terciopelo verde prensado, sobre el que estaba echada. Caterinella veía mal, más allá del alto lecho de baldaquino que ocultaba a su dueña, lo que ésta podía estar haciendo, sentada al lado de la mesita, recubierta de seda violeta, sobre la que destacaba, deslumbrador, el cofrecito de marfil.

Caterinella dio un salto. Al echar a correr hacia su dueña, se pisó el borde del vestido y el estrépito de su caída y el sofocado grito que exhaló, detuvieron el gesto de Lucrecia. Al levantarse, la morita vio que tenía en la mano la gruesa sortija que acercaba a su boca en el momento en que la caída de la doncella le había sobresaltado.

—¡Señora! — gritó.

Se arrojó sobre Lucrecia creyendo que se vería forzada a luchar para arrancarle la terrible sortija que había identificado muy bien como la que contenía una píldora de veneno. Lucrecia se dejó quitar la joya mortal, con aire atontado.

Caterinella cerró la presilla con precaución y miró a su dueña.

—Ya estaría casi todo acabado — murmuró Lucrecia.

Y añadió:

—Es lo único que puedo hacer...

Estaba muy hermosa entre los pliegues de su larga camisa, con el casco de oro de su cabellera. La tristeza que reflejaba su semblante le confería una nobleza que no tenía antes. Caterinella observó lo mucho que había cambiado. El ingenio

y la alegría que antes prestaban alas a su rostro habían cedido el paso a una misteriosa languidez que le sentaba bien. Tenía los ojos bajos, mirando el suelo aquellos ojos blancos y azules, más suaves aún por el círculo malva de las ojeras que los envolvían.

Lucrecia se había acercado con vacilante paso a la ventana y apoyaba la frente contra el cristal.

—Cuando murió Alfonso — dijo con una voz que recordó a Caterinella la Lucrecia de trece años — creí ingenuamente que la pena me mataría. Al despertar, por la mañana, me decía: «No he muerto aún.» El día que comprendí que no moriría de pena y que mi cuerpo seguiría viviendo, debí haberme envenenado. No pude, porque lloré demasiado. Y ahora no puedo porque he recobrado demasiadas fuerzas. Cuando me has interrumpido estaba vacilando, preguntándome si debía tomar el veneno contenido en esa bolita. Quizá lo hubiera tragado, quizá no. Esto me recuerda los tiempos de mi infancia, cuando tenía que tomar un medicamento. Me decía: «Hay que tomarlo. Acabemos de una vez.» Pero todo mi ser se rebelaba.

Tras la violencia ejercida sobre sí misma, Lucrecia se estaba relajando. Las palabras se atropellaban en sus labios, las lágrimas brotaban de sus ojos. Sus rodillas se doblaron. Caterinella la sostuvo y la acompañó hasta la cama, cuyas sábanas, que Alfonso no había usado, estaban aún cuidadosamente estiradas.

—Mejor hubiera sido ser siempre niña — sollozó Lucrecia—. ¿Por qué abandoné el convento de San Sixto?

En su delirio se contradecía, pues acto seguido gritaba que su vida había empezado al encontrar a Alfonso de Aragón. «¿Por qué no maté a César y me suicidé inmediatamente?», repitió varias veces.

—Evidentemente, si sólo pensáis en monseñor de Aragón, lo que os ha ocurrido hace un momento debe ser bastante desagradable — repuso por fin Caterinella con voz un poco lejana—. Lo que está pasando tenía que ocurrir.

—He alimentado hasta el fin la esperanza de que se conformaría con no tocarme.

—Fingíais esperarlo. En el fondo sabíais muy bien que vuestro nuevo marido no tenía por qué privarse de un derecho tan natural. En rigor, si hubierais sido contrahecha... Y además quiere asegurar su descendencia. ¿Habéis podido creer por un momento que accedería a vuestra poco amable petición? Bueno, ahora, ya está hecho. Tratad de ordenaros una vida. Nunca volveréis a sentir la pasión que concebisteis por monseñor de Aragón. Nada me cuesta creerlo, pero aún hay hombres agradables. Coméis, bebéis, luego queréis vivir. Lo confesáis vos misma. No os acobardéis, pues. No sois la primera mujer que ha sufrido una gran desgracia.

En los labios de Caterinella se dibujó una sonrisa.

—Si estuviera en vuestro lugar empezaría por vengarme del patán que os han dado por marido. La música, el cultivo de la inteligencia, el placer, no os apartarán

del duelo que os acompañará siempre, pero os ayudarán bastante a soportar la vida. Y no seréis vos la única... Yo no había nacido para prepararos un baño. Si unos corsarios no me hubiesen raptado siendo muy niña, otra hubiera sido mi vida en un palacio que todavía recuerdo... Y no me quejo, ya lo veis, pues a pesar de tantas desventuras, no soy demasiado desgraciada, gracias a vos.

Lucrecia se levantó y la acarició. Las dos se miraron en silencio.

—Vísteme — dijo por fin Lucrecia —. Ya es hora.

Por los corredores del palacio se oía el ir y venir de la gente. Los caballos, ensillados ya, piafaban entre la niebla del patio.

Los hijos de los labriegos esperaban a orillas del río sosteniendo hachones encendidos en sus enrojecidas manos.

A través de la oscura niebla vieron avanzar unas antorchas que desprendían un halo a su alrededor. Reconocieron la mancha blanca del caballo de Lucrecia, cubierto hasta las rodillas y se pusieron a gritar: «¡Lucrecia! ¡Lucrecia!»

Ella se apeó. Tuvieron tiempo de ver la llamarada de su pelo de oro volando sobre su manto violeta y el destello de uno de sus chapines al franquear la pasarela.

La orilla volvió a sumirse en la oscuridad y, en cambio, se iluminó la barcaza amarrada a pocas brazas. Los palafreneros no se daban punto de reposo manejando los caballos, lujosamente enjaezados, que iban a halar la embarcación hasta Ferrara.

—¡Eh, muchachos!

Lino llegó el primero. Un caballero vestido de negro, al que un doméstico alumbraba, bostezando, le tendió un saco enorme.

—Son peladillas, que debes compartir con tus camaradas. Os las regala doña Lucrecia.

La embarcación había empezado a deslizarse por el río. Una raya desteñida anunciaba el amanecer en el horizonte que la corriente reflejaba, acuchillada. En la popa de la embarcación se oyeron los acentos preludiales de un pífano.

Una música triunfal debía escoltar a Lucrecia hasta Ferrara. Pero los gritos de los muchachos ahogaban la música.

—¿Qué les pasa? —preguntó Lucrecia volviéndose hacia la orilla, que se alejaba lentamente.

—Vuestras peladillas...

A pesar de haber reconocido la voz de Bembo, no volvió la cabeza.

—Ayer — prosiguió el poeta — lamentasteis no podérselas ofrecer. Esta noche las ha ido a buscar un correo. Y yo lo he acompañado, porque no tenía sueño.

Lucrecia siguió escuchando.

—Esos gritos de alegría en el fondo de esta noche y de la niebla —dijo por fin

— resultan extraños. Parece algo imposible.

—No hay noche que no tenga su fin ni bruma que no ceda al sol — repuso Bembo —. Entonces, la alegría no nos causa ya miedo.

# CAPÍTULO XX

## LA CASA DEL POETA

A pesar de que eran las cuatro de la tarde de un día de otoño, a primeros de octubre, el sol calentaba aún.

No obstante, había perdido la pujanza cegadora del verano y hasta el dorado resplandor de setiembre. Era una luz tenue que se diluía en el aire húmedo produciendo finas y sutiles aristas en los primeros planos y embelleciendo el paisaje con unas manchas de polvo luminoso que se esfumaban en la lejanía.

«Se diría que la orilla está aquí mismo», se dijo Bembo. El agua del estanque era de un gris suave y sutil en el que un aficionado a la pintura hubiera encontrado todos los colores de la paleta. Un viento suave la encrespaba, la erizaba de estelas minúsculas de espuma que hacían resaltar el encaje verde oscuro del interior de las pequeñas olas. Al otro lado, el mar se extendía hasta el infinito.

Su villa de Ostellato, situada en la laguna, entre un lago y el mar, ofrecía Bembo el placer de permitirle escoger, según su estado de ánimo entre la majestuosidad y la agitación del ancho mar y la recoleta y febricitante calma del vasto estanque cercado de cañaverales y limitado al fondo por un silencioso ribazo.

Seguía un camino de ronda, tapizado de hierbas, que dominaba su jardín y en el que un pórtico daba acceso al primer piso de la casa.

El pórtico daba a una estancia añadida y concebida para servir de invernadero. Bembo la había transformado en una pajarera que a la sazón estaba vacía. La luz jugueteaba con las cajas desiertas, en formas de domos y de bulbos, doradas y esmaltadas. Bembo pasó por entre ellas dirigiéndose a su cuarto de trabajo, dividido como todo en aquel lugar, entre el placer y la melancolía.

Unos meses antes se había separado del arco iris de sus doce cotorras, de sus minúsculos pájaros de las Indias, de sus amarillos pinzones, de sus cantarinos pájaros azules de cuerpo diminuto como el pulgar, que se ofrecían como volantes de plumas. Un buque mandado por su amigo Beppino partía a la descubierta de las costas de África. En un súbito arranque, Bembo le había confiado todos sus pájaros, para devolverles la libertad al llegar a los trópicos. Y se sentía emocionado al pensar que estaban libres, después de haber sufrido viéndolos prisioneros, y sufría por haberlos perdido, y con ellos el gozo que, por la mañana y por la tarde, le proporcionaba su alado bullicio.

Se sentó ante un pupitre que dominaba una ventana ojival y dirigió hacia ella su mirada. Desde hacía una hora contemplaba el avance de una estrecha embarcación que marchaba a lo largo del camino de sirga.

La embarcación seguía avanzando entre vapores dorados, y Bembo seguía diciéndose: «Es absurdo.» Nada le daba más miedo que las decepciones y era casi seguro que la promesa de la felicidad que estaba saboreando acabaría en desilusión y el placer que le proporcionaba lo pagaría con lacerantes penas. Intentaba ahuyentar la insensata esperanza que había penetrado en su mente, a causa de un lejano parecido.

La nave, vista desde tan lejos, se parecía vagamente a la silueta de la embarcación que Lucrecia poseía en Ferrara y a bordo de la cual se complacía en recorrer el río, los canales y los estanques del ducado.

«¿Por qué habría de venir a verme? — se preguntó Bembo —. Ella es casi una soberana y yo no soy más que un poeta que vive a sus anchas en sus dominios. Su vida ha transcurrido entre el lujo ruidoso de los dramas y las fiestas. Desde hace ocho meses es la esposa de Alfonso de Este y ha logrado dar a su corte un esplendor igual a las grandes de Italia y de Francia. ¿Por qué iba a tentarla mi retiro demasiado tranquilo?»

Se hacía este hosco razonamiento para desanimarse, pero por otra parte se decía que, por increíble que fuese, la visita de Lucrecia no era en modo alguno imposible.

¿Acaso no le escribía cada semana? ¿No se dedicaba a escoger sus poemas a medida que él se los remitía, anotándolos y comentándolos? Ciertamente su correspondencia era la de un hombre culto con una princesa ilustrada, pero en ella, a favor de Homero o de Ovidio, se deslizaban afectuosos deseos que un espíritu indiferente quizá no hubiera advertido, pero a los que Bembo era sensible.

No era la casualidad lo que inducía a Lucrecia a terminar sus cartas con frases en español, lengua poco hablada a orillas del Adriático y de la que se servía como de una clave cifrada con la excusa de citar un poeta para disimular una ternura que Bembo, a pesar de su falta de fe, no podía negar.

Él se dedicaba al mismo juego mandándole ardientes poemas de amor. Nunca había en ellos el nombre de la mujer a quien iban destinados, pero la divinidad que aparecía como la musa, no sólo tenía los cabellos de oro y los ojos azules de Lucrecia, sino sus propios gestos y su melancolía.

Éstos eran precisamente los poemas que Lucrecia comentaba con mayor gusto. Y hasta llegaba a proponerle temas para la respuesta de la mujer amada y Bembo se atrevía a creer que encerraban una respuesta indirecta a sus declaraciones empleando el mismo medio para disfrazarlas.

El cristal de la ventana reflejaba los rayos del sol que empezaba a declinar. La nave se había ocultado tras la línea de un cañaveral. Bembo abrió una cartera de piel negra, y sacó de ella la última carta de Lucrecia. Se sabía de memoria el



fragmento que andaba buscando, pero quería verlo escrito.

A veces le ocurría lo mismo por las noches. Tenía que levantarse, no para volver a leer un fragmento de Lucrecia, sino para contemplar la dirección y las letras que formaban su nombre: Bembo. Le parecía ridículo el inmenso gozo que le proporcionaba pensar que ella había escrito su nombre, había formado sus sílabas con su propia mano y durante un momento solamente había pensado en él.

En primer lugar contempló el encabezamiento de la citada carta. Empezaba diciendo: «Mi señor Bemba» Así mantenía una gran reserva, no llamándole por su nombre de pila, usando un lejano «señor» y desmintiendo la ceremoniosa indiferencia con aquel «mi» superfluo que podía significar la tierna decisión de considerarle como su propio poeta.

Un poco más abajo» escribía: «¿Sabéis que me hubiera gustado ir a veros? Me habéis descrito demasiado bien la calma de vuestras puestas de sol, el silencio de vuestros ribazos cubiertos de hierba y arenosos para no despertar mi deseo; pero precisamente me los habéis descrito demasiado bien para no verlos con algún temor. Temo que el paisaje no sea obra de vuestros ojos y de vuestra pluma mejor que de la naturaleza. Sería una pena que al desembarcar tuviese que preguntaros dónde están esas gradas de mármol gastado, sumergidas en el musgo y las algas y, empapadas en su base por el mar, que guardan en su cima el color rosa que el sol deposita cada tarde en ellas. Y vos me mostraríais un embarcadero semejante a los muchos que he visto. Y yo diría: «¿No es más que esto?» Y regresaría apenada. Me habéis hecho creer en la existencia de un paraíso hecho a mi gusto, con la tristeza de sus plantas acuáticas, suave como un chapoteo que no cesa y frecuentado por aves de paso en guerra con el viento. Vistos de demasiado cerca, los paraísos quedan destruidos. ¿No es mejor que insista en ignorar el vuestro para continuar creyendo en él?»

Bembo había dejado caer el rollo de papel. Escuchaba el rumor de las breves olas que habitualmente provocaba contra las altas hierbas un buque al acercarse al embarcadero.

A través de los rombos formados por los cristales de la ventana, engastados con plomo, podía ver acuchillada por las cañas verdes la masa de una nave que avanzaba gravemente, como un navío que se dispone a amarrar.

—¡Señor!

Ugo, su viejo ayuda de cámara, que también, hacía las veces de secretario, de mayordomo, estaba de pie detrás de él, con las manos terrosas, pues como su amo, cuando se aposentaba en Ostellato, sentía renacer su amor a las plantas y, abandonando toda dignidad, se remangaba para cuidar el bonito jardín que Bembo, en sus cartas a Lucrecia, llamaba mi «jardín parroquial».

—Perdonad, señor — dijo solemnemente Ugo —. ¿No sabéis que un navío se dispone a atracar en el embarcadero del señor?

—Sí, lo sé, lo sé — replicó, impaciente, Bembo echando a correr hacia la

escalera.

Luego temiendo haber molestado al viejo, se detuvo:

—Gracias, Ugo... A propósito... Se calló. Era el barco de Lucrecia, tal vez la propia Lucrecia. ¿Acaso había aprovechado la proximidad en que se hallaba para mandarle una carta por vía fluvial?

Así, en el momento de ordenar a Ugo que pusiera a todo el mundo en movimiento para preparar el hermoso aposento azul y disponer vino y golosinas en el gran salón, se retuvo presa de un terror que no sólo era supersticioso: «¿Qué ocurrirá después de tan alegres preparativos si vuelvo solo del embarcadero?»

—Señor...

Bembo miraba a su alrededor y no oyó a Ugo. La mansión era hermosa, lánguida, cuajada de detalles preciosos, de nobles perspectivas, pero la gobernaba un hombre. ¿No se asustaría Lucrecia por el abandono que a él le parecía acogedor, pero que a una mujer no le gustarla? Observó las huellas de barro que de vuelta de su paseo había dejado en las baldosas. Era demasiado tarde para poner remedio al rústico aspecto de su morada. Lucrecia la vería como estaba, con esa mezcla de refinado lujo, de panorama natural sobre el agua y de despreocupada negligencia.

—Nada, Ugo... Gracias.

Echó a correr por una avenida de naranjos, protegidos del viento de mar por una muralla de cipreses. Una blanca pared formando ángulo contribuiría a mantener el calor alrededor de ellos.

Empujó una verja con unos leopardos forjados. Más allá, se acababan los arbustos tallados, los setos, los arcos de follaje. Un camino de piedras llanas descendía entre los cañaverales.

El perfil de la nave ocultaba el horizonte. Era exactamente la de Lucrecia, negra, con sus tritones dorados y sus pinturas. El tiro de muías grises medio ocultas por los penachos y cascabeles, se había detenido al borde del agua. Los criados se apresuraban. Un grupo de hombres abigarrados, en la proa de la nave, rodeaba un tocador de laúd. Por entre las cortinas púrpura de la cabina cerrada escapaban risas de mujeres.

—¡Buenos días! — gritó una voz argentina. Bembo levantó los ojos. Sin darle tiempo a bajar la escalera. Lucrecia había saltado a tierra.

El salto que dio hasta el primer peldaño, que emergía del agua, desplegó su amplio manto gris y levantó un poco el damasco blanco y pesado de su traje. A su vez, Bembo también saltó. Ella le tendió la mano y su amplia manga— dorada se deslizó debajo de su brazo. Alarmado al verla, sobre sus altos tacones, en equilibrio sobre el agua, la tomó por el talle y la subió otro peldaño.

Ella se detuvo en lo alto del embarcadero y contempló el pequeño cupido de piedra musgosa que dominaba la9 gradas, debajo de un arco de adelfas.

—Ya lo veis —dijo Bembo—, os estaba esperando. El arco ha dado miedo a vuestro piloto y ha obligado a vuestra nave a detenerse.

Un leve hálito de ese viento rumoroso y bajo que recorre la laguna, agitaba los cabellos de Lucrecia y alteraba los pliegues de su traje. No trató de sujetarlos. El esfuerzo hecho para saltar había coloreado sus mejillas.

—Me habéis escrito que mi embarcadero quizá os decepcionaría, señora —dijo Bembo—. Es lo contrario.

—¿Lo contrario?

—Soy yo el decepcionado por mi embarcadero. Lo creía de color de rosa, pero la rosa de vuestras mejillas acaba de matarlo.

Se habían alejado unos pasos, solos, entre los cañaverales. Oyeron un leve cloqueo.

—Es una cerceta — dijo Bembo.

Ella le interrogó sobre las costumbres de las cercetas y él le contestó, contento de encontrar un tema de conversación no resbaladizo. Le molestaba su cobardía.

Había recibido a Lucrecia como si hubiera sido la cosa más natural del mundo que la gran dama hubiese ido a visitarle y como si su llegada estuviera prevista. Debió haberle dado las gracias, demostrándole su emoción. Y en vez de pronunciar las palabras que ella esperaba, en vez de conducirla ceremoniosamente en cortejo hacia la casa, como estaba acostumbrada a ser recibida, se la llevaba familiarmente a la orilla de la laguna hablándole de la doble vida de las gallinas de agua.

Su inclinación a la melancolía, le inducía a imaginar que Lucrecia se iría pronto. ¿Acaso no había dejado a sus servidores en la embarcación? Así, el milagro se habría producido, pero sin consecuencias. Lucrecia habría posado sus manos en algunos objetos de la casa, habría contemplado ciertas perspectivas y todo quedaría convertido en algo sagrado y penoso.

«Los poemas que escribiré —pensó Bembo— en lo sucesivo estarán inspirados por este día. Extraerán su alegría del instante en que, creyendo todavía que no era ella, vi que era ella la que saltaba al embarcadero, y sus lamentos del dolor que me espera ahora, cuando Lucrecia dirá que el tiempo corre y que debe ir a reunirse con los suyos, de la última palabra que me dirigirá desde su barco antes de desaparecer en su cámara dorada, que se alejará hacia la otra orilla al son del laúd.

—Me habíais anunciado dos mares —dijo Lucrecia—, y sólo veo uno.

Por encima de los cañaverales, Bembo le mostró un declive de plantas.

—El camino de ronda os oculta el Adriático.

Ella divisó un sendero, apenas insinuado, que conducía a unos peldaños.

—No creo que sea inaccesible este camino de ronda...

«De mal en peor — pensó Bembo —. Estoy llevando por entre las zarzas a la que, en Ferrara, hacen pisar alfombras cuando desembarca en el puerto.»

—¡Ay! — exclamó Lucrecia levantándose el borde de la falda—. Me he torcido un tobillo...

Bembo lo contempló y evocó maquinalmente los cánones de la belleza, que estaban muy de moda. La mujer ha de tener tres cosas delgadas, el tobillo, el talle y el cuello. Su mirada se fijó en el talle de Lucrecia, ceñido bajo su manto. Pero antes de llegar al cuello se detuvo en el pecho. El gran escote de Lucrecia realzaba sus senos, que sólo quedaban velados por el borde recamado de la camisa.

Bembo intuyó que su mudo examen había sido observado. Al volver a cruzarse sus miradas, se turbó.

—Ya veis — dijo — que el sendero es muy malo. ¿Os habéis hecho daño en el tobillo? Tai vez sería mejor retroceder siguiendo la orilla.

—Quiero ver el Adriático. Además, ya estamos al fin de las fatigas. Sólo queda subir este declive.

Y aligeró el paso sin dejarse conducir.

—En vuestros poemas comparáis las damas a Diana. ¿Por qué, en la realidad, queréis tratarme como a una mujer débil? Estoy segura de que monto a caballo mejor que vos. Y de no llevar estos coturnos y este pesado traje, ni siquiera me alcanzaríais.

Y diciendo esto escaló el reborde de piedra, cayendo de nuevo en el camino de ronda.

—¿Y el Adriático?

—Hay que andar unos pasos todavía.

—Tenéis razón —dijo Lucrecia—. Estoy fatigada. Llevadme.

Él la contempló tanto más asombrado cuanto que los pocos pasos que quedaban para llegar a la curvada cima del camino de ronda, desde donde con una misma ojeada se divisaba la laguna y el mar, eran fáciles, pues la tierra estaba apisonada.

La mirada de Lucrecia brillaba. Él la cogió en brazos, sintiendo bajo la palma de la mano las redondeces de las caderas de la princesa.

El cielo era malva sobre la laguna rosa y al otro lado el mar se perdía en una penumbra azul en la que unas nubes se rizaban en virutas doradas.

—Un día me dijisteis que me escribíais acodado al borde del camino de ronda. Era aquí, pues...

—Sí.

Se callaron.

—Dejadme, os lo ruego.

Otra vez echaron a andar el uno al lado del otro. Desde los cañaverales llegaban los gritos de los pájaros presagiando la puesta de sol.

—¡Dios mío! —exclamó Bembo—. | Vienen a buscaros!

Y señalaba el oscuro perfil de una nave sobre el nácar de la laguna.

—No — dijo Lucrecia, con un hilillo de voz —. No es un barco que viene. Es el mío que se va...

Bembo miró alternativamente a Lucrecia y al buque.

—Hubiera sido inútil —prosiguió ella quedamente — turbar vuestro retiro, señor Bembo. Ahora bien, mis escuderos y mis doncellas son gente bulliciosa, excepto Caterinella; pero Caterinella está de mal humor y hubiera sido insoportable. Por esto los he mandado a todos a dormir al puerto de Ostellato. Porque vos me vais a ofrecer hospitalidad por esta noche, ¿no es así?

—¡Ah, señora! —balbuceó Bembo—. ¿Os quedáis?

La miraba y se preguntaba si se estaba ruborizando o si era el sol que le teñía las mejillas.

—Sin duda —preguntó ella con asomo de impaciencia—, hubiera sido más decente haberme dejado invitar por vos, haberme hecho rogar un poco invocando los enojosos ecos que podría despertar en Ferrara una noche pasada por doña Lucrecia en vuestra casa. Vos, que alabáis el decidido paso de Diana por los bosques, ¿os sentiríais sorprendido acaso por el espectáculo de una mujer que no tiene la paciencia ni el gusto de disfrazar su juego y fingir preocupaciones que no siente?

Miró de arriba abajo a Bembo y prosiguió:

—No me causa temor nada que se refiera a Ferrara. He partido para hacer una larga travesía en barco y rn<sub>0</sub> han dejado las escalas a mi elección. Mis sirvientes saben callarse. Y si comentasen mi estancia en vuestra casa, mi marido no se inquietaría por ello. Está demasiado preocupado con sus amantes, sus fraguas y sus talleres, demasiado seguro de sí mismo y demasiado indiferente hacia mí para dedicar más de unos minutos a reflexionar sobre las causas que me hayan llevado a casa de Bembo. Todo lo que no provoque escándalo no le afecta. Me deja libre. Éste es su único mérito.

Bembo no sabe si el desprecio que expresa el semblante de Lucrecia se dirige a él o a su marido. Y caballerosamente emprende una gentil defensa de Alfonso de Este.

—Es un hombre que se adelanta a nuestro tiempo — dice—. Sus gestos no son de desdeñar. Un Vinci se apasiona también por la mecánica. Sólo temo que nuestros descendientes, dentro de tres generaciones, tengan que vivir unos tiempos grises, rígidos, angulosos como estos mecanismos que algunos cerebros han empezado a soñar.

Se calló ante el gesto de mal humor de Lucrecia, que olvidando el espectáculo

que les ofrecía la puesta de sol, sobre un paisaje muy plano cubierto por un cielo demasiado vasto, bajó sus ojos al suelo.

—Poco me importan las manías de mi marido. Para él soy una asociada leal, esto es todo. Le dije la noche de nuestra boda que sólo obtendría de mí lo que lograrse tomar. No quiero menospreciar sus ambiciones ni tratar de agradarle. Al principio tuve deseos de engañarle con el primero que me viniese a mano para vengarme. Pronto se me pasó. He comprendido que es un buen hombre y que no es responsable de la situación en que me encuentro. No me quiere ni bien ni mal y hubiera sido hacerle demasiado honor vengarme de una manera tan vulgar.

Se había apartado de Bembo. Se apoyó en el parapeto de piedra, que daba al Adriático. Él la siguió, desconcertado por lo inesperado de aquellas confesiones que contrastaban con el tono general de sus cartas. No se atrevía a comprender y se decía: «¿Quiere hacer de mí su confidente?»

—Vos tenéis el derecho de saber ciertas cosas — prosiguió Lucrecia, sin mirarlo, con reprimida exaltación —. Durante el mes que siguió a nuestro matrimonio, execraba a Alfonso. Quería morir y la esperanza de vengarme de él me ayudaba a vivir. No hay necesidad de relataros mi pasado. Lo adivináis lo suficiente para comprender que me sobran motivos para desear la muerte. Pero la vida es un hábito... Y me ha llevado como una ola. Poco a poco, he vuelto a encontrar el gusto de lo que antaño me deleitaba: un paisaje, un cuadro, un perfume, una idea, una tela. Me he arreglado con mi dolor. Y he acabado por decirme: «Hubo un tiempo en que conocí la dicha total, la que surge del amor, y jamás volveré a encontrarla...»

Se volvió hacia Bembo. El día había caído. La silueta de Lucrecia había adquirido una tonalidad azulada, excepto sus cabellos que recogían la última palidez del crepúsculo.

—Pero en su lugar, voy a saborear lo que el mundo puede ofrecerme de delicados alimentos para mi tristeza, de estímulos para mi alma y la melancolía de ciertas devociones que ayudan a sobrevivir. Nunca volveré a amar, nunca volveré a ser dichosa, pero alguien puede gustarme...

Sin confusión, sin coquetería, la mirada de la mujer se había detenido en los oscuros ojos de Bembo.

—Esto era lo que me decía. Y alguien me ha gustado, en efecto. Me ha gustado verlo, leerle. Se adaptaba a mi espíritu. Si me hubiese sido posible consagrar mi cuerpo a un recuerdo muerto, no hubiera venido, al anochecer, a casa de alguien. Pero los fastidiosos cercos conyugales habían perpetrado ya el sacrilegio. Por esto estoy aquí, señor Bembo.

Como deslizándose echó a andar otra vez. Su mano se posó, leve, en el brazo de Bembo.

—Os he decepcionado, ¿no es cierto? —preguntó—. Vos no ignorabais que teníais probabilidades de gustarme. Contabais con hacerme una corte brillante. Esperabais el triunfo final. Y resulta que os desconcierta un poco que la ciudadela

haga inútiles los fuegos capitulando antes aún del asedio.

Bembo no intentaba ocultar su confusión. Sentía el cuerpo de Lucrecia andar cerca del suyo. Tenía la impresión de avanzar por un lugar que no era el mundo real ni el sueño. Estaba sorprendido de los pensamientos que se le ocurrían.

Descubría que si alguna vez había creído que un día podría poseer a Lucrecia era porque el tejido de su propia vida estaba hecho de angustia, de nostalgia. Ahora bien, la posesión de Lucrecia hubiera significado una felicidad tan grande para él que no podía imaginarla, porque era una felicidad demasiado contraria a su naturaleza. Era la misma imposibilidad en que se encuentra una persona aquejada de mareo, de imaginarse, a sí misma tomando parte en una fiesta de gala cuando se halla en un buque, en plena tempestad.

Lo que acababa de decirle Lucrecia le daba la clave del sentimiento que iba a impregnar su vida una mezcla del gozo que le producía el hecho de poseerla y el dolor de saber que al mismo tiempo que se entregase, se negaría; que entre los dos únicamente existiría el foso del pasado.

—Lucrecia — le dijo —, voy a aprender a sufrir vuestras penas. No nos uniremos para la alegría, sino para el pesar.

Se detuvieron. Bembo la trajo hacia sí rodeándola con sus brazos. Su mano se estremeció al estrechar un talle demasiado flexible. Lentamente se acercaron sus labios. El sol se disponía a desaparecer en el horizonte y que una deshilachada nube había ocultado, reapareció con un último rayo que bañó el camino de ronda con una viva claridad.

En aquel momento, el pasado de Lucrecia dejó de contar para Bembo. Durante un momento fue insensible a las reservas que ella mezclaba a la promesa de su entrega.

Suponía que estaba pensando en Alfonso de Aragón, pero la tenía entre sus brazos. Y sus cuerpos se iban a fundir en uno solo.

La noche cayó brutalmente.

—Vamos a casa — dijo Bembo.